

OJOS DE HIELO

Carolina Solé

El cuerpo de Jaime Bernat, el terrateniente más poderoso de la comarca, es hallado sin vida en La Cerdanya. Las sospechas recaerán sobre Dana Prats, una joven cuya familia mantiene desde generaciones un litigio con los Bernat por un asunto de tierras. Acechada, Dana pide ayuda a su amiga de la infancia, la abogada Kate Salas, una mujer fuerte y ambiciosa, cosmopolita, con relaciones familiares complejas y un pasado del que desea desmarcarse, pero al que ha de regresar sin remedio para demostrar la inocencia de su amiga.

La investigación que se lleva a cabo destapará oscuros secretos de familia, influencias políticas caprichosas y bajezas morales de toda índole en una región cuya incomunicación natural ha moldeado una personalidad singular en sus habitantes.

Una ópera prima cuyo ritmo trepidante y personajes enigmáticos, atrapan al lector desde la primera página. Una historia de familias que nos invita a reflexionar sobre la ambición y sus límites, sobre el modo en que la niñez condiciona la vida adulta y sobre la necesidad de perdonar.

Autor: Carolina Solé

ISBN: 9788408059219

*A mi padre, y a la abuela Anita, sin duda
los más sorprendidos del cielo por todo esto.*

Y a ti, lector, por confiar en esta historia.

1

*Noviembre de 2011,
Santa Eugènia, era de los Bernat*

Los ojos pequeños e inquietos del cuervo se apartaban para acabar volviendo a su objetivo una y otra vez. Desde lo alto de la estaca, vigilaba a un tiempo los movimientos de su compañera y el nuevo receptáculo para insectos que había descubierto. Era el cuerpo de un hombre, que yacía inmóvil sobre la tierra removida de una era. Hacía horas que estaba allí. Las moscas y algunos escarabajos se habían adueñado de él para poner sus huevos y empezar a succionar. Ya no era más que parte de la cadena trófica.

Mientras tanto, la incesante actividad de la fauna del estercolero, donde su compañera trabajaba sin descanso subiendo y bajando el pico rítmicamente, a intervalos breves, contrastaba con la quietud del amanecer invernal. De vez en cuando, el cuervo levantaba una de las alas y hurgaba bajo ella con interés para volver a la posición erguida y solemne del vigía.

Pero, tras un primer destello, sus ojos se clavaron sin remedio en un brillo arrebatador que acababa de descubrir. Con el segundo fulgor, desplegó las alas y tomó impulso para hacerse con el botín. Revoloteó sobre el cuerpo inerte y aterrizó a un par de metros. Entonces empezó a avanzar hacia él con movimientos cortos y bruscos, curiosos y desconfiados, pero sin dudas. La pequeña cabeza del cuervo se movía espasmódica mientras sus ojos negros, divididos entre el estercolero y su tesoro, no permanecían quietos ni un segundo.

Casi rozaba ya la chaqueta del hombre cuando, de un salto, sus patas se posaron con poderío sobre el cadáver. No era la primera vez. Miró a su alrededor y de nuevo al anillo. Erguido, empezó a avanzar despacio sobre la ropa escarchada y, cuando una de las patas se le enredó, desplegó un tanto las alas para ayudarse a avanzar con otro pequeño salto. Ni siquiera ese potente aleteo consiguió apartar a

las robustas moscas grises que hurgaban en los orificios y las partes expuestas del cuerpo.

Hacía horas que el rígor mortis había comenzado, y el frío de la noche mantuvo lo que había sido un cuerpo vivo, con células y glóbulos activos, igual que una roca. No como la tarde anterior, cuando el cuervo había estado allí para llevarse el primer botín y proporcionar a las moscas un par de cavernas sanguinolentas en las que hundir sus trompas. Ahora, el líquido viscoso que entonces había resbalado hasta formar una mancha viva en la tierra no era más que una sombra oscura y reseca.

El pájaro avanzó por la espalda del hombre hasta su cana cabeza y, de un salto, se situó frente al objeto de su deseo. La mano humana, aferrada a la tierra como una garra, volvió a emitir un destello. El animal mantuvo un instante los ojos, hechizados, en ese punto. Casi de inmediato, llegó el primer picotazo. Tras un instante, con una serie de punzadas bruscas, intentó arrancar el codiciado tesoro del dedo. Pero, aun ayudándose con la lengua, su pico duro y letal apenas consiguió deformar el anillo y destripar la carne cerúlea de la mano. Al fin, un chasquido seco se mezcló débilmente con el aleteo cuando el enésimo picotazo rompió el hueso.

La noche anterior, aquello hubiese sido una carnicería sangrienta, como ocurrió con los ojos. Pero, ahora, la escena era grisácea y fría como la mañana de noviembre.

El cuervo voló hasta recuperar su posición sobre la estaca de madera, al lado del estercolero, y empezó a emitir sonidos. Parecía conversar consigo mismo, graznando y parloteando sin parar. Era como el ruido de un líquido gorgoteando en una cañería. Cuando su compañera se detuvo para mirarle, el gorjeo se transformó en un traqueteo. Y, entonces, ambos emprendieron el vuelo hacia el tesoro.

2

Hotel Arts, planta 38

La abogada Kate Salas se balanceaba suavemente para no quemarse con el agua de la ducha. Lo que había hecho tendría consecuencias, y la inquietaba desconocer su alcance. Porque sentirse vulnerable, o dar un paso en falso, no eran cosas que la abogada Salas encajase bien. Despertar sola en la enorme cama de una suite del hotel Arts ya no parecía un buen augurio. Además, que ella recordase, era la primera vez desde que estaba en el equipo de Mendes que éste no le había hablado del caso que estaba llevando. Eso dejaba claro que las cosas habían empezado a cambiar, y no para mejor.

Mientras se dejaba castigar por el agua, cerró los ojos. Por un instante deseó volver atrás, que todo fuese una fantasía y continuar siendo tan sólo la mano derecha de Paco Mendes, el mítico fundador y principal accionista del bufete.

Pero Kate deseaba ese ascenso más que nada en el mundo. Llevaba años soñando con él y sabía que lo merecía más que cualquiera de sus adversarios. Ese nombramiento era el fruto de los cinco años sin vacaciones, sin fines de semana y sin vida social que había dedicado a su objetivo, mientras sus compañeros disfrutaban de la vida, se casaban y formaban sus familias.

Se balanceó fuera del chorro de agua para coger aire, y respiró hondo. Eso no era para ella... Tampoco unos hijos a quienes dejaría abandonados si alguna vez le ocurría algo. Ya sabía lo que significaba eso, y no iba a hacerles lo mismo. Además, era el peor momento para plantearse algo así. Con la crisis económica y la incertidumbre sobre el futuro, no era el momento de traer a alguien al mundo... Y, en cuanto al padre, ¿dónde iba a encontrar a alguien que estuviera a la altura?

Cerró la ducha y se enroscó el pelo con las manos para escurrir el agua mientras sus ojos vagaban por la ciudad. Observarla desde casi cuarenta pisos de altura era un lujo que pocos se podían permitir, y se preguntó si alguien con unos

prismáticos estaría observándola, desnuda, en la lujosa ducha de la suite del Arts.

Al fin, tiró del albornoz y se lo puso. El tacto áspero y el olor aséptico, químico, de la prenda no le gustaron. Como apareciese un sarpullido o una alergia en su piel atópica les pondría una demanda que no olvidarían. Negó con la cabeza. Se anudó el cinturón y extendió una toalla ante la ducha para no pisar el suelo... Aquel color tan claro del mármol le recordaba las lápidas grabadas del cementerio de Das.

En el espejo, su imagen la contemplaba con atención. Se acercó y observó con ojos de detective el nacimiento del cabello alrededor de la cara, buscando una vez más la primera señal. Y, una vez más, no la encontró. Bien, pero para cuando empezasen a asomar ya sabía incluso el tono con el que las borraría del mapa. Miró el cesto de las *amenities* del hotel y se decidió por la crema hidratante. Últimamente, examinar la composición de lo que comía o de cualquier cosa que tocara su cuerpo se había convertido en un hábito que la tranquilizaba. Desenroscó el tapón e inspiró. El olor a lavanda le recordó a Dana y a la finca Prats. Apartó ese recuerdo. Pero se echó un poco de hidratante en la palma de la mano, y empezó a extenderla en la parte interna del brazo para mantener ese aroma en la piel.

Mientras lo hacía, se le ocurrió que, con toda probabilidad, el ascenso no cambiaría mucho su vida. Sólo tendría que asistir de forma regular a las reuniones del consejo y quizá la invitarían a algunas cenas o eventos sociales. Si había que llevar acompañante, Luis era su mejor opción: una pareja atractiva y sin compromiso con la que representaría perfectamente al bufete. Su adjunto sabría contener sus modos amanerados cuando la ocasión lo requiriese. Además, con Luis no existía la amenaza de una escenita de enamorados, porque compartían intereses: a ambos les gustaban altos, morenos y guapos. En definitiva, usar a su adjunto de comodín le permitiría seguir dedicando todo su tiempo al bufete, y el poco que le quedaba, a sí misma, como hasta entonces.

Tan sumergida estaba en sus pensamientos que el par de golpes en la puerta casi le paralizaron el corazón. Clavó los ojos en la imagen que le devolvía el espejo y buscó el peine. Probablemente era él. No podía abrir la puerta con ese aspecto. Se ciñó mejor el cinturón, se arregló el escote y salió del baño atusándose el pelo con las manos. Cuando llegó a la puerta de la habitación, el corazón le latía con fuerza.

El chico del servicio de habitaciones le sonrió y entró para dejar la bandeja sobre la mesa. Kate vio un papel doblado con su nombre escrito. Era la letra de Paco. Lo cogió y contuvo el impulso de leerlo mientras lo deslizaba en el interior del bolsillo. El joven le aseguró que las rosas eran un detalle que había encargado

especialmente el señor Mendes, igual que el chófer que Kate tenía a su disposición en el hall del hotel.

El camarero se dispuso a servirle el desayuno. Era un joven alto y rubio, de aspecto nórdico y con acento extranjero. Se movía con la elegancia de los esbeltos, que nunca parecen tener prisa, mientras con sus manos, grandes y cuidadas, pasaba la comida de la bandeja a la mesa. Kate seguía esos movimientos sin poder apartar la vista del relieve venoso de su dorso. Los senderos de la vida... Esas manos marcadas hacían que se fijase siempre en el hombre que las poseía. En ese instante, sus miradas coincidieron, y Kate tuvo la sensación de que la habían pillado en falta. Por primera vez fue consciente de lo desnuda que estaba bajo el albornoz, y se volvió para buscar el bolso. De repente, tenía prisa por echarle.

Cuando se volvió, él ya esperaba en la puerta con la bandeja vacía. Kate intuyó que sonreía cuando tuvo que sujetarse el albornoz para recoger el billete que se le había caído. Molesta, llegó en tres zancadas hasta donde él esperaba, abrió la puerta con fuerza y dejó la propina sobre la bandeja con la vista clavada en la moqueta. Él se inclinó para darle las gracias. Entonces Kate retrocedió y descubrió la marca.

El pequeño tatuaje, en el nacimiento del cabello, detrás de la oreja del chico, la dejó helada. Sus colores y el tamaño eran los mismos. Basculó hacia adelante para asegurarse. No debería haberlo hecho. Él lo advirtió, se detuvo un instante y se volvió hacia ella. Kate seguía sin poder apartar la vista del pequeño dibujo. Cuando lo consiguió, sólo pudo entrever un segundo la sonrisa de suficiencia en los labios del joven.

Por fin cerró la puerta, deslizó el seguro y se apoyó en el marco. Incluso con los ojos cerrados, seguía viendo la pequeña *wuivre* verde dentro del círculo dorado, de apenas dos centímetros, y la mirada burlona del extranjero. El símbolo celta de las dos serpientes que se tatuaban los oscuros del valle, como solían llamarlos Dana y ella, era la marca de los Kaun, el grupo de adolescentes que se ocupaban de distribuir hierba y otras sustancias entre sus iguales. Kate había conocido bien a uno de ellos, pero jamás había creído eso de que el origen de la organización estuviese en Europa central y que, diseminados por todo el continente, decenas de jóvenes formasen un ejército casi invisible que iba calando en el tejido adolescente de una forma lenta pero firme e inexorable. De repente afloraron en ella muchas dudas sobre esa historia. De hecho, pronto se cumplirían quince años desde la última vez que había visto un tatuaje como ése, y quien lo llevaba en aquella ocasión estaba muerto.

En eso pensaba cuando el sonido de su BlackBerry la devolvió al presente. En seguida pensó en Paco. Seguro que llamaba para disculparse por haberla dejado sola. Decidió ser amable, aunque le dejaría entrever que no le había gustado nada su espantada. Todavía sobrecogida por la visión del tatuaje, miró la pantalla y soltó un bufido. Su abdomen se destensó al instante.

–Hola, Miguel.

–...

–No, no voy a poder ir este fin de semana. Tengo mucho trabajo. Estoy llevando un caso importante y me va a ser imposible –respondió mientras se examinaba minuciosamente la piel de la cara en un pequeño espejo.

–...

–Ya, pero quien tenía interés en dar una fiesta en honor del abuelo eras tú. Yo sólo dije que vendría. Tú ya sabías que no podía ocuparme de nada.

Con un pie sobre el mármol, Kate inspeccionó la piel de su pierna con detenimiento en busca de irregularidades y, mientras escuchaba a su hermano, se encogió de hombros.

–...

–Lo único que puedo hacer, si quieres, es adelantarme y llegar el viernes por la tarde –concedió sin ilusión.

–...

–Pues calcula sobre las ocho.

–...

–Ya, pero no va a poder ser. Tengo una cita para comer con un cliente y ya la he pospuesto una vez. Además, sólo se trata de hacer una lista con lo que quieres y en La Múrgula se ocuparán de todo.

–...

Kate frunció el ceño.

–Claro que es mi última palabra, ¿qué quieres que te diga? Es una fiesta absurda que os habéis sacado de la manga, y no voy a perder ni un día por algo así. Además, espero por tu bien que se lo hayas dicho porque las sorpresas no le gustan, ya lo sabes –sentenció.

–...

–Pues pídele ayuda a Dana. Que te haga la lista, y llamas a la tienda o la envías por e-mail –exclamó irritada.

Tras una breve pausa cogió aire y bajó el tono.

–Oye, tengo que colgar, que llego tarde al despacho.

–...

–Sí, ya la tengo, para todo el año, tal como quedamos –respondió impacientándose.

–...

–No, a mí me daba igual. Fuiste tú quien dijo que él la lee en castellano. Yo sólo me limité a obedecer tus órdenes. Y, además, ya me han cargado la suscripción en la tarjeta de crédito, así que no vamos a cambiar nada. El sábado ajustaremos las cuentas. Ahora tengo que colgar.

–...

–No, no me ha pasado nada. Y, además, borde lo estarás tú. Idiota... –Y pulsó la tecla roja para colgar.

Como de costumbre, su hermano ya estaba intentando cargarle el muerto. Él organizaba una fiesta absurda, y daba por supuesto que ella se ocuparía de todo y que él se llevaría la gloria, como siempre. Tantos años y aún se creían con derecho a organizarle la vida. ¿Es que nadie veía lo absurdo que resultaba celebrar los setenta y cinco años? ¿Dónde se había visto tal celebración? Por el amor de Dios, si ni siquiera era un número redondo. Y, para colmo, ahora pretendían que ella lo dejase todo para ocuparse de encargar la comida, cuando ni tan sólo se habían dignado pedirle su opinión antes de convocar a todo el mundo. Ella, que se encontraba a doscientos kilómetros del valle y que precisamente ahora estaba llevando un caso capital para el bufete, ¿se suponía que debía ocuparse también del catering? ¿Es que nadie en esa familia era consciente de quién era, de la importancia de su trabajo? Naturalmente que podía abarcarlo todo perfectamente y, como siempre, conseguir que todo fuese como la seda. Pero no le daba la gana. Esta vez tendrían que espabilarse solos. Además, hacer una lista y entregarla a la tienda de las comidas preparadas de Alp no era tan difícil.

De repente, notó un vacío en el estómago y miró de nuevo a la mesa. Pensó en los *steps* del gimnasio y se acercó para levantar las tapas de los platos. Paco le había pedido un completo, y eso podía tener varias interpretaciones en las que era mejor no profundizar. Sobre todo, si no quería pasarse el día dándole vueltas al

asunto, como hacía siempre. Cuando se disponía a sentarse, le resbaló una gota por la frente y recordó que aún tenía el pelo mojado. ¡Dios! Echó una última ojeada a la comida y, pensando en su hermano, arrancó una de las patas del croissant de mantequilla antes de volver al baño.

No iba a dejar que la hicieran sentir culpable por nada. Ni hablar. Se había marchado para vivir su propia vida lejos del dominio controlador del abuelo para olvidarse de las cosas que la hacían sentir pequeña, de las manipulaciones y de los pactos de silencio, de las miradas enjuiciadoras y de la atmósfera asfixiante del valle.

Acabó de secarse frotándose el cuerpo con el albornoz y se lo desabrochó con suavidad ante el espejo. Volvió a pensar en las recepciones y en las fiestas a las que debería acudir en el futuro. Buscó el perfume en el bolso, se echó un poco detrás de las orejas y en el escote. Puede que Paco la llevase de acompañante, incluso que lo de la noche anterior se repitiese con regularidad. Kate respiró hondo, sorprendida por sentir tanta indiferencia ante esa idea. Después de haber fantaseado con ello desde la primera entrevista, era una reacción inesperada. Ahora que es una realidad, ¿te estás encogiendo? Se miró a los ojos. Vamos, Kate, es lo que quieres, poder y sofisticación, y Mendes es el lote completo.

Dejó resbalar el albornoz hasta el suelo y se observó en el espejo. Puede que le sobrasen un par de kilos justo ahí. Las manos se le pegaron al vientre como lapas, como siempre que permanecía desnuda ante un espejo. De perfil, esa curva suave, pero terca, que aumentaba al menor descuido apareció para mortificarla, y Kate encogió el estómago hasta que le dolió, igual que hacían de pequeñas, y no pudo evitar pensar en Dana y en que el domingo se verían en la fiesta después de casi diez meses.

Empezó a vestirse, y antes de ponerse las medias revisó sus uñas con atención. Manicura transparente e impecable en las manos y doble capa de Black Silk en los pies: el contraste entre su imagen formal y la pequeña irreverencia que en privado le recordaba a su adolescencia salvaje. Se preguntó si Paco habría advertido el detalle, y miró el tatuaje que llevaba años condicionando qué tipo de zapatos se compraba. Alguna vez incluso había imaginado lo que pensarían sus clientes del bufete si le vieran los pies. Cogió el secador y lo enchufó para alisarse el pelo. Seguro que Dana sería la única en alegrarse de su ascenso. Pero pensar en el momento del encuentro le secó la boca, y necesitó tragar saliva. Porque contarle lo que había hecho no sería fácil. Ya podía imaginar su mirada cuando supiera lo de Mendes.

3

Comisaría de Puigcerdà

Antes de colgar el teléfono, las conexiones nerviosas de Magda Arderiu, máxima autoridad en la comisaría de Puigcerdà, ya funcionaban a pleno rendimiento. Jaime Bernat era amigo del alcalde. Tenían negocios juntos y atesoraba una de las mayores fortunas del valle. Magda acababa de coincidir con él apenas hacía dos semanas en la barbacoa anual que solía ofrecer el político, y nada le hizo presagiar lo que acababa de oír. Recordó su comentario sibilino sobre la reciente decisión del CRC, el Consejo Regulador de la Cerdaña, de talar el cortafuego de Santa Eugènia en las tierras de la finca Prats. Teniendo en cuenta que la otra opción para ubicarlo eran sus propias tierras, y que una instalación de tal calado mermaba notablemente el valor de las fincas, no era de extrañar su satisfacción. Ese hombre era un malaje, y ella lo sabía.

Como la mayoría de los propietarios importantes de la zona, Bernat hacía y deshacía a su antojo desde su silla en el CRC. Sus miembros eran los principales terratenientes del valle. En sus reuniones acordaban favores mutuos, y al menor contratiempo se invitaba a los pequeños propietarios a venderles sus tierras. En el valle nadie vendía más de doscientas hectáreas de terreno a los foráneos. Allí se jugaban las verdaderas partidas del valle, y Magda, aficionada a pasear sus galones por actos sociales y comités, se cuidaba bien de estar a buenas con el poder local que actuaba en la sombra. Respiró hondo. Sólo esperaba que se tratase de una muerte natural porque, de no ser así, la lista de sospechosos del asesinato de Bernat podía ser muy larga.

La comisaria se apoyó en el respaldo de su butaca. Interesante jornada la que tenía por delante... La muerte de Jaime le proporcionaba un protagonismo inesperado que, desde luego, iba a aprovechar. Se balanceó en la butaca, con los antebrazos sobre los soportes del asiento y las manos colgadas a ambos lados, mientras ordenaba mentalmente las llamadas que debía hacer. Primero, convenía

ocuparse de la autopsia y de recibir la primera copia de ésta para controlar la información. Después, el funeral. Seguro que iría todo el mundo, así que se pondría el traje negro con el ribete crudo, ese que le daba una imagen sobria y elegante. Con suerte, Matilde, la mujer del alcalde, se quedaría en casa y ella podría acaparar a Vicente sin tener que hacerle ningún parabién a esa irritante bruja que se empeñaba en tratarla como una vulgar subordinada de su marido. El simple hecho de pensarlo la sulfuraba. Algún día la pondría en su lugar. De hecho, lo único que se lo había impedido hasta entonces era la posibilidad de que las relaciones entre la alcaldía y las fuerzas del orden, de las que como comisaria era la máxima representante, se viesen enturbiadas. Y también la amistad entre Pepe, el hijo del alcalde, y su hijo Álex. Magda se preguntaba qué había visto en ella un hombre como Vicente. Sería el dinero, y las tierras de su padre. O puede que ella se hubiese quedado embarazada y él, todo un caballero, hubiese cumplido con su deber. Chasqueó la lengua y miró a través de la ventana hacia la cumbre del Puigmal. Todo eso no eran más que elucubraciones que no la llevaban a ninguna parte. Especialmente, en un momento en el que era de vital importancia estar centrado y aprovechar la situación.

Al levantarse de la butaca, notó el sujetador más prieto que de costumbre y decidió saltarse las pastas. Hasta el entierro, sólo café. No quería que el traje le marcara demasiado las curvas y, aunque sabía que su atractivo no radicaba únicamente en eso, era importante cuidarse.

Pulsó el botón de secretaría. Mientras ordenaba a Montserrat que avisara al sargento Silva, observó satisfecha la impecable manicura francesa de su índice. Lo quería en su despacho de inmediato. Se apartó el pelo de la frente con el anular y el meñique, y le rugieron las tripas.

Volvió a pulsar el botón y le pidió un americano bien cargado.

4

Santa Eugènia, era de los Bernat

J. B. Silva bajó la ventanilla del coche patrulla ignorando la mirada incrédula de su compañero, el caporal Arnau Desclòs. A finales de noviembre, el valle más extenso de los Pirineos pasaba la mayor parte del día con temperaturas cercanas a los cero grados, así que viajar a primera hora de la mañana con el cristal bajado era, cuando menos, una temeridad. Pero el sargento Silva estaba harto de aguantar el olor que desprendía el maldito caporal. Ni siquiera el aroma dulzón del Solano que intentaba comerse lo neutralizaba. Era increíble que alguien pudiese no darse cuenta de que apestaba como un oso después de la hibernación.

Cuando unas semanas atrás le asignaron a Desclòs como compañero para el caso de los inmigrantes de Urús, J. B. llevaba tan sólo unos días en el valle, pero ya había oído hablar de él. Arnau era hijo y hermano de jueces, y lo apodaban el Zorrillo. Montserrat, la secretaria de la comisaría, le había contado al sargento que el sobrenombre se lo había puesto el agente Marcos, un caporal de origen mexicano, porque en su tierra era así como llamaban a las mofetas.

Ahora volvían a encontrarse. El sargento esperaba que fuese una colaboración esporádica, pues cada vez que el caporal abría la boca, mostraba una actitud tan racista y soberbia que J. B. tenía que esforzarse por no perder el control y acabar a guantazos con él.

—¿Quién es ese Bernat? —preguntó J. B. subiéndose la cremallera de la chaqueta hasta arriba.

Desclòs lo miró, incrédulo, y casi de inmediato apareció en él ese gesto de arrogancia que J. B. había visto tantas veces desde su llegada al valle. El caporal continuó en silencio, y eso le irritó.

—Tómate tu tiempo —soltó J. B., sarcástico—, con tanta gente por metro cuadrado seguro que es difícil acordarse de todo el mundo.

Arnau fingió ignorar el comentario y puso el intermitente. Pero tras un silencio denso se irguió incómodo en su asiento y respondió:

–Jaime Bernat es uno de los propietarios más importantes del valle. Posee tierras desde Llivia hasta La Seu. Es un hombre muy respetado incluso por sus arrendatarios, una persona muy apreciada.

Por el tono que había empleado Desclòs, y conociendo su talante, J. B. dedujo que el muerto era un payés rico con un montón de arrendados que probablemente dependían de su voluntad. Si era necesario iniciar una investigación, no iban a ser de mucha ayuda.

–La mujer que le ha encontrado dice que el cuerpo estaba rígido. Es raro que nadie denunciase su desaparición. ¿Qué sabemos de la familia del muerto?

Una pequeña arruga apareció en el entrecejo del caporal. Sin perderle de vista, J. B. apartó con la mano la gota que empezaba a cosquillearle la nariz y la metió otra vez en el bolsillo. Joder, el aire frío le estaba dejando la oreja derecha como el cartón.

–Vive con su hijo Santi en la masía de la familia –respondió Desclòs al fin.

J. B. se preguntó por qué había tardado tanto en contestar.

–¿Y su mujer? ¿No tienen más hijos?

El caporal se tomó de nuevo su tiempo.

–No. Bueno, sí...

J. B., irritado, sacó la mano del bolsillo y pulsó con fuerza el interruptor para subir la ventanilla, pero lo soltó al recibir una nueva oleada del aroma que desprendía su compañero. Dio por hecho que no sacaría nada en claro del caporal. Y, encima, del resfriado ya no se libraba. Pero entonces Desclòs pareció darse cuenta de su incoherencia y continuó:

–Es una historia familiar complicada. No conozco los detalles, pero su mujer y su hija no viven aquí. Estaban solos.

Era evidente que el asunto le incomodaba y J. B., con la vista fija en la luna delantera, que empezaba a mojarse, decidió hurgar un poco más.

–Es raro que su hijo no lo echase en falta anoche. Si viven juntos debió de percatarse en algún momento de que su padre no había llegado –apuntó.

J. B. notó el temblor en su propia voz y contuvo el castañeteo de los dientes. Sobre la manga derecha de su cazadora empezaba a formarse una fina película de

minúsculas motas blanquecinas que entraban por el hueco de la ventanilla. J. B. subió un poco más el cristal y se ajustó el cuello de la cazadora.

Desclòs pareció dudar.

— Bueno, es normal. Supongo que cada cual vivía su propia vida. Al fin y al cabo, Santi tiene más de treinta años. Yo mismo vivo en el edificio de mis padres y a veces estoy semanas sin verlos.

J. B. asintió. Era posible. Él apenas había visto a su madre los días que pasó en su casa a la vuelta del País Vasco, mientras se resolvía lo de su cambio de destino. Aun así, era raro que el hijo de Bernat no hubiese notado su ausencia, ni siquiera al levantarse. Un escalofrío le recorrió la espalda y de nuevo una gota asomó por su nariz. J. B. la restregó en el borde del cuello de la chaqueta y sorbió con la vista puesta en la ruedecilla de la calefacción. Maldito tiempo, pensó moviendo con fuerza los dedos de los pies. Necesitaba unas botas o algo que le mantuviese los pies secos, porque con las deportivas siempre estaban calados. Las motas de la manga de su cazadora se habían convertido en líquido transparente, y J. B. pulsó de nuevo el interruptor del cristal. Por lo menos ya no olía al caporal, pero, joder, algún día alguien debería mencionárselo.

Cuando llegaron a la era, encontraron dos tractores aparcados que cortaban el paso de la carretera y un par de turismos en el arcén; un Ford Fiesta y un Fiat blanco. A la derecha, el terreno era abierto y llano, excepto por algunas granjas dispersas a lo lejos. A la izquierda, los campos subían desde la carretera hasta la cima de la montaña en una pendiente bastante inclinada. La parte alta era un bosque frondoso coronado por una neblina densa y estática; la baja, campos arados, separados por una línea de arbustos perpendicular a la carretera que delimitaba las eras. En lo alto de uno de los campos, cerca de los primeros árboles del bosque, J. B. distinguió a una persona agachada sobre un bulto oscuro al lado de un estercolero, y a otra de pie, a unos metros. Había cesado la aguanieve, pero la tierra hasta el estercolero estaba removida. J. B. entornó los ojos pensando de nuevo en sus deportivas.

El caporal aparcó el patrulla detrás del último tractor, sin maniobrar, y J. B. escapó del coche antes de que Desclòs tuviese tiempo de poner la mano sobre la palanca del freno. Cruzó la carretera, y observó cómo su compañero extendía el brazo para ajustar la ventanilla del copiloto. Estaba hablando solo. J. B. sonrió. Luego miró hacia la persona agachada en lo alto de la era.

Llevaba una especie de anorak negro y un gorro de lana del que asomaba

una coleta. Sonrió. En un valle entre montañas, uno de esos forenses progres era de esperar. J. B. metió las manos en los bolsillos y soltó una vaharada de aire blanquecino. De nuevo trabajando, y eso que apenas le había dado tiempo a instalarse. Tras el período de cese que le había impuesto el comisario Millás por su comportamiento en las semanas posteriores a la muerte de su compañero, Jamal, el valle le había parecido una solución perfecta, una zona tranquila, sin sobresaltos. Y, sin embargo, la calma apenas había durado nada. Ojalá se tratase de una muerte natural, algo sin consecuencias que le dejase tiempo para acabar de montar el taller y ocuparse de restaurar la OSSA.

Al pensar en ella se le alegró el espíritu. Cada vez que conseguía una clásica para restaurar se sentía como cuando empezaba a salir con alguien, o incluso mejor. Se le pasaban las horas en un vuelo. Apenas hacía una semana que había ido a recoger la «palillos» del 56 y estaba exultante. Hasta se le hacía difícil esperar a llegar a casa para encerrarse de nuevo en el taller. J. B. saltó la alambrada para entrar en la era y, antes de empezar el ascenso, se volvió.

Desclòs se acercaba a uno de los tractores con el bolígrafo y el talonario de multas en la mano. Caminaba erguido, con la cabeza alta y la vista fija en su objetivo. J. B. lo vio mirar en la cabina del primer tractor y ajustarse la gorra con autoridad. Luego, andar hasta la parte trasera ignorando al resto del mundo, detenerse frente a la matrícula y empezar a escribir. En ese momento, J. B. avistó a los dos hombres apoyados en la valla del otro extremo del campo. Ambos observaban al caporal sin moverse mientras un tercero se les acercaba desde el lugar donde yacía el cadáver. Los dos hombres de la valla comentaban algo entre ellos mirando hacia donde estaba Desclòs. J. B., concentrado en la escena, entrecerró los ojos. Los de la valla llevaban sendos monos de trabajo azules y botas negras de agua. Intuyó que eran los conductores de los tractores que cortaban la carretera. El otro les indicaba con gestos que se mantuviesen fuera de la valla y avanzaba con dificultad sobre la tierra removida. Era un tipo alto y poco acostumbrado al terreno, con un anorak oscuro del que asomaban los bajos de una americana. Los secretarios del juzgado son inconfundibles, pensó. Desde que había entrado en vigencia la nueva ley, los jueces se personaban poco en las escenas si podían mandar en su lugar al secretario de turno. J. B. respiró hondo y exhaló una nueva vaharada blanca antes de volver a concentrarse en la parte alta de la era. Por lo menos no llovía.

En la carretera, Desclòs ya había guardado el talonario y se disponía a cruzar la acequia con la gracia que le permitían sus casi dos metros.

J. B. empezó a subir la era atento a las zonas más llanas para apoyar los pies.

El caporal lo seguía rezagado unos metros, y eso hizo sonreír al sargento. Seguro que Desclòs no estaba acostumbrado a ver cadáveres. Allí, la gente debía de morir de vieja en sus casas. En cuanto se fue acercando al lugar donde estaba el cuerpo, J. B. se dio cuenta de que la persona agachada era una mujer. Sin duda, un incentivo interesante... Estaba a punto de saludar cuando vio acercarse con decisión al hombre del traje. Sus delgadas facciones, las gafas redondas y sus movimientos desgarbados le recordaron a Harold Lloyd y sus peripecias mudas. Antes de llegar hasta ellos ya le oyó jadear.

—Buenos días —gritó el recién llegado al tiempo que intentaba algo tan complicado como recuperar el resuello conteniendo las vaharadas blancas—, soy del juzgado.

—Sargento Silva —apuntó J. B.—, y él es el caporal Desclòs.

El hombre saludó a Arnau con un asentimiento, pero a él le extendió la mano. J. B. se la estrechó, atento a los esfuerzos del funcionario por normalizar la respiración y mantener a raya las náuseas. El hombre se esforzaba en no mirar al cadáver. J. B. todavía no había visto al protagonista del encuentro, pero cuando la mujer de la coleta se levantó y se dio por fin la vuelta, el sargento comprendió cuál era el problema del secretario.

J. B. también era la primera vez que estaba delante de un viejo al que le habían vaciado los ojos. Tragó una saliva que notó densa y mantuvo la mirada sobre el cadáver unos segundos tratando de imaginar que se trataba de un maniquí de plástico. Incluso intentó evocar el olor intenso del material con el que los fabricaban. La técnica que le había aconsejado su mentor, el comisario Millás, para no ceder a las reacciones fisiológicas del cuerpo ante ese tipo de visiones solía funcionarle. Pero el fuerte hedor que arrastraba el viento desde el estercolero dificultaba la estrategia. J. B. alzó la vista hacia los árboles de la parte alta y subió el brazo hasta hundir la nariz en la manga de la chaqueta para respirar. El trayecto hasta el bosque era un barrizal y, por primera vez desde que había llegado al valle, se preguntó qué coño estaba haciendo él en el fin del mundo.

Hasta que oyó el carraspeo, observó un segundo a la mujer que le tendía la mano, y luego de nuevo al cuerpo para asegurarse de que lo que había visto era cierto y de que al cadáver le faltaba un dedo.

Una vez confirmado, se volvió hacia ella y la miró un instante. Piel blanca y pecosa, rasgos infantiles, unos cuarenta y cinco kilos y cuerpo de preadolescente. Difícilmente clasificable..., tal vez un siete. Encajaron las manos y se encontró con

unos dedos pequeños, huesudos y fríos como el hielo, que le devolvían el apretón con fuerza. En otras circunstancias, J. B. hubiese dudado incluso de su mayoría de edad. Era imposible, no podía tratarse de la forense. Él había presenciado algunas autopsias, hasta contaba con un par de conocidos del oficio, y esas manos tan pequeñas no podrían ni siquiera con las herramientas. Entonces ¿qué se suponía que hacía manipulando el cuerpo? Cuando se disponía a preguntárselo, ella le sonrió con timidez y se presentó. Era Gloria Álvarez, la forense del valle.

Como respuesta, J. B. le devolvió una mueca. Ante aquella muchacha se sintió como un fósil. La estudió de nuevo y, cuando quiso darse cuenta, sus ojos apuntaban ya a la zona del jersey en donde sobresalían los pezones. Gloria se apresuró a colocarse el portafolios justo delante y J. B. se volvió, intentando no mostrar precipitación. Es difícil ser más imbécil, macho.

—Coge la cinta y las barras para acordonar la zona —ordenó al caporal sin esperar respuesta—. Sube también la cámara y los marcadores.

Esperó un instante a que Desclòs empezara a descender hacia el coche y se volvió hacia la forense, decidido a mantener la vista por encima de la línea de su escote.

Gloria estaba de nuevo agachada sobre el cadáver, poniéndose el guante en la mano que acababa de estrecharle.

J. B. miró a su alrededor. Déjate de chorradas y céntrate. Después de eso, su cabeza empezó a trabajar.

Había marcas de vehículos de cuatro ruedas, pero estaban demasiado juntas para ser de un coche o de un tractor. Buscó en los bolsillos algo con que secarse la nariz, a sabiendas de que no encontraría ningún pañuelo, y al final, sin perder de vista la espalda de la forense, lo hizo con un gesto rápido del dorso de la mano. Luego dio un paso a un lado para observar el cadáver con atención y volvió a centrarse en la mano a la que le faltaba el dedo y en la posición del cuerpo, intentando imaginar qué lo habría hecho caer en aquella postura tan rara. Gloria seguía examinando el cadáver. A su alrededor había huellas recientes de varios tamaños que se acercaban y se alejaban del cuerpo igual que las marcas de las ruedas.

—¿Le han atropellado? —preguntó J. B. con intención de restablecer cierta normalidad.

Había metido la pata escrutándole el jersey y ella le había pillado. Vale, eso eran cosas que pasaban y no había que darles más importancia. Si hubiese habido

confianza, con un chiste se habría solucionado. Pero no la conocía lo suficiente, así que se decidió por algo más convencional. Le pareció que ella asentía y permaneció en silencio, esperando una respuesta mientras la observaba trabajar. Parecía competente y, encima, algo le hacía intuir que no era de la zona. Bien, algo en común siempre ayudaba. Además, una buena relación con la forense podía serle muy útil, lo sabía bien, y no quería que una tontería acabase con el buen talante que le convenía mantener con ella. El silencioso y discreto secretario se agachó para comentar algo con la joven y se despidió. J. B. lo observó bajar con paso inseguro y apresurado hasta la carretera y acercarse a Desclòs. Entonces se volvió hacia Gloria. Seguro que era la única forense del valle. Como si le hubiese oído, ella asintió sin apartar la vista del cuerpo.

—Sí, no cabe duda de que un vehículo le pasó por encima, pero hasta que le practique la autopsia no podré asegurarte si fue eso lo que le mató o si ya estaba muerto. Aunque...

La forense, con su mano de miniatura, le indicó que se acercase y J. B. se agachó a su lado, cuidándose bien de no rozarla.

—¿Ves estas marcas? —dijo ella señalando uno de los brazos—. No hay hemorragia, ni siquiera en las zonas de mayor presión. Apostaría que el atropello fue post mórtem.

J. B. observó las marcas. ¿Qué finalidad tendría atropellar a un tipo muerto en medio de una era? Lo había dicho en voz alta. Gloria levantó la cabeza y se lo quedó mirando con una ceja en alto.

—Elemental, querido Watson. El conductor no lo vio... o no sabía que estaba muerto.

La chica era lista, y bromeaba. No estaba todo perdido. Gloria buscó algo en su maletín.

—Antes de que me preguntes lo que te tiene intrigado, te diré que fueron los cuervos.

J. B. la miró desconcertado y ella sonrió señalándose los ojos.

En ese momento, el sargento miró las cavidades huecas en el rostro del cadáver y el conocido sabor a hiel apareció al instante. Empezaba siempre debajo de la lengua y se iba extendiendo por toda la boca mientras él, esta vez, imaginaba el pico del cuervo picoteando los ojos del viejo. La imagen le hizo tragar saliva y buscó con impaciencia en uno de sus bolsillos.

Rasgó el envoltorio del Solano con los dientes y se lo metió en la boca. Inmediatamente, el sabor cremoso la inundó y J. B. tragó saliva varias veces para contener las náuseas. Gloria continuaba buscando en su maletín. Al fin la vio sacar una bolsita de plástico transparente.

J. B. respiró hondo.

— ¿Cuándo crees que murió? — preguntó, ofreciéndole un Solano.

Ella lo rechazó mostrándole la mano enguantada.

— ¿Te lo desenvuelvo?

Ella negó de nuevo.

— Con este frío, y por el rígor mortis, creo que murió ayer por la tarde — respondió introduciendo el dedo del cadáver en una de las bolsas de muestras.

— ¿Por qué le cortarían un dedo? Ni siquiera se lo llevaron como recuerdo...

Gloria se encogió de hombros y volvió a examinar el apéndice de cerca.

— Fíjate, estas marcas proceden de algo que hacía tiempo que le presionaba el dedo, quizá un anillo. Pero por aquí no se ve ninguno — dijo levantando ligeramente el brazo. El cadáver, rígido, se movió entero como un maniquí—. Habrá que mirar bien cuando lo trasladen.

— Lo haremos. Dentro de nada llegarán los de la científica con sus polvillos y sus marcadores para peinarlo todo.

Gloria lo miró de reojo y, mientras escribía algo en la bolsa, le preguntó:

— ¿Algo en contra de los científicos, sargento?

J. B. se encogió de hombros mientras pensaba una respuesta. Pero no se le ocurrió nada mínimamente inteligente y optó por buscar al caporal.

Desclòs ya había acordonado la zona y hablaba con el secretario del juzgado en la parte de la era que daba a la carretera, cerca del Fiat blanco. J. B. se dirigió hacia la valla pensando en los de la científica y en los dos años que había pasado entre esos tipos preparándose para las pruebas específicas de ascenso a sargento. Los cerebritos debían de estar al caer.

Al lado de los tractores, varias personas se habían ido concentrando, alertadas por el movimiento inusual de gente y vehículos o por algún aviso que habían recibido. Cuando uno de los hombres se sacó un iPhone del mono azul, J. B. enarcó las cejas. La última tecnología móvil alcanzaba ya los bolsillos más

insospechados...

Todos los presentes querían saber cómo había muerto Jaime Bernat. Comentaban lo curioso que era que los animales le hubiesen respetado toda la noche, y cada cual decía la suya. Así fue como J. B. se enteró de que uno de los coches de la carretera, el Ford Fiesta, pertenecía al fallecido y de que la tierra en la que yacía también era suya. Entonces alguien quiso saber de qué había muerto. Ante su silencio, una mujer apuntó que el cuerpo estaba al lado de la era de la veterinaria. J. B. detectó que varios de los presentes asentían y empezaban a murmurar por lo bajo. Era de esperar que ocurriese algo así, comentaban. Cuando uno de ellos aseguró que había visto discutir a la veterinaria con Jaime Bernat la tarde anterior, J. B. anotó el nombre del testigo y el de la albéitar. Luego se dirigió hacia el lugar donde Gloria hablaba con los de la ambulancia.

La forense le había sorprendido, y la pareja de la ambulancia, también. Beth Boix era una veinteañera que le sacaba dos palmos a Gloria, con la piel más oscura y los ojos grandes y verdes como aceitunas gigantes. Llevaba unas rastas negras agrupadas bajo una especie de diadema de tela con listas de colores chillones que se ajustaba impaciente cada pocos minutos. Mientras hablaba, sus manos largas y huesudas se movían como las astas de un ventilador. A su lado, quieto como una estatua y con ojos de recién levantado, un chico de edad indefinida con un corte de pelo antiguo y un uniforme muy blanco la escuchaba como si la suya fuese la única voz de la Tierra. Cuando por fin levantaron el cuerpo de Bernat, Gloria se dirigió a J. B. para despedirse y le ofreció una tarjeta.

– Mañana a media tarde tendré el informe. Llámame si quieres.

J. B. asintió, y repitió el gesto cuando Arnau le preguntó si ampliaba la zona acordonada.

Gloria esperó a recuperar la atención del sargento.

– ¿Qué te ha parecido?

Él frunció el ceño.

– ¿A qué te refieres?

– A mi ayudante, Beth, ella es mi auxiliar en las autopsias, pero en realidad es necropintora – aclaró mientras los dos chicos metían el cuerpo en la ambulancia.

J. B. se encogió de hombros. Era evidente que esos dos tenían algo, que la muchacha llevaba la voz cantante y que él adoraba el suelo que ella pisaba. Aparte de eso, las rastas siempre le habían parecido algo extravagante. Prefería lo

convencional.

Observó cómo Gloria recogía el maletín. Era mejor no mezclar trabajo y placer, pero nunca había estado con una mujer tan pequeña. Además, intuía que lo de antes, bajo su jersey, no había sido sólo cuestión de frío. Cuando resolviesen el caso, igual la llamaría para quedar. Aunque esas cosas no solían acabar amistosamente y el valle era un lugar pequeño. Tal vez lo más sensato fuese olvidarse del asunto. Sí, seguro. Empezó a desviar la vista con disimulo para ver cómo iban las cosas bajo el jersey de Gloria, pero la voz de la forense le detuvo.

—Bueno, yo ya he acabado —sentenció la joven empezando a quitarse los guantes—. Ahora sí te acepto el caramelo.

J. B. retiró la vista justo a tiempo de evitar otra metedura de pata. Se hizo el silencio, Gloria se libró del segundo guante, los lanzó al interior de su maletín, y se frotó suavemente las palmas de las manos con la mirada perdida en el suelo, donde minutos antes yacía el cadáver. Era evidente que a la pequeña forense le costaba despedirse. J. B. sonrió. Tendría que ayudarla. Se metió la mano en el bolsillo del vaquero y le ofreció el Solano. Ella empezó a desenvolverlo mientras sonreía al suelo. J. B., a su vez, sonrió con la vista fija en el horizonte. La puerta estaba abierta, y la pelota, en su propio tejado. Sólo tenía que cerrar lo del tal Bernat y marcar el número de la tarjeta que aún sujetaba en la mano.

5

Bufete M&M, Edificio Paseo de Gracia, planta octava

La vista desde su nuevo despacho era una maravilla. Kate dejó sobre la mesa el maletín con el portátil y se acercó a la ventana. En ese momento no tenía la sensación de que le hubiese costado tanto llegar hasta allí. Al fin y al cabo, ¿qué eran seis o siete años en la vida de alguien? Y estaba satisfecha con el resultado. Puede que en algún momento, en esos días o un domingo por la tarde, al salir del gimnasio, la asaltase una especie de sensación de soledad, de carencia profunda. Pero eso no le ocurría con frecuencia, no como para tener que preocuparse. Y siempre podía llamar a Dana, aunque hiciese mucho que no hablaban.

Cerró los ojos y suspiró. Sabía que no había sido una buena amiga ese año, y eso aún le hacía más difícil marcar su número. De hecho, lo había ido posponiendo y ahora ya casi era mejor encontrarse en la fiesta del abuelo y ver cómo transcurría todo. De nuevo notó en la boca del estómago la sensación angustiosa de los compromisos pendientes que solía tener cuando pensaba en Dana.

Y Kate sabía de sobra la razón. Había sido rencorosa y egoísta por no haber subido más a verla. Sobre todo, ahora que Dana se había quedado sola tras la muerte de la viuda. Se acercó al termostato del aire acondicionado y lo bajó a dieciséis grados. Sin embargo, no todo había sido culpa suya... Aparecieron entre sus ojos unos pequeños surcos mientras recordaba la discusión que habían tenido el último día. El causante había sido él una vez más, con su sibilina forma de esparcir la semilla de la discordia y sus comentarios reprobatorios. Además Dana sabía que los comentarios del abuelo siempre la molestaban y, aun así, se había puesto de parte de él. De hecho, durante los últimos meses, ella también podría haber llamado, ¿no? Al fin y al cabo, las líneas telefónicas iban en dos direcciones y en la finca tenían un horario más flexible que en el bufete. Si Dana no había dado señales era porque estaba bien y no la necesitaba.

Las luces del paseo de Gràcia se encendieron con la timidez habitual, y Kate cogió aire. Ya iba siendo hora de que dejase de preocuparse por Dana, de protegerla como había hecho siempre, y de que ésta empezase a espabilarse por su cuenta. Sacó la BlackBerry del bolsillo e hizo una foto de la vista para enviársela. Eso rompería el hielo, y a lo mejor conseguía que Dana la llamase. A los demás ya se lo diría el domingo en la fiesta, aunque no esperaba enhorabuenas sinceras. Seguro que sus hermanos bromearían, y el abuelo puede que ni siquiera la felicitase o que fingiese no haberlo oído, como solía hacer cuando algo no le convenía.

Pero Dana sí se iba a alegrar, aunque no le gustase ni Barcelona, ni las aglomeraciones, ni el tráfico. Hay demasiadas almas angustiadas, gente dañada que sufre, afirmaba siempre que hablaban de la ciudad. Kate estudió la foto un instante y la guardó en la memoria del móvil. Lamentó que pareciese tan impersonal. Tal vez podría tomar una del despacho cuando hubiera trasladado todas sus cosas. Buscó la hora en la pantalla. Seguro que Dana estaba en los establos. Ya podía imaginársela, con su melena pelirroja sujeta en un moño desmarañado y la ropa de montar, asomando en uno de los boxes tras un caballo de dos metros. Sonrió. Ahora que sabía cuándo resolverían lo suyo, pensar en ella y en la finca le fortalecía el ánimo. El domingo estarían todos agasajando al abuelo, al ex comisario Salas-Santalucía. Todos excepto ella, que pensaba aprovechar el tiempo para ponerse al día con Dana.

Contempló el despacho vacío con mirada crítica. Quedarse en Barcelona era lo mejor que había hecho. Aquí, nadie conocía su pasado. La respetaban por lo que era, por lo que había conseguido, y se sentía segura de sí misma, como si estuviese en el camino correcto. Además, era la dueña absoluta de su propia vida, justo lo que quería, en lugar de vivir siempre sujeta a los dictados del abuelo, como sus hermanos. Reparó en que el modelo del archivador era idéntico al de Paco. Le satisfacía que los muebles fuesen tan regios, pero le había tocado el despacho más alejado de los ascensores. Y eso tendría que cambiar. Con la plaza de aparcamiento había sido fácil: un par de insinuaciones y Marcos le había cedido la suya a cambio de dos clientes que ella había recuperado en unos meses. Ahora, su plaza se encontraba a tres coches de la de Paco, justo donde debía estar, al lado de quien la había rescatado de su anodino cubículo en la sala de los novatos. Esa sala que, en cuanto la ascendieron, evitaba mirar cada vez que las puertas del ascensor se abrían en la tercera para soltar a alguien en medio de aquella plantación de mesas idénticas. Ahora ya no le importaba. Incluso, a veces echaba un vistazo fugaz para detectar admiración en los ojos de algún novato que la hubiese reconocido. Sabía que era el ejemplo que todos querían seguir, un ídolo, la mano derecha del gran

Paco Mendes. Y, por fin, tenía un despacho en la octava, la planta noble que ocupaban los socios. Kate reparó en que había empezado de nuevo a rascarse el antebrazo y se detuvo. Tendría que volver a pedir hora al dermatólogo. Los eccemas habían vuelto a brotar y con el jabón que usaba ya no notaba mejora. Odiaba la idea de acudir al médico: sólo le hacía perder tiempo entre semana y sentirse como una tarada. Suspiró molesta. Aquello no estaba funcionando, puede que hubiese llegado la hora de cambiar de especialista. La BlackBerry vibró sobre la mesa y Kate observó la pantalla con desdén.

—Mario —respondió con sequedad clavando sus ojos en las cruces romas de la Sagrada Familia.

— ...

—Pues no, todavía no hemos hablado con él. Por el momento nos estamos asegurando de que disponemos de los recursos suficientes para que no pueda fallarnos.

Parecía que tenía para rato... Kate pasó el índice por el alféizar de la ventana y se sentó en él.

— ...

—Lo sé y, créeme, te lo agradezco, pero sin duda comprenderás que no podemos obviar los protocolos de seguridad del bufete aunque seas tú mismo quien nos proporcione el contacto. Nuestra obligación es velar por la empresa.

Luis entreabrió la puerta del despacho y sin mediar palabra le preguntó con quién hablaba. Ella negó con la cabeza.

— ...

—Naturalmente, también por los clientes. No te preocupes, cuando sea el momento me pondré en contacto con él. Déjalo en mis manos —zanjó—. Y ahora, si no necesitas nada más, tengo a una persona esperando para hablar conmigo.

Le hizo un gesto a Luis para que pasara y puso los ojos en blanco. El becario sonrió.

— ...

—No, es mejor que te mantengas al margen. Aún no sabemos si la Fiscalía ha contactado con el banco y tu llamada podría complicar las cosas. Pensaba que Paco había hablado contigo sobre la estrategia que vamos a seguir, pero veo que no —añadió contrariada.

— ...

—Entonces no comprendo el objetivo de tu llamada — afirmó con sequedad.

— ...

—Te lo agradezco, pero no lo necesitamos. Créeme, es mejor que te mantengas alejado de cualquier contacto que pueda relacionarte con el caso. Déjalo en mis manos, como te dijo Paco. Ya sabes que tu hermano es el mejor.

A esas alturas Luis sabía con quién hablaba su jefa y le hizo un gesto de aburrimiento. Kate se volvió y le dio la espalda.

— ...

—Mira, no quiero mentirte. No tengo por costumbre llamar a mis clientes para informarlos cada dos por tres, así que no creo que pueda hacer lo que me pides. Habla con Paco y te pondrá al corriente de nuestros avances cuando lo crea conveniente — le aconsejó tajante.

— ...

—Te equivocas, y lamento que estés tan confundido. Mi función es sacarte del lío en el que estás metido — le anunció—. Más allá de eso, no tengo ninguna obligación de hablarlo contigo. Ni de eso ni del modo en el que decidamos hacerlo. A no ser que la orden venga de Paco. Y, aun así, tendríamos que discutirlo.

La arrogancia de Mario era asombrosa teniendo en cuenta que aquel imbécil dependía de ella para salvar el cuello.

— ...

—No, siempre hablo igual de claro y, además, no acostumbro a cambiar de opinión. Y ahora, si me disculpas, me traen un informe importante.

— ...

—Naturalmente, con los cinco sentidos.

— ...

Miró a su adjunto mientras soltaba la BlackBerry en el bolsillo de la americana y, al extender la mano para recibir el portafolios, resopló.

—Aquí tienes todo lo del andorrano — dijo Luis con su cadencia afectada—. ¿Y se puede saber qué le ocurre al hermanísimo? ¿Ha sufrido un ataque de mando y ordeno?

Kate asintió y cogió la carpeta.

—Ve con cuidado —le advirtió Luis—, no me fío ni un pelo de los tipos que se creen con derecho a dar órdenes a todo el mundo. Tanta necesidad de autoridad sólo puede revelar alguna carencia —sentenció con malicia. Y, al ver que su jefa no respondía, continuó—: Bueno, si no deseas nada más me voy al gimnasio. Nos vemos el lunes aquí, en el Olimpo.

Kate sonrió ante tal ocurrencia. No era la primera vez que la oía. Abrió el portafolios y empezó a leer. Cuando Luis abandonó el despacho, ella ni siquiera se dio cuenta de que se había quedado sola.

6

Comisaría de Puigcerdà

—Entonces era cierto. Es el cuerpo de Jaime Bernat. —Magda hablaba consigo misma, pero era plenamente consciente de la presencia del hombre que tenía sentado enfrente. Lo miró directamente a los ojos.

»Mañana quiero que se ocupe de conseguir una copia del informe de la autopsia.

J. B. asintió, y la comisaria se levantó de su butaca, caminó despacio hasta el ventanal y se apoyó en el alféizar.

—¿Qué sabemos hasta ahora, sargento?

J. B. Silva le contó con claridad y concisión lo que había recabado en la escena, le relató su conversación con la forense y la informó de que había quedado en llamarla la tarde siguiente para conocer el resultado de la autopsia. Mientras, la comisaria había vuelto a sentarse y empezaba a escribir en un papel con la furia de los que se ven arrastrados por la inspiración. Cuando se quedaron en silencio, Magda levantó el bolígrafo y clavó sus ojos en los de Silva.

—No sabremos hasta mañana si se trata de muerte natural o de otra cosa. Le voy a poner al cargo del caso. Si es necesaria una investigación, deberá resolverla de forma rápida y eficaz.

La comisaria hizo una pequeña pausa con una clara intención dramática y J. B. asintió para que pudiese continuar.

—Jaime Bernat era un hombre muy importante. Su muerte debe aclararse de inmediato, no sólo por su relevancia como ciudadano, sino para demostrar nuestra pericia. ¿Lo entiende? —preguntó, y arrastró por la mesa el papel que había llenado hasta que el sargento lo tuvo delante.

J. B. leyó fugazmente la primera línea y miró a la comisaria, perplejo.

En un primer momento ni siquiera fue capaz de sentirse ofendido. Luego sí, hasta que comprendió que lo había confundido con Desclòs. Entonces se relajó. Quizá nunca había tenido a sus órdenes a alguien como él y sólo había que aclararle con quién estaba hablando.

Pero cuando volvió a mirarla con intención de hacerlo, la comisaria parecía tenerlo todo muy claro.

— Ah, y quiero que se lleve a Desclòs. Él conoce bien a la gente de por aquí y le abrirá puertas con los interrogatorios. — Y señalando la lista que acababa de darle añadió —: Recuerde que lo primero que deben hacer es informar a Santi, el hijo del fallecido. Precisamente creo que el caporal es amigo suyo.

Magda percibió con claridad cómo el sargento se encogía. Por su expresión, supo que acababa de darle el golpe de gracia al nombrarle a Desclòs. Bueno, que se fuese acostumbrando a obedecer a sus superiores. El comisario Millás le había pedido el favor y ella había accedido a aceptar al sargento sin preguntar demasiado. Pero mandar a un tipo con el perfil de Silva a una comisaría perdida en un valle no era habitual. De repente se le ocurrió que tal vez fuese una decisión de la central para ver cómo funcionaban las cosas por allí. En el caso más que probable de que Silva fuese un infiltrado con la misión de informar sobre cómo dirigía ella la comisaría, se iban a enterar todos de quién era Magda Arderiu.

La voz del sargento la obligó a dejar a un lado sus elucubraciones.

— Comisaria, perdone, pero no comprendo qué es esto. Pensé que había visto mi hoja de servicios.

Magda lo miró entrecerrando los ojos. ¿La estaba retando, o simplemente era tan torpe como para no comprender que se trataba de una orden por escrito? No iba a consentir que nadie metiera la pata en ese caso, así que pensaba controlar hasta el más mínimo detalle. Rodeada como estaba de incompetentes, no cabía otra si quería salir airosa y convertir aquel asunto en una oportunidad. Sin un ápice de cordialidad en el tono, aclaró:

— Precisamente porque estoy al corriente de su hoja de servicios está usted sentado ahí delante. Resulta que soy la comisaria al mando y usted sabe bien en qué condiciones y a petición de quién lo admití. Éstos son los pasos que va a dar en la investigación si quiere seguir aquí y tener la fiesta en paz — ordenó señalando con la barbilla el papel —. ¿Le ha quedado claro?

J. B. procesaba sus palabras con el cuerpo rígido. La muy pécora le estaba amenazando... Desde el primer momento intuyó que no era de fiar, que a la

mínima se la jugaría, y no había tardado ni tres semanas en sacar el tema de su traslado. J. B. se preguntó hasta dónde la habría informado Millás y si «la doña» sabría algo de la suspensión o incluso si conocería el motivo real de su traslado.

Pero Magda no había terminado.

– Además, quiero un informe diario del caso. En esta comisaría las cosas funcionan así, sargento. Ignoro cómo se trabajaba en el lugar donde usted prestó servicio, pero aquí hay un mando que hace su trabajo. Váyase acostumbrando – zanjó al tiempo que empezaba a remover las carpetas apiladas sobre su mesa.

J. B. cogió aire. Aquello no podía estar sucediendo. No después de nueve años en los *estupas*, no después de lo de Jamal, no después de todo por lo que había pasado. Por suerte fue su cerebro, y no el instinto, quien controló la situación. J. B. asintió levemente mientras sentía que sus mandíbulas se incrustaban la una en la otra. Se puso de pie y arrastró el papel con el índice hasta el borde de la mesa antes de salir mudo del despacho.

Pi, era de los Bernat

Arnau Desclòs había localizado a Santi Bernat en una era cerca de Bellver. Mientras hablaba con él por teléfono, J. B. seguía la conversación para establecer qué relación existía entre los dos hombres y ver si eso podía ser motivo suficiente para que la comisaria apartase al caporal del caso por conflicto de intereses. Sin él, al menos podría actuar a su aire.

Se sentía frustrado por lo que había sucedido en el despacho de Magda y también cabreado consigo mismo por enésima vez. Haber caído tan bajo tras la muerte de Jamal: el alcohol, las broncas... Era de imbéciles. Él lo sabía, y también que no le había dejado otra alternativa al comisario Millás que la suspensión y el ingreso en un centro. Sobre todo tras destrozarle la cara a un compañero por insinuaciones malintencionadas sobre los métodos que empleaba su grupo. J. B. se bajó la cremallera de la cazadora y resopló mientras se erguía incómodo en el asiento del copiloto. De repente, los fantasmas del pasado volvían para joderle el día. Bajó la ventanilla del patrulla, dejó que el viento helado le acariciase el rostro y el pelo, y deseó que los recuerdos pudiesen también enfriarse y desaparecer.

Pero, por el momento, eso parecía imposible. Pensar en Millás hizo que tuviera la tentación de llamarle y averiguar qué había tenido que contarle a Magda para conseguirle el puesto en la comisaría de Puigcerdà. Quería saber si la comisaria podía seguir pinchando o si, en cambio, su arma ya había dañado cuanto podía. Porque él sólo quería quedarse en el valle y vivir tranquilo. Aunque tampoco a cualquier precio. De hecho podía devolverle el golpe a «la doña» consiguiendo que se viese obligada a apartar a Desclòs del caso. Lástima que, de momento, el caporal sólo le hubiese pedido a Bernat que permaneciese donde estaba porque tenía que darle una noticia importante.

El trayecto hasta la carretera que enlazaba Bellver con Pi, donde habían

quedado con Santi Bernat, fue silencioso. Para J. B. siempre lo era. Notificar la muerte de un familiar directo era algo que le encogía el estómago; no sólo por el hecho irreparable de la noticia, sino por lo incierto de la reacción que podía desatar.

A mitad de la cuesta, casi llegando a Pi, Desclòs puso el intermitente y aminoró la marcha. J. B. se fijó en los dos hombres que los observaban desde uno de los campos de la parte derecha, al lado de una pick-up oscura con las llantas niqueladas cubiertas de barro.

Uno de ellos, el más joven, se apoyaba en una gran pala clavada en la tierra y mantenía uno de los pies sobre ella con autoridad. Era un tipo corpulento, con el pelo oscuro y algo ondulado, una barba incipiente y la frente ancha y despejada. J. B. pensó que debía de ser Santi Bernat, porque quien le acompañaba tenía más o menos la edad del fallecido.

Los dos hombres compartían la forma cuadrada del rostro, la frente amplia y una tez tostada por el sol. Cualquiera podría haberlos identificado como padre e hijo. La idea de que podían pertenecer a la misma familia le hizo sentirse más ligero de inmediato. J. B. sabía por experiencia que estar acompañado disminuía la tensión para ambas partes al recibir esa clase de noticias.

Tras un breve saludo, Arnau hizo las presentaciones. Joan Casaus era el propietario de casi todas las tierras a ambos lados de la carretera, desde Pi hasta Santa Eugènia. El joven corpulento de la barba era Santi Bernat, el hijo del fallecido.

La diferencia entre sus indumentarias llamaba la atención. Por lo que sabía el sargento, los Bernat eran gente adinerada, y el aspecto raído de la vestimenta de Santi no cuadraba con eso. Casaus, en cambio, llevaba un chaquetón con el forro de cuadros de una conocida marca inglesa, camisa blanca, pantalón de pana oscuro y unas botas de montaña con las que hubiese podido subir al Everest. Todo un dandi con aspecto de lobo de mar, pelo blanco y barba cuidada. Al encajarle la mano, J. B. supo que aquel hombre no había trabajado la tierra en su vida.

Fue el propio Casaus quien inició la conversación para decirles que había ido a ver cómo Santi regaba las tierras colindantes con las suyas. Y que, cuando el joven había recibido la llamada de Arnau, había decidido quedarse por si podía ser de utilidad. A J. B. no se le escapó la intención con la que Casaus había dicho lo de ser de utilidad. Los ojos pequeños y vivarachos del viejo parecían esperar las palabras que estaban a punto de salir de la boca del caporal con un interés excesivo, como si intuyesen una noticia trascendente, y el sargento se preguntó si el hombre sabía ya algo de lo que iban a comunicarle a Santi. Desclòs, por su parte, no parecía tener

prisa e hizo una larga pausa antes de darle la noticia al joven.

J. B. había estado observando a Santi con atención. Su rostro estaba marcado por un antiguo acné que quizá nadie se había ocupado de tratar y los ojos eran de un gris extraño que hacía difícil apartar la mirada. Se preguntó si aquel frío glacial habría llenado también las cuencas oscuras del rostro de Jaime Bernat antes de que los pájaros las vaciaran. El sargento trató de alejar de su cabeza la imagen que empezaba a dibujarse en ella y contuvo el impulso de buscar un Solano.

La primera reacción de Santi ante la noticia de la muerte de su padre fue un tanto extraña. Al primer resoplido le siguieron algunos gestos imprecisos con el rostro contraído mientras se apoyaba con ambas manos sobre el mango de la pala y la hundía en la tierra con fuerza. Luego, frunció el ceño en una extraña mueca de afectación poco convincente. J. B. tuvo la sensación de que aquel tipo representaba una obra de teatro experimental, de esas en las que uno no entiende nada ni siquiera cuando cae el telón. Casaus rodeó con el brazo los hombros de Santi, pero éste, para desconcierto de su vecino, se deshizo del abrazo protector casi de inmediato. Desclòs carraspeó y presionó fugazmente el brazo de Santi con una mano. Todos permanecieron en silencio hasta que Casaus le preguntó al caporal dónde estaba el cuerpo y, sin esperar respuesta, propuso a Santi acompañarle de inmediato a ver a su padre. Desclòs respondió con un no es posible que tuvo el efecto de dejar a Casaus perplejo. El anciano miró al caporal esperando con evidente impaciencia una explicación.

—Lo han trasladado al hospital para practicarle la autopsia —informó Desclòs.

La reacción de Santi fue inmediata.

—¿La autopsia? ¿Por qué? —preguntó acusador mientras el caporal se encogía de hombros y daba un paso atrás como si fuese culpable por no haber podido evitarlo.

J. B. reprimió el impulso de darle un golpe en la espalda para devolverlo a su sitio. Y, cuando vio que sus dudas amenazaban con eternizar la situación, respondió por él.

—Como le ha dicho el caporal, a su padre lo encontraron en la era de Santa Eugènia. El cuerpo permaneció toda la noche a la intemperie. Cuando sucede eso, para determinar la causa de la muerte hay que practicar una autopsia. —Y sosteniéndole la mirada añadió—: Lo siento, pero es el protocolo.

Santi había empezado mirándolo con esa suficiencia con la que la gente del

valle observaba a los foráneos, algo que a J. B. le hacía sentir como si se hubiese colado en la fiesta. Sin embargo, pronto notó que el hijo de Bernat suavizaba su expresión al comprender que estaba tratando con un igual que, a diferencia de Desclòs, él no se arredraría. J. B. le sostuvo la mirada. Tardó un instante en comprender lo que le incomodaba, la causa de aquella sensación extraña e inquietante que no le dejaba apartar la mirada. Cuando fue capaz de traducirla en palabras, comprendió que era la ausencia de emoción. No había aflicción en los ojos de Santi Bernat, ni rastro de lo que cabía encontrar en la mirada de un hombre al que acababan de comunicar la muerte de su padre. Y eso empujó al sargento a ir al grano.

–Verá, señor Bernat, nos gustaría saber dónde estaba usted ayer por la tarde.

J. B. ignoró la mirada de indignación de Casaus y el modo en el que el hombre adelantó su cuerpo dispuesto a presentar batalla, para centrarse en la de Santi, que lo observaba como el alumno que conoce la respuesta.

–Ayer estuve en Llívia, con los del forraje. Ellos y mucha gente que me vio se lo confirmarán.

–Tengo entendido que usted vivía con su padre.

Santi asintió.

–Entonces comprenderá que nos parezca extraño que anoche no lo echase en falta.

Su expresión de ésa me la sé seguía intacta.

–Llegué muy tarde y pensé que la reunión del CRC se habría alargado. Pasa muchas veces –replicó buscando apoyo en Casaus.

El alcalde asintió brevemente, algo molesto, y luego negó con la cabeza mirando al sargento.

–Bueno, en realidad ayer no hubo reunión. Es el próximo jueves. La aplazamos a petición de dos miembros que estaban de viaje. Creo que anoche tu padre estaba en Barcelona –indicó dirigiéndose a Desclòs.

El caporal asintió de forma automática, y J. B. intuyó que su gesto era más por no llevar la contraria a Casaus que por tener la certeza de lo que estaba afirmando. Aquel detalle dejaba claro que había demasiadas conexiones entre las tres familias, y ése era motivo más que suficiente para apartar a Desclòs de la investigación. Cuando leyese su informe, la comisaria no tendría más remedio que

librarle del Zorrillo y asignarle otro compañero.

— ¿Y dices que lo han encontrado en Santa Eugènia? — preguntó Casaus a un Desclòs que asentía con complicidad.

El lobo de mar negó con la cabeza y añadió:

— Esto sólo podía acabar así.

— ¿A qué se refiere? — replicó J. B. de inmediato.

Casaus respiró hondo y lo miró como a un niño al que hubiese que explicárselo todo. Sin embargo, el sargento no percibió arrogancia en su mirada, sólo cierta actitud colaboradora que le sorprendió tras el primer intento por plantarle cara cuando había interrogado a Santi sobre la tarde anterior. El tono de Casaus sonó doctrinal.

— Santa Eugènia está dividida en dos partes: una es propiedad de los Bernat, y la otra se la arrebató al abuelo de Santi un noble de Barcelona en una partida de póquer. Ahora, su nieta, la veterinaria, ha heredado la propiedad de manos de su abuela, la viuda Prats. Me consta que Jaime intentó recuperarla en varias ocasiones y que incluso le ofreció más dinero de lo que valía, pero esas mujeres no aceptaron la oferta, a pesar de que estuvieron varias veces a punto de perderla por deudas con los bancos. — Casaus chasqueó la lengua y negó con arrogancia —. Ésta no es tierra para que las mujeres vivan solas. Se las advirtió muchas veces, y ahora su obstinación acabará con ellas. De hecho, creo que la veterinaria tiene problemas graves otra vez y...

— No debí dejar que fuese solo a Santa Eugènia — le interrumpió Santi con brusquedad —. Acuérdense de cuando la veterinaria intentó poner a los arrendatarios en nuestra contra y no le salió bien. Debía de estar rabiosa y, en cuanto se presentó la oportunidad, lo pagó con él.

Casaus asintió y Santi, negando con gesto compungido, repitió:

— Cuando me mandó a Llivia debí dejar el pienso para otro día e ir a reparar el vallado con él.

— No sabemos cuándo nos va a llegar la hora — sentenció Casaus —. No es culpa tuya que la muerte lo encontrase solo. Además, seguro que ella le lanzó una de sus maldiciones y todos sabemos lo terco que era; si te mandó a Llivia, no hubieses podido convencerle de lo contrario.

Esta vez Santi pareció aceptar de buen grado que el viejo le pusiese el brazo sobre los hombros. Incluso se permitió bajar la cabeza y asentir, quizá demasiado

obediente, cuando le prohibió culparse por lo ocurrido.

—Ahora debemos enterrar a tu padre como se merece y aclarar lo que ocurrió —afirmó Casaus.

—¿Y sus cosas? —preguntó Santi.

—Dentro de un par de días creo que podremos devolvérselas.

J. B. miró a Desclòs.

—Nosotros tenemos que irnos.

Casaus asintió y Desclòs dio otro golpecito de ánimo en el brazo de Santi. Los agentes se dirigieron al coche patrulla.

Cuando pasaban delante de los dos hombres para incorporarse a la carretera, Casaus hizo un gesto a J. B. para que bajase la ventanilla.

—Es preciso averiguar lo que le ocurrió a Jaime —les ordenó antes de levantar la mano en señal de despedida.

Tomaron la carretera de vuelta a Bellver. En uno de los campos cercados que se extendían a la derecha, un pequeño grupo de robustos caballos bretones se acercaban parsimoniosos al lodazal que la lluvia había formado cerca del riachuelo. A la izquierda, J. B. reparó en una cincuentena de vacas agrisadas, encerradas en un campo embarrado con dos viejas bañeras oxidadas como abrevaderos. Había visto más bañeras a la intemperie en los últimos quince días que en toda su vida. Le tentó inquirir al caporal sobre el origen de aquel tipo de vacas tan poco comunes, pero la mirada que provocaría esa pregunta le frenó el impulso.

A la entrada del pueblo, Desclòs redujo la marcha.

—¿A comisaría?

—No, antes quiero conocerla. Vamos a ver lo que tiene que decir la veterinaria sobre sus actividades de ayer por la tarde.

Centro DIR, Barcelona

Empujada por el discurso alienante y la voz pletórica del monitor de *spinning*, Kate apenas sentía las piernas. El corazón se le iba a desbocar. El cansancio mental y físico que acusaba antes de salir del despacho había desaparecido por completo con el esfuerzo físico que la mantenía sobre la bici como una posesa. Imaginaba las células musculares de sus cuádriceps bombeando potasio y calcio en un intento desesperado por sobrevivir a lo que quedaba de clase. La única parte de su cuerpo que en ese momento no funcionaba por inercia era el cerebro. Sin embargo, notaba las pulsaciones con tanta fuerza que su cabeza parecía estar esperando a que acabase la hora de clase para explotar definitivamente como una calabaza de Halloween con un petardo dentro. Antes de comenzar la sesión le tentó la idea de abandonar. Pero, en cuanto sonó la música, su cuerpo empezó a moverse y ocurrió lo de siempre: que cuando emprendía algo, Kate no se rendía jamás.

Sin embargo, a pesar de la intensidad de la sesión de *spinning*, un mal presentimiento la mantenía conectada mentalmente al despacho. El asunto de Mario Mendes, con el hueso de fiscal que tenía asignado y los últimos listados con sus movimientos bancarios en Banca Andorrana, se complicaba por momentos. Kate sonrió al recordar la respuesta de Paco cuando ella le había hablado de su preocupación por la alta efectividad del fiscal que les tocaba. Si te vas a quedar más tranquila, revisa tus propios resultados y encontrarás ese mismo porcentaje de victorias. Kate amplió la sonrisa y pedaleó con más fuerza. Paco siempre encontraba las palabras justas para devolverle la seguridad. En este caso, además, él tenía interesantes relaciones con varios de los jueces que podían asignarles. Kate contaba con eso y también con la colaboración del técnico andorrano al que habían investigado. De modo que nada estaba decidido aún. Entonces ¿a qué venía esa vocecilla interior que le susurraba con insistencia que no se confiase?

Carretera de Pi a Santa Eugènia

A Desclòs se le podía reconocer, por lo menos, que no te crispaba discutiendo las órdenes. J. B. había captado en seguida que esa actitud tenía más que ver con la intención de eludir responsabilidades que con otra cosa, pero le facilitaba la vida, la verdad, así que tampoco iba a preocuparse por las razones que movían al neandertal que le había tocado por compañero. De camino hacia la finca Prats, repasó mentalmente la conversación que acababan de mantener con Santi y Casaus. Había un par de cabos sueltos. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó el último Solano. Debía acordarse de pasar por el quiosco y comprar una buena provisión de mentolados. Miró de reojo a Desclòs y le vio concentrado en su propio mundo, así que se metió el caramelo en la boca y decidió no masticarlo para que le durase cuanto más tiempo mejor. El familiar sabor dulzón del café con leche le hizo sentir bien de inmediato. «Estoy enganchado», pensó. Y, en ésas, recordó uno de los cabos sueltos.

— ¿A qué se refería el alcalde con lo de la maldición de la veterinaria?

Arnau se movió incómodo en su asiento. J. B. contuvo la respiración y se concentró en el aroma y el sabor del caramelo para evitar el hedor que desprendía el caporal con cada movimiento. Desclòs seguía en silencio. Si esperaba a que olvidase la pregunta para no tener que responderla, se había equivocado de hombre. J. B. también permaneció callado. Al fin, Desclòs resopló.

— Bueno, las Prats siempre han tenido fama de medio brujas. Eso es lo que se dice — farfulló encogiendo los hombros como si aquello no fuese con él.

— ¿Por qué todos dicen las Prats? ¿Acaso no fue un hombre quien ganó las tierras?

El caporal asintió algo más tranquilo, y J. B. intuyó que el asunto de la propiedad le resultaba menos comprometido.

—Supongo que es porque el abuelo de la veterinaria murió al poco tiempo de hacerse con las tierras. Pero tuvieron una hija, y ésta, otra. Y así sucesivamente. En esa finca los hombres mueren y las mujeres se quedan al mando. Además, del marido de la hija no se supo nunca nada, y eso es muy sospechoso —comentó con malicia—. De hecho, vivían las tres solas hasta que murió la madre de la veterinaria. Ya hace años. También corren rumores... Se ve que la encontraron en el bosque. El caso es que siempre han sido mujeres. Los hombres duran poco en esa finca —bromeó esperando complicidad.

—¿Y de dónde viene lo de la brujería? —insistió J. B. para mortificarlo.

El caporal le lanzó una mirada incrédula acompañada de un gesto de disgusto. J. B. lo ignoró y continuó en silencio.

Al fin, Desclòs suspiró, resignado.

—Desde siempre se han oído cosas sobre ellas, principalmente sobre la viuda, la abuela de la veterinaria. Parece que fue llegar ella a Santa Eugènia y que algunos vecinos empezaran a tener problemas en sus tierras. Dicen que sus cosechas eran mejores que las del resto de la zona por los hechizos que les hacía y las hierbas que les echaba. Se decía que atraían la fuerza de las tierras de los alrededores, o algo así.

J. B. sonrió. La envidia crecía incluso bajo las piedras, como la mala hierba. Su silencio obligó al caporal a continuar.

—Además, parece que la veterinaria no usa medicamentos con los animales que trata. Les da productos que fabrica ella y les pone emplastes de hierbas o algas que le traen de no se sabe dónde. A la gente no le gustan las Prats. Ésa es la fama que tienen las mujeres de la familia.

—En lo que me cuentas no veo indicios suficientes para que todos estén tan en su contra.

Arnau lo miró perplejo.

—¡Porque no las has visto! Son de lo más raras, como extranjeras, por estas tierras no hay nadie con esos pelos rojos y la cara tan manchada.

Incluso al propio Desclòs aquello debió de parecerle un argumento tan pobre que decidió seguir hablando.

—Y no se trata sólo de la brujería ni de que sus cosechas sean mejores o peores. Es por todo. Éste no es sitio para que las mujeres gestionen una finca tan grande. No saben cómo hacerlo. A diferencia de los demás propietarios, ellas

siempre tienen problemas, les pasan cosas o sufren inundaciones y percances. Y encima van por libre, ni siquiera están en la cooperativa, ni colaboran con las cuotas como todos los propietarios. Son un peligro, y un fastidio, ¡y una molestia! —concluyó con irritación.

Las opiniones del caporal no le sorprendían. J. B. conocía su talante desde que coincidieron en la casa de ilegales de Urús, cuando le oyó soltar aquellas barbaridades sobre los inmigrantes y, en particular, sobre los bolivianos, a los que tachaba de vagos y ladrones. Ya entonces le dieron ganas de partírle la cara. Ahora, su discurso sólo confirmaba ese talante. Por otra parte, quedaba claro que el trasfondo era otro y que las Prats, con su independencia, suponían un ejemplo diferente que la gente tomaba como una amenaza para lo establecido. Probablemente eso era lo que las hacía tan «dañinas» para la comunidad. Lo había visto antes, en otros lugares donde comunidades cerradas con dependencia de las tierras, u otras necesidades, se dejaban embaucar por organizaciones dirigidas con astucia que únicamente servían a los intereses de unos pocos. Tendría que averiguar más sobre ese consejo del que todos hablaban con tanta ceremonia y del que había formado parte Jaime Bernat. Entre asociados, o lo que fuesen los del CRC, también podían existir rencillas. Guerras de poder. Eso no era nada nuevo. Por lo pronto, habría que ver si la autopsia arrojaba alguna luz sobre el caso.

Como de costumbre, pensar en una cosa le llevó a la otra y la autopsia le recordó a la forense. Cuando la llamase, sabrían más. Puede que la invitase a un café, y luego ya se vería. Oyó que Desclòs ponía el intermitente y volvió a pensar en la conversación que habían mantenido con Santi y Casaus.

—Y en cuanto a los arrendatarios, ¿a qué se refería Santi con lo de ponerlos en su contra?

El caporal se encogió de hombros. El encendido y absurdo discurso sobre las Prats le había dejado sin aliento. J. B. sonrió con la vista en la carretera.

—No tengo ni idea. Deben de ser asuntos de tierras. Podemos preguntarle a Santi cuando se le haga entrega de las pertenencias de su padre —propuso, mientras giraba para entrar en el camino que conducía a la finca Prats.

J. B. asintió en silencio, impresionado por lo que veía. La valla de piedra que rodeaba la hacienda y la magnífica puerta de hierro forjado con filigranas que enmarcaba la señorial entrada le habían dejado sin habla.

Finca Prats, Santa Eugènia

Cuando se fueron los dos agentes, aún le siguieron temblando las manos durante un buen rato. A pesar de eso, calentó agua en la tetera de la abuela y se preparó una infusión de melisa con anís y tomillo. *Gimle*, de pie en la puerta, la seguía de cerca con la mirada. Avanzó unos pasos y emitió un gruñido suave que Dana, con la mirada fija en el fuego, ignoró. Habían encontrado muerto a Jaime Bernat y la policía no había tardado ni un día en aparecer en su casa. El agua empezó a hervir, apagó el fuego y vertió la infusión en una taza. En el bote del azúcar moreno quedaban sólo dos terrones. Partió uno y echó la mitad en la tisana. Todo parecía llegar a su fin, en la finca y en su vida. Se dirigió a la sala, dejó la taza sobre la mesilla de ajedrez y se descalzó para sentarse en el sofá preferido de la abuela; todo ello bajo la atenta mirada de *Gimle*, que esperaba paciente para ocupar el espacio que quedase libre. Sus ojos se encontraron y Dana asintió, era la señal que el golden estaba esperando para saltar al sofá y arrellanarse sobre sus pies. Desde el instante en que los policías le comunicaron la razón por la que estaban en su casa, Dana había empezado a notárselos fríos, y ahora los tenía como un témpano.

No lamentar la muerte de Bernat le dolía, porque sabía que eso no era bueno para su alma. Sin embargo, debía reconocer que ese pesar iba acompañado de una increíble sensación de libertad. Una sensación de la que apenas pudo disfrutar, porque desapareció en cuanto fue consciente de que alguien había tenido que señalarla para que la policía le hiciese esa visita. Un detalle que su abuela hubiese pasado por alto sin pensar, pero que a ella le quebraba el ánimo y la dejaba sin fuerzas. En cuanto alzó la vista hacia el retrato de la viuda, sobre la chimenea extinguida, el nudo en la garganta apareció de inmediato.

¿Cómo conseguías que no te afectase?, le preguntó mirándola a los ojos. ¿Cómo ignorar los agravios y seguir adelante con el aplomo de una reina egipcia? Hace once meses que me dejaste sola y, por más que lo intento, no consigo pensar

en ti con alegría, tal como me habías pedido tantas veces desde que el diagnóstico fue definitivo. Se le escapó un sollozo y mantuvo los ojos cerrados un instante mientras notaba la caricia cálida de las lágrimas al resbalar por sus mejillas. Siento que estoy perdiendo todas las batallas. Sollozó. Y no me acostumbro a las puñaladas traperas de los vecinos, ni a las perrerías de los Bernat. Y ahora esto. ¿Cómo voy a salir de este lío? Si ni siquiera tengo con quien hablar de ello. O con quien bromear, como tú y yo hacíamos siempre. Y eso lo hace todo más real, más dañino. Levantó el brazo y se pasó la manga del jersey por la cara. Y encima llevo un año apagando fuegos, se lamentó, tapando como puedo los agujeros de la finca, sin un respiro, y cada vez con menos recursos. La gente ya no paga los pupilajes y no pasa un mes sin que alguien me diga que ya no puede hacerse cargo de su caballo y que me deshaga de él. Pero ¿cómo se supone que voy a hacer algo así? Cada vez tengo más animales a mi cargo y menos ingresos. Estoy cansada, agotada, susurró enrosándose en el sofá. Se acarició las mejillas con la tela para enjugarse las lágrimas. Me duele pensar que la gente es mala por naturaleza. No quiero hacerlo. Pero cada amanecer me reserva alguna muestra de ello y, de tanto poner a prueba mis convicciones, empiezo a no estar ya segura de nada. La taza aún humeaba y miró hacia el capazo. Todavía quedaban algunos troncos, y eso seguro que la haría sentir menos sola. Buscó las cerillas con los ojos anegados. Estoy llegando al límite de mis fuerzas, musitó mientras se levantaba para preparar el fuego. *Gimle* se movió al notar que los pies sobre los que se había recostado desaparecían. Levantó la cabeza y la siguió con mirada atenta desde su posición en el sofá. Dana continuó la conversación silenciosa con su abuela.

Y encima ahora tengo la terrible sensación de que todos sospechan, esperan o desean que yo le haya matado, se lamentó. De repente, también tenía frío en la espalda. Se sentó de nuevo con los pies bajo la manta de terciopelo y abrazó la taza caliente con las manos. *Gimle* apoyó la cabeza sobre la manta con sus apacibles ojos pardos atentos a los movimientos de su ama.

Las luces de la finca acababan de encenderse y el jardín empezaba a iluminarse con la lenta cadencia habitual. Dana miró hacia fuera y se le escapó un suspiro. Desde pequeña había amado esa tierra y a sus animales como a su propia vida, pero al crecer comprendió que, en realidad, no era como creía, sobre todo para las Prats. Mientras vivió la abuela, fuerte como un roble centenario, siempre la había protegido de las maldades, pero ahora era diferente, estaba sola, y por primera vez también se sentía así. Sorbió y el líquido caliente le quemó la boca, pero sus manos siguieron apretando la taza con una fuerza inconsciente. Los dedos también le ardían. Miró con lástima lo que quedaba de sus uñas y cambió la

posición de las manos para no verlas. Necesitaba protegerlas con algo para que no se le infectasen. Acercó la taza a los labios para sorber de nuevo y, al tragar, se le clavaron mil agujas en la garganta. Cerró los ojos y las lágrimas resbalaron hasta caer en la infusión y mezclarse en ella como una pequeña lluvia, suaves como la voz de la abuela cuando le había dicho: abrázala, cuida de ella como si fuese yo misma, déjate llevar por tu instinto y hazla crecer y florecer como se merece. Esta tierra es como nosotras; agradecida, terca y salvaje. Los preceptos de la abuela que ahora tanto le costaba cumplir... Lo comprendo, pero yo no soy como tú, susurró entre sollozos. Gimle levantó la cabeza y el corazón de Dana dio un vuelco en cuanto empezó a sonar su móvil. Se encogió mientras observaba con temor la luz de la pantalla. A esa hora era poco probable que fuesen los trece dígitos porque los bancos llevaban horas cerrados. Extendió la mano y cogió el móvil intentando no rozar la tecla verde.

Miró la pantalla y respiró hondo.

–Hola...

–...

La voz del hombre que estaba al otro lado de la línea sonaba excesivamente animosa, y Dana se enterneció agradecida al recordar su último encuentro. Debía de haberle costado mucho marcar su número.

–De acuerdo, ¿qué quieres que haga?

–...

–Claro que me acuerdo de la mudanza, contad conmigo, ya se lo dije a Tato cuando llamó para pedir las cuerdas. Y en cuanto a la comida, al final, ¿cuántos seremos?

–...

–¿Quieres acercarte mañana por la tarde y la hacemos?

–...

Permaneció en silencio mientras él intentaba convencerla y el nudo volvió poco a poco a apoderarse de su garganta. No podía aceptar su oferta y tampoco hablar con él de lo que le ocurría. Cogió aire y apartó con la manga del jersey las lágrimas que empezaban a cosquillearle la cara de nuevo. Luego carraspeó.

–Mejor mañana, Miguel. Estoy muerta y pensaba acostarme en seguida.

El silencio al otro extremo de la línea exhalaba decepción y su pregunta la

sorprendió.

— ...

—Qué va, sólo estoy cansada. Mira, nos vemos mañana. ¿Sobre las cuatro te va bien? Así te invito a un café. La cafetera que me regaló tu hermana está casi por estrenar. Todavía quedan cápsulas de todos los colores.

— ...

—Claro que te lo diría, hombre, pero no te hagas ilusiones de caballero andante, que esta dama sólo tiene sueño. Venga, hasta mañana.

Después de colgar mantuvo el móvil en la mano un instante. La idea de llamarla se le había ocurrido de repente, como una intuición, un suave susurro de los de la abuela. Buscó su número en el teléfono y, mientras lo hacía, recordó la última vez que habían hablado. Ahora estaban tan lejos... A veces pensaba que siempre lo habían estado, pero que en el fondo no quería reconocerlo. Otras, que sólo era temporal y que ella volvería para que todo fuese como antes hasta el fin de los días. Y que vivirían las dos felices en la finca, tal como planeaban de pequeñas. Con ella sí se veía capaz de enfrentarse a cualquier cosa. Pulsó la tecla roja con el pulgar y el número desapareció de la pantalla. Su ausencia le dolía tan hondamente que había tenido que buscar un modo de no pensar en ella cada vez que su recuerdo amenazaba con volver a hundirla en un pozo de soledad. Por lo menos ahora ya sabía lo que sentía, lo que había sospechado desde siempre y había constatado con su distanciamiento tras la muerte de la abuela. Que lo que quería era estar con ella, pero que eso era imposible. Y aunque esa certeza convertía su sentimiento en algo más sosegado, no lo hacía por ello menos doloroso. Pulsó de nuevo la tecla roja del teléfono antes de soltarlo sobre la mesa. Ahora ni siquiera le quedaba Miguel.

La semana anterior se había presentado en la finca por sorpresa, había pillado a Dana desprevenida y ésta no había podido negarle los problemas por los que estaba pasando la finca. Y, después, ni tan sólo había sido capaz de hacerle comprender los motivos que la empujaban a rechazar su ofrecimiento. No seas orgullosa, le había dicho dejando claro que no comprendía su frustración por no poder mantener por sí misma el legado de su familia. Además, existía otra razón que no podía contarle. Temía la reacción de su hermana cuando supiese que se había asociado con él. Conociéndola, seguro que pensaría que había sido a sus espaldas, a traición. Tal como estaba la relación, algo así podía separarlas definitivamente. Y la sola idea de que eso pudiese pasar la aterraba.

Se movió inquieta en el sofá y vigiló el móvil. Tal vez debería haberle contado a Miguel que la policía se había presentado en su casa. Al fin y al cabo el sargento que la había visitado era ex compañero suyo. Pero su instinto no la había guiado por ahí y lo último que quería era que él sintiese pena por ella o que estuviese obligado a cargar con sus problemas. Cabía la posibilidad de que la visita de la policía sólo respondiese a un mal viento y que pasase sin más. Aunque la reacción del hijo del juez ante su descripción de las actividades que había llevado a cabo el día anterior no la impulsaba a tener esperanzas.

Los policías permanecieron en silencio cuando les dijo que había estado ocupándose de los animales de la granja vecina de los Masó durante toda la mañana y que Chico o su madre podrían confirmarlo. También cuando les contó que había seguido con el trabajo hasta entrada la tarde y que después había visto a Jaime y a su hijo Santi en las tierras que los Bernat tenían en Santa Eugènia. Y ahí fue cuando el hijo del juez la acusó de mentirosa y ella no había sido capaz de defenderse.

Lo ignoraban, pero lo único que había omitido era la razón por la que había ido hasta allí y la causa de su discusión. Que el malnacido de Bernat hubiese mandado talar el roble centenario bajo el que estaban enterrados los cuerpos de varias generaciones de su familia no le importaba a nadie. Eso se lo guardaba para ella. Pero todo lo que les había dicho era verdad.

Las lágrimas volvían a anegarle los ojos. ¿Qué podía esperar del hijo de uno de ellos? Los mafiosos eran todos iguales, iban a por lo mismo y se cubrían unos a otros. A veces estaba tan harta de todo que deseaba marcharse y desaparecer. Pero ¿cómo podría vivir en otro lugar?

11

Bar El Edén

Era viernes por la noche y en casa le esperaba el mejor plan de la historia. Había llegado por los pelos al quiosco y notaba en la mochila el peso de los dos kilos de sus Solanos favoritos y de la barra de pan caliente. Ahora sólo le quedaba pasar por el bar.

Cuando cruzaba la calle por delante de la comisaría empezaron a caer las primeras gotas, e instintivamente aceleró el paso. Vio cómo se apagaban las luces del despacho de Magda y, a través de los cristales, a Arnau de pie en el hall, apoyado en el mostrador de Montserrat. El caporal le hablaba a la secretaria agitando con indolencia un portafolios que sujetaba en la mano. Seguro que hacía tiempo para que la jefa le viese allí y luego se largaría en cuanto ella saliese del aparcamiento. En todas las comisarías había tipos como él. J. B. dibujó una mueca. Y eso que no hacía ni una hora que le había puesto pegas para ir a trabajar al día siguiente porque era sábado. Al muy cabrón se le habían agolpado las excusas en la garganta como vagones de tren hasta que supo que, en cuanto confirmase la versión de la veterinaria con los Masó y mandase las fotos de las roderas al laboratorio, podría irse a casa. Aun así, al salir le soltó que los tres sábados festivos al mes eran por su antigüedad, pero que iría porque se trataba de Jaime Bernat. Pedazo de mamón.

A esa hora de la tarde, El Edén era un hervidero de gente que tapeaba y bebía. Desde la esquina se oía el zumbido fuerte y festivo de las conversaciones y, a pesar de tener las dos puertas abiertas, el local olía a rancio, a cerveza y a gente que había trabajado toda la jornada. J. B. aspiró la última bocanada de aire fresco y entró. Echó un vistazo a todo el local, se acercó a la barra y pidió que le envolvieran lo que quedaba de la tortilla de patatas y unas cortezas de cerdo recién hechas. Mientras le preparaban el pedido repasó mentalmente lo que acababa de ver: las personas que había en cada mesa, lo que tomaban y lo que había en las bandejas de

los expositores de la barra. Para hacerlo, dejó la mente en blanco y se concentró por completo en la memoria visual. Luego se volvió y comprobó el resultado. Practicaba el juego por lo menos una vez al día, una costumbre que había aprendido de su padre y que el primer año de servicio en la comisaría de Cornellà le había hecho ganar mucha pasta en apuestas.

La camarera le dio la bolsa y J. B. pagó con un billete de veinte euros. Mientras esperaba el cambio, vio que las chicas de una mesa del fondo lo observaban. Le guiñó un ojo a la rubia de los pechos grandes, y ella le sonrió con intención mientras susurraba algo que hizo que todas rieran entre aspavientos. Se volvieron hacia él y en ese momento la dueña le devolvió el cambio. Al hacerlo, le rozó la mano que tenía sobre la barra con el platillo de madera. Él buscó sus ojos. Ella no lo esquivó, pero empezó a colocar los platos de café con la cuchara y el azúcar en línea, sobre la barra, justo delante de él.

J. B. cogió las monedas y la bolsa. El calor que desprendía la comida le recordó su casa y el plan que tenía con la OSSA para el fin de semana. De repente, tuvo ganas de volar hasta allí, abrir una lata de cerveza fría y ponerse a arreglar la moto. Salió del local con la bolsa humeante en la mano y la mochila colgada del hombro. Quince euracos... Algún día tendría que pasarse por el súper a comprar algo más que latas.

Puigcerdà

Con los nudillos blancos por la fuerza con la que sujetaba el cambio de marchas, Arnau Descòs puso la primera y casi empotró la palanca en el CD. Volvió a poner punto muerto y repitió el movimiento con la misma rabia. Pero esta vez casi incrustó el embrague en el chasis. Iba a cumplir treinta años en el cuerpo y no dejaría que un recién llegado de los bajos fondos se atreviese a cuestionar sus privilegios. No, señor. Y encima con testigos. Al salir de la comisaría no le había quedado otra que aguantar las burlas veladas de la secretaria por tener que ir al día siguiente. Además, quién se creía que era aquel enano para decirle lo que tenía que hacer... Él iba a trabajar todas las fiestas que hiciesen falta, que para eso era un agente de la ley, un policía de los pies a la cabeza, entrenado para defender a los ciudadanos los trescientos sesenta y cinco días del año, siempre que fuese necesario. Y a la mañana siguiente, que era sábado, iría porque se trataba de Jaime Bernat, no por otra cosa. Y si aquel quinqui pensaba lo contrario, se equivocaba. Negó con la cabeza y, al ver el ámbar del semáforo, redujo hasta detenerse.

Desde luego, todo iba a peor. Con los malditos despilfarradores de izquierdas el país se estaba quedando en los huesos. Tanto subsidio y tanto vago suelto... Por suerte, casi nada de eso había llegado al valle y debían ocuparse de que todo siguiera así. Sabía que su padre y los del consejo harían lo necesario para que las cosas no empeorasen, pero cuando el mando de una organización estaba lejos, como ocurría en comisaría, cuando las cosas dependían del exterior, era imposible.

Más de veinte años con el comisario Salas-Santalucía, y ni un problema. Pero, claro, los rojos siempre estaban cambiando lo que funcionaba. Negó con gesto abatido, y su vista se perdió en el luminoso escaparate de la tienda de lámparas.

Con tanto brillo, se le pasó el cambio del semáforo y cuando se dio cuenta miró por el retrovisor. El suyo era el único coche. En cuanto se puso verde arrancó.

Tenía ganas de llegar a casa. Algunas veces esperaba a que alguien pitase. Le encantaba ver esas caras cuando salía del coche con el uniforme. Era casi mejor que cuando les entregaba el papel amarillo de la copia para el infractor. Pero si todo seguía así, pronto se perdería el sano respeto de antaño a la autoridad. Ese pensamiento le llevó de vuelta a los absurdos cambios de los últimos tiempos.

Aun teniéndolo delante, la comisaria era incapaz de darse cuenta de que era el mejor hombre con el que contaba, el de mayor experiencia y el de porte más regio; su autoridad exhalaba por todos los poros. Pero, claro, ¿qué podía esperarse de una mujer? Bien poco, desde luego. Y es que dónde se había visto que una mujer dirigiese una comisaría... Algo así estaba destinado al fracaso, y cualquiera con dos dedos de frente lo sabía. Así pasaba lo que pasaba: que dirigía el caso un quinquí desarrapado de los bajos fondos. Puso el intermitente y viró por la calle Santa María. Allí no necesitaban tipos como Silva. De hecho, nadie en su sano juicio le hubiese aceptado en un lugar como el valle, donde la gente era seria, reverente y temerosa de la autoridad. Tanta igualdad estaba acabando con el país. Pero si últimamente las mujeres ni siquiera sabían ya cómo cocinar un buen guiso... Por eso él no se casaba. Se negaba a mantener a una mujer, y mucho menos a aguantar que trabajase vestida como un hombre y a arriesgarse a que le hiciese fregar los platos por toda esa tontería de la igualdad. Tantos derechos sólo favorecían a los malditos inmigrantes, que acabarían con todo. Buscó en la guantera el mando a distancia para abrir la puerta del garaje. Al levantar la vista vio llegar el Mercedes de su padre y le cedió el paso.

De inmediato se sintió animado por la coincidencia. Cogrían juntos el ascensor y podrían charlar. Seguramente llegaba de Barcelona, o por lo menos eso era lo que había dicho Casaus. Decidió que le subiría la maleta.

Salió del coche, lo cerró con el mando y, camino del ascensor, se irguió al máximo. Cuando lo hacía eran igual de altos.

Subieron juntos y Arnau le llevó la maleta hasta la puerta. Luego bajó a su piso con una sonrisa satisfecha en la cara. No recordaba la última vez que se había parado a charlar con su padre en el rellano. Además, cuando le había dicho que se ocupaba de la muerte de Jaime Bernat se había interesado de veras. Claro que él había olvidado convenientemente mencionar que Silva estaba al mando, pero sólo porque, en el fondo, se trataba de un detalle sin importancia. Lo que sí le había comentado era su encuentro con Santi y Casaus. Al final le preguntó cortésmente por su viaje y él le respondió que solamente había estado fuera una noche. Lo importante era que habían hablado bastante rato, hasta que Arnau empezó a

describirle los ojos vacíos de Bernat y su padre dio por zanjada la conversación.

Desclòs bajó hasta su casa por la escalera. No tenía prisa, se sentía contento. Intuía que habría un antes y un después de resolver el caso. Por fin los suyos se darían cuenta de lo bueno que era, de su instinto y su capacidad. Ya iba siendo hora de que él, el primogénito, empezase a tener la relevancia que le correspondía en la familia, por encima de su hermano. Lástima que tuviese que haber muerto un hombre como Bernat para que eso sucediese.

Entonces reparó en que su padre ni siquiera se había sorprendido cuando le contó que Jaime Bernat había muerto. Arnau sonrió complacido. Los hombres como el juez Desclòs no se impresionaban por nada. Ya me tendrás al tanto, había dicho su padre, y esta vez se dirigía a él.

A las dos de la madrugada Santi seguía tumbado en su cama con los ojos como un búho y la mente en blanco. Llovía con fuerza y las gotas entraban por el hueco de la ventana mal cerrada de su habitación. Ni siquiera se había dado cuenta hasta que vio con el rabillo del ojo algo que se movía en el exterior y desvió la vista hacia el cristal.

La sombra de uno de los gatos pasó por la repisa y se detuvo frente al hueco; quería entrar a guarecerse. Santi se irguió de repente, y el animal desapareció al instante con el pelaje completamente erizado. Malditos gatos, en cuanto amaneciera se libraría de todos.

Se levantó para cerrar la ventana, pero al pisar sobre el charco que se había formado perdió ligeramente el equilibrio, se sujetó en el marco y soltó un taco dirigido al animal. Ahora los asquerosos gatos ya no tenían quien los defendiese, así que todos fuera. La química se ocuparía en adelante de los roedores. Se dejó caer de nuevo sobre la cama y restregó las plantas de los pies en el edredón. Luego se metió debajo y tiró de él hasta el cuello.

Tumbado en la cama, Santi repasó mentalmente la jornada. La noche anterior, tras abandonar el cuerpo de su padre en Santa Eugènia, tampoco había podido pegar ojo. Sin embargo, al amanecer se había levantado expectante porque sabía que le aguardaba un día complicado y había empleado la vigilia de la noche en planificar sus pasos.

Y, siguiendo el plan, a primera hora se había acercado a la finca de Casaus para avisarle del riego. A los viejos les gustaba ver trabajar a los jóvenes, y Casaus no era una excepción, así que decidió que le daría cuerda hasta que alguien le comunicase la noticia y todo se desatase. La cuestión era no estar solo, tener testigos. Al principio, lo único que le preocupó fue no irse de la lengua antes de

tiempo y que el viejo alcalde de Pi sospechase algo. Pero, aun sin haber dormido, se sentía en alerta y excitado. Hacia media mañana, al ver llegar a Casaus, tuvo un momento de pánico cuando le asaltó la idea de que con toda seguridad le preguntaría por su padre. No tenía respuesta para eso, ni siquiera se había planteado la posibilidad. Mientras le observaba acercarse y pensaba en una excusa que justificase la ausencia del viejo en la reunión del CRC, había empezado a notar la camisa pegada al cuerpo y un incómodo temblor en las rodillas. Por suerte, Casaus no había mencionado nada, y él se apresuró a interesarse por el ayuntamiento para que no le preguntase por el viejo y así evitar meter la pata.

La voz de Casaus le había acompañado casi toda la mañana como un bálsamo. Sobre todo después de haber pasado la noche en blanco, intentando mantener los ojos abiertos para que no lo asaltasen las imágenes de lo que había hecho. Escuchar a Casaus fue el mejor modo de no pensar en la tarde anterior, en la veterinaria o en el bulto oscuro que había dejado abandonado sobre la era al anochecer. Al final de la mañana, cuando casi había zanjado el asunto de la inundación de los campos, empezó a preocuparle la falta de noticias. Había consultado el móvil varias veces y había comprobado, en cada ocasión, que no estuviese en silencio. Al final lo había guardado en el bolsillo del mono preguntándose si ya le habrían encontrado. Entonces empezó a pensar que quizá nadie se había topado con el cuerpo, o incluso que algún animal lo había desfigurado y no podían reconocerlo. Con las vacas también ocurría: los zorros y algunos pájaros podían dejar a un animal irreconocible en cuestión de horas. Pero, en cuanto se acordó del coche, desestimó la idea. Todo el mundo en Santa Eugènia sabía que el viejo Ford Fiesta era de su padre. Fue entonces cuando reparó en que trabajaba demasiado rápido y que cuando acabase no tendría ninguna excusa para permanecer allí con Casaus. Y, moviéndose con más calma, fingió comprobar varias veces todas las entradas de la acequia y ajustó las placas del riego. Incluso se detuvo en un par de ocasiones para preguntarle al viejo por algún detalle de lo que éste le estaba contando. Por suerte, Casaus había cogido carrerilla y seguía hablando sin pausa de los problemas que le daba la alcaldía de Pi. Casi a mediodía, cuando ya no le quedaban excusas para seguir allí, por fin sonó el móvil.

Tumbado en la cama, Santi casi podía volver a sentir el temblor de la mano en el momento en el que había oído el teléfono, y lo que le costó sacarlo del bolsillo. Incluso recordaba haberse inclinado un poco para que Casaus no lo notase. Cuando por fin había podido responder, su corazón era una locomotora. La voz de Desclòs le había sonado especialmente grave al decirle que tenía que darle una noticia y que iba para allá. Cuando colgó, se lo comentó a Casaus fingiendo perplejidad para que

él se ofreciese a quedarse. Todo ocurrió según lo previsto. La policía nunca suele dar buenas noticias. Me quedaré por si me necesitas, había dicho el viejo alcalde. Luego le sugirió que se pusiera en contacto con su padre por si se trataba de algún percance con las tierras. Santi se oyó decir que no quería molestarle sin saber de qué se trataba. Todo seguía según lo planeado y poco a poco se relajó. Al fin y al cabo, ¿qué podía salir mal estando entre amigos?

Pero entonces sucedió algo con lo que no contaba: Desclòs llegó acompañado.

En un primer momento, el sargento J. B. Silva, con su cuello tatuado y la piel oscura, le pareció un tipo raro más que una amenaza. Además, tanto Desclòs como él mismo le pasaban casi dos palmos y, cuando empezaron a hablar, el hijo del juez aparentaba llevar el mando. Así que dejó de preocuparse por él hasta que le informó de que habían encontrado a su padre muerto y empezó a notar los ojos de aquel tipo agitanado vigilando cada una de sus reacciones como un maldito escáner. Eso le hizo sentirse inseguro. No había pensado en qué tipo de reacción se esperaba de él cuando le diesen la noticia. Aunque sabía que habría testigos, simplemente no se lo había planteado. Contaba con la presencia de Casaus, y, desde luego, la aparición de Desclòs había sido también una suerte. El viejo alcalde era amigo de su padre, y el caporal..., bueno, él no se daría cuenta de nada por evidente que pareciese y, aunque lo hiciera, Santi sabía que jamás cuestionaría a un Bernat. Ésa era la ventaja de jugar en el mismo equipo. Por eso, al oír su voz en el móvil había esperado resolver aquello entre amigos, sin testigos extraños. De hecho, si Desclòs hubiese acudido solo, se habría ahorrado tener que soportar el abrazo del viejo Casaus cuando vio que el sargento le estudiaba sin parpadear.

Pero horas más tarde, tumbado en la cama y envuelto en la soledad de la noche, aún recordaba la dureza en los ojos del sargento cuando había intentado poner pegasa a la autopsia. En ese instante no le quedaron dudas sobre quién estaba al mando. Santi notó el estómago vacío y las tripas revueltas de nuevo. No había podido comer nada desde el pan con ajo del desayuno porque el estómago no había dejado de molestarle, incluso había tenido que sentarse en el váter varias veces. Contuvo la respiración mientras soportaba los retortijones y dudaba si volver al lavabo. Pero, en lugar de eso, se forzó a pensar en otra cosa.

Por suerte, el asunto de Llivia había sido un acierto y ahora nadie lo situaría en Santa Eugènia la tarde anterior. Eso era lo que quería. Se le ocurrió que los policías no eran muy buenos si aún no habían descubierto lo del quad. Además, con la lluvia seguro que la era estaba como un barrizal y sería imposible distinguir las

roderas. Y, encima, la veterinaria tenía el mismo vehículo, así que si venían preguntando no sería difícil conseguir que pensasen en ella.

Suspiró agradecido. Ya no sentía las tripas y notaba los pies secos y calientes. Incluso había retrasado el despertador unos minutos. Ahora que ya no tenía que sacarle al viejo el coche del garaje, ni cargarlo con las herramientas o el heno, podía permitírselo. Ésas eran tareas que, en adelante, sólo haría cuando él quisiera. Santi cerró los ojos e intentó dejar la mente en blanco para dormir, pero fue inútil.

Y es que no se explicaba qué le había calentado tanto esa tarde en la era como para actuar como lo había hecho. Tampoco sabía si se sentía orgulloso o sólo aliviado. De lo único que estaba seguro era de que no se arrepentía en absoluto. Puede que hubiese sido el verle levantar el bastón contra la veterinaria. Él sabía de lo que era capaz el viejo cuando blandía su bastón. No en vano le había partido unos cuantos en la espalda. Pero cuando lo descubrió alzando la vara contra ella, se soliviantó.

Esa tarde, en cuanto la vio llegar a la era montada en su quad rojo, supo por qué los buscaba. Casi podía oler su cabreo y el desconcierto de su padre por las acusaciones. Por una vez, su papel de viejo desorientado e inocente no era una farsa, porque la tala del árbol había sido cosa de Santi, sólo suya. Quería castigarla por lo de Chico. El hijo de los Masó se paseaba por la finca Prats como Pedro por su casa, y eso le ponía enfermo. Además, la muy bruja no hacía ni un año que había rechazado su propuesta de unir las tierras de Santa Eugènia con una boda y, a pesar de ello, cuando la vio enfrentarse al viejo le enorgulleció que fuese tan brava. Después de la trifulca, Santi la había seguido con la mirada hasta que ella se internó con el quad en el bosque. Y entonces, al volverse, fue cuando descubrió a su padre tirado en el suelo como un bulto. Se dirigió hacia él y le gritó algo para que se levantara. Incluso bajó del quad y recogió el bastón, que se le había caído de la mano. A él no se atrevió a tocarlo, sólo le dio un golpe con la bota para ver si reaccionaba. Pero el viejo no se movió. En un primer momento, la idea de haberse librado de él pasó fugaz por su cabeza. Pero se le ocurrió que quizá sólo era un desmayo. Dudando si se trataba de un truco, lo golpeó un par de veces más con la bota para ver si reaccionaba. La idea de que le estuviese tomando el pelo y que todo fuese a seguir igual le cambió el humor, y maldijo su suerte. Tuvo ganas de gritarle, y lo hizo. La potencia de su propia voz rompiendo el silencio del monte al anochecer le sorprendió, y miró alrededor por si alguien le había oído, pero estaba solo. Entonces lo observó de nuevo: tirado en el suelo sólo era un fardo que no intimidaba a nadie. Notó el peso del bastón en la mano y lo agarró con fuerza; pensó en la espada de un samurái. Le tentaba la idea de acercarse a él y ver si

respiraba. Pero en lugar de eso, le volvió a golpear con el bastón y esperó un instante con los ojos clavados en la mano que su padre había hundido en la tierra como una garra. El viejo siguió quieto mientras a Santi el corazón le golpeaba cada vez más fuerte en el pecho, como un tambor.

Sólo de pensarlo, y a pesar de estar a salvo en su cama, volvía a notar el corazón bombeando con fuerza y el nudo en la garganta. Recordaba haber oteado a su alrededor varias veces preguntándose si de verdad había cambiado su suerte. Apenas podía percibir ya el relieve de las montañas en el cielo cuando empezó a llover con fuerza. A esa hora ya no pasaría nadie por allí. Sintió de nuevo el bastón del viejo en la mano, duro y pesado, como si le gritase que ahora él era su amo. Y justo en ese momento supo que tenía que actuar, que quizá no habría otra oportunidad. Apartó las gotas que le mojaban la cara y los ojos, y se montó en el quad. Lo puso en marcha, volvió a apartar las gotas de sus ojos, y hundió el acelerador en el chasis hasta el fondo.

Fue como pisar a un animal.

1972

El intenso olor que siempre desprendía seguía allí aunque ella ya no estuviera. Era el mismo que quedaba en el vaso de la leche por las mañanas, o en la caja de los cereales cuando ella la había tocado. A él no le importaba, ni tampoco la aspereza de sus manos que tanto molestaba a los gemelos. Sólo la notaba cuando le abrochaba el abrigo y sus manos le rozaban la barbilla. O cuando tenía fiebre y ella le ponía la mano en la frente como si fuera un termómetro. Eso le hacía sentir mejor casi de inmediato. Maruja siempre estaba ahí. También cuando se ponía malo. Tenía seis años cuando se lo soltaron a la cara, como un escupitajo. Ella no es tu madre, le dijeron. De camino a casa murmuraban entre ellos, y cada poco uno de los dos se volvía y le miraba con pillería. Él intentaba con todas sus fuerzas oír lo que decían, pero con el ruido de los coches era imposible. Ellos iban delante, como siempre. Ese día deseó ser mayor para poder ir solo y no tener que aguantarlos más. Eran unos mentirosos, y aquélla era la más idiota de sus mentiras. Pero, aunque lo sabía, si hubiera podido les habría destrozado la boca a patadas. Intentó no pensar en ellos, sabía que lo hacían adrede para molestarle. Y lo estaban consiguiendo. En el semáforo paró un coche rojo y se le ocurrió

contar coches, eso siempre le distraía. Pero ese día su cabeza no quería contar, ni distraerse, sólo llegar a casa y avergonzarlos delante de ella cuando les dijese que era todo una mentira. Se iban a pegar un corte que no olvidarían y él iba a estar allí para ver sus feas caras pecosas cuando Maruja los castigase por mentir. Esos pensamientos le hicieron acelerar el paso. Al llegar a casa, la encontraron fregando el vestíbulo. El olor familiar de la lejía se extendía como una nube tóxica a su alrededor. Los gemelos entraron en su casa entre gritos, empujones y risotadas. Él dudó, pero la curiosidad pudo incluso más que las ganas de avergonzarlos y se lo preguntó. No esperaba esa respuesta. Entró en la portería y se sentó a la mesa del comedor con la mochila todavía en la espalda. El pan que había dejado para él estaba esparcido por el plato, hecho migas, y del chocolate no había ni rastro. Pensó que, en el fondo, hacía tiempo que sabía que la gente comía y dormía en el mismo sitio, y que había algo raro en eso de vivir en la portería de Maruja y tener la cama en el piso de la tía. Permaneció unos minutos sentado, notando cómo crecía el agujero en su estómago, hasta que las tripas empezaron a dolerle y tuvo que ir al lavabo. Se sentó en el retrete, con las puntas de los pies rozando el suelo, y pensó en lo que pasaría ahora. Pregúntale a tu tía, le había dicho Maruja. Un escalofrío le puso la piel de gallina y se entretuvo pellizcándose la piel de la rodilla con los dedos de las manos como si fuesen pinzas, cada vez más fuerte, hasta que se le puso roja. La tía era una persona muy difícil, siempre le reñía, incluso antes de que él hubiera hecho algo o abierto la boca, y eso hacía que su corazón quisiese ir muy de prisa cuando ella lo miraba. Y esa vez no fue diferente, sólo que su respuesta lo dejó aún más confundido cuando le dijo que su madre no estaba, que había muerto y que, por suerte, él no se le parecía en nada. Tú y yo somos iguales, había dicho, y las personas como nosotros no necesitan a nadie.

Los sábados por la mañana, la actividad en la comisaría de Puigcerdà era mínima. Sin embargo, en uno de los despachos de la planta baja el ordenador llevaba tiempo conectado y, bajo el perchero, un pequeño charco de agua empezaba a secarse. J. B. había llegado pronto y ya tenía listo el informe de la escena para Magda. Eso la mantendría ocupada casi todo el lunes y él podría investigar sin que lo molestase. Pensaba llamar a la forense por la tarde y comentar con ella el resultado de la autopsia. También estaba la mujer de Santa Eugènia que había encontrado el cuerpo de Jaime Bernat, aún no había hablado con ella. Miró el charco que su chaqueta había dejado en el suelo y desvió la vista hacia la ventana. Parecía que el diluvio universal se hubiese instalado en el valle.

Había acabado el trabajo hasta nueva orden y no le apetecía mojarse, así que decidió esperar a que amainase antes de volver a casa en moto. Se conectó a Internet. Echó un vistazo a su página, revisó las visitas y leyó los comentarios recibidos durante la semana, como hacía todos los sábados. Respondió a un par de preguntas técnicas y la cerró satisfecho, con intención de concentrarse en la restauración de la «palillos» del 56 que tenía en marcha. Recordó que le faltaban unas piezas y en seguida dio con la página que buscaba, pero no había ni rastro de los recambios que había encontrado en la revista de motos a la que estaba suscrito. Los necesitaba, sobre todo la bocina original del modelo del 56, que ya no se fabricaba y que no había podido encontrar en ninguna parte. Decidió meterse en uno de los chats de «osseros» para ver qué soluciones le ofrecían. Cuando la tuviese restaurada, colgaría un anuncio en su web para venderla. O puede que llamase a Errezquia, el tipo vasco que le había prometido colocar todas las motos que preparase. Al fin encontró el enlace de la página de las piezas y, satisfecho, apretó los puños. Empezó a leer y de inmediato aparecieron un par de surcos entre sus cejas. Un irlandés afincado en Zaragoza con el mismo problema comentaba que al

final había optado por introducir una bocina pequeña dentro de la carcasa de la original para poder pasar la ITV. J. B. intentaba comprender el texto –sólo sabía cuatro palabras de inglés, y todas eran del argot motero– cuando, de repente, se abrió la puerta de su despacho y apareció Desclòs como un ciclón.

– Acabo de hablar con Masó y dice que ella sólo estuvo en su finca por la mañana, así que tampoco ha dicho la verdad en eso. La muy idiota creía que nos tragaríamos sus mentiras –sentenció satisfecho.

J. B. le miraba con los ojos entornados y el corazón en la garganta por el susto. No se podía ser más imbécil. Irritado por la interrupción, metió la mano en el bolsillo y sacó un Solano. Si no se deshacía pronto de él, el caporal acabaría provocándole una subida de azúcar. Recordó el informe que había preparado para la comisaria y se tranquilizó. Después de leerlo, seguro que se libraba de él. Encestó el envoltorio del Solano en el lapicero metálico de su mesa y se apoyó en el respaldo de la silla mientras saboreaba el caramelo. Desclòs esperaba de pie como un perro hambriento.

– ¿Estamos hablando de la veterinaria? –aventuró J. B.

Al caporal se le cayeron los hombros y le cambió la expresión de la cara. Ésa era la idea, joderle vivo como hacía él, pero a conciencia.

Sin embargo, la satisfacción de verle cabreado apenas duró un instante. El caporal tenía la clásica inmunidad al desaliento propia de los idiotas y, casi en seguida, alzó las cejas y le miró condescendiente.

– No tiene coartada. Ninguna. Ya lo decía yo. Y lo mejor es que tenemos a un vecino que dice que la vio discutiendo con Jaime Bernat en la era. Yo creo que está bien claro –sentenció esperando respuesta.

No había forma, no las pillaba. J. B. suspiró resignado y masticó con fuerza el Solano. Si quería avanzar, no había otra que ponerse manos a la obra, o el caporal lo echaría todo a perder con tanto prejuicio. Así que cerró la página del foro motero y miró directamente a Desclòs.

– Perfecto, manda las fotos de las marcas de ruedas al laboratorio y ocúpate de que el lunes tengamos el resto de las fotos a primera hora. Ah, y pide también el peso y las características aproximadas del vehículo al que pueden pertenecer. –Y, tras una pequeña pausa, añadió–: Después puedes irte, que es sábado y no quiero que renuncies a tus privilegios de fin de semana.

J. B. volvió a fijar la vista en la OSSA que aparecía en su pantalla. Al intuir la

contención del caporal disimuló la sonrisa. Dos segundos después oyó cómo se cerraba la puerta del despacho. Casi había sentido el calor de su indignación después de soltarle lo de los privilegios. Bien, ya se le pasaría. Aunque J. B. sabía por experiencia que a los tipos como Desclòs no solía fallarles la memoria. Tú siempre haciendo amigos, macho.

Hacia las doce acabó de comprar las piezas y apagó el ordenador dispuesto a irse a casa y trabajar en la moto hasta la madrugada. Se puso la cazadora y cogió las llaves. Pasó por el lavabo y el rollo de papel le recordó que necesitaba ir al supermercado, así que salió resignado a hacer el gran sacrificio.

En la entrada se encontró a Montserrat cargada con varias bolsas y se la quedó mirando con las cejas en alto.

—La semana pasada cambié el turno y hoy me ha tocado venir media jornada —explicó la secretaria.

Él asintió y le sujetó la puerta. Montserrat era la única persona que le gustaba de la comisaría. Debía de rondar los cincuenta. Era viuda, con cuatro hijos. J. B. había oído que el segundo tenía algún tipo de discapacidad, pero tampoco había ahondado más en el asunto. También se había enterado de que era contable y que se cogía las vacaciones en primavera para hacer las declaraciones de la renta de la mitad de los abuelos del valle y sacarse un sobresueldo libre de impuestos. Llevaba el abrigo en un brazo y el bolso le resbaló del hombro antes de cruzar la puerta. J. B. le cogió las bolsas de ambas manos.

—Ponte el abrigo, que te vas a congelar, anda.

—Sólo voy hasta el coche.

Él frunció el ceño y ella, vencida, le sonrió.

La observó ponerse el abrigo y, con un gesto poco coqueto, sacar la corta melena del cuello para ajustarse el fular. Se le ocurrió que de joven debía de haber sido guapa, con esos ojos castaños tan grandes. Además, se conservaba bastante bien. J. B. sonrió, un ocho en sus buenos tiempos. Y se preguntó si tendría pareja, pero desechó la idea en cuanto recordó lo de sus cuatro hijos. Definitivamente, eso la resituaba en un siete. Cuando ella quiso recuperar las bolsas, J. B. negó con la cabeza y le indicó que pasase mientras le sujetaba la puerta con el pie. Salió tras ella. Montserrat olía a colonia incluso por las tardes, y eso le hizo sonreír. Desde el primer momento, J. B. había intuido que se podía confiar en ella. De hecho, en cuanto le mencionó los problemas de electricidad del granero con vivienda que había alquilado, no tardó ni un par de horas en aparecer un primo suyo en la puerta

del edificio. Montserrat siempre llegaba a comisaría con el tiempo justo y salía puntual, cargada con su perenne fiambarrera y las bolsas ruidosas de la compra. Y lo mejor era que siempre parecía contenta y dispuesta a echar un cable a todo el mundo.

Llegaron al monovolumen de Montserrat y J. B. dejó las bolsas en el maletero. Antes de cerrarlo, ella le preguntó:

– ¿Ya sabéis algo de Bernat?

El sargento alzó una ceja y ella aguardó en silencio la respuesta ignorando su sarcasmo. Al final, él se vio obligado a responder.

– Esta tarde tendremos el resultado de la autopsia.

– A saber de qué murió...

– Esta tarde lo sabremos, aunque ayer todos parecían tener un culpable – comentó encogiéndose de hombros.

– ¿Un culpable? Entonces ¿no fue muerte natural?

Su insistencia le impacientó.

– No lo sé, Montserrat, yo no creo nada hasta que me dejen hacer mi trabajo.

– ¿Y quién creen todos que ha sido? – continuó ella con suspicacia.

J. B. la miró a los ojos y Montserrat enarcó las cejas con actitud de no-me-voy-a-mover. Él suspiró.

– Están convencidos de que fue la veterinaria.

Ella lo negó con un tono de indignación resignada en la voz.

– Sabía que al final se saldrían con la suya. A esas pobres siempre les han tenido inquina.

– Pues, con la finca que tiene, esa chica no me pareció precisamente pobre – se le ocurrió replicar.

Montserrat cerró el portón del coche y le miró molesta.

– No me refiero a eso. Lo que quiero decir es que, desde que compraron esas tierras que querían los Bernat, siempre les han hecho la vida imposible. Cuando la abuela se quedó viuda empezaron a decir cosas de ellas, probablemente porque ya no había un hombre en la casa para defenderlas, y la gente se las creyó. Por fortuna, la viuda era una mujer fuerte que jamás se dejó intimidar por nadie – defendió con orgullo.

—Pero, por lo que veo, tú no te creíste nada.

—No —negó con convencimiento reivindicativo—, yo sólo creo lo que veo; y esas mujeres, sobre todo la viuda, no han hecho más que cuidar de lo suyo y ayudar a quien se lo ha pedido. Pero la gente es mezquina, ya te irás dando cuenta. No creo que ella matase a Bernat. ¿Qué gana con eso? Además, ella sabía que alguna gente la acusaría del crimen. No se me ocurre una razón si no es que él le hiciese algo muy grave. En cambio, de otros no podría decir lo mismo...

Montserrat le agarró el brazo con suavidad. Era la primera vez que lo hacía, y a J. B. la firmeza de sus dedos y el apretón le recordaron a su madre.

—Tú no eres de aquí. Estoy segura de que serás objetivo y no te dejarás enredar en la telaraña. —Y, moviendo las llaves del coche, añadió—: Hasta el lunes, sargento.

J. B. subió a la moto y se puso el casco. Por un momento había pensado que la secretaria iba a darle un abrazo, y se descubrió sonriendo. Hacía demasiado que nadie le daba uno de verdad. Se prometió que, cuando resolvieran lo de Bernat, bajaría a Barcelona y le haría una visita a su madre.

En cuanto a la veterinaria, no le había parecido especialmente culpable. Su sorpresa ante la noticia no había sido fingida —el lenguaje corporal difícilmente suele mentir sobre eso—, pero sí la había notado muy tensa cuando Arnau la acusó de mentir. El caporal la había puesto a la defensiva con sus acusaciones. J. B. puso en marcha la moto y salió del aparcamiento. Puede que debiera hacerle una visita él solo para ver su reacción ante la caída de su última coartada.

El muro y la entrada de la finca Prats le parecieron tan magníficos como el día anterior. Al llegar a la casa aparcó la moto al lado del Wrangler descapotable y echó un vistazo dentro del coche. Lo único que le llamó la atención fue uno de esos colgantes de aros y plumas que, según dicen, atrapan los sueños. No entendía la obsesión de algunas personas por decorar el interior de sus coches como si fueran casetas de feria. Y lo más absurdo eran esos artefactos que pendían del retrovisor, una moda estúpida que sólo servía para distraerse y provocar accidentes.

Llamó a la puerta, pero nadie acudió y empezó a dudar de que acercarse hasta allí hubiese sido una buena idea. Puede que Montserrat tuviese razón: a lo mejor se estaba dejando arrastrar por la corriente. De hecho, ni siquiera tenían aún el informe de la autopsia. Decidió que lo mejor sería irse antes de que la veterinaria volviese. Dio media vuelta y subió a la moto. Mientras se ponía el casco se fijó de

nuevo en el atrapasueños. Desde luego, si la veterinaria había acabado con Bernat, aquel colgante le serviría de bien poco, porque ya no le quedaría nada por lo que soñar.

Al salir por la verja avistó un quad que avanzaba por un camino de tierra hacia la entrada. Dejaba una estela de polvo y humo a su paso, como el corre caminos. Debía de estar saltándose todos los límites de velocidad permitidos. J. B. sonrió al imaginar la sensación. En ese momento el quad pisó un bache, la chaqueta del conductor se abrió ligeramente y vio que era una mujer. A medida que se acercaba identificó la melena pelirroja de la veterinaria. Ya era demasiado tarde para marcharse, seguro que lo había visto. Ahora tendría que esperar y decirle algo. La observó acercarse y respiró hondo. Había ido hasta allí para interrogarla sobre la coartada, así que ¿para qué esperar al lunes?

El quad rojo se paró en la misma verja y J. B. no necesitó ver los ojos de la mujer para darse cuenta de que se le recibía con gesto de pocos amigos. Entonces fue consciente de que llevaba el casco y de que lo más probable era que no lo hubiese reconocido. De repente, se arrepintió de no haberse largado cuando podía, pero paró la moto y se quitó el casco. Ella siguió con las gafas puestas y J. B. no pudo ver en sus ojos el momento en el que lo reconocía.

— Agente, ¿qué le trae a mi casa un sábado? — preguntó parando el quad.

— Esta mañana hemos intentado corroborar con sus vecinos, los Masó, el tiempo que nos dijo que había empleado en vacunar a sus animales, y no nos salen las cuentas.

La veterinaria se echó ligeramente hacia atrás, y J. B. vio por el movimiento de su nuez que tragaba saliva. Tampoco se le escapó cómo apretaba las manos, y cuando ella se quitó las gafas reparó en los esparadrapos que cubrían las puntas de sus dedos como si fuesen capuchas.

— No entiendo lo que quiere decir — afirmó con voz tensa.

Le estaba ocultando algo, de eso estaba casi seguro. Pero ¿qué era? No tenía aspecto de haber matado a alguien, no había en sus ojos nada parecido a la culpabilidad o al miedo.

— Bueno, los Masó dicen que usted estuvo allí hasta el mediodía y que se marchó hacia la hora de comer. Sobre las dos.

J. B. la observó con atención, quería estudiar cada una de sus reacciones para descubrir qué ocultaba. La veterinaria era de esas pelirrojas con la piel sembrada de

pecas y curtida por el sol, nariz respingona y labios finos. Su aspecto era saludable si uno se olvidaba de los ojos, porque en ellos se advertía una fragilidad que no encajaba con el resto.

—Sí, y luego volví a las tres. Había quedado a esa hora con Chico, el hijo de los Masó, para que me ayudase, pero como no apareció trabajé sola el resto de la tarde.

—¿No apareció?

—Pasa con frecuencia; me llaman y cuando llego me ocupo del problema. No necesito público, y por aquí la gente tiene mucho trabajo. Así que pensé que su padre le habría mandado a hacer algún encargo.

La veterinaria bajó la cabeza y frunció el ceño.

—Verá... Al viejo Masó no le agrada que esté conmigo. De hecho, intenta que no coincidamos. No le gusto demasiado.

—Entonces, ¿por qué la contrata?

Ella enarcó una ceja y J. B. intuyó una respuesta interesante.

—Pues porque en su balanza particular pesa más lo que le gusta el dinero que lo que le disgusta yo. Así que ya ve, todo se reduce al vil metal. —concluyó con sarcasmo.

—Ya... —asintió J. B., pensativo.

Parecía que la veterinaria quería mostrar que llevaba con más deportividad que resignación la animadversión de sus vecinos.

—De todos modos, creo que la madre de Chico sí me vio.

J. B. se la quedó mirando y, tras un corto silencio, reparó en que su nuez volvía a moverse.

—Agente, ¿tengo de qué preocuparme?

La veterinaria mostraba el ceño ligeramente fruncido y llevaba el pelo recogido en un moño cobrizo medio deshecho. J. B. no sabía la respuesta.

—¿Lo tiene?

Ella heló la expresión.

—No juegue conmigo. Ya le habrán dicho que por aquí no me sobran los apoyos, así que si debo preocuparme por algo le agradeceré que me lo diga.

Su mirada era serena, sin victimismos..., y J. B. casi deseó que no hubiese sido ella. Cuidado, macho.

Hizo amago de ponerse el casco.

— Por el momento creo que no. Pero alguien afirma que la vio discutir con el muerto, y eso no es bueno — le advirtió, atento a su reacción.

Esa vez sí percibió cómo le cambiaba la expresión y supo que había tocado nervio. Esperó en silencio su respuesta.

— Ayer me encontré con Bernat, y es verdad que discutimos. Cuando quiso atacarme tuve que defenderme. Pero eso ya lo sabe, Santi estaba allí y se lo habrá contado todo. Cuando me fui los dejé a los dos en la era.

— Sin embargo, Santi afirma que estuvo en Llivia toda la tarde. Hay testigos que así lo confirman — mintió.

La veterinaria arqueó las cejas sorprendida.

— Eso es imposible. Cuando estuve en la era eran más de las seis y él estaba allí con su padre, estoy segura. Esos testigos se confundieron de día o puede que lo viesen mucho más tarde. Yo le digo la verdad: que él me vio marchar después de la discusión.

— ¿Y sobre qué discutían usted y el fallecido?

Era evidente que la veterinaria no esperaba esa pregunta. Le evitó y jugueteó con las llaves del quad. J. B. siguió en silencio.

— Hablábamos de algo que hicieron en mis tierras y que..., bueno, no tiene importancia. Quiero decir que sólo la tiene para mí. Da igual.

— Se equivoca. Si quiere que la crea, para mí también es importante.

Sus ojos coincidieron y J. B. supo que ella dudaba si confiar en él. Bajó los hombros y se mantuvo atento, sin moverse. Quería que lo hiciese, que confiase. Relajó los músculos de la cara para mostrar una actitud neutra. Y, poco después, distinguió claramente el instante en el que ella decidía ceder.

— Talaron un árbol centenario en mis tierras. Un magnífico roble. Y fueron ellos.

— ¿Tiene pruebas?

— No me hacen falta. Nadie más sería capaz de cortar el árbol bajo el que está enterrada toda mi familia. Ese tipo de maldad sólo es propia de los Bernat.

J. B. advirtió el instante en el que ella comprendía que acababa de darle un móvil y también cómo cambiaba la expresión de su rostro.

—Pero yo no mataría a nadie por eso —se apresuró a aclarar—, ni por nada. Discutí con él porque quería que se diera cuenta de que yo lo sabía. Le dije que pagaría por sus maldades, pero no pensaba en acabar literalmente con él, sino en la justicia divina, ¿entiende?

—Bueno, parece que hicieron algo malo y tenían que pagarlo, ¿no? —tanteó J. B. con calma.

Ella levantó la barbilla con actitud desafiante y J. B. lamentó haber sido tan torpe. La veterinaria endureció el tono.

—Sí, así es como actúa la justicia divina. Los pecados y las malas acciones se pagan aquí, en esta vida y antes de irnos. Estoy convencida de que el mal engendra maldad, igual que el bien da lugar a cosas buenas. Eso es lo que yo creo —zanjó con convencimiento.

Una idealista naíf o una buena actriz. J. B. decidió seguir investigando.

—Pero a veces nos ponen en situaciones en las que perdemos el control. A veces, una discusión puede acabar en un accidente desafortunado...

Ella arqueó los labios.

—Oiga, si quiere que le diga la verdad, no lamento que haya muerto, porque este mundo será mejor sin Jaime Bernat. Pero yo no he sido, no mataría nada que respirase. Mis principios y mi forma de ser no me lo permiten.

—Pero pudo ser un accidente...

—Pero no lo fue —zanjó sarcástica.

Se le había quebrado la voz. Eso era bueno, la gente comete errores con más frecuencia cuando su estado de ánimo está alterado. Pero a J. B. el instinto le decía que no era el momento de seguir pinchando. La vio ponerse las gafas con sus dedos encapuchados. Estaba perdiendo su aplomo y evitaba mirarlo. De nuevo, su nuez la delató. J. B. se puso el casco y empezó a abrochárselo, atento a los esfuerzos de la veterinaria por simular tranquilidad.

—Bueno, estaremos en contacto.

—Ya sabe dónde encontrarme —respondió ella señalando a la finca.

J. B. asintió y ambos pusieron en marcha sus vehículos.

Era obvio que aquella mujer no estaba bien. Habría que ver el informe de la autopsia para saber la causa de la muerte; sin embargo, esa fragilidad no parecía ocultar culpabilidad, sino algo muy distinto. Puede que en el fondo no llevase tan bien la soledad del proscrito. Antes de arrancar se volvió. Ella había detenido el quad antes de llegar a la entrada y hablaba por el móvil.

Cuando llegó a la comisaría, a Silva le apenó no encontrar la sonrisa reconfortante de Montserrat detrás del mostrador. Pero era sábado por la tarde y la gente tenía vida más allá del trabajo. Recordó su propia tarea pendiente: pasar por el supermercado. Pero antes necesitaba averiguar algo. Entró en su despacho y buscó en la agenda negra del primer cajón el teléfono del laboratorio.

Túnel del Cadí

Llevaba todo el camino intentando pasar por alto los retortijones que le atormentaban el estómago. La barrita que se había comido al salir del gimnasio ahora le parecía un chiste. Miró el botellín azulón de agua y lo levantó del posavasos del coche sin apartar la vista de la carretera. Por el peso, debían de quedarle un par de tragos. Esperó hasta llegar a los dos carriles que inician la subida al túnel del Cadí y se situó en el de la derecha para abrir el agua. Con ella en el estómago podría aguantar bien hasta Santa Eugènia.

La llamada de Dana la había pillado saliendo de la ducha después del *spinning*. Al oír el tono de su voz se había envuelto apresuradamente en una toalla y se había sentado sobre uno de los bancos de madera del vestuario. Cuando colgó, tenía el pelo completamente seco, el ceño fruncido y nuevos planes para el resto del fin de semana.

Le había dicho que llegaría para la cena, pero cuando lo hizo aún tenía que pasar por casa para recoger algo de ropa y el portátil. Kate encajó el botellín de nuevo en el soporte, miró por el retrovisor y se colocó en el carril izquierdo. Tenía ganas de llegar a la finca.

Notar esa congoja en la voz de Dana después de haber estado tantos meses separadas la hizo ser consciente de lo desprotegida que la había dejado. Eso, y la inquietud con la que le había hablado de las dos visitas de la policía a la finca tras la muerte de Jaime Bernat. Estaba convencida de que no sería nada y de que todo se quedaría en una anécdota, como solía ocurrir con todas las llamadas de auxilio de Dana. Sin embargo, no podía dejar que pasase sola por aquel trance, sobre todo porque era de las que se ahogaban en un vaso de agua, y porque subir al valle y consolarla sólo era cuestión de veinticuatro horas.

De camino a casa había hecho cábalas sobre los dos días siguientes. El lunes

era festivo y su nuevo despacho no estaría listo hasta el miércoles. Después del ascenso había decidido no pasar por su antiguo despacho en la sexta y quedarse trabajando en casa hasta que el nuevo estuviese preparado. La llamada de Dana le ofrecía la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro: trabajar en la finca mientras le hacía compañía, y de paso estar alejada del bufete. Incluso podía volver el martes por la noche, justo para empezar en la octava el miércoles a primera hora.

Al entrar en el túnel del Cadí la asaltó de nuevo el desasosiego que la dominaba en cada regreso al valle. Volvió a recorrer los cinco kilómetros oscuros del túnel con los abdominales encogidos y la espalda erguida, mientras trataba de convencerse de que había vencido a sus fantasmas y de que ni siquiera aquel túnel del tiempo la haría retroceder hasta la etapa de su vida que se esforzaba en olvidar. Cuando llegó al peaje fue directa al carril con VIA-T.

El cielo del valle estaba sembrado de nubes grisáceas y rosadas, tras las que aún asomaba la claridad luminosa del sol. Miró la hora. Siendo finales de noviembre, al cabo de unos minutos oscurecería y no podría llegar a Santa Eugènia con luz de día. En cuanto oyó el pitido del VIA-T, Kate aceleró. Pasó de largo el indicador de Alp, casi sin mirar, con la cabeza alta y la mente en la casa del abuelo. Como de costumbre, al cruzar el túnel era imposible no pensar en ellos. Se preguntó si Dana los habría llamado, al abuelo o a Miguel, por lo de la policía. Tampoco hubiese sido tan extraño, al fin y al cabo ellas dos llevaban meses sin verse. Lo negó, y se alegró al poder desechar esa idea mientras hundía el pie en el pedal para enfilear la recta de Baltarga.

Esperaba de verdad que Dana no le hubiese hablado a nadie de su visita. Quería estar con ella, hacerle compañía y tranquilizarla. Asegurarse de que todo lo demás iba bien en la finca y en su vida. Además, pensaba dedicar el resto del tiempo a trabajar en el caso Mendes y no quería que la distrajesen con tonterías. Ambas conocían la legendaria afición de los Salas por meterse en su vida y mantenerla ocupada todo el tiempo con encargos absurdos que podía hacer cualquiera. El domingo siguiente, cuando los viese en la fiesta, les contaría lo de su ascenso y puede que entonces todos, y en especial el abuelo, por fin asumieran que no iba a volver. Incluso puede que dejaran de presionarla para ello y, en un mundo del revés, tal vez hasta comprendiesen lo lejos que había llegado.

En una de las rotondas de Bellver, el maletín que llevaba en el asiento del copiloto resbaló. Kate extendió la mano para devolverlo a su lugar y repasó mentalmente el contenido. Quería volver a revisar todos los detalles del caso Mendes, ahora que ya sabían qué juzgados podían asignarles. Eran tres, y todos

solían fijar las fechas de las vistas en plazos cortos, así que necesitaría pedir un aplazamiento. Además, dada la importancia del caso para el bufete —y en especial para Paco—, y la ventaja que les llevaba el fiscal, lo que más los beneficiaba era ampliar el plazo. Eso la llevó a pensar en Bassols. El fiscal al que iba a enfrentarse gozaba de una reputación impecable y se decía de él que, en los juicios, era el más solvente de toda la Fiscalía.

Lejos de las apariencias, a Jan Bassols, hijo, nieto y bisnieto de abogados, su aspecto de dandi no lo había ayudado al llegar a la Fiscalía. Ni tampoco su flequillo, que tan a menudo se echaba hacia atrás con un gesto estudiado de actor norteamericano. Lo que sí había jugado a su favor era la solidez de sus alegatos y el trabajo bien hecho. Además, todos sabían que los Bassols eran casi una estirpe y los propietarios de uno de los bufetes más antiguos y renombrados de la ciudad. Jan, no obstante, había preferido desmarcarse de la familia y optar por la Fiscalía y el turno de oficio. Kate lo conocía de la facultad, sólo de vista; él era tres años mayor, así que no era extraño que no hubiesen tenido trato. Pero con su metro noventa y esa melena negra tan bien cuidada, Jan no pasaba desapercibido. Se sabía que estaba soltero, y Luis aseguraba con verdadera aflicción que no era gay. Kate le había visto en el gimnasio, en alguna de las clases de *spinning* de las diez de la noche. Entre las féminas que frecuentaban el juzgado era vox pópuli su afición a la escalada, y en invierno aparecía a menudo en los juicios con un moreno de búho en la cara. Kate aún no había coincidido en los juzgados contra Superbassols, como lo llamaba Luis con ojitos de cordero degollado, pero su currículum no la tranquilizaba en absoluto. Además, hacía algunas semanas había ocurrido algo muy raro. Coincidió con él en un seminario en el colegio de abogados cuando aún no sabían nada del caso Mendes, y le pilló varias veces mirándola de reojo. En una de las ocasiones, él incluso le había sonreído. Cuando se lo contase a Dana, seguro que le diría que no le habría descubierto mirándola si ella no hubiese estado haciendo lo mismo. Y tendría razón. Ese día se había sentido observada e incómoda. Ahora que sabía que sería su rival, necesitaba prepararse para que en el juicio no sucediese lo mismo.

Llegó a la rotonda de Pi y torció a la derecha hacia Santa Eugènia. Los muros y la verja de entrada a la finca Prats le produjeron el mismo efecto de siempre: la lujosa e íntima sensación de pertenecer a un reducido grupo de privilegiados. Y lo mismo le ocurría con el edificio del bufete. De pequeña, la finca y su escuela hípica habían sido un referente de riqueza y porte cosmopolita en el valle, y Santa Eugènia, la zona más glamurosa. Kate inspeccionó el muro y la reconfortó esa vieja sensación que la embargaba desde pequeña: nada había cambiado, ni podría

cambiar jamás, tras esa fortaleza.

Dana y ella en seguida se habían hecho amigas. A esa edad la sensación de tener vidas paralelas las acercó más que cualquier otra cosa. Que ambas hubiesen perdido a sus madres las hacía sentir diferentes y únicas, casi como hermanas. El carácter noble de Dana y su escasa pericia por defenderse de los ataques de sus compañeros fueron los que propiciaron que Kate adoptase el papel de defensora, que aún mantenía casi veinte años después.

El A3 entró en el camino de la finca. Kate lo aparcó bajo el sauce, al lado del Wrangler de Dana, y cogió la BlackBerry para revisar el correo. Bajo su pulgar, la ruedecilla transparente rodaba a una velocidad de vértigo, casi sin pausa, hasta que sus ojos se clavaron en uno de los e-mails y sonrió. Cotilla, pensó. Presionó la flecha para volver al menú de inicio y metió el móvil en el bolsillo interior del bolso. No sabía lo que ocurriría cuando volviese a encontrarse con Paco, ni el efecto que tendría en su relación profesional lo que había ocurrido en el Arts, pero aquello no iba a salir a la luz por más mensajitos sutiles que le mandase su estiloso adjunto.

Kate salió del coche y respiró hondo. El aire seco y frío le despertó los sentidos, y al inspirar tuvo la sensación de que se le desgarraban las fosas nasales. Insistió en llenarlas de aire y del olor de la finca. Se notaba en el ambiente que había llovido, olía a hierba y a tierra mojada. Kate se encogió bajo la ropa por el frío mientras estudiaba la fachada de la casa en busca de las grietas y detalles que conocía. Por primera vez en meses se sintió relajada y en paz. Se colgó la bolsa al hombro y caminó hacia la entrada, sobre las piedrecillas romas del camino. No había ni rastro de *Gimle*. Nadie salió a recibirla. Le estaba bien empleado: llevaba demasiado tiempo sin subir a la finca. Las hileras de tiestos seguían perennes a ambos lados de la escalera, y sus ojos se clavaron en el jarrón del segundo cactus a la derecha, justo debajo de una de las farolas. Siguió las ondas desconchadas, verdes y azules, como había hecho en cada una de sus visitas desde que la viuda Prats lo puso ahí, al lado del que había pintado su nieta Dana en colores pastel. Fue el verano en el que cumplieron diez años. Dentro de unos meses cumplirían los treinta.

La puerta principal estaba cerrada y Kate levantó el tiesto. La nota era típica de Dana; caligrafía jeroglífica y el anagrama de costumbre. Kate trató de descifrar la clave para probarse a sí misma. Luego le dio la vuelta a una de las herraduras clavadas en la pared y sonrió al ver la llave.

La casona estaba como siempre y, a esa hora de la tarde, el ambiente lúgubre de la planta baja —que normalmente solía alejarlas de allí— le pareció reparador,

casi mágico. Persistía el perfume de las velas aromáticas que la abuela de Dana importaba de sus visitas al sur de Francia, pero el aroma de pasteles horneados de cuando vivía la viuda había desaparecido, igual que la alegría en el ambiente y los cestos y centros con flores. Kate dejó la bolsa en el suelo del vestíbulo y entró en la sala principal, donde los muebles y los cuadros mostraban la época dorada de la familia Prats, cuando el abuelo de Dana era un importante abogado y empresario barcelonés al que una joven de las montañas hizo cambiar de vida e instalarse en el valle. Kate se acercó al Chester y acarició el respaldo. Le encantaban el tacto de la piel envejecida, su olor y los grandes cojines de terciopelo listado en los que se sentaban de pequeñas sobre el suelo, delante de la chimenea. Un cuadro de la viuda presidía la estancia devolviendo la mirada con el porte regio y la expresión resuelta. Kate titubeó antes de mirar al retrato a los ojos. Sabía que encontraría reproche en ellos, ya que, según Dana, expresaban los pensamientos de la anciana aunque ella ya no estuviese. Kate creía que era más bien la propia conciencia de su amiga la que la hacía ver en el cuadro algo que era imposible, pero, en cualquier caso, el rostro de la viuda siempre intimidaba.

Ésas eran las peculiaridades de las Prats con las que había crecido, un mundo de costumbres ancestrales y creencias antiguas relacionadas con la naturaleza y la tierra que Kate no quería aceptar que habían forjado su forma de ser. Al fin alzó la vista y buscó los ojos de la viuda. Al momento se descubrió disculpándose en silencio por haber estado fuera tanto tiempo y no haber respaldado a Dana, como ella le había pedido antes de morir.

Recordó la tarde de su entierro, en mitad del bosque, apenas un año atrás. Y también la mañana en que acompañó a Dana a la lectura del testamento. Incluso el agotamiento de los días posteriores, en los que tuvo que emplearse a fondo para que su amiga no permaneciese atrapada en el desaliento y desatendiese a los animales. Y la terrible discusión del último día... Kate respiró hondo y apartó la mirada del cuadro. En la sala todo parecía ocupar el lugar correcto, excepto el montón de cartas y papeles que se amontonaban sobre la mesa del escritorio. La viuda hubiese sido incapaz de tolerar semejante desbarajuste de documentos. Kate no pudo evitar levantar de nuevo la vista hacia ella. Seguro que en los últimos meses Dana había dado con su propia forma de llevar la finca... Por fortuna, las dudas sobre cómo sacar adelante el legado de su familia parecía que se habían esfumado y continuaba con la yeguada de árabes que había comenzado con su abuela. Kate se acercó al ventanal y descorrió totalmente las pesadas cortinas de terciopelo para que entrase la luz de la farola. Tuvo que emplearse a fondo para abrir las puertas acristaladas. La atmósfera de la sala era pesada, y con la entrada

del aire exterior fue consciente de lo mucho que olía a cerrado, a flores secas y a polvo.

La irritó que Dana no se ocupase de esas tareas. Seguro que, entre la finca y los caballos, no había podido. Ya estaba oyendo sus eternas excusas. De todos modos, no quería empezar con mal pie, así que durante los tres días que iba a pasar allí se ocuparía personalmente de mantener la casa iluminada y aireada como cuando vivía la viuda. Todo con tal de que esa atmósfera tristonada y pesada no permaneciese enquistada en todas partes, como estaba empezando a ocurrir. Respiró hondo frente al ventanal abierto mientras el aire frío de finales de noviembre inundaba la sala y también sus pulmones. Luego se volvió, observó la habitación y no pudo evitar sulfurarse al ver tanto desorden.

Se acercó a la mesa del escritorio y echó un vistazo a los papeles. Cartas de bancos abiertas y facturas de forraje, agua, gasóleo, la reparación de un quad... Volvió a apilarlas y dudó una milésima de segundo antes de coger un sobre con el logo de un banco y sacar de él el extracto. Pero cuando se disponía a hacerlo oyó los cascos fuera y volvió a dejarlo sobre el montón. Se acercó al ventanal, pero no había nadie en el aparcamiento de la entrada, así que cerró las puertas. ¿Se habría confundido? Debía de haber algo abierto en otro rincón de la casa porque una fuerte corriente de aire frío le había acariciado la cara mientras entornaba de nuevo los ventanales.

El cuco empezó a dar las ocho y se encendieron el resto de las luces del patio y del camino de entrada a la finca. Le encantaba observar ese paisaje versallesco, pero su estómago empezó a quejarse de nuevo.

Ya en la cocina, llenó de agua uno de los cazos blancos, esmaltados con florecitas, de la viuda y lo puso en un fogón. Abrió el armario de las infusiones y sonrió al ver los viejos botes de cristal a los que ellas habían puesto etiquetas con una pulcra caligrafía y cenefas alrededor. La mayoría estaban casi vacíos, y se decidió por la menta. Al encender el fuego le llegó una vaharada cálida y, por primera vez, fue consciente de que la casa estaba helada. Abrió el armario del dulce en busca de la sacarina y de nuevo se encontró con varios botes vacíos. No había ni rastro del edulcorante, de modo que cogió medio terrón del azucarero; uno entero era demasiado. Cuando el agua arrancaba a hervir oyó de nuevo los cascos.

Por el ruido dedujo que se trataba de más de un caballo, así que Dana no venía sola. Echó las hierbas en el cazo, lo tapó y apagó el fuego antes de mirar por la ventana, hacia la parte delantera de la casa. Pero esta vez tampoco vio a nadie. Ya empezaba a irritarla tanta tontería. Rodeó la mesa central de la cocina y fue a

asomarse a la puerta principal.

Dana hablaba con un hombre mientras *Gimle* husmeaba entretenido las botas altas de su ama. La veterinaria llevaba el incombustible chaleco acolchado, los eternos pantalones de montar y el pelo recogido en una especie de moño que se sostenía con un palillo chino. Kate buscó su mirada y Dana la saludó con un guiño y una breve sonrisa. Pero sin interrumpir la conversación. Kate entornó los ojos y escudriñó con atención la espalda del hombre que hablaba con ella. Alguien que merecía más atención que su reencuentro debía de ser importante para Dana. La mirada de Kate se cruzó con la de *Gimle*, y el golden corrió hacia ella. Kate lo acarició intentando mantener las patas del animal alejadas de sus pantalones, pero no apartó la vista del interlocutor de Dana.

El tipo llevaba unos vaqueros desgastados, un chaleco negro parecido al de ella y un sombrero vaquero. Vaya un fantasma. Kate buscó los ojos de su amiga y le hizo un gesto obsceno refiriéndose al trasero del hombre. Ella le sonrió y con la mano la invitó a acercarse. Entonces él se dio la vuelta y Kate lo miró fugazmente, sin reconocerle, mientras encajaba el abrazo de Dana.

Abrazar a su mejor amiga después de casi un año debería haberla hecho sentir como en casa, pero antes de rozarse ya había reparado en los esparadrapos alrededor de sus dedos. Y, cuando notó su resistencia a soltarla y el temblor de sus manos en la espalda, comprendió que las visitas de la policía no eran lo único que la preocupaban.

— ¡Cuánto tiempo! — exclamó Dana con una sonrisa —. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

Kate miró al hombre que estaba con ellas y arqueó una ceja. Él se tocó el sombrero y le sonrió.

— No has cambiado nada, Salas — afirmó sosteniéndole la mirada más de lo necesario. Y luego se dirigió a Dana —: Bueno, yo me voy. El lunes te espero sobre las nueve, ¿de acuerdo? Y, oye, siento lo del otro día, pero tuve que llevar una carga a Mosoll y ya conoces a mi padre, no podía esperar.

— Tranquilo, lo entiendo. El lunes a las nueve.

Él asintió y montó en el caballo. Cuando ya se iba, Dana le gritó:

— Si te surge algún imprevisto mándame un mensaje y cambiamos el día.

Él volvió a asentir y luego ambas observaron en silencio cómo se alejaba hacia la verja de la entrada. Se miraron y Dana sonrió maliciosa.

– No tienes ni idea de quién es, ¿verdad?

Kate arqueó los labios.

– Es Chico, el hijo de los Masó – informó Dana, complacida.

– ¿Aquel renacuajo que siempre nos molestaba?

– En realidad, te molestaba – puntualizó Dana.

– Hacía siglos que no lo veía. ¿Y ahora qué hace? ¿Trabaja con su padre?

– Sí, pero por poco tiempo. Quiere irse, y mientras no lo consigue yo me aprovecho de él. Me ayuda con los campos. Le he cedido la parte de Pi, vamos a medias.

Kate levantó una ceja y Dana sonrió.

– No, ni lo pienses.

– Me ha parecido que te ponía ojitos. ¿*Culobonito* está soltero?

Ella le dio un amago de puñetazo en el hombro y Kate no pudo evitar fijarse en sus manos. Dana las deslizó en los bolsillos del chaleco.

Tenía ganas de ir al grano, se moría por preguntarle por qué había vuelto a las andadas y qué era lo que la hacía temblar como una hoja. Pero la expresión de la veterinaria se ensombreció al instante, como si intuyese lo que se le venía encima. Kate sintió lástima de ella y la cogió del brazo para obligarla a andar hacia la casa.

– Bueno, entremos. He preparado un poleo calentito. Nos lo tomaremos y me contarás por qué he dejado una vida de lujo y fiestas para venir hasta aquí.

J. B. esperaba a Gloria sentado en la barra del Insbrük con una Agua de Moritz entre las manos. La forense había descolgado al segundo tono, así que lo más seguro era que hubiese estado esperando su llamada. Algo que él había pospuesto adrede para darle tiempo a terminar el informe. Luego, había rechazado su invitación para pasar por su casa; quería estar seguro de saber si quería meterse en algo con ella. Y eso le había dejado la misma sensación de orgullo en el cuerpo que cuando empezó con la «sin». Porque eso era justo lo que debía hacer: usar la cabeza y no dejar pensar a la entepierna.

Empezaron a llegar jugadores y J. B. se preguntó si había sido buena idea quedar allí. Porque al hacerlo había olvidado por completo las previas del torneo de dardos del fin de semana y el enjambre bullicioso en el que se convertía el local durante esos días. A las ocho, el bar era un hervidero, y la dueña empezó a repartir las tarjetas con los turnos para que los grupos fuesen a entrenar a las dianas del sótano. Se respiraban la cerveza y los nervios de las previas, y eso le recordó el Arrow, el garito de Cornellà en el que se reunían desde siempre los jugadores del cuerpo y donde había jugado con Miguel durante la época de la academia de capacitación.

Sin embargo, el Insbrük era algo distinto. Allí se jugaban las mejores partidas de dardos del valle, pero también era territorio de moteros. Era el local al que los Salas –Miguel y su hermano Tato– lo habían llevado la primera noche que pasó en el valle.

Miguel Salas era de los que nunca dejaban tirado a nadie, y J. B. sabía que había sido una suerte coincidir con él en la academia. Cuando supo que lo había criado un abuelo que llevaba veinte años como comisario de la misma zona, comprendió que no le fallaría jamás. A Miguel le faltaba un poco de mundo, era

fácil darse cuenta, y no estaba hecho para patrullar por las zonas en las que J. B. acostumbraba a moverse. Miguel era de los que el día menos pensado volvían con la cara partida por no haber sabido de quién fiarse. Y eso que no buscaba complicaciones. Le gustaban los dardos, la cerveza, delegar con estilo y escurrir el bulto cuanto podía. Pero era un tipo tranquilo, nunca tenía prisa y se podía contar con él. Excepto en temas de dinero, porque siempre estaba sin blanca. El problema eran las mujeres; le iba lo prohibido, los retos y el riesgo. Por eso cuando le telefoneó para decirle que se iba al valle a vivir tranquilo de guarda forestal, a J. B. le pareció que era el mejor modo de preservar su integridad física.

Se levantó del taburete para coger el cesto de los cacahuetes y miró el reloj. La forense era de las que se retrasaban. Vaya por Dios. Se sentó de nuevo y al volverse la vio en la puerta. Paso firme, camisa blanca ajustada, un buen escote y vaqueros metidos en unas botas altas con taconazos. Llevaba el pelo recogido en una coleta floja que le caía sobre el hombro derecho hasta el pecho y un sobre grande en la mano, con la que sujetaba también la cazadora. Al verle le dedicó una amplia sonrisa y J. B. se arrepintió de no haber aceptado su invitación.

— ¿Dónde lo has dejado? — preguntó con malicia.

J. B. frunció el ceño y ella abrió mucho los ojos.

— Al caporal...

— Ja, qué graciosa... — respondió Silva.

Gloria le ofreció el sobre. La forense olía a perfume caro y acababa de secarse el pelo. Casi le dieron ganas de buscar una excusa para romper la regla y disparar. Pero el sobre que le tendía lo contuvo.

— Toma, es un pequeño resumen. El informe ya está en el juzgado — le anunció mientras se sentaba en el taburete.

— Cuéntame — pidió él.

La forense suspiró y sonrió al camarero, que se había acercado para preguntarle qué quería. Hizo ademán de pedir lo mismo, pero J. B. cogió la carta y se la ofreció:

— Tienes pinta de no haber comido, así que primero pedimos.

Gloria sonrió agradecida.

— Pues no, no he parado ni un segundo.

— Pide lo que quieras, yo invito. Y luego me cuentas lo que hay en este sobre.

Gloria negó con la cabeza y marcó con el dedo lo que quería. Luego respondió:

– Poca cosa. A Jaime Bernat se le paró el corazón.

– ¿Un infarto? – preguntó incrédulo y decepcionado.

El camarero quiso tomar nota y J. B. asintió con un rápido lo de siempre.

– Muerte natural – repitió para hacerse a la idea.

Ella asintió mientras cogía su Moritz y se la acercaba a los labios.

– Autopsia blanca, el terror de los forenses – dijo sonriendo.

– Joder, no me lo esperaba.

– Bueno, todo apunta a eso. No he encontrado nada más, pero ánimo, que aún falta el análisis de los tóxicos.

J. B. la observó mientras bebía, hechizado por la sensualidad de sus labios. Sus ojos recorrieron el perfil superior de la forense hasta el escote sin poder apartarlos de la piel. J. B. calculó que con las manos abiertas podía abarcar todo su torso. Cuando Gloria dejó la Moritz sobre la mesa le sonrió y siguió hablando como si no se hubiese dado cuenta.

– Y no olvides el atropello.

J. B. asintió y se forzó a mirar la enorme pantalla en la que jugaban dos equipos de fútbol nacionales. Céntrate, macho. En ese momento, un jugador le hizo una entrada brutal a otro y su rostro grabado le recordó a Santi Bernat.

– Efectivamente, el atropello. De hecho, un infarto se puede provocar, ¿no? – comentó sin esperar respuesta.

– Claro, sólo que hay cientos de maneras de hacerlo. Oye, no te agobies, un hombre de setenta años estaba haciendo un esfuerzo físico importante y le ha dado un infarto. Los tóxicos nos dirán algo más, pero yo no confiaría en encontrar demasiado. Además, puede que alguien pasase por allí y no le viese. Esos campos, de noche, son muy oscuros.

¿Había dicho no te agobies? J. B. dejó caer la cabeza y fijó la vista en el suelo. ¡Joder, eso no era tan fácil!

– Pareces desanimado, sargento.

– Qué va, pero el atropello no me cuadra, ni que le cortaran el dedo. Eso no me va a dejar dormir, lo sé.

– Bueno, si se trata de insomnio, no tengo prisa hasta el lunes a las ocho, así que anda, vamos a una mesa y me cuentas tu vida – propuso mientras cogía los dos bocadillos y su botellín.

»Además, estás de suerte. Dicen que soy buena escuchando.

J. B. cogió su cerveza y el plato de bravas, y la siguió.

– En cuanto a lo del dedo, tengo buenas y malas noticias. El surco es de un anillo, pero por las marcas se confirma que fueron los cuervos los que se lo arrancaron. Lamento que mis conclusiones sean tan poco emocionantes, pero no hay más.

J. B. bebió un trago de cerveza.

– ¿Y qué me dices del vehículo?

– Diría, por las lesiones, que es poco pesado, un tractor pequeño o algo así.

– ¿Un quad?

Ella dudó un instante.

– Puede, por qué no. ¿Alguna matrícula en concreto?

J. B. sonrió.

– Bueno, he llamado a un amigo del laboratorio y me ha dicho lo mismo, que este tipo de marcas poco profundas suelen ser de vehículos así. El martes intentarán darnos el peso aproximado.

Gloria sonrió y J. B. comprendió que la estaba aburriendo.

– Vale, basta de trabajo, cuéntame qué hace una científica de ciudad como tú en un sitio como éste.

– Veníamos de vacaciones y mi madre decidió casarse con un viudo del valle. Así que aquí estoy.

J. B. enarcó las cejas.

– No tienes pinta de andar siguiendo a mamá.

Gloria sonrió con timidez y J. B. volvió a pensar que la forma de sus labios era deliciosa.

– Qué puedo decirte, ella me lo pidió y yo podía elegir destino. En realidad, me daba igual. Ahora que está contenta y bien situada, ya me he postulado para una de las nuevas plazas que han salido en Barcelona.

– Y me vas a dejar solo en este valle de mala muerte.

Gloria soltó una carcajada.

– No me das nada de pena, sargento.

J. B. la observó retirar el papel del bocadillo con precisión, cuidando de no mancharse los dedos.

– Y tú, ¿por qué estás aquí?

J. B. dudó un instante.

– Soy un tío difícil.

Gloria enarcó las cejas y siguió masticando con los ojos clavados en los suyos. J. B. cogió la botella y bebió un trago.

– Bueno, estaba en estupefacientes y tuve algunos problemas. Luego me hablaron de este destino y necesitaba airearme, una zona tranquila. Llevo demasiado tiempo viendo de todo.

J. B. mordió de nuevo el bocadillo. Notaba sobre él los ojos de la forense y sus ganas de saber más. La miró y se sonrieron.

– Y se te muere uno nada más llegar...

– Ya ves, debe de ser mi destino. Aunque éste ha sufrido un infarto, ¿no? De todos modos, voy a quedarme aquí un tiempo, puede que un par de años. Tengo algunos planes y éste será un buen lugar para materializarlos en cuanto cerremos el caso. Aquí estoy lejos de la capital, como quería, y tengo amigos.

Gloria enarcó las cejas con incredulidad.

– Bueno – dijo él –, sólo uno, pero es muy bueno.

Ella soltó otra carcajada.

– A ver si tengo el gusto...

– Es Miguel Salas, el forestal – declaró satisfecho.

Gloria se lo quedó mirando.

– Te recuerdo que tampoco he nacido aquí.

– Es el nieto del comisario.

Gloria frunció el ceño.

– Creía que en vuestra comisaría mandaba una mujer...

—Sí, pero me refería al comisario Salas-Santalucía, que se jubiló hace un tiempo. Pero todo el mundo le llama así. Supongo que es porque estuvo más de veinte años en el cargo.

—¿Y qué tal es tener una jefa? ¿Es tu primera vez?

J. B. recordó el listado que había dejado Magda sobre la mesa y decidió desfogarse.

—Para que te hagas una idea, ayer me dio una especie de lista de la compra con los pasos que se supone que debemos seguir en la investigación.

Gloria lo miraba con expresión de ¿quién no ha tenido alguna vez a un auténtico cretino como jefe?, y J. B. comprendió que la forense no iba a consolarlo.

Gloria pinchó una brava y se la acercó a los labios. Sopló.

—La puedes enmarcar.

J. B. la miró sin comprender.

—La lista, digo. Siempre puedes devolvérsela firmada cuando cierres el caso.
—Y antes de meterse la patata en la boca añadió—: Oye, dicen que Bernat tiene un hijo, ¿cómo se lo ha tomado?

—Ese asunto también me tiene escamado. Es un tipo muy raro. De hecho, por aquí todos lo son. Por cierto, he quedado en devolverle el lunes los objetos personales de su padre.

Gloria asintió mientras se secaba los labios con la servilleta.

—Ningún problema, ya los he guardado en una bolsa. Pasa a recogerlos y te mostraré la sala de autopsias. Si quieres.

J. B. sonrió sarcástico.

—Me muero por verla.

Kate esperaba sentada en su lado favorito del Chester a que Dana terminase de encender el fuego. Había preparado una infusión de té verde con menta y limón para cada una y esperaba a que se sentase para preguntarle lo que le ocurría. *Gimle*, echado sobre su almohadón, miraba hacia su ama, pero Kate sabía que el golden se moría por subir al Chester. Se oía el crepitar del fuego, interrumpido por los relinchos inquietos del caballo de Dana. Fuera se había levantado viento y Kate decidió intervenir.

– ¿Quieres que lo lleve a la cuadra de atrás?

– No – respondió Dana, y se levantó de un salto –. Hace mucho frío. Ya voy yo y vuelvo dentro de un minuto. Tú vigila el fuego.

Kate asintió y se cubrió hasta los hombros con la manta. *Gimle* apoyó la cabeza sobre las patas delanteras con resignación.

A Kate le encantaba cómo olía la sala, a madera quemada, a flores secas y al aroma de campo que entraba por debajo de las puertas o se filtraba por las rendijas de las ventanas desde los establos. Mientras daba sorbitos a la infusión para no quemarse, meditó sobre lo ocurrido apenas doce horas atrás en la lujosa decoración minimalista de la suite del Arts. Parecía que habían pasado semanas. Las manos de Paco recorriendo su piel no le habían provocado la reacción esperada. Ni siquiera consiguieron erizarle la piel. Kate se revolvió incómoda en el sofá, dejó la taza y apartó la manta para ir a atizar el fuego. Probablemente llevaba demasiados meses dedicada de forma obsesiva a trabajar. Además, de un tiempo a esta parte había empezado a satisfacer por sí misma sus deseos y, la verdad, lo hacía mejor que nadie. Volvió a sentarse y levantó la vista. Los ojos de la viuda en ese momento hicieron que se sonrojara y buscó refugio para los suyos en las llamas vivas del fuego.

En cierto modo, su admiración por la viuda Prats era la causa de que ambas estuviesen solas, de que cada una hubiese encontrado a su manera el modo de vivir en soledad emulándola. A ella le iba bien, estaba satisfecha con su vida, su trabajo, su cuerpo y sus manías. Aunque en ocasiones echase de menos la calidez de un abrazo, lo cierto era que no le faltaban candidatos, tanto en el bufete como fuera de él, pero se negaba a renunciar a su libertad.

Dana, sin embargo, aunque ella misma no fuese consciente, no estaba hecha para vivir sola. Necesitaba a alguien que la cuidase. El ejemplo de su abuela y su deseo de ser como ella eran lo que la había empujado a no querer depender de nadie y a intentar ser autosuficiente. Pero bastaba con verla para saber que algo no iba bien en su mundo. De repente, una fugaz corriente de aire le acarició la espalda e hizo centellear con fuerza las llamas. La vivacidad del fuego iluminó los antiguos muebles, alfombras y anaqueles de la sala. Nuestro refugio en la Tierra, susurró recordando la frase favorita de Dana. Tal vez ninguna de las dos se había planteado cuál era el coste emocional de esa independencia, sobre todo si estaban tan separadas la una de la otra como en el último año.

Evitó pensar en los esparadrapos y en el temblor de sus manos al abrazarla. Eso la hacía sentir culpable y no soportaba esa sensación. Trató de adoptar una posición más erguida y cruzó las piernas sobre el sofá. Lo que necesitaba Dana era crecer de una vez porque ella no podría estar siempre disponible y pendiente de sus crisis. Además, sus nuevas obligaciones como socia la tendrían muy ocupada, así que, en adelante, aún sería más difícil encontrar un hueco para subir al valle. Y, encima, ahora no podía bajar la guardia con el caso Mendes. El infame hermano del jefe y sus desaguisados económicos no se lo pondrían fácil para salir airosa. Tendría que estar alerta, usar toda la artillería. Y no podía olvidar a Bassols, dispuesto a defender su imbatibilidad con el mismo interés aguerrido que ella. Por un momento deseó jugar en su mismo equipo. De hecho, al empezar Derecho, la Fiscalía había sido su principal objetivo. Alzó la vista. Los ojos de la viuda le devolvían una mirada intensa y severa. Había acabado defendiendo a un tipo como Mario y se había liado con un hombre que le doblaba la edad y que era su jefe. En ese momento no se sentía muy lista, la verdad.

—Esta semana han bajado mucho las temperaturas —anunció Dana tras entrar en el salón, lo que hizo que *Gimle* levantara la cabeza hacia ella.

Se quitó el chaleco acolchado y cogió el atizador.

—Podías haber vigilado el fuego, ¿no?

Kate miró a la chimenea mientras Dana reavivaba la lumbre.

– Bueno, voy a la cocina para sacar la pasta. Tú pones la mesa.

Kate asintió sin apartar la vista del fuego. La oía trajinar con los platos y pensó que en el caso de Mario también habría que hacer malabarismos. Con lo que tenía entre manos en aquel momento, en circunstancias normales le habría importado muy poco que hubiesen encontrado muerto al enemigo acérrimo de las Prats. Pero la voz trémula de Dana y las dos visitas de la policía a las pocas horas de encontrar el cadáver de Jaime Bernat ya eran harina de otro costal.

Dana regresó de la cocina y Kate observó cómo echaba los últimos troncos del cesto en la chimenea. Los capuchones que protegían las puntas de sus dedos significaban la vuelta a las andadas. Además, estaban bastante gastados, así que quizá llevaba semanas haciéndolo. Y, encima, ahora estaba sola y nadie controlaba su medicación ni su dieta. Miró a *Gimle*, aparentemente relajado en su almohadón pero con la vista clavada en Dana. Ojalá él pudiese cuidar de ella, pensó, como en una historia de dibujos animados, y evitar sus crisis. Se le ocurrió que, cuando entraba en una de esas etapas depresivas. Dana lo exageraba todo, y puede que también lo hubiese hecho con la muerte de Bernat y las visitas de la policía. Llegar a esa conclusión le dio rabia. Como de costumbre, la había obligado a dejarlo todo para salvarla de un fantasma. En ese momento, como si pudiese oír sus pensamientos, Dana se volvió hacia ella con las cerillas todavía en la mano y le susurró:

– Necesitaba que vinieras y que me dijese que no tengo de qué preocuparme.

La niña frágil e inadaptada a la que siempre defendía de pequeña seguía ahí, agazapada bajo la piel de una mujer adulta. Si quería que volase sola, tendría que emplearse a fondo para conseguirlo. Y el primer paso era mostrarse dura con el asunto de Bernat.

– Venga, cuéntame lo que ha pasado y veremos qué puedo decirte.

Dana frunció el ceño y resopló conteniendo los nervios. Kate se la quedó mirando.

– Siempre has sido muy peliculera, Dan, estoy segura de que no es tan grave. Lo más probable es que haya dejado un caso importante para venir a apagar el fuego provocado por una cerilla.

Dana la miró incrédula. El crepitar de las llamas era lo único que se oía. Kate

se sintió incómoda, como si en los silencios que las separaban Dana pudiese oír sus pensamientos. Entonces vio cómo se volvía de nuevo para mover los troncos. Observó su espalda, el movimiento derrotado de los brazos, sus hombros caídos y el inmenso esfuerzo que parecía precisar para llevarse las manos a la cabeza y ajustarse la coleta.

– Hace dos días, la madre de Chico encontró el cadáver de Jaime Bernat en la era que le tienen arrendada – expuso Dana de espaldas a ella.

Kate asintió.

– Es lo que me contaste por teléfono, pero todavía no entiendo qué tiene eso que ver contigo y con la visita de la policía.

– Bueno, pues resulta que algún vecino declaró ante la policía que me había visto discutiendo con Jaime.

Dana se volvió. Kate esperaba en silencio.

– Es verdad. Discutí con él porque ya no podía más – se justificó.

Kate chasqueó la lengua sin poder apartar la vista de las manos de Dana. La veterinaria permanecía sentada en el suelo, con las piernas cruzadas sobre un almohadón, y antes de continuar escondió los dedos bajo sus muslos.

– Tuvimos un incendio en las cuadras el pasado mayo, suerte que los chicos lo sofocaron casi de inmediato y sólo perdimos un par de boxes. Pero en julio un vertido anónimo de purines en el agua, que según la policía fue accidental, casi me cuesta la yeguada. Y, por si fuese poco, hace unas semanas aprobaron el cortafuegos en Santa Eugènia y, mira qué casualidad, tenía que pasar precisamente por mis tierras.

Kate asintió. Dana estaba rabiosa por fuera pero, por dentro, temblaba como un flan. Lo notaba. La conocía demasiado, y detectaba en seguida los intentos por disfrazar sus verdaderos sentimientos con un sarcasmo que no le iba nada.

– Sí, ya lo he visto cuando venía. Pero ya sabes cómo son y las perrerías que le hacen a todo el mundo para conseguir lo que quieren. Olvídate de ellos. Acuérdate de que tu abuela siempre nos advertía que pasáramos de esa gente.

– Ya, pero ella no sabía hasta dónde podían llegar, y esta vez se han pasado. Cuando me he quedado sola se han atrevido a avasallarme como nunca lo hubiesen intentado cuando ella vivía.

Kate dio un último sorbo al poleo, que ya estaba frío. Se incorporó para

acercar un cenicero de cristal y dejar la taza vacía en él. Había que quitar hierro al asunto porque las jugadas de los Bernat eran parte del paisaje en la finca Prats, y no debía dejar que Dana se regodease en su mala suerte. Lanzó una mirada al cuadro; la viuda jamás se dio por vencida. Volvió a apoyar la espalda en el respaldo del sofá.

—De todos modos, nada de lo que me has dicho es tan importante como para tener que enfrentarte a Bernat o para estar así —señaló tratando de ir al grano—. Madura, Dan, no puedes dejar que lo que hace la gente te afecte tanto. De hecho, no puedes dejar que nada te afecte tanto como para volver a las andadas —dijo señalando con la barbilla las manos que Dana escondía bajo los muslos.

La veterinaria bajó la cabeza y uno de sus rizos pelirrojos se deslizó hasta caerle delante de la cara, pero no se movió.

Kate respiró hondo. Tanto victimismo y autocompasión la ponían enferma. Y entonces la oyó susurrar:

—No sabes nada.

—Pues ilumíname —le ordenó con severidad—. O hay algo más que no me has contado, o no entiendo por qué tuviste que enfrentarte a él —acusó en tono seco—. Y, si no es así, crece de una vez y pasa de ellos. O al final te pondrás enferma de verdad y lo perderemos todo.

¿Cómo podía Dana no darse cuenta de que nunca estaría preparada para enfrentarse a gente como los Bernat, de que simplemente no daba el perfil, de que nunca sería lo bastante fuerte?

Los ojos de la veterinaria empezaban a mostrar el familiar brillo acuoso que hacía que Kate se sintiera culpable de inmediato, así que la abogada se refugió en el fuego y pensó si conseguiría algo. Luego la miró de nuevo. Mierda. Sabía que Dana era de lágrima fácil, y más aún desde la muerte de la viuda. Pero, maldita sea, tenía el cargante don de hacerla sentir como una bruja.

—No entiendes nada —la oyó susurrar de nuevo.

Se le había quebrado la voz, y Kate tuvo ganas de apalear a Jaime Bernat aunque estuviese muerto. Pero, en lugar de eso, cogió aire.

—Anda, tómate la infusión y cuéntame por qué discutiste con él —propuso en tono conciliador.

Dana sacó un clínex del bolsillo del pantalón y se sonó. Luego cogió la taza y la mantuvo apoyada sobre el regazo, entre las manos. Kate iba a decirle que la

infusión ya debía de estar muy fría cuando Dana lo soltó como si se tratase del lastre más pesado del mundo.

—Cortaron el roble de la abuela. —Y en un hilo de voz continuó—: Tienes que haberlo visto.

En un primer instante, Kate no supo de lo que le hablaba. Cuando lo comprendió tuvo que contener las ganas de zarandearla. Dana era la única persona del mundo capaz de enfrentarse a un cacique como Bernat por un árbol. Miró al retrato de la viuda y, de pronto, comprendió de qué iba todo aquello. Recordó el entierro y supo que se refería al roble centenario bajo el que estaban enterrados sus abuelos y su madre. Claro que había visto el cortafuego. Desde la carretera era imposible no apreciar la piel de la montaña cuando la habían rasurado de una forma tan brutal. Pero el árbol de los Prats estaba algo desviado al norte de la línea de tala, y Kate ni siquiera se había imaginado que alguien se atreviese a dañarlo. Además, bajo su copa estaban las lápidas de madera que marcaban el lugar en el que habían sido enterrados. Lo que le estaba diciendo Dana no tenía ningún sentido.

—Pero es imposible que los operarios no vieran las lápidas...

Dana ya no se esforzaba en contenerse y dejaba fluir las lágrimas sin resistencia.

—¡Es que no fueron ellos! Fue Bernat. Hacía casi una semana que los operarios habían acabado. Fue él. Estoy segura.

—No lo entiendo —dijo Kate—. ¿Por qué?

Dana se secó las lágrimas con el clínex y el dorso de la mano, y la miró a los ojos.

—¡Por maldad! Por eso cuando los mozos de las cuadras me dijeron que estaba trajinando en la era vecina fui a buscarlo. Le dije que sabía que había sido él y que a partir de ese momento empezaba la guerra. Que no descansaría hasta arruinarlo. Santi nos miraba desde lo alto de la era, pero no se movió, y yo me encaré con Jaime, ¡y le solté todo lo que se merecía escuchar!

—¿Y él qué respondió?

Le costaba imaginar a su pacífica amiga gritándole barbaridades a Bernat.

—Que él no había hecho nada y que, si buscaba guerra, conmigo no tenía ni para empezar. Y entonces desplegó la lista de amenazas de siempre: que si pronto se harían con mis tierras, que si se había acabado mi tiempo, que si éste no era sitio

para una mujer sola. Y lo que más me molestó fue cuando habló de la abuela, que ya había tenido suficiente paciencia con ella y que, si no quería irme por las buenas, me echarían por las malas.

A Kate no le pasó inadvertido cómo había cambiado el tono de voz de Dana al hablar de la viuda. Pero la veterinaria continuó.

—Entonces le dije lo que había averiguado de Santa Eugènia, que sabía que las tierras no eran suyas, que encontraría a la propietaria aunque fuera lo último que hiciese y que le contaría sus chanchullos con los arrendatarios. Y, también, que no se le ocurriese dormir tranquilo.

Kate negó con la cabeza.

—No tenías que haberlo hecho. Ni siquiera debiste acercarte a él. A veces parece que no tengas cabeza, sabes de sobra lo mala gente que son.

Dana se incorporó y levantó la voz.

—¡No me digas lo que no tenía que hacer! —gritó molesta—. Alguien debía plantarle cara a ese tirano aunque ahora vaya a arrepentirme. Pero que precisamente tú, la primera que siempre saca la espada, me digas que aguante todas sus agresiones sin chistar...

Kate cerró los ojos. ¿Cómo se podía ser tan estúpida?

—Lo importante no es desenvainar la espada, sino saber contra quién puedes hacerlo, y Bernat no era un buen adversario. Jamás lo fue. Tu abuela bien que lo sabía, y te lo dijo. Me parece mentira que no le hicieses caso. De todos modos ahora está muerto, así que poco importa. Tendremos que averiguar cómo sacarte de escena y punto.

Dana sostenía la taza de la infusión con las dos manos y, aun así, no podía impedir que le temblaran. Mantenía la mirada perdida en algún punto de la librería, y ni siquiera cuando *Gimle* descansó la cabeza en su regazo la apartó. Kate se sintió mal, como siempre que discutían. Dana siempre se lo tomaba todo del peor modo posible. En esas ocasiones, su amiga podía permanecer horas con la mirada perdida en su mundo de ángeles, espíritus celtas y otras mil maravillas. Y, como siempre, acabó siendo Kate la que dio el paso.

Se levantó y la cubrió con la manta mientras Dana seguía con la mirada perdida en el fuego. Era especialista en mostrarse herida. De acuerdo, jugaría a ese juego, pero esta vez no sería tan suave. Había que empezar a curtirla.

—Debiste de pasar un mal rato —concilió Kate intentando mostrar una

empatía que su pragmatismo le impedía sentir de veras.

—Ni te lo imaginas... —respondió Dana mirándola fugazmente—, porque entonces fue cuando me soltó lo de Santi.

Kate frunció el ceño.

—¿El qué?

—Pues que había sido una estúpida al rechazar el trato y que ahora, por mi testarudez, lo perdería todo.

Kate recordó la mirada glacial de los Bernat y la arrogancia que siempre mostraban.

—Todavía no me puedo creer que esa propuesta fuese en serio —dijo la abogada—. Ese hombre piensa que estamos en la Edad Media. Además, me imagino que el neandertal de su hijo diría algo...

Dana negó con la cabeza.

—Es como su padre. A los Bernat sólo les importa la tierra, la llevan en la sangre, pero no comprendo por qué Santa Eugènia los tiene tan obsesionados. —Y se detuvo un instante—. El problema es que algún vecino me vio discutir con él. Y, cuando la policía me interrogó, parecía que sospechasen de mí. Tengo miedo. Ya sabes cómo es la gente, siempre esperando la oportunidad de ir contra nosotras. Además, los Bernat tienen muchas tierras arrendadas por esta zona.

—¿Has hablado con Miguel? Seguro que puede hacer algo para que te dejen en paz. Por lo que me has contado, no pueden acusarte de nada, sólo discutíais, y Santi estaba delante.

Dana la interrumpió.

—Ésa es otra. Él afirma que no estaba allí, que estaba en otro sitio, y el sargento dice que tiene testigos. —Dana levantó de nuevo la voz—. ¿Cómo se supone que puede alguien estar en dos sitios a la vez? Porque yo lo vi. Cuando abandoné la era, los dos se quedaron allí, y ambos estaban bien vivos.

—Habrá sobornado a algún testigo, igual que hacía su padre.

—De todos modos, nadie puede ser tan malo como Jaime Bernat, ni siquiera Santi, y estoy segura de que ahora que no le obligaré a perjudicar a la gente todo resultará más fácil.

Kate frunció el ceño. No le gustaba nada pensar que Santi comenzase a maquinar por su cuenta, e intuía que él mismo había comprado la coartada puesto

que su padre ya estaba muerto. Convivir toda la vida con un maestro del mal le convertía en alguien peligroso. Recordó su cara y esa mirada sin alma de los Bernat. Esa mirada inmisericorde seguía en el valle y no auguraba un futuro mejor a la finca Prats. Pero no quería inquietar a Dana, que sólo esperaba como un cachorro a que la animasen, ni mostrarle sus temores; en ese estado de fragilidad permanente en el que parecía estar viviendo asustarla únicamente podría empeorar las cosas.

—No te preocupes. Si la cosa va a más pediremos ayuda. De hecho, uno de los socios del bufete es el mejor penalista de Barcelona. Pero estoy convencida de que podemos apagar la chispa antes de que prenda. ¿Cuál es la causa de la muerte?

Dana se encogió de hombros.

—La policía no me lo dijo.

—De acuerdo. Si vuelven a molestarte, hablaré con ellos.

Dana asintió. Se la veía reconfortada, y Kate se preguntó cómo podía alguien ser tan inocente. Y, sin embargo, advirtió que Dana acababa de contagiarle la sensación de peligro con la que había vivido las últimas horas.

—He visto que has traído una bolsa muy pequeña. Confiaba en que te quedases hasta el próximo fin de semana para la fiesta de tu abuelo.

Kate negó con la cabeza.

—No, he subido para ver qué pasaba e intentar que no te molesten más. Creo que sólo será un malentendido. Además, ahora tengo entre manos un asunto importante en el bufete y no puedo quedarme. El martes bajaré a Barcelona y el sábado volveré a subir.

Permanecieron en silencio. Dana bebía sorbitos de su infusión mientras Kate seguía dando vueltas a la historia del árbol con la vista fija en el fuego de la chimenea.

Jaime Bernat sólo se movía si podía obtener algún beneficio, y lo del árbol era sencillamente una gamberrada. Un acto de vandalismo como ése no era propio de un hombre del valle como él. Los viejos solían tener respeto por esas cosas. Pero Dana siempre estaba preparada para culpar a los Bernat de cualquier incidente y, esta vez, parecía tan convencida de que habían sido ellos que Kate decidió no cuestionarla. Ya habría tiempo para ahondar en el asunto. Ahora lo más importante era que la policía resolviese el asunto y la dejasen tranquila. Kate apoyó el brazo en el respaldo del Chester y dobló la rodilla sobre el asiento para darse la vuelta hacia su amiga, que volvía a secarse las lágrimas. Entonces le alargó el brazo para tocarle

el hombro con suavidad. Ese gesto provocó un nuevo sollozo. Kate se movió hasta su lado y la abrazó. Permanecieron así unos segundos, hasta que Dana se volvió hacia ella y sus miradas coincidieron a pocos centímetros. Kate notó que su amiga contenía la respiración y la besó en la frente antes de volver a su sitio.

La observó atentamente, en silencio. Dana miraba el fuego. Su pelo olía a caballo y a champú de avena, y estaba bastante más delgada que de costumbre, pero seguía teniendo las caderas prominentes de las Prats. Sin embargo, ahora podía adivinarse la forma de los huesos de sus rodillas y los cuádriceps a través del pantalón negro de montar. Con el pelo alborotado, su cara aún parecía más menuda, y los ojos, más grandes y tristes. Kate sabía lo que necesitaba su amiga, pero ella también tenía una vida y Dana debía empezar a construir su propia coraza y a cuidar de sí misma.

—Me encanta tu perfume. Arriba dejaste una muestra la última vez —la oyó decir.

Kate asintió sin prestar atención.

—Me gustaría saber lo que te preguntó la policía cuando estuvo aquí.

La veterinaria se encogió de hombros.

—La primera vez vinieron dos hombres, el hijo del juez Descòs y el sargento Silva. La segunda ha sido esta mañana, y ha venido el sargento solo.

Kate la animó a proseguir.

—El sargento me preguntó si era verdad que había discutido con Jaime, y se lo confirmé. También quiso saber dónde había estado ese día, y les dije que en la finca de los Masó, con el ganado.

—¿Quién es ese Silva? ¿Le conocemos? —la interrumpió.

—Es amigo de tu hermano, de la academia de capacitación. Hace sólo unas semanas que se ha instalado en el valle. Pero quien me acusó de mentir fue el otro. Según él, Santi afirmaba que no había estado allí y luego me acusó de mentirosa.

—Y que su palabra es la ley, ¿no?

La veterinaria esbozó una mueca.

—Yo sólo les dije la verdad.

Kate asintió y de inmediato dibujó una sonrisa maliciosa.

—¿Y dices que estabas con Chico?

– Sí.

Kate enarcó las cejas.

– Mira, ya te he dicho que ni lo pienses – replicó Dana –. Su padre es de los de la vieja escuela, ya sabes. Yo le dejo algunas máquinas cuando las necesita y Chico me ayuda cuando me hace falta. Además, le llevo cinco años, y sólo estuvo un rato. Después su padre lo mandó a llevar algo urgente a Mosoll.

Kate cambió de posición en el sofá.

– Al viejo Masó no le debe de gustar nada que su hijo ande metido en tratos con una Prats.

– Seguro – Dana sonrió –, pero no va a durarle mucho la pena. Chico está buscando trabajo en Andorra y en cuanto le salga algo se irá.

– ¿Estudió?

– Agrónomos.

– No creo que de momento encuentre nada. El trabajo también está muy difícil allí. Tienes Chico para rato...

Dana la miró sin comprender.

– ¿Qué quieres decir?

– Vaaamos, Dan, soy yo. He visto cómo te miraba y tu cara cuando lo del culito. Le gustas, y si no lo aprovechas estás loca. Te digo que no está el patio para despreciar a un tipo así. Y, encima, ¿cuántos años tiene? ¿Veinticinco?

– Habla la experta. ¿Cuánto hace que no sales con alguien? – repuso enarcando una ceja –. ¿Y se supone que tú vas a arreglar mi vida amorosa?

– Qué burra eres.

Dana sonrió con ganas por primera vez.

– Sí, es una pena que no puedas vivir sin mí. Por cierto, ¿ya has llamado a tu abuelo?

Kate negó con la cabeza, reflexionando sobre quién era en realidad la que no podía vivir sin la otra.

Dana insistió:

– Pues deberías llamarle. Mañana es el entierro de Bernat y él querrá ir.

– Sí, puede que aproveche para hablar con la policía mientras tú le haces de

muleta.

—No, yo no voy a ir —sentenció la veterinaria.

Kate asintió con vehemencia.

—¡Tú sí vas a ir! ¿Es que quieres que todos hablen de tu ausencia? Eso sería echar más leña al fuego, y hasta que sepamos de qué va todo esto del interrogatorio más vale que intentes actuar con normalidad.

Dana la miró pasmada.

—¿Es que no has oído ni una palabra de lo que te he dicho antes? —preguntó indignada—. A ese funeral no iría ni a rastras. El de la abuela fue el último. ¿Entiendes? Ese hombre no merecía ni ser pasto para los lobos. —Y, tras coger aire, continuó—: De todas formas, parece ser que los cuervos le arrancaron los ojos.

—¡Joder, Dana!

—¿¡Qué!? Ojalá aún hubiese estado vivo cuando lo hicieron, así habría notado todos sus picotazos. Alguien que manda cortar un árbol sagrado que ha sobrevivido cientos de años no merece menos.

Comisaría de Puigcerdà

El día del funeral, J. B. Silva entró en el despacho de la comisaria con unas expectativas demasiado altas. Acababa de pasar el fin de semana trabajando en la OSSA y, a primera hora, ya había dejado sobre la mesa de Magda el informe forense de Jaime Bernat con una nota sobre las pesquisas del caso. Basándose en la relación del caporal y de la familia de éste con el fallecido, exponía en su escrito las razones por las que Descòs no debía tomar parte en la investigación. Así que cuando Montserrat le avisó de que Magda quería verlo en su despacho, colgó el teléfono convencido de que se había librado del caporal.

Mientras tanto, Magda Arderiu permanecía sentada en su butaca con la vista perdida en los sauces del aparcamiento y una carpeta abierta sobre la mesa. Acababa de leer el informe forense por segunda vez y, tras la decepción inicial, había llegado a la conclusión de que cerrar el caso con una muerte natural era lo mejor que podía ocurrirle a su carrera y, por extensión, a la comisaría de Puigcerdà. Se colgaría la medalla de haber resuelto el caso en el tiempo récord de dos días y nadie saldría malparado. Naturalmente, tenía en cuenta el pequeño detalle del atropello post mórtem que mencionaba el informe, pero la clave estaba en la coletilla: post mórtem. Bernat había muerto de un infarto y lo que le hubiese pasado por encima no le importaba a nadie. Además, darle vueltas a eso sólo podía complicarles la vida. La realidad era que Jaime había fallecido y que ellos habían determinado la causa.

Incluso había conseguido que el hijo del juez tuviera cierto papel a la hora de esclarecer el caso, con lo que el viejo y estirado Descòs estaría en deuda con ella, y ese detalle le facilitaría las buenas relaciones con el CRC. Eso la hizo pensar en la silla vacía que dejaba Bernat en el consejo. Asintió mientras se relajaba apoyada en el respaldo de su butaca. Corrían nuevos tiempos, tiempos modernos en los que instituciones como el CRC, en las que se había vetado la entrada a las mujeres,

tenían la ocasión de subirse al carro de la modernización y mostrar su carácter abierto y progresista. Fantaseó con esa silla y se imaginó sentada en ella. Con su traje chaqueta marfil y los Prada violeta que había comprado la semana anterior en Andorra sería la reina de la foto. Además, a Vicente le daría un tembleque sólo de imaginar algo así después de haber intentado, por activa y por pasiva, sentar sus posaderas institucionales en una de las preciadas sillas del consejo. Pero el alcalde carecía de la solera que se requería para entrar en el selecto grupo. Ella, sin embargo, podía aportar algo que nadie iba a poner en duda: modernidad y apertura. Sí, programaría una comida con alguno de los miembros para empezar a recabar apoyos.

Buscó en el bolsillo interior del bolso la pequeña llave del archivador privado y lo abrió. La primera carpeta era la del CRC. Bien, el uno era su número de la suerte... Eso sólo podía leerse como una señal positiva de que su plan era acertado.

Los once nombres de la lista atesoraban la mayor parte de las tierras del valle. Magda cogió el rotulador rojo del lapicero y sujetó el tapón con los dientes mientras trazaba la línea que dejaba libre su silla. Se irguió satisfecha. El segundo nombre de la lista, Jaime Bernat, resaltaba ahora entre los otros diez gracias a la contundente línea roja que lo tachaba. Le tentó la idea de escribir su nombre, pero no quiso precipitarse, ya habría tiempo. Volvió a tapar el rotulador, y leyó con atención el resto de los nombres visualizando el rostro de cada uno de ellos. Puede que Casaus fuese un buen comienzo. Había charlado con el alcalde de Pi en varias ocasiones y sólo unos meses atrás le había dado el pésame por la muerte de su esposa. Además, ahora se daba cuenta de lo acertada que había estado poniéndose de su parte al estallar el problema de los riegos en Pi.

Al fin cogió un bolígrafo negro y escribió sus propias iniciales a la izquierda de la raya roja. No se podía negar que, en el tiempo que llevaba en el valle, había jugado bien sus cartas.

Cuando llamaron a la puerta, Magda buscaba el teléfono de Casaus en la vieja y repleta agenda que había heredado de su antecesor en el cargo. Con un gesto impaciente ordenó al sargento que se sentara y siguió buscando el número. Ni rastro. Desde luego, Salas-Santalucía era un pueblerino con una agenda repleta de números inútiles. Por suerte, ya no estaba. Era increíble que hubiese durado tanto en el cargo. Sólo podía entenderse porque, en realidad, nadie quería el puesto de comisario en el valle del culo del mundo. En fin, Montserrat le conseguiría el número. Magda se apartó el pelo de la cara con el anular y el meñique, y miró al

hombre que tenía sentado enfrente.

– Bueno, sargento, parece que se ha resuelto el caso y podrá volver a sus anteriores obligaciones. Por cierto, ¿ya le hemos devuelto las pertenencias de Bernat a su hijo?

Él la miró perplejo y apenas pudo responder con un lo haremos esta mañana.

Magda asintió satisfecha y cogió uno de los portafolios que tenía sobre la mesa. Lo abrió y miró al sargento.

– ¿Algo más?

J. B. carraspeó y se rascó con la mano la parte derecha del cuello, donde tenía el tatuaje.

– ¿Ha leído mi informe, comisaria?

Magda puso cara de perplejidad. ¿Acaso le debía alguna explicación a ese desarrapado? ¿Quién se había creído que era? De pronto recordó el supuesto papel de Silva en una trama de espionaje contra ella y se contuvo.

– No, con el informe de la autopsia es suficiente. Cuando tenga un minuto le echaré un vistazo al suyo, no se preocupe. Si no se le ofrece nada más...

El sarcasmo siempre había sido su fuerte para desalentar a los pesados. Y en este caso estaba segura de que él era lo bastante inteligente como para captarlo. Pero cuando levantó la vista supo que también era terco, demasiado terco.

– Comisaria, la muerte fue por una parada cardiorrespiratoria, pero alguien atropelló al cadáver. Le pido permiso para ocuparme de averiguar quién lo hizo. Dado que las huellas de las roderas están en el laboratorio y ya sabemos que pertenecen a un vehículo ligero, creo que dentro de un par de días podremos tener algo. Estoy convencido de que fue alguien de la zona. No tardaremos mucho en encontrar al culpable.

Magda notó que empezaba a dolerle la cabeza. ¿Por qué le mandaban a todos los idiotas? Le estaba ofreciendo la oportunidad de cerrar un caso y él insistía en seguir. Santa paciencia... O puede que fuese una prueba, que lo del atropello sin resolver llegase a oídos de la central y se convirtiese en un problema. Por otro lado, se trataba de su comisaría, así que ¿quién decidía?

Volvió las hojas de la carpeta con manifiesta irritación.

– Sargento, Bernat murió de un infarto, punto. No vamos a remover algo que no nos llevaría a ninguna parte.

– Bueno, de hecho nos faltan los tóxicos...

La comisaria ya no pudo contenerse más.

– Entonces, sargento, el caso está cerrado porque lo digo yo. Y santas pascuas.

Y, cruzando las manos sobre la mesa, añadió:

– Mande a Desclòs a buscar las pertenencias del muerto y que se las entregue a su hijo antes del entierro.

Magda se dio cuenta en ese momento de que el sargento miraba algo con mucho interés, así que bajó la vista. Una gruesa línea roja sobre el nombre de Jaime Bernat destacaba de forma escandalosa en la primera página. A la izquierda, dos iniciales. El rotulador seguía en la mesa, y las marcas de carmín húmedo, en el tapón. Magda cerró el portafolios y cruzó la mirada con la del sargento. En ese instante tuvo el presentimiento de que aquel detalle no la favorecería.

19

Comisaría de Puigcerdà

J. B. salió del despacho dispuesto a jugar sus cartas a su manera. Al pasar por delante del mostrador de recepción, Montserrat lo llamó con la mano.

– Bueno, ¿qué tal tu finde?

J. B. frunció el ceño. Esa palabra no le pegaba nada a la buena de Montserrat, y él no estaba de humor para charlas.

– Bien, he estado trabajando en la moto –respondió sin intención de detenerse.

La secretaria era la única a la que le había hablado del taller, de sus planes de comenzar un negocio de restauración de motos y de la página que había abierto para venderlas por Internet. Entonces se le ocurrió algo y se apoyó en el mostrador.

– Montse, ¿dónde puedo conseguir información sobre el CRC?

Ella lo miró en silencio y luego le indicó que se acercase.

– Hay un dossier en el antiguo archivador del comisario, en el sótano, pero necesitas un informe y un permiso.

– Pero cómo voy a...

Ella lo interrumpió con un gesto.

– Las llaves están en el armario. Puede que hoy me olvide de cerrarlo, pero mañana lo dejaré como cada día y todo debe volver a estar en su sitio.

J. B. asintió. Metió la mano en el bolsillo del vaquero y soltó un par de Solanos sobre la mesa, delante de Montserrat. Ella los metió en uno de los lapiceros y apoyó la espalda en su asiento. Sin mirarle, empezó a apilar con una sonrisa pícara dos carpetas que había sobre el escritorio.

– Pues el sábado no arreglarías muchas motos – le soltó.

J. B. la miró suspicaz.

– Te vieron entrando en el Insbrük.

¡Joder! ¿Qué pasaba en aquel sitio con la intimidad?

– Quedé con la forense para comentar el informe de la autopsia y aprovechamos para tomar algo. A las once estaba en el taller.

¿Por qué le estaba dando explicaciones?

Montserrat sonrió.

– Me alegra que salgas con alguien. Gloria parece buena chica, aunque las malas lenguas ya sabes que se ceban con los de fuera.

– ¿A qué te refieres?

– Bueno, hablaban sobre ella y su hermanastra, la pintora... Pero no te creas nada, que son envidias de las que no pudieron pescar al viejo Boix.

J. B. la miraba sin comprender y ella negó con la cabeza antes de seguir.

– La madre de Gloria se casó con un Boix, el hermano viudo y muy rico del antiguo alcalde, el partido que todas las viudas y solteras pretendían. De ahí los malos rumores sobre ella y su hija. Tú no hagas caso, por aquí a la gente le gusta mucho criticar. Pero pórtate bien con ella – le advirtió.

J. B. frunció el ceño al comprender por dónde iban los tiros.

– Oye, no te imagines cositas, ¿eh?, que las mujeres en seguida vais más allá de la cuenta.

– No me imagino nada, sólo te digo lo que vi. Esto es un sitio pequeño, ten cuidado.

– Lo tendré. Y que sepas que no me gusta mezclar las cosas, así que sólo amigos.

– No sé yo si ella lo tiene tan claro...

– Que sí, y no me des más la vara, Montserrat.

Ella bajó la vista sonriendo y J. B. empezó a sulfurarse.

– Mira, avisa al caporal y dile que venga a mi despacho.

– Ahí lo tienes – dijo la secretaria, y señaló a Arnau, que llegaba charlando con otro agente.

J. B. se volvió y le hizo un gesto a Desclòs para que fuese a su despacho. El caporal se tomó su tiempo para acabar la conversación y J. B. empezó a andar sin esperarlo. Esa costumbre que tenía Arnau de tomarse las órdenes con tanta calma le ponía enfermo. Por suerte, eso también tenía su lado bueno. El caporal era lento, lo cual le daba ventaja. Hasta que se enterase de que no había caso decidió comportarse como si lo hubiese.

Cuando tuvo a Desclòs delante, J. B. le preguntó por las fotos y el caporal le informó de que no había llegado la valija. Luego lo mandó al despacho de la forense para que recogiese los efectos de Bernat y se los llevase a su hijo. Después tendría que acercarse a la escena y comprobar si las roderas que había a ambos lados del zarzal que separaba la era de los Bernat y la de la veterinaria eran iguales. Además, había que dibujar un plano de esas eras y trazar el recorrido del vehículo que había atropellado a Bernat. Las conclusiones de Gloria apuntaban a que había pasado sobre el cuerpo de izquierda a derecha y eso, teniendo en cuenta la posición del cadáver y la inclinación de la era, significaba que el vehículo estaba en la parte superior del campo de los Bernat y había descendido hacia la carretera. El dibujo les descubriría más cosas sobre la dirección que tomó el conductor, y también esclarecería por dónde había entrado en la era y por dónde había salido. El caporal lo miraba como si sus neuronas no estuviesen preparadas para procesar tanta información. Cuando abrió la boca lo hizo para apuntar que la lluvia habría borrado el rastro de la escena y que todavía estaría todo encharcado e intransitable. Era evidente que no quería ir, pero al sargento sus opiniones le traían al fresco y fingió no haberlo oído.

Cuando Desclòs salía del despacho, J. B. recibió una llamada de la centralita. Por si le interesaba, el entierro de Bernat se celebraría a las cinco en Das. Luego Montserrat colgó sin esperar respuesta y J. B. se quedó con la impresión de que aquello había tenido más de orden que de aviso. De acuerdo, puede que no fuese tan mala idea pasarse por allí. Al fin y al cabo, la estadística indicaba que la mayoría de los asesinos volvían a la escena del crimen y muchos acudían a los sepelios de sus víctimas en busca de algún tipo de macabra e íntima satisfacción. Se apoyó en el respaldo del asiento, cerró los ojos y sonrió. No sólo iría al entierro, sino que también conseguiría una copia de esa lista del CRC y se pondría a investigar por su cuenta. Además, había leído la declaración pero quería hablar con la mujer que había encontrado el cadáver de Bernat. Abrió la página de la intranet del cuerpo para comprobar algo que le rondaba la cabeza. Al ver las iniciales de la comisaria, su boca dibujó una sonrisa, que se amplió al descubrir que en realidad Magda Arderiu Cotet sólo tenía el grado de inspectora. J. B. se recostó en el asiento y miró

hacia afuera. Seguía lloviznando. El valle llevaba ya varios días a oscuras, con el cielo lleno de nubarrones, el termómetro por debajo de los ocho grados y los charcos del aparcamiento permanentemente helados. Se concentró en llenar por completo los pulmones y soltar el aire. A ratos, la sensación de estar encerrado entre montañas, lejos de la civilización, se hacía difícil de sobrellevar. Aunque él mismo se lo hubiese pedido a Millás en lugar del puesto de funcionario que el comisario le había reservado en la central. Sólo le hubiese faltado un tutor, vigilante o lo que quiera que Millás tuviese pensado para él. Se irguió, apoyó los codos sobre la mesa y fijó la vista en la pantalla. Céntrate en el caso, macho, o te mandan de vuelta y te joden vivo, espetó en voz baja.

En el caso de Jaime Bernat, aunque no fuese la causa de la muerte, el atropello era un hecho que había que resolver. Si «la doña» creía que aquello iba a quedar así, iba lista.

Kate colgó la BlackBerry y se dejó caer de nuevo sobre la cama. Acababa de anular por e-mail las dos citas de la mañana siguiente y la comida, lo cual la liberaba para quedarse en casa de Dana hasta la tarde del martes. La noche anterior habían estado hablando hasta las tantas y, casi al final, Dana había destapado el enfrentamiento que había mantenido con Bernat, forcejeo incluido. Luego, en su habitación, Kate había intentado trabajar en el caso Mendes sin conseguirlo. Un pálpito, una sensación completamente irracional, no la dejaba tranquila desde que Dana le había hablado de la segunda visita del policía y de lo que el viejo Masó les había dicho. Y, para colmo, alguien había presenciado su forcejeo con Bernat, alguien que había acudido a la policía para implicarla.

A las seis de la mañana la despertó un correo. Kate acababa de dormirse después de pasar la madrugada intentando decidir cómo podía enfocar el caso para sacar del hoyo a un corrupto tan descuidado e inepto como Mario Mendes. Al oír el tono de aviso había lanzado la BlackBerry a los pies de la cama y había vuelto a cerrar los ojos. Pero la cabeza empezaba a dolerle, el persistente zumbido de un enjambre parecía haberse instalado en ella y ya no fue capaz de volver a dormirse.

Dos minutos después del aviso de mensaje, recuperó la BlackBerry y leyó el e-mail. Luis le decía que estaba embalando todo lo que había que trasladar a la octava. Cuando vio la hora a la que su adjunto le había enviado el correo no pudo contener la sonrisa. El bueno de Luis tenía tantas ganas de instalarse en el Olimpo que había madrugado por primera vez en su vida sin que ella tuviese que amenazarlo antes. Bien, ella también estaba ansiosa, pero no era necesario hacerlo tan evidente.

Plantó el maletín que usaba como neceser sobre la mesa y abrió el candado. Sus ojos recorrieron la primera bandeja. Tónico, desmaquillador, hidratantes de día

y de noche, contorno La Prairie; su pequeña fortuna en cosmética, los tesoros que la hacían sentir guapa y especial sólo con saber que estaban allí, esperando para cuidar de su piel. Pero ni rastro del ibuprofeno. Levantó la bandeja y en seguida percibió el aroma de los aceites de talasoterapia de su última adquisición: el *peeling* corporal de la italiana Collistar. Aspiró hondo y sacó el tarro para dejarlo a la vista. Por la noche dormiría de miedo. Buscó de nuevo en el fondo del maletín y fue apartando los lujosos frascos hasta revisar cada rincón, pero tampoco encontró lo que buscaba.

Seguro que ya era tarde y Dana estaría en las cuadras. Apretó la ruedecilla de la BlackBerry, vio un nuevo mensaje de Luis y lo abrió. Era el dossier sobre el técnico andorrano que podría ayudarles a rastrear las operaciones fraudulentas de Mario y modificar los registros. Empezó a leerlo. Un perfil perfecto para sus intereses; separado, con dos hijos, endeudado hasta las cejas y con una pensión que, si quería comer caliente, no podía pagarle a su ex. Bien, por fin algo bueno. El informe también relataba que el tipo había intentado por activa y por pasiva volver con su familia. Todo inútil. Un pobre tipo.

Kate respondió al mensaje de Luis y lo imaginó embalando cajas con su iPhone colgado del cuello en la cinta roja con el logo del gimnasio.

Había tenido suerte con él. Mientras lo mantuviese atado en corto, todo funcionaría. Además, sus recursos para averiguar detalles de las vidas ajenas eran ilimitados, y eso acostumbraba a convertirse en un as en la manga. En cuanto al despacho, tendría que averiguar a quién pertenecían el resto de las oficinas de la octava y ver cuáles eran las más espaciosas. Intentaría hacer un trueque con alguno de los socios más recientes y accesibles. Nada de quemarse con las vacas sagradas. Por suerte, su cartera de clientes era la más valorada, lo cual le facilitaría la negociación para cambiar a una ubicación mejor. Entró en el lavabo y se sentó en el váter a escribirle un mensaje a Flora. Así, el martes a primera hora, en cuanto abriese el correo, su eficiente secretaria le habría mandado un plano de la planta octava con el emplazamiento exacto de cada uno de sus inquilinos.

Dejó la BlackBerry sobre la repisa de mármol y abrió el grifo de la ducha, se quitó los calcetines de lana con los que había dormido y, cuando se disponía a entrar, empezó a sonar la *Fuga en do menor*, de Bach. La pantalla del móvil permanecía iluminada al otro extremo del baño y el suelo estaba frío. Dudó si dejarlo para después, pero el aparato reptaba peligrosamente hacia el borde de la repisa. Chasqueó la lengua en el instante de pisar la primera baldosa helada. Cuando vio el número de su hermano Miguel se le escapó un bufido.

21

Era Bernat, Santa Eugènia

Si algo tenía claro el caporal Arnau Desclòs era que nada ni nadie le impedirían estar a las cinco en punto en la iglesia de Das. Acababa de salir de la finca de los Bernat y había encontrado a Santi bastante bien, dadas las circunstancias. Le había visto llegar con el mono y las botas embarradas; dijo que venía de faenar en la era de Mosoll. Arnau se preguntó si el día del entierro de su padre él iría a trabajar a la comisaría, y se dijo que sí con convencimiento. Además, se pondría el uniforme, porque un agente de la ley debía dar ejemplo y mostrar aplomo en cualquier circunstancia. Como ahora estaba haciendo Santi; los buenos, siempre al pie del cañón.

Al llegar a la curva de la carretera de Bellver puso el intermitente y detuvo el coche justo antes de la raya del stop. Le encantaba esmerarse en seguir las normas. Si todo el mundo lo hiciese, otro gallo cantaría. Siguió adelante, satisfecho de sí mismo, por la avenida de la Cerdanya y, al llegar al cruce, el majestuoso edificio del centro de atención primaria le hizo acordarse de la forense.

Se había extrañado al verlo, incluso le había parecido que le costaba entregarle la bolsa con las cosas de Jaime Bernat. No sabía por qué, al fin y al cabo él era el agente que llevaba el caso, así que lo más normal era que fuese él mismo quien recogiese los efectos personales para entregárselos a su hijo. ¿O es que pretendía que Santi fuese hasta el tétrico sótano del hospital a buscar las pertenencias de su padre? Desde luego, uno podía esperar cualquier cosa de las mujeres.

Dejó atrás la plaza de Pi y tomó el último tramo hasta Santa Eugènia. Tras la segunda curva, apareció a su izquierda la falda nordeste de la montaña, verde, frondosa y oscura hasta la línea del cortafuego. Allí quedaba al descubierto el color rojizo de la tierra removida y se arruinaba la armonía del bosque. Arnau entornó los

ojos. Una montaña cualquiera entre todas las del Cadí, pero no para los Bernat. Su padre, el juez, le había contado su historia cuando habían coincidido en el ascensor. Al parecer, Santa Eugènia había pertenecido a la familia hasta que el tatarabuelo de Santi dividió la propiedad entre sus dos hijos varones. A su muerte, las disputas por la herencia provocaron que el hermano soltero, enojado por un reparto que le perjudicaba, pusiese a la venta su parte de Santa Eugènia, una tierra por la que nadie del valle iba a ofertar, naturalmente. Hasta que apareció un extranjero, un ignorante señorito de Barcelona, y la compró. Eso era lo que le había explicado su padre, aunque la leyenda popular, alimentada por los propios Bernat, afirmaba que se la habían robado en una partida de cartas. Lo único seguro era que, desde entonces, los Bernat andaban tras esas tierras como lobos, igual que haría cualquiera si estuviese en su lugar.

Al llegar a la escena, el caporal distinguió de inmediato las marcas que debía dibujar. El zarzal que separaba de forma intermitente las tierras de la finca Prats y la era en la que habían encontrado a Jaime se extendía hasta la carretera. Arnau aparcó el coche delante. En Santa Eugènia aún no llovía, pero era uno de esos días en los que los rayos del sol no son capaces de atravesar nítidamente la cortina de nubes y, sin embargo, consiguen provocar una luminosidad molesta a los ojos. La zona en la que habían encontrado a Bernat estaba justo en mitad de la montaña, donde la pendiente era más pronunciada, así que se distinguían con bastante claridad las marcas de ruedas de los vehículos que habían transitado por allí.

Cogió el bloc que llevaba en el maletero y dibujó como pudo el zarzal y las roderas que había a ambos lados. Empezó por la izquierda y fue avanzando hacia la derecha.

De vez en cuando caía alguna gota pequeña sobre la libreta y la apartaba con la mano, hasta que una fue a parar a la punta del bolígrafo y al pasar de nuevo la mano la tinta dejó sobre el papel algo parecido al rastro de varios cometas. Mierda. Bueno, ya lo pasaría a limpio en comisaría. Volvió a mirar hacia las eras, y al dibujo, y entonces advirtió que los trazados de las ruedas no coincidían en ningún punto, como si se tratase de vehículos distintos. Y eso lo crispó. Qué manera más inútil de perder el tiempo. Consultó la hora y estrujó el bolígrafo con irritación. Faltaban menos de treinta minutos para el funeral y aún seguía allí con el maldito dibujo. A pesar de las bajas temperaturas, el cuello del uniforme empezaba a molestarle y notaba la espalda húmeda. Empezó a llover con más fuerza y Arnau miró la hoja de nuevo. Estaba sembrada de gotas. Aquello no tenía pies ni cabeza, así que prolongó los trazos de las roderas de ambos campos hasta hacerlas coincidir en un único rastro. ¿Qué le importaba? Se estaba mojando y al final llegaría al funeral tarde y

empapado. Cerró la libreta y se metió en el coche. Ya lo arreglaría en comisaría.

Iglesia de Das

Kate no había vuelto a entrar en la iglesia de Das desde los doce años, el día en que enterraron a su padre. De hecho, en la recta de Baltarga tuvo la tentación de torcer a la derecha y seguir hacia el túnel hasta llegar a Barcelona. Pero Miguel ya había hablado con el abuelo, así que no le quedaba otra que seguir recto hacia Das.

Como de costumbre, la privacidad y la discreción simplemente no existían en el valle. Durante el desayuno, a Dana se le escapó que acababa de hablar con Miguel sobre la fiesta y que le había dicho que estaban juntas. Eso ya le hizo intuir lo que se le venía encima. Y, mientras le echaba la bronca por ser tan bocazas, recibió una llamada de Miguel: el abuelo la esperaba sobre las cuatro y media. Así que ahora iba de camino para recogerlo y llevarlo al funeral de Jaime Bernat, y ésa era una de las cosas que más la molestaban: no llevaba ni veinticuatro horas en el valle y ya habían organizado cómo y con quién iría al entierro.

Entró en el camino de grava que llevaba hasta la casa de su abuelo y abrió la ventanilla para oír el crujido suave y familiar de las piedras. Notaba el volante pegado en las manos y los vaqueros la molestaban. Hubiese pagado por parar el coche y quitarse la chaqueta, pero ya se imaginaba la cara del abuelo en cuanto viese la camisa de seda estampada. Seguro que los dorados, verdes y azules eran poco apropiados para la ocasión, aunque el fondo de la tela fuese más negro que la mismísima alma de Bernat. En fin, mejor dejarse la chaqueta puesta y bien abrochada... Por lo menos había cogido la negra, que aunque apenas le llegaba a la cadera era de paño de lana, impecable, y la hacía parecer más sofisticada.

El abuelo ya la esperaba. Estaba sentado en el porche y piqueteaba el suelo con el bastón. Cuando sus miradas coincidieron, él le hizo un gesto impaciente para que no parase, y ella asintió. Pero ya no la miraba. ¡Dios! La ponía enferma que nunca la dejase responder, como si lo único importante fuesen sus órdenes, su

discurso y sus opiniones. Lo observó levantarse con dificultad y caminar hacia el coche mientras sus ojos repasaban el Audi con mirada inquisitiva. Rápidamente pensó cuánto hacía que había pasado por el túnel de lavado. Un par de semanas... Pero ahora empezarían los reproches por los neumáticos gastados y continuaría con las críticas a las marcas alemanas. Cogió aire y echó un vistazo al reloj mientras el abuelo abría la puerta del coche, aún en marcha.

Entró con más dificultad de la necesaria y le soltó un seco llegamos tarde. Kate apretó los labios. Aún faltaban veinte minutos para el entierro y ya había conseguido que se sintiese como una completa informal. Rodeó la fuente para volver al camino y maldijo a Miguel por escabullirse siempre que ella estaba cerca y por obligarla a ir a recogerlo. Y encima, cuando llegasen a Das, seguro que todo estaría atestado de coches.

Nada más cruzar la carretera, el abuelo le indicó dónde debía aparcar con un gesto del puño con el que sujetaba el bastón y un déjalo allí que la enervó. En lugar de responder preguntándole quién conducía, Kate obedeció y puso el intermitente. Para el tiempo que iba a estar allí, no quería problemas. Pero al apoyar la mano en el cambio oyó claramente el carraspeo. ¡Dios! A pesar del frío que hacía, notaba la piel del volante pegada a las manos y una humedad incómoda en la espalda.

El abuelo bajó del coche sin darle tiempo a retirar la llave del contacto y, cuando Kate le miró indignada, varias personas ya se acercaban a saludarle y, de paso, a echar un vistazo al coche y a la conductora. Justo lo que necesitaba.

Se volvió para coger el bolso del asiento trasero y respiró hondo. Cuando Miguel le había pedido que recogiese al abuelo ya sabía lo que iba a pasar, porque a don Miguel Salas-Santalucía, comisario del valle durante casi veinte años, le conocía todo el mundo. Y también era de dominio público su historia familiar, así que no había forma de escapar a los comentarios. Kate cogió el paraguas del maletero esperando que el abuelo hubiese ido subiendo hacia la iglesia, pero él la esperaba de pie, a unos metros del coche, moviendo el bastón con gesto impaciente. Lo alcanzó y caminaron juntos hacia la escalera del templo. Ella iba con la espalda erguida y la máscara de abogada esculpida en la cara mientras sujetaba el paraguas abierto deseando que no la reconociesen, aunque sabía que eso era imposible. Y él caminaba como si el paraguas flotase en el aire a su lado.

Durante el trayecto, Kate consiguió esquivar las miradas de los presentes. Pero, cuando empezaba a relajarse, ocurrió lo inevitable y algunos de los que se

paraban a saludar al abuelo pronunciaron el temido Catalina que la hizo añorar intensamente el anonimato del paseo de Gracia.

Tras un periplo que le pareció interminable, al fin llegaron al pie de la escalinata.

Kate levantó la vista y vio al padre Anselmo entre la gente que se agolpaba ante la puerta principal de la iglesia. Estaba cerrada, y todos debían acceder al templo por la pequeña entrada lateral, con la consiguiente aglomeración. El párroco llevaba una casulla morada de aspecto impoluto. Kate contuvo la sonrisa: seguro que los manchurroneos en los que Dana y ella solían fijarse cuando les daba catequesis seguían ahí debajo, en la pechera de la sotana. Le observó pasear de un lado a otro, saludando con expresión compungida y hombros caídos, esbozando alguna que otra tímida mueca de compromiso mientras la gente se amontonaba bajo la lluvia para entrar por la pequeña puertecilla de madera. Hasta que un hombre se acercó y le susurró algo al clérigo al oído. Entonces, el cura dejó que un par de voluntarios abriesen los portales de la iglesia y extendió teatralmente los brazos para que todos los asistentes entrasen en la casa de Dios.

El padre Anselmo subió al púlpito con diez minutos de retraso. Se hizo el silencio. Se le veía plétórico y, aunque nadie pudo decir que sonreía, a Kate le pareció que iba a estallar de gozo ante tan multitudinaria audiencia. Su expresión le recordó la época en la que los reunía en la sala de actos antes de la catequesis. En cuanto empezaba a hablar, todos sabían que ese día ya no habría tiempo para las clases.

Kate estudió el altar y la pequeña tarima del púlpito donde se apoyaba el micrófono. Luego, con los ojos entornados, observó de soslayo al abuelo. La última vez que había estado allí seguía tan clara en su memoria como si hubiese sido el día anterior. Sólo con pensar en ello comenzaron a molestarle las botas, y encogió con rabia los dedos de los pies. ¡Olvídalo! Desear por enésima vez que aquello no hubiese ocurrido no servía de nada. Alzó la cabeza. Y descubrió a varias personas observándola. Notó la boca seca. Seguro que la recordaban como la niña estúpida de la carta. Basta, no quieres pensar en ello. Kate, céntrate.

Pero el sacerdote se explayaba en destacar las virtudes de Jaime Bernat, y eso no la ayudaba a templarse. Como era de esperar, no mencionó ni los contratos abusivos, ni las manipulaciones en el asunto del agua, ni las concesiones fraudulentas para explotar los recursos naturales que se aprobaban desde el CRC. Tampoco dijo una palabra sobre su obsesiva persecución de las Prats. Estaba claro que, tanto dentro como fuera de la iglesia, en el valle nada había cambiado.

Se alegró de no pertenecer ya a todo aquello, de haber conseguido escapar a Barcelona, donde nadie decidía por ella. Miró al abuelo y lo vio saludar a las dos mujeres que se habían sentado detrás de ella. Les echó un vistazo rápido. Una era Marisa, la panadera de Alp. En cuanto la oyó cuchichear, Kate se puso tensa. Seguro que hablaban de aquello. La mortificaba recordarse a sí misma en el estrado, leyendo la carta dedicada a su padre y ajena por completo a los comentarios burlones de la gente. Esas dos seguro que hablaban de ella.

Cada vez que recordaba el funeral de su padre volvía a revivir la vergüenza y la frustración que había sentido cuando, años más tarde, descubrió la verdad sobre él. La verdad que todos debían de comentar mientras ella lo elogiaba en el púlpito como una idiota. Tal y como estaba haciendo en ese momento el padre Anselmo con el malnacido de Bernat. De repente, todo aquello le pareció una pantomima, y el sacerdote, un predicador comprado. Notó un sabor amargo bajo la lengua y trató de contener las ganas de escapar a cualquier otra parte. ¿Cómo podía haber sido tan confiada, tan ciega y estúpida?

Lanzó una mirada fugaz hacia el otro lado del pasillo donde estaba su abuelo con el resto de los hombres. Cuántas veces lo había maldecido también por no haberle impedido exponerse como lo hizo... Él era quien debía protegerla y haberle contado que su padre, el hombre al que ella idolatraba por encima de todo, era un fraude, una mentira. Un jugador empedernido que los dejó sin herencia y en la calle, y que luego se quitó de en medio como un maldito cobarde. Pero no, en lugar de eso, de afrontar la realidad e ir con la verdad por delante, el ex comisario había conseguido imponer en la familia un pacto de silencio que la puso en el más espantoso de los ridículos. No debíamos ensuciar el recuerdo que tenías de tu padre, le había respondido cuando se encaró con él. Y, desde entonces, empezó a preguntarse si no tendría él la culpa de cómo había salido su hijo.

Kate aspiró aire y lo expulsó por la boca. Ahora llevaba tiempo sin hacerlo, sin preguntarse nada sobre todo aquello, porque en el fondo ya no le importaba ni formaba parte de su vida. Por lo menos, no cuando estaba en Barcelona, lejos de quienes la hacían sentir ridícula y culpable por todo.

Incluso Dana había conseguido sacarla de quicio la semana que habían pasado juntas resolviendo varios asuntos legales tras la muerte de la viuda. Hacía casi un año de aquella conversación y, cuando la recordaba, aún le quemaban las tripas. Piensa en cómo debió de sentirse tu abuelo con un hijo así dentro del cuerpo de policía. Seguro que para él también fue complicado, le dijo. Y ella le respondió lo único que le había permitido la rabia que tenía dentro, que qué le estaba contando,

que si acaso tenía ella la culpa de eso, de que su padre fuese un sinvergüenza, porque si era así, entonces ellas dos tenían un problema muy serio.

Intentó respirar hondo de nuevo y, sin querer, suspiró ruidosamente. De inmediato notó el peso de la mirada implacable del abuelo. ¡Dios!

Pero las palabras de Dana continuaban inundando su mente como un enjambre. Pensar en el sufrimiento de los demás. ¿Estaba de broma? ¿Acaso no tenía ya bastante con el suyo, con lo que le pasaba por la cabeza en aquella época cada vez que salía a la calle, con cómo se sentía cuando la gente se la quedaba mirando? Lo que le importaba entonces, a los dieciséis años, era la traición de los suyos y la promesa que se había hecho de largarse en cuanto pudiese y no perdonarlos en la vida. Casi quince años después, en pleno entierro de Jaime Bernat, Kate sabía mejor que nadie que no existían verdades absolutas, ni buenos o malos, y aun así, aquella ocultación seguía pareciéndole absolutamente imperdonable.

Porque lo que ocurría en el resto del planeta no valía en el valle. Allí la memoria era eterna. Pasaba como la tierra, de padres a hijos, hasta que tarde o temprano alguien sacaba de nuevo la porquería a la luz para que todos volvieran a oler su tufo y se regodeasen comentando las miserias de sus vecinos. Por eso se había marchado. Por eso, para no cumplir las órdenes del abuelo, como hacían todos, y para librarse de la vergüenza que le producía el recuerdo de aquel día.

Una mano abierta le rozó el brazo y la devolvió al presente, a la voz del padre Anselmo y a los cuchicheos de las mujeres. Kate estrechó esa y otras manos, deseó la paz a varias personas que la rodeaban e incluso se volvió para ofrecer la suya a las brujas que habían encendido sus recuerdos. Sabía que durante la ceremonia todos fingirían estar atentos y que lo peor vendría luego, a la salida.

La voz del sacerdote empezó a perderse de forma intermitente entre los susurros de las dos mujeres que murmuraban detrás. El párroco, dichoso por tener ante sí una audiencia tan cuantiosa, hablaba sobre la figura del fallecido con el ritmo lento y pausado de los oradores con vocación docente. Kate pensó en Jaime Bernat y en lo que el padre Anselmo estaba contando de él. Hacía años que no le había visto, pero recordaba bien sus ojos pequeños y grises, de mirada fría, y el hoyuelo en el mentón.

Por primera vez se planteó quién lo habría matado. Se le ocurrió que quizá el asesino estaba en aquella iglesia y no pudo evitar el deseo de desenmascararle. Ése podría haber sido un buen golpe de efecto, algo que borrara de un plumazo el

recuerdo que de ella tenía la gente desde el entierro de su padre.

Durante el sermón el ambiente empezó a relajarse. Se notaba por los murmullos de fondo y el movimiento en los bancos. Alguien le tocó la espalda, y Kate se volvió. Pensaba en que Miguel aún no había dado señales de vida cuando la panadera de Alp le sonrió con un gesto de disculpa mientras la otra mujer la observaba con curiosidad. Vaya truco más estúpido, pensó con una sonrisa forzada. Pero antes de volverse, algo llamó su atención.

Al fondo de la iglesia, una pareja de desconocidos seguía la ceremonia de pie, separados del resto. La mujer llevaba un abrigo largo de color perla abrochado hasta el cuello. Kate reparó en el pañuelo de seda que le cubría la cabeza como si fuera un pirata y en que el hombre que estaba a su lado llevaba unas pequeñas gafas redondas y oscuras incluso dentro del templo.

Dudó si preguntarle al abuelo por ellos al final de la misa, pero decidió ahorrarse la mirada de desaprobación y la rabia contenida. Se volvió de nuevo.

Ahora se detuvo algo más de tiempo. La mujer del pañuelo llevaba las cejas dibujadas con lápiz, y su acompañante, barba de pocos días y una gabardina oscura. Calculó que ella tendría más o menos su edad, pero él era bastante mayor. No los había visto nunca y no parecían del valle. En ese momento algo le rozó de nuevo el brazo.

La panadera de Alp le hizo un gesto para que se acercase y Kate se agachó ligeramente para escuchar cómo le susurraba que la del abrigo gris era Inés Bernat, la hija del fallecido, que se había marchado a Barcelona con su madre hacía más de veinte años. El hombre era su marido, el cardiólogo extranjero que había tratado a su difunta madre. Así se conocieron, añadió con una sonrisa de suficiencia. Kate evitó mirar a los aludidos mientras la otra mujer los repasaba sin reparos. Acto seguido empezaron a parlotear entre ellas sobre la edad de él y sobre si la diferencia entre ambos era cosa buena o mala en un matrimonio. Kate les dio las gracias y, justo antes de volverse, una de ellas la sujetó del brazo. Quería saber si seguía soltera. Kate asintió y volvió la mirada hacia el cura, justo a tiempo de vislumbrar cómo los labios de su abuelo sonreían. Malditos chismosos.

A la salida de misa la gente se congregó en pequeños grupos que discutían principalmente sobre la muerte de Jaime Bernat y el futuro de sus asuntos. Kate buscó con la mirada a la pareja a la que había estado observando en la iglesia, pero no había ni rastro de ellos. Hizo lo mismo con Santi, el hijo de Bernat, y le encontró

en el corrillo del alcalde, al lado de una mujer con el pelo rojo y traje chaqueta claro a la que no conocía.

Desde donde estaba era fácil darse cuenta de que, aunque fingía seguir la conversación, Santi estaba buscando a alguien. La sorprendió el aspecto que tenía con aquella barba. Era como un gigante de cuento y no se parecía en nada a su padre. Tal vez Dana tuviese razón y los problemas hubiesen acabado. Siguió observándole a él, y al grupo que le rodeaba, hasta que Santi volvió la cabeza y sus miradas coincidieron.

Un escalofrío la cruzó como un relámpago, los ojos de Jaime Bernat seguían vivos en su hijo, igual que la frialdad de su mirada y algo más que no sabía definir pero que la obligó a apartar la vista en cuanto fue consciente de que él estaba a punto de reconocerla. Y en ese instante Kate intuyó que los problemas de Dana estaban lejos de acabarse. Intentó localizar a la hija de Bernat y al marido. No los había visto conversar con Santi. Ni siquiera se habían acercado para despedirse. Tal vez no se llevasen bien, las relaciones fraternales podían ser muy complejas, ella lo sabía muy bien. Aun así, puede que fuese a Inés a quien buscaba Santi. Entonces sus miradas se cruzaron de nuevo, y justo en el instante en el que Kate vio que la reconocía, alguien la pellizcó en el brazo y la sobresaltó.

Dispuesta a soltar un impropio a su hermano Miguel, se volvió y lo que encontró fue la sonrisa franca de Chico Masó. Esta vez no llevaba el sombrero y tenía un aspecto tranquilo y saludable. Kate pensó que tener tratos con alguien así era justo lo que Dana necesitaba. Le contó a Chico que Dana había preferido no ir al entierro, y él respondió que había hecho bien. Pues él tampoco hubiese ido de no ser porque quería acompañar a su madre.

Cuando se despedían, Kate vio pasar un deportivo biplaza oscuro. Inés Bernat iba en él y conducía su marido. Él seguía con las mismas gafas redondas y oscuras, pero en lugar de la gabardina vestía una camisa blanca impecable. Su perfil le trajo a la memoria a un actor norteamericano cuyo nombre no consiguió recordar. Kate buscó con la mirada a Santi para confirmar sus sospechas, pero en ese momento un grupo de hombres le rodeaban y no pudo verle la cara.

Poco después, se acercó la madre de Chico. Uno de los policías había quedado en pasar por la finca para hablar con ella sobre el hallazgo del cuerpo de Jaime Bernat y quería irse a casa. Los Masó se despidieron y Kate se quedó al lado del corrillo de su abuelo rodeada de gente con la que no quería hablar. No había rastro de Miguel, así que no podía irse hasta que el abuelo estuviese listo y tampoco quería quedarse allí de pie como un pasmarote. Quiso decirle que le esperaba en el

coche, pero pronto comprendió que no habría manera de interrumpirle, así que sacó la BlackBerry y miró al cielo encapotado antes de empezar a revisar los correos, convencida de que lo único que podía acelerar su marcha era un buen chaparrón.

En su correo sólo había un mensaje de Luis en el que le decía que ya estaba todo embalado. Además, había dado orden al conserje de que a primerísima hora del martes las cajas estuviesen en el nuevo despacho. El correo continuaba anunciando que tenía la espalda cargada por el esfuerzo y que se iba directo al gimnasio. Sonrió al leer la pregunta con la que lo cerraba y metió el móvil en el bolsillo. A veces se sorprendía de que la conociese tan bien. ¿Cuándo calculas que podré vaciar las cajas definitivamente? Él sabía que ella no se conformaría con ese despacho.

Entretanto, la conversación en el corrillo del abuelo no cesaba y Kate, protegida por los contertulios, empezó a observar a la gente que se había congregado frente a la iglesia en busca del supuesto asesino de Bernat.

Cualquiera de los presentes podía tener asuntos pendientes con Jaime. La mayoría eran arrendatarios suyos o vecinos. En una de las esquinas de la plaza vio un grupo en el que conversaban varios miembros del CRC. Seguro que existían rencillas entre ellos, pero dado el carácter de la institución sería difícil que trascendiesen. En otro corro, Kate vio al párroco hablando con varios cargos públicos. Casi todos habían acudido para ver y dejarse ver.

Se le ocurrió que era probable que el asesino de Bernat estuviese en su entierro, saludando a conocidos y disfrutando en secreto de una hazaña que muchos de los presentes aplaudirían en privado. Un mundo cerrado y extraño, pero no más de lo que lo eran el bufete y los juzgados, donde ella tan bien se defendía. La mano de su abuelo le apretó el brazo, lo que interrumpió sus pensamientos, y se volvió, molesta. Esa costumbre de agarrarla sin previo aviso la ponía de los nervios. Apartó el brazo con firmeza y él la soltó, al tiempo que iniciaba las presentaciones.

Kate ni siquiera había visto acercarse al hombre que le estaba presentando el abuelo. Le miró directamente, aún molesta. Por su aspecto, intuyó que era un delincuente rehabilitado de su época de comisario. Un tipo moreno de piel oscura al que ella superaba en varios centímetros, con una cazadora gris bajo la que asomaban una camiseta denim y los vaqueros desgastados. Kate lo miró a los ojos, y le llamó la atención el color y lo largas que tenía las pestañas. Él le sostuvo la mirada, pero había demasiado que contemplar en aquel tipo para detenerse en los ojos, aunque fuesen de un azul poco común. Mientras él charlaba con su abuelo,

Kate no pudo apartar la vista de las letras góticas que llevaba tatuadas en la parte derecha del cuello. Cuando oyó que le presentaba al sargento Silva, ni siquiera ató cabos, sólo hizo un leve asentimiento mientras miraba fijamente el diente roto que se le acercaba para darle dos besos.

De repente, dio un paso atrás y le ofreció la mano. Él pareció sorprendido, pero en seguida sonrió fugazmente, antes de encajarle la suya con suavidad y firmeza. El sargento la retuvo mientras ella intentaba apartar la vista de su tatuaje, hasta que Kate se dio cuenta de que el saludo duraba demasiado y de que la BlackBerry llevaba varios segundos protestando en su otra mano. Entonces se soltó y buscó la pantalla.

Ni siquiera había pensado en lo que le diría después de la cita en el Arts. Miró de soslayo al abuelo y pulsó una tecla para silenciar la llamada. No era ni el momento ni el lugar para hablar con Paco; prefería hacerlo cuando estuviese sola. El aparato volvió a vibrar, y esperó hasta que apareció el icono de los mensajes. Entonces lo deslizó en el bolsillo e intentó prestar atención a la conversación que su abuelo mantenía con el tipo tatuado.

Hablaban sobre una autopsia. A Kate le costó un instante atar cabos y comprender que se trataba de la de Jaime Bernat. Entonces dedujo que el hombre que acababa de presentarle su abuelo era el sargento de Dana. En cuanto supo quién era, vislumbró la oportunidad que eso representaba.

De nuevo cayeron algunas gotas y la gente de la plaza comenzó a dispersarse. Kate se volvió para abrir el paraguas y mientras tanto el abuelo cogió a Silva del brazo y lo puso a cubierto. Eso la dejó sola bajo el paraguas, a varios metros de donde habían ido a guarecerse. Como de costumbre, él, a su aire. Molesta por el gesto, y sorprendida por la familiaridad y deferencia con que el abuelo trataba a Silva, los siguió hasta el porche. El ex comisario no era de los que iban cogiendo a la gente del brazo. De hecho, eso lo tenía reservado para ella. Los alcanzó, dispuesta a estudiar los gestos de ambos y averiguar lo que ocurría. Notó un par de veces la mirada del sargento, pero mantuvo la suya sobre el abuelo. Su cabello blanco y grueso recordaba a uno de esos caballos bretones que imponían sólo con su presencia. Sin embargo, ahora permanecía inclinado sobre aquel tipo y saludaba levantando las cejas a los que intentaban acercarse para que se diesen por despedidos. Típico de él; hablar poco y mandar mucho. Kate se preguntó qué interés podía tener en la investigación de la muerte de Jaime Bernat si apenas le había oído hablar de él en la vida. Además, la complicidad con la que miraba al sargento resultaba patética. De repente, la sorpresa se convirtió en irritación. Kate

recuperó la BlackBerry del bolsillo y se subió el cuello de la chaqueta, dispuesta a meterse en la conversación y aclarar de una vez qué pasaba con Dana. Cuando dio un paso hacia ellos, el único que pareció comprender sus intenciones fue el sargento, que se apartó con una sonrisa fugaz que Kate no supo interpretar.

Un par de minutos después la lluvia había cesado y los tres formaban uno de los últimos grupos en la plaza. Kate escuchaba la conversación mientras estudiaba con discreción al sargento. J. B. Silva exponía que, según el informe de la autopsia, Jaime Bernat había muerto de un paro cardíaco. Aún estaban pendientes de los análisis toxicológicos, pero lo más extraño del caso era que alguien lo había atropellado después de muerto con algún tractor pequeño o un vehículo ligero como un quad.

El ex comisario se acariciaba el lóbulo de la oreja, como siempre que algo lo preocupaba, y atendía al sargento con el ceño fruncido. Silva, mientras tanto, observaba con atención al grupo que departía en el otro extremo de la plaza, entre los que estaban el alcalde de Puigcerdà y la mujer del pelo rojo. Kate miró hacia allí y vio cómo Santi se alejaba con el hijo policía del juez Desclòs y otros dos hombres. Luego entornó los ojos para observar de nuevo al sargento. Tuvo la fuerte impresión de conocerle de algo, pero de ser así hubiese recordado su aspecto, el tatuaje o su sonrisa ladeada. Advirtió que el abuelo interceptaba la mirada del policía y le oyó interesarse por la comisaria. Él forzó una media sonrisa que mostró de nuevo su perjudicada pero blanquísima dentadura.

Kate no le quitaba ojo. Era un tipo peculiar para ser policía, pero lo que le resultaba verdaderamente molesto, casi ofensivo, era la camaradería que el abuelo buscaba con él. Igual que la deferencia de tratarle de usted. De nuevo, la mano del abuelo se apoyó sobre el hombro del sargento un instante. ¿Dónde narices estaba Miguel? De repente, le molestaba que su amigo, el sargento, estuviese allí con ellos y deseó echarle. Porque... ¿quién se tatuaría su propio nombre en un lugar a la vista de todos como si fuese algo importante? Aquel tipo era un presuntuoso, por su indumentaria y por esa actitud chulesca, con las manos medio metidas en los bolsillos. Además, parecía que todos hubiesen olvidado que había ido a la finca sospechando de Dana. Kate observó el movimiento de su nuez bajo la piel con cada palabra que él decía. Cuando J. B. se rascó el tatuaje del cuello, ella se fijó también en su mano hasta que él la introdujo en el bolsillo del vaquero.

Estamos hablando del policía que puede dejar a Dana fuera del caso o ensañarse con ella y fastidiarnos la vida. Así que, por el amor de Dios, céntrate.

Kate carraspeó y ocultó las manos húmedas en los bolsillos de la chaqueta. Aprovechando que el sargento parecía tener tan buenas relaciones con los Salas, no podía dejar pasar la oportunidad de zanjar el asunto para regresar a Barcelona tranquila. Frotó las manos contra el forro del bolsillo mientras se erguía antes de irrumpir en la conversación.

—Entonces ¿te ocupas tú de la muerte de Jaime Bernat? —preguntó dirigiéndose al sargento con autoridad.

J. B. frunció el ceño por la dura y repentina interrupción, pero asintió clavando los ojos en los de Kate. Ella intuyó una sonrisa irónica en sus labios y respondió irguiéndose aún más sobre sus tacones para mirarlo desde arriba. No tardó en notar la mano firme del abuelo presionándole el brazo, y apareció el tono condescendiente.

—Mi nieta ha venido de Barcelona preocupada por su amiga, la veterinaria de Santa Eugènia. Tengo entendido que la han interrogado.

J. B. asintió en el mismo momento en el que Kate notaba cómo el abuelo la soltaba.

—Sí. De hecho, tenemos un par de testigos que la vieron discutiendo con Jaime Bernat la tarde del día de su muerte y, al parecer, las familias no se llevaban muy bien. Lógicamente, fue de las primeras personas con las que hablamos.

El abuelo asintió, pero Kate no quería irse sin zanjar el tema.

—Entonces, doy por hecho que, ahora que ya sabéis dónde estuvo, no la molestaréis más.

J. B. miró al ex comisario y luego a ella.

—Bueno, durante el día confirmaremos su coartada con una de las vecinas. Hasta ahora no ha habido forma de que nadie corrobore lo que nos contó, así que no podemos descartar nada hasta que interroguemos de nuevo a esa mujer. No puedo decirte más —sentenció enarcando las cejas.

Pero para Kate eso no era suficiente. Desconfiaba de él y de su falta de concreción.

—¿Y a qué hora será eso? —insistió ante la perplejidad de ambos hombres.

—¿Qué quieres decir? —replicó J. B. lanzando una mirada fugaz al ex comisario.

Kate vio cómo la mano del abuelo avanzaba hacia el sargento y él se la

estrechaba a modo de despedida.

– Bueno, sargento, me temo que tenemos que irnos.

Y, cogiéndola nuevamente del antebrazo, le dijo al sargento con complicidad:

– Estos abogados sacan la artillería en cuanto surge la ocasión. Espero que sus pesquisas den con el culpable. La muerte de alguien como Jaime Bernat no puede quedar sin resolver. Hay demasiado en juego – dijo sonriendo.

Kate no iba a dejar que las cosas quedasen así. Intentó zafarse de la mano que la sujetaba, pero la tenía bien cogida. Algunas personas continuaban reunidas en la plaza y no había por qué dar un espectáculo. Dejó el brazo muerto y maldijo en silencio a su abuelo mientras lo oía invitar al sargento a su fiesta de cumpleaños.

De camino al coche, avanzó sin esperarle y cuando estuvieron ambos dentro, lejos de oídos ajenos, explotó:

– ¿Se puede saber qué haces? Tengo treinta años. ¿Cómo te atreves a ningunearme así delante de un extraño? – gritó furiosa ante la mirada sorprendida del ex comisario.

– ¿Es que prefieres que deje que te metas en un lío? – preguntó mirándola con sarcasmo. Y, con firmeza, continuó –: Esto no es uno de tus juicios, ni tiene que ver con esos clientes tramposos de tu bufete, ni siquiera con uno de esos abogaduchos a los que puedes tratar sin respeto. Esto es la vida real, Catalina, y estabas a punto de faltarle al respeto a un sargento de la policía.

El ex comisario fijó la vista al frente y con voz templada añadió:

– Esa actitud no beneficiaría en nada a Dana. Si no quieres darme las gracias, por mí de acuerdo, pero déjame en casa antes de irte.

Le costó un mundo contenerse. Le hubiese gustado estar muy lejos de allí, en el lugar donde era ella la que decía a los demás lo que no querían oír. Pero no. Seguía en el valle. Atada a su pesadilla por lo menos unas cuantas horas más.

Cuando arrancaba, miró por el retrovisor y vio al sargento. Estaba poniéndose el casco, montado sobre una OSSA 500 Yankee del estilo de las que solía llevar su padre. Cuando la moto pasó por su lado evitó mirar, consciente de que su abuelo volvía a saludarle. Sólo cuando supo que ya no podía verla miró hacia él.

Era una OSSA antigua, pero para alguien poco versado en ese tipo de cosas

podía parecer una moto recién estrenada. Kate sabía que ese modelo llevaba años sin fabricarse y que era igual que una de las que tenía su padre. Recordar las cosas que había compartido con él le produjo una inesperada lástima de sí misma. Arrancó el coche, puso el intermitente y accedió a la carretera. Avanzó hasta el cruce y al mirar a la derecha vio la cara de satisfacción del abuelo. Seguro que pensaba en lo bien que había quedado el golpe de autoridad delante del sargento. Se sintió rabiosa y ridícula mientras intentaba borrar de su mente esa escena. Parecía tan satisfecho de sí mismo que le dieron ganas de dejarle allí, en mitad de la carretera. Cerró con fuerza las manos sobre el volante mientras se le anegaban los ojos. Intentó pensar en otra cosa y se irguió en el asiento. El sollozo que pugnaba por brotar estalló dentro, contenido y a penas oculto por un carraspeo extraño que Kate emitió al mismo tiempo. Su abuelo se movió en el asiento y ella inspiró profundamente. No iba a darle el gusto de verla llorar, que no se animase demasiado. Contuvo la rabia en su interior. Aún podía ver la mirada de incrédula superioridad en los ojos del sargento, delante de la iglesia, cuando ella había intentado presionarle para que dejase tranquila a Dana. También el tatuaje, y sus fuertes y nervudas manos. Aunque después de la escena con el abuelo no se había atrevido ni a mirarle por miedo a encontrar burla en los ojos de Silva. Miró por el retrovisor y, a lo lejos, vio girar la moto hacia Mosoll. De nuevo, el recuerdo de su padre y la profunda añoranza, íntima e irreparable, de las oportunidades perdidas. Kate consiguió tragarse sus lágrimas. Delante del abuelo no se permitiría llorar.

Una hora más tarde, J. B. salía en su moto de la finca de los Bernat, en Mosoll, convencido de que la aparente fragilidad de la veterinaria no era tal y de que lo que acababa de saber merecía otra visita. Había dejado a Santi preparándose para atender al ganado. Según él, entre las cosas de su padre que le había devuelto Desclòs por la mañana faltaban un anillo y un bastón con el mango de plata que llevaba siempre. Puede que el asesino se hubiese quedado con aquellos objetos como recuerdo, pero, en conjunto, J. B. tenía la sensación de que algo no cuadraba. Sólo un psicópata o alguien muy seguro de que no iban a registrarle se apropiaría de algo que perteneciese a la víctima, y la veterinaria no encajaba en ninguno de los dos tipos, aunque no hubiese tardado nada en llamar a su mejor amiga, la letrada.

Miguel ya le había hablado de ella, de su brillante hermana, la gran abogada. Pero, a pesar de las advertencias, él había esperado mejor talante, la verdad. Sólo con saludarla ya se quedó con que la hermanita era una de esas letradas que siempre llevan la toga puesta y el móvil conectado. Luego la había observado mirar la BlackBerry y echar un fugaz vistazo a su abuelo antes de rechazar una llamada. Puede que fuese algún asunto del trabajo o un noviete, tan estirado como ella, del que su familia no supiese nada. En cualquier caso, esa mirada al ex comisario era interesante, igual que su reacción cuando éste la había sujetado del brazo. Después de la llamada, había notado cómo ella le daba un buen repaso, y él se había dejado mirar mientras escuchaba al ex comisario. Incluso había disfrutado al principio, hasta que empezó a pensar en qué se estaría imaginando ella y se puso nervioso. Puede que fuese la primera vez que la estirada veía un tatuaje de identificación. De todos modos, le convenía no olvidar que los abogados siempre traían problemas, así que cuanto más lejos mejor. Aunque tras el funeral, al ponerse los guantes sobre la moto, la mano que le había encajado conservaba el perfume suave que había notado en el aire mientras hablaban. Un cactus con aroma de rosas, eso es la nieta,

macho, pero un cactus al fin y al cabo. Y seguro que es de las que, al tocarlas, se encogen como las antenas de un caracol.

Se incorporó a la carretera y aceleró. A esas horas ya no había patrullas y en la recta de Puigcerdà rozó los doscientos. Aún quería pasar por comisaría y buscar el informe del CRC en el almacén del sótano. Montserrat era, de largo, lo mejor del edificio y casi de todo el valle. Ella y los Salas. Menos la letrada. La imagen de la hermana de Miguel, cuando casi le había ordenado que dejase en paz a la veterinaria, le hizo fruncir el ceño. Se veía que estaba acostumbrada a mandar. Y eso le daba ganas de bajarle los humos. Pero prefería esquivarla, porque era la hermana de un colega y porque los Salas le habían tratado de lujo. Aunque la letrada exhalara mala leche por los poros. De repente, J. B. redujo la velocidad al recordar que en el funeral había quedado en pasar por la finca de los Masó para hablar con la mujer que había encontrado el cadáver de Bernat. ¡Joder! Ahora tendría que ir a la mañana siguiente y disculparse. Puso el intermitente y giró en la rotonda en dirección a la comisaría.

El policía parecía estar de su parte, y eso que en el entierro le había visto intercambiar confianzas con el ex comisario Salas-Santalucía. Santi sabía que había algo en ese hombre que hacía que su padre guardase las distancias, pero no tenía ni idea de lo que era. Algo del pasado, seguro. A él tampoco le seducía la idea de buscar problemas con el ex comisario, porque el instinto le susurraba que había peligro en ese enfrentamiento.

Tal vez por ese motivo, al ver llegar al sargento con sus tatuajes y esos andares de quinqui perdonavidas, esperó lo peor. El corazón se le subió a la garganta y pensó que venía a por él, que habían descubierto el atropello del viejo. Luego se le ocurrió que era imposible que con su envergadura mandasen a un solo tipo, y tan poca cosa, para detenerle. Además, alguien le habría avisado, seguro. Pero por suerte al final había resultado que sólo quería confirmar la coartada, y eso él lo tenía atado y bien atado.

Abrió la valla de la era donde guardaban las vacas, entró con el tractor y la dejó entornada. Daba gusto que nadie controlase sus pasos a cada instante. Cuando el viejo vivía no lo dejaba ni a sol ni a sombra, siempre se metía en todo y echaba por la boca toda la mala leche de la que era capaz. Sólo lo dejaba en paz para ir a las reuniones del CRC. Ésas sí que le ponían las pilas... Se preguntó si tendría que ocupar la silla de su padre en el consejo. Seguro que vendrían a pedírselo. Y, llegado el caso, aceptaría. Aunque a él no le importaban las cuestiones de tierras, a no ser que tuviesen que ver con Santa Eugènia, y ésas, el viejo ya las había resuelto.

Al pensar en asuntos legales se le ocurrió que necesitaba hablar con el gestor y el abogado en seguida, no fuesen a meter la pata mencionando la propiedad de la tía justo ahora que faltaba tan poco para que la veterinaria lo perdiese todo. Un par de semanas atrás, su padre le había comentado que el director del banco ya estaba

al corriente de cómo actuar cuando se cumpliera el plazo. Santi relajó la expresión. Cuando estuviera resuelto, él podría, si quería, volver a ofrecerle el trato que ella había rechazado un año atrás. Pero entonces ajustaría las condiciones a su favor. Sólo imaginarla vencida le aceleraba la sangre. Aun así, sabiéndose dueño de su destino final, le molestaba que Chico se paseara por la finca de las Prats como Pedro por su casa. Él se ocuparía de que eso no durara mucho. De hecho, estaba convencido de que había sido el propio Chico quien le había revelado a la veterinaria que las tierras de los Bernat de Santa Eugènia no estaban a nombre de su padre. Debió de haberlo descubierto en su propio contrato de arrendamiento.

Por suerte, la visita que acababa de hacerle el sargento le había venido al pelo. Porque le había contado las maquinaciones de la veterinaria para poner en su contra a todos los arrendatarios y convencerlos de que renegociaran sus contratos directamente con los titulares de las tierras, un pequeño detalle que la incriminaba aún más. Tampoco se había olvidado de ponerle al corriente de las costumbres del valle, ni de comentarle que era habitual que los pequeños propietarios delegaran sus contratos en los grandes arrendatarios. Eso, junto con la coartada que le aseguraba no haber estado presente cuando ella discutió con el viejo, lo excluía de la lista de los sospechosos.

Bajó del tractor y cogió la horca para descargar el heno. Empezó a deshacer la bala y a distribuirla a buen ritmo en los comederos mientras pensaba en que ahora era el único Bernat y en que ya no tenía que dar explicaciones a nadie si las briznas de heno caían por fuera. Volvía a estar solo, como cuando ellas se fueron.

A su madre no había vuelto a verla desde entonces, pero sabía que llevaba un par de años muerta. A Inés la había visto en el funeral, de lejos y sólo un segundo. Después de la misa la buscó con la mirada, pero ya no dio con ella. Aunque estaba claro que en la ciudad se había trastornado. ¿Cómo si no iría alguien al entierro de su propio padre con un pañuelo en la cabeza? Y además había aparecido con un hombre. Santi negó con la cabeza. El novio o marido de su hermana no le importaba en absoluto, y lo mismo le sucedía con ella. Pero le cabreaba que no le hubiese dicho nada. En tal caso, habría podido resarcirse. Aunque, en realidad, al reconocerla tuvo miedo de que se acercara. No hubiera sabido qué decirle. Mejor así. Quizá en ese momento se hubiese hecho el loco, como si no supiese quién era. Pero era ella. Estaba seguro. Sus ojos y la forma de la nariz eran iguales que entonces, iguales que cuando le buscaba mariquitas para jugar o cuidaba de que no se metiera en problemas al entrar con sus pequeños pantalones de peto en el establo de los terneros.

Santi se dio cuenta de que sudaba como un condenado y se detuvo para quitarse la camisa. El viento gélido de noviembre le azotó la espalda, pero ni se inmutó. Tenía otras cosas en la cabeza, como acordarse sin falta de llamar al gestor para pedirle una valoración de las tierras y así poder decidir cuáles le convenía vender. Por fin emprendería el viaje al Caribe que siempre había deseado. Ahora estaba solo. ¿Qué le importaban Inés y sus saludos cuando por fin no tenía que dar explicaciones a nadie de sus actos ni de si entraba o salía? Además, mientras estuviese fuera, el viejo de Cal Panet le cuidaría el ganado por cuatro duros. En cuanto arreglasen el testamento se iría de vacaciones. O, mejor aún, primero le plantearía la oferta a la veterinaria y se la llevaría con él. La imaginó tomando el sol en biquini, sobre una tumbona, o desnuda en medio de una playa desierta. De repente, hacía más calor, se le aceleró la respiración y supo lo que estaba a punto de suceder. Unos segundos después notó la erección.

1975

Ésa fue la segunda vez que le dijo aquello de que ellos dos eran iguales y que la gente como ellos no necesitaba a nadie porque eran autosuficientes. Él no supo lo que quería decir esa palabra. Lo único que podía pensar, de pie en aquella iglesia tan grande y fría, era que Maruja se había ido a aquel sitio donde también estaba su madre y que las dos le habían dejado allí solo con la tía. La miró de reojo, casi sin volver la cabeza para que ella no le reprendiera. Era alta y delgada, se parecía a las señoras que salían en la revista de la mesita del comedor, la que cambiaba cada vez que arrancaban una página del calendario. Además, a su alrededor siempre flotaba aquel olor extraño y pegajoso de flores, sobre todo cuando se movía. Bajó la vista y se quedó mirando los zapatos de la tía. Eran negros, pero la hebilla de encima brillaba mucho. Le recordaron a los de la señora de los guantes blancos, la de la foto, y se le ocurrió que ella y la tía se parecían un poco, aunque la sonrisa era diferente. A la de la foto le sonreían los ojos. Se preguntó si Maruja tendría frío metida en aquella caja y acercó la mano enguantada a la nariz para soltar una vaharada que le calentó hasta los párpados. Ahora iba a estar más solo que la una, pensó. Ya no podría quedarse a hacer los deberes en la portería, ni merendar allí, al lado de la estufa. Y en la cocina de la tía casi no había comida. Entonces se acordó de cuando los gemelos se fueron al pueblo, a casa de su abuela, y de que a él le había parecido lo mejor del mundo. Porque iba a ser el único niño de Maruja y podría

incluso quedarse a dormir en su casa, como hacía cuando era muy pequeño o cuando estaba enfermo, en lugar de subir al piso frío y oscuro de la tía. Pero pronto se dio cuenta de que Maruja estaba rara. Siempre tosía, y la primera vez que vio su pañuelo lleno de sangre él se asustó muchísimo. Durante semanas la vio encorvarse y hacerse más y más pequeña. Al final le costaba mucho respirar y ya no le daba tiempo de lavar los pañuelos, que siempre llevaba húmedos y teñidos de rojo. Hasta el día que cumplió nueve años. Ese día rompió la hucha y al volver de la escuela entró en la farmacia de la esquina de su casa. Hacía semanas que esperaba ser mayor para entrar en ella porque necesitaba un medicamento para curar a Maruja. Días después, la portería se quedó vacía, los del camión se llevaron todas las cosas de Maruja, y él subió a vivir definitivamente al piso de la tía.

Kate conducía su A3 hacia la finca Prats pensando en lo que acababa de soltarle el abuelo delante de Miguel. Sus hermanos no habían ido al entierro. Miguel había preferido esperarlos en casa para conocer el parte de boca del ex comisario, y Tato acababa de llegar de Nèfol, donde estaba acabando de colocar unas puertas labradas que le había encargado una pareja de arquitectos famosos. Y ella, como de costumbre, tuvo que esperar a que comentasen el funeral, a que Miguel le hiciese la pelota al abuelo con descaro y a que todos alabasen sin recato al sargento. Y cuando en una pausa de la conversación dijo que se marchaba, empezó el festival de reproches y consejos que ella no había pedido ni tampoco deseaba.

Cambió de marcha y en la recta de la subida de Prats a Baltarga presionó el acelerador con rabia.

Pero ¿quién se creían para decirle lo que era o no importante? Eso tendría que decidirlo ella, ¿no? ¿Acaso había pedido alguna opinión? Pues no. Además, ya sabía que Dana estaba en el punto de mira, que la necesitaba, y que llevaba sola demasiado tiempo. Y no era necesario que se lo recordasen. Intentó llenar los pulmones con la vista en el cuentakilómetros y hundió el pie aún más en el acelerador. Por eso le molestaba volver, porque todos se creían con derecho a emitir juicios sobre su vida y a organizársela. Y eso, sin hablar de las insinuaciones malintencionadas que solía dejar caer el abuelo sobre el perfil de los clientes del bufete. Lo extraño era que esta vez no hubiese mencionado nada sobre la gentuza a la que defendía o sobre cuándo pensaba volver y formar una familia como Dios manda. Aún tendría que agradecerle que se hubiese centrado en Dana, aunque probablemente sólo lo había hecho para mortificarla. ¿Es que nadie entendía que no necesitase un hombre para vivir? En los quince minutos escasos que había pasado en casa del abuelo, hasta Miguel se había puesto de parte de él. Y eso, después de que ella aceptó ocuparse de la fiesta. El muy traidor... Y, cuando ya se iba, tuvo la

tentación de escandalizarlos y contarles su historia con Paco, pero imaginó lo que dirían cuando supiesen que salía con un hombre de la edad de su padre y se contuvo. Que su vida amorosa siempre estuviese encima de la mesa y todos se creyeran con derecho a opinar era una de las razones por las que odiaba volver al valle.

La última vez que lo había hablado con Miguel y le había pedido su ayuda, él le había respondido que si le molestaba tanto el asunto sería porque, en el fondo, también se daba cuenta de que había algo en su vida que no funcionaba. El muy imbécil incluso se había permitido sugerirle que fuese más honesta consigo misma. Él, que desde los catorce iba como un abejorro, de flor en flor, sin respetar al dueño del jardín. Pero ¿qué se había creído?

Igual que un par de años atrás, cuando durante una comida familiar su hermano Tato había insinuado que nadie la juzgaría por tener otras preferencias, y que en el valle se rumoreaba sobre su «amistad» con la veterinaria. Ella les preguntó si alguno de verdad creía semejante estupidez, y sus silencios le respondieron por ellos. Aquel día se había sentido más sola que en su apartamento de Barcelona un domingo por la tarde. Incluso adelantó su vuelta a la ciudad y se prometió que no volvería a pisar el valle a no ser que se tratara de un caso de vida o muerte. Y así fue. De hecho, tuvo que enfermar la abuela de Dana, la viuda Prats, para que volviese a cruzar el túnel del Cadí.

Aquel día había tomado la decisión de no compartir con Dana el tema de la sobremesa para no disgustarla con los comentarios de los Salas. Esos que ahora tenían un nuevo protegido ilustre: el tatuado sargento Silva. Al pensar en él le vino la imagen de las letras góticas en el cuello. Negó con la cabeza y puso el intermitente para torcer hacia Santa Eugènia. Tanto apoyo de su familia hacia el tipo que admitía abiertamente sospechar de Dana era incomprensible e irritante. Y, encima, tenía que aguantar que Miguel y el abuelo hablasen de él como si fuese el no va más. Ya en la academia de capacitación era el mejor, brillante, había anunciado Miguel orgulloso, como si aquel desarrapado fuese algo suyo. Y entonces ella había comentado con sarcasmo el extraño cambio que suponía esa nueva amistad de Miguel, teniendo en cuenta lo que le disgustaban los tatuajes, y les había recordado el último tatuado con el que había tenido relación la familia, Rafa Pous, el chico del último curso con el que ella había salido y al que Miguel había destrozado la cara en un partido de hockey. Y, tras ese comentario, todo había sido muy rápido. La mirada que su hermano le dirigió al abuelo y la sonrisita de Tato durante ese silencio. Quince años después, Kate comprendió que la idea de escarmentar a Rafa no había surgido de sus hermanos.

Al llegar a la finca Prats, aparcó el coche bajo el sauce y buscó la BlackBerry en el bolso. Tenía un mensaje de Luis en el que la informaba de que su contacto en la judicatura le había soplado el número del juzgado que les asignarían. La mala noticia era que el nuevo despacho no estaría listo hasta el jueves a primera hora. Kate le respondió con la orden de avisarla cuando llegase la notificación. En cuanto al despacho, ella misma llamaría a mantenimiento y el miércoles trabajaría desde casa. Kate cerró el mensaje y respiró satisfecha. Si tenían suerte y les tocaba el juez Márquez, puede que el caso de Mario fuese un paseo, porque Paco siempre se cobraba los favores.

Por lo menos su vida profesional le daba un respiro. Revisó las llamadas recibidas y el correo. Ni rastro de Paco. Se sentía algo decepcionada con la situación. Pero ¿qué esperaba después de haber ignorado su llamada en el funeral? Él no era de los que iban detrás, él iba delante, sólo delante. Pulsó el botón rojo y guardó la BlackBerry en el bolsillo de la chaqueta. Puede que sus expectativas fuesen demasiado altas después de la noche en el Arts, puede que para él no hubiese sido más que un desliz con la nueva socia o el modo de darle la bienvenida al club.

Bajó del coche y fue hacia la entrada con una mezcla de desazón e inquietud al imaginar su primer encuentro con Paco en el bufete. Una molesta sensación de la que sólo podría librarse si se sumergía a fondo en el caso. Y eso haría, porque a esas alturas parecía evidente que él no iba a volver a llamarla, a pesar de haberse despedido con una nota, un continental con rosas incluidas y un chófer. Por ella, de acuerdo; si no quería hablar, perfecto. Al fin y al cabo él era el jefe y lo conocía bien, así que cuando había entrado con él en el Arts ya sabía quién establecería las normas del juego. Aun así, en cuanto surgiese la oportunidad, pensaba dejarle claro que no se había comportado bien. Relaciones complicadas o sin futuro: su especialidad.

Había luz en el despacho y se dirigió hacia allí. Cuando entró, Dana introducía apresuradamente algunos papeles en un sobre. Al verla esbozó una sonrisa forzada. Kate intuyó que algo no iba bien, pero cuando le preguntó, Dana aseguró que eran asuntos bancarios sin importancia que arreglaría por la mañana. Kate soltó el bolso sobre el Chester y se dejó caer en él sin perder detalle de los movimientos de Dana. La veterinaria guardó los documentos que había sobre la mesa en el cajón central del escritorio, echó la llave y se la metió en el bolsillo. Luego, como si nada, colocó un par de cojines en el suelo y atizó el fuego. Kate la

observaba perpleja. Era la primera vez en veinte años que veía a alguien cerrar con llave ese cajón. Dana se volvió hacia ella y se estiró para coger un tronco. Después la miró sonriente y se volvió para echarlo al fuego.

No, no era probable que le ocultase algo. Dana no tenía secretos con ella, nunca los había tenido. Sencillamente, no era capaz de guardarlos. Le ocurría igual que a Tato. Tarde o temprano se venían abajo y lo soltaban todo, como con la paliza de Rafa Pous. De repente, necesitó contárselo. Que había sido el abuelo quien había ordenado que le destrozasen la cara a su antiguo novio. Sólo de pensarlo ya se sulfuraba. Siempre controlándolos, siempre decidiendo por ellos. Estaba convencida de que le ponía enfermo que ella hubiese conseguido tener su vida en Barcelona, donde él no podía inmiscuirse. De hecho, ése era su mayor logro: haber huido de su dominio. Sin embargo, en ocasiones todavía tenía la sensación de que nada escapaba a su sombra.

Permanecieron en silencio unos minutos hasta que Dana, con las piernas cruzadas sobre el almohadón y la cabeza de *Gimle* en la rodilla, se interesó por el entierro.

Kate le contó que había visto a Chico Masó, añadió que estaba convencida de que era el tipo perfecto para pasar un buen rato y que, definitivamente, era un pecado desperdiciar la oportunidad. Dana la escuchaba con una media sonrisa en el rostro, quizá imaginando los comentarios de los vecinos y el berrinche del viejo Masó. A estas alturas ya tenía bastante con los problemas del día a día de la finca como para meter a un hombre en su vida. Seguro que estaba pensando eso, la conocía bien. Kate no imaginó ni por un instante que las cábalas de Dana iban en otra dirección y que lo que la veterinaria tenía en la mente en realidad era que, siendo tan lista y después de tantos años, Kate no tenía ni idea de sus verdaderos sentimientos.

Entonces, la abogada le habló de Rafa Pous.

Dana se echó a reír y le respondió que la envidiaba por tener a alguien que se preocupase tanto por ella.

– Al fin y al cabo hay que reconocer que Pous era un error que te hubiese podido costar muy caro si Miguel no le hubiese destrozado los dientes y la nariz en aquel partido.

Kate sabía a qué se refería. Había salido con él para enfadar al abuelo en su época más incendiaria, cuando acababa de descubrir lo que le habían ocultado sobre las actividades y el suicidio de su padre. Además, Rafa era un tipo oscuro al

que, años después, encontraron en su coche muerto de una sobredosis.

– Vi a un tío en Barcelona con uno de sus tatuajes – recordó en voz alta –, el de la *wuivre*.

Dana la miró sorprendida.

– Las dos serpientes enlazadas, la fuerza de la tierra. No puedo creer que aún te acuerdes de sus tatuajes, ¡con todos los que llevaba! Además, todo aquel rollo de la red de Hallstatt que se inventó para hacerse el importante... ¿Cómo se llamaban?

– Kaun.

– El fuego celta que engulle a los muertos y los transporta a otro nivel. Muy poético, muy absurdo.

– Pues por un tiempo bien que le creímos...

– Éramos unas adolescentes y él un tipo oscuro que nos seducía con sus frases enigmáticas, sus tatuajes y su ropa negra, un aprendiz de maleante que nos metió en más de un lío.

Kate asintió pensativa. Dana se refería a las apuestas, un juego al que habían jugado desde pequeñas y que habían enterrado por completo tras el accidente.

– Él convirtió algo divertido en tragedia, nos hizo saltar de nivel una y otra vez hasta el límite. Bueno, a ti más. El accidente de Joel fue culpa suya, él no quería saltar, lo sabes, pero nadie podía negarle nada al Oscuro o pasabas a ser un proscrito para siempre. Él dijo puenting, y todos tras él. Lo milagroso es que no nos matémos todos. Así que agradece que alguien le hiciese olvidarse de ti.

– Ya, pero no me negarás que es extraño que un nórdico llevase el mismo tatuaje, del mismo color y en el mismo lugar.

– Kat, olvídate, era una invención de adolescente con ínfulas. ¿Es que no te das cuenta de lo absurdo que es pensar que existe una organización así? ¿Con qué fin, vender droga? Eso ya lo hacen en todas partes los camellos adultos. ¿Y lo de morir cuando llegue el relevo? Vamos. No creo ni que fuese el mismo tatuaje, tal vez parecido. Los símbolos celtas son muy comunes en Europa central y en Escocia, en toda Inglaterra, de hecho. La gente se hace tatuajes constantemente, hasta nosotras lo hicimos. Además lo celta está siempre de moda, ya lo sabes. La suerte que tuvimos fue que se olvidase de nosotras. Tendríamos que estar agradecidas a Miguel o a quienquiera que tuviese la idea de quitárnoslo de encima.

Kate la miró molesta.

Estaba segura de que el tatuaje del camarero del Arts era igual que el de Rafa, los mismos colores y el mismo tamaño. Y también de que Dana siempre defendía al abuelo porque no lo conocía como ella. Aunque en lo de Rafa Pous posiblemente ambos tuviesen razón.

Aun así era irritante constatar una vez más cómo el abuelo la controlaba a sus espaldas. Kate recordaba perfectamente el coche en el que encontraron a Pous, había fumado hierba en él y casi habían hecho el amor sobre sus asientos. Y la verdad era que no tenía ni idea de si se arrepentía de algo, pero lo que sí tenía claro era que nunca se sentía tan culpable, ridícula o frustrada como cuando pensaba en el abuelo.

– Además, el Oscuro acabó con lo que más nos divertía, las apuestas. Ahora vuelvo – anunció Dana, y se puso de pie.

Desapareció y al poco regresó con dos yogures, cucharas, miel y un paquete de copos de avena. Lo dejó todo sobre la mesa auxiliar y la colocó entre las dos para empezar el ritual. En silencio, comenzaron a pasarse los ingredientes con la precisión de reloj suizo que habían adquirido tras tantas tardes de merienda. Primero, echaron la avena en el bol. Luego removieron el yogur antes de verterlo todo sobre los copos. Por último, volvieron a removerlo todo hasta conseguir un efecto de pasta cremosa al que sumaron un chorrito de miel. Con la primera cucharada se sonrieron y Dana sacó la lengua, completamente blanca, en busca de la respuesta de Kate. Pero ella no estaba por la labor y sólo dibujó una mueca. Volver a las etapas superadas no le apetecía, ni remover el pasado, y menos aún con la tardecita que le habían hecho pasar entre el funeral y la casa del abuelo.

Arrancó su monólogo quejándose por tener que ocuparse de la fiesta que había organizado Miguel para que al final, como siempre, él se llevase los honores. Claro que prefería organizarlo ella a que la celebración fuera un desastre. Dana la miraba de un modo que la molestó y decidió cambiar de tema. Entonces le contó que había visto a la hija de Jaime Bernat en el entierro.

– Iba con el marido.

– ¿Y qué tal es?

– Mmm... Alto, con clase y estirado. Uno de esos atractivos crípticos con barba de pocos días.

– ¿Ojos?

– Ni idea, no se quitó las gafas de sol ni en la iglesia. En fin, la panadera de Alp dijo que era un cirujano extranjero.

– ¿Cotilleaste con la panadera de Alp? – preguntó Dana con incredulidad.

– No, yo sólo escuchaba – respondió Kate, molesta.

Dana asintió con una sonrisa irónica.

– Lástima que no tendré ocasión de verle – fingió apenarse.

– No creo que ésta vaya a ser su única visita al valle.

– ¿A qué te refieres?

– Pues a que es una Bernat y vendrá a reclamar su parte del pastel. Es un pastel muy grande, querida.

– Después de tantos años no sé yo si tiene derechos...

– Siempre que el testamento no se los niegue explícitamente, los tiene – aclaró la abogada.

– Desde luego su padre era bien capaz de hacer algo así.

Kate asintió pensativa.

– Cuéntame más cosas – le pidió Dana.

– ¿Sobre qué?

– Sobre lo que quieras, sobre Inés y su cirujano.

– Parece que era el cardiólogo que trató a su madre durante los últimos años.

– Pues no le fue muy bien a la pobre. Se murió, ¿no?

Kate rió.

– No sé, pero los vi marcharse en un deportivo lujoso, así que les gustan las cosas caras. Creo que ella tampoco anda muy fina.

– ¿A qué te refieres?

– Le están dando algún tipo de tratamiento. Llevaba la cabeza cubierta...

Dana chasqueó la lengua.

– ¿Y con Santi?

– Ni se saludaron – negó con la cabeza.

– Si a mí me hubiera dejado sola con Jaime toda la vida, te juro que tampoco habría vuelto a dirigirle la palabra.

Kate sonrió de nuevo. Entre los Bernat todo era posible. Sería interesante ver cómo acababa el asunto del patrimonio familiar.

La conversación fluyó hacia el caso que Kate estaba llevando en Barcelona. Le contó a Dana su preocupación por el perfil de Mario y por sus constantes interferencias. También, por el fiscal que les había tocado, un adversario de primer nivel, y por el papel ultraprotector de Paco con su hermano, que le despojaba de toda imparcialidad a la hora de opinar. Todo eso hacía que tuviese que andar con pies de plomo y representaba trabajar bajo mucha presión.

Dana la escuchaba muda, y cuando Kate reparó en su silencio quiso saber en qué estaba pensando.

– ¿Un fiscal que te preocupa? Eso es nuevo.

– No te creas, éste lo gana todo. No es probable que te haya hablado de él, pero Jan Bassols es el mejor, y superarle sería la guinda.

– ¿Bassols? – Dana repitió el apellido como para sí misma.

– Sí, ¿te suena de algo?

La veterinaria se levantó a atizar el fuego.

– Creo que si te preocupa de verdad, deberías pedirle a Paco que le asigne el caso a otro abogado.

Al volverse hacia Kate, Dana ignoró su gesto de perplejidad.

– Paco me pidió que me encargase de él en persona porque no se fía de nadie más – declaró con orgullo.

El escepticismo en la mirada de Dana la indignó.

– Desde luego, qué fácil es hablar cuando eres tu propio jefe... – replicó Kate.

La veterinaria asintió dispuesta a defender su punto de vista.

– Tienes razón, pero creo que deberías relativizar un poco lo del trabajo. Parece que vayas a heredar el bufete, y no creo que eso pase, la verdad.

Kate pensó si era el mejor momento para contarle que la habían ascendido. Sin embargo, lo que de verdad se moría por contarle era lo del Arts.

– ¿Qué opinas? – quiso saber tras la confesión.

Dana se encogió de hombros.

– Prométeme que no te vas a enfadar.

Kate frunció el ceño y asintió a la defensiva, mientras preparaba argumentos para rebatir cualquier objeción que Dana pudiese plantearle.

– Creo que cuadra mucho con el perfil de Paco atar bien todos los cabos.

– ¿Qué quieres decir?

– Tan lista, y a veces parece que vivas en el limbo. Pues que se ha acostado contigo para que des el doscientos por cien defendiendo a su hermano y para que no le falles. La nota que te dejó lo dice bien claro: ocúpate de Mario, ¿no decía eso?

Tras un silencio tenso, Kate apuntó:

– Céntrate, dice céntrate.

– Pues eso, Cat, no puede estar más claro.

¿Cómo podía haber intuido Dana algo que a ella se le había pasado por completo? Y, encima, seguro que tenía razón. ¿Por qué si no Paco la habría metido en su cama justo ahora, cuando llevaban casi cinco años trabajando juntos y jamás se le había insinuado? Lo que planteaba Dana tenía toda la lógica del mundo, y ella no podía haber sido más ingenua.

El martes habían quedado en que cada una comería por su cuenta. Dana debía atender unos encargos en La Seu así que Kate trabajó toda la mañana en el expediente de Mario, hasta que la enésima llamada de Miguel consiguió sacarla de quicio y desconcentrarla por completo. A las tres bajó a la cocina para buscar algo con lo que acallar sus tripas, pero la despensa estaba desierta y la nevera era una tundra. Con tal de no ir al súper, cualquier día Dana acabaría comiendo heno en alguna de las cuadras. Decidió llenarle la despensa antes de irse y, de paso, incluir algunas delicatessen vegetarianas de esas que les gustaban a las Prats. Ya salía por la puerta de la casona para ir a encargar la comida de la fiesta y pasar por el supermercado cuando oyó la moto. Miró hacia la entrada de la finca y vio aparecer la OSSA Yankee del sargento Silva en el camino de entrada.

El primer impulso fue volver a entrar y esperar a que se fuese. Pero ya la habría visto y eso la haría quedar aún peor que la tarde anterior en el funeral. La verdad era que había deseado no volver a tropezarse con él después del incidente, pero por lo visto eso no iba a suceder.

Mientras esperaba a que él llegase a la puerta fingió rebuscar en el bolso, sacó la BlackBerry y empezó a revisar los mensajes.

Si venía para hablar con Dana, lo haría sólo bajo su supervisión.

Mientras fingía concentrarse en la pantalla, controlaba de reojo los movimientos del sargento. Él se quitó el casco y los guantes, y lo dejó todo sobre el asiento. No tenía ningún interés en enfrentarse con la policía si no era necesario, pero tanta visita a la finca empezaba a ser irritante.

Empezó a dolerle la bota y se apoyó en la otra pierna. ¿Por qué tardaba tanto? Movió el pulgar sobre la ruedecilla de la BlackBerry y volvió a observar al sargento de soslayo. Ahora él la miraba directamente. Su impertinencia la hizo

sentir como cuando los compañeros del equipo de hockey de Miguel iban a casa del abuelo y se metían con ella.

Al final lo vio avanzar hacia la casa. Pisaba con torpeza las piedras del camino. Kate contuvo la sonrisa. El tipo no podía ocultar que era de ciudad, quizá de un barrio marginal donde habría pasado la adolescencia sobre una moto y buscando problemas. Un perla que ahora tenía en sus manos meter a Dana en un buen lío. Por suerte ella estaba allí para dejarle bien claro que no pisaba territorio amigo y que se cuidase bien de no meter la pata.

Su voz sonó cortés y a Kate no le pasó desapercibido el esfuerzo que le costaba.

—Hola, vengo a ver a la veterinaria. ¿Está en casa?

Kate le miró un instante.

—En los establos.

Y volvió a concentrarse en la pantalla de la BlackBerry.

El sargento permanecía quieto al pie de la escalera. ¿Qué hacía allí parado? Entonces Kate comprendió que no tenía ni idea de dónde estaban los establos y contuvo una sonrisa mientras se recogía el pelo detrás de la oreja para controlar mejor sus movimientos.

Continuó atenta al teléfono hasta que su voz sonó con irritación:

—¿Me vas a decir dónde están o tengo que adivinarlo?

Kate fingió escribir algo y tardó un momento en mirarle. Cuando lo hizo no sonrió. Ni siquiera intentó ser amable con el nuevo protegido de su familia. Viendo su aspecto, no podía entender por qué a Miguel y a su abuelo les resultaba tan fascinante cuando a ella más bien le parecía un pandillero con ínfulas por la placa. Bien, alguien tendría que demostrarle que lo de andar impresionando a los miembros de su familia se había terminado.

—¿Para qué quieres hablar con Dana? ¿Ya has encontrado al que atropelló a Bernat?

La sorpresa en el rostro del sargento dio paso al arrepentimiento por haber hablado de más en el funeral y, casi al instante, Kate detectó la irritación en su gesto.

—Si vienes a disculparte por haber molestado a Dana, puedo aceptar las excusas en su nombre. Y si no quieres nada más... —le apremió con indiferencia.

Él forzó una sonrisa y metió las manos en los bolsillos del vaquero.

¿Le había dado en su pequeño ego? Lástima, pero ahora por lo menos sabía que no sería bien recibido hasta que dejase de considerar sospechosa a Dana. Se preguntó si debía decírselo clarito, como a los niños, pero en su mirada intuyó que no era necesario.

El sargento miró al suelo y luego alzó los ojos hacia ella. Kate advirtió cómo tragaba saliva y le sostuvo la mirada desde lo alto de la escalera, esperando su siguiente paso. Notaba las teclas resbaladizas de la BlackBerry entre los dedos y sacó la mano del bolsillo para que el frío la secase. Había que reconocer que los ojos del sargento eran de un azul poco común y que el contraste con su piel oscura le daba un aspecto de pirata urbano nada convencional. Seguro que en sus círculos tenía éxito, hasta puede que fuese popular entre las chicas de su barrio.

—Mira, si me dices cómo llegar a los establos no te molesto más. Incluso voy a hacerte un regalito como muestra de buena voluntad —ofreció.

De repente, Kate vio cómo le lanzaba algo y cogió el proyectil al vuelo. Era un caramelo. El muy imbécil esperaba sorprenderla. ¿Es que no sabía que tenía dos hermanos?

Pero cuando le miró, el sargento lucía una sonrisa extraña en la cara que la hizo sentir como cuando Miguel le tomaba el pelo de pequeña. Kate lanzó con fuerza el caramelo y lo encestó en uno de los tuestos, justo delante de él.

—Vamos, sólo quiero comentar con ella algunos detalles de su declaración —pidió él en tono conciliador.

¿Declaración? ¡Lo que faltaba!

—No sabía que a unas preguntas de rutina las llamasen ahora declaración.

Él miró al cielo como pidiendo paciencia, y a Kate le recordó en el gesto a Miguel. Eran todos iguales.

—Que yo sepa, Dana sólo te respondió por cortesía a unas preguntas sobre sus actividades del día en que encontraron a Bernat. Además, ¿qué detalles son los que quieres confirmar?

Kate notó que Silva empezaba a impacientarse y, cuando éste le lanzó una mirada cargada de mala leche, ella se la sostuvo sin pestañear. El sargento llevaba un jersey de cuello cisne que cubría el tatuaje y le observó holgarlo con el dedo índice. Se notaba que no estaba acostumbrado a responder preguntas, y también que se estaba conteniendo. Bien, a ver hasta dónde.

J. B. sacó la mano del bolsillo y se apoyó sobre una pierna. Antes de oírle, Kate supo que su tono no iba a ser agradable.

—Mira, guapa, ya he tenido bastante paciencia contigo. No creo que te incumba lo que tengo que hablar con la veterinaria, la verdad. Si ella quiere, ya te contará lo que sea. Y no te preocupes, ya encontraré los establos sin tu ayuda.

J. B. se volvió y empezó a andar hacia la moto. Eso la dejó sin interlocutor. Quería gritarle que era su abogada y que no iba a dejar que hablasen con ella sin estar presente. Pero en lugar de eso le observó alejarse. Seguía caminando con dificultad sobre las piedrecillas, pero se le veía más seguro que cuando había llegado, sin duda gracias a la rabia que llevaba encima por tener que buscar solo las cuadras. En fin, ahora únicamente había que llamar a Dana y advertirle que no hablase con él. Esperaría a que se fuese para ocuparse de encargarse el catering de la fiesta e ir al supermercado. Siguió observándole; todos los amigos de Miguel eran iguales, una panda de chulitos. Aunque había que reconocer que algunos estaban mejor que otros.

De repente, el sargento se dio la vuelta. Kate detectó el instante en el que aparecía la expresión burlona en su cara y notó que se le encendía la cara. Lamentó no haberse metido en el coche, a saber lo que se estaría imaginando.

—Saluda a tu abuelo de mi parte —le oyó.

El ruido del Wrangler de Dana entrando en la finca captó la atención de ambos. Kate se volvió y le descubrió saludando con la mano levantada. ¿Ahora iba a hacerse el simpático? Imbécil. Pero lo que la dejó pasmada fue que Dana le devolviese el saludo.

Cinco minutos más tarde, en el salón de la viuda Prats, ambas escuchaban sorprendidas cómo desaparecían las coartadas de Dana para la tarde en la que había muerto Jaime Bernat. El viejo Masó no confirmaba cuánto tiempo había pasado la veterinaria en su finca con el ganado, sólo atestiguaba haberla visto por la mañana. Chico no estaba allí para corroborar nada y Santi tenía testigos que afirmaban haberle visto esa misma tarde en Llivia, a más de cincuenta kilómetros de la escena. Aunque Dana mantuviese que eso era imposible, era su testimonio contra el de los demás testigos. Además, el vecino que aseguraba haberla visto discutir con Jaime se ratificaba en ello, e incluso reconocía haberlos visto forcejear.

Kate permanecía en silencio, apoyada en el marco de la puerta de la sala. Quería ver hasta dónde era capaz de presionar el sargento y cuáles eran sus verdaderas intenciones con tanta visita a la finca. Cuando J. B. le dijo a Dana que

sólo quería saber por qué había mentido y que, si la muerte de Bernat había sido un accidente, lo comprenderían, Kate decidió que ya había esperado bastante. Se dirigió hacia ella, dándole deliberadamente la espalda al sargento, y le aseguró que no comprendía cómo habían asignado un caso como aquél a un recién llegado que no tenía ni idea de lo que se cocía en el valle. Mientras hablaba, agarró una de las sillas con decisión y se sentó delante de la veterinaria ignorando por completo al sargento. Casi le ordenó que no respondiese a ninguna de sus preguntas porque estaba usando con ella una técnica estudiada para llevarla a su terreno; hacerla dudar y obtener las respuestas que él mismo dirigía con sus preguntas. Le acusó de manipulador, incompetente y rastrero por intentar sacarle algo presionándola con saña, y sugirió con firmeza acabar de una vez con el buen talante con que se recibía a la policía en la finca, porque no eran de fiar. Y, dicho fuera de paso, tampoco parecían demasiado competentes, porque si lo fuesen estarían buscando al verdadero culpable en lugar de perder el tiempo con alguien inocente como ella.

Dana la miraba aturdida. Sus manos perjudicadas se removían temblorosas en el regazo hasta que Kate las cubrió con las suyas y se acercó para hablarle en un tono más afectuoso.

—No puedes fiarte de ellos, Dan, sólo quieren cerrar el caso y no tienen culpable. Por eso vienen a molestarte, para ver si sacan algo que te incrimine.

Dana la escuchaba como a una visión y Kate continuó con autoridad:

—No vas a dejar que te hagan eso, ¿lo entiendes?

La BlackBerry interrumpió el monólogo y Kate la sacó del bolsillo para estudiar la pantalla. Aquello significaba que ya tenían juez definitivo para el caso de Mario. Miró a Dana y enarcó las cejas como advertencia para que siguiera sus órdenes.

—Tengo que cogerlo —pareció disculparse. Y luego se levantó para desaparecer con paso firme en dirección al porche de la cocina.

La marcha de Kate dejó un silencio denso en la sala y una mezcla de desconcierto e indignación en la cara del sargento. Dana agradeció que no fuese ira, ya que eso la hubiese puesto en una situación aún más incómoda.

—Lo siento, a veces se olvida de que el mundo no es un juicio, ni toda la gente, enemigos. —Y tras un silencio tenso justificó—: Lleva un caso muy importante en Barcelona y está nerviosa por tener que quedarse aquí.

J. B. asintió con gesto irritado. Era evidente que ya había tenido bastante.

Dana intuyó que iba a levantarse e hizo lo propio. Le acompañó a la puerta y la sujetó mientras le cedía el paso. Al cruzar el marco, él se volvió hacia ella.

—Mándela a Barcelona si no quiere que le complique la vida —sugirió señalando con la cabeza hacia donde estaba Kate—. Su actitud no la favorece. Lo sabe, ¿verdad? Y si anda con tanto tiento me cuesta más creer en lo que me dice.

—Yo no miento, y menos en algo así. Cuando me fui de la era, Jaime estaba vivo, como le dije, y Santi estaba con él. Pasé el resto de la mañana en las cuadras de los Masó. Hable con Chico, él le dirá que estuve en su finca, ya le dije que su padre no se lleva bien con mi familia y también por qué le llevo los animales. En cuanto a Santi, no tengo ni idea de quién pudo haberle visto tan lejos de donde estaba, pero asegúrese de que el testigo no tenga tierras arrendadas a los Bernat.

Y, haciendo caso omiso de las evidentes dudas del sargento, añadió:

—Ya le dije lo que pienso de la muerte de Jaime Bernat. Era una mala persona que intentó hundirnos por todos los medios para quedarse con nuestras tierras. Pero matar a alguien no es algo que yo pueda planear, se lo aseguro.

J. B. asintió.

—Entonces ¿me está diciendo que fue un accidente?

Kate le acababa de decir que tuviese cuidado con él, y esa pregunta le daba la razón. Cuidado, Dan.

—Yo no estaba allí cuando murió. Es lo que le dije la primera vez y lo que sostengo ahora.

J. B. asintió.

—De acuerdo. Ya hablaremos —prometió, y empezó a bajar los escalones de la entrada.

Al verle llegar abajo, Dana temió que el enfado del sargento por lo que había ocurrido con Kate la situase aún más en su punto de mira. No podía dejar que se fuese así.

—No se lo tenga en cuenta —le pidió—, está preocupada por el caso que lleva y la mata tener que estar aquí. Es sólo eso, no es nada personal.

J. B. la miró sin convencimiento. Y ya iba a marcharse, pero no se contuvo.

—En todas las familias hay una oveja borde.

Dana sonrió. Nadie conocía mejor que ella los desplantes de su amiga, lo

borde que podía llegar a ser y el desprecio con el que era capaz de dirigirse a los demás. Y con frecuencia sin ser ni siquiera consciente del efecto que provocaban sus palabras. Lo había visto muchas veces, y desde siempre. Pero también cómo se encaraba a las injusticias y luchaba contra ellas como una fuerza de la naturaleza.

—No se deje engañar, la gente no suele ser lo que parece. Si llega a conocerla verá que es la mejor de todos los Salas. Ella por lo menos siempre va de frente.

El sargento entornó los ojos y Dana se alegró de haberle dado que pensar. Pero el tono del móvil le hizo dar un respingo y buscó la pantalla con el ánimo encogido, consciente de que el sargento no le quitaba un ojo de encima. No tuvo que contarlos para saber que eran trece dígitos. Avanzó el pulgar y silenció la llamada. Él seguía parado en la escalera, atento a sus movimientos. Dana se metió el móvil en el bolsillo y le sonrió.

—No me gustan los números ocultos. Se habrán equivocado.

Esperaba que su voz hubiese sonado indiferente y que el móvil permaneciese mudo hasta que el sargento estuviese lejos.

Deseó que no le preguntase nada más y que se fuese cuanto antes. Pero él no se movió.

—Por cierto, no mencionó nada sobre sus «negocios» con los arrendatarios de Bernat.

Dana notó el instante preciso en el que la sonrisa se le congelaba en la cara. ¿Cómo sabía eso?

El sargento esperaba una respuesta con un pie en las piedras del camino y el otro sobre el primer escalón. Dana trató de discurrir si había algo malo en lo que había intentado hacer y decidió que él lo averiguaría de todos modos.

—Jaime Bernat arrendaba tierras propiedad de otras personas. Y estoy convencida de que engañaba a sus arrendatarios y también a los propietarios en nombre de los que intercedía. Así que, cuando lo confirmé, le advertí que si no me dejaba en paz contaría sus tejemanejes a ambas partes.

—¿Cómo averiguó lo de la propiedad de las tierras?

—Alguien me lo dijo y no voy a delatarle —le advirtió—. Si llegase a oídos de Santi, podría haber represalias.

—Habla como si esto fuese Sicilia.

—Es aún peor. Usted acaba de llegar, ya se irá dando cuenta —vaticinó

notando de nuevo la vibración del móvil en el bolsillo —. Bueno, si no quiere nada más...

Retrocedió un par de pasos y empujó la puerta con la intuición de que él no iba a darse por vencido.

— Por cierto, el otro día vi que tiene un quad.

— Claro, casi todas las fincas tenemos alguno. ¿Por qué lo pregunta?

— Por nada. Ya hablaremos.

Carretera de Puigcerdà

Justo antes de poner en marcha la moto, J. B. notó la vibración del móvil en la cazadora. Era un número desconocido, pero descolgó con el manos libres para no quitarse el casco.

– Hola, sargento, ¿cómo estás?

Sonrió y subió la visera.

– Estaría mejor tomando algo contigo. ¿Nos vemos en el Insbrük?

– Bueno, yo te llamaba para que pases por mi despacho en cuanto puedas. Tengo algo importante sobre el caso.

– ¿Qué caso? «La doña» ha decidido correr un tupido velo y liquidar lo del atropello con el infarto. Hasta me mandó que retomase mis ocupaciones. ¿Te lo puedes creer? Ahora estoy indagando por mi cuenta, pero me juego el cuello con cada paso que doy.

La voz de Gloria le cortó.

– De acuerdo, ¿dónde estás?

Él hizo una pausa y sonrió.

– ¿Y esas prisas, doctora?

Oyó risas al otro lado de la línea.

– Sólo te adelanto que podrás dejar de jugarte el cuello si vienes a verme. Pero a las cuatro tengo que irme.

J. B. miró la hora.

– Dame veinte minutos y ve preparando lo que sea.

–No te emociones, sargento, sólo es un correo.

Mientras ponía en marcha la moto, a J. B. Silva el cielo le pareció más azul.

Camino de Puigcerdà pensó en lo que había pasado en la finca. La pobre veterinaria le daba pena, pero al fin y al cabo era ella la que había metido a la letrada en el caso. Si era lista, habría tomado nota y la estaría facturando a Barcelona.

Hay que joderse. Eso fue lo primero que le vino a la cabeza cuando la reconoció desde la entrada de la finca, antes de recorrer el camino hasta la casa. Había ido hasta allí para hablar con la veterinaria, y en el entierro le había quedado bastante claro que la hermana de Miguel no era de las que lo ponían fácil. Que fuese una Salas lo complicaba todo. Para ser sincero, no sabía muy bien cómo comportarse con ella. Al verla se le ocurrió que, si intentaba apretarle las tuercas como en el funeral, esta vez no estaría presente el ex comisario para templar la situación y, sin testigos, podría pararle los pies y ponerla en su sitio, que buena falta le hacía. Al fin y al cabo era la única Salas a la que no le debía nada.

Mientras rodeaba el sauce para aparcar al lado de la casa, la repasó con disimulo. Parecía poseída por el móvil. Se apoyaba sobre una de sus botas altas, y los vaqueros ajustados y el bolsazo que colgaba de su antebrazo eran toda una declaración; demasiado para cualquiera. Sospechó que estaba esperando a que se acercase para echarle la bronca ahora que no estaba su abuelo delante, y eso ya le puso tenso. Se quitó el casco y los guantes, y los dejó sobre el asiento de la moto. No quería enfrentamientos, pero tampoco tenía por qué aguantar malos rollos. Recordaba bien cómo la había sujetado el ex comisario cuando intentó presionarle y la mirada de odio que le había lanzado ella. Más respeto a tus mayores, nena.

Entonces la vio cambiar de posición y le miró el culo. A la letrada le sobraba mala leche y le faltaban tetas, pero había que reconocer que tenía un buen detrás conseguido en algún gimnasio pijo, seguro. En aquel momento, se le ocurrió que podía pillarla desprevenida y darle los dos besos que le había negado en el funeral. Se imaginó sobre ella, echados en cualquier parte, y el deseo le cruzó el cuerpo al instante. Pero, por respeto al ex comisario y a Miguel, intentó poner distancia y abordarla con educación. Hasta pensó que podía ser que la hubiese juzgado precipitadamente. Quizá sólo había tenido un mal día, o simplemente era una tía arisca. Pero desechó la idea al acordarse de su mirada. Contenía algo que no alcanzaba a definir, algo que lo hacía sentir insignificante, sin opciones, una especie

de barrera de clases.

Y, mientras esperaba a que la veterinaria apareciese de un momento a otro en la puerta, se había tomado su tiempo para llegar a la escalera de la entrada. Pero no apareció, y aunque sabía que no era buena idea, al final tuvo que preguntarle a la letrada. Y, cuando ella no quiso decirle dónde estaban los establos, a J. B. le dieron ganas de sacudirla, pero sólo se la quedó mirando para intimidarla. Aunque tampoco lo consiguió. Y, entonces, ella fue y se apartó el pelo, para provocar. Con cualquiera de las tías con las que salía sabía a qué atenerse, porque ese gesto era una señal, el pistoletazo de salida. Pero, con las de su clase, era más bien un mírame pero no te canses. ¿Y dónde coño estaban los establos? Y entonces se había quedado parado, de pie, como un imbécil. Y empezó a sudarle la espalda y a picarle el cuello del jersey, y decidió que pondría la lavadora en cuanto llegase para no tener que ir disfrazado con el culo del armario.

Al llegar a la recta de Puigcerdà soltó un poco la muñeca. Vamos, macho, que no es tan grave. Ya te lo habían advertido. Miguel te habló de ella, de su mala leche y del tipo de clientes a los que defiende, así que fuiste un bocazas en el funeral. No deberías haber hablado del caso delante de ella, aunque sea la nieta del ex comisario. ¿Acaso no has visto la chulería con la que pretendía que te disculpases? Ahora, que también hay que reconocerle unos buenos reflejos... Lástima de Solano.

Llegó a la rotonda de Puigcerdà y torció a la derecha para subir hacia el centro, a los sótanos del hospital, donde le esperaba Gloria. A ver si había suerte y la letrada se largaba pronto.

Kate permanecía apoyada en la barandilla del porche de la cocina. Había puesto el manos libres para poder escuchar a Luis mientras limpiaba los antiguos ciclámenes de la viuda, que estaban llenos de hojas secas.

— Sólo te digo que no te fíes y que mantengas los ojos bien abiertos. Marcos y su ayudante son de lo peor que corre por aquí. — Kate tensó los abdominales, atenta al cotilleo de su adjunto.

— Tenías que haber visto su cara cuando reparó en las flores de tu despacho — continuó Luis —. Creo que se quedó sin espacio para el aire porque la envidia le llenaba hasta los pulmones.

— Qué bruto eres.

Volvió a tensar los abdominales y empezó con el último tiesto.

— Lo que tú digas, pero cuando me preguntó quién te las mandaba y le dije que eso no era de su incumbencia, me fulminó con la mirada. Lástima que esté tan bueno. Puede que, si le soltase algo de información, me hiciese un favorcito...

— Ése pica muy alto. Contigo no tiene ni para el aperitivo.

— Perdona, jefa, pero ése ha sido un comentario con muy mala leche.

— Te lo digo por tu bien. Además, no le va el pescado. Ya sabes lo que se rumoreaba de su lío con Ana Mortuño.

Entró en la cocina y cogió el cubo de la basura. Le sorprendió encontrar en él una bolsa usada del supermercado en lugar de una de basura, y volvió a salir al porche. Luis continuaba hablando.

— ... Además, ¿con ese vejstorio? Yo no me creo nada. A la gente le gusta mucho hablar.

—Y a ti no...

—Si me vas a criticar, que sepas que yo sólo lo hago para mantenerte informada. No puedo permitir que mi jefa desconozca los rumores si quiero que llegue tan alto como sea posible, y yo con ella. Respecto a lo que se dice de la Mortuño, te digo yo que son malas lenguas.

—Es la socia mayoritaria, junto con Paco, y una mujer muy rica. Eso, para un trepa como Marcos, es como la miel para un oso.

Kate echó las hojas muertas en la bolsa del cubo y pasó la mano por la encimera para limpiar la tierra. Pero la palma se le quedó llena de polvo y buscó donde limpiarse maldiciendo a Dana por tenerlo todo tan descuidado.

—Tú di lo que quieras, pero el aspirante tiene un buen...

—¡Vale, Luis!

—Como tú digas. Veo que los aires alpinos te han dejado fría como el hielo.

—Y tras una pausa breve añadió—: Acaba lo que tengas que hacer y vuelve, que se te echa de menos. Y que sepas que al trepa le interesas, digas lo que digas.

A Kate, con el cubo aún en la mano, se le escapó una sonrisa maliciosa.

—Como tú dices, hay cosas que están fuera de su alcance. Además, liarse con alguien de la oficina es la forma más rápida de destrozar tu carrera. Si no, mira a Marta, tuvo que buscarse la vida en cuanto se enteraron de lo suyo con Poncho.

—Pero Marta era una simple mortal, no la preferida de «el don», querida. A ti nadie te sopla. Por cierto, ¿no vas a contarme nada de la cena con el jefe?

—No hay nada que contar, nos centramos en el asunto de Mario. —Y, para zanzar el tema, resolvió—: Bueno, me ocupo del técnico y hablaré del juez con Paco.

—Ya veo que no vas a soltar prenda —le oyó suspirar con afectación—. Bueno, sigo con el asunto de los Marrero y sus líos con la Hacienda pública. A ver qué saco en limpio. Hoy me quedaré hasta tarde. Si quieres algo, ya sabes.

Kate conocía de sobra el significado de ese tonillo plañidero y entró en el juego.

—¿Hoy no vas a ver a tu Tim?

Oyó otro suspiro apenado.

—No sé cómo... Alguien se fue de la lengua sobre lo que sucedió el sábado pasado en el W y hace dos días cortó conmigo con un mensaje. ¿Te lo puedes creer?

Ahora no sé cómo arreglarlo. En fin, ya veré. Estoy algo noqueado. Pero te juro que cuando pille al chivato le cortaré algo que va a echar en falta.

Kate sonrió.

– Eso te pasa por quererlo todo. Si te comprometes, hay que ser serio.

– ¿Vas a darme una charlita sobre el compromiso a estas alturas?

Kate sonrió.

– Eres imposible. Bueno, no te olvides de las cuentas del financiero y que nadie sepa nada hasta que lo tengamos bien atado.

– A la orden, jefa.

– Luis.

– ¿Sí?

– Ten cuidado con los informes y los listados. Marina se mueve por los despachos como una culebra y, si sale a la luz lo del financiero, estamos muertos.

– Descuida, jefa, con ésa no tengo ni para empezar. – Y colgó.

Kate frunció el ceño. Luis estaba tranquilo porque desconocía la conversación que ella había mantenido con Marina, la ayudante de Marcos, el día del ascenso. El modo en el que se había colado en su despacho para intentar hacerse con el puesto de su adjunto a espaldas de su propio jefe, a quien ya no iban a ascender. Feo, muy feo. El mundo está lleno de gente que hace cosas feas para trepar medio escalón, pensó. A Luis, con su actitud de liante amanerado, sabía Kate que podía confiarle la espalda y el puñal, porque bajo esa fachada de modelo bronceado y libertino había un tipo con principios.

Entró en la casa dispuesta a terminar la conversación con Dana y a librarse de una vez por todas del sargento. Luego llamaría a Paco para comentarle que la asignación de juzgado era favorable para sus intereses. En el salón, Dana preparaba el fuego arrodillada en el suelo, ante la chimenea, mientras Gimle la observaba tumbado en su almohadón pero con la cabeza alerta. Kate notó un fugaz instante de decepción al darse cuenta de que el sargento ya no estaba. La veterinaria atizaba el fuego, y ni siquiera se volvió.

– Veo que el sargento ya se ha ido.

No obtuvo respuesta, y miró al techo con resignación.

– ¿Qué te pasa ahora?

–Nada.

Pero, tras una pausa tensa, Dana explotó.

–¡Sí, sí, me pasa algo! ¿Es que no tienes cabeza? ¿Te crees que estás en tu bufete y todos van a tragar con lo que hagas? ¿Sabes cómo me he sentido con ese policía cuando te has ido? No tienes ni idea del lío en el que estoy metida, ¿verdad? Sólo te preocupas de tus cosas, y ya ni siquiera sé si fue una buena idea llamarte, la verdad.

Kate enarcó las cejas.

–He venido para ayudarte, como hago siempre que me pides auxilio. Además, a ese tipo no le he dicho nada que no haya oído ya. ¿Acaso no le has visto? Esos polis están curtidos, lo soportará, créeme. Y si hubiera dejado que siguiera por ese camino, lo estaríamos lamentando porque, seguramente, ya habrías dicho alguna bobada que te implicaría. Son especialistas en liar a la gente. Lo sé, he visto trabajar a muchos como él.

Dana la escuchaba en silencio, consciente de que su enfado se iba deshinchando como un globo. Siempre le ocurría lo mismo con sus argumentos, y Kate lo sabía. Dana se llenó los pulmones de aire y lo sopló para expulsarlo. Le dolía la falta de tacto de Kate y el modo en el que menospreciaba su capacidad para salir adelante sola. Antes no era así. Antes siempre estaba dispuesta a echarle un cable sin que ello supusiera un esfuerzo. Kate estaba cambiando, y para mal. En adelante no volvería a pedirle ayuda. Ahora se alegraba de no haberlo hecho para resolver sus problemas con el banco. Respiró hondo. Pensar en eso la aturdió. Últimamente ya no eran sólo las cartas, que podía esconder en el cajón y olvidarse de ellas. Ahora era el acoso constante de las llamadas y el miedo cada vez que sonaba el móvil. Alzó la vista hacia el retrato de la abuela y suspiró. Si por lo menos el tipo de la hipoteca le diese un respiro... Kate la observaba en silencio y le recordó a Dana su problema con la muerte de Jaime Bernat.

–De todos modos, lo que pasa es que ahora no tengo coartada –se lamentó.

–Santi habrá hecho algún trato con alguien para quitarse de en medio porque no le interesaba salir en la foto. Todo el mundo está al tanto de la mala relación que tenía con su padre, y haber estado ahí no juega a su favor. Tú no te preocupes, sólo recuerda lo que te he dicho cada vez que ese sargento vuelva por aquí.

–Ya, pero no era necesario ni prudente ofenderle tanto.

—Sobrevivirá, los de su calaña tienen la piel dura, como los cocodrilos. ¿Acaso crees que no es consciente de su incompetencia? Si fuese un buen policía, ya tendría al que atropelló a Jaime Bernat.

— ¿Murió atropellado?

—No, pero alguien lo atropelló después.

Dana la miró pasmada. Y no necesitó articular la pregunta que tenía en mente para que Kate la respondiese.

—El sargento se lo dijo al abuelo en el entierro.

—Qué cosa más absurda ¿Quién haría algo así?

—Mucha gente. Pero yo apuesto por Santi. Se ha dado demasiada prisa en buscar una coartada que lo sitúe bien lejos del pueblo.

Dana se encogió de hombros. Con los Bernat todo era posible.

—¿Sabes qué? Me quedaré un par de días más por si a tu sargento se le ocurre volver, aunque con lo de hoy no creo que se atreva. De todos modos, me gustaría ver el lugar en el que te peleaste con Bernat. ¿Dónde fue?

Dana la miró intrigada.

—En la era de Pi, casi en la carretera. ¿Por qué quieres ir? Seguro que está plagado de malas vibraciones, sobre todo si su alma se resiste a dejar el valle.

Kate entornó los ojos.

—No me extrañaría que estuviese aferrada a la tierra con los dientes, como una posesa.

Ambas rieron.

—No, en serio, quiero que me acompañes y me digas lo que ocurrió mientras estuviste allí.

La veterinaria negó con la cabeza.

—Va, quiero que vayamos y me digas dónde estaban exactamente Jaime y Santi —insistió Kate. Y, de repente, se puso de pie—. Vamos, a esta hora aún hay luz.

Dana se levantó resignada. La conocía lo bastante para saber que no la dejaría tranquila hasta haber estado allí. Y mejor sería darse prisa, porque no tenía ningunas ganas de pasearse por la era de los Bernat a la luz de la luna. Mientras Kate cogía las llaves del coche y ella las chaquetas, se le ocurrió algo.

– Entonces, el miércoles aún estarás por aquí...

– ¿Por?

– Nada, antes tengo que hablar con alguien. Por cierto, ¿quién te ha telefoneado? – preguntó.

– Luis. Y eso me recuerda que tengo pendientes algunas llamadas urgentes, así que cuando volvamos subiré un rato. Por cierto, tienes la nevera como en un hospicio. Espera un momento, que necesito lavarme las manos. – Le mostró las palmas, sucias de tierra y polvo.

Dana frunció el ceño y Kate lanzó una mirada fugaz al retrato de la viuda.

– Tenías los ciclámenes hechos una pena – susurró—. Y en el lavabo de arriba no queda papel. Tengo hambre y tu despensa está que da pena.

Dana la escuchaba sin emoción y Kate notó de nuevo sus tripas.

– Mira, vamos a comer a Alp, al Bodeguín, me muero por uno de los bocadillos de atún con aceitunas gigantes. Y luego hacemos una buena compra en el súper – propuso animada.

Dana asintió sin convencimiento. ¿Cómo iba a decirle que no quería ir al supermercado, que llevaba semanas sin acercarse a uno? Que ya ni siquiera añoraba las cosas que llevaba tanto sin probar, como los frutos secos o los yogures griegos. Kate cerró la puerta del baño, Dana buscó su móvil y le escribió un *whatsapp* a Miguel. Que ella recordase, en todas las mudanzas faltaban manos.

Cuando sonó el teléfono y Montserrat le comunicó que había llegado un informe de la policía científica para ella, Magda sonrió. Desde que algún imbécil inepto había multado al hijo del alcalde por un test de alcoholemia sin importancia, las relaciones con la alcaldía no pasaban por su mejor momento y esperaba que el contenido del informe fuese la excusa perfecta para restaurarlas y que, de nuevo, el poder político y las fuerzas del orden fuesen aliados.

Además, el hijo del alcalde era del mismo equipo de hockey que Álex, y con frecuencia iban juntos a casa a prepararse algo de comer después de los entrenamientos. No era agraciado como su hijo, porque había salido a la familia de Matilde, y tenía los ojos juntos y apagados de una tortuga, igual que la alcaldesa consorte. Pero a Álex le iba de perlas tener a alguien bien relacionado para salir por ahí mientras estuviesen destinados en el valle. Y cualquier cosa era mejor que una pueblerina a la que, en cualquier descuido, le podía dejar un regalito. Sonrió. Había encontrado preservativos de colores en su mesilla de noche y en el cajón de los calzoncillos. Normal, Álex era igual que su abuelo materno, como un armario y con acabados de lujo.

Dos golpes suaves en la puerta, y Montserrat entró para dejarle el informe sobre la mesa y volver a salir sin hacer ruido. Desde luego, la secretaria había resultado mucho mejor de lo que le pareció en un principio. El único problema eran sus aires de Juana de Arco cuando hablaba de los derechos de los agentes, pero la comisaria podía bregar perfectamente con eso. Después de la que le había montado con los turnos, Magda decidió echar un vistazo a su ficha para ver si, en caso de ponerse demasiado pesada, existía la posibilidad de quitarla de en medio. Lo que más la sorprendió fue la edad porque, la verdad, por su aspecto jamás habría imaginado que ambas eran del mismo año. Cogió el sobre que acababa de traerle la secretaria y lo abrió.

El documento arrojaba información inesperada sobre la muerte de Bernat. Lo releyó y pulsó el interfono para ordenarle a Montserrat que avisara a Silva de inmediato. La secretaria le dijo que el sargento había salido y, además, le recordó que faltaban quince minutos para que llegasen los de atestados, que venían a reunirse con ella. Magda repitió la orden en un tono que no dejó lugar a excusas, quería verle en su despacho después de la reunión. Antes de soltar el botón del intercomunicador, dudó si empezar sólo con Desclòs, pero desechó la idea y levantó el dedo. A pesar de su aspecto, Silva era el hombre más preparado que tenía, y el hijo del juez distaba mucho de ser un ingenio de la naturaleza. Con el informe todavía en la mano, se recostó en el respaldo de su butaca y abrió el último cajón con la punta del zapato. Apoyó los pies en él y releyó el informe para cerciorarse de que sus conclusiones eran correctas.

Definitivo y concluyente. En ocasiones, los de la científica empleaban un argot poco claro a la hora de redactar los informes y uno podía dudar de lo que había entendido. Esta vez no. Ella no. La conclusión era clara, cristalina, y cambiaba por completo el caso. De hecho, convertía la muerte de Bernat en un crimen. Magda sonrió satisfecha. Eso significaba la oportunidad de estar en primera línea, de repartir información con cuentagotas según sus conveniencias, y de tener al alcalde y a los del CRC comiendo de su mano si querían averiguar lo que había ocurrido con Bernat.

Miró a través del ventanal del despacho, y el cielo crepuscular de los anocheceres del valle la transportó a sus encuentros con Hans. Había quedado con él en el hotelito y quería pasar por casa para ducharse y ponerse ropa interior sexy. Puede que no fuese un gran profesor de golf, pero su dominio de otras artes compensaba con creces la factura de las clases. Con la cabeza recostada, cerró los ojos y saboreó el recuerdo de su último encuentro. Notó un estremecimiento intenso. El cuerpo del holandés siempre la hacía temblar, y eso no era nada fácil. Su ex, por ejemplo, no lo había conseguido ni una sola vez. Magda estaba convencida de que la diferencia de edad no había tenido nada que ver. Además, se consideraba una mujer práctica, y el cargo de su ex marido, como jefe supremo de la división de delitos financieros, siempre le había parecido más importante que unos temblores que, al fin y al cabo, aprendió a conseguir de otras fuentes. Miró el reloj de la pared y se relajó. Quedaban tres horas para encontrarse con Hans. La reunión con los de atestados no pasaría de media hora, y el encuentro con Silva le llevaría sólo unos minutos. Cerró los ojos y perdió la noción del tiempo.

Era Bernat, Santa Eugènia

Antes de llegar a la era de Pi, Dana leyó la respuesta de Miguel a su *whatsapp* y miró a Kate de reojo. Ahora sólo le faltaba convencerla para que se quedase un día más. Mientras la veterinaria pensaba cómo se las apañaría para conseguirlo, Kate aparcó en el estrecho arcén de la carretera de Pi y bajaron del coche. Dana llevaba puesto el anorak de su abuela como escudo protector, convencida de que no podía quedar nada bueno donde había traspasado, si es que lo había hecho, alguien de la calaña de Jaime Bernat.

El zarzal intermitente que separaba ambos campos comenzaba a pocos metros del coche y se perdía en la arboleda de la parte alta de las eras. Allí donde empezaba el frondoso bosque de abetos que cubría la cima de la montaña de Santa Eugènia. A mitad de la cuesta, una cinta blanca y azul marcaba la zona en la que había aparecido el cuerpo de Jaime Bernat. Kate cerró el coche y observó un momento el trozo de terreno acordonado. Acto seguido saltó la acequia y entró en la era. Cuando se volvió, Dana también miraba hacia arriba. Pero seguía de pie junto al coche, como si éste pudiese protegerla de algún modo. Le preguntó, y Dana empezó a contarle que, mientras discutía con Jaime, Santi les había estado observando desde más arriba. Cuando la vio llevarse los dedos a la boca y empezar a pellizcar los hilos del esparadrapo con los dientes, Kate se sujetó a la alambrada y empezó a subir. Dana la seguía a pocos metros, atenta a cualquier ruido de motor. Empezaba a oscurecer, y temía que si alguien pasaba por allí y las descubría, avisase a la policía y todo acabase complicándose aún más. Cuando llegaron a donde estaba la cinta, Kate se detuvo y volvió a estudiar con atención el terreno acordonado y los alrededores.

—Es decir, que Santi arreglaba la alambrada a la altura del poste grande
—aventuró señalándolo con la mano.

–No, un poco más abajo, en el anterior. Y tenía el quad un poco más arriba –matizó Dana en un susurro—. Creo que también llevaba un remolque.

–Y, entonces, tú llegaste y te bajaste del tuyo para matar a Jaime –se burló.

Dana la miró indignada. ¿Cómo podía bromear en un momento así, cuando cualquiera podía pasar y pillarlas husmeando donde no debían?

–Eres idiota. Venga, vamos, ahora ya lo has visto y, si alguien nos descubre, la policía tardará cinco minutos en presentarse.

–No te preocupes, ni siquiera hemos profanado la escena. Aún...

Kate soltó una carcajada al ver la expresión de Dana, y a ésta le dieron ganas de darle un guantazo a su amiga.

Apenas un minuto después, la veterinaria la oyó gritar:

–Ya podemos irnos.

Dana le respondió molesta.

–No tengo ni idea de por qué hemos subido hasta aquí.

–Pues para comprobar algo, y ya he visto lo que necesitaba. Además, si no nos vamos, igual te da un tembleque y tengo que cargar contigo hasta el coche. Que sepas que te bajaría rodando –amenazó.

Dana se dio la vuelta, aliviada, y empezó a bajar la cuesta. Apenas había luz y se le ocurrió que, aunque alguien pasase por la carretera, al cabo de unos minutos sería improbable que las viese. Y, en cuanto al coche, nadie reconocería el A3 de Kate. Esa idea la tranquilizó.

Pero al poco de empezar el descenso advirtió el silencio inesperado que la acompañaba y se volvió. Kate había entrado en la zona acordonada. Dana tuvo ganas de gritarle algo, pero empezó a respirar con dificultad. Se quedó quieta, dudando si volver a subir y echarle la bronca. Pero un segundo después, como si hubiese oído sus pensamientos, Kate empezó a bajar. Lo hacía por la era de los Bernat, y ella le hizo señales para que volviese a sus tierras. Cuando la alcanzaba, se volvió para empezar a bajar y el corazón le dio un vuelco. Había un coche parado detrás del A3 y no se veía a nadie alrededor. Intentó distinguir si el conductor seguía dentro. No fue capaz. A esa altura no había dónde esconderse. Los terrenos estaban despejados desde la carretera hasta la arboleda, así que sólo podía tirarse al suelo y rezar para que no las hubiese visto ni hubiese reconocido el coche. Se volvió buscando a Kate y no la vio por ninguna parte. La oscuridad ya era casi total y

estaba sola al lado de la alambrada. Notaba la garganta tan seca que ni siquiera podía gritar el nombre de su amiga. Trató de controlar la respiración, inspirando por la nariz. Pero cuando la contenía para oír las pisadas de Kate, sólo era capaz de escuchar el bombeo furioso de su corazón. Se agachó y volvió a mirar hacia el coche. No podía quedarse allí, agachada toda la noche, era absurdo. Además, en realidad no habían hecho nada. En un alarde de valentía cogió aire y susurró el nombre de Kate. Pero no obtuvo respuesta. Apoyó una mano en la alambrada y se ayudó de ella para levantarse. Con paso inseguro fue bajando con una mano sujeta al alambre de arriba. Notó los primeros cortes y rasguños, pero siguió avanzando. Jamás debían de haber pisado la tierra donde había muerto Jaime Bernat. Cuando llegó abajo sólo encontró el coche de Kate. Ni rastro de ella o del otro vehículo. Miró a ambos lados de la carretera y, en ese instante, se encendieron tenuemente las luces de una granja a la entrada de Pi, a unos trescientos metros de donde se encontraba. Entornó los ojos y buscó angustiada en todas las direcciones, incluso hacia lo alto de la era. A su alrededor todo era oscuridad, apenas se distinguían ya las cintas blancas que acordonaban la zona donde había discutido con Bernat. Empezó a pensar que tal vez su alma se negaba a abandonar la montaña que tanto había deseado en vida, y el cuerpo se le fue encogiendo con la espalda contra la puerta del coche. En seguida notó la náusea, que le subía desde el estómago. Se agachó e intentó contener las ganas de vomitar. Se mantuvo así, agazapada, escuchando el silencio, preparada para lo peor. No había señales de Kate y la oscuridad lo envolvía todo como una telaraña asfixiante. Estaba convencida de que el temblor de las piernas no la dejaría subir hasta el lugar donde había visto a su amiga por última vez. Sólo era capaz de decirse que era una cobarde por no ir en su auxilio. Se acurrucó y cerró fuertemente los ojos para poder pensar. La náusea seguía ahí, amenazadora, cada vez más intensa. Y entonces lo oyó. Era un susurro. Con la piel erizada, abrió los ojos y la vio acercarse por la carretera con la BlackBerry pegada a la oreja.

Comisaría de Puigcerdà

Al llegar al aparcamiento de la comisaría, J. B. vio que tenía varias llamadas perdidas de un móvil desconocido. Pero lo que acababa de decirle Gloria era demasiado importante como para perder el tiempo devolviéndolas. Bajó de la moto y se dirigió al edificio con la sensación de avanzar flotando sobre el suelo. Además, había quedado con la forense para tomar algo en el Insbrük después del trabajo y así poder contarle cómo se había tomado «la doña» la información del correo que acababa de darle. J. B. estaba exultante. Y no sólo porque hubiese caso, que lo había, sino porque su instinto había funcionado una vez más. Y también por el placer que suponía asestar una patada moral en los morros a la comisaria. Lo único que oscurecía su cielo azul era la posibilidad de que le endosasen a Descòs sí o sí. Pero, aun así, le quedaba la baza del informe. Se lo recordaría a la comisaria, y ella se vería obligada a aceptar de nuevo que él tenía razón. Cuando entró en la comisaría, Montserrat le llamó con la mano.

J. B. aprovechó para comentarle que la noche anterior no había podido encontrar el dossier sobre el CRC. Montserrat, sin levantar la vista de los listados que revisaba, le respondió que cabía la posibilidad de que estuviese entre los documentos que el comisario Salas-Santalucía se había llevado al jubilarse. Tendrás que preguntarle, había dicho. Luego le comentó que habían llamado varias veces desde Barcelona preguntando por él.

— Era una voz de mujer y se trataba de algo relacionado con tu madre.

J. B. recordó las llamadas perdidas del móvil y lo sacó del bolsillo. No era el número de la señora Rosa, la vecina que cuidaba de ella, y eso lo tranquilizó.

— ¿Está la jefa?

— Está reunida con los de atestados. Luego quiere verte.

Montserrat parecía absorta en los listados, pero J. B. no podía esperar.

–Mientras, ¿puedes ponerme con el número que tenemos de Santi Bernat?

La secretaria asintió sin apartar los dedos de las teclas del ordenador.

Cuando J. B. colgó, apenas un minuto después, Montserrat seguía ignorándole por completo. Pero él necesitaba compartir lo que acababa de averiguar.

–Según su hijo, Jaime Bernat llevaba años sin pisar el consultorio de un médico, de modo que no estaba prescrito de nada en absoluto ni tomaba medicamentos de ningún tipo.

La secretaria lo miró como si estuviera loco y volvió a su pantalla. J. B. se dirigió al aparcamiento.

Santi había aprovechado la llamada para preguntarle por los objetos de su padre, el anillo y el bastón, y él había respondido que lo estaban investigando, sin dar demasiados detalles. Eran casi las cinco, no había comido y fuera empezaba a oscurecer. Necesitaba acercarse a comer algo antes de hablar con Magda. Luego, antes de ir al Insbrük, se pasaría por Correos a ver si sabían algo de la bocina que había pedido por Internet. No había dado dos pasos fuera del edificio cuando volvió a recibir una llamada del número desconocido, y la rechazó. Seguro que le buscaban para venderle algo a su madre. Hacía tres semanas que no hablaba con ella ni con la señora Rosa, y ni siquiera se había acordado de telefonarle. Culpabilidad y malas sensaciones. Decidió llamar a la señora Rosa y bajar el sábado a visitar a su madre. Buscó el número y marcó. Mientras escuchaba el tono vio luz en la sala de reuniones de la primera planta. Seguro que la comisaria tenía para rato, así que le daba tiempo a pasar por El Edén.

–Ñora Rosa...

–Niño, estamos en urgencias con tu madre. Ha vuelto a dejarse el butano encendido y por poco explota todo el edificio.

J. B. tragó saliva.

–Doy aviso en comisaría y en una hora estoy ahí. ¿En qué hospital está?

–Para el carro. Sólo tiene una quemadura en el brazo. Nos mandan para casa en seguida y me la llevo conmigo. Tú ven mañana, cuando puedas. No cojas la carretera de noche, no hace falta. Mi Mari está aquí con nosotras y nos lleva.

– Gracias, Rosa. Doy aviso y mañana a primera hora estoy ahí.

– Juanillo..., hay otra cosa. Los vecinos me han dicho que hable contigo o llamarán a los servicios sociales. Sola ya no puede estar. Tienes que buscar algún sitio para que la tengan y cuiden de ella.

– Pero si eso ya lo hace usted muy bien, señora Rosa.

– Ya, niño, pero ahora con el nieto voy entrando y saliendo a la guardería y al parque, y no puedo estar por ella como antes.

– ¿Y si le pago? Rosa, ella no va a querer estar con nadie que no sea usted.

– No me ofendas, Juanillo, que yo a tu madre la quiero como a una hermana, tú lo sabes, pero ya no puedo. Cada día está peor. A veces, cuando me quiero dar cuenta ya ha salido a la calle con el camisón y el paraguas, descalza. Con lo que ella era... Me da una pena... Pero no puedo decirle a mi hija que no voy a hacerme cargo del niño porque tengo que cuidar a tu madre, ni tampoco meterla en casa, que ya tengo bastante con lo que cargo.

– ¿Y qué voy a hacer ahora?

– Pues buscarle un sitio bien bonito y yo iré a verla todos los días.

– ¡Qué jodida!, A visitarla sí que irá, ¿eh? Usted me dijo que se ocuparía, Rosa, y ahora me deja tirado – la acusó encendido.

La mujer hizo una pausa.

– Mira, Juanillo, yo sé que no piensas lo que dices, y no quiero seguir hablando contigo porque te conozco y no quieres ofenderme, pero podrías, así que voy a colgar y cuando estés más tranquilo me llamas.

J. B. se rodeó la cabeza con las manos y al notar el golpe del teléfono móvil en su sien derecha lo lanzó contra el suelo mientras soltaba un mierda tras otro con rabia. El aparcamiento de la comisaría no era el lugar para desahogarse, pero la vida era una mierda y él no podía hacer nada por evitarlo. Recogió con rabia las piezas del móvil esparcidas por el suelo y se dirigió al edificio. Antes de llegar a la puerta de cristal vio que la secretaria, con el teléfono en la oreja, le observaba. No podía con ella, no podía con nadie, así que dio media vuelta, se metió lo que quedaba del móvil en el bolsillo y subió a la moto. Se puso el casco y arrancó. Cuando daba marcha atrás para encarar la salida, algo le tocó la espalda y se volvió, colérico.

Montserrat le estaba gritando algo que el motor le impedía oír. La secretaria

jadeaba por la carrera desde su silla hasta el aparcamiento, y J. B. apagó la moto. Aun con el casco puesto oyó que la comisaria le requería en su despacho de inmediato. Miró hacia el edificio. La sala de reuniones estaba a oscuras y acababa de encenderse la luz del despacho de Magda. Le tentó mandarlas a las dos a la mierda y largarse, pero el sentido común le hizo empujar la moto hasta el aparcamiento. Montserrat le dijo que Magda había recibido un sobre de la científica y que, después de leerlo, le había pedido que le localizase.

Cuando entraba en el despacho de la comisaria, J. B. notó que alguien se le acercaba por detrás. Era Desclòs, que le saludó con una sonrisa ladeada. J. B. se preguntó qué hacía allí el caporal y, al instante, pensó que en realidad le importaba una mierda.

Magda les ordenó que se sentaran. Sobre la mesa tenía un portafolios abierto y un documento encima con la palabra digoxina subrayada. J. B. comprendió en seguida que lo que llevaba en el bolsillo de la cazadora era una copia del mismo documento, la que acababa de darle Gloria. Después de hablar con doña Rosa, se había olvidado de la forense por completo. La comisaria respiró hondo y les anunció que acababa de recibir información crucial sobre el caso Bernat, unos análisis que modificaban el escenario en el que se habían movido hasta entonces. Acto seguido, permaneció unos instantes en silencio, disfrutando de la cara de sorpresa de Desclòs. Luego prosiguió con petulancia.

El alcalde en persona le había pedido prioridad y diligencia máxima para resolver el caso. Naturalmente, había que mantener el asunto en el más absoluto secreto. Nadie estaba autorizado a hablar de ello, ni siquiera con el hijo de Bernat, porque, hasta que se supiera algo más, cualquiera podía ser sospechoso. En ese punto, la perplejidad del caporal dio paso a una evidente indignación que le costaba contener. Pero la comisaria ignoró el modo en el que Desclòs se había acercado a la mesa y su manifiesta intención de hablar, y siguió a lo suyo.

Empezarían por solicitar un registro de la finca y la casa de los Bernat. Desclòs por fin se atrevió a interrumpirla y defendió sin argumentos la inocencia de Santi. Cuando Magda cerró el portafolios, el caporal le comentó que varios testimonios implicaban a la veterinaria de Santa Eugènia. J. B. le hubiese cerrado la boca de un puñetazo, pero el problema que le acababa de caer encima con lo de su madre le tenía ofuscado y las tripas le ronroneaban como un gato en celo. Magda asintió y, dirigiéndose a Silva, ordenó que registraran también la finca Prats. Mientras tanto, ella se ocuparía de controlar a la prensa y de dar la información

pertinente cuando conviniese.

A J. B., con la mente aturdida, se le ocurrió que aquél era un color estúpido para el pelo de una mujer y que «la prensa» que él había visto hasta entonces en el valle se reducía a publicaciones mensuales que todos usaban como fondo del cubo de la basura. Desclòs se movió satisfecho a su lado y el familiar tufillo del caporal le llegó como un hálito tóxico. Después de la semana anterior, había esperado no tener que volver a compartir nada con aquel neandertal más allá del techo de la comisaría. Pero ya veía que no iba a librarse de él hasta que la comisaria echase un vistazo a su informe sobre la relación entre las dos familias. No quería meterse en problemas con un compañero, pero Desclòs era de los que le despertaban el pronto y, con el disgusto de su madre, no tenía el cuerpo para contenciones.

Pero ocurrió lo previsible. J. B. intentó protestar y apeló al informe del caso que le había entregado a Magda. Por desgracia, la comisaria no estaba dispuesta a dejarse contradecir, así que el sargento salió del despacho con un caso que resolver y un ayudante indeseado que fue tras él, como una sombra, hasta el interior de su despacho. Allí, J. B. dobló la copia del informe de tóxicos, la metió dentro de la cazadora y se subió la cremallera. Cogió las llaves de la moto y, sin mirarle siquiera, le dijo a Desclòs que le vería por la mañana.

Kate levantó la tapa de su maletín, sacó la crema hidratante y se frotó las manos con ella. Hacía años que no compraba tantas cosas en un supermercado. De hecho, había empezado con cuatro tonterías y había acabado con siete ecobolsas enormes completamente llenas. Entre el peso y el frío, así tenía las manos.

Dana había llegado a la finca descompuesta tras vomitar varias veces en plena carretera, así que al final Kate había decidido ir a la compra sola.

Se frotó con fuerza hasta que su piel absorbió toda la crema. La verdad, no se explicaba cómo su amiga tenía la casa tan dejada. Ni siquiera había encontrado productos de limpieza cuando intentó poner en marcha el lavaplatos, y tuvo que bajar a buscar papel de váter porque en su baño no había. En fin, como siempre, Kate al rescate. Se sentó en el escritorio y enroscó el tapón de la crema, luego cogió uno de los pañuelos de papel para secarse las palmas y las frotó con energía. Al volver de la compra la había encontrado envuelta en una manta con *Gimle*, delante del fuego del salón, con una gran taza entre las manos y embobada en el cuadro de la viuda. Pero con bastante mejor color. Tuvo que obligarla a levantarse y a ordenar la compra mientras ella subía a revisar el correo electrónico. Al final, incluso había conseguido que se ocupase de preparar la cena. A ver lo que comían...

Habían pasado casi cuatro días desde la noche del Arts y en su bandeja de entrada no había ni rastro de Paco. Eso ya era una señal. Una mala señal, de hecho, así que ya sabía a qué atenerse. Miró los portafolios que se apilaban sobre la mesa con la documentación que había subido. Todos llevaban una etiqueta impecable con sus iniciales y la numeración del caso. Las últimas cinco cifras correspondían a la suma de todos los expedientes que Kate había defendido para el bufete, una codificación propia que mantenía desde el primer día y que le recordaba todo el trabajo realizado.

Aquella mañana, al enclaustrarse en la habitación para concentrarse en el caso de Mario, también había examinado a fondo el dossier con los datos del técnico andorrano que le había remitido Luis. Y decidió resolverlo por su cuenta, sin consultarlo antes con Paco. Con esa intención le había llamado directamente para ofrecerle lo que él necesitaba a cambio de su colaboración.

Al colgar se había sentido satisfecha. Desde su punto de vista, la negociación con el técnico había sido perfecta. Tanto era así que al cabo de un par o tres de días él habría borrado los datos que vinculaban a Mario con las transacciones fraudulentas que le implicaban. Entonces decidió llamar al jefe para informarle. La socia de un gran bufete de Barcelona no se detenía por estupideces como quién debería llamar primero a quién después de un encuentro sexual. Así que marcó su número y esperó la respuesta. El contestador de Paco había saltado al fin para dar paso al consabido mensaje: el usuario al que llama tiene el terminal apagado o fuera de cobertura.

Y Kate se había sentido extrañamente aliviada por no haber tenido que hablar con él. La incomodaba imaginar cómo sería su siguiente encuentro en el bufete, y no sabía muy bien cómo actuar mientras tanto. Se alegró de que no hubiese respondido porque sería más fácil ver por dónde iban los tiros si él daba el primer paso. Bien pensado, tampoco estaba mal que no la encontrase allí al volver de viaje. Paco estaba llevando un caso importante del que no le había hablado, y que no la hubiese llamado en dos días para interesarse por el asunto de Mario era realmente significativo. Lo único que lamentaba era la punzada de decepción que sentía por no haber podido darle la buena noticia del técnico andorrano.

Revisó los mensajes y conectó la BlackBerry al cargador antes de bajar a cenar. Luis acababa de mandarle los datos del juzgado y la fecha de la vista. Si quería estar preparada, necesitaba un aplazamiento. Empezó a escribirle un correo para que preparase el documento y antes de acabar recibió una llamada. Paco se coló en sus pensamientos y Kate miró la pantalla con el corazón en un puño. Cuando vio que era su hermano, colgó y acabó de redactar el correo para Luis. No le apetecía aguantar los reproches de Miguel por no haberse ocupado aún de encargar la comida para la fiesta. Por la mañana lo haría; pasaría por La Múrgula, y listos.

Se acercó a la ventana y apoyó la frente en el cristal. La noche era fría y la luna parecía empeñada en iluminar cada rincón como una omnipotente linterna blanca. Descorrió por completo las cortinas y contempló el enorme sauce de la plazoleta. A su alrededor, el suelo era un mar de hojas larguiruchas que

alfombraban el aparcamiento. La viuda siempre había mantenido la entrada y la casa impecables. Aspiró aire. La irritaba que la naturaleza se fuese adueñando de la finca y ocultase su majestuosidad por la desidia de Dana. Puede que estuviese muy liada con sus clientes y los caballos, pero eso no la excusaba de tener la casa y la despensa tan abandonadas. Aunque, bien pensado, nada de aquello podía extrañarle, pues siempre había sido la viuda la que se había ocupado de todo, y encima le daba tiempo de prepararles aquellas Tatin tan deliciosas.

Después de tantos años a su lado, Kate no se explicaba que Dana no hubiese aprendido a cocinar. Ella, en su lugar, con alguien como la viuda no hubiese perdido la oportunidad. Bien que aprendió todo lo que pudo de las motos de su padre, aunque luego no le sirvió para nada. Por suerte, la viuda la había tratado como a su propia nieta y siempre había podido hablar de cosas de chicas en casa de las Prats.

Pero un par de años después de la muerte de su padre, incluso eso cambió. Porque cuando se enteró de lo que le habían ocultado los suyos y quiso irse a vivir con ellas, la viuda no la aceptó. Ésa había sido la segunda mayor decepción de su vida. Hubo un antes y un después tras aquella petición desesperada que la abuela Prats había denegado con educada contundencia. Y, a pesar de eso, Kate había mantenido siempre su papel de protectora de Dana. De hecho, seguía cuidando de ella. Notó que se sulfuraba y corrió la cortina. A veces se le daba pan al que no tenía dientes. La BlackBerry empezó a vibrar sobre la mesa del escritorio y Kate sospechó que Miguel no se daba por vencido.

Había salido cabreado de comisaría, y la recta de Puigcerdà, desierta a esas horas, le dio alas. Era una de esas noches en las que la luna se empeñaba en no dejar ni un rincón a oscuras. J. B. levantó la vista y siguió el perfil de las montañas. Aquél era un lugar hermoso, sin duda; quizá era la grandeza del paisaje lo que, con frecuencia, le hacía sentirse tan solo.

Había sido un imbécil al confiar en la señora Rosa. Ahora, cuando más la necesitaba, se escabullía como una culebra. ¿Cómo se suponía que iba a encerrar a su madre en un sitio de ésos, en una cárcel para viejos? Con todo lo que había hecho por él... Notó el escozor en los ojos y se forzó a pensar en otra cosa.

Por la mañana pediría los registros. El de los Bernat no le preocupaba, aunque desconfiaba de la amistad entre Santi y Desclòs. Sin embargo, el de la finca Prats le producía cierto desasosiego. Sobre todo, por si seguía allí la letrada para complicarle la vida y ningunearle a placer como la última vez. Al recordarlo se le encendían las tripas. Y no podía dejar de pensar en lo bien que le habían tratado Miguel y el ex comisario. Sólo esperaba que ese caso tan importante en Barcelona la hubiese alejado del valle antes del registro, porque como le faltase al respeto delante de los caporales no pensaba contenerse. Puso el intermitente y torció hacia Mosoll.

Era muy raro que una hija, nieta y hermana de policías mostrase esa actitud. Él mismo era un ejemplo de la educación en el aprecio y respeto al cuerpo que inculcaban las familias de la policía a sus hijos. Quizá fuese algo personal, una química imposible sólo con él. En cualquier caso, mejor para todos si no volvían a cruzarse.

Y, en cuanto al caporal, habría que buscarle algo para mantenerle entretenido mientras él se ocupaba del caso. No le quería pegado a su espalda todo

el día, como una sombra. De repente, echó de menos a Jamal, e inconscientemente redujo la marcha. Si no la hubiese cagado, todavía estarían juntos. El pasado aparece de vez en cuando para joderte la vida, sentenció en silencio. Con un juego de muñeca rápido levantó la moto y la forzó al máximo. Desde lo sucedido en La Verneda, no había vuelto a congeniar con otro compañero. Después de aquello no tardó en descubrir que bebía mejor solo, que ya nada volvería a ser lo mismo y que la culpa únicamente dejaba de comerle por dentro como una carcoma infecta cuando estaba ebrio. Pronto llegaron las broncas, la suspensión, el internamiento en el País Vasco y la providencial llamada de Miguel, que supuso la luz al final del túnel. Luego, la comprometida visita a Millás, el ex compañero de su padre, y la destinación al valle. Con esa mochila estaba convencido de que trabajaba mejor solo y de que, además, debía andarse con cuidado y no meterse en líos si quería quedarse y dedicarse a su verdadera afición: restaurar OSSAS de colección y venderlas por Internet.

Cuando llegó al granero que tenía alquilado como vivienda, el problema de su madre seguía taladrándole el cerebro. Y encima estaba sin móvil.

Dana había cocinado un arroz con setas según una receta de su abuela. Cenaban en silencio. Kate, con la BlackBerry sobre la mesa, repasaba mentalmente la conversación que acababa de mantener con Paco justo antes de bajar. Notaba el estómago como en ayunas desde que habían colgado. En conclusión, él se ocuparía de que el juez desestimase ciertas pruebas que no les favorecían, sabía bien cómo hacerlo, y ella llevaría a buen término el acuerdo con el técnico andorrano. Paco le había dejado claro que no podía prescindir de ella, que se jugaban demasiado, y que el viernes cuando llegase al despacho esperaba encontrarla en Barcelona, al pie del cañón. La despedida había parecido casi una orden; no delegues nada a partir de ahora. Todo muy claro, todo muy frío. Ni rastro de la seducción de la noche del ascenso.

Kate cargó y descargó el tenedor varias veces sin llegar a apartarlo del plato. Dana tenía razón, Paco era un gran estratega, y ella, que se creía tan lista, se había engañado al pensar que la cita en el Arts podía representar algún cambio. Aunque al menos había conseguido el ascenso por méritos, sin ayuda, y eso la dignificaba ante sí misma, a pesar de los últimos acontecimientos. Pero si llegaba a saberse, nadie en el bufete dejaría de relacionar ambos hechos. Sus ojos se posaron un instante en Dana. ¿Qué pensaría de su ascenso ahora que sabía lo suyo con su jefe? Puede que contárselo hubiese sido un error, porque ahora tampoco tenía claro que no fuese cosa de una sola noche.

En el otro extremo de la mesa, Dana se había cansado de darle vueltas al asunto del espía de la carretera y había intentado de todos los modos posibles recordar algún detalle acerca del coche. Todo inútil. Y, en cuanto dejaba de pensar en ello, volvía a mortificarla el asunto del banco. Había superado una tarde intensa, con la doma del caballo de la hija del alcalde de La Seu y, después, la visita que llevaba esperando semanas. El dueño de una de las yeguas árabes más

importante de Granada se había desplazado, con dos de sus hombres, para examinar a los sementales de la finca. Sentimientos encontrados de orgullo y miedo al descubrir en sus ojos el brillo del deseo, y decepción al oír la oferta. Sólo estaban interesados en el lote completo y lo que le ofrecían no se acercaba ni de lejos a lo que Dana esperaba ingresar únicamente por los dos mejores ejemplares. A pesar de todo, vender los sementales era la única manera de conseguir dinero sin desprenderse de las tierras y poder sacar la finca del pozo. Si aceptaba el trato, por lo menos rebajaría la deuda y puede que el banco dejase de atosigarla unos meses. La oferta era pobre, pero la situación de la finca era extrema y con tantos impagados de pupilaje Dana ya no sabía de dónde sacar el dinero. Ahora la decisión era suya y la oferta seguiría en pie hasta que encontrasen una opción mejor. Antes de irse, le habían comentado su intención de seguir un par de días por la zona, incluso de adentrarse en la parte francesa, para visitar otras yeguas. Quedaron en que la llamarían antes de irse. Dana sabía que en la parte española sólo los sementales de Mas d'en Cot, la magnífica finca a la entrada de Puigcerdà, podrían haber competido con los suyos. Sin embargo, sus dueños habían trasladado el negocio de los caballos árabes cerca de Barcelona, y en el valle sólo se ocupaban de su extensa cabaña de formidables vacas Angus. Aun así, si algún francés se le adelantaba, puede que no tuviese otra oportunidad.

Cuando sus miradas coincidieron, Dana asintió.

— ¿Comerás algo, o quieres que vayamos hasta el pico? — propuso señalando con su tenedor el plato lleno de Kate.

— ¿Para ver las estrellas como cuando nos llevaba Miguel? Un poco pasaditas para eso, ¿no?

— *Carpe diem*, mañana no sabemos dónde vamos a estar.

— Pues tú criando caballos y yo en mi superdespacho de la octava.

Dana frunció el ceño y luego abrió mucho los ojos. Kate le sonrió.

— Me han nombrado socia.

La veterinaria deseaba más información.

— Es oficial desde el viernes y esperaba al próximo fin de semana para decírtelo en la fiesta. Además, ya tengo despacho asignado y están trasladando mis cosas a la octava.

Dana la observaba de una forma extraña, y Kate se sintió decepcionada por su falta de ilusión. Hasta que comprendió que sus temores se habían cumplido y

que Dana pensaba en lo que le había contado del Arts.

Pero la veterinaria la sorprendió.

– Me alegro por ti. Porque sé que esto es lo que quieres. Pero ahora supongo que puedo ir olvidándome de que regreses y abras un despacho en el valle.

Kate notó que algo se relajaba dentro de ella.

– Supongo que sí. La verdad es que tengo ganas de decírselo al abuelo, a ver si de una vez por todas deja de presionarme para que regrese.

– Yo no esperaré tanto. Ya sabes que el bufete no le gusta demasiado, y no creo que tu ascenso vaya a cambiar eso.

– No, pero por lo menos sabrá que he llegado arriba y que lo he hecho sola.

Dana esquivó su mirada y Kate lamentó profundamente haberle contado su cita con Paco.

– Vale, ¿y esa cara? – inquirió.

– He dicho que me alegro por ti, pero yo tampoco entiendo que trabajes allí. – Kate la miró suspicaz. – Ya sé que te molesta hablarlo, pero todo lo que haces está muy lejos del objetivo con el que comenzaste la carrera.

Ya empezábamos a salvar árboles. Kate cogió aire. De acuerdo, quizá cuando era niña ella también quería hacerlo, pero ya no. ¿Qué había de malo en cambiar de objetivos?

– Cada uno tiene derecho a elegir su vida y yo tengo lo que quiero. He trabajado mucho y me merezco este premio. Además, no quiero volver al valle y, la verdad, tampoco comprendo por qué os cuesta tanto entenderlo – protestó irritada.

– Porque te queremos y nos gusta tenerte cerca. Es triste que nos veamos tan poco. Estos últimos meses ni siquiera hemos hablado por teléfono.

– También me podías haber llamado tú – se defendió Kate.

– Si no te culpo, sólo digo que cada vez nos distanciamos más y que te echo de menos. Bueno, a quien añoro es a la Cat de los raids, los pantalones con rayas escandalosas, las botas de montar sucias y el pelo enmarañado. La que salía a ordeñar las vacas en pijama sin importarle lo que pensase la gente. Echo de menos a la auténtica, a la que, no comprendo por qué, te empeñas en esconder ahí dentro como a una criminal.

A pesar de lo dura que había sido su última afirmación, Dana había

recuperado el tono suave con el que Kate recordaba sus conversaciones de madrugada y las confidencias mientras se exploraban a escondidas en lo alto del granero. Dana esperaba su reacción y Kate bajó la vista, incómoda. Había pasado mucho tiempo desde aquellas sesiones de investigación. Ahora las recordaba como una anécdota que formaba parte de su pasado. Una parte que no deseaba, que no podía sacar de sí misma porque sencillamente ya no existía. El lugar de la adolescente irreverente que añoraba Dana lo ocupaba ahora una mujer adulta con intereses muy distintos. Y en aquel instante tuvo la sensación de que había subido al valle sólo para afrontar esa conversación, dejar las cosas claras y quedarse en paz.

Dana seguía en silencio, con los ojos muy abiertos y un marco de tirabuzones cobrizos alrededor de su pequeña cara pecosa. Lo hacía con la atención de quien aguarda algo importante, algo mágico. Kate, consciente de que nunca podría dárselo, se encogió de hombros como un mimo. Dana le devolvió una sonrisa cálida, convencida de que había tocado fibra y de que el silencio de Kate significaba que pensaría en ello. De repente se levantó.

— Anda, coge un anorak del armario de la entrada y busca unas botas como Dios manda. Con esas de Barbie que llevas se te van a congelar los pies y tendría que dejarte morir en la montaña.

Kate sabía que tenía razón en lo de las botas. Había subido al valle con lo puesto y poco más, porque sólo pensaba pasar allí un par de días. Añoró sus jerséis de cachemir y las Ugg que se había comprado en las rebajas. Abandonó el sofá y fue a sentarse en la banqueta de la entrada con intención de examinar las botas y ver si había un par de su número. Cuando tiró de la cinta para abrir el compartimento bajo el armario vio algo que la hizo sonreír.

— ¡He encontrado unas mías! — gritó.

Dana entraba en aquel momento con las linternas y dos gorros de lana rojos.

— También hay ropa tuya en los cajones de la cómoda del primer piso. Lo digo por si necesitas algo menos... urbano.

— No, me iré mañana por la tarde, quiero ver qué tal va todo por el despacho. Cuando estoy fuera siempre me preocupa que se me pase algo. Además, después del encontronazo, no creo que el sargento vuelva por aquí.

Dana la observaba en silencio. Por la tarde, cuando los había visto en la escalera de la entrada, ya había intuido algo. Aunque sabía que Kate nunca lo iba a reconocer, decidió pincharla para comprobar su intuición.

– Pues a mí me gusta – sentenció, atenta a su reacción.

Kate seguía desabrochando las botas.

– ¿Quién?

– Silva, ¿quién va a ser? Ojos azules, pelo desordenado, piel oscura, y no olvidemos el tatuaje... Se parece a aquel que te gustaba en segundo. El que lo dejó en COU para ir a trabajar a la carpintería de su padre, ¿te acuerdas? Sí, ¿cómo se llamaba?, el de la chupa negra y los pantalones que marcaban paquete.

Kate la ignoraba, pero Dana quería confirmar sus sospechas.

– El que montó aquel grupo de rock tan cutre, The Blackway.

Kate levantó la cabeza con los ojos entrecerrados.

– Si te refieres a Pep Coma, te confundes. Era mucho más alto que yo y guapo, muy guapo. Y tenía los ojos negros. Nada que ver con tu sargento soy-el-más-chulito-y-mira-mi-placa.

Dana soltó una carcajada y Kate la acusó con el índice mientras miraba la pantalla de la Blackberry, que acababa de iluminarse.

– Es Miguel. Que no se me olvide de encargarme lo del domingo. Es la quinta vez que me lo recuerda hoy. Tanta insistencia es muy irritante, la verdad.

Dana ignoró los comentarios sobre Miguel y siguió a lo suyo.

– ¿Lo ves? Eso ha sido una señal; hablamos de él y aparece la familia.

Kate levantó un pie.

– Y encontrar estas botas, ¿también es una señal?

– Lo que pasa es que tú no quieres verlo. Y que sepas que no me explico el tema con tu jefe, cuando a ti siempre te han ido los tíos cañeros.

– Eso no es verdad. Salí con Amill, y ése no era nada cañero – se defendió.

– Sólo estuviste con él dos mesecitos, guapa. Vamos, reconócelo, quien te duró fue Pous, el más crápula del instituto. Aún debo de guardar por arriba algún esmalte negro de esos que usabas cuando salías con él. Espera, Black Silk, ¿no? ¿Y qué me dices de Coma? Si se hubiese dejado...

Durante un instante, Kate contuvo el impulso de quitarse los calcetines y mostrarle los pies, pero en lugar de eso se calzó la otra bota y tiró de los cordones para igualarlos.

– Eso fueron tonterías de adolescente. He madurado y ya no necesito a los tíos para enfadar al abuelo, me basto sola. Además, seguro que ni siquiera los reconocería, deben de estar calvos y barrigones.

– Lo que tú digas, pero a ti te va esa clase de tíos. Y, si no, medita bien por qué te molesta tanto el sargento. Cada vez que sale en la conversación se te pone esa cara.

– ¿Qué cara? Pero ¿qué dices?

Dana se ajustó el gorro convencida de que su intuición era acertada.

Kate estaba molesta por las insinuaciones de su amiga. Recordaba perfectamente la impertinencia con la que el sargento la había estado estudiando esa tarde al llegar a la finca, la arrogancia cuando le había hablado de Dana en el entierro. Incluso la espantada con el abuelo. Y deseó poder borrarlo todo. Pero sabía que olvidarse de los malos momentos no era su fuerte. Además, policías y motos estaban absolutamente descartados, ya había tenido bastante de las dos cosas en su vida. Por otra parte, ver la OSSA le había recordado a su padre y pensar en él lógicamente la había afectado. Ya se le pasaría. Lo peor era la deferencia con la que el cáustico del abuelo había tratado al sargento, eso sí la sacaba de quicio y no parecía una actitud con tendencia a menguar. Se lo contó todo a Dana y también el aprecio exagerado que mostraban los hombres de su familia por él.

– Sólo por eso ya estaría fuera de la lista – concluyó.

– Ya, ¿y tú te tragas todo eso que me estás contando?

Kate la miró ofendida.

– Vete a la mierda, Dan.

– Vale, pero ni siquiera lo que opine tu abuelo va a cambiar tus gustos. Y el sargento te va, aunque no vayas a reconocerlo ni muerta.

La BlackBerry protestó y Kate leyó el contenido del mensaje con el ceño fruncido. Marcó un número y le sacó la lengua a Dana. No hubo respuesta, así que soltó un bufido, escribió algo y mandó el mensaje.

– Ha surgido un problema de última hora – aclaró –. Le he dicho a Luis que pida un aplazamiento. No sé por qué no me contesta si acaba de mandar el mensaje. Es idiota, seguro que se ha puesto el casco de la moto y ahora no puede hablar.

– ¿Por qué no te quedas un día más? – pidió Dana –. El jueves haremos la mudanza de Tato. Me ha pedido las cuerdas de la *pick-up* y le aseguré que

ayudarías.

Kate le lanzó una mirada asesina y Dana puso cara de pena.

–No puedo, tengo que irme. Además, me fastidia cómo van las cosas cada vez que nos juntamos. Siempre hay alguien dispuesto a organizarme la vida, el trabajo o una cita a ciegas con alguno de los amigos solteros, crápulas y fracasados de Miguel. Por cierto, necesito que alguien limpie a fondo la casa del abuelo o todos van a pensar que soy una cerda. ¿La señora Elisa sigue en activo?

–Seguro que sí. Además, si se lo pides tú hará lo que sea. Eres su preferida.

Kate la miró extrañada, luego incrédula.

–¡Lo dices por lo de las botas! No me puedo creer que aún te acuerdes de eso.

–Era una apuesta que ganaste con trampas. No lo olvidaré en la vida, tramposa.

–Calla, rencorosa.

–Ya, pero tú vienes a la mudanza.

Kate negó con la cabeza.

–Son lo peor. Y seguro que me toca cocinar.

–Vaya, con eso sí que no contaba...

Kate le dedicó un gesto obsceno y ella respondió abriendo los ojos como platos.

–¡Catalina, qué modales! –canturreó con voz afectada.

–Te voy a dejar... –amenazó Kate interrumpida de nuevo por la BlackBerry.

La abogada frunció el ceño.

–Mierda. Es Mario, las últimas veces no le he contestado. Y han sido unas cuantas.

–Hazlo, o el hermano del lobo te comerá. ¿Quieres que vaya reservando sitio en la cima mientras atiendes a tu cuñado?

Kate puso cara de indignación.

La conversación duró unos minutos. Ella se disculpó una vez, le tranquilizó un par de veces y, hasta que colgó, hizo varias promesas que no tenía intención de

cumplir. Fue entonces cuando soltó un gilipollas que casi se oyó desde el pueblo.

A pesar del buen paso que llevaban de camino a la cima, el sofoco de Kate se debía a la conversación con su cliente. Se desahogó hablando de cuánto la sacaba de quicio y contándole cómo le habían ido sus últimos casos. Dana la escuchaba despotricar, esperanzada de que el ex comisario tuviese razón y de que su vuelta al valle estuviese cada vez más cerca.

Arnau Desclòs había tenido un buen día. Y puede que la mejor noche de su vida. Acababa de ser la estrella en la partida que jugaban cada martes en el casino de Alp. Le costaba comprender cómo no había descubierto antes el poder de los datos que manejaba. Cerró la puerta del piso, en el que vivía solo, y al volverse encontró sobre la mesa la taza de cacao que le bajaba su madre del ático todas las noches. Esbozó una mueca de satisfacción. Se sentía como un rey y no había tenido que pasarse media vida estudiando, como el tonto de su hermano. Además, él también manejaba información privilegiada, también decidía sobre la vida de la gente, a su manera. ¿Acaso no era eso lo que hacía poniendo multas y lanzando miradas amenazadoras a los que no cumplían estrictamente la ley? ¿Y cuando paseaba por la calle? Su sola presencia imponía respeto y temor a todos. Tal vez incluso más que su hermano, el juez. Y todo eso sin haber necesitado pasar un montón de años encerrado, preparando las oposiciones para ser como su padre. Ahora se daba cuenta de lo bien que le había aconsejado su madre al insistir en que se hiciese policía. A él le gustaban los uniformes. Desde pequeño. Y ser bombero era mucho más difícil y cansado. Además, a su madre le asustaba que pudiese tener un accidente y se lo quitó de la cabeza tras su segundo fracaso en las pruebas de acceso. Arnau se acercó a la taza y levantó el platillo que la cubría. Todavía estaba templada y volvió a taparla. No quería mancharse el uniforme porque aún era martes.

Mientras se desvestía e iba dejando la ropa colgada y doblada, pensó en la partida y se le escapó un gruñido de satisfacción.

Habían ido todos menos Santi y, como era de esperar, Jaime Bernat fue el tema principal de la noche. Hablaron de su edad, de si era demasiado joven para fallecer, de los últimos muertos conocidos, de si ese tipo de muerte repentina era mejor, y todos estaban de acuerdo en desear un final parecido. Luego hablaron de

Santi, y bromearon sobre su euforia contenida en el entierro, además de coincidir en que, con la herencia que le iba a caer, no era de extrañar. Hicieron apuestas sobre el viaje del que llevaba tanto tiempo hablando y de si, ahora que ya no estaba su padre, lo emprendería por fin o si sólo se trataba de un farol. Entonces volvieron al asunto preferido de todos: la herencia que Jaime Bernat habría dejado a su hijo.

Alguien habló de cómo el viejo Bernat le había hecho sudar la camiseta en las tierras, con todo lo que poseían, y surgieron discrepancias sobre si Santi ocuparía el lugar de su padre en el CRC. Las fichas se movían entre manos expertas y en la tercera ronda, sin darse cuenta, Arnau soltó la bomba al mencionar que él llevaba el caso con el nuevo para enseñarle cómo funcionaba todo por allí. Desde ese instante los demás empezaron a escucharle con interés. Eso le animó y, cuando sugirió que quizá Bernat no había tenido una muerte tan plácida como creían, los cinco pares de ojos que le escrutaban se abrieron como naranjas. Cuando afirmó que no le estaba permitido decir nada más, se alzaron las protestas. Pero él se mantuvo firme, como el profesional que era. Y, por primera vez, fue el centro de atención de la partida. Y eso le gustó. De camino a casa, se había dado cuenta de que habría un antes y un después tras aquel martes. Cuando se despidieron todos en la plaza del casino, algunos incluso se habían acercado a tocarle el hombro y a hacer un último intento por averiguar algo más. Pero él se mantuvo críptico, no sólo para acrecentar el interés y disfrutar de la atención de los presentes, sino porque tampoco podía añadir mucho más. Pensó en la comisaria y en la orden de mantener en secreto todo lo que tuviera relación con el caso. Bueno, él no había revelado nada que comprometiese la investigación. Ni siquiera había mencionado los registros. Además, ya sabía que lo que quería la comisaria era concentrar en sí misma todo el interés sin moverse del despacho y él, que era quien iba a comerse los registros y la investigación —y que probablemente descubriría al asesino—, también quería algo de protagonismo. Echó los calcetines y los calzoncillos en el cesto de la ropa sucia y se puso el pijama. Se lo abrochó a partir del segundo botón y remetió el cuello hacia dentro para lavarse los dientes. Lo hizo a fondo y secó bien el cepillo antes de volver a recolocararlo para abrochar el primer botón. Al salir del baño reparó en que se había olvidado el cacao. Si lo dejaba, al día siguiente su madre le iba a poner de vuelta y media. Por la mañana lo tiraría en el retrete antes de salir.

En su último pensamiento antes de dormirse, decidió preparar algo nuevo para cada martes. Ahora que había prendido la chispa, no iba a dejar que se apagara.

A las cuatro de la madrugada, Kate se metió en la ducha maldiciendo a Dana, porque la culpa de lo que acababa de ocurrir era toda suya. Se mantuvo bajo el agua caliente, inmóvil, desconcertada por lo acontecido bajo las sábanas, mientras profundamente dormida había imaginado unas manos fuertes y expertas acariciando con maestría las partes más íntimas de su cuerpo, insistiendo, intensificando el ritmo a su demanda. Hasta que el dulce hormigueo empezó a tomar su cuerpo y a subir imparable desde los pies, a inundarlo todo como una ola arrebatadora e inmensa que la precipitó a la explosión final y la dejó sin aliento. Pero ahora, bajo el agua, volvía a sentir la misma frustración que en la cama, justo antes de levantarse, cuando los ojos intensos y la sonrisa irreverente del sargento se habían colado en su mente en el instante del clímax.

Kate apoyó las manos en la pared de la ducha, luego la frente, y dejó que el agua caliente resbalase por la piel de su espalda. No iba a permitir que ocurriese de nuevo. Sobre todo porque alguien como él ya no tenía sentido. Giró el mando del agua para disminuir la presión y vertió el contenido de uno de sus lujosos botes en la mano hasta que la mezcla granulada chorreó por los bordes. Un instante después se frotaba el cuerpo como una posesa con el *peeling* corporal, y no se detuvo hasta que el dolor borró por completo la sensación lasciva con la que se había despertado. Cuando empezó a ver la piel enrojecida a través de los restos del compuesto se enjuagó con agua casi fría y tuvo que morderse el labio para contener un grito. Salió y se envolvió la cabeza con una toalla y el cuerpo con otra más grande. En la finca Prats jamás usaban suavizante para lavar la ropa, así que empezó a secarse lentamente, a conciencia, observando con atención cirujana las zonas de sus brazos en las que la piel estaba más perjudicada. Las ronchas y rojeces habituales persistían para martirizarla, pero bien distintas de las que se había provocado con el *peeling* rabioso. Puede que Dana aún conservase alguno de los ungüentos de la viuda para

los eccemas. Miró la hora. Incluso para ella era demasiado pronto, así que cogió la crema hidratante corporal y empezó a extenderla por las piernas intentando disfrutar del olor que desprendía. Pero todo parecía inútil. Él seguía ahí, en su cabeza. Kate abrió el grifo y se lavó las manos con agua helada. Mierda de tíos. Y a Dana ni una palabra, se advirtió ante el espejo, o empezará a hablar de señales cósmicas y te pondrá de los nervios.

Además, todo esto es por la conversación de ayer, así que no vas a dejar que se repita. Y menos con un elemento como él. Por mucho que Dana insista en que es tu tipo, ya-no-es-así. Se frotó enérgicamente la cabeza con la toalla, decidida a concentrarse en otra cosa, en cualquier otra persona. Porque no iba a volver atrás, no iba a convertirse de nuevo en la pueblerina fracasada que andaba de un tipo a otro intentando llenar el vacío que había dejado la ruptura rabiosa e irreparable con los suyos. Ahora ya no lo necesitaba. Era socia de un bufete importante y sus obligaciones no le dejaban tiempo para pensar en vacíos emocionales ni tonterías por el estilo. Además, no pensaba perder ni un minuto con un tipo con el que no podía ni dejarse ver. Ahora sus círculos eran otros. Se enfundó los vaqueros y hundió la nariz en el jersey azul de cuello cisne que ya había llevado el día anterior. Le dio la vuelta y echó un poco de perfume. Perfecto. Cogió el cepillo de alisar, cerró la puerta y enchufó el secador.

Comisaría de Puigcerdà

A las ocho de la mañana, J. B. ya había enviado la petición de registro al secretario del juzgado de instrucción y se había escapado a desayunar antes de que el caporal llegase a la comisaría. No quería encontrárselo tan pronto y, además, quería releer con tranquilidad el informe toxicológico que aún llevaba en el bolsillo. Le preocupaba el modo en el que el caporal se le había pegado el día anterior al salir del despacho de Magda. Si permitía que Desclòs se convirtiese en su sombra, estaba jodido.

Lo que sí le había dejado era trabajo. Cuando volviese de desayunar quería sobre su mesa el dibujo con el trazado de las roderas que le había mandado para determinar el recorrido y, si había llegado la valija, las fotos de la escena y el informe sobre las ruedas, el tipo de vehículo y su peso aproximado. A Desclòs había que mantenerle ocupado para estar tranquilo. Mientras el caporal estaba ocupado, él aprovecharía para revisar lo que le había contado la mujer de Masó sobre la escena en el momento en el que dio con el cadáver de Jaime Bernat. Además, aún debía disculparse con la señora Rosa y comentarle que por la tarde se acercaría a Barcelona. Seguro que le daba tiempo, porque no era probable que el visto bueno del juzgado para los registros estuviese listo antes del día siguiente.

Compartir una investigación con Desclòs y pasar tiempo con él por fuerza pondría a prueba su dominio de sí mismo. J. B. lo sabía, y también que en su situación no debía meter la pata si quería quedarse. La camarera le sirvió el café y los dos donuts, y él sonrió cuando unas chicas de otra mesa le hicieron un guiño entre sonrisitas. Sabía lo que miraban. Bajó la cabeza y, por encima de las gafas de sol, sostuvo la mirada a la que más sonreía, hasta que ella la apartó para cuchichear con las otras. Demasiado niñas. Se olvidó de la mesa de las chicas y se sacó del bolsillo el documento de Gloria. Lo desplegó y lo alisó con el puño para releerlo. Mordió el donut de azúcar, y echó otro vistazo a la segunda página, incapaz de

concentrarse en otra cosa que no fuera el sabor extradulce y la textura de nube que le llenaban la boca. Y, como de costumbre, no pudo contenerse y finiquitó el donut en pocos segundos. Le quedaba el donut bombón, pero quería saborearlo, y dio un sorbo al café. El aroma cálido e intenso le ayudó a concentrarse en el texto.

Lo que había acabado con Jaime Bernat era una intoxicación por digoxina, un compuesto químico para las arritmias cardíacas. J. B. daba vueltas a lo que había encontrado en Google sobre el medicamento cuando la chica de la sonrisa se dejó caer por sorpresa en la silla de delante, apoyó los codos sobre la mesa y rodeó con las manos el servilletero verde de San Miguel.

Tania, delgada, de melena lacia y rubia hasta la cintura y una ciento diez como mínimo, le sonreía con los pechos rozando el borde de la mesa. Era el tipo de chica a la que la cazadora motera le sentaba de miedo. Un nueve, de entrada, y ya se vería. Hablaron de tonterías, y ella le devolvió la primera sonrisa sin poder apartar los ojos de su boca. J. B. sabía que ese diente partido era como un imán que las dejaba fuera de combate para poder observarlas con la guardia baja. Casi todas caían rendidas cuando les soltaba alguna de las chorradas que tenía preparadas para la ocasión, y eso siempre le daba ventaja. Pero Tania tenía desparpajo, y algo más que una buena delantera, así que antes de que él dijese palabra alguna ya quería saber cómo se lo había roto y por qué siempre llevaba las gafas puestas. Desde el primer momento fue fácil darse cuenta de que no se andaba con rodeos. Su cercanía y sus atributos le hicieron ser consciente del tiempo que llevaba sin estar con una mujer, y decidió que no había nada de malo en un poco de juego. Mientras ella sonreía, él la estudiaba con interés de comprador curioso, hasta que Tania le propuso salir a tomar una copa. J. B. bromeó sobre la hora a la que ella tendría que volver a casa, y ella le replicó picada que vivía sola en el apartamento de sus padres y que hasta las nueve de la mañana su jefa no abría la perfumería. Le preguntó adónde solía ir y él le mencionó el Insbrük con los ojos puestos en el estampado floral de sus uñas. ¿Ése no es un sitio de viejos? En ese instante J. B. notó un sudor frío en la espalda. De repente, recordó su cita de la noche anterior con Gloria. La que había olvidado por completo. Jodeeeeer. A ver cómo arreglaba algo así. Tania le miraba expectante y a él se le había olvidado la pregunta. Igual que de su cita con la forense. El valle era un lugar pequeño y en los sitios pequeños cualquier cagada se magnificaba fácilmente. La dueña le avisó desde la barra de que tenía una llamada y de inmediato pensó en Gloria, pero desechó la idea ¿Cómo iba a saber que estaba allí? Y con el estómago encogido se dirigió al mostrador.

—Sí...

—Como no me cogías el móvil te he llamado al bar... —La voz de Montserrat le tranquilizó, y también le recordó la razón por la que estaba sin teléfono—. Acaba de llegar la conformidad del juzgado para los registros, y tienes a Desclòs esperándote en el despacho.

—Joder, ¿tan rápido?

—Creo que Magda se ha ocupado de ello. Ya te irás dando cuenta de que tiene mano para esas cosas.

—Vale, dame dos minutos. Y..., Montserrat, por favor, sácalo de mi despacho.

—Veré si puedo. Date prisa.

J. B. se acordó de Tania al verla sentada en su mesa. Se acercó con cara de despedida y ella se puso de pie.

—Lo siento, tengo que irme.

Ella asintió, y él cogió el informe y el donut bombón. Al aceptar la oferta de quedar algún día, la chica se le echó encima para despedirse con dos besos.

El contacto con la turgencia de sus pechos le sorprendió tanto que casi se le pasó por alto la colonia. Tras una décima de segundo de desconcierto, J. B. reconoció el aroma envolvente de alguna otra cita.

En una mesa del fondo, los trabajadores de una obra cercana murmuraban sobre ellos entre risas y J. B. salió del bar preguntándose si la chiquita de la ciento diez tendría ya la edad legal.

De camino a la comisaría mordió el donut bombón y le vino a la mente el último registro que había realizado. La casa de Badalona en la que habían encontrado el zulo con los chinos. Vaya montaje... Catorce chinos viviendo bajo tierra como topos, sin ver el sol, sin papeles ni posibilidad de respirar aire limpio o acceder a la luz del día. Al que regentaba el taller J. B. le hubiese partido la cara por cabrón y explotador, pero Jamal le detuvo. Encontraron la droga y, cuando sacaron a los chinos a la calle, la expresión de miedo y desconcierto del supuesto cabecilla era idéntica a la de los catorce del sótano. Fue Jamal quien soltó que a quien había que partirle el cráneo era a los que los traían. Pero a esos nunca había forma de pillarlos, porque la mayoría eran dueños de negocios respetables en zonas respetables y con hijos en universidades respetables, que pagaban con el trabajo de los desgraciados del sótano.

Con el mal rollo que le daban esos recuerdos, llegó a la comisaría sintiéndose más solo que un perro. Pero en la misma entrada oyó que alguien gritaba su nombre y, sujetando la puerta abierta, se detuvo.

La había visto con el rabillo del ojo aparcando su Honda rojo descapotable en la plaza reservada, pero no quería entretenerse mientras Desclòs estuviese solo en su despacho. Sólo de pensar en el olor que dejaría allí le ponía enfermo. Envolvió lo que quedaba del donut como pudo en la servilleta de papel. Magda lo alcanzó y, sin mediar saludo, le sugirió con firmeza que empezasen con el registro de la finca Prats y dejasen para el día siguiente la finca de los Bernat. Mientras ella le hablaba, J. B. observaba la figura de uniforme impoluto que caminaba nerviosamente de un lado a otro de su despacho con un portafolios en la mano.

Tras el registro en la finca de los Bernat, J. B. agradeció poder librarse del caporal por lo menos durante un rato. Le había puesto de malas el servilismo de Desclòs con Santi durante la incursión, así que, al acabar, le despachó a comisaría con las pruebas para que las enviara al laboratorio. Luego había ido a por un par de salchichas de Frankfurt y había aparcado el coche en el paseo de la Acequia de Puigcerdà, detrás del lago, para disfrutar de la vista y comer tranquilo.

Desclòs era como un crío que podía meter la pata en cualquier momento. La idolatría con la que el caporal hacía referencia al fallecido y la camaradería con la que se dirigía a Santi le hubiesen inhabilitado para estar en el caso en cualquier comisaría del resto del mundo. Así que, a los diez minutos de llegar a la finca, J. B. había decidido ocuparse él mismo de las preguntas y mandar a Desclòs, al secretario del juzgado y a los otros dos agentes a registrar la masía sin confiar demasiado en que, bajo las órdenes del caporal, encontrasen algo decisivo.

Y, efectivamente, durante el registro no habían hallado nada fuera de lo normal en una casa que llevaba los últimos veinte años ocupada por dos hombres solos. J. B. anotó el nombre y la dirección de la mujer que cada sábado se encargaba de la limpieza, una vecina de Alp que rondaba los setenta. Desde el principio tuvo claro que lo único que podía ayudarle a avanzar era una buena charla a solas con Santi.

Pero, lamentablemente, ni siquiera eso despertó en él la más mínima sospecha. Hasta que se le ocurrió preguntar por las costumbres diarias del austero Jaime Bernat. Entonces sí hubo algo que le llamó la atención. El Ximénez-Spínola de diez años. Según Santi, su padre bebía un trago de ese coñac cada día después de comer. J. B. había advertido en seguida que se trataba de una botella numerada. En la etiqueta rezaba: «Unidad 501.» Un caldo demasiado selecto para alguien con el

aprecio al dinero que apuntaba la manera de vivir de Jaime Bernat. El hecho de que Santi no pudiese concretar con exactitud el origen de ese ejemplar aumentó aún más el interés de J. B. El hijo de Bernat sólo recordaba que habían llegado un par de botellas por Navidad, quizá se las había regalado algún proveedor. Tras la insistencia del sargento por saber con exactitud quién se la había enviado, Santi sugirió que tal vez hubiese sido cosa del tipo del forraje, pero no estaba seguro. J. B. decidió llevársela para analizar su contenido porque, según Santi, ese coñac y el pan con ajo del desayuno eran lo único que Jaime Bernat ingería de forma recurrente.

J. B. miró el reloj del coche y se llenó los pulmones de aire. Cientos de gotas frías empezaron a sembrar las lunas del coche. Suspiró. Ya había amanecido con el cielo cubierto y durante el registro había llovido de forma intermitente. Movi6 los dedos de los pies dentro de las deportivas. Llevaban demasiados días casi permanentemente húmedos y necesitaba un calzado diferente. Miguel ya se lo había advertido nada más llegar. Se irguió en el asiento y miró la hora. Con toda probabilidad Descòs habría mandado la botella al laboratorio, tal como le había ordenado. Por lo menos, al caporal había que reconocerle que no era de los que tocaban las pelotas discutiendo las órdenes. Estiró las piernas por debajo de los pedales y masticó el último bocado mientras, con la palma de la mano, convertía el papel de aluminio en una bola.

Santi no le gustaba, pero ahora que conocía algo más de su pasado y de la vida que había llevado junto a su padre, le daba lástima. Aunque en el fondo como todos los hijos de los ricos tuviese aquel aire rancio de superioridad que se le atrancaba desde la primera palabra como el olor a pescado. Además, su insistencia en pedirles que buscasen el bastón con el mango de plata que llevaba su padre cuando murió, y que no apareció en la escena del crimen, le parecía una fijación muy extraña. Hasta que le preguntó por el bastón quebrado que colgaba como un trofeo en la pared del comedor y Santi le comentó que era el primero que su padre le había partido en la espalda, y que el viejo lo mantenía colgado ahí para que no se le olvidase lo que podía volver a ocurrir. Desde ese instante, el gigante de cara marcada y mirada gélida había empezado a parecerle más tolerable.

Asomó el sol por primera vez en todo el día y el arcoíris no tardó en aparecer, nítido, como pintado en el cielo. La lluvia daba una tregua a la ciudad mientras descargaba con fuerza sobre la zona de Bolvir. J. B. bajó las ventanillas del coche, conectó la radio y se recostó en el respaldo. Se subió hasta arriba el cuello de

la cazadora y la cremallera. Luego sacó la lata de coca-cola por la ventana. La abrió con estruendo. Jaime Bernat era un cabronazo que le había dado mala vida a su hijo desde pequeño. Los había que nacían estrellados, y Santi era uno de éstos.

Él, en cambio, había tenido mucha suerte con los Silva. Por lo menos estaban bien avenidos. Dolores hubiese dado la vida por León, y él, a pesar de sus frecuentes escapadas, también por ella. Y aunque sólo hubiese durado unos años, por lo menos J. B. había podido disfrutar de la sensación de tener una familia completa. Pero todo empeoró tras la muerte de León, cuando hubo que rellenar unos papeles y él empezó a preguntar. Entonces fue cuando Dolores le confesó que era adoptado. J. B. tenía nueve años y acababa de perder al único padre que había conocido: el inspector León Silva, de la brigada de Pueblo Nuevo, socio del Real Club Deportivo Español y fan incondicional de Frank Sinatra. Millás, su compañero y compadre, se ocupó de que nunca le faltase nada a la familia, pero no pudo impedir que J. B. empezase a pensar que en cualquier momento podía volver a quedarse solo en el mundo. Ni que apareciese una especie de agujero hondo que se le metía entre las costillas y que, con frecuencia, le dejaba sin respiración. En esa época se había obsesionado en recordar, pero su memoria no fue capaz de recuperar nada de lo que había vivido antes de la adopción, a pesar de haber llegado a casa de los Silva con dos años cumplidos. Fue su madre la que le dijo una noche que el cuerpo humano era muy listo y que seguramente su cerebro había decidido borrar de la memoria esa época porque era como un accidente terrible que no volvería a ocurrir.

Y ahora, la que se estaba borrando era la memoria de su madre. La última vez apenas le había reconocido un momento, y él no podía con eso, con su mirada ausente y los silencios vacíos. Le fundía las tripas que la mujer que le había criado le mirase como a un desconocido porque, sin ella, no le quedaba nadie. Abrió la puerta del coche y una ventolera de aire frío la llevó hasta el tope. Pero a pesar de la mala conciencia no se veía con ánimo de estar ahí, donde debía, a su lado. Y tampoco podía con eso. No era capaz de cuidarla como se merecía porque el miedo a estar quedándose solo le impedía incluso ir a visitarla todo lo que hubiera debido. La señora Rosa y su familia cubrían sus ausencias como podían. Y ahora, encima, se había enfadado con la vecina. Intentó no pensar en ello, pero debía llamarla para pedirle perdón y acatar sus disposiciones. No había otra. Del mismo modo, también debía disculparse con Gloria por haberla dejado colgada en el Insbrük la noche anterior. Eso le recordó que en el móvil nuevo que había ido a recoger después del registro no tenía ni un solo contacto. Por culpa de no sé qué permanencia del contrato tuvo que pagar casi sesenta euros por un aparato como el que tenía, y

encima estaba vacío. Así que ahora se veía obligado a pedirle a Montserrat el número de la forense, porque por no sé qué tipo de problema se había arruinado la tarjeta de memoria en la que estaban la mayoría de sus contactos.

J. B. echó un vistazo al reloj del coche y encestó en la papelera de la esquina la bola de papel de aluminio que había estado prensando. Tenía lo que quedaba de tarde para redactar el informe, mañana se ocuparían del registro de la finca Prats y luego se escaparía a Barcelona. Levantó la vista hacia el horizonte, en dirección al túnel del Cadí y a Santa Eugènia. Las manos de la veterinaria aparecieron en su memoria, y recordó los dedos encapuchados y el punto de fragilidad en su mirada. Quedaba el registro más difícil, pensó con la vista en la ladera arbolada de enfrente. Los árboles mostraban una gama completa de tonos, desde los verdes más intensos hasta el amarillo de las hojas muertas del roble o el casi blanco de algunos arbustos. Sus ojos se posaron sobre el único ejemplar de hoja rojiza; en ocasiones la diferencia resulta terrible, pensó sin poder apartar la mirada. Una gota le cosquilleaba la nariz. J. B. la recogió con el dorso de la mano y cerró la puerta y los cristales del coche patrulla. Iba con tiempo, así que cogió el móvil de la cazadora con intención de comenzar su letanía de disculpas. Tenía un mensaje de comisaría, marcó el número del buzón y en seguida oyó la voz de Montserrat. Magda quería verle en su despacho de inmediato. J. B. borró el mensaje. Qué agonías era la comisaria. Respiró hondo, y marcó de memoria los nueve dígitos del número de la señora Rosa.

Comisaría de Puigcerdà

— ... Ajá. Claro, Vicente, cuenta con ello, tengo a mis mejores hombres en el caso y en breve recibirás noticias —concluyó satisfecha.

— ...

— Tus dudas me ofenden. Por supuesto que serás el primero en conocer el resultado de nuestros avances.

— ...

— Pues por ahora prefiero mantener el secreto, ya sabes cómo es esto; en cuanto salta la liebre, todo se complica —sentenció mientras se apartaba el pelo de la frente con el anular y el meñique.

— ...

— Quedamos así. ¡Ah!, saluda a Matilde de mi parte y recuérdale la cena de mañana en Fontanals.

La comisaria sonrió con un gesto que le aumentaba la papada.

— ...

— En efecto, sólo mujeres. Es la *pull* femenina.

— ...

— También tú, Vicente —concluyó.

Magda colgó el teléfono, se acercó hasta la mesa y apoyó las manos a ambos lados del escritorio balanceándose hacia adelante en una postura intimidatoria, mientras clavaba los ojos alternativamente en los dos hombres que permanecían sentados en silencio.

— No me interesa saber cómo ha llegado a la calle que Jaime Bernat murió

asesinado. Ni siquiera cuál de vosotros se ha ido de la lengua —sentenció antes de marcar una pausa para reforzar su discurso—. Lo que sí me interesa es meter al que le mató en una de las celdas de esta comisaría, y eso va a ser más difícil si no mantenéis el pico cerrado.

J. B. no tenía ni idea de lo que estaba diciendo la comisaria, así que debía de ser Desclòs quien había hablado de más. Le miró de soslayo. Seguramente habría comentado algo en casa, y su padre, el juez, habría hecho lo propio con alguno de los de su círculo. De inmediato pensó en el CRC y se propuso llamar al ex comisario e investigar los negocios o lazos que unían a sus miembros. No era improbable que alguno de ellos hubiese estado relacionado con la muerte de Bernat, que el rumor hubiese salido de allí y que el pardillo del caporal en realidad estuviese al margen.

Por suerte, él apenas conocía a nadie. Sólo había hablado de ello con Gloria, que era de fiar, y con el ex comisario Salas el día del entierro. Pero al recordarlo el corazón le dio un vuelco. Malditos letrados, siempre creando problemas, como una planta venenosa que acaba destruyendo el entorno. La primera vez que se había topado con uno apenas tenía quince años y la tontería de la Vespino que le levantaron al Petra, medio en broma, casi le cuesta un disgusto. La abogada que les tocó, con su traje oscuro y aquel maletín que siempre llevaba a cuestas y que protegía como si fuesen documentos del Pentágono, les auguró que serían unos delincuentes para el resto de sus vidas. Jamal también se acordó de ella el día que se licenciaron. ¡Qué visionaria!, había ironizado.

Magda abrió la ventana con fuerza y, a pesar de la oscuridad de la tarde y el frío exterior, J. B. comprendió de inmediato por qué lo hacía. Arnau estaba tan acostumbrado que no reparaba en el halo que flotaba permanentemente a su alrededor. Le observó sonreír, ensimismado en la ventana y ajeno por completo a lo que ocurría. Y llegó a la conclusión de que Desclòs vivía en su propio mundo.

Pero en ese momento, aunque nadie pudiese sospecharlo, el caporal estaba gratamente sorprendido por la repercusión de sus palabras en la partida del último día. En la mente de Desclòs era evidente que alguno de los chicos se había chivado y que, en adelante, debería tener más cuidado. Aun así le satisfacía lo ocurrido. No era más que una anécdota, los problemas lógicos e inherentes a su recién estrenada popularidad. Ya tenía algo pensado para su próximo encuentro, pero esta vez los advertiría de la importancia de la discreción y la repercusión negativa que podía producirse si no mantenían la información dentro de la partida. Estaba convencido de su capacidad para crear un ambiente de suspense mejor aún que el de la última vez. Y, al pensarlo, le costó contener el impulso de frotarse las manos.

–Quiero un informe completo del registro sobre mi mesa a primera hora. Hace seis días que encontramos el cuerpo de Bernat, así que necesitamos resultados ¡ya! Y..., sargento, no vuelva a desobedecer una orden.

J. B. fingió no comprender y ella empezó a apilar los dossiers esparcidos sobre la mesa.

–Sabe perfectamente a qué me refiero. Y espero que sea la última vez que no hace lo que yo le digo.

Magda le sostuvo la mirada.

–Eso es todo –concluyó.

Al salir del despacho, J. B. sonrió para sí. Claro que sabía a qué se refería. Y usaría su lista tal como le había ordenado. Pero él marcaba su propio orden..., como había hecho en los registros.

Hacía siglos que Kate no se levantaba al amanecer, y el mal humor le duró hasta que apreció el aroma de café que subía de la cocina para despertarla. Lamentaba haberle comentado a Dana en la cena que su despacho en la octava no estaba listo. Y aún más haberse dejado convencer para quedarse. Y es que, la verdad, no veía la necesidad de empezar una mudanza cuando ni siquiera había amanecido. Además, la casa estaba gélida y encima ya no le quedaba nada que ponerse. El traje, ni pensarlo; el cuello cisne llevaba dos días en danza, y lo único que tenía era su ropa de pilates, que llevaba siempre en el maletero del coche, y que a varios grados bajo cero no iba a servirle de mucho.

Salió de la habitación, caminó encogida hasta la cómoda del rellano y empezó a abrir los cajones. Estaban repletos de ropa interior de gomas dadas y un algodón grueso que, comparado con la microfibra actual, parecía esparto. Camisetas viejas de tallas increíbles y vaqueros en tonos raros y medidas imposibles. Miró las etiquetas y, a medida que constataba que nada iba a servirle, fue desapareciendo el frío de su cuerpo y empezó a acalorarse. Seguro que era idea del abuelo. Había que joderse con los horarios. Siempre como si fuesen a perder el tren. De pequeña ya se había hartado de llegar al cole cuando los otros niños ni siquiera habían salido de casa. Como en el maldito ejército.

Al final eligió una camiseta blanca de manga larga con la intención de aprovechar los vaqueros que ya había usado tres días. Pero en seguida se dio cuenta de que su excursión nocturna a la era Bernat los había dejado inservibles. Volvió a la cómoda y, mientras exploraba el tercer cajón, encontró unos Fiorucci con el tiro alto de los noventa. Tuvo que tumbarse en la cama para poder subirse la cremallera. Dios, ¿es que nadie pensaba encender la calefacción? Evocó con nostalgia su piso de Barcelona y el armario, y volvió a sentir la frustración por sentirse arrastrada de nuevo a hacer algo que no quería.

Asco de semana, se estaba convirtiendo en un paseo por el pasado que no había pedido, que no quería dar. Continuó buscando y en el último cajón descubrió la sudadera azul de la universidad. Tiró de ella. Bien, por lo menos la parte superior no le daría problemas. Hasta podría llevar el botón de los pantalones desabrochado y nadie se daría cuenta. Acabó de cerrar los cajones y empezó a bajar la escalera. De camino a la cocina se recogió el pelo con una gran pinza y en el último rellano tuvo una fuerte sensación de *déjà vu*. Había hecho lo mismo cientos de veces, cada vez que se les pegaban las sábanas y la viuda les daba el último aviso. Acarició con las manos ambos lados de la cabeza para asegurar todos los mechones. El pelo se le iba a poner hecho un asco, y la ropa también. Pero ¿cómo podía prever que le esperaba la mudanza del artista?

Así era como Kate llamaba a su hermano mediano, dos años mayor que ella. Desde pequeño, Tato Salas había mostrado un don con la madera y eso, junto con el hecho de haber dejado embarazada a su novia de dieciséis años en el instituto, le había condicionado la vida. Pero también le había librado de que el abuelo le metiese de cabeza en la academia de capacitación, como a Miguel. Ahora Tato llevaba algunos años trabajando por su cuenta como carpintero y ebanista, desde que el dueño de la empresa que le ofreció el primer empleo —un buen amigo del abuelo— le prohibió hacer trabajos por su cuenta. Ese mismo día, Tato decidió que nadie iba a decirle lo que podía hacer y dejó la empresa. El año siguiente compró la vieja rectoría de un barrio de Prats, y ahora se mudaba definitivamente, harto de pagar un alquiler mientras proseguía con unas reformas interminables.

Abajo, en la cocina, Dana había preparado un desayuno para camioneros. Kate se lo dijo y la veterinaria levantó la vista de su tostada un instante. Kate la observó untar una segunda capa de mantequilla y esparcir miel por encima con la cuchara. Resopló. Siempre había envidiado el metabolismo de las Prats. Maldita genética. Dana puso la tostada en el plato de Kate y ella frunció el ceño.

—Hoy lo vamos a quemar —afirmó animosa.

—Lo dirás por ti, guapa, que llevas la misma talla desde los quince.

Dana negó con la cabeza.

—Eres una exagerada. Veo que has abierto la cómoda.

Kate asintió, consciente por primera vez de que el botón de los pantalones corría el riesgo de explotar.

—Nunca te ha sentado bien madrugar. Anda, come o llegaremos tarde.

Kate se sentó en el taburete, delante de Dana, y lanzó un suspiro sin apartar la mirada del plato. Dana sólo tomaba infusiones y té, pero sobre la mesa había una taza con dos expresos recién hechos. Se sirvió una sacarina y un chorro de descremada. El primer sorbo, largo y caliente, ya le reconfortó el cuerpo.

La rectoría de Tato era un edificio antiguo que colindaba con la pared norte de la pequeña capilla del barrio de Capdevila, en el término municipal de Prats i Sansor. Llevaba seis años en obras. En la planta baja había tirado paredes para dejar un salón de un solo ambiente con cocina vista. Arriba, las tres habitaciones eran bastante grandes y el baño, con suelo y techo de madera, conservaba la pila de mármol blanco original. Los muebles, todos de madera con filigranas talladas, eran obra suya, incluso las camas con dosel, copiadas de un ejemplar de *El Mueble* que le había comprado Nina, su hija adolescente.

Abajo, en la parte trasera de la casa, al fondo del comedor, había colocado dos grandes puertas correderas de cristal que daban al jardín, una zona de unos noventa metros cuadrados rodeada por una antigua valla de piedra de casi dos metros de altura. Aparte del césped, la única planta era un ciprés enorme en la esquina que colindaba con el pequeño cementerio del pueblo.

Kate empleó toda la mañana en colocar muebles con Tato y limpiar a fondo las habitaciones, mientras su sobrina Nina y el ex comisario abrían las cajas y colocaban sus pertenencias en las estanterías del piso de abajo.

Hacia las doce, Nina le subió una coca-cola zero y la pilló contestando un correo procedente del despacho. Kate le hizo señas para que se la abriese. Cuando acabó con el correo se metió la BlackBerry en el bolsillo y se sentó en la cama, al lado de su sobrina.

— ¿Hace mucho que la tienes?

Kate le sonrió e hizo un gesto de brindis con su lata.

— ¿La BlackBerry? — preguntó mostrándosela.

Nina asintió sin quitarle el ojo de encima al aparato.

— Es la tercera. Debo de llevar casi un año con ésta. ¿Quieres echarle un vistazo?

— Me encantan las metalizadas, son más lujosas — respondió aceptando la oferta —. Pero yo la quiero blanca, es más *cool*.

Kate se echó a reír.

– Seguro, pero yo la uso para trabajar y me la dan en el bufete, así que no puedo elegir – mintió.

– ¿Me la dejas un rato?

Kate negó con la cabeza y Nina se encogió de hombros.

– Es del trabajo, ya lo sabes. Venga, voy a ver si acabo con esto y bajo a ayudaros.

– Nosotros ya lo hemos colocado todo. El abuelo siempre tiene mucha prisa.

– Ya...

Kate le mostró dos trapos.

– Puedes elegir: ¿polvo o cristales?

Nina enarcó las cejas y sopló.

– Polvo – aceptó cogiendo el trapo de algodón.

Se levantaron para volver a sus tareas, pero Nina se detuvo en la puerta.

– Cat...

Kate frunció el ceño sorprendida de que la llamase como Dana.

– Dime...

– Esa sudadera... Me gustaría una igual.

– Si la lavas después, es tuya.

– Guay.

– Es de la facultad. Por cierto, ¿ya sabes lo que vas a estudiar?

Nina dudó un instante y volvió sobre sus pasos para sentarse de nuevo sobre la cama. Entonces empezó a alisar el edredón con la palma de la mano, como si fuese un momento importante, pero a Kate le dio más bien la impresión de que no sabía qué decir.

– Mamá quiere que estudie el bachillerato y vaya a la universidad. Turismo o Magisterio. Pero no sé.

Kate la vio encogerse de hombros e intuyó malas noticias.

– Me gusta bastante la peluquería, así que igual me apunto a algún módulo.

A Kate empezó a hervirle la sangre.

– Pero ya estás en cuarto, ¿no?

Nina asintió. Seguía concentrada en la colcha.

– Tienes que hacer el bachillerato y la selectividad, así podrás elegir. Si no, siempre te arrepentirás de haber perdido la oportunidad.

Su sobrina seguía sin mirarla, pero ahora trazaba círculos más grandes sobre el edredón que aun acariciaba con la mano. Kate insistió.

– Apúntate al módulo si quieres, pero antes sácate la selectividad. Es mi consejo.

Permanecieron en silencio. Contuvo el impulso de zarandearla para hacerla reaccionar, pero Nina parecía concentrada en contar las flores del edredón. Por fin, la vio cruzar las piernas y suspirar.

– Ya..., pero no sé si tengo ganas. Para llevar la peluquería no necesito estudiar tanto.

– A no ser que quieras cerrar en cuanto entierren a la última clienta de tu madre – sentenció Kate intentando ocultar su irritación.

Nina levantó la vista intrigada. Y Kate se alegró de ver por fin alguna reacción.

– Vamos a ver, ¿a la peluquería de tu madre quién va? Los del pueblo, las mujeres mayores a las que ya peinaba tu abuela, ¿no? ¿A cuánta gente de tu edad le has lavado la cabeza últimamente? Estoy segura de que van a esa franquicia que inauguraron hace tres o cuatro años. ¿Cómo se llama?

A Nina le vino a la cabeza la cantidad de veces que su madre había maldecido a los Marfá por haber alquilado el local de la calle Mayor a una conocida marca de peluquerías.

Suspiró.

– Bueno, me voy abajo – resolvió sin moverse.

Cada vez que hablaba con Nina la invadía esa sensación de impotencia que produce la indolencia de los adolescentes. Y siempre se alegraba de no tener que enfrentarse a ello con frecuencia. De hecho, ella misma no había sido fácil de tratar en esa época. Sin embargo, aunque su comportamiento no fuese ejemplar, siempre tuvo claros sus prioridades y objetivos, y en sus decisiones sobre los estudios jamás hubo fisuras. Miró la melena lacia de su sobrina y las Ugg que le había regalado la Navidad anterior, los vaqueros minúsculos y la doble camiseta con el fular a juego. Todo en tonos morados y crudos. Nina continuaba acariciando con la palma de la

mano el edredón estampado y Kate se dio cuenta de que llevaba rato con la mente en otra parte. Se puso de pie y empezó de nuevo con los cristales.

— En cuanto acabe, bajo a la cocina, ¿vale? Por cierto, ¿han traído la compra?

— No sé, me parece que no.

Sin darse cuenta frunció el ceño y empezó a frotar los cristales cada vez con más fuerza. Oyó cómo Nina se levantaba de la cama y bajaba la escalera sin prisa. Vaya un futuro, una peluquería de tercera fila, prometedor... Y, encima, a nadie parecía preocuparle. Notó un retortijón y contuvo un eructo. No debía haberse tomado la coca-cola en ayunas, pero acabarían comiendo a las quinientas, porque en esta familia de locos sin ambición nadie planificaba nada. Decidió aprovechar el tiempo limpiando el resto de los cristales con los abdominales contraídos. Ya que se perdía el gimnasio, por lo menos trabajaría un poco la musculatura.

Una hora más tarde, Kate estaba en la planta baja acabando con los armarios de la cocina. Dana apareció en la puerta cargada con varias bolsas y la saludó levantando la barbilla. A esas alturas, Kate tenía la espalda molida y notaba el estómago y la zero en los pies. Necesitaba con urgencia picar algo y las bolsas de Dana le recordaron que estaba todo por hacer. Empezó a irritarse con todos en silencio. Panda de inútiles, era la última vez que decidían por ella.

Dana soltó las bolsas sobre la mesa alta del centro de la cocina y empezó a vaciarlas. Encendió el horno y Kate resopló de nuevo, atenta al reloj de la cocina. Las dos de la tarde, ¿y pensaban cocinar algo al horno? ¡Dios! Se fue directa a la mesa y hurgó con brusquedad en las bolsas. Una pieza entera de lomo, patatas y verduras. Tardarían como poco treinta minutos en tener la comida preparada. Empezaba a dolerle la cabeza y presintió que estallaría como una olla a presión en cuanto alguien abriese la boca. En ese momento vio entrar al abuelo con la misma expresión irritada en la cara.

Ajena por completo a la tormenta que se gestaba a su alrededor, Dana empezó a lavar las verduras y a ponerlas en la bandeja del horno. Kate miró a su abuelo, él alzó la muñeca un instante mostrándole el Omega y le sostuvo la mirada hasta que Miguel, cargado con varias bolsas más, le pidió paso. Entonces el ex comisario desapareció en el comedor tras haber dejado clara la orden.

Kate empezó a vaciar con brusquedad las bolsas que acababa de dejar Miguel. Apiló las bandejas de carne para la barbacoa y las fue abriendo una a una con un cuchillo. Puso un cazo de agua a hervir y echó mantequilla y sal. Abrió un

bote de tomate natural triturado e hizo lo mismo en otro cazo, al que tiró media cucharada de sal y el tomate. Llamó a Nina y le pidió que ordenase la compra para que su padre encontrara las latas cuando estuviera solo. Tenía la camiseta húmeda y, en cuanto echó la pasta al cazo de agua hirviendo, el vapor caliente le produjo un escalofrío que la hizo sentir vulnerable, cansada, rabiosa y con ganas de llorar.

La casa había estado abierta de par en par toda la mañana esperando el calor del sol. Pero éste apenas había asomado unos minutos, de modo que los gruesos muros que la aislaban continuaban reteniendo la humedad en el interior. Kate le ordenó a Miguel con malas maneras que cerrase todas las puertas y ventanas, y le dejó delante una bandeja con dos latas de aceitunas, un salchichón y un pedazo de queso con un cuchillo clavado. Llévaselo tú, exigió. Miguel miró a Dana con las cejas en alto y ella se encogió de hombros. Todos sabían a quién se refería.

Dana seguía preparando las verduras con la puerta del horno abierta. Kate la cerró de golpe y apagó el fogón de la pasta. A su lado, Nina cortaba los fresones para el postre con los auriculares puestos, canturreando una mezcla explosiva del DJ francés David Guetta.

Kate cogió los boles con la pasta y el tomate, y los llevó a la mesa sin mirar a nadie. Miguel y el abuelo picoteaban el aperitivo sentados en el sofá, y Tato hacía lo mismo mientras vigilaba la carne de la barbacoa. De regreso a la cocina, un movimiento sospechoso detuvo a Kate en la puerta y se volvió justo a tiempo de ver cómo el abuelo le daba a Miguel dos billetes de cincuenta que su hermano se introdujo de inmediato en el bolsillo trasero del vaquero. Como de costumbre, Miguel era el único que no trabajaría gratis. Seguramente el abuelo creía estar haciéndose cargo de la cuenta del súper, pero a ella no podía engañarla, estaba segura de que Miguel habría extraviado oportunamente el ticket. La rabia le relampagueó el ánimo. Desde los diecisiete, a ella jamás le había pagado nada. Las clases de repaso que daba a sus compañeros en el colegio, y las de hípica que le pagaba tan generosamente la viuda, le habían proporcionado la independencia económica, y siempre había contado con recursos propios para sus cosas, como Tato. Los observó a los tres comentar el partido como viejos colegas, y comprender que no formaba parte de su mundo le sacudió el ánimo. En la bandeja del aperitivo ya sólo quedaba el cordón del embutido, el cuchillo sucio y algo de líquido en el bol de las aceitunas. Kate se apoyó en el marco de la puerta, ni siquiera notaba el hambre en el estómago. Entonces el abuelo se volvió y le hizo una señal para que retirase la bandeja.

Volvió a entrar en la cocina y se quedó quieta delante del fregadero, sin

reaccionar, con la bandeja del aperitivo vacía en las manos y la mirada fija en el grifo. Alguien cogió la bandeja y le puso una terrina de queso fresco en una mano con una cucharilla clavada. Era Dana.

Durante la comida todos intentaron esquivar el caso Bernat. Tato les dio las gracias y prometió volver a invitarlos cuando la casa estuviese totalmente acabada. Kate permanecía en silencio mientras los demás bromeaban sobre la comida que iba a ofrecerles. Miguel le aconsejó que comprase algo en La Múrgula para que nadie resultara perjudicado por su forma de cocinar, y Kate le miró dispuesta a saltar en cuanto mencionase algo sobre la fiesta del domingo. Ni siquiera había elaborado la lista con lo que necesitaban. Nina salió en defensa de su padre y propuso que la inauguración oficial fuese cuando su madre la dejara ir a vivir allí. Tato casi se atragantó al oírla.

Cuando Nina nació, Tato acababa de cumplir los diecisiete años. El pequeño de los Salas dejó el instituto y entró a trabajar de aprendiz en la empresa de construcción de un amigo del ex comisario. Desde entonces la mitad de su sueldo siempre había ido a una cuenta a nombre de Martina Moix, la madre de Nina. Él le pidió que se fuesen a vivir juntos al granero que el ex comisario había acondicionado en los terrenos de su finca, pero ella había empezado como aprendiz en la peluquería de su madre cuando estaba embarazada y después del parto siguió viviendo con Nina en uno de los pisos que poseían sus padres encima del negocio. En aquella época, su relación con Tato era tempestuosa. Él trabajaba muchas horas y, cuando acababa, lo único que le apetecía era salir de copas con los amigos. La relación con Martina siempre fue complicada; cada vez que estaban a punto de volver pasaba algo que lo estropeaba, y al final nunca llegaron a tener una relación seria. Dieciséis años después ambos seguían solteros. Ahora Nina quería ir a vivir con su padre, y Tato ya casi podía oír los berridos de Martina cuando se lo propusiese. Lo que no imaginaba era lo que su hija soltó a continuación.

—Desde que sale con ese moro italiano está insoportable.

Todos, excepto el abuelo, dejaron lo que estaban haciendo y la miraron en silencio. Nina siguió cortando la carne.

—¿Qué has dicho? —preguntó Tato al ver que no proseguía.

—Que mamá tiene un novio, y que no me gusta.

El silencio voló de nuevo sobre la mesa. Nina seguía comiendo con la vista fija en el plato mientras su padre la miraba. Al final, Tato interpeló a Miguel:

– ¿Sabes quién es?

Miguel negó con la cabeza y entonces Tato se dirigió al abuelo.

Como de costumbre, el ex comisario ignoró a su nieto y Nina rompió una tensión que ya empezaba a espesarse.

– Trabaja en el aserradero de Bellver. Se llama Paolo no sé qué más y es moro. Creo que de Italia.

– ¿Por qué no te gusta? – interrogó Kate bajo la mirada indignada de Tato.

Nina arrugó la nariz. Y pareció calcular lo que iba a decir.

– Creo que es porque mamá hace siempre lo que él quiere. Además, no me gusta cómo se comporta cuando viene por casa.

– ¿Le ha dejado entrar en casa? – rugió Tato con incredulidad.

Nina asintió.

Kate estudió a sus hermanos. Tato masticaba demasiado rápido, Miguel había dejado de comer y mantenía los ojos clavados en su sobrina. Y ella continuó:

– Es normal si es su novio. Además, está soltera, ¿no? – replicó.

Tato la miró, ya a punto de saltar, pero un carraspeo del abuelo lo detuvo.

– Bueno, Nina, puedes llevarte esto – ordenó el ex comisario señalando la bandeja de carne –. Dana, he oído que tienes pensado vender tus sementales.

Kate levantó la cabeza e interceptó la mirada entre Dana y Miguel un instante antes de que ella respondiese al abuelo.

– Sí, es una oferta que no debería rechazar. La próxima primavera seguiré con la cría. Lo haremos por inseminación.

Kate estaba perpleja.

– ¡Pero si tú odias eso! Siempre dices que es antinatural.

Dana continuó cortando las verduras.

– Hay que ser flexible, a veces es lo mejor.

– Debe de ser una decisión difícil – aventuró el ex comisario, pensativo –. Pero si estás segura de lo que haces, adelante.

Dana se metió un trozo de verdura en la boca y se esforzó en masticar. Kate no recordaba que le hubiese comentado lo de la venta de los sementales y eso le produjo una punzada de frustración. La veterinaria seguía comiendo con los ojos

fijos en la mesa hasta que terminó de tragar y volvió a mirar de soslayo a Miguel.

Allí ocurría algo raro. ¿Dana se desprendía de los sementales que había visto nacer? Kate tragó lo que tenía en la boca, decidida a averiguar qué estaba ocurriendo en cuanto estuviesen en la finca, a solas.

— Bueno, hagas lo que hagas con los sementales, tendrás que decidirlo sola. Es lo que os pasa a las que no tenéis un hombre al lado — expuso el ex comisario.

Kate dejó los cubiertos en el plato con fuerza y le miró directamente. Pero ni siquiera eso disuadió al ex comisario de continuar atento a la respuesta de Dana. Kate recuperó la sensación de furia rabiosa que solían provocarle los comentarios del abuelo y el modo que tenía de no dejarte otra opción que el silencio. Miró a Dana y la veterinaria le guiñó un ojo antes de responderle.

— La verdad es que no quedan hombres como usted. Yo creo que por eso seguimos solteras.

Kate la miró y se sonrieron por primera vez desde el desayuno. Pero el ex comisario no se dejó engatusar.

— Bueno, yo siempre esperé que entrases legalmente en la familia, pero parece que mis nietos no saben lo que les conviene. Ya ves — añadió contrariado, mientras seguía cortando la carne con la vista fija en el plato.

Kate vio cómo Dana se sonrojaba ligeramente y maldijo al abuelo y su irritante facilidad para incomodar a todos. Tato se levantó y fue a buscar la carne que quedaba en la parrilla. No había vuelto a abrir la boca desde el comentario sobre el nuevo novio de la madre de Nina. Miguel se servía vino; se le veía incómodo. Nina levantó la vista de su iPod para preguntar si alguien quería más pan y el ex comisario asintió. Cuando su nieta hubo salido, le dijo a la veterinaria:

— Éste — dijo señalando a Tato, que llegaba con la bandeja repleta de carne — lleva quince años intentando reunir el coraje suficiente para dar un puñetazo sobre la mesa y llevarse a su mujer y a su hija a vivir con él, como una verdadera familia. El otro se pasa la vida ocupándose de los hijos y las mujeres de los demás en lugar de tener los suyos propios.

Miguel miró de soslayo a Dana y pinchó un trozo de carne de la bandeja que Tato acababa de dejar sobre la mesa.

— Sólo soy el entrenador de hockey — protestó.

Pero todos sabían que el abuelo se refería a la historia que había mantenido un par de años atrás con la madre de uno de los chicos del equipo y que había

acabado con la marcha del valle de toda la familia.

Nina volvió con el cesto del pan lleno y se dejó caer en la silla, atenta a la conversación. Había oído algo sobre el hockey y no podía desperdiciar la oportunidad de averiguar a qué hora jugaban los junior el sábado. A su pesar, el abuelo aún no había acabado.

—Y mi única nieta —continuó— se ocupa de librar a delincuentes financieros de pagar por sus delitos en lugar de defender a inocentes y formar una familia como Dios manda.

Nina no estaba dispuesta a dejar que el silencio se espesara.

—Oye, Miguel, he oído que el sábado el partido empieza antes.

Miguel asintió. Estaba acostumbrado a que su sobrina le preguntase por el equipo. Intuía que estaba interesada en alguno de los jugadores, pero las veces que la había tanteado ella no había soltado prenda.

—Juegan a las cinco —respondió a tiempo de ver una sonrisa complacida en el rostro de Nina—. ¿Cuál de ellos te interesa, el gran A.?

Nina enrojeció hasta las orejas mientras se mordía los labios por dentro en un gesto que hacía desde pequeña. La observaron bajar la cabeza y clavar los ojos en el iPod, pero todos fueron testigos de cómo su piel se volvía de color cereza.

Nina estaba convencida de que había heredado lo peor de cada uno de sus progenitores. Era bajita como su padre, tenía los ojos rasgados y pequeños igual que él, pero su pelo era lacio, y una piel blanca como la de su madre que se sonrojaba con facilidad. Y eso la mortificaba. Sobre todo en el instituto. Porque era consciente de que mostrar sus emociones con tanta claridad no la ayudaba lo más mínimo a conseguir lo que más deseaba en el mundo: estar en el grupo de los populares.

—¿Quién es ése? —interrogó Tato a su hermano.

—Álex Muñoz, el hijo de la comisaria.

Kate y Dana cruzaron la mirada previendo la tormenta y Tato clavó los ojos en su hija preparado para decirle algo.

Pero fue el abuelo quien tomó la palabra.

—Por cierto, ¿sabes cómo le va a Silva? —demandó a Miguel.

Kate apretó los dientes. El abuelo tenía un don para fastidiarlo todo y sacarla de quicio. Cogió aire. Esta vez no estaba dispuesta a dejar que defender al sargento les saliese gratis ni a él ni al idiota de Miguel.

–Tu amigo vino a visitar a Dana, a intimidarla por tercera vez –ladró clavando los ojos en su hermano—. ¿No es tu colega tan fantástico? Pues haz el favor de hablar con él y decirle que deje de atosigarla y se dedique a buscar al verdadero culpable.

Y, para llenar el silencio que habían provocado sus palabras, añadió:

–Además, estoy segura de que fue Santi. Y si no fue él, seguro que tuvo algo que ver. Basta comprobar lo rápido que se quitó de en medio mintiendo sobre dónde estaba la tarde que murió su padre.

–Sí, seguro que tiene algo que ver –intervino Tato mientras volvía a llenarse el plato de carne—. Todo el mundo sabe que el viejo lo tenía esclavizado. No me extrañaría que se le hubiesen hinchado las pelotas y...

La mano levantada del ex comisario le hizo enmudecer.

–No se puede hablar tan a la ligera. Hay que esperar a los resultados de la investigación –sentenció.

–Pues ésta no va por buen camino –saltó Kate de inmediato—. Vuestro admirado sargento está convencido de que fue ella –ironizó señalando a Dana con la barbilla.

–Y yo no he matado a nadie. Lo juro –reconoció solemnemente Dana—. Aunque tampoco le voy a echar en falta...

Todos rieron y la tensión de los últimos minutos se suavizó. Pero Kate no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad.

–No sabéis elegir a los amigos –los acusó.

Nina, distraída con el iPod, regalo por su decimosexto cumpleaños, no parecía atender a la conversación. Por eso, cuando intervino sin apartar la mirada de la pantalla, todos se sorprendieron.

–Entonces ¿todo lo que poseían los Bernat será ahora de Santi?

–Es más complicado que eso, Nina –respondió el ex comisario—. Santi tiene una hermana.

–Que no recuerdo haber visto nunca... –apuntó Tato.

–Estaba en el entierro con su marido –soltó Kate, molesta por la interrupción.

–Es normal, se fue con su madre a Barcelona cuando era muy pequeña.

–Y dejaron a Santi en Mosoll con Jaime.

Dana negó con la cabeza.

–No entiendo cómo puede una madre abandonar a un hijo. Y menos aún dejarlo en manos de un espécimen como Bernat.

El abuelo lanzó una mirada a Nina y ella se levantó para recoger los platos. Kate, por su parte, recolocó sobre la mesa los del postre y la fuente con los fresones.

–Es probable que Jaime no le dejara alternativa –aventuró el ex comisario–. Alguien como él jamás habría renunciado a su heredero.

–Algo muy gordo tuvo que pasar para que la mujer se fuese sola a Barcelona con su hija pequeña.

–Recuerdo que Santi dejó de venir al colegio casi en seguida –intervino Miguel.

–¿Iba a tu clase?

Él asintió y Dana bajó la cabeza, arrepentida por haber preguntado. Kate no había perdido detalle y se prometió que esa misma noche aclararía lo que estaba pasando entre esos dos.

–Su mujer era de la capital y volvió con los suyos. Puede que no se acostumbrase al valle –justificó el ex comisario.

–Pero ¿se sabe realmente lo que pasó? Hace veinte años tampoco era muy normal una espantada de ese tipo.

El ex comisario negó con la cabeza mientras pinchaba una fresa del bol que ofrecía Kate. Ella lo retiró molesta, pero él ignoró el gesto y sujetó el bol con el tenedor para volver a pinchar.

–Nadie sabe lo que pasó en esa casa. Tal vez el padre Anselmo, que era muy amigo de Jaime, conozca algún detalle. En esa época se extendieron diversos rumores, pero nunca se ha sabido a ciencia cierta la verdad.

–En todas las familias cuecen habas –sentenció Nina para sorpresa general.

El abuelo alargó su vaso a Kate para que le sirviese los fresones dentro y Tato hizo lo mismo.

Había intentado cambiar esa estúpida costumbre que tenían de tomar el postre en el vaso del agua decenas de veces. Llevaba años poniendo y recogiendo los platos de postre limpios, y a estas alturas ya estaba convencida de que lo hacían

adrede, sólo para molestarla.

Miguel hizo ademán de levantarse.

—Bueno, tengo que irme. —Y lanzando una mirada fugaz a su hermana añadió—: Tú te encargas de lo del domingo, ¿eh?

Y, sin esperar respuesta, Miguel dio una palmada cómplice en el hombro del abuelo. Kate estudió los movimientos de ambos. Siempre había sido así: Miguel, el ojito derecho del abuelo. De repente, tuvo ganas de marcharse.

—La *pick-up* aún está cargada de trastos. ¿Te vienes conmigo a Alp y volvemos luego a recogerla? —le propuso a Dana.

Kate estaba más que harta de la reunión familiar y además quería saber lo que le pasaba a su amiga con Miguel.

Pero la veterinaria empezó a recoger los platos.

—Sólo si me dejas antes en la finca, necesito estar en los establos a las cinco. El del forraje me la jugó la última vez y tenemos que ajustar cuentas. Además, si no estoy allí es capaz de irse sin descargar.

Ese comentario hizo fruncir el ceño al ex comisario y Kate estuvo a punto de preguntar, pero ambos permanecieron en silencio. Entonces, le observó beber el líquido de los fresones que había quedado en el vaso y sorber ruidosamente hasta la última gota. Llevaba cien años haciéndolo y a ella la ponía de vuelta y media por cualquier tontería...

—Si quieres yo te acerco —se ofreció Miguel metiendo los cubiertos en el plato—. Tengo que desviarme a Bellver de camino a La Seu. Dejarte en la finca son diez minutos.

Dana asintió y se levantó para llevar los platos a la cocina. Kate le sujetó el brazo, decidida a averiguar lo que ocurría en cuanto llegase a la finca.

—Ni se te ocurra, ya recogeremos nosotras. Esta adolescente tiene algo que contarme sobre no sé qué jugador de hockey y no la dejaré marchar hasta que lo suelte.

Nina levantó la vista de la pantalla y dibujó una mueca burlona.

—¿Sí, tía Catalina?

Kate siguió apilando platos sucios y, en un tono de falso sosiego, amenazó:

—Repíte eso y el sábado me plantaré en el partido de hockey con una

pancarta de dos metros.

La cara de susto de Nina arrancó una carcajada general, el único que no se rió fue Tato, su padre.

Cuando Magda llegó al despacho tras la reunión con el corresponsal que el periódico *Regió7* tenía en la Cerdanya, ya era medio día, pero allí persistía el olor agrio de la reunión de la tarde anterior. Había logrado mantener el caso Bernat fuera de la entrevista gracias a su pericia y a la promesa de una exclusiva cuando lo resolvieran. Bien, eso le proporcionaría una nueva aparición en el medio más leído en el valle que aprovecharía para comenzar su escalada por la vacante en el CRC. Recordó la conversación telefónica que por fin había mantenido con Casaus, el alcalde de Pi, y su respuesta desconcertada e indecisa cuando ella se había postulado para el puesto vacante. Magda dejó las llaves y el lujoso Prada sobre la mesa y se acercó a la ventana para ventilar el ambiente. Si aquello persistía, habría que hablar con Desclòs sobre la necesidad de cambiarse el uniforme con más frecuencia. Pensó en quién delegaría para darle semejante consejo al caporal. Por suerte, la comisaría contaba con una secretaria autóctona que sabía cómo lidiar con ese tipo de cosas. Sí, estaba claro que Montserrat era la más indicada para esa misión.

En cuanto al caso Bernat, se estaba demorando demasiado. No en vano ya eran varios los miembros prominentes de la comunidad que le habían telefoneado con alguna excusa para averiguar cómo discurría la investigación. Y no podía permitir que aquel asedio durase mucho, o empezarían las murmuraciones sobre la eficiencia de su comisaría. Magda cerró la ventana y bajó la vista.

En el aparcamiento, Silva se dirigía al coche patrulla, seguido por Desclòs y otros dos agentes. Pensó en el registro y recordó el desacato del sargento. En ese momento, J. B. se volvió y Magda presenció cómo increpaba al caporal Desclòs. Tuvo la tentación de abrir la ventana para oír de qué iba la bronca, pero las trifulcas entre subordinados no estaban a su altura, y puede que a Desclòs no le viniese mal que alguien le espoleara.

Además, ésa no era su guerra, concluyó apartándose el pelo de la frente con el anular y el meñique. Ella debía aclarar cuanto antes la muerte de Jaime Bernat.

Puede que mientras lo resolvían tuviese que mover alguna pieza para acallar rumores. Tal vez algún interrogatorio en las dependencias de la comisaría para que trascendiese que estaban avanzando. Un paso estudiado que mostrase la rápida reacción del cuerpo. Aunque sólo fuese con ese fin, estaría más que justificado. Y, tal como se iba desarrollando todo, la veterinaria era el eslabón más débil. Además, estaba sola, lo cual facilitaba las cosas. Según se desarrollase el registro de esa tarde, decidiría el siguiente paso.

Magda se sentó en su butaca y pensó en Silva. Obviamente, la estaba poniendo a prueba, y ambos lo sabían. Pero aún le necesitaba para dar los pasos que ella le iría indicando. Después, si algo salía mal, siempre podía cargarle la mochila de la incompetencia y devolvérselo al comisario Millás con una nota en la que quedase bien claro que Silva no daba el perfil mínimo para encajar en su comisaría.

Kate aparcó el coche en batería frente a La Múrgula, la tienda de comidas preparadas de Alp, y mandó un *whatsapp* a Miguel para saber exactamente cuántos serían el domingo. Por el retrovisor descubrió que dentro de la tienda esperaban un par de clientas. Kate conocía a la dueña, una mujer menuda y rellena con un moño hueco en la coronilla, y había ido a la escuela con su hija Ángela, a la que más de una vez había defendido de las burlas de los compañeros por su obesidad. La BlackBerry se iluminó dentro del bolso y la cogió.

Luis había hablado con el secretario del aplazamiento y le habían respondido que el juez sólo lo concedería si la petición se cursaba con el acuerdo de ambas partes. Cuando Kate colgó, le hervía la sangre. Pero ¿qué pasaba con ese maldito juez? Pedir un acuerdo con la Fiscalía era, cuando menos, un despropósito. Si quería denegarle el aplazamiento, por lo menos podría haberle echado arrestos... En el primer instante estuvo tentada de llamar a Paco y contárselo, pero no convenía quemarle con algo que ella misma podía resolver; en cualquier caso, lo más importante era conseguir que las pruebas se desestimasen. Además, acababa de ordenarle a Luis que le remitiese el teléfono del fiscal. Y después le había colgado, no sin antes apuntar que ella se ocuparía de hablar con Bassols, ya que por lo visto él no había sido capaz ni siquiera de conseguir un simple aplazamiento.

En la tienda, las dos compradoras continuaban hablando con la propietaria. Cuando Kate entró, aún con el ánimo encendido, las tres enmudecieron a la vez y el espacio se llenó de un tenso silencio hasta que dos de ellas empezaron a cuchichear. Kate olvidó la irritante petición del juez al sospechar que estaban hablando de ella. Puede que la hubiesen visto aparcar o, peor aún, que comentasen su ridícula actuación en el entierro de su padre. Saludó a la propietaria y fingió buscar algo en uno de los expositores de cristal. Su reflejo la hizo ser consciente del aspecto tras la mudanza y se arrepintió de no haber pasado por la finca para cambiarse. Claro que

allí tampoco hubiese encontrado nada limpio que ponerse... Se lamentaba por no llevar su chaqueta de paño cuando recibió un mensaje. Era Miguel; 102 invitados. Dudó si volver al coche para confeccionar la lista de lo que quería y ahorrarse los cuchicheos. Pero cambió de opinión y buscó en el bolso el bolígrafo negro. No se lo iba a poner tan fácil a esas cotillas. Se sentó en una de las mesas y cogió una servilleta para anotar el pedido.

Mientras tanto, las mujeres habían reanudado la conversación. Comentaban la muerte de Bernat. Cuando Kate fue consciente de ello, buscó el cristal y le dedicó una sonrisa mordaz a su propia imagen. Idiota, no están hablando de ti. Estar aquí te vuelve obsesiva. Vamos, céntrate en la lista de una vez.

Pero, en cuanto una de las clientas mencionó la enemistad entre las dos familias, sus músculos se tensaron y constató que no estaba paranoica. Hablaban de la casualidad que suponía haber hallado el cadáver tan cerca de las tierras de la finca Prats.

Kate supo que si seguían por ese camino le costaría controlarse. Así que acabó la lista y escribió en ella su número de móvil, su nombre, la dirección del abuelo y la hora a la que tenían que llevar el pedido a la casa. Luego pidió permiso y, sin esperar respuesta, se la dio a la propietaria. Cuando ya se iba, oyó que una de las mujeres comentaba que habían puesto a la venta una de las casas más antiguas de Das, Cal Noi. Y, en ese momento, sintió como si una mano invisible le estrujase el corazón.

Le daban ganas de reírse cada vez que recordaba el cambio en la cara del sargento el día anterior, cuando le había soltado la historia del bastón del comedor. Ésas eran fábulas para contar a sus nietos, cuando los tuviese. Pero le había parecido adecuada para el momento y, después de ver su reacción, Santi estaba convencido de haber acertado. Por ahora podía estar tranquilo. Además, se había ocupado de orientar a Desclòs y, con la lluvia, ni siquiera habían entrado en el cobertizo donde guardaba el quad y el remolque pequeño bajo la lona vieja. Desde el día que murió su padre, no había vuelto a sacarlo por si acaso.

Aun así era fácil darse cuenta de lo despistados que andaban en la investigación. Habían requisado la botella de coñac del viejo. Bueno. Ahí no iban a encontrar nada. Santi estaba convencido de haber visto la caja en la que habían llegado las botellas tirada en algún rincón del granero, pero les había dicho que ya no la tenía. Se le ocurrió que al sargento, con esa pinta de macarra, seguro que le gustaba el trago y que por eso la habían cogido. ¿Y la cara de Desclòs al meterla en la bolsa de plástico, como si pidiese perdón por algo? Para desternillarse. Al parecer, la causa de la muerte seguía siendo un misterio para ellos. Pero no para él.

Lanzó una mirada a la chimenea, donde mantenía oculto el bastón, y pensó que tendría que buscar un buen lugar en la finca de la veterinaria. Uno en el que fuese fácil encontrarlo pero que no estuviese demasiado a la vista. Tal vez en las cuadras. Sí. Iría esa misma noche. Desclòs había mencionado que también iban a registrar su propiedad. Entonces se le ocurrió que aún sería mejor endosárselo a Chico. Eso le quitaría de en medio por una temporada. El único problema era que no había ninguna razón para que registrasen su finca. Sólo había un lugar que reunía las condiciones: su camioneta. En ese vehículo Chico entraba y salía de la finca de la veterinaria, y él sólo tendría que acercarse a la finca de los Masó y dejar el bastón en la parte trasera. Todo encajaba. Todo iba a su favor. El viejo había

querido recuperar Santa Eugènia toda su vida. Puede que, como se decía en el pueblo, fuese verdad que los muertos podían echar un cable desde donde estuviesen...

1976

Solía observarle caminar por el pasillo de los lavabos con aquel paso extraño, descompasado, pero animoso y tenaz. Pensó muchas veces si le gustaría ser él, con todo lo que representaba, y siempre se dijo que no. Aquel cuerpo hacía difíciles, casi imposibles, las cosas más sencillas, como jugar al fútbol o leer, cosas que los demás llevaban a cabo sin pensar. Hasta que trasladaron a su padre, y los Agoiti tuvieron que mudarse a Santander, Mikel fue lo más parecido a un amigo que tuvo. Él sí tenía una madre de verdad, y hasta dos hermanos mayores que le defendían a muerte si alguien se metía con la cojera o el parche de pirata que le tapaba uno de los ojos, siempre ocultos tras las gafas de cristales gruesos. Ellos fueron los que buscaron y le convencieron para que fuera su protector en la clase, donde ellos no podían. Y él aceptó; porque no tenía nada que perder y porque la bolsa que le daban cada semana llena de chucherías era como un milagro en su espartana vida al lado de la tía. Pero lo mejor de Mikel era que siempre le invitaba a subir a su casa. Y él nunca había visto una casa igual. El suelo estaba cubierto de alfombras con dibujos y colores diferentes que don Antonio Agoiti traía de sus viajes por todo el mundo. En la habitación de Mikel, el suelo era un circuito de carreras con las líneas de la carretera dibujadas en amarillo sobre el asfalto gris, los aparcamientos en rojo y los semáforos coloreados. En aquella casa siempre podían jugar sin chaqueta, y Amelia, con su uniforme impoluto, todas las tardes les preparaba algo bueno para merendar. Cuando supo que se iban, pensó en todo lo que se perdería y en qué haría a partir de entonces. Perder de vista a Mikel no era precisamente lo que más le preocupaba, sino la sensación de protección que le daba su entorno, como si por ser su amigo él estuviera también a salvo, inaccesible para la tristeza o la soledad. El día que fue a despedirse había metido sus cosas en una maleta y la había dejado preparada bajo la cama, para que la tía no la viese. Pensó que tal vez en el último momento se atrevería a decirle a la madre de Mikel que quería irse con ellos y, a lo mejor, ella aceptaría con su sonrisa de caramelo y él podría estar de vuelta con sus cosas al cabo de pocos minutos para no retrasarlos. Esa noche apenas había podido dormir. Incluso había escrito una carta para la tía despidiéndose. Una nota corta, sin dirección. Lo habría dado todo por irse con ellos, a Santander o a donde fuese. Pero no se atrevió. La mano oscura e invisible que tenía en

el cuerpo, la que aparecía siempre para estrujar su valentía, se lo impidió. Y los Agoiti desaparecieron también de su vida, como Maruja. Y, esta vez, tuvo la sensación de que le costaba menos. Había perdido cosas buenas, como la bolsa de dulces de cada semana, pero también la obligada atención a Mikel y el forzoso y lento viaje diario para acompañarle a su casa. Eso le dio, al principio, una nueva y extraña sensación de libertad. Únicamente se daba cuenta de lo solo que estaba cuando don Ángel, el notario amigo de la tía, venía a por ella y ambos salían juntos del piso. El ruido sordo de la puerta al cerrarse tras ellos le dejaba una desazón extraña en el cuerpo, como si él fuese el único superviviente en una tierra muda, descolorida, fría y hostil. Entonces se protegía cerrando por dentro la puerta de su cuarto y haciendo lo único que podía para escapar: sumergir los cinco sentidos en los libros.

Lo único bueno de Desclòs seguía siendo que no discutía las órdenes. Por lo menos, no en voz alta. Hasta parecía haberse puesto las pilas. Durante la mañana había confirmado la llegada de la botella de coñac al laboratorio, tal como él le había ordenado, e incluso había tenido tiempo de entregarle al secretario del juzgado de instrucción las peticiones que había redactado tras el registro de los Bernat.

De camino a la finca de la veterinaria, J. B. planeaba googlear sobre la digoxina esa misma noche para saber más sobre el compuesto que había acabado con la vida de Bernat. El cielo del valle permanecía encapotado de forma irregular. Habían salido de la comisaría con el sol nítido que sucede a una buena lluvia y con una atmósfera limpia y fresca. Pero desde Alp la luz había menguado progresivamente y en Santa Eugènia parecía casi de noche. Sacó un Solano verde del bolsillo y, mientras hacía una bolita con el envoltorio, el sabor mentolado se difundió por su boca. Al final lanzó la bolita al suelo ignorando el vehemente gesto indignado del caporal.

Cuando llegaron a la casona de la finca Prats, el exterior mostraba un aspecto abandonado, con el aparcamiento vacío y el suelo sembrado de hojas del enorme sauce. Aparcaron los dos coches patrulla y empezaron a caer las primeras gotas. Desclòs propuso que se acercasen a los establos mientras los dos agentes de refuerzo se quedaban de guardia a la espera de que llegaran la veterinaria y el secretario del juzgado.

La mención de los establos le recordó a J. B. el encontronazo con la hermana de Miguel. No tenía ningunas ganas de encontrársela y le fastidiaba andar preocupándose de que lo desautorizase delante de los demás. Sólo esperaba poder hacer su trabajo tranquilo, sin incidentes. Además, aún le duraba el cabreo al pensar

en la bronca de la comisaria y en el funeral, porque estaba seguro de que no había sido el ex comisario el que se había ido de la lengua.

Apenas unos minutos después vieron llegar el Fiat blanco del secretario. Tras él, parado en el exterior de la entrada de la finca, J. B. descubrió el todoterreno de Miguel y a la veterinaria, que salía de él bajo la lluvia.

Das, calle de la Torreta, 1

En la plaza de la iglesia de Das empezaba a lloviznar. Kate dudó un instante si aparcar en la zona habilitada e ir andando, o entrar en el camino de la Torreta con el coche y continuar hasta el cementerio. Un vehículo desconocido no llamaría la atención como lo haría la nieta del comisario husmeando en su antigua casa bajo la lluvia. Dobló la esquina y le sorprendió el muro de piedra que ahogaba el camino. Hacía que fuera imposible ver la parte izquierda del valle. Sonrió con ironía. Conocía bien la amenaza de ese muro desde que era una niña, desde que, cada vez que jugaban allí, el dueño de Ca n'Anglès les mandaba al guarda para alejarlos de su propiedad. Al final se había salido con la suya. De nuevo, el poder inconmensurable del dinero.

Mientras inspeccionaba con atención la imagen de la Torreta, una punzada de nostalgia le trajo recuerdos adolescentes de soledad y añoranza. La tristeza acurrucada en algún rincón profundo y escondido de su memoria parecía acecharla siempre para volver a escena. Permaneció dentro del coche, contemplando la casa mientras una lluvia suave y persistente se apoderaba de los cristales.

Desde donde estaba, aparcada a mitad del camino, podía ver el tejado del cobertizo de su padre, en el patio trasero de la casa. Al final del camino aún se alzaba la construcción en la que habían pasado tantas horas jugando: la torre piramidal de vigilancia del siglo XIX a la que todos llamaban la Torreta. Le reconfortó ver que la estructura de la base se mantenía firme y resistente a las inclemencias.

Cal Noi, la casa donde había nacido, continuaba vigilando la torre como la madre protectora y distante de un adolescente. Sin embargo, a ella sí se la veía perjudicada por el tiempo. La lluvia remitió y Kate decidió aprovechar la tregua para salir del coche y acercarse a la parte trasera de la casa.

Sus ojos detectaron de inmediato la rotura del murito de piedra por la que solían entrar y salir a escondidas. Antes de colarse en la era colindante para acceder a la parte de atrás, estudió la fachada principal. En algunas zonas estaba descascarillada, y la madera envejecida de los pórticos le daba el aspecto frío y desangelado de los edificios vacíos. Pero a ella no podía engañarla esa apariencia, porque sabía que la casa sólo estaba esperando, serena y regia, a volver a llenarse y revivir de nuevo con las voces y los pasos de otros niños. Igual que cuando ella vivía allí con sus hermanos, cuando todo era distinto fuera y dentro de esas paredes agrietadas de yeso pintado. Esa época feliz en la que jugaban partidas de ajedrez interminables sobre las alfombras de la sala. Sonrió, probablemente las marcas de las piezas que arrojaba Tato cuando perdía seguían en sus paredes. O la habitación azul del edredón de cuadros que habían confeccionado juntando los delantales de su madre. O el cobertizo de la parte trasera del patio, en el que pasaban las tardes de domingo arreglando motos antes de salir a dar una vuelta todos juntos. Kate constató una vez más que sólo tenía conciencia de haber encajado por completo en ese lugar. Mientras la entristecía que todo hubiese cambiado tanto, la Fuga de Bach rompió el silencio.

Unos segundos más tarde, colgó el móvil y lo apretó con fuerza. No sabía si estaba rabiosa o alarmada. O ambas cosas a la vez. Su primer impulso fue llamar al juez de instrucción y pedirle explicaciones por la orden. No tenía ni pies ni cabeza, pues sólo eran rumores, testigos malintencionados. Se obligó a respirar hondo para no gritar. No estaba preocupada, únicamente furiosa. Cualquiera sin su experiencia se hubiese alarmado. Pero definitivamente ella no debía estarlo, y no lo estaba. La rabia era mayor y superaba cualquier otro sentimiento. Pensó en el sargento. ¡Impresentable! Seguro que el registro había sido asunto suyo.

Mientras caminaba por la era hacia el coche, decidió que su hermano nunca había sabido escoger a los amigos. Tanto llenarse la boca con el sargento para que ahora les diese la puñalada por la espalda... Contuvo el impulso de llamarlos, a él y al abuelo, y ponerlos de vuelta y media. Pero no serviría de nada. Volvía a llover y clavó el pulgar con rabia en el mando del coche.

De camino a la finca no paraba de dar vueltas a la situación. El incidente por el que había subido al valle se estaba convirtiendo en un despropósito. Crecía como un dibujo animado de esos a los que empezaba a salirles un apéndice y acababan agrandándose sin control hasta ocupar toda la pantalla. Incluso el caso de Mario parecía estar ahora en un segundo plano aunque le hubiese dedicado más de doce horas el día anterior. Notaba la espalda húmeda y tensa, y olía el sudor por la mudanza. Qué asco de día. Y, de repente, pensó en Dana, en cómo se sentiría, y notó que el pedal del acelerador tocaba fondo. Serénate, tienes que analizar la situación e idear una estrategia antes de llegar a la finca.

Pediría la orden y vería si algún defecto de forma podía retrasar el registro. Luego lo pensó mejor. Estando como estaba segura de que Dana no tenía nada que

ocultar, una reacción demasiado radical bien podía hacer que pareciese lo contrario. De todos modos no entendía a qué venía un registro si Bernat había muerto atropellado. Ser consciente de las implicaciones de ese procedimiento le secó la boca. Puede que hubiesen descubierto algo que desconocía, la policía era muy astuta para ocultar ases en la manga. Tragó saliva varias veces. Probablemente necesitaban a alguien para cargarle el muerto e iban a por Dana. Nadie quería enfrentarse a un Bernat y habían elegido la opción más fácil. Estiró la espalda y un crujido liberó la tensión al tiempo que agarraba con rabia el volante. Era difícil aplazar un registro, y ellos no se habrían presentado sin la orden.

Mientras intentaba llenar los pulmones de aire puso el CD. Cinco minutos de turca y Mozart la sacarían de la espiral negativa, como cuando se ponía nerviosa antes de una vista difícil. Tararea, Kate, ¡fuerte!

Pero no podía. El problema era que en el juzgado siempre sabía lo que se encontraría y ahora no podía decir lo mismo. ¡Dios! Los registros siempre la inquietaban. Todos los abogados temían alguna parte del proceso policial, algo que les preocupaba particularmente. Lo había comentado decenas de veces con sus colegas. Y a ella le ocurría con los registros. Había visto jugadas muy feas, y el valle no sería una excepción. Necesitaban mantener los ojos bien abiertos, porque si encontraban la más mínima prueba que pudiese incriminar a Dana tendría que quedarse. Y llevar el caso de Mario desde Santa Eugènia sería más que complicado.

Cuando recibió el mensaje de Luis con los datos de Bassols estaba rodeando el sauce del aparcamiento de la casa de Dana. Ya no llovía. Había dos coches patrulla y un pequeño Fiat blanco que no había visto nunca. Cuatro agentes esperaban en la escalera de la entrada junto a un hombre con gafas, alto y enjuto, enfundado en un chaquetón bajo el que asomaba una americana. El sargento, al lado de Dana, sujetaba un sobre en la mano. Kate sabía que era la orden. Evitó el contacto visual con Silva, pero no fue tan fácil olvidar sus oníricos escarceos sexuales de la otra madrugada. Apenas tuvo tiempo de sentir un fugaz desasosiego por la impotencia cuando oyó el aviso y leyó en la pantalla de la BlackBerry la dirección de contacto y el móvil del fiscal Bassols. Cuando acabasen con el registro ya se ocuparía de ese asunto.

Bajó del coche. Ni siquiera había decidido la actitud que iba a adoptar con Silva... El corazón le latía con fuerza, pero estaba decidida a contener las ganas de gritarle porque el sentido común le susurraba que debía actuar con tiento si quería sacar a Dana del lío en el que la estaban metiendo entre todos. Avanzó intentando

serenarse y entonces le miró a los ojos, pero él la esquivó al instante. Maldito chulo cobarde, ni siquiera daba la cara como un hombre.

Por lo visto, el sargento era uno de esos tipos picajosos que siempre se vengaban cuando alguien los ofendía. Kate pensaba que eso era una debilidad, así que decidió cambiar de actitud para dirigir el juego. Estaba convencida de que el registro era algo personal, quizá por haber acabado con el talante colaborador de Dana. Pero, por más que le costase un mundo contenerse, estar callada era lo más inteligente. Y eso haría, eso y esperar tranquila a que llegase el momento de ponerle en su sitio. Y entonces disfrutaría enormemente cuando lo hiciese delante de los Salas.

Pero sus buenos propósitos se derrumbaron nada más acercarse a Dana. El modo en el que la veterinaria se agarraba con fuerza al móvil, el color pálido de sus mejillas y la sonrisa trémula que dibujó al verla provocaron que un relámpago de indignación le recorriese el ánimo. No había derecho a hacerla pasar por algo así por muy ofendido que estuviese el sargento. Le miró como un témpano y señaló con la barbilla el sobre que él sostenía en la mano. Kate era consciente de que en esas circunstancias había poco que hacer, pues bien, tragaría con el registro... pero estaba decidida a amargarle la fiesta al sargento cuanto pudiese. Leyó la orden y buscó la firma. Como era de esperar, se había escudado en la comisaria. Pero Kate no quería apurar más a Dana y le explicó que había que dejarlos entrar. Luego se apostó a su lado para acompañarla adentro.

—No te preocupes —le susurró con una sonrisa tranquilizadora cuando estuvieron a solas—, dentro de un rato se habrán ido. Si no saben ni lo que buscan... Mañana me acercaré al juzgado y hablaré con el juez de instrucción para ver si acabo con tanta tontería.

Dana la miró incómoda, como una niña pillada en falta.

—No te enfades. Como no me respondías llamé a Miguel, pero tampoco pude hablar con él. Al final estuve a punto de marcar el número de tu abuelo, ya no sabía qué hacer.

—Pues no haremos nada. Esperaremos a que se vayan igual que han venido —dijo tratando de tranquilizarla—. Son tan inútiles que se aferran a cualquier habladuría. Además, los registros son muy frecuentes —mintió—. En Barcelona no eres nadie si no te han revuelto la casa un par de veces.

Dana sonrió y a Kate se le descongestionó el corazón.

—Estás loca, pero me alegro de que estés aquí.

Kate la hizo pasar a la cocina y se sentaron a la mesa.

Dana se arregló el moño intentando parecer despreocupada y abrió el segundo cajón, el de los trapos. Kate, con el oído atento a las voces del hall, la observó ponerse el delantal preferido de su abuela y le sonrió, consciente de sus esfuerzos por respirar con normalidad.

—Voy a poner agua a hervir. ¿Seguro que no quieres llamar a tu abuelo?

Kate negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—No le necesitamos. Vamos a darle a esto la importancia que tiene, es decir, ninguna. Por cierto, he olvidado comentarle un detalle al sargento, ahora vuelvo.

En cuanto se dio la vuelta, Kate borró la máscara afable de su cara y arqueó los labios.

Encontró a Silva en el salón principal. Estaba sentado ante el escritorio de la viuda estudiando un documento con atención. Tres de los cajones permanecían abiertos, y Kate intuyó que fingía ignorar su presencia. Cogió aire y, con la voz más ofensiva y suave de la que fue capaz, le escupió:

—Si rompéis algo o falta cualquier cosa, os voy a poner una demanda de la que se van a acordar hasta tus nietos. —Y enarcando las cejas añadió—: Date por avisado.

Tres golpecitos en la puerta interrumpieron la respuesta del sargento. Era Desclòs. Mientras salía de la habitación, Kate oyó cómo J. B. le ordenaba con aspereza al caporal que cogiese a los dos hombres que habían venido con ellos y se ocupasen de registrar las cuadras y sacar fotografías de las ruedas de todos los vehículos de la finca.

Cuando Dana empezó a oír voces en la entrada, los agentes llevaban más de una hora en la finca. Kate estaba fuera. Había salido para llamar al fiscal, o algo parecido, y ella seguía en la cocina con todos los aparatos en marcha. Estaba cocinando para una semana, la única forma que se le había ocurrido para permanecer en la casa y conservar la calma, estar ocupada para no obsesionarse con que varios pares de manos extrañas toqueteaban sus cosas mientras varios pares de ojos desconocidos tenían acceso a su intimidad. El golpe de la puerta de la cocina al cerrarse la sobresaltó, y se dio la vuelta dispuesta a increpar a Kate por no ser más cuidadosa.

Pero quien estaba en el umbral con las botas sucias y una mirada de perro apaleado bajo el sombrero vaquero era Chico Masó. El instante de silencio se prolongó y Dana dibujó una sonrisa silenciosa con el pecho contenido. Ahogó un sollozo mientras encogía un hombro, como si en realidad no le importase nada de lo que estaba sucediendo. Él le devolvió una mueca y avanzó un paso hacia ella. Su lenguaje corporal era evidente y Dana leyó su oferta. Pero no era un abrazo lo que necesitaba, ni más frentes abiertos de los que ya tenía. Los avisos por carta del banco hacía demasiado que se amontonaban en el primer cajón; y el miedo, que la atenazaba con cada nueva llamada, se le hacía muy difícil de soportar. Además, la casa se había llenado de policías que estaban hurgándolo todo, violando su intimidad y la de sus antepasados, y únicamente por las habladurías de la gente. Temía que encontrasen las cartas y que alguno se fuese de la lengua. Entonces todos empezarían a hablar de los problemas de la finca, y si eso llegaba a oídos de los granadinos ya podía despedirse de la oferta, porque seguro que la rebajarían. Tenía mucho en lo que pensar. Intentando que su voz sonara firme, le pidió a Chico que no se preocupase, que Kate la ayudaría con el caso Bernat... Y se guardó para sí el problema para el que no era capaz de encontrar solución. Le sonrió y se dio la

vuelta en el taburete para seguir batiendo la mezcla del bol. Cuando oyó la puerta a su espalda, cerró los ojos y las lágrimas brotaron sin control.

Deseaba dormir o desaparecer. Por favor, estoy tan cansada, susurró pensando en su abuela. Cogió aire e intentó calmarse. Las voces del salón llegaban a través de la puerta de la cocina. Al abrir los ojos se dio cuenta de que estaba llorando sobre la crema de calabaza y se secó las mejillas con la manga.

Ahora ya no podía hacer nada para evitar que lo encontrasen todo y descubriesen su secreto. Sólo esperaba que no diesen con la caja donde guardaba las escrituras y el contrato de la finca. Suspiró pensando en lo largo que se le estaba haciendo el día y en el sabor rancio y pastoso que no podía expulsar de su boca desde que había visto a los cuatro policías esperándola. Y aunque apenas habían pasado unas horas, la mudanza en casa de Tato le parecía ahora algo de otro siglo.

Miguel la había acompañado a casa en silencio, aún molesto por su negativa a la oferta de la semana anterior. Pero ella sabía que no podía aceptar algo así sin hablar con Kate, porque no se lo perdonaría. Y que si le contaba la situación, tendría que oír sus críticas y aceptar su ayuda. Cosa que tampoco quería. Estaba decidida a no ser una carga para nadie, y menos aún para ella. Además, Miguel era muy impulsivo y seguro que había hecho la oferta sin pensarlo dos veces. Dana era consciente de eso. Sospechaba que en realidad él no contaba con el dinero que le había ofrecido y tampoco iba a permitir que hiciese algo de lo que pudiese arrepentirse. Porque eso las convertiría a ella y a la finca en un lastre injusto para él. Había accedido a pensarlo para no herir su orgullo con un rechazo inmediato, pero sólo había una respuesta posible a su oferta. Desde entonces únicamente habían hablado cuando la llamó a raíz de la fiesta del ex comisario, cuando ella le devolvió la llamada para anular el encuentro y apenas durante la mudanza. Pero era fácil ver que él se mostraba distante, e incluso había notado varias veces que la evitaba. También en la mesa, cuando le había confirmado la decisión de la venta de los sementales al ex comisario, Miguel había permanecido mudo. Pero luego había querido acompañarla a la finca. Entonces Dana pensó que sería un buen momento para hablar y durante el trayecto intentó reunir valor para confesarle que había pensado en esa solución, pero que no podía aceptar. Sin embargo, al final no se había decidido a hacerlo. De modo que ahora temía que cada nuevo encuentro los pusiese a ambos en una situación demasiado tensa. Aunque, conociéndolo, esperaba que pronto apareciese en su vida otro proyecto que le sedujese lo suficiente como para olvidarse de ella.

Dana se apoyó en el taburete alto y dejó el bol y el batidor sobre la mesa con

un cansancio tremendo en los hombros. Y los dejó caer.

Añoraba los brazos firmes de la abuela alrededor de su cintura, sus ojos claros y tranquilizadores. Cerró los suyos y aspiró buscando el aroma suave de lavanda que la hacía sentir tan segura. Pero la calabaza y las especias invadían la atmósfera de la cocina y anulaban el olor. De repente, tuvo frío. Eso era una señal: tal vez la abuela había decidido intervenir y rescatarla para que pudiese descansar de una maldita vez. Pero al abrir los ojos lo primero que vio fue la pequeña ventana de la despensa abierta y decenas de gruesas gotas de lluvia entrando en la casa con el vendaval. Se levantó para cerrarla. Su vida barrida por un tsunami. ¿Acaso no era eso lo que estaba ocurriendo?

Y un inesperado escalofrío le recordó lo mucho que estaba a punto de perder.

Tras varias llamadas a Luis y una extraña negociación con el fiscal, Kate entró en la cocina con las manos heladas y la batería de la BlackBerry agotada. Mientras la policía husmeara por la finca, el porche cubierto de la casona era el único lugar en el que se podía hablar en privado. Pero ahora tenía los pies y las manos helados y una sensación de humedad fría en la espalda que le hizo desear un buen baño. En la cocina no había ni rastro de Dana y el horno humeaba por entre las rendijas de seguridad. Abrió la puerta con un trapo y salió un humo blanquecino que la hizo retroceder. Dejó la puerta abierta y apagó el horno. A su alrededor, el resto de los aparejos parecían funcionar con normalidad. Dana debía de estar en el lavabo. Oyó un ruido y miró el reloj. La policía llevaba casi dos horas en la casa. Además de estúpidos, eran lentos e incompetentes. Respiró hondo y se dejó caer en uno de los taburetes altos. Había tardado más de lo previsto en pactar con el fiscal el aplazamiento y darle a Luis una serie de directrices para que preparara el nuevo documento. Estaba agotada por la tensión y sólo esperaba que el juez aceptase su acuerdo con Bassols. Arqueó la espalda y juntó los omóplatos cuanto pudo, deseando que esta vez fuese todo bien.

Reparó en los cacharros de cocina esparcidos con restos de masa y en la crema del bol. Había dejado sola a Dana demasiado tiempo. Empezó a recoger los trastos y a meterlos en el lavaplatos. De repente, lo cerró y soltó en el fregadero lo que tenía en la mano. Se respiraba un silencio extraño. Si los policías habían acabado, iría a comprobar que todo estuviera en orden. Cogió un trapo y, mientras se secaba las manos, oyó a Dana; su tono de voz la hizo apresurarse.

Al entrar en el estudio la vio sentada de espaldas, erguida en una posición forzada e incómoda. Dana hablaba con el sargento mientras él escribía en algo parecido a un formulario, como si la ignorase por completo.

— ... Hace años que mi abuela tomaba esos medicamentos. Yo ni siquiera he tocado sus cosas.

—Oiga, sé que está pasando por un mal momento —afirmó el sargento descansando una mano en el cajón donde Dana guardaba los extractos bancarios—, pero la verdad es que...

—¿Qué ocurre? —le interrumpió Kate acercándose con insolencia a la mesa.

El sargento hizo una pausa y continuó dirigiéndose a Dana:

—Como le decía, Jaime Bernat falleció de un paro cardíaco provocado por un envenenamiento de digoxina. —Y, cogiendo el frasco que tenía sobre la mesa precintado en una bolsa de plástico, añadió—: Esto es lo que mató a Bernat.

Dana miró a Kate en busca de ayuda, pero la abogada no podía apartar los ojos del sargento y del frasco marrón con el dosificador beige que acababa de dejar de nuevo sobre la mesa.

—Es una broma —afirmó Kate. Y se agachó buscando la atención de Silva—. No puedes estar hablando en serio.

J. B. levantó la vista y Kate le sostuvo una mirada encendida. Al instante, él volvió a escribir en el impreso. Y ella cambió de tono.

—Encontrar un medicamento en una casa no tiene ninguna importancia. Lo sabes tan bien como yo. Probablemente ni siquiera tendrá sus huellas, así que todo esto no es más que una pantomima.

Él siguió escribiendo.

Le daban ganas de partirle algo en la cabeza. Y volvió a la carga en seguida, esta vez con desesperada irritación.

—Vamos a ver, éstos son los medicamentos de la señora Prats. No me puedo creer que estés pensando en serio que Dana tuvo algo que ver con la muerte de ese cretino. Cómo se supone que iba a hacerlo, ¿eh? Ah, sí, ya la veo yendo de noche a su casa, donde también vive el «pequeñín» de Santi, para taparle la nariz a Jaime y meterle por la boca un chorro de la sustancia esa —ironizó.

J. B. la miró en silencio y Kate comprendió que el enemigo había percibido algo que ella jamás se permitía en los juzgados. Debía serenarse, había sido un error ponerse así. Se irguió y entonces vio en sus ojos que no iba a conseguir nada.

—No voy a entrar al trapo —respondió él sin apenas mirarla. Se puso de pie y dobló los impresos—: Por el momento hemos terminado. Nos vamos.

J. B. metió los formularios en un portafolios amarillo con el logo de la policía y apretó el botón del bolígrafo para cerrarlo. El clic sonó fuerte y claro. Luego se lo metió en el bolsillo del pantalón y miró a la veterinaria.

—Ya hablaremos.

La conocida melodía de *El padrino* interrumpió el silencio. J. B. buscó incómodo en el bolsillo de su chaqueta y descolgó el móvil. Kate pensó en la ironía de esas notas mientras le sonreía fugazmente a Dana para tranquilizarla. La veterinaria ni siquiera parpadeó. Estaba tan tensa que no era capaz de mover un músculo. Notaba el sabor a bilis del miedo bajo la lengua y la boca caliente. No entendía la actitud de Kate. Si acababan de encontrar en su casa lo que había matado a Bernat, era evidente que la culparían a ella.

La conversación empezó con un «Silva» pronunciado con dureza, siguió con varios asentimientos de cabeza y finalizó con un «OK». Ninguna de las dos supo qué era lo que miraba el sargento cuando, al colgar, dirigió su atención hacia un rincón al fondo de la sala. Kate siguió su mirada. Allí sólo había una butaca de piel, la lámpara de pie y la mesita redonda con las botellas de licor del abuelo de Dana.

Cuando se marcharon, Dana permaneció en silencio, aturdida por lo que acababa de ocurrir. Mientras tanto, Kate se había acercado al ventanal y observaba en silencio cómo los dos coches de policía y el del secretario del juzgado salían en fila de la finca. Su lento avance por el camino empedrado le recordó a una comitiva fúnebre.

La absurda facilidad con la que los acontecimientos podían torcerse la dejaba sin aliento. Era la misma sensación que había tenido tantas veces de pequeña, cuando sus hermanos se sacaban un as de la manga y le ganaban la partida, casi siempre con trampas, y el abuelo les daba la razón. La digoxina en el botiquín de la viuda era el hecho inesperado que convertía la muerte de Jaime Bernat en un verdadero problema para Dana. Deseó borrar los últimos días casi con la misma intensidad con la que había querido tantas veces borrar de la memoria popular ciertos hechos. Pero sabía por experiencia que esos deseos no se cumplían. Ahora sólo podía hacer una cosa: tratar de sacar a Dana de aquel entuerto que se complicaba con cada movimiento del maldito sargento.

Y lo primero que necesitaba para conseguirlo era meter más actores en la escena para que el foco se apartase de Dana. Algo que, teniendo en cuenta la trayectoria de Jaime, no le costaría demasiado. Había dicho digoxina. Bien, ya sabía

cómo podía conseguir una lista de las personas prescritas de ese medicamento en el valle. Luego habría que rezar para que alguno de ellos hubiese mantenido trifulcas con Bernat. Kate se sintió satisfecha hasta que oyó el susurro de Dana.

— ¿Y ahora qué?

Kate intentó sonar animada.

— Pues ahora voy a mandar un mensaje a Luis y me quedaré aquí hasta que todo se aclare. Mañana voy a ocuparme de detener este desaguisado absurdo — resolvió sin moverse del ventanal.

No quería que Dana empezase a escudriñarla para saber si debía preocuparse.

— Mañana iré al juzgado y lo aclararé todo. Tranquila, yo me encargo.

Dana asintió como si llevase el peso del mundo sobre sus hombros, y Kate, que observaba su reflejo en el cristal, se enervó. Comprendía que estuviera preocupada por la situación, pero no estaba dispuesta a lidiar, encima, con los miedos de Dana. Ni tampoco con sus depresiones. Era verdad que estaba sola, que el malnacido de Bernat no había hecho más que ponerle trabas constantemente y que desde la muerte de la viuda todo se le había puesto cuesta arriba. Pero tendría que sobreponerse. Porque esta vez ella no estaba dispuesta a tener que consolarla mientras batallaba por su inocencia.

Dana continuaba aturdida, sin moverse, con los hombros encogidos y la mirada perdida.

— Dan, esto no va a funcionar si no te pones las pilas. No voy a dejar que hagas de plañidera como siempre, así que revisa que esté todo en su lugar y repasa las cuadras o haz lo que sea, cualquier cosa menos quedarte aquí como una muerta en vida. Lo que ha pasado no tiene importancia, créeme, pero la tendrá si empiezas a enrocarte. Venga, yo hago la cena y tú revisas la casa.

— Y la hípica. También han estado allí... — susurró Dana.

— No creo que falte nada en las cuadras, pero si te vas a quedar más tranquila, te esperaré aquí recogiendo los restos del tsunami que ha pasado por la cocina.

— No volveré a estarlo...

— ¿Ya empezamos?

Dana le lanzó una mirada compungida.

—Me van a acusar de la muerte de Bernat. Al final se va a salir con la suya y acabará conmigo, tal como predijo.

—¡Ni hablar! Él no predijo nada, sólo te amenazó de pura rabia por no poder quedarse con tus tierras. Lo sabes, ambas lo sabemos. Y, mira —le advirtió—, no voy a poder sacarte de ésta si tú no ayudas.

Dana empezó a llorar. Kate cogió una silla y se sentó delante de ella.

—Él no contaba con que estuviésemos juntas en esto. Somos fuertes y hemos salido de cosas peores. Además, tengo el convencimiento de que vamos a desenmascarar a la persona que le mató antes de que te des cuenta.

—¿Cómo? Si ellos no han podido...

—¡¿Ésos?! ¿Me comparas con éstos? —la acusó incrédula—. A veces me parece que no me conoces, Dan. ¿En cuántas ocasiones me has visto rendirme? Y no será porque no hayamos recibido palos...

Kate apoyó las manos en las rodillas de Dana y buscó sus ojos.

—Venga, yo la cena y tú la casa. Mañana empezaremos a trabajar en el caso Bernat.

Al llegar a la comisaría tras dejar la finca Prats, J. B. había mandado imprimir para el día siguiente las fotos de ambos registros y luego se había encerrado en su despacho para hablar con los analistas del laboratorio. Tal como sospechaba, le aconsejaban que no se molestase en enviar la digoxina de la viuda, porque era imposible determinar si era la misma que había matado a Bernat. En cuanto a la botella de coñac que les habían expedido por la mañana, era posible mezclarlo con la digoxina, pero necesitaban un par de días para obtener los resultados del análisis. Colgó el teléfono y vació el aire de los pulmones soplando por la boca.

Tal como iba el caso, era probable que el coñac de los Bernat tampoco contuviese nada y que el instinto le hubiese fallado. Eso le recordó las botellas que había visto en el salón de la finca Prats. Ninguna era un Ximénez-Spínola, pero el surtido parecía estar a la misma altura. Por otra parte, una buena colección de espirituosos tampoco probaba nada. Se levantó y fue hacia la ventana. La luz de la luna dibujaba el perfil intermitente de las nubes arrastradas por la tramontana a una velocidad increíble. J. B. pensó en el ventanal de su altillo y en la ventana del baño que siempre dejaba abierta. La casa estaría helada, así que ¿qué prisa tenía?, pensó mientras en el aparcamiento los coches hacían cola para salir. Lo que necesitaba era poner orden. Puede que lo mejor fuese empezar por lo habitual: familia, trabajo y aficiones. Miró la hora y caminó hacia la pizarra blanca. Eso le ayudaría a ordenar las ideas. Destapó uno de los rotuladores y cerró los ojos para trazar un mapa mental antes de empezar a escribir.

Por una parte, estaban Santi y su hermana, que vivía en Barcelona. J. B. anotó: ver si estaba casada. Lo único innegable era que ambos ganaban con la muerte de Jaime Bernat. Luego habría que averiguar si alguno de los arrendatarios estaba descontento o pendiente de renovación. De eso podía ocuparse Desclòs. Aunque no fuese muy fiable, siempre podía preguntar luego él por su cuenta, sin

descartar que Montserrat, o alguno de sus numerosos contactos familiares, pudiesen también echarle una mano. En cuanto a las aficiones del muerto, parecía evidente que el CRC era la principal. Ver si tenía otras.

Montserrat le había comentado que el ex comisario podía guardar en sus archivos el dossier del CRC que no había encontrado en el almacén, junto con otros muchos documentos de los años que había pasado al mando de la comisaría. Bien, por lo menos estaba en manos amigas. Marcó el número de Miguel, pero no obtuvo respuesta. Seguro que estaba en el Insbrük, pues los miércoles y viernes había partida y él era de los fijos. El bar le recordó que aún no se había disculpado con Gloria. No podía acercarse por allí sin hacerlo porque, si coincidían, cualquier cosa que dijese parecería una mala excusa. Buscó en el primer cajón su tarjeta y, antes de marcar, grabó el número en el móvil nuevo.

Dos minutos después se sentía casi en paz con el mundo. Gloria le había respondido que intentaría pasarse por allí después de la cena que tenía a las nueve. Le había telefoneado algo encogido, esperando algún reproche. Sin embargo, lejos de recriminarle nada, ella en seguida había comprendido lo de su madre. Yo también tengo una madre, le había dicho, y estas cosas pasan. Y J. B. pensó que con la forense todo era de lo más fácil. Cada vez tenía más claro que no podía estropear la relación con alguien así por echarle un polvo. No señor. Lo peor era que no se le ocurría nadie con quien resolver su «inactividad».

Acabó de anotar lo que sabía del caso y, antes de irse, le dejó un mensaje a Desclòs para que se ocupase de averiguar si las ruedas de los vehículos de la veterinaria y las marcas del cadáver de Jaime Bernat coincidían. Luego redactó el informe de ambos registros para Magda y, cuando salió del despacho para dejárselo a Montserrat, la secretaria ya había acabado su turno.

A las diez aparcaba la moto en la plaza de la iglesia. Tenía náuseas. Por no salir de comisaría había ido picando, y tanto Solano le había dejado el estómago revuelto y la lengua como un cartón. Necesitaba algo caliente y salado. Metió los guantes en el casco, se lo colgó del brazo y se dirigió al Insbrük. Con el rabillo del ojo vio la puerta cerrada del supermercado y le vinieron a la mente la nevera vacía y el último envase de pasta que había tirado hacía un par de días. Por suerte, eso no era lo único que le aguardaba en casa. También estaba ella, su niña, tranquilita en el taller a la espera de recibir las piezas. Durante un instante se preocupó por el

dinero. Aunque en El Edén siempre hubiese algo que llevarse a casa, esa comodidad suponía dejarse el sueldo en comida y, con lo que le había advertido la señora Rosa que le costarían los nuevos cuidados de su madre, habría que empezar a recortar.

Abrió la puerta del bar y dejó paso a dos chicas. Sus sonrisas y cuchicheos le recordaron a Tania y casi de inmediato se animó. Ésa sí era una buena idea, sin compromiso, sin una amistad de por medio que echar a perder. Decidió que por la mañana le preguntaría a la camarera de El Edén dónde podía encontrarla, y ya se vería.

Entró de buen humor en el bar y echó un vistazo rápido a la barra y al resto de las mesas. Ninguna cara conocida... Seguro que Miguel ya estaba abajo. Se dirigió a la escalera mientras hacía inventario: había tres tipos a la izquierda, dos Estrellas, una jarra y dos platos de bravas; también una pareja esperando y, en la zona de los camareros, un chaval de unos veintipocos que cargaba la bandeja con cuatro jarras, una coca-cola y otras tres de bravas. Mientras iba al piso inferior camino del billar repasó mentalmente la lista.

Aún no había acabado de bajar la escalera cuando vio a los hermanos Salas en una de las mesas del fondo con un grupo de jugadores. Se detuvo un instante y se concentró en memorizar lo que había sobre las mesas, así como el vestuario y los rasgos físicos de los tipos que les rodeaban. No le llevó más de cinco segundos anotar mentalmente todo lo que había en la mesa de los Salas. Luego, siguió bajando la escalera mientras, con la mirada perdida en el suelo, volvía a repetirse los datos que acababa de registrar. Al llegar a la mesa hizo un par de comprobaciones y sonrió para sí.

Con los dardos en la mano, Tato parecía discutir con un tipo sobre el juego mientras los demás observaban con atención a Miguel, que escribía en unos papeles sobre la mesa. J. B. echó un vistazo alrededor. En la mesa de al lado todos escuchaban a alguien que hablaba gesticulando. Él la reconoció al instante. Se trataba de la ayudante de Gloria, la chica de las rastas que había ido en la ambulancia a recoger el cuerpo de Jaime Bernat. J. B. buscó al chico que llevaba la camilla con ella, pero no lo vio. Gloria, sin embargo, sí estaba sentada al lado de la chica y la observaba bracear con una sonrisa boba en el rostro. J. B. apoyó el puño cerrado en el hombro de Miguel. Él se volvió un instante, le hizo un guiño y señaló con la barbilla en dirección a un taburete libre. Luego continuó escribiendo. Tato seguía con atención las explicaciones del tipo con el que hablaba y le sonrió fugazmente desde lejos. J. B. buscó dónde dejar el casco para ir a por algo de comer.

En ésas lanzó otra mirada a la mesa de al lado.

La chica de las rastas le hizo un gesto y Gloria se volvió hacia él. Sus ojos se encontraron. La forense sonrió y se levantó. Se acercaron el uno al otro. Gloria le dio dos besos acompañados de unos golpecitos suaves en el hombro y le preguntó por su madre. J. B. se encogió de hombros sin saber qué responderle. De repente, la culpabilidad por no haber ido a verla, y el miedo a provocar el rechazo de Gloria en cuanto le nombrase el asilo, le sujetaron la lengua y sólo fue capaz de sonreírle y soltar un tímido bien mientras hundía la mano libre en el bolsillo del vaquero.

Sin saber qué decir, J. B. miró hacia las otras mesas. Rebosaban platos apilados con restos de salsa y vasos casi vacíos. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo tarde que era y de lo cansado que estaba. Dejó el casco al lado de Gloria y le susurró en la oreja que iba a buscar comida y una Moritz.

Al poco de estar esperando en la barra apareció Miguel.

— Te he inscrito en nuestro equipo. Salimos de cabeza de serie.

J. B. se pasó las yemas de los dedos por los párpados para desentumecerlos y le miró de reojo.

— Esto no es el Arrow, tío, aquí somos los reyes. Por cierto, la inscripción son treinta euros. — J. B. enarcó las cejas—. Ya, esta vez pagas tú y la próxima yo me hago cargo. Por cierto, tienes mala cara, macho. ¿Va todo bien?

J. B. sonrió para sí. El viejo Salas, siempre sin blanca. El valle empezaba a ser como estar en casa. De repente, recordó a la veterinaria bajando de su coche y se preguntó qué sabría su amigo sobre el registro de esa tarde. El muy cuco no soltaba prenda, pero se veía a la legua que no había subido por los treinta euros. J. B. le miró. O puede que sí. Miguel le hacía señas al camarero para que le trajese una Moritz. Si la intuición no le fallaba, las cosas iban por ahí. J. B. decidió anticiparse.

— Bueno, ha sido un día entretenido. Por cierto, esta tarde te he visto cuando dejabas a la veterinaria en su finca.

— Sí, hoy hemos hecho la mudanza de Tato, y Dana ha venido a ayudarnos.

Miguel hizo una pausa que J. B. respetó.

— Me he enterado de lo del registro. Pensaba que Bernat había muerto de un infarto...

— Eso concluía la autopsia, pero los tóxicos dicen otra cosa, así que parece que al final hay caso.

El camarero se acercó a J. B. y éste le pidió dos Bratwurst y un Agua de Moritz como la que había pedido Miguel. El tipo abrió una de las neveras que había bajo la barra y clavó las botellas delante del sargento para destaparlas con la otra mano.

— ¿No creerás que fue ella? — apuntó Miguel con incredulidad cuando el camarero se hubo alejado.

J. B. cogió la botella y bebió un sorbo sin responder. Era fácil darse cuenta de lo que le pasaba a Miguel con la veterinaria. Tampoco había que ser muy listo. Afortunadamente, su amigo aún no le estaba pidiendo nada. Y por el bien de ambos esperaba que no lo hiciese.

— Si te digo la verdad, no era mi primera opción, ni mucho menos. Pero esta tarde he visto varias cosas en su finca que no me cuadran y eso siempre me pone algo nervioso, ya lo sabes.

— Ya... Si puedo hacer algo para ayudar...

J. B. negó con la cabeza.

— No, hay que seguir con la investigación. El caso es que todo lo que tenemos apunta hacia ella.

— Ya... ¿Y no te parece raro?

J. B. se lo quedó mirando.

— No sé, macho, pero creo que te estás dejando llevar por éste — le advirtió J. B. golpeándose el lado izquierdo del pecho con el índice —. Dime, ¿pensarías lo mismo si las pruebas apuntasen a otra persona? Al hijo, por ejemplo.

— ¿A Santi?

J. B. asintió y Miguel se encogió de hombros en silencio. Estaba valorando su respuesta y el sargento intentó en vano tranquilizarle.

— Nada de lo que hay es concluyente, tranquilo. El único problema es que «la doña» tiene prisa. La verdad, he visto a poca gente con menos escrúpulos.

— Eso es lo que me preocupa, que estén fabricando un culpable. Si tuviese que preocuparme, ¿me lo dirías?

J. B. asintió sin mirarle. El problema se estaba acercando como una gran ola, y J. B. lo veía venir. Joder.

El camarero dejó los bocadillos en la barra y J. B. le ofreció uno a Miguel

antes de hincarle el diente al suyo. Pero su amigo permanecía ausente, con la mirada clavada en un punto indefinido de la barra.

J. B. saboreó el Bratwurst mientras estudiaba de reojo a Miguel. Eso no le pasaría en la vida: colgarse de alguien tanto como para que afectase a su profesionalidad o pasar por el apuro que mostraba la cara de Miguel. No, eso no iba a pasarle. Porque él sabía mantenerse a salvo de ese tipo de peligros. No se implicaba, escogía a las tías con un criterio bien distinto y siempre con sus tres normas grabadas a fuego en el entendimiento: primero, no más de cinco noches; segundo, él se ocupaba siempre de la seguridad; y, por último, las dos reglas anteriores no admitían ni una excepción.

Cuando oyó de nuevo su voz, supo que no le dejaría comer en paz.

—Mira, ella es como... una hermana, y te digo que no mataría ni una mosca. No vas a dejar que manipulen el caso, ¿verdad?

J. B. se encogió de hombros, pero de inmediato pensó en la verdadera hermana de Miguel y en que de ésta sí que no se fiaba ni un pelo. Recordó su encontronazo en la finca, al empezar el registro, y que Desclòs la había oído amenazarle. Suerte que el caporal era un imbécil y que no le importaba nada lo que pensase. Pero si lo hubiese ninguneado delante de los otros agentes, o del secretario, la hubiese tenido que poner en su sitio. Aunque esta vez no iba de punto en blanco como las otras veces que la había visto y llevaba el pelo recogido —lo que la hacía parecer menos peligrosa—, la letrada imponía lo suyo. Y eso que, por un momento, cuando había sabido lo de la digoxina, la había visto atraparse... Aun así, no iba a ser fácil llevar el caso con ella enfrente. J. B. echó otro trago de la botella antes de responder a Miguel.

—Mira, tío, lo único que sé es que la investigación está en marcha, que no tenemos nada concluyente y que lo mejor será que dejes de preocuparte antes de tiempo.

Mientras hablaba, había notado un pellizco en la espalda y se volvió, sorprendido.

Tania le miraba. Aún tenía la mano en la cintura de sus vaqueros y en cuanto le sonrió se le echó encima para estamparle dos besos, como la última vez. Y, como entonces, le sorprendieron la turgencia de sus pechos y el ímpetu del contacto. Acababa de alegrarle el día, la noche y el cuerpo. Además..., era ella. Estaba cantado. J. B. amplió su sonrisa y le presentó a Miguel. Cuando Tania saludó a su amigo lo hizo con la misma energía. Miguel enarcó las cejas y J. B. soltó una

carcajada. Ella era justo lo que andaba buscando.

Tania llevaba unos vaqueros negros ajustados y una camisa del mismo color que con cada movimiento dejaba a la vista el *piercing* del ombligo y un canalillo soberbio en el que daban ganas de meter la nariz y morder. Ninguno dio un paso por moverse de allí, así que se quedaron los tres charlando en la barra.

Era la primera vez que Tania entraba en el Insbrük porque había oído que era un bar de moteros y carcas. Miguel la miró muy serio intentando contener la sonrisa y le confesó que él llevaba quince años yendo un par de veces por semana y que jamás había visto a ningún carca por allí. Mientras hablaban, ella había vuelto a poner la mano en la cintura de J. B. y le pellizcaba la piel con suavidad a través de la camiseta. Silva bebió otro trago de la Moritz. Esa mano cálida le hacía sentir bien. De hecho, prácticamente se había olvidado del bocadillo. Repasó a la chica de arriba abajo intentando no detenerse en la zona de los pechos. Pero le costó, y empezó a tener prisa por salir de allí. No era de extrañar que las mesas en las que había sólo tíos no le quitasen el ojo de encima. Los vaqueros se le ajustaban como un guante y cada poco se cambiaba la melena mechada de posición con un movimiento que hechizaba. Entonces notó que se echaba un poco hacia adelante y cogía el botellín. Tania le preguntó si era suyo justo antes de beber de la botella, pero ni siquiera esperó la respuesta. Los dos la observaron mientras bebía, luego se miraron y J. B. le guiñó un ojo a Miguel. No tenía la sensualidad de Gloria, pero el par de tetas lo compensaba todo, así que decidió que las señales eran lo bastante claras como para no andarse con rodeos.

Sacó uno de veinte y se lo mostró al camarero. Mientras esperaba el cambio pensó que le ofrecería acompañarla a casa, y en eso estaba cuando detrás de Miguel apareció Gloria y dejó su casco en la barra. Al instante, el sargento vio cómo sus ojos se clavaban en el gesto cómplice y posesivo de la mano de Tania, y luego la forense le echó un repaso a la perfumera que le dejó descolocado. Las presentó y Gloria avanzó unos pasos para darle dos besos. J. B. contemplaba el saludo imaginándose si podría con las dos cuando Tania volvió a pellizcarle y, dirigiéndose muy seria a Miguel, le preguntó si el sargento era de fiar. J. B. le lanzó una mirada de advertencia y Miguel se apoyó la mano teatralmente sobre el pecho antes de asentir.

La moto sonaba de muerte. J. B. sabía que por la recta de Puigcerdà no había patrullas a esa hora y soltó la muñeca. Se sentía bien. El jugueteo había sido escaso, a Tania también le iba el tiro rápido y mortal y, la verdad, algo así se agradecía tras varias semanas en blanco. Después le costó mirarla, no supo qué decirle y se hizo el dormido mientras se sentía observado en silencio. Luego la oyó usar el agua en el lavabo con la puerta abierta. Imaginó otro rápido en la ducha, pero no sintió que aquello fuese a prosperar. Un día demasiado largo... Al tirar de la sábana para cubrirse le llegó una bocanada de aire fresco; el olor de un suavizante mezclado con el aroma de Rochas y el del sexo. Abrió las piernas y disfrutó de la soledad de la cama vacía y del abrigo de la sábana. Durante algunos segundos tuvo la mente en blanco e incluso le pareció que abandonaba la conciencia en algún momento.

Se alegraba de que ambos hubiesen tenido la misma prisa y de que el sexo hubiese funcionado como un motor bien ajustado. Saldría otras tres o cuatro veces más con ella. Luego, puerta. Pero no quería pensar en eso. En un valle tan pequeño puede que tuviese que reajustar la regla número uno. Las tripas le recordaron el bocadillo del Insbrük y lamentó haberlo dejado. De repente se acordó del momento en que había visto juntas a Tania y a Gloria, y se preguntó qué pasaría con esa regla en caso de trío. Recordó la conversación con Tania a la salida del Insbrük, cuando ella le había preguntado de qué conocía a la bollera y él no había entendido a quién se refería. A la que acabas de presentarme, había respondido dejándolo perplejo mientras se colocaba el casco con soltura y montaba tras él en la moto. Al sentirla pegada a la espalda se había olvidado por completo de la forense. Y ahora no quería pensar en ello.

En fin, dentro de un par de horas amanecería. Sólo le quedaban otras tantas para volver al trabajo. Repasó lo que estaba pendiente: el informe del registro de la finca Prats para la comisaria y hacer algunas averiguaciones. Recordó la pizarra y

soltó un ¡joder! Se le había olvidado por completo pedirle a Miguel el número del ex comisario.

Minutos después, bajo el casco, una sonrisa ladeada se dibujaba en sus labios al doblar en la curva del desvío a Mosoll. Los atributos de Tania eran casi un milagro en aquel valle tan sobrio. Era evidente que había dado con una perla y pensaba disfrutarlo. Se sentía afortunado, y la envidia en los ojos de Miguel cuando se habían despedido en el Insbrük ayudaba. Redujo para entrar en el camino de tierra y recordó la forma en que Gloria había mirado a la joven. Una vez más desechó la idea mientras evocaba el instante en el que la había visto beber de la botella por primera vez. La sensualidad de los movimientos de la pequeña forense no sugería nada de eso. Luego se forzó a olvidarlo.

Al llegar a casa abrió la puerta del edificio con el mando a distancia y paró la moto. Algo se movió entre los arbustos en la oscuridad. J. B. se detuvo y escuchó atento. Cuando le había mostrado a Miguel el granero que alquilaba para vivir le había oído comentar que Mosoll era zona de zorros. Puede que fuese uno buscando algo de comer. O tal vez eran imaginaciones suyas. Bajó de la moto, la llevó adentro y aseguró bien la puerta.

El edificio que había alquilado por un año era un antiguo granero de veinte metros de altura. Una construcción cúbica de unos trescientos metros cuadrados con grandes ventanales sólo en la parte alta, donde habían construido el altillo en el que estaba la vivienda. La nave era un espacio diáfano. En la parte baja, J. B. había montado el taller con las herramientas y las motos que había traído del local que tenía alquilado en los bajos del edificio de su madre. A la derecha del almacén habían fijado a la pared una estructura metálica formada por dos vigas largas de hierro que unían la planta baja con el altillo y a las que les habían engarzado unas placas que hacían las veces de escalones. Arriba tampoco había ningún tipo de barrera protectora, era todo simple, diáfano y sin artificios, todo metal y madera. El altillo tampoco contenía separaciones. La sala, la cocina y la habitación estaban a la vista y a través del ventanal se podía contemplar toda la parte sureste del valle, la más sombría. Lo único que habían levantado era una mampara de cristales cuadrados de veinte por veinte tras la que se encontraba un pequeño aseo con lo imprescindible y una ventana pequeña para ventilar. Lo bueno era que acababan de construirlo y el altillo estaba por estrenar. Lo malo, que J. B. pasaba poco tiempo allí y el edificio siempre rozaba los cero grados. Solamente conseguía calentarlo los fines de semana. Miró el termostato. Aparentemente estaba todo en orden, pero

hacía un frío polar. Lo puso al máximo y subió los escalones de tres en tres para entrar en calor. Necesitaba una ducha caliente y echarse un par de horas.

Cuando se tumbó en la cama conectó el móvil al cargador y retrasó la alarma. Había recibido el segundo aviso de Correos para ir a recoger las piezas de la OSSA. Eso, y la sensación de calma que seguía a un buen polvo, le habían dejado en la gloria. Deseó que el día le deparase una buena noticia, algo real con lo que avanzar en el caso. Por el momento, como le había dicho a Miguel, todo era demasiado circunstancial. El pobre tenía un problema. Cerró los ojos y respiró hondo.

Pero empezaba a amanecer y entraba la primera luz por la pared acristalada del altillo. El albor del día dibujaba el perfil nevado de la Tossa, erigida como un gigante en el cielo del valle. J. B. dobló el brazo y apoyó la cabeza en la palma de la mano para contemplar el amanecer. Se cubrió con el edredón hasta el cuello y dejó caer los párpados. Pero el viaje desde Puigcerdà y la ducha le habían desvelado. Intentó no pensar en el caso, pero no pudo. También estaba pendiente investigar en Internet sobre la digoxina, pero le pesaba demasiado el cuerpo para conectar el portátil. Respiró hondo con los ojos cerrados. Las imágenes del Insbrük empezaron a mezclarse con las del piso de Tania. También precisaba encontrar el momento para bajar a ver a su madre. Pero primero necesitaba dormir. Miró el móvil. Le quedaban un par de horas hasta que la alarma le pusiese en pie, y decidió que no completaría la tabla de ejercicios de cada mañana. Cuando ya empezaba a perder la conciencia recordó el frasco de digoxina de la finca Prats, y la hermana de Miguel, con su coleta y la mirada desafiante, se coló en sus pensamientos y le hizo fruncir el ceño. Ya en duermevela, se sintió inseguro, expuesto. Buscaba a alguien que estuviese de su parte, alguien que creyese en su valía, pero estaban solos. Con una vulnerabilidad casi dolorosa, entró en un sueño inquieto y superficial en el que se le iba encogiendo el estómago mientras ella le gritaba algo, cada vez más irritada, algo que él era incapaz de oír. Entonces vio cómo Desclòs se acercaba y ella le sonreía. Intuyó que eran aliados y que ocultaban las pruebas que él necesitaba para resolver el caso. Así no podría encontrar al culpable. Tenía la boca seca y un nudo en la garganta. ¿Qué haría cuando todos le tomasen por un incompetente incapaz de dar con el asesino? La comisaria cursaría su traslado inmediato. Entonces, una voz de mujer le susurró que Bernat no estaba muerto, que le habían tendido una trampa y que en la escena sólo habían encontrado una carcasa de su cuerpo. Oyó la voz de su madre advirtiéndole que no se fiase de ella, que quería quitárselo y dejarla sola en aquella casa desconocida. Cuando sonó la alarma, J. B. se despertó tiritando sobre el

colchón. La casa seguía como un témpano, y él, mentalmente exhausto y con el corazón encogido. ¡Joder!

El día después de la mudanza la alarma de la BlackBerry sonó a las siete, y Kate soltó un gemido al intentar extender el brazo para retrasarla diez minutos. Se movió un poco y maldijo los cristales de la rectoría de Tato. Por culpa de la mudanza tenía la espalda destrozada. Como de costumbre, los encuentros con los suyos siempre le provocaban algún tipo de secuela. Mantuvo los ojos cerrados intentando disfrutar de los diez minutos de pereza, pero en su mente ya había empezado a dar vueltas a lo que debía resolver durante el día. Recuperó el móvil y echó un vistazo a los correos.

Luis le respondía con un OK al escrito que le había enviado después de acordar la fecha para el aplazamiento con Bassols. En él, le instaba a redactar una nueva petición, y esta vez quería revisarla personalmente antes de que el documento llegase al juzgado. En cuanto le diese su conformidad, él debería ocuparse de remitirle la copia al fiscal. En su réplica, Luis le mencionaba que el despacho ya estaba listo y que se sabía que el jefe llegaba el viernes, pero por la tarde. Kate, tumbada en la cama, asintió. Era jueves, lo que le daba un día y medio más para resolver el lío de Dana. Puede que incluso fuese suficiente para poder bajar a Barcelona el viernes al mediodía y regresar el sábado por la noche para la fiesta del domingo. Eso la hizo caer en la cuenta de que la chica de La Múrgula no la había llamado. No quería errores, necesitaba comprobar que no había dudas sobre la lista y escribió un recordatorio en la BlackBerry para llamar a las diez y confirmar que todo estaba correcto. El día empezaba bien. Seguro que Dana vería en eso una señal.

Le costó un mundo de gemidos incorporarse y llegar hasta el baño.

Le dolía la parte alta de la espalda y los brazos, como si hubiese estado levantando piedras durante horas. Se mantuvo apartada del chorro hasta que el

agua salió a su gusto. Entonces dio un paso adelante, se metió bajo la ducha y dejó resbalar el agua, que estaba muy caliente, por los hombros y por toda la espalda. Bajo ese confort, su cabeza se puso de nuevo en marcha.

Paco le había dicho que la esperaba en el despacho el viernes, así que le quedaba un día y medio por delante para averiguar quiénes tenían acceso a la digoxina y acercarse al juzgado. Muy justo, pero no imposible.

Cuando cerró el agua oyó sonar la alarma de los diez-minutos-más. Por suerte, a esa hora Dana ya estaba abajo, así que si llevaba tiempo sonando por lo menos no habría molestado a nadie. Empezó con el ritual diario de la crema hidratante, pero a pesar del masaje de agua caliente sus músculos estaban tan doloridos que fue incapaz de seguir. Al secarse se dio cuenta de que, por primera vez en semanas, no tenía picores. Observó la piel de sus brazos. Los hombros seguían doloridos pero el eccema parecía menos marcado y de un color más claro. Para Dana, eso sería una señal de que su lugar estaba en el valle. De acuerdo, no se pondría la crema, pero se repasaría el pelo con el secador aunque tuviese que sujetarlo con los dientes.

Ni siquiera eso fue fácil. Mientras se lo estaba secando vio cómo la BlackBerry se movía sobre el mármol y miró quién era. Frunció el ceño y apagó el secador. Puede que el andorrano fuese más competente de lo que había creído y que llamase para decir que ya estaba todo resuelto. En tal caso, no tendría más remedio que quitarse el sombrero ante Mario y su contacto. Descolgó dispuesta a que su día mejorase aún más.

Minutos más tarde, aún con la BlackBerry en la mano, oyó cómo Dana la llamaba para que bajase a desayunar. Volvió a mirar la pantalla y dudó si llamar a Paco para decirle que el andorrano de Mario era un gilipollas integral y quedarse a gusto. Pero en cualquier caso, no había otra forma de borrar los registros. Sintió un odio atroz al pensar en su cliente y le dieron ganas de que le metiesen entre rejas para el resto de su vida. Su instinto le decía que el maldito caso se convertiría en su primera derrota en los tribunales, y esa posibilidad le encogía el estómago. Y todo por culpa de aquel impresentable y de sus malditos e inútiles contactos. Intentó respirar hondo, pero la idea de fallarle a Paco justo en el caso de su hermano le provocaba una presión en el pecho que la ahogaba. De acuerdo, vístete y piensa, Kate. Piensa.

Se puso el cisne verde botella que había lavado la noche anterior y le costó abrocharse los vaqueros, que estaban sin planchar. Mierda, encima eso. Tanta pasta con salsa... Suerte de la chaqueta. Se sentía frustrada y cabreada, añoraba su vida,

ocuparse sólo de lo suyo e ir al gimnasio. Abrió su maletín y empezó a maquillarse: por lo menos en el juzgado tenía que dar imagen de solvencia y de que todo iba bien. Y si se encontraba con algún conocido en Puigcerdà, quería estar estupenda. Eso la tranquilizó un instante, hasta que empezó a recordar el registro del día anterior.

La sulfuraba cómo se estaba complicando todo. Volvió a pensar en el técnico de Andorra. Había intuido desde el primer contacto que les traería problemas. No soportaba a las personas para las que todo era una piedra en el zapato, ni tampoco tratar temas tan delicados con alguien a quien no conocía. Menos aún en un caso tan importante. Y ahora le salía con éstas. De acuerdo, no podía hacer nada más que ceder y darle esos días, pero eso tendría un coste también para él cuando pasasen cuentas al final del trabajo. Nada es gratuito en un momento como éste, ni debe serlo. Otra de las máximas de Paco que no debía olvidar.

Se sujetó los bajos de los pantalones con los calcetines y se puso las botas, cerró la cremallera y se agachó un par de veces sobre los tacones para que los vaqueros se adaptasen. De pie ya se notaba más cómoda. Había que esperar, darle ese tiempo al técnico y rezar para que cumpliera con su parte del acuerdo. Porque si no lo hacía, Paco buscaría culpables y, tal como estaban las cosas, no era probable que tal honor recayese en su propio hermano.

En la cocina, Dana sujetaba una infusión y mordisqueaba una torta de arroz. Kate la observó desde la puerta. Mostraba la misma expresión de agotamiento que el día anterior y llevaba las botas mojadas, aunque se había cambiado los esparadrapos de los dedos, y el color rosado del algodón apenas resaltaba en comparación con el de la piel lívida de sus manos. Seguro que llevaba meses sin hacerse las analíticas y comiendo mal. Seguro que volvía a tener la hemoglobina por los suelos y seguro que hacía semanas que estaba así. También habría que resolver esa cuestión antes de volver a Barcelona. Respiró hondo y entró en la cocina con un buenos días al que Dana respondió con una mueca.

Kate se sentó delante de ella, en uno de los taburetes altos. Consciente del botón de los vaqueros, dudó un instante antes de coger una tostada y el cuchillo de la mantequilla, pero la expresión abatida de Dana le encendió el instinto de supervivencia y le abrió el apetito. Empezó a untar la tostada y hasta le echó una brizna de azúcar mientras recordaba la conversación con el técnico de Mario. Se la comió en cuatro mordiscos y al final levantó la vista. Dana parecía leer con interés la pantalla del móvil, pero Kate necesitaba compartir con urgencia la irritación que le

había causado el maldito andorrano.

—¿Te puedes creer que el contacto de Andorra me sale ahora con que tiene no sé qué problemas éticos? ¿No te parece absurdo después de haber recibido la transferencia? Y cuando le he recordado su situación resulta que sólo necesitaba dos días más. Me pone enferma lo poco seria que es la gente.

—¿Has dormido bien? ¿Está todo a tu gusto? —la interrumpió Dana con sarcasmo.

Kate acababa de coger otra tostada y la dejó en el plato.

—A ver, ¿qué pasa?

La veterinaria la miró directamente.

—No he podido pegar ojo en toda la noche. A lo mejor tendría que hacerte caso y buscar un abogado especialista en este tipo de asuntos. Ayer me pareció que el sargento lo tenía muy claro, y tengo miedo de que tú no puedas ayudarme porque estás demasiado ocupada salvando al corrupto del hermano de tu jefe. Ya lo he dicho —zanjó aliviada.

Kate cogió un cuchillo y la tostada del plato.

—Gracias por la confianza —dijo con ironía, y untó la mantequilla pasando varias veces el cuchillo para dejar la capa blanca bien fina.

Sin apartar la atención de la comida se le crisparon los labios. Y no tardó en llegar el suspiro de Dana.

Ahora se sentía culpable. Kate no necesitaba mirarla para saberlo. Con el asunto del maldito andorrano en el aire, se dedicaría todo el jueves y la mañana del viernes a resolver los cabos sueltos del caso Bernat. Si se sentía culpable por ser desagradecida era su problema. Desde luego no iba a ser ella quien le quitase la razón.

No tardó nada en volver a oír su voz.

—No es eso, Kate, ya sabes que confío en ti más que en nadie. Es sólo que estás aquí pero tienes en la cabeza el despacho y al hermano de tu jefe. Y lo comprendo. Pero yo voy a necesitar una persona que se ocupe de mi defensa al ciento por ciento, porque si no acabarán cargándome la muerte de Bernat y todo se irá a pique.

Kate sabía que tenía razón, y aun así se sentía molesta por su actitud. Dana parecía olvidar que lo había dejado todo para ir a la finca. Recriminarle que pensara

en el caso Mendes era una necesidad que sólo podía achacar al miedo que sentía su amiga. Además, ¿no le había dicho que ella lo resolvería? Entonces ¿a qué venía tanta desconfianza?

— Ya te dije que yo me ocuparía. Esta mañana pasaré por la farmacia para hablar con Ana Pla sobre la digoxina y luego iré al juzgado para averiguar unas cosas. A mediodía, el sargento tendrá tantos sospechosos del asesinato de Bernat que no le quedará otra que dejarte en paz.

Dana frunció el ceño.

— ¿Y cómo se supone que vas a conseguirlo?

— Déjame a mí — sentenció convencida —. Tú eres la veterinaria, ¿no? Pues tú ocúpate de los caballos y yo te sacaré de este embrollo.

Al levantar la cabeza, Kate reparó en las zonas oscuras bajo los ojos de su amiga.

— ¿Hay algo más que te preocupa?

— ¿A qué te refieres?

Kate se encogió de hombros.

— No sé, tienes muy mala cara y no creo que sea por una noche sin dormir.

— Sólo me preocupa que me impliquen en la muerte de Jaime Bernat. Pero no quiero hablar más de ello. ¿Cómo fue ayer en Alp? ¿Podrán preparar lo que encargaste?

Kate tragó sin acabar de masticar. Lo que le acababa de decir le hizo recordar la conversación de las mujeres de la tienda sobre Bernat y su enemistad con Dana. Decidió cambiar de tema.

— ¿Sabes que la casa de Das está en venta?

— ¿Cal Noi?

Kate asintió.

— ¿Cuánto piden?

— Ni idea.

Y, ante el silencio y la mirada expectante de la veterinaria, abrió bien los ojos y preguntó:

— ¡¿Qué?!

– ¿Qué tal está? Hace años que no paso por allí.

Kate dudó un instante antes de responder y empezó a untar la tercera tostada con el mismo sistema austero de distribución de la mantequilla. Malditas calorías.

– Bien. Pasé por delante antes de venir. Tendrán que trabajar la madera y pintar, pero la estructura parece firme.

Dana no perdía detalle de sus movimientos.

– ¿Sabes lo que te digo? Que tendrías que preguntar el precio.

Kate encogió los hombros.

– ¿Para qué? Ni siquiera hay cartel, seguro que ya la han vendido.

Incluso era posible que todo hubiese sido una treta de las mujeres malintencionadas para ver su reacción. Eso la hizo sentir frustrada.

– Pero ¿qué dices? ¿Quién iba a comprar un edificio como ése en estos tiempos? Los foráneos quieren casas nuevas con todas las comodidades. Esa casa no la van a vender. Esa casa deberías comprarla tú – sentenció.

Ya estábamos. Y su silencio le dio alas a Dana.

– Sí, y volver. Podrías vivir conmigo mientras haces las reformas y montar tu propio despacho en La Seu o en Puigcerdà. Así podríamos estar juntas y vivirías cerca de tu familia.

Kate abrió los ojos asustada.

– Ahora sí que me has convencido – dijo con sarcasmo.

Dana parecía haber recuperado de repente la energía.

– Seguro que se está encargando de ello el chico de Grus Pla. Voy a llamarle – resolvió cogiendo el móvil.

Kate continuó comiendo. Pero ya no pensaba en las calorías ni en las malditas cotillas de La Múrgula. Ahora pensaba en la casa y en si de verdad quería volver a entrar en ella. Empezó a cerrársele el estómago y dejó en el plato media tostada que le quedaba. Podía reconocer, pero sólo ante sí misma, que la curiosidad por ver su interior seguía ahí desde la tarde anterior. Como si le hubiese leído el pensamiento, Dana añadió:

– Juan seguro que tiene las llaves.

La BlackBerry anunció la entrada de un correo. Era de Luis, y lo leyó

prestando más atención a la conversación de Dana con el agente inmobiliario que al propio mensaje. A los dos minutos, Dana ya había acordado pasar a recoger las llaves, pero no oía bien a su interlocutor, así que le hizo un gesto a Kate y salió al porche. Por la expresión de Dana, Kate asumió que visitarían la casa. Y cerró los ojos intentando evocar cómo era la casa por dentro.

La conversación de Dana acabó convertida en un vago rumor de fondo mientras Kate se sorprendía recordando pequeños detalles, como los interruptores de cerámica blanca o los hilos eléctricos trenzados que trepaban hasta el techo. Abrió los ojos. Puede que nada de todo eso siguiera allí y que la decepción fuese mayúscula. No estaba segura de querer ver la casa de un modo distinto de como la recordaba. Incluso cabía la posibilidad de que verla en mal estado despertase su instinto de conservación y se le ocurriese invertir todos sus ahorros en una reforma faraónica que la obligaría a endeudarse y a trabajar por algo que la unía a su pasado. O tal vez esa visita diluyese aún más sus recuerdos de la infancia...

Observó cómo Dana seguía hablando con la seriedad de un comprador interesado. Le encantaba esa actitud tan suya, el alegre y sincero desinterés con el que siempre lo hacía todo por todos. Pensó en cuánto la apreciaba y una oleada de calidez le reconfortó el ánimo, aunque Dana fuese terca como una mula y, a esas alturas, ya nada pudiese impedir la visita a la casa. Igual que nada podía impedir que, en cualquier momento, Paco llegase al bufete antes de lo previsto y le ordenase volver.

Esa posibilidad fue como recibir una ducha fría de realidad. Con el caso pendiente de un tipo en el que no confiaba, el aplazamiento denegado y el lío en que estaba metida Dana, Kate se veía obligada a repartir sus pensamientos y energías en casos muy distintos, y se sentía como en una pesadilla de la que no podía despertar. Y, ahora, la casa. ¿A quién se suponía que iba a invitar a Cal Noi? Los gustos sofisticados de Paco distaban mucho de los muebles viejos y las alfombras raídas de la casona de Das. Ni siquiera podía imaginarle pasando allí un fin de semana. Y ella, ¿qué quería en realidad? ¿Invertir todos sus ahorros en algo que la mandaba de vuelta a su niñez, o firmar el contrato de compra del fantástico ático de Barcelona? Definitivamente, deseaba que resolviesen el caso Bernat para poder volver a su vida, y al piso moderno y luminoso del que disfrutaba en el centro del universo civilizado. El lugar donde no había recuerdos que le doliesen, ni situaciones embarazosas o vergonzantes que olvidar, el piso y el despacho que le mostraban a diario quién era y hasta dónde había llegado.

Aun así, al oír cómo Dana se despedía, supo que su curiosidad por la casa de

Das seguía ahí, latiendo en algún rincón de su conciencia, más viva que nunca.

Dana dejó el teléfono sobre la mesa y la miró satisfecha.

– Bueno, ¿estás preparada?

Kate la obsequió con un gesto indolente, pero ella no se achantó.

– La casa cuesta un dineral, pero la propiedad la tiene una promotora lusa que necesita liquidez. Joan cree que podremos negociar, porque esos portugueses llevan meses intentando vender y nadie ha preguntado hasta hoy.

Kate se encogió de hombros.

– Ya veo que te cuesta reaccionar. Esa casa debería ser tuya. Encárgate de recuperarla, ni siquiera entiendo por qué la tienen unos portugueses. Tiene que volver a tu familia.

Kate sabía que no iba a ser fácil evitar el tema mientras la casa estuviese en venta, y Dana podía ser muy pesada.

– Hazme caso y deja esas tortitas. Te están volviendo muy loca si crees que me hipotecaré hasta las cejas por una casa vieja a la que no voy a poder invitar a nadie durante siglos...

Los silencios de Dana no siempre presagiaban algo bueno. Kate lo sabía y se sirvió café.

– ¿Estás hablando de tu jefe? Pensaba que ya había quedado claro lo que pasó y por qué pasó. Te conozco, y es imposible que a estas alturas aún no te hayas arrepentido. Igual que sé que echas de menos el valle y que en el fondo estás más sola que la una en tu superdespacho de Barcelona. Y, si no, dime qué haces los días de fiesta. Un sábado, o los domingos.

Kate pensó en sus sábados en el despacho, en las interminables tardes de domingo y en la biblioteca de su salón, que había crecido exponencialmente. Puede que Dana tuviese razón, sólo un poco, pero regresar no entraba en sus planes. Aun así, sinceramente, no podía negarse a sí misma que la idea de recuperar la casa de Das la seducía. Sobre todo, imaginar el momento de presentarse ante el abuelo como la rescatadora del patrimonio perdido le enardecía el ego de un modo superlativo.

– Bien, ese silencio lo dice todo – sentenció Dana.

– Bueno, supongo que por echar un vistazo no pasará nada. Pero no quiero que nadie se entere.

– No te preocupes. Hemos quedado en que me dejará las llaves unos días. Así podemos ir de noche y con linternas, como cuando éramos pequeñas.

– Estás como una cabra.

– Puede..., pero esta tarde recogeré las llaves y mañana nos acercamos.

Olvidando por completo que hablaban de la tarde del viernes, Kate asintió. Era difícil negarse a algo que una no quería desear.

El hecho de que en la comisaría los caporales compartiesen una sala diáfana con sus mesas convertía el despacho de Silva en el único punto de reunión en el que Desclòs y él podían hablar con cierta privacidad. Al entrar, el sargento abrió la ventana y se sentó. El caporal hizo lo propio al otro lado de la mesa, tieso como un pepino y disimulando mal el fastidio mientras con el dedo índice se separaba el cuello de la camisa de la garganta.

El edificio llevaba un par de días con el termostato de la calefacción estropeado y estaban a demasiados grados para pensar con claridad. Algunos habían propuesto apagarla, pero las mujeres de la plantilla se habían negado en redondo. J. B. estaba convencido de que Magda era de las calurosas y de que, de no ser por las presiones de Montserrat, capo máximo del sindicato y elegida por unanimidad, habría votado a favor. El sargento conectó el ordenador y descansó los brazos sobre la mesa.

— ¿Se sabe algo de los dibujos de los neumáticos de la veterinaria?

Desclòs dijo que no mientras abrió su bloc de notas y se esforzaba en desatascar el pequeño bolígrafo ensamblado en la funda. J. B. le observaba en silencio. No se podía negar que el caporal se tomaba en serio su papel, resultaba disciplinado y acataba las órdenes sin chistar. A pesar de todo, la intuición le decía que era mejor no darle la espalda. Cuando por fin se hizo con el bolígrafo, el caporal le miró en silencio y arqueó ligeramente las cejas esperando órdenes.

— Necesito el dibujo de las huellas de los vehículos de la escena que te pedí. Es la tercera vez que te lo digo, así que en cuanto salgas de aquí tráemelo. Yo me ocupo del informe para la jefa y de investigar sobre la digoxina. También necesitare una lista de los arrendatarios de los Bernat, y averigua si alguno tenía problemas con Jaime. Tal vez relacionados con los contratos.

El caporal asintió y bajó la vista hacia su hoja en blanco. J. B. notó que le esquivaba.

— En el laboratorio, que no respiren hasta que tengamos los resultados. Si las marcas del cuerpo coinciden con las ruedas de la veterinaria, puede que empecemos a tener algo más sólido que los simples testimonios de los vecinos. Supongo que también enviaste las de los vehículos de la finca Bernat...

J. B. no se dejó enervar por la mirada sorprendida del caporal y siguió a lo suyo.

— Pues, si no, hazlo. En cuanto a las declaraciones de los testigos que sitúan a la veterinaria en la escena, las necesitaremos por escrito. Acércate a Santa Eugènia con la grabadora y vuelve a preguntar por si algún vecino vio a alguien más por los alrededores esa tarde. Me refiero a alguien que pudiese estar con ella o con Bernat y que se nos haya pasado. También quiero que vayas a Llívia para confirmar la coartada de Santi, porque sólo la comprobamos por teléfono.

Arnau siguió anotando en el bloc. J. B. tenía pensado ocuparse él mismo de esa coartada, pero la digoxina le parecía más importante, y podía escaparse por su cuenta a Llívia en cualquier momento. Cuando le miró, Desclòs volvía a tener esa actitud soberbia que le sacaba de quicio. J. B. enarcó las cejas y el caporal se levantó repitiendo el gesto del cuello de la camisa.

— Cogeré el patrulla.

— Toma — respondió lanzándole las llaves —, tendrás que llenarlo, ayer lo dejamos seco.

El caporal asintió evitando de nuevo su mirada y J. B. decidió abordarlo.

— Desclòs, ¿va todo bien?

— ¿Cómo dices? — preguntó desconcertado.

— Pues que si algo te molesta dímelo y lo resolvemos. Soy un tío simple, de los de las cosas claras. Así que si algo te reconcome suéltalo y en paz.

J. B. intuyó una duda fugaz en su gesto y, al instante, la soberbia de nuevo en la mirada. Estaba claro que la gente del valle, como el caporal, Santi o la letrada, llevaba en los genes los aires de superioridad. Joder con los rústicos... En cuanto uno se descuida le hacen sentir como un gilipollas.

Desclòs se encogió de hombros.

— Voy a Santa Eugènia; cuando sepa algo del laboratorio, te informo.

J. B. asintió cuando el caporal ya había salido por la puerta. Y se juró que era la primera y la última vez que se preocupaba. No volvería a dejar que los aires de superioridad de los autóctonos le dieran la vara.

Se levantó a cerrar la ventana y desde allí vio a la comisaria dirigiéndose hacia su coche. El abrigo largo de color beige volteaba furioso a la altura de las rodillas con cada paso que daba sobre los tacones. Caminaba con la determinación de quien se dispone a dirigir un ejército. El viento movía su melena granate, que ella se iba recolocando cada pocos pasos. Y entonces se le ocurrió que en su barrio sólo las adolescentes o las prostitutas se teñían el pelo de ese color. Era media mañana. ¿Adónde iría con esas prisas? El tono impersonal de su nuevo móvil interrumpió sus elucubraciones, y decidió que necesitaba recuperar el *Brucia la terra* para no sorprenderse con cada llamada. Al ver la pantalla, tardó un instante en descolgar.

—Señora Rosa, he estado muy liado con el caso pero el sábado a primera hora estoy ahí, tal como le dejé en el mensaje. ¿Cómo está?

Intentó parecer animado, pero a doña Rosa, una setentona extremeña con un marido impedido que había criado sola a tres hijas, era imposible engañarla.

—Bien, Juanito, todos bien. Ya tengo la residencia para tu madre. En las teresitas tienen una plaza. Podría entrar la semana que viene. —La mujer marcó una pausa y al ver que J. B. no daba señales añadió con énfasis—: Una habitación para ella sola, ¿eh?

J. B. dudó si hacer un último intento y probó suerte.

—Rosa, ¿está segura de que no podríamos encontrar otra solución?

Antes de terminar la pregunta, doña Rosa ya resoplaba y J. B. notó su irritación al otro lado de la línea.

—No, niño, no —desechó—. Estos días estoy durmiendo en su piso, pero todavía no me he podido quitar el olor a humo de la ropa y del cuerpo. Algún vecino ya me ha vuelto a dar el toque. Están todos asustados por lo que ocurrió el otro día. No te imaginas la humareda que salía a la calle, y ya sabes que el edificio es viejo y casi todos son ancianos. Tienen miedo de que el día menos pensado, con otro despiste de tu madre, se les vaya a quemar el bloque. ¡Ah!, y tendrás que ponerte en contacto con el seguro.

J. B., con el móvil aplastado en la mejilla y los nudillos blancos, pensó en su mala suerte y en que por las manías de cuatro viejos ahora debería encerrar a su

madre. La voz de doña Rosa le devolvió a la realidad.

–Nos avisarán en cuanto quede libre la habitación, pero la monja me comentó que el hombre ya está en las últimas y que no creen que acabe la próxima semana. El día del ingreso tienes que pagar la entrada, los tres mil seiscientos euros, y luego darles tu cuenta para que carguen las mensualidades.

A J. B. le cambió el ánimo. Joder con las teresitas... Doña Rosa pareció leerle el pensamiento.

–Ya te dije que si querías un buen sitio te costaría dinero.

–¿Y cuánto cuesta al mes?

La mujer dudó y eso acabó de asustar a J. B.

–Esta noche ya le diré a mi Mari que te mande un recado de esos por *Interné* y tú mismo podrás ver el sitio. Han puesto unas fotos muy bonitas y ya verás qué limpio y curioso está todo.

Doña Rosa hizo una pausa y, al ver que él no arrancaba, sugirió:

–No lo pienses más, Juanillo, no hay otra. Las teresitas están a diez minutos de casa. Yo iré todos los días, a verla y a vigilar que la traten como a una reina. Y tú vienes los fines de semana que puedas.

J. B. asentía en silencio. No sabía si estaba cabreado con la situación, con los malditos vecinos o consigo mismo por no ocuparse de su madre como habría hecho un buen hijo. Se daba perfecta cuenta de los esfuerzos de la señora Rosa por hacerle más fácil la situación, y agradecía el detalle, pero eso no calmaba la sensación de malnacido que le roía por dentro cada vez que pensaba en su madre. Y encima le tocaba la habitación de un muerto. De hecho, esperaban a que se muriese para llamar. Y él tendría que ir y dejarla allí. Cuando colgó el teléfono se dejó caer en la silla.

De repente, entró Desclòs sin llamar y J. B. lo miró derrotado desde su asiento. El caporal dejó sobre la mesa un folio arrugado y reseco, sembrado de líneas continuas y discontinuas, y volvió sobre sus pasos. Llevaba en la mano las llaves del coche y desde la puerta entreabierta le informó de que en el laboratorio necesitaban dos días más para cerrar el informe de las huellas de los vehículos de la veterinaria y aún no le habían podido decir nada sobre la botella de coñac de los Bernat. J. B. quiso advertirle que no dejase de presionarlos, pero sus intenciones permanecieron atrapadas en el pensamiento.

Cuando volvió a quedarse solo intentó concentrarse en el caso, pero el

asunto del dinero no dejaba de interponerse. Decidió elaborar una lista mental de los siguientes pasos: llamar a Santi para interrogarle sobre el coñac, ver cómo se podía conseguir la digoxina y averiguar qué comercios de la zona vendían licores de ese precio. Puede que Montserrat le ayudase con eso. Al final decidió anotarlo en la pizarra.

Pero diez minutos más tarde seguía sin poder dejar de pensar en los tres mil euros que no tenía y en el recibo del seguro del piso de su madre, que no recordaba haber pagado. Para conseguir el dinero no necesitaba listas, sabía perfectamente cuál era la solución. Buscó en la libreta de direcciones el teléfono de Errezquia y respiró hondo antes de pulsar el número.

Las llamadas que hizo durante el resto del día no le sirvieron de mucho. Estaba bajo de ánimo y no veía el momento de volver a casa. Hizo averiguaciones sobre la hija de Bernat y su marido, un cirujano inglés que ejercía en el Clínico y al que no le faltaba la pasta. Lo anotó en la pizarra. No descubrió más parientes vivos de Jaime Bernat, y también lo anotó. Luego echó un vistazo al dibujo del caporal: había que conocer la escena para deducir lo que representaba cada línea. Y ahí casi perdió los nervios. No conseguía comprender el trazado de las roderas y, hartado de intentar cuadrar el círculo, guardó la hoja de papel en el portafolios que tenía sobre la mesa con la documentación del caso.

A la hora de comer no se sentía con ánimos de salir y fue a buscar un café y un par de pastas a la máquina. No había donuts y tuvo que conformarse con palmeras de hojaldre. Cogió un Kit Kat para la secretaria, pero Montserrat no estaba en su puesto y J. B. volvió a su despacho dispuesto a buscar información sobre la digoxina.

Vaya mierda de día. Y aún no eran ni las cuatro.

Farmacia Pla, Puigcerdà

De camino a Puigcerdà, Kate decidió llamar a Miguel, que siempre había mantenido una relación muy fraternal con Dana. A pesar de haber notado algo extraño entre ellos en casa de Tato, estaba convencida de que si Miguel había visto al sargento le habría dado un toque por haberla molestado. Y si no era así, en cuanto le hablase del registro seguro que lo haría.

Pero cuando colgó se la llevaban los demonios. Como de costumbre, el muy pasota de Miguel sólo había comentado con Silva la muerte de Bernat por encima y se había quedado conforme con la respuesta absurda de que no se preocupase por Dana y de que todo era aún circunstancial. No sabía si la ponía más enferma la facilidad con la que se había dejado convencer el flojo de su hermano o la chulería con la que el sargento lo había despachado.

Cuando colgó, lamentó no haberle pedido su teléfono para ponerle a caldo ella misma. Y Miguel, ¿qué narices significaba acatar el no te preocupes cuando acababan de poner patas arriba la casa de alguien? Pedazo de crédulo...

Kate rodeó la plaza del jugador de hockey y subió por la calle de la gasolinera. Por suerte, quedaba mucho día por delante para complicarle la investigación. Y mañana iría a ver a Paco, estrenaría despacho y trabajaría en el expediente de Mario hasta el sábado. Esa determinación le dio ánimos y decidió volver a contactar con el técnico de Andorra. No podía dejarle respirar hasta que cumpliese con su parte del trato. Después de eso, Paco sólo debería comentarle sus necesidades al juez, y listos. Ésa era la actitud, sí, señor, y casi al instante se sintió mejor.

La mañana estaba siendo fructífera. Kate había contactado con Ana Pla para reunirse en la farmacia de la calle Escuelas Pías. Nada más verla, la farmacéutica

salió de detrás del mostrador para abrazarla. Seguía tan amable y olía tan a limpio como cuando Dana y ella eran compañeras de clase de su hija Marta y los miércoles –ese día iban las tres juntas a clases de ballet– se quedaban a merendar en su casa, en el mismo edificio de la farmacia. Dana y Kate habían estado allí decenas de veces, merendando el famoso pan con vino de la abuela Pla. Marta Pla fue el tercer mosquetero hasta que una meningitis se la llevó del colegio, del valle y del mundo. Estaban en sexto y ella ya no pudo acabarlo. Kate sabía que la madre de Marta la ayudaría sin reservas, y sin necesidad de demasiadas explicaciones, en cuanto le dijese que necesitaba la información para ayudar a Dana. Ellas dos fueron las únicas niñas de esa edad en el funeral de Marta, el primero al que Kate asistió. El segundo, tres años más tarde, fue el de su propio padre.

Tardaron toda la mañana en construir la lista de los pacientes del valle que tomaban digoxina. Mientras Kate se aseguraba de conocer las direcciones y los datos de los usuarios, Ana se ocupaba de llamar a los propietarios de otras farmacias para completar la lista. Cuando concluyeron el trabajo, Kate se dirigió satisfecha al juzgado de Puigcerdà, convencida de que, si el día continuaba igual, por la noche habría acabado de un plumazo con la estúpida fijación del sargento por acusar a Dana.

Pero al llegar al juzgado sus planes se desplomaron: no abría hasta las nueve del día siguiente. En el valle Kate no tenía ni idea de qué teclas debía tocar para acceder a la información que necesitaba por canales extraoficiales. Además, no quería levantar la liebre, pues prefería mantener sus pesquisas en secreto. Cruzó la plaza con la cabeza baja, pensando en la tarde que tenía por delante.

Salir airosos en el caso Mendes dependía principalmente de que el técnico andorrano resolviese su parte. Se le ocurrió que podía hacer una visita relámpago al país vecino. Vista la situación, no era mala idea, ni mucho menos. Ni siquiera había quedado para comer con Dana, de modo que la veterinaria no tenía por qué enterarse de su escapada. Kate se quitó la chaqueta y subió al coche dispuesta a dar carpetazo al asunto.

Se le hacía desagradable la sola idea de verse con él. No era así como solía actuar con ese tipo de contactos. Pero no se fiaba en absoluto de que fuese a cumplir con su parte del trato sin una presión constante pataleándole el trasero. Y puso en marcha el coche, molesta por romper con sus normas, pero convencida de que de ese modo le pondría firme.

A las cinco de la tarde Montserrat le llamó por el teléfono interior para anunciarle la llegada de un sobre del laboratorio. Cinco minutos después, J. B. descolgaba el teléfono de su despacho y marcaba el número de Santi. Mientras esperaba, reparó en la luz apagada del despacho de la comisaria. Magda no había regresado y el informe que le había pedido la tarde anterior seguía donde él mismo lo había dejado cinco minutos antes de las doce. Desde la mesa de su despacho podía verlo. J. B. precisó marcar dos veces y esperar bastante para que Santi respondiese.

Cuando le interpelló sobre el nombre del proveedor del forraje que les había mandado el coñac, Santi ni siquiera recordaba haber dicho que era un regalo. Al final le facilitó el nombre de la empresa y J. B. consiguió, por los pelos, colgar sin mandarle a la mierda. Antes de llamar al proveedor, ya intuía que la pista era un callejón sin salida.

Mientras tanto, había recibido un correo de la científica con las fotos de la botella desde todos los ángulos. J. B. las imprimió y pasó un buen rato intentando encontrar algo que pudiese ayudarle a determinar su origen. Afortunadamente, la botella pertenecía a una serie numerada y limitada a tres mil unidades anuales de una selecta bodega jerezana. J. B. localizó su número con facilidad.

Pero la mala fortuna parecía haberse cebado con él para todo el día. Según el gerente de la bodega, la persona que se encargaba de los envíos estaba de viaje y no volvía hasta final de mes. Luego necesitarían un par de días para facilitarle la información. Hasta entonces, nadie podía precisar cuál de sus selectos clientes era el destinatario de esa botella en concreto. Y, sin detenerse, el entendido le soltó una clase magistral sobre el origen del brandy, los tipos de cepas, el aroma y el sabor, que acabó con lo de que el coñac era cosa de los franceses y que en suelo español, en

Jerez, lo que se hacía era uno de los mejores brandys del mundo.

Al colgar, J. B. sabía que ningún trámite lograría resultados más rápidos, así que no había otra que esperar. Y seguía sin tener nada.

A las ocho de la tarde, vencido y cabreado por su mala suerte, decidió aplazar la investigación sobre la digoxina hasta el día siguiente y preguntarle a Montserrat si conocía a algún farmacéutico de confianza por el que empezar. Pero cuando iba a hacerlo sonó un aviso en el móvil. J. B. leyó con atención el mensaje que esperaba: procedía del País Vasco.

Según la respuesta de Errezquia, el cliente quería probar la moto el fin de semana. Tras leer el mensaje, a Silva se le agolparon una mezcla de sentimientos entre el pecho y la garganta. El alivio por estar más cerca de conseguir el dinero se mezcló con el desasosiego por tener que vender la moto. Y, encima, para encerrar a la anciana contra su voluntad. Era un imbécil y un cobarde por no ser más hombre y ocuparse de ella. Además, se arrepentía de haber llamado al vasco y se sentía culpable por ello. Todo ocurrió en unos minutos. Eso, y el irrefrenable deseo de subir a la moto y echarse a la carretera.

Cuando se disponía a salir de comisaría con el casco, decidido a llegar al fin del mundo, Montserrat le llamó y J. B. se acercó a la mesa de recepción.

– Pero ¿qué te pasa hoy? Ni siquiera has salido a comer...

– Estoy metido de lleno en el caso Bernat. ¿La jefa no ha vuelto en todo el día? – preguntó señalando con la cabeza hacia el despacho de la comisaria.

– No, hoy tenía temas personales que atender... – respondió con un guiño.

J. B. enarcó las cejas, sorprendido.

– ¿Tiene un rollo? – susurró.

Montserrat bajó la voz para decirle que, últimamente, los jueves y algunos martes Magda se iba a media mañana y ya no volvía. J. B. recordó su manera de caminar al verla en el aparcamiento y se acercó a la secretaria.

– Pues no me gustaría estar en el lugar del pollo. Con lo que le gusta mandar, seguro que le toca hacer de gallina.

Montserrat soltó una carcajada. J. B. abrió mucho los ojos y se puso el índice en los labios para indicarle que no hiciera ruido.

El tacto húmedo y tembloroso de sus dedos hacía que se sintiera asustado, incómodo, invadido. Las manos húmedas y blandas recorrían sus partes mientras unos ojos azules como el mar se clavaban en los suyos y lo atraían con hilos invisibles que no le dejaban elección. Sólo pensar en el mar que le recordaban le permitía estar quieto mientras se esforzaba en mantener su mente lejos de allí, a salvo. Y Dog, mientras tanto, roía algo del suelo o se tragaba una de las galletas que don Ángel había traído para él, como si no pasara nada. Él aguantaba la respiración pensando que así todo iría más rápido, que el oxígeno dejaría de llegar al cerebro y perdería el conocimiento o, mejor aún, la memoria. Pero nunca lo consiguió. El ritual era simple. Primero las pastas, o el merengue, con un vasito para cada uno que don Ángel llenaba de la botella rara, la del líquido de color miel que le quemaba por dentro y lo hacía sudar como la fiebre. Luego las partidas que al principio siempre ganaba él. Deseaba ser su amigo, le había dicho, y él, que sólo había tenido a Mikel, ni siquiera estaba seguro de quererlo. Pero se acostumbró. Se acostumbró pronto a la rutina festiva de los viernes y, al principio, ése pasó a ser su día preferido de la semana; el día en el que, al volver del colegio, ya no estaba solo en el piso sin sol; el único día en el que merendaba; el día en el que podía jugar al ajedrez sin conocer todas las jugadas de antemano, como cuando era su propio contrincante. Pero todo eso – la compañía, y el amigo confortable con el que podía contar – se transformó en algo que le hacía sentir incómodo sin saber por qué. Y todo había empezado el primer viernes en que tuvo diez años, cuando don Ángel se presentó con el regalo. La cajita negra ya le pareció de por sí un milagro, su primer regalo de cumpleaños. Dentro, envuelta en un papel blanco como la nata que crujía con sólo mirarlo, estaba el tesoro. La navaja era del color de la sangre y cuando la tuvo en su mano le sorprendió el peso. Era suave, fría como el hielo y brillaba incluso más que las pulseras de la tía. Nunca había visto nada igual. Y era suya, sólo suya, para siempre, le dijo. Y él pensó de inmediato en las veces en las que había visto cosas de sus compañeros, cosas que también a él le gustaban pero que jamás tendría. Aunque nada como la navaja, eso seguro. Ese regalo era algo que en el colegio le haría famoso. Porque era suiza, auténtica, pensaba mientras acariciaba la diminuta cruz blanca sobre el rojo carmesí. Y ese día don Ángel le propuso jugar como los mayores, apostando. Si él ganaba, don Ángel le daría una moneda con agujero, de las de veinticinco pesetas; si perdía, como no tenía dinero, él podría darle alguna prenda que llevase puesta. Todavía sentía el peso de la navaja en su mano, húmeda de tanto apretarla, cuando aceptó las nuevas normas del juego. ¿Cómo podía haberse negado?

Edificio Desclòs, Puigcerdà

Arnau Desclòs permanecía tumbado en su cama con el primer botón del pijama aún desabrochado y un poco de pasta de dientes en la comisura derecha del labio. En la boca notaba el sabor mentolado de la pasta mezclado con el del éxito. Había sido una noche en familia perfecta. La más perfecta que recordaba en años.

Desde Santa Teresa, a principios de octubre, no había subido a cenar a la casa grande, como llamaban todos al ático dúplex de sus padres, y esta vez había sido su propio padre el que le había llamado a comisaría para invitarle. Él había aceptado de inmediato, naturalmente. Al colgar ya había empezado a hacérsele la boca agua sólo de pensar en el delicioso sabor de la crema que les pondría su madre de postre. Además, esperaba que su hermano también estuviese allí para alardear un poco del caso, y así fue. Incluso, por suerte, al final habían cenado los cuatro solos, pues la entonada mujer de su hermano y sus hijos pasaban la semana en el piso de Barcelona por los exámenes. Eso le había ahorrado las constantes miradas de aburrimiento de su cuñada y las risitas de sus arrogantes sobrinos. Y cuando su hermano los había disculpado a los tres diciendo lo mucho que sentían no poder cenar con ellos, casi le costó contener el ¡ja!

¿A quién creían engañar? A él no, por supuesto. Seguro que la pécora de su cuñada no había olvidado llevarse la Visa Oro ni las llaves del Ranger. Y el idiota de su hermano, tanto estudiar, sin darse cuenta de lo que tenía en casa. Aunque, desde luego, no pensaba ser él quien le comentase que su mujer gastaba el dinero a manos llenas, cosa que sabía porque su madre, preocupada, se lo había comentado alguna vez en privado. Y no lo haría porque ese estilo de vida caprichoso de su cuñada le otorgaba a él el título de hijo ahorrador, sensato y preferido de su madre.

Porque en la vida cada palo debía aguantar su vela, y él se había cuidado bien de no tener vela que aguantar, ni que mantener. Arnau se abrochó el primer

botón del pijama y se metió bajo el edredón de plumas. Quedaban sólo unos días para el puente de la Purísima Concepción, el momento en el que, cada año, su madre conectaba la calefacción central del edificio. Pero lo importante era que en la casa grande todo había ido bien. Él, personalmente, se había ocupado durante la cena de que a todos les quedasen bien claras dos cosas: su instinto y su discreción, sobre todo cuando su padre había sacado el tema de la investigación del caso Bernat.

Con la famosa crema de calabaza con parmesano de su madre había llegado la curiosidad de todos; y después, mientras ella les servía la bandeja de pato, el juez había empezado a preguntarle sobre el caso. Al principio él se mostró crítico, no quería que se confundiesen imaginando que era incapaz de guardar en secreto los detalles. Pero, entonces, su padre se empeñó en abrir una de sus botellas de reserva y, poco a poco, fueron comentando en confianza cómo marchaban las pruebas. Habían estado charlando muy a gusto. Su hermano afirmaba que algún arrendatario había acabado con Bernat, pero su padre, y él mismo, coincidían en que todo apuntaba a la veterinaria.

Cuando bajó a su piso, estaba absolutamente convencido; la intuición y el sexto sentido que le permitían ver más allá de lo evidente eran algo hereditario. Algo en lo que la naturaleza no había favorecido a su hermano.

Comisaría de Puigcerdà

El viernes por la mañana, cuando el sargento J. B. Silva se dejó caer en la silla de su despacho y vio que sólo eran las nueve, supo que el día se le iba a hacer muy largo. Estaba muerto por la salida nocturna, pues había recorrido muchos kilómetros sobre la moto y luego apenas había dormido un poco. Tres días sin cumplir con la tabla de ejercicios y los músculos se te quejan como a una vieja...

La tarde anterior, casi a las ocho, había salido de la comisaría con una idea en la cabeza. El exceso de cafeína le mantenía sin hambre, sólo con ganas de curvas y velocidad, así que tiró hacia la collada de Toses. Al llegar a Ribes decidió que no era suficiente y tomó la C-280 hacia Ripoll. Luego siguió hasta Olot por la Vall de Bianya. Tardó casi cinco horas en completar el recorrido hasta volver a entrar con la moto en el taller. Alguna curva demasiado cerrada le había hecho temer por ella, y desde ese momento había tratado de no correr tanto. No quería que la máquina resultase dañada en la despedida y que el tipo se echase atrás. O quizá sí, tal vez era justo eso lo que pretendía en su subconsciente al coger esas curvas con tanto desprecio por la vida. Despedirse de esa máquina era una de las cosas más difíciles que había hecho. Pero no había otra si quería conseguir en una semana el dinero para las teresitas.

Y, como era de esperar, por la mañana estaba molido. Al llegar a la comisaría se había acercado a preguntarle a Montserrat si confiaba en alguna farmacia en particular para que le echasen una mano con la digoxina. Y, mientras metía la segunda moneda en la máquina del café, la secretaria le había anotado el contacto de la farmacéutica cuya familia controlaba gran parte de las farmacias de la zona. J. B. sabía que debía ponerse manos a la obra antes de que la comisaria decidiese aparecer por allí con intención de comentar el informe y hacerle perder el tiempo y la paciencia preguntando por sus infructuosas pesquisas del día anterior.

El proveedor del forraje al que le había remitido Santi resultó ser un octogenario que jamás regalaba nada a los clientes por Navidad. Según sus propias palabras, bastante tenía con los retrasos en el pago y los cargos que se sacaba de la manga Jaime Bernat para regatearle siempre algo de sus facturas, como para encima andar regalando. En la segunda llamada, Santi había afirmado que no conservaba la caja del envío ni nada que pudiese ayudarles. Además, las dos veces que habían hablado mencionó el anillo y el bastón de su padre. Era la segunda vez en cuarenta y ocho horas que J. B. conseguía colgar antes de mandarle a la mierda.

Intentar establecer una relación entre la veterinaria y el envío del brandy era absurdo hasta que se supiera de dónde había salido esa botella en concreto. Y, según la bodega, podrían saberlo a primeros de mes. O simplemente no existía esa relación y era el propio Santi quien había llevado el coñac a su casa. Pero J. B. intuía que ese cavernícola jamás habría elegido algo tan selecto. De hecho, tal como avanzaban las cosas, cualquiera que se cruzase por la calle podía ser el asesino de Jaime Bernat. Y esa bruma de inconcreción, inherente a todo lo que ocurría en el valle, le desconcertaba.

En cualquier caso, ese día tampoco tenía el cuerpo para grandes elucubraciones, por lo menos no hasta que el segundo chute de cafeína le hiciese efecto. Con lo que quedaba de la segunda taza fue a refugiarse a su despacho.

Contempló la pizarra. Tanta insistencia por parte de Santi con el bastón era irritante, así que decidió que mandaría a Desclòs de nuevo a la escena y a registrar el coche del fallecido para ver si daban con el maldito palo de una vez.

En la comisaría ya no hacía tanto calor, pero la atmósfera seguía cargada. J. B. abrió la ventana para respirar el aire fresco, se llenó los pulmones y exhaló. Al nordeste, la cima del Puigmal aparecía cubierta de nieve mientras el resto del valle seguía siendo una paleta de verdes mortecinos salpicada al azar por algún cerezo silvestre de hojas intensamente coloradas. La madrugada había dejado un valioso regalo para el primer fin de semana de la temporada de esquí. Y en el aparcamiento, bajo la cálida mirada del sol, alternaban pequeños charcos brillantes, solidificados como el cristal, con puzzles quebrados de hielo en las zonas donde los vehículos habían circulado. J. B. cerró la ventana. Por las mañanas no le costaba arrancar, pero ese día todo estaba teñido de fracaso. Además, cuando pensaba en la moto se sentía solo y se veía incapaz de afrontar el caso y, también, el asunto de su madre. Echaba de menos a alguien con quien compartir ideas, alguien de suficiente confianza como para soltar las barbaridades que se le ocurriesen hasta dar con algo bueno. Sabía que a quien echaba en falta era a Jamal, y todas las cosas que ya no volverían a

compartir.

Cuando notó que empezaba a ablandarse marcó el número de la farmacéutica, que se ofreció a recibirle en su despacho a mediodía. J. B. intentó adelantar el encuentro, pues temía que Magda apareciese en cualquier momento, empezase el interrogatorio y él no tuviese nada nuevo que contarle. Pero la farmacéutica necesitaba un par de horas antes de quedar libre para atenderle. Colgó bastante hundido, y valoraba la posibilidad de levantarse e ir a por el tercer café cuando Desclòs abrió con ímpetu la puerta del despacho, de nuevo sin llamar. Esa vez J. B. ni siquiera se inmutó. El cansancio le volvía lento.

Pero la calma le duró bien poco. En cuanto el caporal empezó a hablar, J. B. comprendió que acababa de hacerle el puente con la comisaria. De repente, el sabor agrio y familiar del momento en el que llegaba al cabreo máximo se le concentró bajo la lengua como un volcán. Antes de saltar pensó en las consecuencias, en las delgadas paredes de aluminio de la comisaría, en el despacho de su jefa —que estaba al otro lado de la recepción— y, sobre todo, en el problema que se ahorraría si le gritaba en lugar de hacer lo que el cuerpo le estaba pidiendo; correrle a hostias. Así que apretó los puños bajo la mesa y clavó sus ojos incendiados en los del caporal.

Desclòs, ajeno al veneno de su mirada, seguía comentando la noticia y las órdenes de la comisaria completamente inconsciente de su indisciplina y de la cólera que acababa de desatar en su jefe directo en la investigación.

Según sus palabras, a primera hora se había recibido en comisaría un correo con el informe del laboratorio, que daba como coincidentes las huellas del quad de la veterinaria con las del dibujo hallado en el cuerpo de Jaime Bernat. Desclòs le había transmitido la noticia a la comisaria nada más recibirla y Magda había ordenado que interrogasen a Dana Prats en la comisaría. J. B. sacó conclusiones rápidas. No había una razón de peso suficiente para detenerla e interrogarla en las dependencias hasta que el laboratorio analizase las ruedas del quad y encontrasen restos. Sin eso, llevarla a comisaría era completamente innecesario. Por tanto, sólo las prisas de Magda justificaban una acción tan precipitada.

J. B. estudió un instante al caporal. Desclòs seguía en la puerta del despacho con las llaves del coche patrulla en la mano y un papel doblado en la otra. Su excitación e impaciencia eran tan evidentes como los esfuerzos de contención por no echar a correr. J. B. continuaba sentado con los puños cerrados, ahora sobre la mesa. Los miró e imaginó el instante del impacto contra la mandíbula del caporal, imaginó el crujido y la caída en cámara lenta hasta golpear el suelo del despacho.

Luego, respiró hondo.

Sabía que ir a la finca y llevarse a la veterinaria a comisaría en el coche patrulla destrozaría por completo su reputación en el valle, aunque luego no fuese declarada culpable. Por otra parte, era él quien estaba al mando, de modo que si surgían problemas se las cargaría el menda y Desclòs, en su función de adjunto, quedaría al margen de cualquier acción legal, igual que «la doña».

En cuanto a la veterinaria, él ya no podía hacer nada, salvo asegurarse de que todo se llevase a cabo con la más absoluta discreción. De todos modos, las dudas sobre la culpabilidad de Dana seguían ahí, como una neblina baja y persistente, en su subconsciente. Hasta que fuese capaz de encontrar algo concreto y definitivo que la implicase, J. B. intuía que el interrogatorio en comisaría era un mal paso.

Pero ya no había forma de pararlo. Lo sabía, y también que no quería ir a por ella con Desclòs. Por lo menos podría ahorrarle sus más que probables comentarios desafortunados... Así que ordenó al caporal que se ocupase de cursar la petición al juzgado para requisar su quad. Desclòs sonrió satisfecho y desdobló el impreso que llevaba en la mano, antes de dejarlo sobre la mesa. La comisaria había hablado con el juez y la conformidad del juzgado acababa de llegar por e-mail.

Juzgados, Puigcerdà

Kate se dirigió al juzgado de Puigcerdà con la intención de llegar al bufete sobre las cuatro. Después de confeccionar los listados que tenía en la mente, entregaría los resultados de sus pesquisas al sargento y luego se iría. Ya llevaba la bolsa en el coche, así que ni siquiera tendría que pasar por la finca. Al despedirse, le había dicho a Dana que no bajaría a Barcelona hasta haber hablado con el sargento. Pero la conocía bien y sabía que esta vez no la había tranquilizado lo más mínimo. Además, ahora Dana desconfiaba de ella; y, aunque a Kate no le parecía justo, debía reconocer que tal vez tuviese algo de razón cuando la acusaba de tener la mente en otro sitio.

Pero llevaba ya toda la semana lejos del bufete y empezaba a experimentar esa sensación de falta de control que tanto le costaba sobrellevar. Además, el tono que había empleado Paco al mencionar que esperaba verla allí el viernes no invitaba a desobedecer. Y, por qué negarlo, también le apetecía pasar un tiempo en su nuevo despacho. Quería estar un rato en la octava, dejarse ver y ponerlo todo en orden antes de empezar el lunes a todo gas.

Aparcó el coche en batería en la zona azul, delante de los juzgados, y puso todas las monedas que el parquímetro le permitió.

Llevaba el traje y la camisa estampada del día del entierro, lo más apropiado que había subido para presentarse en un juzgado y también para la lección que pensaba darle al sargento. Eso la hizo pensar en cómo contactaría con él para entregarle la documentación. Desde luego, no era conveniente que la vieses en comisaría y tampoco tenía su móvil. Sacó la BlackBerry y le escribió un *whatsapp* a Miguel para pedirle el teléfono del sargento Silva. Al redactarlo se preguntó qué significarían la J. y la B. Decidió cambiar el texto y plantear la pregunta de otro

modo para que la respuesta tuviese que incluir el nombre completo del sargento.

Kate no conocía a nadie en el juzgado de Puigcerdà. Pero, en cualquiera que hubiese visitado, el ujier siempre lo sabía todo. Así que le dedicó su mejor sonrisa al hombre de uniforme. Fue él quien le comentó que el titular estaba de baja y que el sustituto llevaba pocos días en el valle. El nuevo es de los que se han tragado el manual de las ordenanzas y por eso anda tan tieso y le cuesta tanto saludar, había añadido. Además, con esa rigidez, el ujier le auguraba poco tiempo en el valle. Kate le sonrió. Recordaba vagamente al tipo enjuto del traje bajo la chaqueta que se había personado en la finca con la policía, para el registro. Y también el Fiat blanco saliendo en comitiva tras los coches patrulla. Esperaba que vestida así no la reconociese y se irguió, preparada para abordar a un ratón de biblioteca.

Y, efectivamente, el ujier tenía razón. Cuando habló con el secretario para pedirle que le dejase consultar la lista de peticiones que habían cursado la policía y el fiscal, él se mostró inflexible. Todo cuanto hizo o dijo Kate fue inútil al principio. Era un recién licenciado en la Facultad de Derecho de Lérida con aspecto de chico del coro y gafas de concha redondas. Kate pensó que sólo le faltaban los manguitos blancos para retroceder un siglo. Fue tan estricto como le permitía la ley y Kate tuvo que improvisar otros recursos para que su plan no pereciese antes de empezar. Al final, casi a las dos, salía del juzgado con el objetivo cumplido. Tras cotejar la lista de usuarios de digoxina con la de los que mantenían —o habían mantenido— trifulcas legales serias con Jaime Bernat, sólo había once nombres coincidentes. Suficiente para empezar, pensó. Buscó en el bolso las llaves del coche y vio que la pequeña luz roja de la BlackBerry parpadeaba. Quince llamadas perdidas de Dana y un SMS. Lo leyó y, una vez más, la imagen del sargento sulfuró su ánimo. Buscó las llaves del coche dentro del bolso y tiró de ellas. Antes de sacarlas ya había pulsado a tientas varias veces el botón para abrir las puertas. Ése no tenía ni idea de con quién se la estaba jugando.

Santi salió del cobertizo y se secó las manos en los pantalones. Acababa de orinar y se había mojado un poco. Los polis eran gente extraña, pensó. ¿A qué cuento venía hacerle dos veces la misma pregunta? Además, ¿cómo cojones iba a saber él quién les había mandado el brandy? Sabía que en el cobertizo del quad había una caja, y tal vez era la que buscaban, pero no tenía ganas ni necesidad de meterse entre los trastos viejos a buscar algo por lo que no iban a darle nada. Se dirigió a la casa y entró para coger el móvil del bolsillo de la chaqueta. Estaba colgada en el perchero carcomido de la entrada y le costó extraer el aparato sin que todo se tambalease. Entonces buscó el número y apretó el botón verde.

Cuando oyó el mensaje del contestador soltó un improperio. Colgó y pulsó rrellamada. Su padre nunca precisaba llamar dos veces, así que o se enteraban de quién era el nuevo jefe, o cambiaría de gestoría.

Se le ocurrió que debía dejarles claro que tuviesen cuidado de no irse de la lengua con el asunto de la tía. La propiedad de la parte de los Bernat de Santa Eugènia no le incumbía a nadie, sobre todo cuando estaba tan cerca de conseguir la finca de la veterinaria. Eso le hizo recordar el testamento. Le habían dicho unos días, pero ya hacía cinco del entierro y nadie le había llamado. Esperaba por su bien que no intentasen jugársela, o se iban a enterar. Porque él no era como su padre, que todo lo arreglaba entre bambalinas. Él no. Él iba de frente; los llevaría a un descampado y sacaría la escopeta para ponerlos en su sitio. La voz cansina del gestor repitió el mensaje y Santi colgó de nuevo. Le costó no lanzar el móvil contra la pared, como había hecho tantas veces cuando el viejo le agotaba la paciencia. De hecho, tal vez había llegado el momento de comprarse uno de esos táctiles tan modernos. Por lo menos ahora nadie le tocaría las pelotas diciéndole en qué se suponía que podía gastarse el dinero. Además, en la partida del martes debía demostrar que ahora era el amo y últimamente todos iban con esos iPhones.

Estudió la pantalla con atención y sus ojos fueron directos a la grieta que partía en dos los ceros detrás del trece. De todas maneras necesitaba cambiar el móvil. Era la una de la tarde, así que era inútil volver a intentarlo porque seguro que estaban comiendo. Pensar en la comida le recordó su visita al supermercado del día anterior. Los cambios habían empezado ya.

Fue al sótano y abrió el congelador grande. Apiladas en columnas, las cajas de pizzas y de burritos mexicanos que había comprado empezaban a adherirse unas a otras por la humedad del cartón. Separó un par de cajas, dejó caer la puerta y se aseguró de que quedase bien cerrada. De la nevera pequeña cogió un paquete de cerveza negra y contempló satisfecho la nueva composición de la despensa.

Todos los botes de lentejas de su padre y las verduras estaban bajo la lona de la estantería del fondo. No quería volver a verlos. De la comida del viejo sólo había guardado los tarros de conserva que les mandaba de Lérida el arrendatario de las tierras de La Seu y la mermelada de tomate. Una de las ristras de ajos que colgaban del techo le peinó la cara cuando fue a coger un tarro. La noche anterior había cenado pan con mermelada y casi acabó con el que había abierto el día anterior. Tendría que llamar para que le mandasen otro cargamento. Alzó la cabeza y constató que de ajos todavía andaba bien surtido. Eso era lo único que había mantenido de la dieta del viejo: las tostadas con ajo y aceite del desayuno. Eso, y el café.

Cuando veinte minutos más tarde de repente sonó el móvil, con el susto se le resbaló la rebanada de la mano y la mermelada chorreó hasta el mantel. Arrastró el meñique recuperando la mayor parte de lo derramado y lo lamió con ganas antes de responder. María le iba a echar otra vez la bulla cuando fuese a limpiar el sábado, pero a él le parecía un derroche cambiar un mantel que cada día se manchaba en algún sitio. Además, ahora que estaba solo, ¿para qué iba a recogerlo entre comidas? Santi se aclaró la garganta y descolgó.

Cuatro minutos después dejó el móvil sobre la mesa y relajó la espalda en la silla. Lo había dejado de piedra al pedir la valoración de todas las propiedades. El bueno del gestor ni siquiera había reaccionado. Tampoco se había atrevido a hacerle ningún comentario sobre los Bernat y su ancestral atadura con las tierras. A media conversación se le ocurrió soltarle que tal vez las vendería o, por lo menos, una parte, las de Lérida, para cambiar de aires. Le dejó sin palabras y lo imaginó

meándose en los pantalones de puro miedo por perder lo que facturaba administrando los asuntos de los Bernat. Pero ahora él era el dueño, y le gustaba que supiesen que las normas podían cambiar.

Sin embargo, el asunto de la tía era lo único que no le había gustado. El muy cabrón no quería hacer la trampa y cambiar las tierras de nombre. Bueno, pues ya encontraría él a alguien sin tantos escrúpulos. Estaba visto que este gestor ya había ganado demasiado. Se le ocurrió que llamaría al abogado de La Seu que había contratado la viuda cuando ésta le dio a su padre en las narices con las tierras de Santa Eugènia. Además, a él no le conocía, y por tanto no había razón para pensar que no querría ayudarle. Todos esos abogados sólo querían dinero, y el suyo era tan bueno como cualquier otro. Seguro que encontraba a alguien que no fuese tan sobrado... Y luego, por ser tan escrupulosos, les quitaría la gestión de todo lo que llevase el apellido Bernat. Así sabrían a quién debían respetar.

Se sentía poderoso, el amo absoluto de su destino y de los destinos ajenos. Ésa debía de ser la sensación de la que había gozado el viejo toda su vida. Y ahora era él quien tenía en sus manos a los arrendatarios, que deberían pagar más por sus tierras; al gestor; y, lo más importante, a la veterinaria. Vigiló la chimenea consciente de lo que había mantenido escondido dentro, delante de las narices de los policías. Por suerte, ahora el bastón del viejo ya estaba donde debía.

Había ido de madrugada y le había dejado el regalito bien visible para que la detuviesen. Aunque el vehículo perteneciese a Chico, estaba casi siempre en sus tierras. Entonces él iría a verla y le ofrecería retirar la denuncia a cambio de algo que únicamente ella podía darle. Se maravilló de haber pensado en todo y de arreglárselas tan bien solo. El viejo había durado demasiado.

Durante el trayecto hasta la finca de los Prats, J. B. no dejó de darle vueltas a lo que estaban haciendo. Ni siquiera fue capaz de desenvolver el Solano que tenía entre los dedos. No estaba seguro de cómo funcionaban las cosas en el valle, pero en la ciudad detener a alguien sin suficientes indicios podía fácilmente volverse en contra de uno si el abogado era peleón. Y la hermana de Miguel apuntaba maneras. Además, aunque la orden viniese de la propia Magda, J. B. tenía muy claro quién cargaría con el muerto si había problemas. Deseó que la abogada no estuviese en la finca, pues eso facilitaría mucho las cosas, y que Arnau, que iba tras él en la grúa, no se pusiese demasiado imbécil, porque eso las complicaría. Estaba convencido de que en cualquier momento el caporal soltaría alguna gilipollez de las suyas y él tendría que actuar para resolver la metedura de pata. Decidió que el interrogatorio duraría poco y que él mismo llevaría a la veterinaria a la finca en cuanto terminasen. Tenía que minimizar lo que estaban haciendo o podía salirle muy caro.

Encontraron a Dana en las cuadras. Los dos bolivianos que la ayudaban sujetaban un caballo mientras ella le limaba los dientes con una especie de molinillo eléctrico que parecía una herramienta para trabajar el metal. El primero que los vio fue el que estaba de cara a la entrada, el más alto de los dos morenos, que con un gesto casi imperceptible se protegió detrás del animal. Su compañero estaba de espaldas y sujetaba con una mano los labios del caballo y, con la otra, le mantenía las mandíbulas separadas con un abre bocas para que la veterinaria le pasase la máquina por los dientes. Con el movimiento del boliviano que los había visto, el engranaje que formaban entre los tres se tambaleó y la voz de la veterinaria les ordenó irritada que se estuviesen quietos. La operación duró unos segundos, y J. B. se quedó sorprendido de la mezcla de destreza y suavidad con la que Dana trató al animal durante el proceso.

Sin embargo, su expresión relajada y feliz cambió en cuanto el ayudante que

los había visto tiró del caballo hacia él y le susurró algo a su jefa. El otro hombre se dio la vuelta en el mismo instante en el que Dana los miró, y J. B. no comprendió su expresión de susto hasta que oyó tintinear las esposas de Desclòs. Se volvió de inmediato para fulminarle con la mirada y el caporal, por toda respuesta, se encogió de hombros.

Ni siquiera al volver a comisaría pudo librarse de Desclòs. El muy torpe había olvidado coger las cintas de la grúa y, cuando tuvieron el quad cargado, hubo que descargarlo y volver de vacío.

Al llegar a las dependencias, las cosas no fueron mucho mejor. Salieron del coche y justo antes de cruzar el umbral de comisaría Desclòs los alcanzó y agarró a la veterinaria del brazo. Ella se detuvo en seco y el caporal tiró para hacerla avanzar. Pero Dana se mantuvo imperturbable, con los ojos clavados en los de Desclòs, hasta que la soltó. Entonces ella siguió caminando hacia la entrada.

Por suerte, era mediodía y el hall de la comisaría estaba vacío. A esa hora todas las patrullas solían recorrer la zona o trabajar en los despachos. J. B., avergonzado por lo ocurrido, le dirigió un gesto de disculpa a Dana mientras maquinaba cómo librarse de semejante patán para llevar a cabo el interrogatorio con tranquilidad. Y la respuesta, una vez más, se la ofreció Montserrat.

La secretaria no había perdido detalle y le hizo una seña al caporal aireando un portafolios amarillo con la mano. Cuando él la miró extrañado, ella le pidió que se acercase al mostrador, le ofreció los documentos y le advirtió que las órdenes debían estar firmadas, sobre la mesa de la comisaria, antes de mediodía. Cuando intentó zafarse, Montserrat le aseguró que Magda en persona había ordenado que fuese el caporal más veterano quien se ocupase de las firmas. Arnau le arrancó el dossier de las manos con gesto irritado, y Montserrat aprovechó para intercambiar un guiño con J. B. y dejar una llave sobre el mostrador sin que el caporal se percatase. El sargento leyó el letrerito de la llave y sonrió. Montserrat le hizo una seña para que se acercase. Mientras Desclòs se alejaba hacia la sala de los caporales, le susurró que Magda había ordenado que se la interrogase en la única sala a la que se accedía pasando por delante de las celdas, y dejó una pequeña grabadora al lado de la llave.

— Acaba rápido o me colgarán por esto — le advirtió señalando las llaves que ya sostenía el sargento.

Cinco minutos después, mientras el caporal más veterano los buscaba por

toda la comisaría, Dana y J. B. iban camino de uno de los despachos en obras de la última planta. Justo a la salida del ascensor encontraron una máquina expendedora de café y J. B. se metió la mano en el bolsillo. Al instante Dana le vio sacar la llave que le había pasado la secretaria.

El sargento abrió una puerta y entraron en una sala de unos veinte metros cuadrados con una gran ventana al fondo. La persiana estaba subida y en el centro de la habitación había una mesa grande y tres sillas, dos de cara a la luz y una de espaldas. Dana entró y se acercó instintivamente a la ventana en busca de espacio. El tenue sol de finales de noviembre y el olor a pintura y plástico producían una atmósfera de humedad gélida en la sala. Dana no podía dejar de preguntarse cómo había llegado hasta una comisaría. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando la voz del sargento interrumpió el silencio.

— Voy a por un café, que anoche no dormí mucho. ¿Quiere uno?

Dana negó con la cabeza en el instante en el que saltaba la melodía de su móvil. Lo buscó con manos torpes y al ver los números rechazó la llamada.

J. B. salió y Dana intentó respirar hondo, con la sensación asfixiante de que su capacidad pulmonar mermaba a cada segundo. No fue capaz de pensar en nada, excepto en cómo volvería a casa. Había llamado a Kate diez veces de camino a comisaría y al final se rindió, convencida de que su amiga ya iba camino de Barcelona. No quería telefonar a Miguel después de haber rechazado su ayuda. Sólo le quedaba Chico. Se disponía a marcar su número cuando el sargento volvió a entrar y Dana guardó el móvil en el bolsillo. La taza de café llenó la habitación del aroma cálido del torrefacto. Le observó tomar un sorbo, intuyó que se quemaba y tuvo la sensación de que ambos tenían la misma prisa por acabar. Cuando le observó dejar el vaso de plástico sobre la mesa sus ojos se encontraron. En ese instante presintió que el sargento no sería tan malo.

Y es que por lo menos Silva había tenido el detalle de no dejar que el otro le pusiese las esposas. Aun así, a ella le había quedado claro que él era quien llevaba el disfraz de poli bueno pero que, en el fondo, ambos estaban en el mismo bando. Entonces recordó la advertencia de Kate sobre los policías como él y se propuso cuidar sus palabras para no tener que lamentar nada.

Pensar en ella la hizo sentir desamparada y furiosa consigo misma por no haber buscado un abogado penalista desde el primer momento. Sintió una punzada de envidia, pues seguro que a Paco le contestaba incluso conduciendo. Hasta puede que él le hubiese llamado, y ella hubiese tenido que salir pitando hacia Barcelona y

se hubiese olvidado del juzgado y de lo que le había prometido que haría antes de irse. Lamentó haberse equivocado tanto desde el principio. Ahora comprendía que había sido un error no llamar al abogado de Barcelona amigo de la abuela. Cuando las había visitado, a pocos días de perderla, Dana le había encontrado un gran parecido con las fotos que conservaba la abuela de él y el abuelo Prats en la facultad. Seguro que B. B., el mejor amigo de juventud del abuelo, se hubiese tomado en serio su caso. Estás cometiendo muchos errores, Dana. Y Miguel habría sido una buena opción para no estar sola en la finca. Sólo que para eso había que estar dispuesta a compartirla, y a soportar los crudos desplantes de Kate. Y no lo estaba.

¿Era una idiota por vender los sementales en lugar de aceptar la ayuda de Miguel? Probablemente, pero la elección era suya y confiaba —quería— poder salvarla por sí misma, igual que lo había hecho la abuela. Ella debía de estar viendo lo que le pasaba desde algún lugar en el cielo sin poder hacer nada. O puede que sí lo hiciese. En tal caso, por favor, que la dejaran volver a casa era lo que más deseaba en el mundo. Traerían el forraje a las cinco y tenía una consulta en Pi programada para la tarde. Y, lo más importante, estaba pendiente de la segunda visita de los compradores granadinos después de su última oferta. ¿Y si se iban? Entonces, tal vez aquello fuese una señal de que la venta no era la única solución para conservar la finca y quizá a partir de ahora debería pensar más, no ser tan cobarde o lo que fuese que había sido y aceptar la ayuda de los demás.

— Bueno — le oyó al sargento.

Dana se volvió.

— ¿Nos llevará mucho? Tengo que pasar a ver el ganado de los Estella, en Pi, y aún no sé cómo voy a volver. Además, aquí hace más frío que en la calle.

— No tardaremos, sólo necesito hacerle unas preguntas y confirmar algunas cosas que nos dijo cuando estuvimos en su casa.

— ¿Cuál de las tres veces? — apuntó irónica.

Pero la dura mirada del sargento le hizo replantearse el tono antes de continuar.

— Mire, no voy a decir nada nuevo porque lo que pasó no va a cambiar — sentenció.

Silva se acercó a la mesa y ella continuó aferrada a su parcela, cerca de la ventana, pero volvió a notar la vibración del móvil en su bolsillo. Espió la pantalla

pensando en Kate, pero las trece cifras le anudaron el estómago y el aroma del café le provocó náuseas. Presionó el aparato en la mano y rechazó la llamada antes de apagarlo.

Mientras tanto, el sargento había dejado el vaso de plástico sobre la mesa y la observaba circunspecto.

– Me parece que mi trato la ha confundido y que no tiene ni idea de cuál es su situación.

Retiró con la mano una de las sillas de la mesa y la invitó con un gesto a sentarse. Dana seguía de pie al lado del cristal. Ahora se sentía helada también por dentro. Que hubiese empezado a hablarle de usted era una pésima señal.

– Verá, sus coartadas simplemente no existen. Hemos hallado en su casa el compuesto que mató a Bernat y, además de la inquina entre las familias, tenemos la prueba del quad.

Dana le miró sin comprender.

– Durante el registro tomamos huellas de sus vehículos. Y las huellas coinciden con las que encontramos en la escena.

– Pero eso es normal, estuve allí con el quad cuando discutí con Jaime, siempre lo he dicho, pero yo no le maté. Y, desde luego, no se me ocurriría pasar por encima de él con el quad.

J. B. la miró y Dana se fue inquietando por su silencio.

– ¿Cómo lo sabía? – preguntó él al fin.

– ¿Que le atropellaron después de muerto?

Él asintió.

– Me lo dijo Kate, y también que seguramente fue con un vehículo poco pesado como un quad.

J. B. respiró hondo. La maldita letrada se había propuesto joderle la investigación. Primero, la bronca de la comisaria por haber hablado de más; y ahora, esto. Dana siguió hablando y él ignoró el botón titilante de su móvil que avisaba de que le llamaban de la centralita.

Dana se irguió en su asiento.

– Mire, no le voy a negar que me alegra que Bernat ya no esté aquí. El último año se dedicó a amargarme la vida y, la verdad, es un alivio que no vaya a hacerlo

más. Pero no soy de las que van matando a la gente, ¿sabe? Ya se lo dije, los veterinarios somos como los médicos, tenemos un código ético, salvamos vidas.

— ¿Se refiere al mismo código que no le impidió poner a los arrendatarios en su contra? Sus códigos son muy particulares, ¿no?

Esta vez fue ella la sorprendida y J. B. guardó en silencio, con la evidente intención de no perderse ni uno de sus movimientos. El lenguaje corporal del sospechoso en un interrogatorio daba más pistas que las palabras. Dana lo había leído en alguna parte y se obligó a actuar con normalidad.

— Mire, yo no sé qué quiere oír. Lo de los arrendatarios fue una casualidad.

Dana era consciente de que debía escoger con cautela sus palabras. Pero sin parecer idiota.

— Como le dije, hace unos meses me enteré de que la parte de Santa Eugènia de los Bernat no era propiedad de Jaime. Evidentemente, al principio pensé que me estaban tomando el pelo y no lo creí. Tantos años alardeando e intentando hacerse con la mitad que le faltaba para acabar resultando que ni siquiera la otra mitad era suya. Pero la persona que me confió esta información también me mostró el contrato que había firmado Jaime Bernat en nombre de M. A. Bernat, el verdadero propietario. Al principio no le di importancia porque ambos llevaban el mismo apellido y pensé que se trataba de una pariente. Semanas más tarde, cuando descubrimos que él había provocado los vertidos que casi acabaron con mi yeguada, decidí actuar y darle donde más le dolía; si los contratos los firmaba por poderes, yo iba a complicarle las renovaciones. Hablé con algunos arrendatarios y les aconsejé que, si se reunían para renegociar sus condiciones con la auténtica dueña, Jaime dejaría de sangrarlos. Y ahí acabó todo.

— ¿A qué se refiere?

— Pues a que todo eso se diluyó en el tiempo. Por aquí la gente es reacia al cambio y poco dada a confiar en los demás, a asociarse. Jaime murió sin que nada de aquello hubiese prosperado. Y la verdad es que a estas alturas ya no me importa — aseguró cruzando las manos sobre la mesa.

J. B. se fijó en sus dedos y Dana los encogió.

Seguro que el sargento estaba pensando en qué le había ocurrido. Al verlos, la gente solía quedarse embobada y con cara de dudar si debía preguntar. Pero Dana intuyó que él no lo haría.

— El día del registro vi que posee una selecta colección de licores...

Dana asintió con desconfianza. Reconocía el tono entre conciliador e inquisitivo del sargento. No quería meter la pata, ni siquiera sabía si la había metido ya con la historia de los arrendatarios de Bernat.

Él insistió ignorando una nueva llamada de su móvil. Dana miró el aparato con intención, pero él siguió:

— ¿Quién es el aficionado al buen brandy en su casa?

Dana intuía que era uno de esos momentos en los que uno se jugaba algo más que el buen gusto con el brandy. No tenía ni idea de por qué, de pronto, el sargento le preguntaba por los espirituosos del abuelo. Había oído muchas cosas sobre Jaime Bernat, pero jamás que le relacionasen con la bebida. En todo caso, no se le ocurría qué tenía que ver ella con eso.

— Los licores del estudio llevan ahí más de treinta años, desde que murió mi abuelo. La finca y los animales no me dejan demasiado tiempo para la vida social y tengo pocas ocasiones de tocar esas botellas, salvo para sacarles el polvo. Cosa que tampoco hago a menudo.

El estruendo de la puerta al abrirse bruscamente la interrumpió y lo primero que Dana vio fue el desconcierto en los ojos del sargento justo antes de volverse.

Comisaría de Puigcerdà

Entró con el coche en el aparcamiento de la policía y lo situó en una de las plazas más cercanas a la entrada, las reservadas para los cargos del cuerpo. Estaba tan furiosa que si alguien le hubiera llamado la atención hubiera saltado sobre él como una leona en ayunas. Apagó el vehículo y abrió la puerta sin mirar. Le importaba un cuerno que algún policía pudiese pasar por allí en aquel momento. Uno menos. Al bajar del coche, el tacón de la bota derecha aterrizó en un hoyo del asfalto lleno de agua estancada. ¡Dios! Tiró del bolso, se lo colgó en el hombro izquierdo y metió la mano dentro para asegurarse de que la lista que le había llevado toda la mañana preparar continuaba allí.

Recordó a la comisaria el día del entierro con su melena roja. Ésa no sabía dónde se estaba metiendo, y su mezuquino sicario, menos aún. Entró en comisaría abriendo la puerta de un golpe y se plantó en el centro del hall ignorando con descaro a los presentes mientras estudiaba con mirada glacial los rótulos de los despachos.

Montserrat llevaba años sin ver a la nieta del ex comisario, pero la reconoció de inmediato. Se parecía a él, en el nacimiento del cabello, en la frente y en el porte, pero era más impetuosa. La secretaria marcó el número del sargento, pero no obtuvo respuesta. Entretanto, Kate había localizado el despacho de la comisaria, se dirigió al mostrador y clavó los ojos en los de Montserrat, consciente del esfuerzo que le exigía controlar la respiración y templar la voz. Estás demasiado nerviosa, Kate, cálmate, se ordenó. Cálmate.

Pero hacía casi dos horas de la última llamada de Dana y ése era tiempo suficiente para que alguien adiestrado y con mala fe la hubiese obligado a admitir cualquier barbaridad. Exigiría de inmediato las cintas del interrogatorio y no dejaría nada al azar. Cuando iba a preguntarle a Montserrat por la comisaria sonó

su BlackBerry y la buscó en el bolso.

La llamada era de Luis. Acababa de remitirle el documento de petición del aplazamiento y esperaba su conformidad para enviarlo. Kate dio un paso atrás para alejarse del mostrador de Montserrat y lo abrió. Lo leyó por encima unos segundos y respondió con un escueto OK. El tiempo corría en contra de Dana y, si a estas alturas Luis no era capaz de redactar la petición, mal iban. Además, seguro que Dana estaba asustada, y el miedo nunca era buen compañero en una comisaría, y menos aún en manos del sargento. Apoyó un puño sobre el mostrador y preguntó de forma intimidatoria por Dana Prats y su detención ilegal. Montserrat se echó hacia atrás antes de contestarle que el sargento Silva la estaba interrogando. Kate le sugirió que la condujese hasta el despacho si no quería agravar aún más la ilegalidad que estaban cometiendo. Montserrat le pidió que esperase un momento y volvió a marcar el número de J. B. En ese instante Kate vio a Magda saliendo de su despacho y cambió de objetivo.

La comisaria vestía una camisa blanca larga y un cinturón de piel de serpiente, de unos ocho centímetros de anchura; iba cargada con un montón de carpetas llenas de documentos. Kate la vio entrar en el despacho contiguo y, un segundo después, salir sin las carpetas. Siguió sus movimientos hasta que sus miradas coincidieron. La sonrisa condescendiente de la comisaria reveló que la estaba esperando, y ese descubrimiento la desconcertó.

Fue el gesto de Magda abriendo la puerta de su despacho, como si diese por hecho que ella entraría, lo que la hizo reaccionar y recuperar el estado de indignación. Kate no movió ni un músculo. Iba lista si creía que le cedería el control de la situación... Meterse en un despacho era lo último que le convenía. La comisaria era gato viejo por la edad, pero ella había aprendido del mejor. Paco tenía la sartén por el mango en todo momento, y eso era precisamente lo que ella iba a hacer, seguir en territorio neutral. Su actitud desafiante arrancó una sonrisa irónica de la comisaria. Magda cerró la puerta del despacho y, mientras se dirigía hacia la de cristal que separaba las dependencias del hall de recepción, Kate la observó alisarse la camisa en un gesto aparentemente distraído.

Cuando se plantó ante ella, Kate comprendió que eran el agresivo color de pelo y su actitud lo que la hacían parecer poderosa, y se sorprendió al darse cuenta de que la sobrepasaba varios centímetros. Pero la sonrisa ladeada de Magda le recordó que el tiempo corría en su contra.

—Sus hombres han llevado a cabo una detención ilegal. Y, como comprenderá, esto no va a quedar así. En cuanto salgamos del edificio voy a ir

directamente al juzgado para hablar con el juez. Pediremos el hábeas corpus y acabaremos con estos juegucitos que se trae entre manos. Ahora, no lo complique más y mande traer a mi defendida – sugirió con contundencia.

Magda amplió la sonrisa.

– No se altere, letrada. Ya me habían hablado de su actitud hostil hacia el cuerpo. ¿Sabe su abuelo de esa inquina? – demandó con una pausa para valorar el impacto de sus palabras. Luego negó con soberbia –: No hay nadie detenido – afirmó – y no creo que le interese realmente pedir un hábeas. ¿Ha sopesado la posibilidad de que no todos los datos estén en su poder? Le advierto que una petición así sería cuando menos temeraria, dadas las circunstancias. Sobre todo después del último informe del laboratorio, que hemos recibido esta misma mañana.

Tras el cristal de recepción, Montserrat no cesaba de marcar el número del sargento. Era lo único que podía hacer, porque en las nuevas salas todavía no había teléfonos y se intuía que aquella lucha de gatas no acabaría bien. Su instinto le advertía que corriese a avisarle, pero el sentido común le prohibía moverse de su puesto, y menos aún con la comisaria a tres metros.

– No le negaré que haya conseguido sorprenderme con su falta de respeto por las formas y la ley – replicó Kate –. Pero se necesita algo más para alterarme, créame. Aun así, voy a decirle algo: mi bufete se ocupará de borrar esa sonrisa arrogante cuando todo esto acabe.

– ¿Me está amenazando? – preguntó Magda, incrédula.

– Como abogada jamás me permitiría hacer tal cosa. Tómelo como una promesa – sentenció –. Y, ahora, quiero ver a la señorita Prats.

La comisaria se volvió hacia el mostrador.

– Montserrat, localice al sargento Silva y dígame que la traiga. – Magda se dirigió de nuevo a Kate –: No voy a hacer uso de las setenta y dos horas que podría retener a la señorita Prats porque su actitud ha sido hasta ahora ciertamente colaboradora. Lamento no poder decir lo mismo de su abogada. – Y acercándose añadió –: Le voy a dar un consejo aunque sé que no cree necesitarlo: procure no dar un paso del que tenga que arrepentirse. – Kate comprendió que se refería al hábeas –. Aquí no somos tan puristas como en la capital, pero sabemos hacer bien nuestro trabajo. Y, créame, esto es muy pequeño, todos nos conocemos, incluida la judicatura.

Magda se despidió y Kate permaneció de pie en mitad del hall de comisaría con una incómoda sensación de haber firmado tablas. Tras el mostrador no había ni rastro de la secretaria. Mientras esperaba, Kate leyó los correos de la BlackBerry y rescató del bolso el papel con la lista que había preparado para el sargento. Hasta ese instante apenas había pensado en él, ni en sus pesquisas, ni en la razón por la que había decidido interrogar de nuevo a Dana y, esta vez, en comisaría. La bruja había mencionado que tenían una nueva pista, algo que desconocía.

Y eso la situaba no sólo en desventaja, sino a merced del sargento. La comisaria estaba en lo cierto: el hábeas no era la solución, y menos aún a la luz de esas supuestas últimas pruebas. A estas alturas parecía claro que el sargento era su única opción para saber más. Si quería conseguir información de primera mano tendría que deponer su actitud y potenciar el papel de hermana de Miguel y nieta del ex comisario. Recuperó el último mensaje de Miguel; su hermano le había enviado el nombre, pero había olvidado mandar el número de teléfono. Qué desastre, pensó mientras releía el nombre. Cuando los vio llegar, ya estaba calmada y se encontraba en condiciones de interpretar el papel de hermana agradable y conciliadora.

El primer vistazo fue para Dana y, por el gesto que le hizo, Kate supo en seguida que estaba bien. Ya habría tiempo en casa para revisar el interrogatorio y ver si los nervios o las preguntas del sargento la habían traicionado. Entonces le vio entrar a él en el despacho de la comisaria y, sin cerrar la puerta, volver a salir con un papel en la mano. Kate sonrió a Dana, que la esperaba tras la puerta de cristal, y ella le devolvió la mirada. La secretaria había regresado a su puesto detrás del mostrador. Kate intentó sonreírle, pero no fue capaz más que de apuntar una mueca. Hacerse la simpática no era lo suyo, pero si quería sacar más información debería esforzarse. J. B. abrió la puerta y le cedió el paso a Dana.

—Pensaba que ya estabas en Barcelona. Te he llamado mil veces —la acusó la veterinaria.

—Lo sé, y lo siento mucho, Dan. Estaba en el juzgado con el móvil en silencio y no lo he visto hasta que he salido. ¿Estás bien? —preguntó evitando al sargento.

Dana asintió y se volvió hacia él para saber si podía irse.

Entonces Kate le miró.

El sargento llevaba el pelo desordenado, como si acabase de levantarse de una noche de juerga, y una camiseta de manga corta con un logo de Coronita envejecido que dejaba al descubierto el tatuaje del cuello. Además de sus iniciales,

Kate vio una serie de números que acababan ocultos bajo el escote de la camiseta y la máxima *vencer o morir*. Sin la cazadora, era evidente que usaba las pesas con frecuencia. Kate intentó distinguir el contenido del papel con el que le había visto salir del despacho, pero lo único que consiguió fue fijarse en las venas que recorrían el dorso de sus manos.

—Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto con usted —anunció el sargento mirando directamente a Dana.

Se despidió con un movimiento de cabeza y regresó a la puerta de cristal.

Kate sabía que no podía desperdiciar la oportunidad de darle la lista y empezar a ejecutar su plan.

—Juan... —le llamó.

El sargento se detuvo en seco y se volvió desconcertado.

—Tengo algo para ti. ¿Podemos hablar en privado?

Dana también parecía claramente sorprendida. Él entornó los ojos con desconfianza.

—¿Qué quieres?

Kate metió la mano en el bolso y sacó el folio doblado.

—Darte esto —respondió tendiéndole el papel.

El cambio estaba siendo demasiado brusco. El sargento no se fiaba de ella y tampoco parecía dispuesto a meterlas en un despacho. Debía ir poco a poco hasta ganarse su confianza.

J. B. cogió el papel y lo leyó. Volvió a doblarlo. Estaba valorando su contenido. Kate podía intuirlo, y también que no le gustaba lo que tenía delante, aunque fuese la hermana de su amigo. Esa certeza le produjo un instante de decepción.

Pero no estaba allí para gustar a nadie, sino para averiguar qué tenían contra Dana para haberla trasladado a comisaría y conseguir que él usase la lista y se olvidase de ella.

—La primera es la lista de los prescritos de digoxina en el valle. La segunda es la de los propietarios que mantenían conflictos legales con Bernat. Como ves, los nombres subrayados son los que coinciden en ambas listas —concluyó.

J. B. miró a Dana y luego a ella un instante. Kate percibió que la rehuía.

Probablemente se sentía más cómodo con Dana, ella siempre hacía sentir así a todo el mundo. De acuerdo, ya vería el modo de aprovecharse de eso también.

Pero su respuesta la dejó pasmada.

—No creo que sea necesario, pero gracias —respondió J. B. sin interés.

Kate necesitó un esfuerzo de contención tremendo para no gritarle en ese mismo instante que llevaba dos días trabajando en la maldita lista. El muy idiota no se daba cuenta del trabajo que le estaba ahorrando, ni de lo relevante que era esa información para resolver el caso. A pesar de la actitud del sargento, ni se le ocurrió darse por vencida.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que no vas a investigar a esa gente?

J. B. negó con la cabeza y eso terminó por sacarla de quicio.

—Por el momento no. Hemos comprobado que las huellas de su quad coinciden con las del cadáver, así que no queda mucho donde dudar.

Ahí estaba, era eso. Kate sabía que debía mantener el tono con el que le había abordado. Se daba perfecta cuenta de que él la estaba poniendo a prueba con esa actitud indolente. Sonrió irónica, sólo lo justo; en momentos así siempre le funcionaba desacreditar los argumentos del contrario.

—Por el amor de Dios, todo el mundo tiene un quad y deberás encontrar restos de Jaime en esas ruedas para que ese argumento no se caiga incluso antes de entrar en el cesto de las pruebas.

Silva puso cara de témpano y Kate comprendió que necesitaba volver a suavizar el tono.

—Miguel nos dijo que confiásemos en ti —susurró mirando a Montserrat de soslayo—, que eras un buen profesional y que no dejarías cabo sin atar...

El sargento pareció desconcertado, pero no se movió.

Kate decidió pinchar.

—O puede que mi hermano no te conozca tanto como cree.

J. B. dibujó una sonrisa ladeada que dejó al descubierto su diente roto.

—Casi me engañas con los tuteos —sonrió irónico—. Mira, dejadme la lista y pondré a alguien a investigar.

En aquel momento, un grupo de caporales salían de la sala para ir al comedor. Kate recordó el comentario de Dana acerca de la primera visita a la finca

de los policías.

—Si vas a dársela a Desclòs, no te molestes. Está comprado, como la pelirroja, aunque probablemente él no les haya costado ni un euro.

J. B. enarcó las cejas.

— ¿A qué te refieres?

Kate meneó la cabeza y, con un atisbo de la petulancia que J. B. recordaba, añadió:

—Su padre, el juez Desclòs, es miembro del CRC, como los Bernat, los Masdeu, los Grimal... No espero que él sea profesional —admitió señalando de nuevo al caporal—, ni siquiera objetivo, pero de alguien como tú sí lo esperaba, la verdad. Me cuesta creer que no veas lo absurdamente circunstanciales que son las pruebas. En palabras tuyas, además. Y a estas alturas ya deberías saber que en el valle casi todas las fincas tienen un quad, o vehículos poco pesados que utilizan para remolcar cosas pequeñas o animales, y es probable que sus ruedas —dijo señalando a Dana— sean de serie y coincidan con la mayoría de las de los vehículos de las otras fincas.

J. B. la miró con escepticismo, pero Kate no se achantó.

—Además, personalmente no me fío de Santi y, aunque nadie de aquí se atrevería a poner en duda sus afirmaciones, si Dana dice que estaba en la era con su padre y que miente, yo la creo. No sé por qué tiene tanto interés en situarse lejos de Santa Eugènia si estaba allí, pero sólo eso ya haría sospechar a un niño. Y, te diré más, si no tengo razón te deberé una disculpa.

J. B. no dejaba de observar la lista. Kate intuyó que le tenía interesado y que sólo faltaba una vuelta de tuerca. Se adelantó un poco hasta tocar el papel y añadió:

—En esa lista es donde deberías empezar a buscar si ya has descartado a la familia, que suele ser la principal sospechosa, a excepción de los casos en los que la policía se deja emponzoñar por murmuraciones malintencionadas de los vecinos, manipulaciones del CRC y el ego desmedido de una pelirroja.

J. B. apretó los labios para contener la sonrisa. Lo de «la doña» había estado bien. La miró con una ceja en alto.

— ¿Ya te has quedado a gusto?

Kate le mantuvo la mirada y él la apartó fingiendo echar un vistazo a la lista para no reírse.

– Encuentra al culpable y lo haré – declaró serena.

– Bueno, veré lo que puedo hacer – respondió él antes de volverse y abrir la puerta de cristal.

Al salir de la comisaría Dana miró al cielo y respiró hondamente. La libertad sabía a gloria, aunque la tarde fuese oscura y el frío de finales de noviembre calase los huesos.

Era Bernat, Mosoll

Santi colgó satisfecho el teléfono y lo dejó caer en el bolsillo del mono. Luego giró la llave y arrancó el tractor. Le quedaba por trabajar más de la mitad del terreno y apenas un par de horas de luz, pero había empezado lo que no podría hacer a la mañana siguiente, cuando estuviese en el notario. En menos de un día todo sería oficialmente suyo, y el domingo a la una había conseguido quedar con el abogado de La Seu para resolver el asunto de Santa Eugènia.

Se le escapó una sonrisa. Le había costado convencer al cabrón del abogado... Cuando le habló del cambio de nombre de unas tierras debió de parecerle poca cosa, porque le respondió que, si le corría prisa, cualquiera podía hacer el trámite en Puigcerdà mucho más rápido. Le advirtió que él tenía mucho trabajo y que no podría atenderle hasta entrado diciembre. Había tenido que insistir y, al no lograrlo por las buenas, le ofreció la zanahoria.

Pero eso tampoco le convenció, y ya iba a mandarle a la mierda cuando el tipo le preguntó de qué tierras se trataba. Fue nombrar Santa Eugènia y despejó la agenda para recibirle el mismo domingo. Ni siquiera le preguntó quién era, pero Santi había colgado convencido de que aquel tipo, que había destrozado al abogado de su padre varios años atrás cuando se enfrentó con la viuda por asuntos del riego, era su hombre.

Sus miradas acusatorias le dejaban un sabor extraño en la boca, como si se hubiera metido en ella una almendra amarga y la hubiese masticado hasta convertirla en una pasta imposible de tragar. Algo que, sin estar, seguía allí horas después. Y él ni siquiera comprendía la causa. En el fondo era simple; la tía estaba sola por su culpa, por haberse entrometido, y se lo hacía pagar. Pero eso lo comprendió mucho después. Todo comenzó cuando los viernes empezó a encontrarse mal, a pasar la mañana sudoroso y mareado en clase, y la tarde, vomitando en la enfermería. El día en que la llamaron del colegio para que fuese a buscarle, no le avisaron. Cuando la vio, lejos de sentirse mejor, sus tripas se removieron y necesitó volver corriendo al lavabo. Esa tarde ella esperó en casa la llegada de don Ángel. Los oyó discutir desde su habitación. Dog estaba tras su puerta, husmeando ruidosamente con su alargado hocico para que él le abriese. Sólo lo haría para usar la navaja y acabar con él, pensó mientras se imaginaba abriendo al chucho en canal con la navaja roja como su sangre. Los gritos le devolvieron a la realidad. Sentado en su escritorio, con el estómago encogido mientras la mano oscura e invisible le estrujaba los pulmones, esperó acontecimientos, hasta que sus sentidos se abandonaron en el capítulo diez del libro de Ciencias y entró en otra dimensión. Después de aquel día, durante meses vivió acosado por el temor de que él volviese y afligido por la fría actitud de la tía. El último día de cada semana, al salir de la escuela, empezó a encoger sus pasos, y al final acabó contando las baldosas que separaban el colegio del piso de Aribau. En línea recta las pisaba todas, una tras otra. Los viandantes le adelantaban por ambos lados, incluso alguna mujer le preguntó si se encontraba mal, pero no, estaba bien, había encontrado el modo ordenado y perfecto de retrasar su llegada al piso sin desobedecer a la tía, «directo del colegio a casa». A ella no le costó mucho reponerse y volver a salir. Pronto regresaron los tintineos de sus pulseras doradas y el olor denso de su perfume, que lo impregnaba todo. Era alta y delgada, caminaba erguida y siempre parecía recién salida de una tienda de modas o de una sesión de peluquería. Una mujer de bandera, había oído decir en la portería a un grupo de hombres, pero él no tenía ni idea de lo que querían decir. Y así volvió la normalidad al piso de Aribau, una normalidad menos frágil a medida que él se hacía mayor y ella recuperaba su libertad. Hasta el día de las cartas. Ese día, buscando su partida de nacimiento para la escuela, las encontró en la cómoda de la tía. En la parte más profunda del tercer cajón, sus dedos tocaron con un gran pliegue de papel. Pensó que se trataba de un libro y sintió curiosidad por el tipo de lecturas que guardaría ella en su cuarto. Al tirar, apareció el montón de cartas atado con una cinta de satén blanca y suave. Su mano apenas dudó un instante antes de metérselas rápidamente en el pantalón.

J. B. cerró la puerta de su despacho por dentro y ajustó la persiana para tener intimidad. Luego, se sentó en la silla, pero no tardó en levantarse y acercarse a la ventana. La buscó con la mirada, pero ya se habían ido y siguió con la vista perdida en el aparcamiento. Puede que hubiese sido aquel primer Juan el que le dejó fuera de juego, porque sólo su madre le llamaba así y ella hacía semanas que no recordaba su nombre. Pero ahora no podía dejar de recordar los ojos de la letrada. En el hall había intentado que no coincidiesen con los suyos, mirando al papel o a la veterinaria, porque cuando había empezado a hablarle tan decidida, con esos ojos avellana tan abiertos, y tan cerca, le habían dado ganas de tirar de ella para estrujarla, hundir la nariz en su cuello y aspirar a fondo su perfume. Así que la había esquivado, no fuese a intuir sus pensamientos o a imaginarse algo.

Por primera vez intentó pensar en ella sin prejuicios. La letrada miraba de frente y, aunque olía suave, su perfume se le quedaba atrapado en la memoria. Había que reconocerle la retórica y que había calado bien a la comisaria, pero incluso cuando no sacaba la mala leche la letrada le hacía pensar en una cuerda floja. Además, ¿qué era eso de que ella esperaba más de él? ¿Y lo de mentar a Miguel? Desde luego, no le sobraban escrúpulos.

Al volverse, J. B. vio la lista sobre la mesa y le invadió la pereza.

El aparcamiento estaba medio vacío y la luz tenue de finales de noviembre se había convertido en una sombra grisácea que atenuaba el brillo metálico de los coches. J. B. miró hacia el cielo, atento al avance de las nubes, que empezaban a invadir la trayectoria de la luz solar y a oscurecer el valle. Las cosas cambian constantemente, pensó, y cogió la lista para repasarla. La leyó con atención, deteniéndose en cada uno de los nombres, y volvió a doblarla.

Una disculpa, ¿eh? ¿Y quién la quería?

Puede que se hubiese equivocado con ella y que fuese más parecida al resto de los Salas de lo que creyó al principio. Sonrió con sarcasmo.

Ni hablar.

Probablemente sólo estaba intentando salvar el culo de su amiga. Volvió a sentarse, giró la silla para ponerla de cara a la ventana y recordó el saludo en el funeral. Nadie cambiaba tanto en una semana. Además, los abogados eran una raza aparte, lo sabía bien. De alguien capaz de acusar a un inocente o defender a un culpable se podía esperar cualquier cosa, y no debía olvidar lo manipuladores que podían llegar a ser ni dejarse influir por lo que le dijese. Mantener la objetividad, eso era lo que debía hacer, y para conseguirlo lo mejor era recordar cómo le había tratado hasta entonces. Que no te líe, macho. Volvió a girar la silla e introdujo la lista en el primer cajón de su escritorio, sobre las copias de los informes que entregaba a la comisaria. Magda, por ejemplo, tenía alma de abogado. Para ella los fines siempre justificaban los medios. Debía cuidar de que sus órdenes no le metiesen en líos; porque, cuando hubiese problemas y echase un vistazo alrededor, estaría solo.

Respecto a la veterinaria, le faltaba una razón de peso para verla cargándose a Bernat. Lo que le había contado de un árbol no tenía sentido, aunque cualquiera era capaz de cargarse a alguien si se sentía lo bastante amenazado, por buen fondo que hubiese. Eso él lo sabía bien.

Y, en cuanto a las insinuaciones de la letrada sobre la posible culpabilidad de Santi, algo le chirriaba. A él tampoco le gustaba Santi, ni su actitud soberbia, ni la desidia con la que se tomaba todo lo relacionado con la muerte de su padre. De hecho ni siquiera había preguntado por el modo en el que había muerto, ni había pedido la copia del informe de la autopsia, a la que la familia directa tenía derecho. A pesar de su envergadura física no le veía arrestos para haber acabado con él. Sencillamente, no podía imaginarle emponzoñando una botella de doscientos euros para matar a su padre. Había visto cómo vivían, su casa, sus coches y su aspecto, y era evidente que ninguno de los dos hubiese tomado la opción de un brandy tan selecto cuando cualquier otro caldo serviría. No, definitivamente el procedimiento empleado no encajaba con su perfil.

J. B. volvió a cavilar sobre la veterinaria. La había pillado dos veces rechazando llamadas del móvil y sus manos evidenciaban algún tipo de fragilidad. Se le ocurrió que tal vez alguien la acosaba. Puede que con tanto ruido a su alrededor y tanta prueba circunstancial se le estuviese pasando algo importante, porque no estaba acostumbrado a trabajar en un ambiente tan chismoso y

entrometido.

El entorno, ahí era donde se encontraban la mayor parte de los asesinos, en el entorno de la víctima. Tal vez estaban errando el tiro. Puede que el asesino de Bernat fuese alguien con quien hubiese tenido problemas de otra índole. Averiguar el funcionamiento del CRC y dar con el dossier que faltaba en los archivos de la comisaría era lo primero que debía hacer. Lo que había oído sobre el poder de sus miembros no estaba tan lejos de los perfiles clásicos. Jaime Bernat formaba parte de todo eso, y por ello no podía ignorar ese ámbito de su vida al buscar a su asesino. Además, intuía que en ese tipo de reuniones no se escatimaba en la calidad de la bebida. Sólo una persona podría darle información veraz sobre el CRC. Buscó el móvil y mandó un *whatsapp* a Miguel para pedirle el número.

La suerte siempre acompaña a los mejores. Sobre eso cavilaba el caporal Desclòs al volante de la grúa de la policía, camino de Puigcerdà, convencido de que su pericia y sus dotes investigadoras estaban fuera de lo común. Por fin todos se darían cuenta de lo desaprovechado que le habían tenido. Sobre todo ella. Lo primero que iba a hacer era entrar en su despacho y dejárselo sobre la mesa. Con suavidad y elegancia, como el dandi que era.

Contempló satisfecho la bolsa de plástico que descansaba sobre el asiento del copiloto y se irguió con las manos a ambos lados del volante. El pecho se le hinchó varios centímetros al inspirar aire. No era una cuestión de suerte, aunque estaba claro que en la vida todo entraba en el juego, y si él había sabido estar en el momento justo en el lugar adecuado no era sólo por casualidad. Además, él no creía en la suerte porque era un hombre práctico y, en aquel momento, también un hombre camino del éxito. Y eso que cuando habían ido a detener a la veterinaria maldijo su suerte por haberse olvidado las cintas y tener que volver a comisaría. Pero ahora ya no le importaba ni eso ni haberse perdido el interrogatorio, porque había dado con la prueba definitiva.

Al llegar a la rotonda redujo la velocidad hasta detenerse, encendió las luces de cruce y miró a la izquierda. Luego arrancó para incorporarse a la N-260 en dirección a Puigcerdà, convencido de estar ante uno de los hallazgos más importantes de su carrera, una prueba que, sin duda, cerraba el caso Bernat de un plumazo.

Encima, lo había encontrado en la hípica de la finca, al lado de las cuadras. ¿Qué importancia tenía quién era el propietario del vehículo? Eso sólo complicaría la vida al chaval de los Masó y a sus padres, que eran buena gente.

Pensó en llamar a alguien para compartir ese momento mágico, pero no se le

ocurrió a quién. Casi mejor, la discreción en un momento tan importante era lo que diferenciaba a un gran agente de un fante fanfarrón. Y, por otro lado, ¿de quién podía fiarse uno en estos tiempos? ¿Acaso no se habían ido de la lengua sus amigos de la partida en cuanto les comentó algo? Ni dos días había tardado en llegar a oídos de la comisaria. Un hombre íntegro y con responsabilidades como él realmente sólo podía confiar en la familia.

La imagen de su padre en la cena de hacía un par de noches le hizo sonreír. El instinto de los Desclòs no fallaba. Se acordó de su madre, siempre ocupada en que el engranaje familiar fuese como la seda, y del modo en el que le tiraba suavemente del pelo, para que se agachase, desde que ya no alcanzaba a darle un beso. Ella sí era discreta. La discreción y la elegancia de los Monràs formaban parte de ella, igual que el color perla de su peinado hueco o los magníficos platos que preparaba. La tentación de compartirlo con ella era fuerte, pero la grúa no tenía manos libres, y sin eso...

Aun así, Arnau activó el intermitente, dispuesto, por una vez, a usar su móvil particular para llamar. Antes de desviarse miró por el retrovisor. El quad de la veterinaria, que llevaba tras de sí, no le dejaba visibilidad y miró por el lateral. De no ser por el patrulla que circulaba tres coches más atrás, hubiese parado.

Carretera de Puigcerdà a La Seu

Salieron de la comisaría y subieron al A3 en silencio. Dana sentía la euforia de haber superado un examen imposible. Pero, cuando cerraron las puertas y Kate dejó su BlackBerry en el soporte del manos libres, Dana pudo ver en su rostro el semblante grave del perdedor. Al momento, la luz roja de su teléfono le recordó con impertinencia las llamadas perdidas del tipo del banco y la incómoda sensación de sentirse observada por el sargento cuando había sonado durante el interrogatorio. Llenó los pulmones y le pareció notar que ya respiraba mejor. Aunque tal como iban las cosas, y con su suerte, la tarde tampoco pintaba bien. Los granadinos llegarían sobre las siete y a esa hora debía conseguir que el del forraje estuviera bien lejos. La última vez, con el registro, se había olvidado por completo de él y los bolivianos no se habían atrevido a acercarse a una casa llena de policías para avisarla, así que el muy cretino se había negado a descargar. Hasta que Chico le amenazó con hablar de sus precios con los otros arrendatarios. Al final había descargado sólo una parte y de mala gana, y eso significaba que a las cinco se presentaría con las facturas y había que evitar a toda costa una discusión delante de los compradores.

A su lado, Kate le daba vueltas a lo que había ocurrido en la comisaría. Aunque la jefa era como la imaginaba, debía admitir que había esperado más compromiso por parte del sargento. Era evidente que las discusiones que habían mantenido en sus encuentros anteriores aún le escocían. Y, también, que no le gustaba la pelirroja. Su gesto cuando la acusó de vendida había sido de aprobación. Sin embargo, aunque al final se había comprometido a echarle un vistazo a su lista, Kate no confiaba en que fuese de los que cumplían sus promesas. En fin, lo que contaba era que se había quedado con el papel y que no había nada que sedujese más a un hombre que demostrar que tenía razón. Y si eso iba acompañado de una disculpa por parte del vencido, aún mejor. Lástima que aquello no fuese a pasar,

porque la razón estaba de su parte y, además, pedir disculpas nunca entraba realmente en los planes de Kate.

Dana mordisqueaba los esparadrapos con el ceño fruncido y la mirada perdida. Su amiga la observaba de reojo. Si empezaba con eso no podría irse tranquila. Tendría que quedarse y se pasaría la tarde pendiente de la llamada de Paco para echarle los perros por no estar en el bufete.

Eso le recordó al maldito técnico andorrano y su visita fugaz de la tarde anterior al país vecino. Por lo menos había podido ver a su mujer y a las niñas. A veces, sólo se necesitaba observar. De hecho, en cuanto detectó el lujoso bolso de la ex y la vio subir en el descapotable con las niñas, Kate supo por dónde presionarle. Y había marcado su número. Un tipo intuitivo no se podía negar. Porque al oír su voz le preguntó de inmediato desde dónde le llamaba y, cuando ella le respondió que tenía una mujer de bandera con un gusto exquisito, el silencio de la rendición atronó en el otro lado de la línea. Después de eso, la conversación duró apenas tres minutos, en los que ella le concedió otras veinticuatro horas, las últimas, para cumplir su cometido. Cuando colgó, Kate lo hizo convencida de haber dado en el blanco, pero con el firme propósito de empezar esa misma tarde a buscar el modo de ganar el caso si lo que tenían entre manos en Andorra no salía bien. Con esos pensamientos, puso el intermitente para girar en Bellver e incorporarse a la carretera de Santa Eugènia.

Pero, en cuanto entró en la rotonda, la mano de Dana presionándole con fuerza el brazo le dio un susto de muerte. Soltó un ¡joder, Dan! y la miró indignada, pero ella parecía poseída por la visión de algún demonio y, a pesar de encontrarse en mitad de la rotonda, Kate intentó seguir la dirección de su mirada.

Una grúa de la policía se incorporaba en aquel momento a la carretera en dirección a Puigcerdà. Ninguna pudo ver al conductor, pero sí el quad rojo.

Ni siquiera le dio tiempo a pensar qué decir al ver la primera lágrima que resbalaba por la mejilla de Dana, porque una llamada entrante en su BlackBerry interrumpió el silencio. Kate levantó ligeramente el pie del pedal con la atención puesta en la pantalla. Los dos primeros números la pusieron sobre aviso y dudó un instante si usar el manos libres. Miró la hora. En Andorra los bancos habían cerrado ya, así que sólo podían ser buenas noticias. Pero no se fiaba de él, ni de sí misma en caso de que el tipo volviese a quejarse por cualquier estupidez. No quería hablar de aquel tipo de cosas delante de Dana, por lo que lo cogió para responder.

Unos segundos después, Kate soportaba con irritación los lloriqueos del

técnico, cada vez más convencida de que necesitaba con urgencia un plan B.

El tipo le contaba a trompicones la visita que acababa de hacerles un abogado alto y distinguido de Barcelona. Por lo visto, tenía una orden que le permitía llevarse una copia de los registros de las transacciones durante las fechas en las que habían tenido lugar los movimientos que implicaban directamente a Mario. Kate visualizó a Bassols mientras crecía el deseo de romperle la cabeza al técnico por lento y estúpido.

Siguió calentándose cuando le oyó afirmar que tenía miedo, y que lo dejaba porque nadie le había advertido de que se tratase de borrar pruebas de un caso criminal o penal, o lo que fuese que había dicho el abogado de Barcelona. Que no podía hacerlo porque su conciencia no se lo permitía y porque podía ir a la cárcel. Kate tuvo que hacer serios esfuerzos de contención hasta que él apuntó que necesitaría unos meses para devolver el dinero. Eso fue la gota que colmó el vaso; se olvidó de que no estaba sola y le recordó con su voz más dura que la conciencia no le había impedido aceptar el adelanto y que nadie iba a creerse, ni siquiera un juez de su pequeño país, que le hubieran regalado esa cantidad de dinero. Él le repitió en tono inseguro que lo iba a devolver, y Kate apretó las mandíbulas para recordarle que el compromiso que había adquirido con ellos no terminaba hasta cumplir el encargo y que, además, había que actuar de inmediato porque el fiscal no debía acceder a las transacciones reales. O ella personalmente se ocuparía de que no olvidase a quién había fallado. Cuando él le soltó que estaba grabando la conversación, Kate perdió por completo la paciencia y le advirtió que lamentaría tener que mandar cierta información sobre su familia a las autoridades, pero que si al cabo de dos días él no había cumplido su parte del trato, lo haría sin dudar. Tras una breve pausa, en la que ambos permanecieron en silencio, ella le repitió que le quedaban menos de cuarenta y ocho horas, le mandó saludos para su esposa e hijas, y colgó.

Clavó la BlackBerry en el soporte y bajó el cristal de su ventanilla. ¿Cómo podía haberse enterado Bassols justo ahora de lo de Andorra? Sólo lo sabían Paco, Mario y Luis, y a ninguno le favorecía irse de la lengua. Además, que ella supiese, nadie de su entorno tenía relación con el fiscal, al contrario. Dana se movió a su lado y Kate evitó mirarla. No podía quedarse. Con lo de Andorra en el aire, menos aún. Así que no iba a dejarse engatusar por sus lloriqueos, pues ya iba siendo hora de que cada uno asumiese sus propias responsabilidades de una puñetera vez. Y el maldito fiscal, ¿cómo se habría enterado?

—Ya sé que no te gusta que baje a Barcelona, pero las cosas están bastante

complicadas y necesito que me vean por allí – anunció tajante –. Por lo menos esta tarde, cuando llegue Paco. Estarás bien, y yo volveré mañana.

La miró de soslayo. Dana continuaba en silencio, con los hombros bajos y la mirada fija en algún punto del horizonte. Con los dedos de una mano tiraba de los hilos sueltos de los esparadrapos y de vez en cuando se metía uno en la boca y rechinaba los dientes intentando partirlo en mil pedazos.

Ya estábamos.

Llegaron a Pi. En la rotonda, Kate torció hacia Santa Eugènia y al pasar por delante de la era en la que habían encontrado a Jaime Bernat ambas evitaron mirar. Sin embargo, una de las dos seguía preguntándose quién sería el desconocido que las había estado vigilando desde un coche tres noches atrás y cuánto tardaría en ir a contárselo a la policía.

–Prometo volver mañana temprano. Llevo aquí una semana y no puedo esperar al lunes para presentarme. Pasaré por casa, iré al bufete, acallaré rumores y, mientras tanto, decidiré cómo vamos a resolver el asunto de Jaime Bernat –sentenció.

Dana continuaba mirando al frente, como aturdida, pero sus labios se habían arqueado ligeramente hacia abajo.

–Además, quiero consultar tu situación con un penalista de los nuestros para que me aconseje. No te preocupes, déjalo en mis manos.

Al llegar a la finca, Dana le pidió que la dejase en la casona. En la escalera de la entrada estaba sentado Chico, escribiendo algo en el móvil. Las saludó con la mano. Dana bajó y Kate vio cómo él le entregaba un sobre. Dejarla acompañada era un alivio. Saludó a Chico con la barbilla y, de repente, quiso volar hasta Barcelona. Pero necesitaba la hora larga de viaje para pensar en un plan B que ofrecerle a Paco cuando le viese en la octava.

J. B. pasó el resto de la tarde del viernes en su despacho. Habían llegado las fotos originales y el informe de la botella de brandy. Volvió a llamar a las bodegas y obtuvo la misma respuesta: la persona que podía ayudarle estaba fuera hasta principios de mes.

Desclòs, antes de volver a la finca Prats a por el quad de la veterinaria, le había dejado a Montserrat un sobre para él. Contenía las transcripciones de los testigos que aseguraban haber estado con Santi en Llivia la tarde de la muerte de su padre, las del vecino que había visto a la veterinaria forcejear con Jaime Bernat, y una larga lista de arrendatarios de los Bernat con los que la relación era idílica. Según el caporal, no había renovaciones pendientes a corto plazo y los arrendatarios eran uña y carne con sus arrendadores. J. B. volvió a introducir los documentos en el sobre y lo dejó bajo la carpeta del caso con una certera impresión de fraude, de que Desclòs jugaba en el bando contrario. Y eso sólo le dejaba una opción, la que mejor se le daba: el juego individual. De repente le sobrevino una sensación de soledad liberadora. Trabajar en solitario era lo mejor que podía pasarle.

Redactó el informe diario para Magda y adjuntó sólo una breve nota sobre el interrogatorio de la veterinaria en la que dictaminaba que había sido poco concluyente. Decidió que transcribirlo sería cosa de Desclòs, y así podría ponerse al corriente de cómo había ido mientras él había estado firmando como caporal más antiguo. Había que reconocer que Montserrat era, de largo, lo mejor de la comisaría.

Sobre las seis metió una copia del informe en el portafolios para Magda, y recibió la respuesta de Miguel con el número de teléfono que le había pedido. Lo grabó en la agenda y marcó.

Mientras esperaba la respuesta abrió el cajón en el que guardaba las copias

de los informes y apareció la lista que le había entregado la hermana de Miguel. Sonrió y contuvo el impulso de olerlo. Había que reconocer que la letrada tenía su punto. Bien mirado, igual las disculpas merecían hasta la pena... En el momento en el que cogía la lista para repasarla, la voz ronca del ex comisario Salas-Santalucía le sorprendió y la soltó de golpe. Pero dejó el cajón abierto con el papel a la vista mientras le hacía la petición.

A las siete de la tarde, J. B. continuaba en su despacho revisando la documentación del caso y anotando en la pizarra la información que iba recopilando. Montserrat le llamó para anunciarle que tenía visita y él pensó inmediatamente en la hermana de Miguel. Le pidió a la secretaria que esperase dos minutos antes de hacerla pasar. Seguro que volvía para asegurarse de que había estudiado su lista. A ver qué ocurría cuando le contestase que aún no había podido... Ordenó un poco la mesa y lanzó los dos vasos vacíos de café en la papelera, pero uno dio en el borde y cayó fuera. J. B. se levantó de un salto y lo echó dentro. Luego movió la papelera para ocultar unas gotas que se habían derramado en el suelo, y volvió a sentarse. Cuando oyó los golpes en la puerta tenía la boca seca. Esta vez le diría que, para ella, nada de Juan, sólo sargento.

Pero la melena rubia de Tania asomó tímida un instante y luego abrió la puerta del todo. Entonces J. B. comprendió que ni el propio Dios podía salvarle de la disculpa que le debía por haberse largado mientras ella estaba en la ducha. Sabía que cualquier excusa sonaría cobarde, y también que no colaría lo de que era muy tarde, o que tenía que ir a currar al día siguiente. Era mejor ir con la verdad por delante. Pero ¿cómo iba a explicarle algo de lo que no tenía ni idea? Porque, si había que ser sincero, se había ido porque ya había descargado y, aunque ella le gustaba, a esa hora no tenía ganas de charla. Se levantó y fue solícito hacia ella para darle dos besos. Pero en ese momento Desclòs se coló en el despacho y se acercó a la mesa blandiendo algo largo como una espada dentro de una bolsa de plástico. Tania le miraba desde la puerta con el ceño fruncido y una media sonrisa que exigía saber quién era ese friki.

J. B. le hizo un gesto al caporal para que esperase y le dio dos besos a la joven. Fue la vez que más le sorprendió el contacto con ella, porque él esperaba frialdad o algún desplante y, sin embargo, no hubo nada de eso. Al contrario, el roce de sus pechos y el perfume fueron como llegar a la tierra prometida. J. B. notó cómo le deslizaba un papelito doblado en el bolsillo trasero del pantalón mientras le susurraba un úsalo que le cosquilleó la oreja. Luego se dio la vuelta y caminó hasta

la puerta de la comisaría, consciente de lo que estaban mirando los dos agentes.

Cuando Tania salió del edificio, J. B. volvió a sentarse y, apoyado en el respaldo, miró al caporal. Desclòs mantenía las cejas arqueadas y él le obsequió con una mueca. Casi tenía ganas de darle las gracias por haberle ahorrado la disculpa y ella... su reacción lo había dejado sin palabras. Metió la mano en el bolsillo y desplegó el papel. Nueve cifras y tres estrellas pequeñas debajo. Tres estrellas. ¿Eso era que había ido bien, o que la próxima vez quería tres? Miró a Desclòs pero contuvo el impulso de preguntarle. ¿Para qué perder el tiempo? El caporal carraspeó y dio unos pasos para dejar la bolsa de plástico sobre la mesa. Después de lo que acababa de hacer por él, J. B. estaba de buenas; cualquiera de sus chorradas le parecería bien. Le preguntó con el ceño qué era.

– Es el bastón de Jaime Bernat – anunció Desclòs esperando su reacción.

J. B. miró el paquete, lo cogió y en seguida constató que la cabeza de plata era tal como Santi la había descrito el día del registro. Bien, por lo menos el maldito gigante no le agobiaría más con eso.

– ¿Estaba también el anillo?

El caporal negó con la cabeza y de inmediato empezó a contarle con orgullo cómo, tras cargar el quad de la veterinaria en la hípica de la finca Prats, se había acercado a las cuadras a echar una última ojeada y lo había descubierto en una de las camionetas de la finca. Lo que no le dijo fue que había ido hasta la parte trasera del guadarnés para orinar y que lo había visto por casualidad, eso no. J. B. le oía sin escuchar, convencido de que dar con el bastón de Jaime Bernat en la finca de la veterinaria, en un lugar tan a la vista, no era casual... Pero, si encontraban las huellas de Dana en él, su implicación dejaría pocas dudas.

– ¿El día del registro no revisasteis esa camioneta?

La pregunta dejó al caporal en blanco, y J. B. casi pudo ver sus esfuerzos mentales en busca de respuesta.

– Creo que lo miraron Albert y Pol cuando yo estaba revisando los vehículos y anotando los modelos de las ruedas. Puede que no lo vieses, en esos cuartos hay un montón de trastos.

Y en seis días pueden haberlo movido muchas veces, pensó el sargento.

– Se les pasaría.

J. B. asintió pensativo.

– Enhorabuena por el hallazgo, ocúpate de que llegue al laboratorio hoy mismo. Según las huellas que encuentren, puede que cerremos el caso. Por cierto, antes de irte necesitare un informe. ¿El quad está aquí todavía?

Arnau asintió.

– Los de La Seu vendrán mañana a recogerlo.

J. B. asintió y se levantó. El caporal no parecía tener prisa, seguía mirándole como si esperase una respuesta, pero no había formulado la pregunta, así que no iba a quedarse allí como un pasmarote tratando de comunicarse telepáticamente con Desclòs. Además, J. B. estaba notando que necesitaba un chute de azúcar y cafeína para pensar. Buscó en los bolsillos unas monedas, lanzó un par de Solano sobre la mesa, y le abrió la puerta para que el caporal saliese primero. Desclòs no se movió.

– Entonces, ¿no vamos a detenerla?

J. B. negó con la cabeza.

– Sólo cuando encontremos algo concluyente, como sus huellas en el bastón o restos de Bernat en los neumáticos del quad. Por el momento habrá que esperar.

Arnau continuaba quieto y J. B. empezó a impacientarse.

– Ocúpate de que el bastón llegue cuanto antes al laboratorio, no podemos hacer más...

Por fin Desclòs se dio por vencido, echó a andar, y J. B. pudo ir a por su café.

En el cuartito de la comida había varias máquinas: una grande de café, dos con bebidas, una con bocadillos de pan de molde y bollería industrial, y otra con artículos calóricos como barritas de chocolate, chucherías y galletas. La primera vez que J. B. había estado allí se le ocurrió preguntar dónde estaba la de los condones, y los presentes le habían mirado mal, así que no volvió a intentar hacer amigos. Desde entonces prefería ir cuando la salita estaba vacía. Metió una moneda para sacar un expreso y contó lo que le quedaba para comida. Un euro con ochenta... Le daba para un bocadillo, pero ya había probado todos los que quedaban y no le apetecían. El ruido del café cayendo humeante en el vasito de plástico le hizo consciente del silencio de la comisaría. Los viernes por la tarde la gente se apresuraba para acabar los informes y largarse.

A él lo que de verdad le apetecía era la tortilla de patatas con cebolla de El

Edén. Y, ahora que ya no tenía que ocultarse de Tania, no había necesidad de pasar hambre en ningún sentido. Sonrió. Además, entre una cosa y otra no había comido. Volvió a pensar en su nota y en las estremitas, y metió las monedas. Una barrita de Mars para pasar hasta la cena. Se palpó el bolsillo y vio que no llevaba el móvil. Se apoyó en la mesa con los pies sobre el banco y abrió el envoltorio. La ventana de la sala daba al aparcamiento. Fuera estaba oscuro y las farolas debían de llevar rato encendidas, porque brillaban con una luz blanca e intensa. Un sabor dulzón a crema de caramelo y chocolate con leche le inundó la boca. Buscó en las paredes un reloj y lo encontró sobre la puerta. Casi las siete y era de noche. Montserrat sabría a qué hora cerraban en Correos –aún tenía que ir a recoger el paquete con las piezas–, y le había prometido a la señora Rosa que bajaría el sábado a Cornellà y dormiría en el piso de su madre. Mierda, no había llamado al del seguro. Cogió el vaso y la barrita a medio comer, y salió disparado hacia el despacho.

–Montserrat, ¿a qué hora cierran en Correos? –La secretaria miró el reloj.

–A las tres, como todos los viernes. Hace cuatro horas. Por cierto, ¿ya has hablado con la jefa? Te he dejado dos avisos y parecía mosqueada...

–¡Joder! ¿Qué mierda de horario es ése?

–A ver, ¿qué te pasa, sargento?

–Para empezar, que no voy a tener las piezas para trabajar en la moto el fin de semana.

–Pero ¿no te marchabas a Barcelona?

–Sí, pero ¿y el domingo?

–¿No te había invitado el comisario?

–Pero, y por la tarde, ¿qué?

Montserrat señaló la puerta y se apartó la melena como Tania. J. B. soltó una carcajada.

–Eres peor que mi madre.

La secretaria sonrió.

–¿Cómo está?

–Mañana voy a verla –respondió.

–Y, entonces, ¿esa cara?

–No sé cómo relacionar una prueba con la veterinaria.

Montserrat le miró a los ojos.

– No podrás, porque no fue ella.

– Y tú, ¿cómo lo sabes?

– Por instinto.

– Ya, ¿y eso cómo se lo vendo a «la doña»? – pidió señalando hacia el despacho de Magda.

– No te preocupes, según su agenda hoy ha comido con el alcalde y otra gente importante. Algo benéfico, creo. Si no te ve tienes hasta el lunes para pensar en algo. Además, ella también tiene instinto, como todas, sólo que ha desarrollado más el de la ambición.

J. B. recordó la lista de los miembros del consejo que había visto sobre la mesa de Magda y las iniciales que había escrito en rojo; las suyas. Montse seguía hablando.

– Además, lo tienes fácil. Encuentra al que lo hizo y no hará falta que le cuentes nada.

Montserrat hablaba igual que la letrada y se lo dijo.

La secretaria miró un instante hacia la puerta del despacho de Magda y bajó la voz.

– Tenías que haberlas visto, vaya dos – cuchicheó.

– Ya, oye..., ¿quién le mandaría un brandy tan caro a Bernat?

– Ya sabes con quién se codeaba. En las reuniones de alto nivel no creo que beban Soberano.

– ¿Estás hablando del consejo?

En ese momento se abrió la puerta de la sala de caporales y salieron unos cuantos. Montserrat le miró y luego asintió en la dirección en la que estaba Descòs.

– Ahí le tienes.

J. B. bebió el último trago de café y lanzó el vaso a la caja que servía de papelera de los plásticos. No acertó. Cuando constató el error miró a Montserrat como diciéndole lo siento y se fue directo a Descòs.

La secretaria los observaba. J. B. estaba de espaldas y, por la expresión de Arnau, la cosa no iba demasiado bien. Montserrat se preguntó si el sargento había captado su insinuación y si sería lo bastante sutil como para obtener la información

de forma discreta. Por la cara del caporal no lo estaba consiguiendo. Empezaba a estar intrigada cuando observó a Silva volverse y caminar hacia ella. Desclòs había vuelto a la sala de caporales.

Montserrat miró la hora, apiló las carpetas, dejó encima la hoja con el listado de llamadas, cerró la pantalla y se puso de pie.

—¿Qué le has dicho? —le interpelló mientras descolgaba el abrigo del perchero.

J. B. sonrió dejando ligeramente al descubierto el diente roto.

—Le he pedido para el lunes un informe completo del CRC.

—¿A él?

—Claro, ¿a quién mejor?

Montserrat apagó las luces y luego cerró el armarito de las llaves con una que se guardó directamente en el bolso. Entonces le miró severa.

—Por cierto, no te olvides del vaso, sargento —advirtió señalando la caja de los plásticos.

Finca Prats, cuadras

Dana Prats permanecía sentada con los pies sobre el sofá de la sala de estar de la casona y sujetaba entre las manos una taza de infusión de Rooibos con limón. Gimle estaba acurrucado a sus pies con la cabeza sobre las patas y los grandes ojos castaños atentos a los movimientos de su dueña. Ella dio un sorbo corto con la mirada fija en el cuadro. Después de la decisión que acababa de tomar no podía comer nada sólido. Era lo único que ella le había pedido y, a pesar de la situación en caída libre de la economía de la finca a lo largo de los últimos meses, no había actuado hasta ahora, casi un año después de su muerte. Sólo esperaba que no fuese demasiado tarde...

Jamás dejes de pagar la letra, vende lo que sea, haz lo necesario, pero nunca dejes que ejerzan el derecho envenenado que le impusieron a tu abuelo cuando compró esta tierra.

Y eso era lo que Dana se disponía a hacer, aunque le costase la misma vida. El certificado en el que el banco anunciaba el próximo embargo de la propiedad no le había dejado alternativa para negociar en condiciones con los granadinos. Y tampoco se veía con fuerzas para hacerlo.

Por la mañana vendrían a recoger los caballos y no habría vuelta atrás. Con el dinero pondría al día la hipoteca como la viuda le había pedido, pero esperaba que el banco detuviese el embargo aunque para conseguirlo tuviese que vivir con el corazón destrozado por la pérdida de sus sementales. Chico se había portado muy bien y la había ayudado mucho con la venta. Sin embargo, a cada momento crecían las dudas sobre su negativa a aceptar la ayuda de Miguel para conservar los sementales. Era todo tan difícil... Tomó un sorbo de infusión y le sorprendió lo fría que estaba. El reloj de pared marcaba las once, así que llevaba más de una hora sentada en la misma posición. Movi6 un poco las piernas, la cadera volvió a dolerle,

y se sintió frágil y con ganas de llorar. Pero ya no había lágrimas. La abuela la observaba desde su retrato y Dana le pidió ayuda para que no fuese demasiado tarde. Miró el documento que había dejado sobre el sofá y contuvo el impulso de cogerlo. Para qué, se preguntó.

Al llegar a la finca después de estar en comisaría había encontrado la carta certificada. Chico la había cogido en su nombre, preocupado por que pudiese ser algo importante, y ella le había echado una bronca monumental por hacerlo. Antes de abrir el sobre supo que la inquietud de los días anteriores y sus dudas sobre la venta de los sementales habían pasado a otro nivel. Se preguntó cuánto tardaría Santi en recibir su herencia y cuánto en conocer sus derechos sobre Santa Eugènia. Miró hacia el Casas que escondía la caja fuerte de la finca, donde estaba la escritura de compra de sus tierras con la cláusula que la mantenía en vilo desde hacía meses. Y, ahora, la carta había llegado ya. Sólo esperaba que no fuese demasiado tarde.

Mosoll, casa del sargento Silva

El viernes por la noche, J. B. se dirigía en la OSSA de camino a su casa. Al final había conseguido hablar con el perito del seguro y quedar con él sobre las once de la mañana en el piso. Por lo menos, la señora Rosa no pensaría que era un dejado. Y, si podían llegar a un acuerdo ese mismo día para que llevaran a cabo las reparaciones, tanto mejor. La señora Rosa era muy ducha a la hora de reclamar y siempre sacaba el máximo, así que la llamaría para que le echase un cable. Eso le recordó los sesenta euros que le habían clavado por el móvil. J. B. estaba convencido de que ella lo habría sacado gratis. No como él, que lo acababa pagando todo como un imbécil, igual que la bendita de su madre.

Se preguntó si esta vez le reconocería. Y si no era mejor buscar a alguien para que viviese con ella, que le hiciese compañía por las noches para que ella pudiese seguir en su piso, con su sofá y su tele, hasta que pasase algo gordo. Quizá si doña Rosa le desconectase el gas durante el día, cuando estaba sola, podría dejarla allí. Si lo conseguía, no tendría que vender una moto que no tenía precio y por la que lo único que le iban a dar era la llave de la cárcel de su madre. Pero la razón le susurró que lo que podía quemarse también podía inundarse, y no podían cortarle el agua porque necesitaría usar el baño. Mañana vería a su madre, y también hablaría largo y tendido con la señora Rosa. Puede que hasta se acercase a ver por qué entrar en esa cárcel para viejos era tan caro como comprarse un coche de segunda mano.

Notó el peso caliente de la mochila y se le hizo la boca agua. La llevaba cargadita con la tortilla de patatas y los morros. También había comprado pan de la tarde y tenía cerveza en la nevera. Y, por eso, cuando notó el móvil en su pantalón vibrando como un poseso por tercera vez, le molestó que algo urgente pudiese joderle la cena.

Entró en el patio del edificio, pulsó el mando para abrir la puerta y apagó la

moto. De nuevo la sensación de movimiento entre los arbustos. Permaneció quieto, atento a cualquier movimiento o ruido, y apagó la luz. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Cuando lo hicieron empezó a arrastrar la moto para meterla en el recinto y, entonces, los vio. Un par de ojos brillaban entre la maleza. Levantó los brazos y soltó un grito, pero no hubo respuesta. El móvil empezó a vibrar en su bolsillo y, al imaginarse a sí mismo gesticulando como un imbécil, decidió ignorarlo y mirar alrededor. Estaba oscuro y el termómetro debía de rozar los doce bajo cero. J. B. avanzó sin perder de vista los arbustos hasta que la rueda delantera topó con la puerta y rompió el silencio sordo de la noche. Volvió a buscar los ojos del animal, pero ya no fue capaz de encontrarlos.

Una vez dentro, cerró la puerta y buscó el móvil sin bajar de la moto.

Tenía tres llamadas perdidas y un mensaje de voz de un número desconocido. Pensó en su madre, pero se sabía de memoria los números de la señora Rosa y de sus hijas. Puede que fuese Errezquia... No, ése lo tenía grabado en la libreta de direcciones. ¿Y el comprador? Decidió escuchar el mensaje por si había algún cambio en su encuentro del día siguiente. Activó el manos libres y dejó el móvil sobre el depósito mientras se quitaba el casco.

Si lo hubiese sabido, habría ignorado las llamadas. La voz de «la doña» quería que se centrase en las pruebas que acusaban a la veterinaria, que no dejase de presionar a los del laboratorio y que cerrase el caso en un par de días.

Le dieron ganas de llamarla y soltarle que se iba a Barcelona al día siguiente, que había prometido quedarse con su madre, que el sábado por la tarde esperaba al comprador de la moto y que hasta el lunes no pensaba volver. Pero no lo hizo. En lugar de eso le mandó un SMS en el que la informaba de que durante el fin de semana debía resolver unos asuntos personales y que necesitarían más de dos días para determinar la identidad del asesino de Bernat. Entonces desactivó el modo silencio del móvil, se lo metió en el bolsillo y empezó a subir la escalera con la mente en el festín que llevaba en la mochila.

Al llegar arriba, dejó la bolsa sobre la mesa baja que había delante del sofá y abrió la funda del primer DVD. Buscó las otras dos y las dejó una al lado de otra, a la vista. Cargó el aparato y encendió la tele. Pulsó tres veces el botón del mando con la vista fija en la pantalla y sonrió satisfecho mientras se quitaba la chaqueta y la lanzaba sobre el sofá. Las primeras notas ya le erizaron la piel. Brando, Coppola y De Niro, los preferidos de su padre y también los suyos para pasar una noche de cine y olvidarse de todo. Se sentó en el sofá y se estaba liberando de las deportivas cuando advirtió que una segunda melodía no se correspondía con el vals de las

imágenes. Tiró de la cazadora y sacó el móvil del bolsillo. En la pantalla, un número oculto. Descolgó.

Esperó mientras la escuchaba gritar al otro lado de la línea que, si al cabo de dos días no había encontrado las pruebas y resuelto el caso, ella misma le pondría de patitas en el tren con billete de vuelta a Cornellà y una carta que sus superiores no olvidarían en años.

Cuando guardó el móvil, J. B. tenía el ceño fruncido. Cogió el mando del DVD e hizo avanzar la cinta hasta la primera imagen de la boda. Esas prisas por colgarle el muerto a alguien empezaban a mosquearle.

Edificio Desclòs, Puigcerdà

No había podido esperar y ahora se arrepentía. Arnau abrió la puerta automática del parking del edificio de los Desclòs y avanzó lentamente hacia la rampa. La primera idea siempre es la mejor, se repetía una y otra vez. Pero cuando no había encontrado a la comisaria en el despacho, y Montserrat le dijo que ya no volvería, el bastón en la bolsa de plástico le quemaba las manos. No pudo esperar a compartir la noticia. Incluso un hombre pausado y cabal como él podía tener un momento de debilidad. Y así había sido.

Ahora tendría que vigilar cómo le llegaba a la comisaria la noticia de su hallazgo, porque sospechaba que el sargento se apuntaría el tanto en cuanto pudiese hablar con ella. Y no estaba dispuesto a permitirlo. Había remitido el bastón al laboratorio y, cuando le preguntaron qué estaban buscando, él respondió que las huellas de la sospechosa. Le advirtieron que estaban desbordados y que hasta finales de semana no tendrían los resultados. Bueno, por el momento el fin de semana se presentaba despejado, y el lunes ya se pondría con la transcripción del interrogatorio de la veterinaria, con tranquilidad, a la espera de que el laboratorio corroborase la prueba definitiva que él había encontrado.

Arnau descendió del coche y se dirigió al ascensor, introdujo la llave y la puerta se abrió en seguida. Al entrar, se observó en el espejo, dudando si debía de pasar por casa antes de ir a ver a su padre. Pero decidió que no era necesario; al fin y al cabo, sólo iba a estar unos minutos y, si le pedía que se quedase, no había nada mejor que el uniforme.

Por suerte, sus preocupaciones por la reacción de su padre cuando le había llamado para pedirle el informe del CRC que quería el sargento habían resultado absurdas. Ahora lo sabía, y estaba agradecido de que su padre hubiera sido tan considerado. Además, cuando le respondió que él mismo le daría la información,

Arnau decidió que aprovecharía para contarle su hallazgo en la finca de la veterinaria y así confirmarían juntos sus sospechas sobre la culpabilidad de la bruja.

Al llegar al ático llamó con los nudillos a la puerta del piso de sus padres y oyó los pasitos acelerados de su madre. Hacía años que no usaba el timbre, desde el día del balcón. El día en el que, jugando con su hermano, aporrearon de tal manera el timbre que se quedó enganchado durante varios minutos. Cuando su padre fue a abrirles, los hizo pasar amablemente al balcón. Allí los dejó, a varios grados bajo cero, hasta que horas más tarde su madre, ajena a lo que había ocurrido, fue a buscarlos para cenar.

Tres minutos más tarde, Arnau cerró por dentro la puerta de su propio piso con una carpeta beige en la mano y el ánimo por los suelos. Su padre estaba ocupado, al teléfono, le había dicho ella, pero ha dejado estos papeles para que te los dé. Ella tenía cosas en el horno y una cena que preparar para «el equipo», el grupo de matrimonios con los que se reunían una vez al mes y que llevaba años tutelando el párroco de Puigcerdà, el padre Anselmo. Y le había dejado allí de pie en la puerta mientras, de camino a la cocina, le gritaba que cerrase por fuera.

Ático de la calle Entença, Barcelona

No había sido la discusión más agria que había mantenido con alguien del bufete, ni mucho menos, pero sí la que más le había dolido. Una vez que hubo salido del despacho de Paco, Kate se metió en el suyo y revisó el caso desde la acusación inicial. Anotó en una columna todos y cada uno de los movimientos y pruebas que había mandado el fiscal, y en otra sus propias bazas: el técnico andorrano, el juez y su relación con Paco, las pruebas que podría desestimar y los huecos legales de los que podía echar mano. Luis había intentado llevarle un café. Pero, al abrir la puerta, ella le había hecho retroceder con la mirada. Desde el aplazamiento se comportaba como un perrillo apaleado que intentaba reconciliarse con su dueño. Pero ella no quería ver a nadie, lo único que necesitaba era encontrar el modo de salir airosa en el caso de Mario.

Había rechazado con brusquedad varias llamadas de Miguel, enfadada consigo misma por haberse dejado liar tanto y tantos días en el valle. Pero lo que más le dolía era que Paco fuese tan injusto. Puede que fuese culpa suya que hubiesen denegado la petición de aplazamiento. Puede, y eso ya la ponía lo bastante enferma como para tener que soportar la bronca. Cuando empezó a notar la espalda cargada miró hacia la mesa vacía de Luis y luego a la pantalla del Mac. Las once y diez. Y ni siquiera había podido pasar por el gimnasio.

Hacia las doce de la noche del viernes llegó a su casa con la bolsa de ropa sucia y el estómago en los pies. Fue al baño y abrió a tope el grifo del agua caliente, se recogió el pelo con una pinza y tocó el agua. Ajustó los mandos y encajó el tapón. En la cocina, cogió un bol blanco y echó en él dos cucharadas soperas de copos de avena. Luego abrió la nevera y vació en el bol uno de los yogures que llenaban la bandeja de los lácteos. Con la misma cuchara lo mezcló todo y de camino al baño

tomó una primera gran cucharada que tragó casi sin masticar. De inmediato se sintió culpable. Al llegar al lavabo dejó el bol sobre el mármol. La bañera humeaba como una tetera y abrió un poco el grifo del agua fría. Se introdujo la segunda cucharada en la boca, y esta vez se obligó a masticar y mantener la comida en ella hasta acabar de desnudarse.

Hacia la una de la madrugada seguía tumbada en la cama con los ojos como un búho y planeando la defensa de Mario. Casi le daban ganas de llorar cuando pensaba en cómo se estaba desarrollando todo, y al rato se sulfuraba por no haber cuidado los detalles como tenía por costumbre. Puede que la llamada de Dana y la inesperada obstinación del maldito sargento hubiesen comprometido ligeramente su rendimiento, pero Paco no tenía razón. No era culpa suya que el andorrano fuese un incompetente, además de un tipo lento e indeciso, ni que el juez hubiese propuesto algo tan inusual como un pacto con la Fiscalía como condición para conceder el aplazamiento. Kate se encogió bajo el edredón. Debió haberse negado a coger el caso, debió aconsejar a Paco que eligiese a otro abogado. Al fin y al cabo, ella ya tenía el ascenso. Ya era una socia. ¿Qué necesidad había de rizar el rizo? Apartó el edredón y se volvió hacia el balcón con brusquedad. Y continuó mortificándose. Porque, claro, ella siempre tenía que destacar, y esa ansia por estar en todos los guisos, por complacerle y por ser la mejor había acabado metiéndola en este lío. Con muy mal pronóstico, por cierto. Porque tener a Bassols enfrente, aunque en otras circunstancias habría supuesto un reto, ahora constituía un escollo durísimo.

Se preguntó por enésima vez cómo habría descubierto el fiscal lo del andorrano. ¿Los Mendes? Ni hablar. ¿Luis? Imposible. De todos modos, lo ocurrido confirmaba el peligro que representaba enfrentarse a Bassols. Dios, y encima la cabeza le zumbaba como un inmenso enjambre.

De pronto fue consciente de que la causa de tanta dispersión era el asunto de Dana y de que sólo recuperaría la paz cuando la policía cambiase el rumbo de la investigación de la muerte de Jaime Bernat. Así llegó a la conclusión de que precisaba el número de Silva. A primera hora se lo pediría a Miguel. El muy imbécil la última vez sólo le había mandado el nombre. Eso le recordó que había ignorado sus llamadas durante la tarde, y extendió el brazo para coger la BlackBerry. Le escribió un *whatsapp*, volvió a acostarse y cerró los ojos. Pero una hora después aún no había sido capaz de desconectar.

Llevaba mucho con los ojos cerrados y, sin embargo, su mente aún iba

recopilando la información del caso de Dana. Cada poco cambiaba de posición hasta que comprendió que no iba a poder dormir sin descargar la mente.

Lo que necesitaba era un buen panel, como los que usaba en la universidad con los casos más complejos. El reloj marcaba las dos pasadas. Salió de la cama y cogió el jersey de lana, encendió la luz del estudio mientras se lo ponía y comenzó a extender el papel, convencida de que en cuanto tuviese el panel acabado lograría dormir.

Hacia las cuatro ya había impreso fotos de todos los implicados que había encontrado en Facebook, la página web del Ayuntamiento de Puigcerdà, la del CRC, los anuarios de los escolapios de Puigcerdà y algunas páginas que se le fueron ocurriendo mientras construía el caso. Las fotos de Santi y de su hermana Inés, la de Dana, y los nombres y todos los datos que había podido encontrar de los once integrantes de la lista que le había dado a J. B. También había puesto al marido cardiólogo de la hija de Bernat, Leman Tabern, al que había conseguido encontrar en un foro de cardiología en LinkedIn. En cuanto al resto de la familia Bernat, si la había, no hubo modo de dar con ella.

En la parte derecha, una lista con las pruebas que apuntaban hacia Dana o que podían llegar a implicarla y, al lado, los motivos más comunes para acabar con alguien como Jaime Bernat. Ni la discusión con Jaime en la era ni el quad ni la digoxina que habían encontrado en el botiquín de la viuda eran pruebas hasta que la implicasen directamente en el asesinato. A no ser que en las ruedas del quad encontrasen restos de Bernat, nada de lo que tenían la implicaba realmente. Entonces recordó algo que Dana había dicho la tarde que fueron a la era: Santi tenía el quad aparcado un poco más arriba con un remolque. ¡El quad!

Heredar un patrimonio como el de Jaime era razón suficiente y comprensible para matar. Y, además, destacaba la rapidez con la que Santi había presentado una coartada que le alejaba de la escena. Seguro que era él. Pero, en el valle, ir contra un Bernat rozaba el sacrilegio, de modo que si querían enfrentarse a él debían hacerlo de forma contundente y sin perder de vista algo que las favorecería: que el viejo patriarca de los Bernat ya no estaba, y que su joven cadete distaba mucho de atesorar los mismos apoyos que su padre entre los buitres sagrados del valle.

Además, el sargento no parecía ser de los que se preocupaban por lo que pensaba la gente, su aspecto irreverente lo anunciaba a gritos, y eso era bueno. Respiró hondo y apagó el Mac y la impresora. Se dejó caer en el respaldo de la butaca y miró el panel con ojos críticos. Inés le parecía fuera de juego, pues llevaba demasiado tiempo lejos del valle como para meterse en un embrollo como aquél. Y,

además, en el entierro le quedó claro que seguía algún tipo de tratamiento, y en esas circunstancias la gente solía despreocuparse por el dinero. Aunque, por otra parte, no había que olvidar que era una Bernat y, bien mirado, resultaba poco probable que se olvidase de la herencia. O tal vez sí. De hecho, su marido, el cardiólogo extranjero, tampoco parecía tener problemas económicos. Miró la línea que señalaba a los arrendatarios de los Bernat. Sólo tenía parte de esa información, pero Dana seguro que podía ayudarla. Lo que no sabía era quiénes mantenían trifulcas con Bernat. También habría que averiguar la raíz de esas disputas y lo que ganaba cada uno con su muerte. Estiró la espalda y oyó un par de crujidos. Necesitaba dormir, pero el panel no la dejaba. Para averiguar todo lo que acababa de enumerar era necesario bastante más que un fin de semana. A no ser que... Kate clavó los ojos en la foto de Santi.

Él era el más favorecido con la muerte de Jaime Bernat, así que las apuestas estaban a su favor. Sin embargo, nadie daría un paso contra él sin pruebas irrevocables sobre su culpabilidad, lo cual la dejaba completamente sola para encontrarlas. En otras circunstancias hubiese podido pedir unos días para ocuparse de ello, pero ahora, con el caso Mendes, ni siquiera podía planteárselo. Y a todo ello se sumaba ese ruido de fondo que seguía entorpeciendo sus pensamientos desde la discusión con Paco. No podía hacer frente a todo a la vez, necesitaba concentrarse en una sola cosa y resolverla. Así que decidió dedicar el fin de semana a Dana, y el lunes centrarse en los Mendes. Durante dos días no iba a pensar ni en Paco ni en Mario. Ni siquiera en el maldito técnico. Tampoco en Bassols. Todos, encerrados en la caja de Pandora hasta el lunes.

Incluso cogió el maletín del despacho y guardó dentro todos los documentos del caso Mendes. Lo dejaría en Barcelona para evitar las tentaciones. Volvió a sentarse y a estudiar el panel.

Jaime Bernat no tenía más familiares que sus dos hijos y un yerno al que ni siquiera conocía. En el recuadro del CRC, Kate había escrito los nombres que recordaba, pero seguro que faltaban algunos. Buscó en Google hasta encontrar la página del CRC y anotó los que faltaban. Dana era un objetivo mucho más fácil que enfrentarse a un Bernat con todo el CRC tras él. Eso podía comprenderlo y también que la comisaria se hubiese posicionado como lo había hecho. Lo que no le cabía en la cabeza era que el sargento actuara igual que ella. Alguien con sus orígenes debería cuestionar lo que ocurría delante de sus narices y darse cuenta de cómo estaban manipulando la investigación. Oyó rugir sus tripas, y encogió el estómago dispuesta a averiguar algo más del sargento. Buscó en Internet su nombre y leyó con atención cada una de las cinco páginas en las que aparecía. J. B. Silva salía en

dos artículos de prensa en los que se hacía referencia a casos de tráfico de drogas resueltos con éxito por los grupos de estupefacientes de la policía en Barcelona, los llamados *estupas*. En el de *La Vanguardia* se mencionaba la muerte de uno de los agentes, J. M. M., tiroteado por los traficantes durante la operación en la que habían desarticulado la red criminal. La tercera y cuarta páginas eran de la academia de capacitación de la policía. Kate supuso que en el listado de la promoción también estaría Miguel, pero para acceder a los nombres de los agentes necesitaba un código, así que leyó la siguiente. La última era una web de venta de motos restauradas con recambios originales *vintage*. Todas, marca OSSA. Kate estudió con atención las fotografías de las tres motos que estaban a la venta. No había precios, sólo datos e información técnica de cada una de ellas. Aunque, a pie de foto, habían escrito una frase que apelaba a las emociones. A la izquierda de la página, un menú con varios apartados: para ver más, ficha técnica, historia de cada modelo, origen de los recambios utilizados en la restauración y contacto. No había imágenes ni fotos del sargento, sólo sus iniciales y el primer apellido. Kate clicó sobre el icono de contactar y se abrió un cuestionario desde el que se podía preguntar por los precios dando los propios datos. Lo cerró de inmediato y clicó en una de las fotografías. Una 500 Yankee del 77, metalizada y con las listas en amarillo y naranja originales, ocupó toda la pantalla. Bajo la foto, el único texto rezaba: la moto de ciudad más rápida construida en nuestro país.

Era la que conducía el sargento el día del funeral.

Kate se levantó. Pero ¿qué hacía un tipo acostumbrado a desarticular redes de tráfico y a vérselas con asesinos en un tranquilo valle de los Pirineos? Quizá hubiese alguna trama de drogas en la zona y le hubiesen destinado allí para investigar. Pero, en tal caso, ¿qué hacía ocupándose de la muerte de Jaime Bernat? Le rugieron de nuevo las tripas y se levantó. Necesitaba comer algo si no quería empezar a ver gigantes donde sólo había enanos. Entró en la cocina y abrió la nevera. No había mucho donde elegir y volvió a cerrarla. O tal vez el sargento había metido la pata y le habían mandado al culo del mundo a pasar el rato. Y ahora ella tenía que vérselas con un pistolero amargado que pretendía hacer méritos con el caso de Dana. Miró en el armario de los dulces. Lo cerró y volvió a abrir el frigorífico para coger un desnatado de limón. En cualquier caso, le necesitaba de su parte y para eso tendría que ofrecerle algo concluyente que incriminara a Santi.

Además, probablemente los del consejo no apoyarían a Santi si podían demostrar que era culpable, porque los buitres sagrados no querrían salpicarse con la sangre de un asesino, por muy Bernat que fuese. Cogió una cuchara y cerró el cajón con la cadera mientras destapaba el yogur. Así que, en el fondo, lo único que

necesitaba era conseguir algo contra Santi durante el fin de semana, algo que dirigiese el foco hacia él y los hiciese olvidarse de Dana. Empezaba a amanecer y el apartamento estaba frío. Dejó el yogur sobre la encimera con la cuchara dentro y fue hasta la entrada. El termostato marcaba quince grados y lo subió a dieciocho. Si no tomaba medidas, no conseguiría dormir. Fue a la habitación, se puso unos calcetines de lana y regresó a la cocina para calentar un vaso de leche en el microondas. Tiró el yogur, comprobó el nivel en el depósito de agua de la Nespresso y la conectó. Luego se sentó en uno de los taburetes, puso el vaso de leche bajo el surtidor y pulsó el botón para que se mezclase con el descafeinado. El reloj de la cocina marcaba las seis y diez. Había invertido la noche en llegar a la conclusión de que Santi era su principal sospechoso. Bien, por lo menos ahora que tenía un objetivo conseguiría desconectar. Ya no podía ir al gimnasio, el cuerpo sólo le pedía dormir.

Pero en la cama tampoco fue capaz de descansar. No podía dejar de pensar en lo increíblemente fácil que era implicar, culpar e incluso llegar a procesar a alguien por simples pruebas circunstanciales. Kate se acurrucó de lado y fijó su atención en la ventana. Amanecía y los párpados se le cerraban por el cansancio, pero su mente continuaba activa y empezaba a encaminarse a donde no debía. Para alguien que había comenzado la carrera de Derecho con la firme intención de evitar ese tipo de injusticias, haber acabado defendiendo a un sinvergüenza como Mario Mendes podía parecer un fracaso. Kate estiró las piernas, sus pies encontraron la cama fría y volvió a encogerse. Aunque solamente una salvabosques como Dana llegaría a tal conclusión. Kate, en cambio, tenía muy claro por qué habían cambiado sus prioridades. Extendió el brazo en busca de la BlackBerry y le escribió un *whatsapp* a Dana en el que le decía que había trabajado hasta tarde, que se acostaba unas horas y que llegaría a la finca sobre las doce del mediodía. Bajó las persianas con el mando y cerró la luz.

A eso de las nueve la despertó la Fuga de Bach y tardó unos segundos en recuperar la conciencia. Rechazó la llamada con los ojos cerrados. Si era Miguel, le mataría por no haber enviado el número del sargento por *whatsapp*. El don de la oportunidad, eso era lo que tenía su hermano. Acercó la pantalla de la BlackBerry a los ojos y ésta empezó a sonar de nuevo. Una llamada entrante desde el móvil de Paco. Se despertó de golpe.

Él no era de los que se disculpaban, ni siquiera cuando no tenía razón, así que la llamada no auguraba nada bueno. Esperó sentada en la cama con la

BlackBerry en la mano hasta que la música cesó. Al poco, apareció el icono de los mensajes de voz. Bien, eso le permitiría estar preparada cuando contestase.

Se levantó de la cama. Sabía que si escuchaba el mensaje corría el peligro de precipitarse, y eso no le interesaba después de la bronca del día anterior. Fue a la cocina e introdujo la cápsula en la cafetera. Necesitaba una buena ducha caliente. Al entrar en el baño se golpeó el pie con la puerta y soltó un grito. Se le anegaron los ojos por el dolor y apartó las lágrimas de un manotazo. Después de la ducha y de un Volluto, lo vería todo diferente.

Veinte minutos más tarde creía estar preparada para oír lo que Paco tuviese que decirle, así que pulsó la tecla del buzón de voz.

Santa Eugènia, finca Prats

Dana había pasado parte de la noche arrellanada en el sofá del salón, delante del retrato de la abuela, hablándole en silencio sobre lo que vendría. Una finca de cría de caballos de raza... sin sementales. Ése no había sido el espíritu, pero ahora tendría que reorganizar el negocio y orientarlo aún más a la doma y el salto. O tal vez hubiese llegado el momento de cambiar de enfoque. Llevaba años dándole vueltas a la idea de iniciar equinoterapias para niños con deficiencias, pero ella sola no podría hacerlo todo, necesitaba ayuda. Una ayuda que no podía pagar. Se movió incómoda en el sofá. Era una mala noche para intentar dormir, así que echó algunos troncos más en la chimenea y recostó de nuevo la cabeza en el respaldo.

Cerró los ojos y recordó el parto de *Favonius*, el primer semental de su propia yeguada que había ayudado a nacer cuando aún estudiaba en la facultad y al que habían bautizado con el nombre celta de la divinidad de los vientos, cuyo roce con el ganado dejaba preñadas a las yeguas y daba lugar a los caballos más veloces. Había sacado copias de los CD en los que guardaba la historia de cada uno de los potros para entregarlas al comprador. Contempló el sobre de cartón en el que había introducido todas las cintas y los documentos. Era uno de esos sobres grandes, color arena y con cierre de cordón enroscado a un botón. Y se quedó dormida.

Al alba se despertó y le pidió fuerza a la abuela para lo que debía hacer. Le lanzó un beso y se dirigió a la cocina para empezar a preparar la mezcla. Ocho granos de pimienta negra, un pedazo de nuez moscada, una cucharada de sal gorda y unas hojas de albahaca. Tal como lo había visto tantas veces, lo machacó con el mortero y depositó la mezcla resultante en el centro de cada uno de los seis retales de pasta de papel que había preparado sobre la mesa. Encima de cada uno colocó cinco hojas de perejil fresco que cortó de una maceta del porche. Luego cerró los

paquetitos para que nada se escapase y los introdujo en pequeñas bolsas de papel que había tintado durante la noche con arcilla decolorada hasta lograr que tuviesen color alazán. Al final los ató con cuerda de saco como si fuesen un regalo.

Aspiró las bolsas una a una con los ojos cerrados y pronunció la oración para cada uno de los caballos. Cuando se sintió tranquila dejó a *Gimle* en la casa y bajó a las cuadras. Uno a uno fue entrando en los boxes para celebrar el ritual de la despedida y desearle suerte a cada semental.

Al concluir, había amanecido. La siguieron hasta el campo del norte para tomar la última comida, en libertad. Como si conociesen su destino apenas se separaron de ella mientras los iba acariciando uno a uno con el corazón encogido y les susurraba las palabras de ánimo que ella necesitaba escuchar. Hacía frío, y la neblina de cada amanecer seguía cubriendo el valle como un manto blanco. Dana miró hacia abajo, ya quedaba poco. Las lágrimas empezaron a brotar en silencio y no quiso contenerlas hasta que *Favonius* empezó a empujarla con ganas de jugar. Sus niños, sus compañeros... Se llevarían con ellos una parte de sí misma que no recuperaría jamás. No podía seguirle el juego al caballo, no tenía ánimo para correr. Sólo quería sentir el calor de sus cuerpos y los latidos de sus corazones para grabarlos en su memoria y poder recordarlos siempre. Pero en la era más alta las yeguas empezaban a moverse inquietas. Todas ellas dependían del sacrificio que estaba haciendo, pero, a pesar de que sabía que era lo correcto, eso no disminuía el inmenso vacío que le anegaba el corazón.

Los granadinos ni siquiera habían aceptado que fuese ella quien los trasladase en su remolque hasta Torrehermoso, el pueblo en el que los hermanos Sánchez-Galán tenían una de las yeguas de árabes más prestigiosa de toda Andalucía. Así que ésa estaba siendo su despedida. Miró el reloj. Apenas faltaban un par de horas para que el camión llegase a recogerlos y ya había hecho todo lo que debía. Se aseguró de que cada uno llevase el saco con su nombre bien escondido en la cabezada y bajó a la hípica.

Al volver de la caseta en la que tenía el despacho, intentaba convencerse a sí misma de que los caballos estarían bien. Conocía la tradición de la yeguada a la que se iban a incorporar, había estudiado con ojos críticos sus magníficas instalaciones y, aunque saber que no volvería a ver a sus «niños» le rompía el corazón, en el fondo también reconocía que era el mejor lugar del mundo para ellos después de Santa Eugènia. Revisó una vez más las condiciones del contrato de venta y lo introdujo en el sobre con los disquetes de cada uno de los sementales. Había escrito

su nombre en cada uno de ellos, como en esos libros de niños en los que sus madres anotan todas las medidas y progresos del bebé. Como una madre. Como sus hijos. En ese momento notó que el móvil le vibraba en el bolsillo y miró la pantalla. Su ceño se frunció al ver el nombre del abogado de La Seu que había contratado la abuela para defenderse de los abusos de los Bernat.

Cinco minutos más tarde, Dana se dirigía a toda velocidad en la *pick-up* hacia la casona Prats. Por primera vez en su vida no se quedaría sentada esperando el siguiente golpe de un Bernat. Si Santi quería sus tierras, tendría que pelear por ellas, y no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Había intentado evitarlo, por Kate y porque sabía que si se enteraba no se lo perdonaría. Pero ahora ya no le quedaba más remedio que aceptar la ayuda que le había ofrecido B. B., el abogado de Barcelona amigo del abuelo Prats. Ahora que conocía sus intenciones, la amenaza de Santi era demasiado importante.

Ático de la calle Entença, Barcelona

Kate pulsó la tecla del icono rojo y apretó con fuerza la BlackBerry. Quería pegar a alguien, despedir a alguien o gritar. Daba igual. Lo que no se explicaba era cómo podía haber ocurrido algo así. Cómo podía el juez haber denegado una petición por segunda vez. Y más aún cuando estaba consensuada por ambas partes. Pero lo peor era que esa información había llegado a Paco sin pasar por ella. Algo estaba fallando de forma estrepitosa y alguien tendría que pagar por ello.

La llamada y el café le habían revuelto el estómago, y tuvo que sentarse rápidamente y doblarse hacia adelante para minimizar el calambre que le recorría el abdomen. Con el mentón a la altura de las rodillas y la BlackBerry aún en la mano, buscó el documento que le había mandado Luis el día anterior y recordó haber respondido con un OK desde el hall de comisaría, casi sin mirar. Le estaba bien empleado, por confiada. Releyó con atención el documento y mientras lo hacía recibió un nuevo correo. Echó un vistazo y cerró los ojos con el corazón en la garganta en cuanto vio que se trataba de un mensaje de Paco con una copia adjunta de la denegación del juzgado.

Kate se mordía el labio mientras leía con atención las causas. Le hubiese gustado destrozar algo, pero lo que debía hacer era darse cabezazos por estúpida, por confiar en Luis y sobre todo por fiarse del maldito Bassols, con su aire digno de honesto letrado del que jamás se esperaba algo tan ruin. Respiró hondo, decidida a no dejarse vapulear por aquel renegado. Enviar esa nota adjunta al juez, después del pacto al que habían llegado, era juego sucio. Si lo que quería Bassols era la guerra, de acuerdo. Pero ella se encargaría de demostrarle que había aprendido del mejor.

Por el momento, no había aplazamiento, así que habría que pelear con lo que tenían. Necesitaba pensar. Incluso puede que debiera volver a Andorra y darle el

empujón definitivo al técnico. Eso si el fiscal no se había hecho ya con los registros de las operaciones de Mario. De repente, se preguntó si alguien le habría ofrecido más a aquel tipo. Eso era poco probable, y no le cuadraba que desde la Fiscalía entrasen en ese juego, les iban más las amenazas. Aunque tampoco había imaginado que Bassols se la iba a jugar, al final había resultado ser un alumno aventajado de Lucifer. En este trabajo jamás se puede dar nada por sentado. Concéntrate y piensa, Kate, piensa.

Pero no conseguía serenarse lo suficiente como para pensar. Cogió la bolsa de viaje y embutió dentro ropa para varios días. Si era necesario, se plantaría en Andorra y no dejaría respirar al técnico hasta que esos registros fuesen historia. Se calzó las botas con el pantalón por dentro y cogió la chaqueta corta que había llevado en el entierro y la azul marino larga y acolchada. Necesitaba estar preparada para cruzar la frontera y permanecer allí hasta conseguir su objetivo.

Si algo tenía claro en aquel momento era que no podía dejar que Bassols se saliera con la suya después de habérsela jugado. Introdujo un pequeño neceser con los productos cosméticos imprescindibles y el perfume en la bolsa, cogió el Mac y su maletín de trabajo con los documentos del caso Mendes y enrolló el panel que había preparado durante la noche sobre el asunto de Jaime Bernat, con la apremiante sensación de tener mucho trabajo por delante y poco tiempo antes de que las amenazas de ambos casos se cerniesen sobre ella como losas de granito.

Ya estaba llegando a Manresa cuando fue consciente de que había roto por completo sus planes de dedicar el fin de semana a ayudar a Dana en exclusiva.

Santi consideraba que ir al notario era como ir al médico, había que presentarse bien limpio y arreglado. En eso pensaba mientras volvía en el tractor de la era de Mosoll, donde había estado acabando la faena del día anterior para poder marchar tranquilo a Puigcerdà. Se le ocurrió que tal vez podría llevarse el viejo Mercedes de su padre para ir al notario. Incluso podía aparcar delante de la gestoría y dejarle las llaves a la chica para que le pusiese el ticket del parquímetro si la lectura del testamento se prolongaba.

Cuando llegó a la finca aparcó el tractor y entró en el cobertizo pequeño. Se acercó al coche y tiró con fuerza de la lona que lo cubría hasta que quedó al descubierto: un biplaza azul del 71 con asientos en piel color marfil y salpicadero de madera. Santi arqueó los labios y asintió satisfecho. El trasto de su padre estaba razonablemente limpio para los meses que hacía que no lo usaba, pero había que comprobar que la batería funcionase. Buscó en el bolsillo del mono la llave que había cogido por la mañana, y lo abrió.

Hacía tanto que no entraba en él que todo parecía haberse reducido como en el país de las maravillas. Se arrellanó con suavidad en el asiento del conductor, y puso una mano en el volante y la otra en el cambio. Para ajustar el asiento tuvo que introducir la llave en el contacto. Luego extendió los brazos y se relajó con la cabeza apoyada en el respaldo. Incluso para su metro ochenta y ocho, y los ciento cinco kilos, el habitáculo era cómodo. Entonces intentó ponerlo en marcha y el coche respondió a la primera. Eso le arrancó una amplia sonrisa y se sintió el dueño del mundo. Ahora era sólo suyo.

Se imaginó llegando a Puigcerdà en el coche, conduciendo la joya del viejo por primera vez, y notó cómo la boca se le hacía agua. Se sentía como si le faltase espacio en su enorme cuerpo, igual que cuando compraron el John Deere grande

algunos años atrás. En aquella época también pensaba en ir con él a todas partes, como cuando lo llevó hasta el aparcamiento de Puigcerdà y querían multarle por ocupar tres plazas con el tractor. Decidió que el domingo también cogería el Mercedes para ir a La Seu, donde tenía cita con el abogado. Así dejaría bien claro a todo el mundo que había un nuevo Bernat al mando.

Bajó del coche y reparó en que el interior estaba lleno de polvo y en que había ensuciado la alfombrilla con las botas. Miró la hora. Si quería llegar puntual a la lectura del testamento no había tiempo de limpiezas. Y entonces se le ocurrió que podía pasar por el túnel de lavado de la gasolinera que había en la recta y entrar en Puigcerdà con el coche reluciente.

Salió del cobertizo y se dirigió a la casa pensando en que el gallina del gestor aún no le había dicho nada de las valoraciones de las tierras. Tal vez se había adelantado demasiado al pedir las, puede que hubiese sido mejor esperar a tenerlo todo a su nombre. Aunque en realidad eso era una tontería porque en unos días todo sería suyo. Lo que sí le cabreaba era lo que le había dicho Pepe, el del forraje, sobre los impuestos. Seguro que quería joderle, y lo había conseguido, pues no dejaba de darle vueltas a cada rato. A ver si al final tendrás que vender unas tierras para poder conservar las otras, que para heredar se pagan impuestos, había dicho, y él se había quedado callado como un mulo, sin reaccionar.

A toro pasado se le ocurrió que podía haberle partido los dientes, pero no era necesario, pues al fin y al cabo el del forraje también le envidiaba por ser un Bernat. Como todos. Y Santi también había jodido a Pepe cuando éste le había anunciado que la veterinaria vendía los sementales y él le había respondido que estaba loca y que lo siguiente que iba a dejar de pagar era el forraje. La cara que se le había quedado al muy cabrón...

Quince minutos después de entrar en la casa, Santi ya había desayunado las tostadas con ajo y sal y estaba listo para ducharse. De camino a su cuarto se le ocurrió que tal vez podía darle un corte de digestión y consideró si sería bueno meterse entero bajo el agua. Sólo faltaba que el día más importante de su vida le diese un telele y la señora María se lo encontrase tirado en la bañera cuando llegase para limpiar. Imaginar esa escena no le hizo ninguna gracia, y sobre todo que cualquiera pudiese verle así, y tampoco los comentarios posteriores en el pueblo sobre cómo lo habían encontrado o cómo lo habían dejado de encontrar. No, se lavaba como hacia siempre, y listos.

Empezó a desnudarse y dejó toda la ropa en el suelo, al lado de la cama. La señora María estaba a punto de llegar para hacer la limpieza del sábado, así que ya lo recogería ella. Luego buscó en el cajón los calcetines y los calzoncillos menos raídos, y se los puso. Se acercó al lavabo y abrió el grifo para que el agua fría diese paso a la caliente, cogió la vieja toalla amarilla y mojó una esquina bastante grande antes de pasarla por los sobacos y el cuello. La olió y decidió que se pondría el desodorante nuevo que había comprado en el súper, el del anuncio de las chicas con alas que caían del cielo.

Entonces se miró en el espejo. Primero de cerca, a los ojos, luego de lejos. La barba era oscura y le sentaba bien. Además, ocultaba las marcas de la cara y le hacía parecer poderoso. Al salir del notario sería uno de los mayores propietarios del valle. Se llenó los pulmones de aire. Estaba decidido: la barba se quedaba ahí, a pesar de lo que le había dicho el viejo cuando empezó a dejársela. Ahora ya no vivía para sentenciar lo que era o no aseado para un Bernat. Ahora era él quien decidía. Incluso había oído en un programa de radio nocturno que a ellas los hombres les gustaban así.

Eso le recordó a la veterinaria y se irguió de inmediato. Encogió el estómago y sacó pecho. Sonrió al espejo y frunció el ceño cuando se dio cuenta de que le molestaba mirarse directamente a los ojos. Estaba mejor así, serio; lo de sonreír nunca le había resultado fácil. Cuando era un niño, una vez se lo explicó al viejo y él le respondió que a un Bernat sonreír no le servía para nada, así que no volvió a preocuparse.

Y ahora ya ni siquiera debía hacerlo por Santa Eugènia. Faltaba un día para su cita con el abogado y Santi estaba convencido de que le resolvería el asunto del cambio de nombre de las tierras. Además, él no era como su padre y pagaría lo necesario para hacerse con ellas. Con suerte, cuando fuesen suyas, si el banco había hecho los deberes, por cuatro euros podría cambiar de nombre también las de la veterinaria. Entonces, toda Santa Eugènia volvería a ser de los Bernat. Nunca había visto el contrato que su padre había firmado con la tía, pero sabía que existía un derecho sobre las tierras de las Prats que él había deseado ejecutar toda su vida.

Se roció con el desodorante y se vistió con los vaqueros más nuevos y la camisa de cuadritos blancos y azules que había comprado para la boda del hijo del alcalde de Pi. Sacó el reloj bueno del estuche y se lo abrochó. Luego se agachó y tiró de la caja que tenía bajo la cama para coger los zapatos negros. Estaban sucios del día del funeral y los limpió con la misma toalla que había usado para lavarse antes de tirarla sobre el montón de ropa sucia. Cuando ya salía se le ocurrió una idea

brillante y volvió a coger la toalla amarilla. Aún estaba húmeda. El coche quedaría como una patena.

1979

... son demasiados los meses de silencio en este piso, que ya me parece más una cárcel que un exilio. Hace semanas que no salgo. El doctor me ha dicho que descanse, que he adelgazado mucho y que incluso podría perder el niño si me muevo demasiado. Sólo la imaginación y tu recuerdo me mantienen viva, cuerda, diría yo. Cuerta en esta situación de locos en la que se me ocurren miles de razones para justificar este silencio tuyo tan abrumador, pero ninguna me parece suficiente para que hayas decidido infligirme este castigo que padezco.

M.

... Padre falleció el día cinco. Anselmo ofició la misa y se ocupó de todo. La próxima semana, aprovechando un viaje que debe hacer a la sede de la diócesis de Barcelona, te acercará lo que te corresponde según las últimas voluntades de padre. Antes de morir, arregló un trato con los Boix y en abril me casaré con su hija mayor, así que es mejor que te quedes en Barcelona con la tía porque ya habrá una mujer en la finca. Por cierto, tu extranjero ha metido a una mujer en su casa. La Anita de los Pou dice que habla como él, y por ello supongo que debe de haber cerrado algún tipo de arreglo con una de los suyos. Como debe ser.

J. B. A.

... y nuestro hijo es precioso. Tiene las manos grandes, como su padre. Siempre me decías que las mías eran una miniatura, ¿lo recuerdas? Ahora me han dicho que otras manos se cobijan entre las tuyas. No me has dicho nada. Tal vez te dé vergüenza o pena de mí por dejarme. No la sientas, la pena es algo terrible, cuando entra en un corazón nada puede ya sacarla. Ahora la siento en el mío, está inundado de ella y apenas queda espacio para nada

más. Espero que seas feliz aunque no sea conmigo, con nosotros. Nuestro hijo es lo más bonito de este mundo. Sus ojos son oscuros, verdes como las aceitunas de tu tierra, esas que íbamos a adorar juntos cuando fuésemos a conocer a los tuyos. Y su cabecita es tan pequeña y perfecta... Mueve los brazos y las piernas con fuerza cuando tiene hambre, que es casi siempre, y al atardecer llora durante horas como si intentara llegar al valle con su voz chillona y traerte de vuelta a nuestras vidas. Me puede todo esto nuevo que me pasa, mi cuerpo no es el mismo y la mente no me responde, sólo lloro noche y día pensando en ti, en tu ausencia y en el silencio y la soledad que me acompañan en esta ciudad tan grande y llena de desconocidos. El recuerdo de mi casa, a la que no puedo volver, y de los rojizos atardeceres bajo el cielo limpio y azul del valle me hunde todavía más. Me siento sin fuerzas, ni siquiera puedo pensar en volver a ver esa tierra que tanto añoro. No sé qué va a ser de mí, de nosotros.

M.

... y al final de tantas discusiones con mi madre, ha llegado Isabel. Te hablé de ella, mi hermana pequeña, la que enfadó a mi padre al negarse a casarse o entrar en el convento. Parece que la solución ha sido mandarla conmigo, «una temporada en el campo, en una casa sin servicio y rodeada de animales, la hará recapacitar». ¡Qué poco la conoce mi padre!, ni siquiera lleva en la casa una semana y hasta la luz que entra por las ventanas ha cambiado de color. Todo parece más luminoso – la casa, la finca, hasta la tierra –, y tengo compañía. Aunque he hablado bien poco desde que te fuiste. No comprendo qué fue lo que hice o dejé de hacer para que decidieras desaparecer sin dejar rastro. Nadie parece saber qué ha sido de ti, hasta temí que tu padre te hubiese hecho algo, así que fui a hablar con él. Pero tu hermano cogió la escopeta y me echó de malas maneras. El cura también me aconsejó que me olvidase cuando le pregunté por ti. Estoy seguro de que sabe algo porque es muy amigo de tu hermano, y los curas conocen los secretos de todo el mundo. Aun así, cada semana le dejo una carta para ti en el buzón de las limosnas y espero que la buena fe se apiade de su alma y te las haga llegar. Isabel sabe que algo me pasa, sus comentarios sobre lo cambiado que estoy son constantes, pero no puedo, cuando voy a hablar de ti se me hace un nudo en la garganta y no me salen las palabras...

Manuel

Calle Santa María, Puigcerdà

Hacia las once de la mañana, el A3 negro de Kate entraba en el túnel del Cadí. De camino al valle, la abogada se había tranquilizado y había tomado algunas decisiones importantes. Por lo pronto dedicaría el fin de semana a ayudar a Dana. Pero se había impuesto a sí misma la condición de que, como muy tarde, debía zanjar el asunto el domingo. Para hacerlo necesitaba convencer al sargento con argumentos contundentes, así que tenía que hablar con él y exponerle con tranquilidad las razones por las que debía ir detrás de Santi. Kate marcó el número de su hermano y esperó. Al tercer tono comenzó a impacientarse. Como de costumbre, estaba jugando a quemarle la paciencia. Cuando ya intuía que tendría que volver a marcar, Miguel descolgó.

—Sí... —Al fondo se oían muchos gritos y a alguien hablando por un altavoz.

—Hola, Miguel, necesito el móvil de tu amigo, el sargento.

—No te oigo, estoy en medio de un partido. ¿Puedes llamarme más tarde?

¿Cómo se podía ser tan cretino?

—¡No! Necesito hablar con Silva. ¿Es que no recibiste mi mensaje? Mándame su número.

—No oigo nada, tengo problemas de conexión. ¿Qué dices que quieres?

Miguel había nacido para sacarla de quicio. Siempre con sus eternas excusas. Kate apretó los dientes.

—Que me pases el número del sargento Silva. Es importante para Dana. Y deja ya de hacerte el sordo.

—Oído cocina, en el descanso te lo mando.

—Que no se te olvide —le advirtió antes de colgar.

Se dejó caer en el respaldo del asiento del coche y respiró hondo. Estaba algo mareada y la estupidez supina de Miguel la había puesto de los nervios. Además, si no quería ir a comisaría y que todo el mundo se enterase de que andaba buscando al sargento, no le quedaba otra que esperar su mensaje con el número. Decidió aparcar en el paseo Diez de Abril y desayunar en el Café y Té. Con lo poco que había comido podía permitirse hasta un chocolate.

Bajó del coche intentando no pisar los charcos, y se disponía a entrar en el bar cuando oyó que la llamaban por el apellido. Cerró los ojos un instante. Podía fingir que no se había enterado... seguro que era alguien a quien casi no conocía o a quien no quería ver. Dudó un instante y, cuando ya había decidido entrar, notó que la asían del brazo.

—Salas, ¿es que ya no saludas a los pobres?

Kate se dio la vuelta. Y de inmediato sonrió.

—¡Quer! ¿Qué haces tú por aquí?

—Pues trabajar. Ya llevo dos años viviendo aquí. Mi mujer es Marta Bous, no sé si la conoces. Sus padres son los de Bous y Falca. —Y señalando la puerta del café preguntó—: ¿Ibas a tomar café?

—Sí, acabo de llegar de Barcelona. Mañana celebramos el cumpleaños de mi abuelo y he venido para ocuparme de los preparativos.

Joan la observaba complacido y Kate le devolvió la sonrisa.

Quer siempre había sido un buen tipo y, aunque en la facultad ella tenía otros intereses más elevados, le recordaba con la entrañable cordialidad con la que se recuerda a los buenos compañeros. Él parecía opinar lo mismo.

—Me alegro de verte, estás fantástica. ¿Sigues en Eme y Eme?

Habían descendido los tres escalones hasta el bar y Joan le indicó una mesa para sentarse, cosa que hicieron los dos a la vez. Él dejó los documentos que llevaba sobre la mesa y buscó a la camarera. Kate no pudo evitar una mirada a la pantalla de la BlackBerry antes de dejarla sobre la mesa. Ni rastro de Miguel.

Sobre la mesa quedaban un par de vasos sucios con los restos de dos cortados, Joan los señaló y Kate asintió olvidándose por completo del chocolate que se había prometido. Él le hizo un gesto a la camarera para que les trajese dos iguales, y entonces se volvió hacia Kate y la estudió con atención.

— ¿Y cómo te va?

— Pues bien; de hecho, muy bien. Hace una semana que soy socia.

Él abrió los ojos con admiración y Kate vio en ellos una genuina alegría por su ascenso, algo sincero e imposible de fingir, algo que ni siquiera Dana había mostrado.

— ¡Enhorabuena! ¡Qué envidia!

— Bueno, no me quejo — aceptó complacida —, pero tú tampoco tienes pinta de que te vaya mal.

— No, la verdad es que estoy contento. ¿Entonces no te planteas volver y ejercer aquí?

Kate se balanceó hacia atrás en el asiento y negó con la cabeza.

— Ni hablar, y menos ahora. Y tú, ¿dónde estás metido?

— Como te decía, estoy en Bous y Falca. — Kate frunció el ceño y Joan asintió sonriente —: Sí, ya te entiendo, pero hemos reforzado la parte legal y la llevo junto con el hijo de Falca. Él se ocupa de la oficina de La Seu y yo de la de aquí. De hecho, mi mujer también es hija única, así que se puede decir que estoy en la empresa familiar.

La chica les sirvió los cafés y Joan lanzó el azucarillo sobre la mesa y se acercó la taza. Kate le observaba pensando en el mejor modo de preguntar. Al final lo hizo sin rodeos.

— Por cierto, ¿te has enterado de la muerte de Jaime Bernat?

— Claro, nosotros llevamos sus asuntos. Mira, precisamente hoy es la lectura de testamento.

— Vaya... Y qué, ¿cómo pinta? Supongo que Santi debe de estar contento...

— No sabría decirte. Hace unos días llamó a mi suegro y le pidió una valoración de todas sus tierras. No sé si quiere vender algo. Puede que todo — auguró encogiéndose de hombros.

Kate lo negó con convencimiento.

— No creo, los de su tipo mueren clavados en la tierra, como su padre. Más bien creo que está buscando saber lo que tiene, o algo así. Siempre fue un poco raro.

Joan asintió y tomó el último sorbo. Kate removió su taza empezando a idear un plan que iba tomando más consistencia a medida que avanzaba la conversación.

– ¿Y a qué hora es la lectura?

– Sobre las doce. Calculo que nos llevará un par de horas. Puede que menos, si no hay sorpresas.

– ¿Sorpresas?

– Sí, ya sabes que Bernat tiene una hija.

– Ah, sí, Inés. Creo que estuvo en el entierro...

– Precisamente – reconoció él enarcando las cejas.

Joan miró la hora y Kate reparó en que llevaba un Hublot magnífico.

– Debo irme, antes del testamento tengo otras dos firmas – se lamentó con resignación –. A ver si quedamos un día y vamos a cenar los cuatro. Te has casado, ¿no?

– Sólo si cuentan los clientes.

Joan sonrió con benevolencia.

– Bueno, ahora que estás en la cumbre ya podrás relajarte un poco. – Metió la mano en la chaqueta y sacó una tarjeta –. Te dejo mi móvil; llámame cuando quieras, mi mujer estará encantada de conocerte.

Kate se levantó para recibir dos besos, pero la mano firme que le apretó el antebrazo con suavidad la hizo sentirse extrañamente desamparada. Volvió a sentarse y le observó dejar un billete de cinco sobre la barra y salir con paso decidido.

¿Relajarse? ¿Cuándo se suponía que podría hacer eso?

Con la conversación había olvidado la BlackBerry y ahora el punto rojo titilaba intermitente. Miguel acababa de mandarle el móvil del sargento. No sabía si grabarlo en la libreta de direcciones, pero al fin lo hizo.

Vale, ahora sólo precisaba quedar con él y convencerlo para que quisiese ir a por Santi y se olvidase de Dana. Cuando iba a marcar el número notó el estómago vacío y decidió comer algo antes de llamar por si le proponía que se reuniesen en seguida. Se acercó a la barra y pidió la taza de chocolate. Pero se arrepintió de inmediato, dudó un poco entre los bocadillos del expositor y al final se decidió por uno pequeño de queso fresco y un botellín de agua.

En la pantalla de la BlackBerry seguía el número de teléfono del sargento. Lo

había añadido a los contactos con el nombre *Silva, Juan Bruno*. Se preguntó si *sargento* no habría bastado, porque cuando acabase de defender a Dana borraría el número, igual que hacía con cada uno de los casos que finiquitaba. La chica le dejó sobre la mesa lo que había pedido y Kate empezó a comer, atenta a los movimientos de una niña que jugueteaba con un perro minúsculo en la calle. Nunca le habían gustado los chihuahuas, demasiado pequeños y enjutos, pero los movimientos de la niña y el modo en el que le cosquilleaba la barbilla al animal le recordaron a Dana. Mordisqueó el queso fresco con la mente en la misión que se había impuesto para el fin de semana.

Cuando se puso a pensar en el mejor modo de convencer al sargento, empezó a incomodarse. Conocía a los de su tipo. Con sus camisetas irreverentes y sus motos de colección para llamar la atención. Seguro que era de los que creían firmemente en el poder inconmensurable de la placa y en la abnegada admiración del mundo por sus hazañas. Recordó las reseñas que había leído en Google. Un *estupa...* Desde luego, con esa pinta podía mezclarse fácilmente con los delincuentes...

Kate pulsó una tecla y la pantalla se iluminó volviendo a mostrar el número de Silva. Mordisqueó de nuevo el bocadillo. Puede que su trato en la finca hubiese sido un pequeño error de cálculo, pero en aquel momento le había parecido que él estaba guiando las respuestas de Dana, que era peligroso y que debía intervenir. Ahora que conocía su perfil comprendía muchas cosas, aunque para entender exactamente por qué era tan parcial con Dana necesitaba averiguar cómo había llegado un tipo como él a estar destinado en el valle. Y si no habían empezado con buen pie, no era culpa suya. Ella había sido sincera, y si eso molestaba a Silva no era su problema. Además, parecía estar siempre a punto de sacar la placa y marcar distancias, como el día del funeral. Algo que contradecía por completo su aspecto despreocupado, de motero irreverente. En comisaría había constatado que no le gustaba, ni siquiera la había mirado. Kate dio el primer bocado y empezó a masticar. En fin, sólo había que ponerle de parte de Dana y para eso no necesitaba caerle bien, únicamente convencerle.

Abrió el pan, cogió la loncha de queso fresco y se la metió en la boca. La suave textura le recordó el sueño de la primera noche en casa de Dana y tragó sin pensar. Fue un mal paso. No había masticado suficiente y empezó a ahogarse. No entraba aire. Algo se le había atascado en la garganta y le taponaba la faringe. Se irguió, pero no consiguió nada, y entonces cogió la botella de agua con brusquedad, golpeó el plato y éste chocó contra el cristal de la mesa provocando un ruido metálico. Al final casi tuvo que arrancar el tapón para poder beber. Después tosió y

volvió a respirar. Cuando empezó a relajarse, Kate tenía los ojos llorosos y bajó la vista buscando un clínex en el bolso. Sólo esperaba no haber hecho demasiado ruido. El local estaba a tope y Kate era consciente de que las conversaciones en las mesas del otro extremo se habían detenido. Tosió varias veces más tapándose la boca para no hacer ruido y en una de ellas notó cómo el líquido intentaba salirse por la nariz. Se sonó y se cuidó bien de no levantar la vista, ni siquiera hacia la calle.

El resto del bocadillo se quedó en el plato. Kate bebió el agua que le quedaba para aclararse la garganta. Le costó contener la tos al levantarse y acercarse a la barra. La chica le preguntó si ya se encontraba bien. Ella asintió y sacó el billetero del bolso. La camarera, señalando la salida por la otra calle, le dijo que el ex comisario Salas y sus amigos habían pagado lo suyo antes de irse.

Como de costumbre, el abuelo conseguía mortificarla aun sin proponérselo. Dios... Seguro que había presenciado el espectáculo antes de irse y no había podido resistirse a dejarle un mensajito en forma de liquidación de la cuenta. Su ubicuidad era irritante, como siempre. Apretó la BlackBerry con fuerza y salió a la calle sin despedirse. Caminaba en dirección al coche, cavilando sobre la llamada que tenía pendiente. Al llegar, se detuvo delante de la puerta del conductor con la vista clavada en la pantalla y pulsó la tecla de la izquierda para cambiar el nombre del contacto por el de *sargento* a secas. Esperó a estar sentada en el coche para llamar y él respondió al primer tono.

– Sí...

Aún notaba la garganta dolorida por el esfuerzo y, temiendo que le colgase antes de darle tiempo a hablar, carraspeó.

– Sargento, soy Kate Salas, la hermana de Miguel. Hay algo que quiero comentar contigo. ¿Podemos vernos?

– Estoy en Barcelona.

– Hay que joderse.

J. B. soltó una carcajada y Kate se disculpó.

– Lo siento, es que es algo importante y no tengo demasiado tiempo. ¿Cuándo vuelves?

– ¿Y lo que sea no puedes decírmelo por teléfono? Si es por la lista, es sábado y aún no he hablado con nadie, así que no te canses. Ya te dije que le echaría un vistazo, y lo hice.

¿Había dicho no te canses?

– Es por otra cosa – respondió tirante –. ¿Cuándo vuelves?

– Pues estás de suerte, porque iba a quedarme hasta mañana, pero acabo de saber que tengo que estar en Urús sobre las seis. Si quieres podemos quedar luego.

– Sólo necesito diez minutos.

– Vaya, eso no da para mucho...

– No te confundas, sargento.

– Espera, recuérdame quién ha llamado.

– Mira, no vas a conseguir que te mande a donde me gustaría porque necesito hablar contigo sobre el caso. Dime hora y lugar, y no perdamos más el tiempo. Cuando te cuente lo que sé dejarás de dar palos de ciego.

Kate oyó claramente su respiración durante la pausa y temió que le colgase.

– Mira, cuando acabe en Urús me pasaré por el Insbrük. Si quieres nos vemos allí. Pero no voy a hablar con la abogada de nadie.

Kate frunció el ceño.

– ¿Qué quieres decir?

– Que, como sargento, no voy a hablar con la letrada Salas ni con la amiga de la principal sospechosa. Si quieres puedo dedicar esos diez minutos a la hermana de mi amigo Miguel. ¿Comprendes?

Gilipollas...

– ¿A qué hora?

– A partir de las siete, supongo. Si tienes que esperar, tómate algo, que yo invito.

– Te saldrá gratis: estaré allí a las ocho.

—No me estás escuchando. ¿Dónde estás?

Magda sujetaba el *driver* con más rabia de la que se podía permitir con su nivel de juego y ni siquiera le miró. Llevaba media hora oyendo sus continuas indicaciones y empezaba a estar harta. Había mencionado todos sus dedos, el codo, las rodillas y varias veces la maldita posición de los pies, y mientras tanto ella no paraba de darle vueltas a lo que había ocurrido en la cena de la noche anterior con el alcalde.

Los ojos claros de Hans la observaban analizando con mirada crítica la posición de su alumna. Cada poco se adelantaba unos pasos y la tocaba en algún sitio para ajustar la posición del *swing*. Ella estaba absorta en sus pensamientos y en el problema en el que la habían metido su facilidad de palabra y el pronto rabioso que le provocaban los humos de la maldita alcaldesa. Así que ni siquiera hacía el esfuerzo de escuchar lo que decía el monitor.

Hasta que notó el aliento de Hans en el cuello y un índice recorriendo su espalda de arriba abajo. Eso fue lo que la devolvió a la cancha de inmediato tras estremecerse de pies a cabeza. Se dio la vuelta y él ya estaba a casi dos metros observándola de nuevo como un maestro solícito.

Sus miradas coincidieron y una ola lasciva recorrió el cuerpo de Magda.

—Creo que algo te preocupa, y no se puede jugar así —apuntó el holandés.

Ese levantamiento de ceja tan suyo le recordaba los instantes de intimidad de los que disfrutaban desde hacía meses, cada martes o jueves, en el hotelito de la frontera. Hans, con su gesto pausado y elegante, se adelantó unos pasos y se situó donde ella podía verle. El palo empezaba a resbalarle entre las manos y pasó la palma por el muslo del pantalón para sujetarlo con más fuerza. Miró la bola que él

acababa de poner sobre el *tee* y estiró cada uno de los dedos con la máxima fuerza. En aquel momento era plenamente consciente de los ojos de él sobre su cuerpo y empezó a notar cómo se caldeaba por dentro.

Intentó apartar la mente de ese estado de conciencia plena en el que la sumergía la presencia de Hans, y se obligó a pensar en otra cosa. ¿Cómo podía alguien ejercer ese efecto sobre ella? Parecía imposible que, después de tantos meses, sólo con mirarla consiguiese provocarle esa reacción. Cuando estaban juntos era como si algo los empujase a fundirse en uno y, cuando empezaba ese tsunami en su cuerpo, sólo había un modo de pararlo.

Por fortuna, a esa hora la cancha estaba prácticamente vacía. Los socios foráneos empezaban a aparecer sobre las nueve, y los del valle no solían acercarse por el club los días festivos para no tropezar con la odiosa avalancha de los recién llegados. Magda solía quedar con Hans sobre las ocho en el campo de prácticas, para estar solos y dar la clase en el *tee* más alejado de la casa club. Como esa mañana, a las ocho en punto. Con los ojos clavados en la bola pensó en el cuartito donde guardaban las toallas y en el banco, al fondo del almacén. Cerró los ojos un instante. Su mente seguía envuelta en el ruido de fondo de la noche anterior, pero la conciencia de tenerle a dos pasos era tan fuerte como la del palo entre sus dedos. Enlazó bien las manos en el mango y lo subió lentamente, concentrada en el movimiento, en sus rodillas, en el peso y en bajar el palo por dentro.

La bola salió alta y se alejó hasta caer a unos ciento cincuenta metros. Ni siquiera se había acercado a los doscientos veinte que solía alcanzar con el *driver*. Cerró los ojos conteniendo la rabia por no poder lanzar la maldita madera al infierno.

—Creo que no es un buen día para la clase. Deberíamos dejarlo para otro momento —sugirió la voz de Hans con suavidad.

Magda asintió sin mirarle. Sabía que los sábados él solía tener la agenda demasiado llena para quedar. Además, el hotelito estaría atestado de gente, esquiadores y familias ruidosas, no como los discretos días de entre semana, en los que apenas veían al conserje y jamás encontraban a nadie al salir. Hans pareció leerle el pensamiento.

—Tengo clase hasta las dos.

Lo miró y sus ojos coincidieron. Él lo sabía, era imposible que no advirtiese el efecto que ejercía sobre ella. De nuevo, la ceja de Hans en alto, esta vez acompañada de una sonrisa pícaro.

—Si me invitas a comer, podemos prescindir del postre. Pero tiene que ser cerca del campo, a las cinco tengo clase.

No podía arriesgarse. El hotelito de la frontera con Andorra era un lugar apartado en el que no corría peligro, pero un descuido en el valle podía ser letal. Además, sólo faltaban tres días para el martes, y bien podía esperar y no arriesgarse a bajar la guardia y cometer un error. La mujer del alcalde le vino a la cabeza. Algunas le tenían ganas, el riesgo era demasiado alto. Eso le recordó la última cena con el alcalde y el problema en el que ella misma se había metido al comentar la inminente resolución del caso. Esos pensamientos acabaron con su libido de un plumazo. Metió el *driver* en la funda y cogió el carro. Ahora lo que debía hacer era meterle prisas a Silva y a los del laboratorio antes del siguiente encuentro con el alcalde. Se dio la vuelta para despedirse y sacó el móvil del bolsillo.

—Hasta el martes —dijo mostrándoselo.

Hans la observó marchar con los ojos entornados. Su siguiente alumno, un agente de bolsa con un extraño tic en el cuello, salía del servicio, y Hans le hizo señas para que se acercase. Mientras le esperaba, el holandés estudió con atención los movimientos de Magda, que se dirigía al coche. Ganarse a la comisaria había sido más fácil de lo previsto; pronto llegaría el momento de dar el siguiente paso.

Gasolinera de la carretera de Puigcerdà

Kate dejó el móvil sobre el asiento del copiloto. Flexionó los dedos y contempló ausente cómo los nudillos entumecidos volvían a la normalidad. A las ocho en el Insbrük. Ahora sólo necesitaba dar con algo que implicase a Santi antes de esa hora.

Probablemente estaría acicalándose para ir a la ciudad a recibir su herencia, convencido de ser el dueño de su destino y de sus propiedades. Pobre infeliz, ahora que no estaba su padre, en cuanto pusiese algo a la venta los buitres se le echarían encima como un escuadrón. Y si no se andaba con ojo, se repartirían sus tierras y, entre palmaditas condescendientes, le desplumarían. Eso si antes no actuaba la familia, como había apuntado Quer, y aparecía la hermana en busca de su parte. Kate introdujo la llave en el contacto pensando que los Salas no tendrían nunca ese problema, porque su padre ya se había ocupado de jugarse hasta el último ladrillo de la herencia.

Eso le hizo recordar que había quedado con Dana por la tarde para visitar la casa de Das. Volvió a mirar la hora. Apenas habían pasado cinco minutos y suspiró con impaciencia. Necesitaba moverse. Esperar dentro del coche a que pasase el tiempo era absurdo. Sobre todo porque se arriesgaba a que cualquier conocido se acercase para saludar a la nieta del ex comisario. Y ya había tenido bastante en el funeral. Buscó la funda de las gafas de sol y se las puso antes de encender el coche. La luz del indicador de la gasolina le dio una idea. Recuperó la BlackBerry del asiento del copiloto y escribió un SMS a Dana para pedirle que buscase en los papeles de la compra del quad la marca y el modelo de neumáticos y le remitiese un mensaje con los datos.

Quer le había abierto el cielo al mencionar al notario porque en ese instante Kate supo lo que tenía que hacer. Entrar en casa ajena sin permiso era allanamiento,

lo sabía, pero estaba convencida de que el quad de Santi era la clave para alejar las sospechas de Dana, o por lo menos para que dejase de ser el único foco de atención. Y Santi vivía solo, así que la finca estaría vacía.

Y eso le recordó la jugada sucia de Bassols. Maldito judas... No debió de haberse fiado de él ni de su buena disposición cuando pactaron el aplazamiento. Todo falso. Ahora comprendía sus blandas exigencias a la hora de negociar, porque lo que buscaba en realidad era distraer la atención y dañar su imagen ante el juez. El cuerpo le había pedido ponerle a caldo en el mismo instante en que lo supo, por teléfono y en caliente. Pero una de las máximas de Paco cuando alguien intentaba traicionarle era que la venganza se sirve fría, y ella había aprendido a contener sus impulsos y a esperar el mejor momento para jugar sus cartas.

Por lo pronto, necesitaba localizar el quad de Santi. Se le ocurrió que los Bernat tenían muchas propiedades y que podía haberlo escondido en cualquiera de ellas. Pero la intuición le decía que Santi no se habría alejado mucho del vehículo para tenerlo controlado. También cabía la posibilidad de que hubiese limpiado a fondo los neumáticos, o incluso de que los hubiese cambiado. En fin, tendría un par de horas como mucho para investigar por allí.

A las once y media Kate salió de Puigcerdà en dirección a Das. Todavía notaba un escozor irritante en la garganta cuando intentaba tragar con normalidad y, aunque no quería pensar en ello, recordaba perfectamente lo que le rondaba por la cabeza en el momento de atragantarse. En cuanto a la conversación con el sargento, le había quedado claro que era del tipo estoy encantado de conocerme y, nena, te voy a hacer un favor. Como Miguel y la mayoría de sus amigos, que, incapaces de madurar, se dedicaban a los dardos, a las jovencitas impresionables de la zona o a las mamás accesibles. Kate se estaba preguntando si el sargento tendría pareja cuando advirtió que iba demasiado rápido para girar en la gasolinera y frenó de golpe con la vista en el retrovisor. El bocinazo no se hizo esperar y Kate no pudo entrar en la gasolinera. Tuvo que llegar hasta el desvío de Ventajola para poder cambiar de sentido. Céntrate, Kate, por Dios.

Puso el intermitente y se detuvo en uno de los surtidores. Despertar la duda sobre Santi era mucho más fácil que conseguir que considerasen a Dana inocente. Miró la hora, no era probable que Santi hubiese salido de casa tan pronto. Cuando fue a pagar, compró unos chicles y un ticket para el túnel de lavado. Al salir, la cola llegaba casi a la carretera y, aunque estuvo tentada de sumarse a ella, no lo hizo. Sin embargo, sí que se fijó en el último de los coches.

El dueño lo había tenido encerrado mucho tiempo y aún se notaban las marcas de polvo sobre el capó. Era un Mercedes antiguo, un biplaza clásico azul marino con tapicería de piel clara. Un 350 SL del 71. Precioso, pero la cabina estaba vacía, y Kate no quiso esperar a ver quién era el obtuso que mantenía una obra de arte en tan malas condiciones. Subió al coche y decidió ir tirando y esperar en Alp. Pero cuando arrancaba vio por el retrovisor a un tipo de casi dos metros que entraba en el clásico. Era joven e iba solo. Kate le observó acomodarse, cerrar la puerta y contorsionarse buscando dónde meter la llave. Cuando él levantó la cabeza, Kate entornó los ojos y le observó avanzar hacia el túnel con la vista al frente y la cabeza alta. Recordó su conversación con Quer... Puede que Santi fuese tan distinto de su padre que sí estuviese valorando vender las tierras y buscar una vida mejor. ¿Quién iba a culparle por ello después de haber vivido siempre a la sombra de Jaime Bernat? De hecho, era un verdadero milagro que no fuese un psicópata como su padre.

No obstante, había algo que no podía olvidar: hasta que desenmascarasen al verdadero asesino de Jaime Bernat, Dana seguía la primera en la lista, y ella continuaba atada al valle sin poder ocuparse de Mendes. Puso el coche en marcha y lanzó un último vistazo al retrovisor. El clásico empezaba a entrar en el túnel. Tenía vía libre en casa de los Bernat.

J. B. Silva tomaba las curvas de la subida al túnel del Cadí con calma, como si llevase un tarro de miel abierto en el asiento trasero. Por lo menos, ya no llovía como a la ida. En casa de la señora Rosa no había podido meterse nada entre pecho y espalda, a pesar de la insistencia enfermiza con la que la mujer le había ofrecido el estofado. En lugar de eso, había acomodado a su madre en la butaca de la tele con la manta de lana sobre las rodillas y se había despedido hasta el miércoles.

Ahora, de vuelta al valle, seguía con la intuición de haber dejado en Cornellà algo más que las ganas de correr. Pero al salir del túnel, por un instante, la luminosidad del ambiente le produjo una sensación de plenitud inesperada. Un sosiego plácido que convirtió sus preocupaciones en algo lejano y le incitó a llenarse los pulmones.

Sin embargo, pronto volvieron sus fantasmas y ya no pudo quitarse de la cabeza que por primera vez su madre se hubiese asustado al verle, como si fuese un extraño. Porque eso le había dejado una sensación de desamparo en el cuerpo y un vacío en el estómago que aún le duraban. Después, apenas le reconoció unos minutos en toda la mañana. El resto del tiempo llamaba Juan al nieto de dos años de la señora Rosa, y a ella, madre. Tal era el panorama que dejaba atrás; una mente anegada por recuerdos fragmentarios y caóticos en un cuerpo frágil y sin futuro, aunque la vecina lo sobrellevase con un aplomo que ya le hubiese gustado para él.

Pero es que doña Rosa se quitaba un peso de encima, mientras él, en cambio, tenía la sensación de estar echándose a la espalda un saco de culpa negra como el chapapote para el resto de sus días. Y ese peso había empezado a notarlo desde que cruzó detrás de ella la puerta de las teresitas. A pesar de saber a lo que iba, el olor a enfermedad, a despedida y a desesperanza que lo impregnaba todo le dejaron aturdido para el resto del día.

La señora Rosa había querido que fuesen juntos, los dos, mientras Mari se quedaba con su madre en el piso. A J. B. le avergonzaba recordar que a la vuelta había tenido que contener las náuseas y que los remordimientos ni siquiera le permitieron acercarse a ella. La monja les había dicho que esperaban que el miércoles quedase libre una de las habitaciones individuales, y la señora Rosa había cogido los papeles por él, como si el trato estuviese cerrado. Ella decidía. Alguien debía hacerlo.

Al salir, él le había insinuado que la entrada le parecía cara y ella empezó a andar bien erguida hacia su casa, fingiendo no escucharle. Y ni siquiera le había dado tiempo a volver a abrir la boca cuando le advirtió, sin mirarle ni detener el paso, que las otras residencias que había visitado no eran para su madre, y que se preocupase de tenerlo todo resuelto para el miércoles, que ella le prepararía la maleta y todo lo necesario.

Cuando habían llegado al piso, el perito, un chico joven con aspecto de acometer su primera visita, los esperaba charlando con la hija mayor de doña Rosa. Cuando entraron, Mari le puso el abrigo a su niño, lo metió en el cochecito y, al salir, le dio a J. B. un apretón en el antebrazo con su escuálida mano y el par de besos más tiernos que había recibido en mucho tiempo. Él no tenía ni idea de por qué en ese momento le habían recordado a Tania.

Su madre, mientras hablaron del piso con el perito, ni siquiera entendió lo que ocurría. Y eso que él, con el frío metido en el cuerpo desde la visita a las teresitas, la había ido vigilando de reajo por si notaba que comprendía adónde la iban a llevar y lo que le harían a su casa. Pero en todo el rato no había movido ni un músculo, ni tan sólo el dedo sobre el mando de la tele. Para acabar de redondearlo todo, a media conversación había llamado Errezquia para decirle que el cliente había cambiado de idea. En ese momento, J. B. no supo si aquello era una mierda o la salvación de su madre. Sin embargo, lo único que sucedía era que el cliente no quería ver la moto en Barcelona sino en Urús, sobre las seis de la tarde. Fue como si le quitasen un anzuelo que había empezado a tirarle del estómago sin darse cuenta. Y al colgar volvió a sonar el teléfono, esta vez un número oculto. Estuvo a punto de no coger la llamada, pero doña Rosa estaba en plena faena con el perito y prefirió no intervenir, así que respondió. En cuanto supo quién era le hizo un gesto a doña Rosa y salió al rellano. Al colgar mantuvo un buen rato la sonrisa en la cara mientras volvía a entrar en el piso y fingía escuchar a doña Rosa, que se despedía del chico. Cuando la mujer cerró la puerta, le metió a J. B. una tarjeta en el bolsillo de la cazadora y le informó de que ella misma se ocuparía de las obras.

Todo estaba arreglado. El miércoles, su madre ingresaría en las teresitas y, el jueves a las ocho de la mañana, el albañil comenzaría a picar el piso. Lo podrás alquilar antes, le dijo, y lo dejó frío. Debía reconocerle a doña Rosa que había nacido para negociar. Con su metro y medio escaso, y esa delantera que hacía que a uno se le doblase la espalda sólo con mirarla, no había forma de meter baza cuando soltaba esas sentencias. Sus ojillos negros y vivarachos repartían órdenes con sólo cambiar de dirección y la curva de sus labios le indicaba a uno si la cosa iba a prosperar. Y, con esos pensamientos, J. B. cruzó el peaje del túnel y torció a la derecha hacia Urús.

Al llegar al pueblo aparcó la moto delante del hotel y entró con el casco en la mano. El local estaba vacío y un hombre corpulento con coronilla calva leía el periódico en la barra con unas gafas sin montura encabalgadas en mitad del tabique nasal.

J. B. eligió una mesa con ventana para poder ver la moto y cogió la carta. Era uno de esos trípticos con fotos en color de algunos platos combinados. Pidió un bocadillo de beicon con queso y una botella de agua. Quería estar bien cuando hubiese que negociar. Errezquia le había dicho que pedía demasiado, pero que el tipo la quería ver de todos modos. Y no la cagues, le había advertido antes de colgar, es uno de mis mejores clientes y puede que le interesen tus motos de colección.

Cuando el hombre del periódico le traía el pedido, empezó a sonar bajito una canción de Estopa y J. B. la tarareó sin darse cuenta. Pensó en Tania. Ella tenía claro lo que quería y era muy parecido a lo que él buscaba. Si no se colgaba de él, ni se ponía pesada, podían pasar muy buenos ratos. De repente, tuvo ganas de llamarla y lo habría hecho si en ese momento no se hubiese abierto la puerta.

El corazón le dio un brinco y cuando vio a la mujer con la huevera respiró y siguió comiendo. Tania volvió a ser el centro de sus reflexiones. La chica tenía lo que había que tener, cumplía los requisitos: superar el ocho y mostrar buena disposición sin compromiso. Todo claro, todo fácil, sólo tema. Con esas premisas y las cosas claras siempre le iba bien, J. B. lo sabía y no necesitaba nada más. De hecho, nada más verla lo había sabido, las mujeres no solían sorprenderle. Por lo menos, no como el caso Bernat, que al principio parecía cantado y se estaba complicando por momentos. Y es que, entre Montserrat —que estaba segura de que no había sido la veterinaria—, la orden clara y tajante de la comisaria de ir a por Dana, sus dudas sobre el estúpido móvil del árbol cortado, y la letrada —que había decidido amargarle la vida—, aquello se le estaba saliendo de madre. Te van a

volver loco, macho.

Necesitaba silencio mental, pensar y centrarse. Y, sobre todo, no dejar que los demás le influyeran. El lunes se encerraría en el despacho y no dejaría que nada ni nadie interfiriesen. Y empezaría hoy mismo, en la cita con la letrada. Le dio un buen mordisco al bocadillo y decidió no pensar en el caso. Dejar descansar la mente y centrarse en el trato de la moto. Miró por la ventana, y luego al cielo. Por lo menos podrían probarla sin lluvia. Al final, la tarde estaba resultado luminosa y fría, aunque allí uno nunca sabía en qué momento iba a cambiar el tiempo. Cuando ya casi se había acabado el bocadillo, le hizo una señal al hombre para que le sirviese otro igual. Pensar en el caso le había abierto el apetito.

Echó una ojeada al reloj del bar y le dio otro mordisco al bocadillo. Cogió una servilleta y se secó la humedad de las manos mientras masticaba con fuerza encajando las mandíbulas. Estaba a punto de llegar el comprador y aún no tenía claro hasta dónde podía bajar. Abrió la botella de agua y bebió un trago intentando pensar en la cantidad mínima que estaba dispuesto a aceptar. Cuando se dio cuenta, había vaciado la botella. La dejó sobre la mesa con más fuerza de la necesaria y el sonido le recordó al Insbrük. Había quedado con la hermana de Miguel sobre las ocho y tendría que escuchar lo que tuviese que decirle, porque se lo debía a Miguel y al ex comisario; pero la atendería diez minutos y luego se largaría con cualquier excusa. Aunque antes pasaría por comisaría a consultar esa lista y memorizar algún nombre, porque no quería volver a oír eso de que era un incompetente. Desde luego había que reconocer que la letrada tenía su punto... y que ella lo sabía. Sólo había que ver cómo se movía, con su ropa de marca, mirando a todo el mundo con la barbilla bien alta, esos vaqueros ajustados y el móvil plateado siempre en la mano. Seguro que hasta lo metía en la cama con ella. Se preguntó si estaría con alguien. Probablemente sería uno de esos tipos estirados con corbata y gomina hasta en la cartera. J. B. recordó la llamada que ella había rechazado en el funeral y se limpió las manos y la boca con la servilleta de papel. La letrada tenía un buen... pero había que estar loco para meterse en algo con alguien como ella. Una de esas mandonas licenciadas que siempre tienen la razón. Y eso que calladita le confundía a uno... Pero sólo hasta que abría la boca y aparecía el ramalazo borde, ese que te encendía como una mecha y te sacaba las ganas de bajarle los humos.

El móvil vibró en el bolsillo y lo dejó sobre la mesa. Un mensaje de voz de la comisaría y tres llamadas perdidas. Aunque la primera era de las nueve de la mañana, los avisos le llegaban ahora, a las cinco de la tarde. A veces la tecnología se ponía de parte de uno. Empezó a escuchar el mensaje cuando el hombre le acercaba

el segundo pedido y le señaló la cafetera mostrándole el índice y el pulgar separados un centímetro. Joder, ¿qué le habría dado a «la doña» con las cuarenta y ocho horas?

Antes de llegar a Tartera, Kate viró a la derecha, hacia Mosoll, mientras decidía dónde dejar el coche para que no la viesan. El mejor modo de entrar en la finca de los Bernat sin ser vista era cruzando una de las eras colindantes y colándose por la parte trasera, pero no tenía ni idea de si habría perros ni de cómo recibirían a una visita desconocida. Cruzó la plaza intentando esquivar los baches y siguió adelante por el camino estrecho de la ermita. Sin duda era el lugar más discreto y, desde allí, nadie la vería entrar a pie por detrás.

La finca de los Bernat constaba de la casa principal y varios edificios que se extendían alineados desde la misma plaza de Mosoll hasta casi la salida del pueblo, siguiendo la comarcal. Kate bordeó la propiedad por detrás. Caminaba sobre la tierra removida y se alegró de llevar las botas. Al final de la era, saltó la acequia y atravesó el seto de arbustos que delimitaba la finca. Una vez dentro, se arrimó a la parte trasera de la casa y siguió avanzando pegada a la pared hasta la esquina del primer edificio.

El granero principal de los Bernat era una construcción de obra en forma de U abierta por delante y de tres plantas de altura. En cada una de ellas se apilaban en perfecto orden las enormes balas circulares de paja en columnas de cinco. A pesar de estar abierto, el granero olía a humedad y a heno. En la parte baja había un enorme tractor John Deere aparcado, un Ford Fiesta pequeño y una *pick-up* negra y gris con las llantas plateadas. De las paredes colgaban algunas herramientas antiguas para labrar el campo y, apoyadas en el suelo, había otras tantas más nuevas similares a las que había visto en la finca Prats. Miró a ambos lados y avanzó hasta la parte delantera del edificio. Le sorprendió el orden que reinaba para ser una granja, y también que no hubiese perros dispuestos a defender la fortaleza. Eso la animó. Lo único que parecía fuera de lugar era un Citroën verde y pequeño que habían aparcado delante de la casa, como si el conductor hubiese

salido corriendo.

Continuó caminando y llegó al siguiente edificio, una especie de gran cobertizo de madera de dos plantas, con puertas anchas y ventanas inalcanzables. Intentó abrir la puerta forzando en ambas direcciones. Pero no pudo. Y entonces rodeó el almacén buscando una ventana más baja. También resultó inútil.

Retrocedió unos pasos y observó las fachadas de los edificios. Era evidente que el segundo era el único que estaba cerrado con llave, así que quizá fuese el lugar en el que Santi ocultaba algo y, en tal caso, seguramente llevaría la llave encima.

Se le ocurrió que alguna de las herramientas del granero la ayudaría con la puerta y se dirigió hacia allí. Una vez dentro descolgó de la pared una especie de atizador con un gancho en uno de los extremos. Lamentó no haber cogido los guantes, porque el metal le helaba las manos. Pero cuando se disponía a salir su visión lateral advirtió movimiento entre las balas y el corazón le dio un vuelco. Se volvió lentamente, dispuesta a defenderse con la barra de hierro que ahora sujetaba con las dos manos, y descubrió entre las enormes pilas de heno a decenas de gatos que la observaban en silencio. ¡Dios! Un escalofrío le recorrió la espalda y salió de allí dispuesta a acabar con aquel asunto lo antes posible.

Esta vez peinó con los ojos cada tablón del segundo edificio hasta que en la parte lateral, oculta entre los matorrales, descubrió una pequeña puerta de apenas ochenta centímetros que no había visto antes. Intentó abrirla, pero estaba atrancada. Usaría el atizador para hacer saltar las tablas y despejar el espacio suficiente para poder entrar.

Estaba arrodillada entre la maleza, con las piernas separadas para ganar estabilidad, intentando con todas sus fuerzas abrir la puertecilla, cuando la BlackBerry rompió el silencio de forma escandalosa y le dio un susto de muerte. Kate se apresuró a tocar cualquier tecla y consiguió detener la música. Se arrimó a la pared y esperó, agazapada en silencio, a que el corazón dejase de aporrearle el pecho. Entonces se dio cuenta de que había mantenido la tecla pulsada tanto tiempo que el móvil se había desconectado. Lo encendió y lo puso en modo vibración. Luego comprobó la pantalla.

Dana seguía sin mandarle el SMS, pero la llamada era suya. Seguro que no encontraba la factura, seguro que no tenía ni idea de cómo conseguir lo que le había pedido. Dios... Respiró hondo de nuevo. Venga, fuera quejas, en cuanto diese con el quad fotografiaría ella misma las ruedas de Santi y ya comprobaría luego si eran

de origen o coincidían con las de la escena del crimen. Por fin consiguió liberar la abertura y dejó el atizador entre los matorrales para entrar.

Lo único que había notado al ponerse de pie fue el fuerte olor a grasa, o a aceite, y la caricia suave e inquietante de una tela de araña en la cara. La apartó, pero casi de inmediato tuvo que contener un grito cuando algo le cosquilleó la frente. Se sacudió con brusquedad hasta que pensó que era absurdo, que ya había perdido demasiado tiempo, y aplastó la mano y el brazo con fuerza contra el muslo. ¡Basta!

Sus ojos se acostumbraron gradualmente a la oscuridad del almacén. El corazón le latía de prisa. Levantó la vista hacia la única luz que entraba. Las ventanas del edificio, además de altas y estrechas, tenían los cristales recubiertos por fuera de una capa de polen y hojas que apenas dejaba entrar la luz. Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, poco a poco empezó a diferenciar las formas y a comprender lo que tenía delante.

La caseta era un espacio diáfano. Tenía un altillo abierto a unos tres metros de altura, pero no podía ver qué había en él. En la planta baja, a su lado, dos grandes bultos cubiertos con lonas le recordaron las motos y las bicis que el abuelo tenía cubiertas del mismo modo en el cobertizo de su casa. Se acercó a las paredes con la BlackBerry en alto y descubrió que estaban recubiertas de estantes metálicos del tipo Mecalux, alineados a diferentes alturas, y repletos de cajas y trastos que no podía identificar. Se acercó a unas cajas de cartón —que parecían archivadores— y dejó la BlackBerry sobre el estante para abrirlas. En ese momento, el aparato se movió reptando y ella dejó la caja que sujetaba pensando que sería el SMS de Dana. Sin embargo, era Jan Bassols.

¿Qué querría ese judas ahora? ¿Disculparse? Abrió el mensaje dispuesta a devolverle un dardo y leyó. Mientras lo hacía, su mente trataba de comprender qué intentaba decirle. Lo de *Buen intento, letrada* podía referirse al aplazamiento denegado o a que el técnico andorrano se había ido de la lengua. O, peor aún, que no hubiese conseguido eliminar los registros, y los listados ya estuviesen en manos del fiscal. A pesar del frío empezó a notar el jersey pegado a la espalda. Perder la baza del técnico en ese momento era un tropiezo irreparable. De repente, se arrepintió de estar allí, en un viejo almacén en casa de los Bernat poniendo en riesgo todo por lo que había luchado. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y el almacén apenas tenía ya rincones secretos. Abrió de nuevo el mensaje para releerlo. Sólo quería tener luz y sentirse acompañada. Desde el principio supo que Bassols se lo pondría difícil, y que no se podía fiar de Mario. Eso le ocurría por no confiar en

su propia intuición. Dana estaría completamente de acuerdo con eso. Aun así puede que se estuviese precipitando. Se obligó a coger aire. De repente se le ocurrió que había algo que no encajaba en el mensaje. La petulancia de Bassols sólo podía deberse a algo muy importante. Tanto que el astuto fiscal no había podido contenerse. Por primera vez, Kate fue consciente de la gravedad del mensaje: tal vez Bassols se refería a la relación de Paco con el juez. De sus tratos... Pero era imposible que lo supiese... De hecho, si eso había llegado a Bassols, el bufete entero estaría comprometido.

Mientras releía el mensaje oyó cómo un coche se ponía en marcha. El ruido del motor parecía tan cerca que dio un par de zancadas para pegarse a la pared de enfrente y buscó una grieta en las tablas por donde mirar afuera. El Citroën mal aparcado abandonaba la finca, pero Kate no pudo ver al conductor. Muy quieta, lo oyó alejarse por la carretera en dirección a la comarcal hasta que volvió a quedarse a solas con los latidos de su corazón. Había alguien con ella en la finca... Sólo esperaba que no la hubiese descubierto ni hubiese avisado a Santi.

De repente, la posibilidad de que él volviese le despertó las prisas. A esas alturas, sus ojos se habían acostumbrado por fin a la oscuridad y distinguía claramente los dos bultos cubiertos con tela. Uno era demasiado grande, pero el otro podía ser el quad. Tiró de la tela y sonrió con los labios temblorosos. Hacía rato que casi no sentía los pies, y las manos también le temblaban de frío. Miró la hora. Debía ir rápido y salir de allí antes de que al gigante se le ocurriese volver.

Despejó la parte delantera e hizo fotos con la BlackBerry a las ruedas, a la matrícula y a la parte delantera del vehículo. Con esas fotos sembrar la duda sobre Santi sería pan comido y eso, además de dejarle vía libre para volver a Barcelona, pondría a cada cual en su sitio y al sargento sobre una pista certera. Volvió a bajar la lona y, antes de salir, activó la cámara para estudiar las imágenes y asegurarse de que todo estaba grabado. En ese momento, el estruendo de un coche entrando en la finca hasta la misma puerta del granero la hizo retroceder hacia la pared y se golpeó la cabeza. No fue consciente del golpe, sólo se agachó y permaneció encogida. Los siguientes segundos transcurrieron en cámara lenta.

Alguien detuvo un coche y Kate intuyó que lo hacía justo al otro lado de las tablas contra las que estaba agazapada. Una virulenta nube de polvo y tierra penetró por las rendijas del almacén. Le entraron ganas de toser y trató de contenerse. Entonces oyó cerrarse con rabia la puerta de un coche y pasos arrastrando tierra en dirección al almacén. No se atrevió a mirar, sólo permaneció agazapada contra los tablones, sin moverse. Miró la hora en la pantalla de la

BlackBerry y volvió a guardar el móvil en el bolsillo de la chaqueta. No podía ser él, no tan pronto. Quer había dicho que la cita con el notario duraría un par de horas, y si a eso se le sumaba el trayecto de vuelta, era imposible que hubiese llegado ya. Pero su corazón bombeaba como si la voz de la razón no contase. Cuando oyó la patada en la puerta y la llave entrando en la cerradura, una bola densa comenzó a presionarle el interior de la garganta. Buscó con la mirada el hueco por donde había entrado. Ya no había tiempo de llegar hasta allí. La llave estaba dando la segunda vuelta a la cerradura, y él abriría la puerta antes de que lograra salir. Kate buscó desesperada dónde esconderse y, como estaba cerca del vehículo grande, se metió sin pensarlo bajo la lona.

Comisaría de Puigcerdà

J. B. entró en el aparcamiento de la comisaría sobre las siete de la tarde con intención de llamar a Errezquia y ponerle fino. Después de dar una vuelta de más de veinte minutos, el cabrón de su cliente le había ofrecido dos mil euros por la moto; y él, al ver que el tipo hablaba en serio, se había puesto los guantes y el casco, y se había largado sin despedirse. Después de la oferta no cruzaron ni dos palabras. ¿Para qué?

Ahora le quedaban tres días para conseguir los casi dos mil euros que no tenía. En otra época hubiese tirado de contactos, pero tal como había ido todo tras la muerte de Jamal no podía acudir a nadie. Incluso Millás hubiese sido una opción en otro tiempo. Pero ya había hecho mucho por él readmitiéndole y buscándole la plaza en el valle; su cupo de buen samaritano con él estaba completo. Además, ¿cómo iba a confesarle que el dinero era para internar a su madre?

Entró en comisaría sin mirar al agente que ocupaba la silla de Montserrat y fue directo al despacho. El viaje desde Urús le había dejado empapado. Colgó la chaqueta en el respaldo de una silla y la acercó al radiador. Mierda de tiempo. Le tenía ganas al cabrón de Errezquia y le costó esperar a quitarse los guantes para marcar su número.

Cuando se dejó caer en la silla sonó su móvil y miró la pantalla.

— Sí...

— ...

— Pues tiene razón, lo que tenía en marcha para conseguirlo se acaba de joder y ahora no sé de dónde lo voy a sacar.

— ...

— Pues no sé qué decirte. No lo había pensado. Déjame que le dé dos vueltas

y te llamo.

— ...

— Ah, vale. Pensaba que sería más, pero si tú lo dices...

— ...

— Claro, yo te llamo. Oye..., gracias.

J. B. pensó en Mari, la hija de la señora Rosa, y en que con ella instalada en el piso de su madre, todo sería más irreversible, casi definitivo. Le había pillado tan de sorpresa que quisiese alquilarle el piso que ni siquiera había atinado a preguntarle qué pensaba hacer con las cosas que había en él. Si Mari y su hijo se iban a vivir allí, ¿qué iba a pasar con los trastos de su madre? Porque una veinteañera con un niño no dejaría los muebles valencianos del comedor, ni el tresillo estampado, ni las lámparas de los cincuenta con sus cristalitos mate y el latón desconchado. ¿Y los armarios? ¿Y la ropa? J. B. cogió aire; necesitaba calmarse. Pero fue inútil, porque no dejaba de darle vueltas al hecho de que las pertenencias de su madre no cabrían en una habitación de las teresitas. Entonces se le ocurrió que ni siquiera la había visto y que era la primera vez que pagaba por algo sin saber cómo era. Se avergonzó por enésima vez de sí mismo.

Además, ese acuerdo le dejaba definitivamente sin casa, sin un lugar adonde volver. Y aunque no se le hubiese pasado por la cabeza hacerlo, era duro pensarlo. El precio de mercado son seiscientos euros, había dicho Mari. Eso, junto con los quinientos que cobraba su madre, dejaba en casi setecientos su contribución mensual a la cárcel de las teresitas. Podía con eso; el problema seguía siendo la entrada.

Encendió el ordenador y buscó en la cartera la tarjeta con los códigos para consultar su cuenta. Del bolsillo salió también la tarjeta que le había metido doña Rosa. La dejó sobre la mesa y se dio cuenta de que no era del seguro, sino de las teresitas. Memorizó con resignación el nuevo número de su madre. Luego volvió a centrarse en la pantalla y buscó los últimos movimientos.

Siete días para final de mes y le quedaban mil doscientos en la cuenta... En casa tendría otros quinientos. Le faltaban mil novecientos que no podría conseguir hasta el mes siguiente. Ya se imaginaba la cara de doña Rosa cuando le dijese que no había podido reunir el dinero. Y empezó a sentirse como un desgraciado. Mientras se frotaba los párpados con las yemas de los dedos se preguntó si su madre tendría dinero en la cuenta de ahorros, pero la sola idea de tocarlo le revolvió el estómago. Volvió a pensar en el piso. Estaba el tema de la fianza, a él

siempre le habían pedido un par de meses por adelantado... pero ¿cómo iba a pedirle fianza a la hija de doña Rosa? La única solución era que en las teresitas le dejaran pagar una parte ahora y el resto más adelante... Iba a marcar el número, pero la luz amarilla le avisó de que se estaba quedando sin batería. Abrió el primer cajón para buscar el cargador y lo primero que vio fue la lista de la letrada. Se había olvidado de ella por completo. La sacó y conectó el móvil al cargador.

El primer nombre de la lista era un tal Pere Gilbert. Al lado, escrito a mano con un bolígrafo azul, había un número de móvil. Los seis y los nueves eran muy peculiares, y le surgió curiosidad por saber si los habría escrito ella. Deseó recordar algo más del curso de grafología al que se había apuntado, como materia optativa, el último año en la academia de capacitación, pero no fue capaz de determinar lo que significaban aquellos trazos tan furiosos, ni la desproporción entre el tamaño de los diferentes números o la perfección milimétrica de los círculos.

Marcó el número, poco convencido de sacar nada en claro. No obstante, iba a disfrutar mucho dejando muda a la letrada cuando le dijese que había comprobado sus pesquisas y que no le habían servido de nada. Mientras esperaba, releendo la lista con el tono cansino de fondo, reconoció otros dos nombres: Joan Casaus y María Prats, la viuda.

Veinte minutos más tarde, J. B. colgó el teléfono con la oreja húmeda y la mano fría. Por fin aparecía el verdadero móvil, nítido y contundente, que había llevado a la veterinaria a matar a Jaime Bernat.

Agazapada bajo la lona del tractor, Kate notaba los pulmones asfixiados y un sabor amargo que le llenaba la boca. Cerró los ojos, concentrada en lo que ocurría tras la tela mientras hacía un esfuerzo titánico por controlar el ruido de la respiración con la boca entreabierta. El hombre que acababa de irrumpir en el almacén parloteaba entre gritos como un loco fuera de control. Había dejado la puerta abierta y un hilo de la luz mortecina de la tarde se colaba bajo la lona, lo que le permitía ver las sombras de sus movimientos. Intentó comprender lo que decía, pero balbuceaba palabras sueltas y frases inconexas gritando con voz ronca. Al final volvió a salir dejando tras de sí la puerta abierta. Kate había oído cómo sus pasos se alejaban, pero no sabía el tiempo que tardaría en volver ni si a ella le daría tiempo a salir de allí.

Empezó a moverse bajo la lona hacia la parte de atrás y la levantó un poco para ver dónde podía esconderse si a él se le ocurría destapar el tractor. Al fondo del almacén vio unos bidones. Podía llegar hasta ellos y allí estaría más cerca de la puertecilla pequeña. Cogió aire y, cuando estaba decidida a hacerlo, volvió a oír sus pasos furiosos acercándose y dejó caer la tela.

Ahora le oía trajar en silencio. Sólo de vez en cuando apreciaba algo parecido a un jadeo. Kate se arrodilló y bajó la cabeza hasta rozar el suelo con la oreja para averiguar lo que hacía.

El titán intentaba coger algo de uno de los estantes superiores entre jadeos y sollozos. Cuando consiguió dar con lo que buscaba, lo lanzó con rabia contra el suelo. Tras el estruendo del choque, todo quedó en silencio. Kate notó que algo le rozaba la cara. Se estremeció al imaginar lo que podía ser y, sin pensar, dio un respingo. Su cabeza rozó la lona y se quedó petrificada. El almacén permanecía en silencio, y contuvo la respiración unos segundos. Parecía que él no había notado

nada y consiguió calmarse, pero de pronto notó algo vibrando en su bolsillo. Su mano se desplazó hacia atrás mientras la BlackBerry emitía el típico zumbido casi silencioso. Cuando sus dedos tocaron las teclas temió que se oyese algún ruido y contuvo otra vez la respiración. De nuevo, sólo el silencio. Permaneció petrificada con las rodillas clavadas en la tierra, atenta a lo que ocurría al otro lado de la tela, mientras el corazón le retumbaba en el pecho como una locomotora. Por un momento temió que los latidos la delatasen, pero empezó a oír algo parecido a un choque metálico y en seguida comprendió que él continuaba buscando. Relajó un poco los hombros y los abdominales. Al hacerlo fue consciente por primera vez de que le temblaban las piernas y de que las piedras del suelo se le estaban clavando en las rodillas.

No se movió hasta que el primer golpe la sobresaltó. La voz era ronca, casi gutural, pero con toda la potencia de la ira.

—Esto. Esto es lo único tuyo. Ya puedes venir a por ella cuando quieras. ¡Malditos cabrones, cabrones todos! Tú también, maldita. Bien poco que os costó dejarme solo, solo con el viejo. ¿Quién me preguntó si quería quedarme?, ¿quién? Tú te fuiste con ella y ahora, ¿ahora qué vienes a buscar?

Un nuevo golpe seco sonó sobre el suelo. El tableteo de la madera encolada al romperse y el sonido áspero del hacha arrancada con fuerza del suelo. Luego, una sucesión de golpes sin final.

Desde su posición, Kate no podía ver nada. Extendió una mano temblorosa tratando de decidir si levantaba la lona para ver lo que estaba pasando, pero entonces descubrió que la tela tenía un roto e, intentando no rozar nada, se balanceó hacia adelante para mirar. Cuando por fin pudo enfocar la visión, no podía creer lo que estaba contemplando. Santi aporreaba una y otra vez con la fuerza de un titán lo que quedaba de la casita de muñecas más linda que Kate había visto nunca.

— ¡La legítima hostia te voy a dar! — gritó —. ¡Ésa es la única legítima que vas a tener! Y el cabrón este, ¿quién se cree que es? Esto es entre tú y yo, ¿qué coño pinta un extranjero? ¿Dónde estaba él cuando el viejo me molía a bastonazos? Y tú, dónde estabas tú, ¿eh? Que no venga a decirme lo que te toca porque le parto el cuello de un hachazo... A ver si tiene cojones de pedir la legítima esa, ya te daré yo lo que te toca, ya, esta maldita casa, lo que te olvidaste al irte. Esto es todo lo que te toca del viejo. Treinta años, y ahora qué, ¿a repartir? Hostias voy a repartir. Antes lo quemo todo, maldita sea. Aquí, con él, tenías que haber estado... Toda la vida aguantando, solo como un perro, y ahora, ¿repartir? Una mierda del notario y del abogado. Aquí no se toca nada o le pego fuego a todo. ¿Qué me importa? Cuando tenga Santa

Eugènia, el resto arderá todo.

Cuando Santi acabó de maldecir, de la casa de muñecas sólo quedaban trozos astillados de madera en colores pastel, con cenefas en blanco, y restos destruidos de los pequeños mueblecitos y porcelanas. Kate no podía apartar la mirada del minúsculo váter de porcelana que enfocaba justo a través del agujero. Al fin bajó la cabeza, alzó la mirada y le vio. Santi tenía el rostro bermellón y por él resbalaban gruesas gotas de sudor. Sus brazos temblaban, aprisionados por la tela húmeda de la camisa, y su espalda estaba encorvada como la de un soldado derrotado. Apenas a un metro de la cabeza de Kate, dejó caer algo que se clavó en el suelo mientras ella le oía expulsar un sollozo entrecortado. Luego, el silencio. Y Kate, con los ojos clavados en la hoja metálica del hacha que aún titilaba, y el corazón encogido, lo oyó alejarse.

Santi Bernat había dejado la puerta del almacén entreabierta, pero Kate esperó bajo la lona a que anocheciese y escapó por la pequeña abertura lateral por la que había entrado. Atravesó la era a oscuras. Tropezó varias veces sin dejar de volverse para vigilar el camino que iba dejando atrás. Desde su escondite, atenta a cualquier ruido de pasos, había escuchado las ráfagas de intensa lluvia golpeando sobre la cubierta del almacén. Ahora había amainado, sólo lloviznaba aguanieve y, a pesar de ello, los minutos que tardó en cruzar el campo le parecieron un mundo, hasta que por fin pudo ver la silueta del Audi. Entonces fue consciente de que ya estaba fuera y metió la mano mojada en el bolso. Pero le temblaba demasiado y necesitó cerrar el puño con fuerza un instante para poder coger las llaves. No dejó de avanzar mientras buscaba con los dedos ciegos el mando y, cuando por fin pudo pulsar el botón, las brillantes luces del coche en la oscuridad la hicieron parpadear varias veces. Al saltar la valla notó que algo le tiraba del pantalón y le estremeció la sola idea de la imagen de Santi acercándose. Con el corazón en la garganta, siguió avanzando hasta que consiguió saltar a la calle. Las farolas del pueblo empezaban a calentarse y, en cuanto sus botas pisaron el asfalto, supo que lo había conseguido.

Al llegar al Insbrük aparcó en batería y permaneció unos minutos encerrada en el coche. Le dolían las piernas y la espalda, y por primera vez fue consciente de que también le escocían las rodillas. Se pasó la palma de la mano por esa zona y sus dedos notaron el tejido acartonado donde se había secado la sangre. Agarró el pantalón con el índice y el pulgar y tiró de la tela para despegársela de la herida. Había mantenido la calefacción al máximo desde Mosoll y, ahora, el contacto de la lana pegada a la piel húmeda de la espalda le producía constantes escalofríos y una sensación tremenda de abandono. Se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Ni siquiera había tenido tiempo de procesar las palabras de Santi, y tampoco sabía si sería capaz de recordarlas. Se maldijo por no haberle grabado con la BlackBerry. Pero si lo hubiese hecho, y él la hubiese descubierto, tal vez estaría muerta. Lo único que sabía era que necesitaba tiempo para reflexionar sobre lo que había oído y sacar conclusiones. Miró el reloj del coche. Apenas faltaban veinte minutos para su cita con el sargento, así que debía empezar a poner orden en su cabeza si quería convencerle.

Vamos, Kate, tienes que contarle todo lo que has visto. Respiró hondo y comenzó a repasar mentalmente lo que había sucedido desde su entrada en la finca Bernat. Pero sus pensamientos dejaban de avanzar en cuanto evocaba la imagen de Santi con el hacha destrozando la casita de muñecas. Sin ser consciente, Kate contenía la respiración hasta que ya no podía más, y vuelta a empezar. Dos golpes en el cristal le abrieron los ojos de inmediato. Miguel la observaba con el ceño fruncido y su primer impulso al verle fue echarse a llorar. Intentó tragarse las lágrimas, pero cuando quiso abrir la boca se le escapó un sollozo entrecortado que la sorprendió.

Kate sabía que debía contenerse o entraría en una espiral de llanto de la que no podría salir. Por suerte, nadie lo había oído. Volvió a tragarse las lágrimas e intentó sonreírle mientras buscaba a tientas el botón para bajar el cristal. Eso hizo que el ceño de su hermano se frunciese aún más. Miguel intentó abrir la puerta desde fuera. El clac de la manecilla rompió el silencio hermético del interior del Audi y la hizo reaccionar.

Al principio, ponerse de pie y caminar fue un suplicio. Miguel le preguntó y ella le respondió que tenía frío, que sólo necesitaba tomar algo caliente y que había quedado con el sargento en el Insbrük. Su hermano la observaba extrañado, pero, por una vez, no dijo nada y la siguió hasta el bar.

Kate caminaba ligeramente encogida. Las rodillas le escocían a cada paso con el roce de la tela del vaquero y le costaba contener el llanto. Pero el mayor problema era el temblor de las manos. En cuanto las sacase de los bolsillos, Miguel se daría cuenta y tendría que contárselo todo. Y lo peor era que el sargento estaba a punto de llegar. Pensó en la poca luz que había en los servicios del Insbrük y en si tenía tiempo de acercarse al Café y Té para echarse un vistazo. Pero daba igual: hiciese lo que hiciese, se darían cuenta de que le pasaba algo.

Llegaron al Insbrük y Miguel le sujetó la puerta. Kate esbozó una mueca, muy mal tendría que verla para cederle el paso. Entró y con la cabeza baja fue directa al servicio.

Casi cinco minutos después oyó dos golpes en la puerta y la voz preocupada de su hermano preguntando si iba todo bien. Le respondió con un dos minutos y se secó la cara con papel de váter. Había conseguido serenarse, retirar los restos de maquillaje y sonreírse varias veces para relajar la musculatura facial. Con la ayuda de las fotos que tenía en la BlackBerry no sería difícil convencer al sargento.

Pero al salir del servicio, con la calidez de la atmósfera y el estruendo de los vídeos musicales de la televisión, tuvo que contener un nuevo sollozo. Permaneció quieta e intentó reprimir las lágrimas sin dejar de mirar a la pantalla del bar. Al final, la silueta de Chris Martin en mitad de un concierto hizo que se centrarse en la letra, y eso la ayudó a templarse. Casi se olvidó de todo hasta que Miguel le empujó la espalda suavemente y la dirigió hacia las mesas del fondo. A medida que avanzaba, Kate empezó a entrar en un estado de relajación casi catatónica, como cuando acababa por fin con uno de esos casos complejos que Paco le confiaba.

Se sentó y miró alrededor. Dos tipos en la barra le estaban mirando las botas. Bajó la vista y sus labios se despegaron de golpe.

—Voy a por dos cafés y me cuentas lo que ha pasado —dijo Miguel soltando las llaves sobre la mesa y señalando el rastro de barro que había dejado desde el baño.

Diez minutos y un americano después, Kate Salas le estaba contando a su hermano mayor lo que había vivido en la finca de los Bernat. Mientras lo hacía, sus manos dejaron progresivamente de temblar y las palabras de Santi fueron acudiendo a su mente como dictadas por un duende de la memoria. Ella las repetía para Miguel, que la escuchaba con atención de cazador. Ninguno se dio cuenta de que el sargento entraba en el bar, ni de que pedía una Moritz en la barra. Sólo cuando J. B. clavó la botella sobre la mesa que compartían, los hermanos Salas levantaron la vista y Miguel le invitó a sentarse. Kate permaneció callada y volvió a buscar refugio en la pantalla y a oír la música de fondo mientras notaba sobre ella la mirada del sargento. Kate era consciente del mal aspecto que debía de tener, con el pelo húmedo, el pantalón roto, las botas embarradas...

Clavó los ojos en el rostro de Chris Martin y cogió aire. Si había vuelto al valle y había entrado en la finca de Santi era únicamente por un motivo: para desvincular a Dana del caso. Y ahora que por fin podía aportar pruebas de que sus argumentos contra Santi tenían fundamento, nada iba a detenerla.

Los de Coldplay saltaban rodeados de cables en la pantalla. Kate se imaginó en una de esas vistas en las que nadie podía con ella, se irguió y decidió que había llegado el momento de emplearse a fondo. No le pasó desapercibida la mirada de sorpresa de su hermano al verla enderezarse y respirar hondo. El sargento se dejó caer en uno de los taburetes y la tentó alisarse el pelo, pero se propuso olvidar el aspecto que debía de tener y reprimió la tentación de ir un momento al servicio a echarse un vistazo rápido, pues temía que las piernas le fallasen de camino al baño. Así que sacó la BlackBerry del bolso, buscó una de las imágenes y la dejó sobre la mesa, delante del sargento, agradecida de que el temblor de manos hubiese remitido. La noche anterior apenas había dormido. Estaba cansada, muy cansada, eso era todo. Inspiró de nuevo antes de hablar.

— Éste es el quad de Santi. Está en su finca, en el almacén que hay al lado del granero. Creo que iba en él el día en el que murió su padre.

Consciente de lo suave que había sonado su voz, carraspeó. Le faltaba energía, pero allí estaba y acabaría el trabajo.

J. B. la miró perplejo y luego miró a Miguel. Kate veía en sus ojos que estaba atando cabos. Bien, a estas alturas ya debía de tener claro que ella no era de las que se quedaban esperando. De repente, al sargento se le frunció el ceño y Kate vio cómo miraba a su hermano con incredulidad.

— ¿Ha entrado en la finca de los Bernat? — le preguntó Silva a Miguel.

Su hermano asintió, y J. B. la miró con desaprobación.

— ¿Tienes idea de lo que has hecho? — le dijo el sargento —. Has entrado en una propiedad privada, eso es allanamiento. ¡Podría costarte la inhabilitación! Y tú — acusó a Miguel —, ¿cómo puedes ser tan permisivo con algo así? Conoces la gravedad de lo que ha hecho y lo dejas pasar como si nada. Macho, no te reconozco.

J. B. negó con la cabeza y clavó los ojos en Kate mientras ella observaba con pasmo cómo Miguel apoyaba una mano en el hombro del sargento.

— Se nota que no tienes hermanas, tío. — Y señalando la Moritz añadió —: ¿Otra?

Silva volvió a negar, como si aquello no tuviese solución. Cuando Miguel los dejó solos, Kate notó su hostilidad y la atenazaron de nuevo las ganas de llorar.

— ¿Tienes idea del compromiso en que me pones? Debería denunciarte ahora mismo, porque si esto sale a la luz y alguien se entera de que yo lo sabía, estoy jodido, ¿entiendes? No soy tu hermano, no esperes permisividad, y mucho menos

una palmadita en la espalda por esto – le advirtió señalando la BlackBerry.

¿Se podía ser más imbécil? Kate empezó a encenderse. Y encima se creía con derecho a echarle la bronca después de la tarde que había pasado. Seguro que él había estado relajadito rascándose la panza mientras ella hacía su trabajo. ¿Y Miguel? Su gesto la enervaba. Como de costumbre, su hermano desaparecía en cuanto empezaba la discusión. Estaba claro que al final siempre tenía que sacarse las castañas del fuego ella sola. Ni siquiera sabía por qué se lo había contado. Era una idiota.

El sargento bebió de la botella y a Kate le dieron ganas de hacérsela tragar. Puede que su hermano bajase la cabeza ante cualquiera, pero ella no lo tenía por costumbre, y menos aún cuando sabía que tenía razón. Se olvidó de Miguel y clavó los ojos en el sargento. Se le habían esfumado las ganas de llorar.

– ¿Así que estás jodido? – replicó sarcástica –. Pues mira, a lo mejor si alguien hiciese mejor su trabajo yo no tendría que andar escondiéndome como una ladrona en los garajes y almacenes de la gente para conseguir pruebas. Ayer te di la lista, y ahora esto. Y si no te han enseñado a dar las gracias no es mi problema. Pero no me vengas con chorradas de inhabilitaciones cuando el incompetente aquí todos sabemos quién es.

El sargento se incorporó colérico. Quería intimidarla, y Kate se forzó a no retroceder ni un centímetro.

– ¡Lo que pasa es que no tienes nada en la cabeza! – la acusó sujetándola por sorpresa del brazo –. ¿No te das cuenta de que ese tipo podía haberte destrozado? Y, entonces, ¿qué? ¿Habría valido la pena? – preguntó con el rostro a un palmo del de la abogada.

Silva dejó de hablar, pero siguió con los ojos fijos en ella hasta que Kate detectó que la mirada rabiosa del sargento se transformaba. Apenas fueron unos segundos: él le apretó el brazo, tiró de ella y cuando estuvieron a pocos centímetros sus ojos descendieron hasta los labios. La mano del sargento le quemaba el brazo, Kate se apartó y el sargento la soltó. Ambos se sostuvieron las miradas hasta que él apoyó los codos en las rodillas, cogió la cerveza y sonrió con sarcasmo.

Kate buscó a su hermano. Pero ¿qué había sido eso?

Quería acabar lo que había ido a hacer y marcharse del Insbrük. Entonces ¿por qué no lo hacía? De hecho, sólo había que convencer al sargento para que investigase el quad de Santi. Miguel le sonrió desde la barra. Había empezado una partida de dardos con tres tipos más. Sin mirarle directamente, Kate advirtió que el

sargento dejaba la Moritz sobre la mesa, y se sintió observada. Entonces cogió la BlackBerry, recuperó la imagen del quad y la dejó sobre la mesa, al lado de la botella del sargento.

J. B. cogió la botella e ignoró el aparato.

Kate lo miró directamente, él bajó la vista y dejó la botella.

Bien, seguro que estaba pensando una respuesta, y ella le iba a dar un poco más de tiempo. Al fin y al cabo se trataba de convencerle y necesitaba ganarse su confianza. Sólo que la ponía enferma esa superioridad cada vez que abría la boca. Notó de nuevo sus ojos sobre ella y lamentó su aspecto. Bajó la cabeza y tomó un sorbo del americano que le había pedido Miguel. Estaba helado y amargo, pero consiguió suavizar la sensación de sequedad que tenía en la garganta. Cuando sus miradas coincidieron de nuevo, y le pareció que iba a responderle, el móvil de Miguel empezó a moverse sobre la mesa y ambos lo miraron. J. B. lo cogió y se volvió hacia la barra sosteniéndolo en alto. Miguel se acercó para cogerlo, miró la pantalla y salió del local.

Vamos, Kate, sólo tienes que convencerle.

—Me pregunto por qué no te hiciste policía —ironizó J. B. cogiendo de nuevo el botellín—. Seguro que tu abuelo habría estado feliz. Y a estas alturas ya serías por lo menos comisaria.

Kate asintió con sarcasmo.

—Claro, eso es lo más fácil, echar pelotas fuera.

Él le mostró la botella como si bebiese a su salud y tomó otro trago.

—Tu amiga, la comisaria, quiere un culpable —continuó Kate—, y ha decidido tenerlo aunque no lo sea. Como comprenderás, no voy a permitir que le hagan esta jugada a un inocente, y Dana lo es. Estoy segura de que hasta tú te has dado cuenta de eso —concluyó irónica.

J. B. clavó los ojos en los suyos y se acercó a ella. Kate se sintió intimidada, pero no retrocedió ni un milímetro.

—No tienes ni idea de nada —afirmó él entornando los ojos—. O puede que sí, que estés al tanto de todo y que quieras colarme un gol. A ratos no sé qué pensar. Aunque la verdad es que ninguno de los dos nacimos ayer, así que no entiendo cómo esperas que me trague tu discurso de somos inocentes. Porque a estas alturas es muy poco creíble.

Kate le miraba sin comprender y él sonrió.

— Ahora ya sé demasiado de tu amiga, la de yo-no-mataríauna-mosca. Y todo gracias a ti. Irónico, ¿no?

Ambos estaban inclinados sobre la mesa y ambos miraron a la vez la pantalla de la BlackBerry cuando se iluminó y empezó a moverse. Kate vio que era el número del técnico andorrano. Lo cogió y le dirigió una mirada a Silva advirtiéndole que aquello no había acabado. Él cogió la botella de Moritz y simuló brindar por ella. Kate descolgó y salió del bar. En la puerta se cruzó con su hermano y no le devolvió la sonrisa.

— ¡Sí! — soltó al sentir el frío de la calle cortándole la respiración.

— ...

— ¡Pero qué me estás contando! — gritó rabiosa—. Los bancos tenéis auditorías constantemente y siempre se os avisa, lo sabe todo el mundo. No me vengas con historias y acaba de una vez con tu parte. Me estás agotando la paciencia.

— ...

— ¿Que ya no puedes hacer nada? ¡Es sábado! Ten un poco de iniciativa, por el amor de Dios... Busca a alguien que te facilite la entrada y págale si es necesario, pero no voy a tolerar ni un retraso más. El plazo que me pediste cumple mañana, así que ¡¡mueve el culo!!

Clic.

— ¿Oye?, ¡¡oye!!

Kate miró la pantalla de la BlackBerry. Le ardían las tripas. Pulsó la rellamada y escuchó los tonos mientras una humedad fría le impregnaba la espalda. Colgó y volvió a llamar. Esta vez, el tipo había desconectado el móvil. Se quedó mirando la BlackBerry que aprisionaba con fuerza con la mano en alto mientras pensaba en lo que podía hacer. Enfadarse no le serviría de nada. Respiró hondo y la imagen sonriente de Mario Mendes apareció en su mente. La desechó. Nadie iba a conseguir que fracasara. Ni siquiera el maldito fiscal. El muy cabrón creía que se la iba a jugar, pero de eso nada. Buscó las últimas llamadas y le mandó un mensaje a Luis. Se iban a enterar todos.

Cuando regresó al Insbrük, el sargento estaba de pie hablando con Miguel mientras éste se ponía la chaqueta. Luego encajaron las manos y su hermano se volvió hacia ella. Miguel dijo algo y ambos rieron. Por suerte había llovido mucho

desde que era una niña insegura a la que afectaban las bromitas de los amigotes mayores de su hermano. Además, esa noche no pensaba irse sin cumplir su objetivo. Tenía el estómago vacío, pero la rabia por la llamada del técnico y el frío de la calle la habían despejado. Se sentía preparada para batear con el sargento y no quería distracciones. Avanzó hasta la mesa y se sentó.

Miguel, al salir, saludó efusivamente a un par de chicas de la última mesa, como si no hubiese pasado nada, como si no acabase de comportarse como un cobarde al no defenderla delante del sargento y decepcionarla por enésima vez. Se dio cuenta de que las lágrimas volverían si seguía por ahí y se forzó en recordar por qué seguía en el bar.

El sargento se sentó y cogió de nuevo la botella. Un Agua de Moritz sin alcohol, curioso. Kate volvió a donde lo habían dejado antes de la interrupción:

—Has dicho que sabías cosas de Dana. Si son malas, seguro que son mentira. Si la conocieses, lo sabrías.

J. B. dibujó una sonrisa ladeada que dejó el diente roto al descubierto y puso la botella sobre la mesa. Ella insistió:

—Así que deja ya de hablar por hablar. Estoy segura de que ni siquiera te has molestado en mirar la lista que te di —le acusó.

Él rascó con la uña del pulgar la etiqueta estampada de la cerveza y Kate pensó que no sabía qué decir. Pero J. B. respondió en seguida.

—No sólo la he mirado, sino que me han bastado cinco minutos al teléfono con el primer tipo que aparecía para tener más claro que nunca hacia dónde hay que apuntar. Créeme, esa lista ha sido reveladora.

Ella le miró sorprendida y también algo intrigada.

—¿Has hablado con alguien?

J. B. asintió.

—Y yo tenía razón, ¿no?

El sargento señaló con la Moritz hacia la puerta por donde acababa de salir Miguel.

—Mira, le he prometido a tu hermano que te escucharía cinco minutos más, pero no voy a contarte nada del caso.

—Pero ¡si esa lista te la di yo!

– No la necesito. Ayer encontramos el bastón de Jaime Bernat en la finca de tu amiga y, si sus huellas están en él, no habrá nada que impida una citación del juez. Así que en cuanto aportemos el móvil que tiene estará todo dicho.

– ¿El móvil? ¿Qué móvil? Todo el mundo tiene derecho a defenderse cuando le atacan.

– Sí, pero sin matar a nadie. Tu amiga tendría que haberse limitado a lo de los arrendatarios.

– ¿Qué arrendatarios?

Su mirada de desconcierto la hizo sentir como una ingenua.

– Pues los que intentó poner en contra de Bernat hace unos meses. ¿Tampoco lo sabías?

La voz de Silva mezclaba sarcasmo con incredulidad.

– No me lo creo. Dana es la mejor persona que conozco. Puede que sea quejica o demasiado blanda, pero se dejaría matar antes de hacer daño a alguien. Y es incapaz de maquinaciones como éstas.

J. B. sonrió. Esta vez no hubo sarcasmo en sus palabras.

– Tantos aires de superabogada y al final eres una ingenua incapaz de ver la realidad aunque esté ante tus narices.

Silva bebió otro trago de la botella y Kate tuvo que contener las ganas de partírle la cara. El muy imbécil intentaba sacarla de quicio, pero no iba a conseguirlo. Se preguntó si de verdad se le estaba escapando algo o si sencillamente él se estaba marcando un farol. Se preguntó, incluso, si Miguel se habría ido de la lengua con la historia de su padre y ahora el sargento pretendía humillarla. Le observó pedir otra Moritz y buscar monedas en el bolsillo del pantalón. Luego las dejó sobre la mesa y la miró entornando los ojos, como si quisiese saber lo que pensaba. Kate notó que se ruborizaba y buscó la BlackBerry. Luego la mantuvo apretada en la mano, incapaz de pensar en algo que decir. Céntrate, sólo quiere confundirte y no te conoce. ¿Qué puede importarte un colega de Miguel? Lo importante es Dana, y el caso, y quemar vivo al maldito andorrano en cuanto cumpla su cometido. Vamos, ponte las pilas, Kate.

– Que no te preocupe mi ingenuidad, sargento. Lo que debería mantenerte en vilo es dejar que culpen a un inocente por tu desidia. Dana no le mató, y si tuvieras la más mínima idea de por qué discutió con él, comprenderías en seguida que es buena persona.

Su respuesta la desconcertó.

– ¿No te referirás a lo del árbol?

Pero ¿cómo narices...?

De repente, Miguel se sentó de nuevo con ellos. Ninguno le había visto entrar porque estaban inclinados sobre la mesa, atentos el uno al otro. Ambos se volvieron hacia él al mismo tiempo, y Miguel les dijo que el coche no había querido arrancar y que la grúa aún tardaría media hora. Kate volvió a la carga con Silva.

– ¿A qué te refieres con lo de que no veo?

J. B. la miró directamente y se acercó aún más. Kate retrocedió un poco.

– No tienes ni idea de los problemas de tu amiga, ¿verdad?

– ¿Qué quieres decir? Dana no tiene problemas, o yo lo sabría.

Empezaba a impacientarse. La conversación no avanzaba. El sargento se echó hacia atrás y miró a Miguel. Luego, de nuevo a ella.

– Entonces, ya sabes que está a punto de perder la finca y que Jaime Bernat tenía un poder para hacerse con ella en cuanto venciesen cierto número de cuotas sin pagar y el banco la ejecutase. Eso me lo dijo el primer tipo de tu lista, mira por dónde. Y sabrás que ni siquiera paga a los proveedores y que algunos ya no le sirven género, que lleva meses acumulando cuotas impagadas y, por lo que parece, están a punto de embargarle la propiedad.

Kate lo miraba incrédula. ¿Quién podía haber difundido esas barbaridades?

El sargento continuó:

– Bueno, pues la muerte de Bernat digamos que deja algunos asuntos en espera hasta que se resuelva la herencia. Eso le da tiempo a la buena persona de tu amiga para conseguir el dinero.

Aquello no era verdad. Imposible. La gente es imbécil y se cree cualquier rumor. Llevaban una semana viviendo en la misma casa, por el amor de Dios... Dana estaba bien. Si no, se lo hubiese dicho y ella la habría ayudado, como siempre, como le había prometido a la viuda.

Pero de repente recordó la despensa y los armarios vacíos de la casona, y se preguntó cómo podía haber estado tan ciega.

El sargento puso la mano en el hombro de Miguel. Y el gesto le recordó a Kate al abuelo el día del funeral.

–Macho, creo que tu hermana tiene que hablar largo y tendido con su cliente y ver dónde se mete.

Kate buscó su mirada, pero Miguel tenía los ojos clavados en la cerveza.

–Oye, tío, lo siento, sé lo que tienes con la veterinaria, pero alguien tenía que decírselo –siguió hablando el sargento.

J. B. había hablado como si ella no estuviese allí mientras la señalaba con la cabeza. Kate no podía apartar la atención de su hermano y, cuando Miguel levantó la cabeza, comprendió que se la habían vuelto a jugar.

Veinte años después volvía a ser la última en enterarse de todo. Esta vez, incluso la propia Dana la había dejado al margen. Eso dejaba claro que todo seguía igual, que nadie la tenía en cuenta. Y, de repente, necesitó salir de allí. Buscó el bolso y se puso la chaqueta. En el valle sólo le quedaba hablar con Dana, recoger sus cosas y largarse.

Cogió la BlackBerry y, mientras la guardaba en el bolso, reparó en la chica que se acercaba por detrás al sargento. Kate la miró sin atención, pero ella le guiñó el ojo con un dedo sobre los labios y entonces la abogada se fijó en ella. Era difícil no verla, con sus vaqueros ajustados y la minicazadora acolchada en plata brillante que apenas le llegaba a la cintura. Mientras la observaba frotarse las palmas de las manos, Kate empezó a comprender y miró fugazmente la mano de Silva sobre el hombro de Miguel. Su hermano aún asentía a las explicaciones del sargento. Cuando quiso darse cuenta, la joven le había tapado a Silva los ojos con las manos y Miguel la contemplaba embobado. Los labios del sargento sonreían, pero mantenía el ceño fruncido. La chica de la bomber plateada le rodeó y con las manos sobre sus ojos se le sentó en las rodillas. Cuando le dio el beso a lo Gilda, él respondió levantando los brazos, como si le estuviesen atracando.

Sencillamente, Kate no tenía tiempo para eso.

Cuando Tania lo soltó y él la buscó con la mirada, la letrada ya iba camino del coche.

La casa estaba a oscuras. Al entrar, se secó las lágrimas y escuchó atenta si Dana había llegado. No sabía si querría quedarse a dormir cuando tuviese las respuestas que había ido a buscar. Pasar la noche en casa del abuelo estaba descartado, pero volver a Barcelona era física y mentalmente imposible cuando a la mañana siguiente tendría que volver para ocuparse de la fiesta. Cerró la puerta y se quitó la chaqueta. Aún estaba húmeda, igual que su espalda y sus hombros. La experiencia en la finca de Santi le parecía ya de otro siglo.

La casa estaba en silencio, igual que un escenario sin actores. A Kate, helada por dentro y por fuera, le escocían las rodillas con cada movimiento. Avanzó unos pasos dispuesta a esperarla en la sala y entonces vio su silueta ante la tenue luz de la chimenea.

Dana permanecía sentada en el suelo, al lado de *Gimle*, con las piernas cruzadas y una manta sobre los hombros. Mantenía los ojos clavados en el fuego. Kate apretó los labios. Esta vez no iba a dejarse engañar por su fragilidad. Le pediría explicaciones por su traición y, una vez confirmada, todo habría acabado. Kate buscó los ojos de la viuda. Dana la había excluido deliberadamente durante meses de sus problemas más graves y era evidente que en realidad no quería su ayuda. Así que probablemente lo mejor fuese desentenderse. Entró en la sala y se sentó en el Chester, detrás de Dana. La veterinaria ni siquiera se movió. Permanecieron unos segundos en silencio. Kate decidiendo cómo preguntarle, pero Dana se le adelantó.

– ¿Qué tal te ha ido el día? Aún te espero para ir a Cal No...

– ¿Cuándo se supone que ibas a decírmelo? – la interrumpió Kate.

Esta vez no estaba dispuesta a dejarlo pasar, no podía haber clemencia para tan alta traición. Y encima le dolía el estómago como si tuviese dentro el maldito

cráter del Poás.

Dana se volvió y dejó la taza en el suelo. Kate vio las lágrimas en sus mejillas, pero se obligó a recordar su propia ofensa, cómo se había sentido al escuchar la verdad de labios de un extraño y ratificarla en la mirada de Miguel. Dana se mostraba abatida, pero Kate no podía dejar de pensar en si le dolía más la falta de sinceridad de su amiga o que Miguel estuviese al tanto de todo. Incluso se preguntó fugazmente si el abuelo estaría también al corriente.

—¿A qué te refieres? —pidió Dana.

—Acabo de pasar la tarde escondida en un almacén helado en la finca Bernat, buscando pruebas que inculpen a Santi. Y, créeme, tal como estaba cuando ha entrado en el almacén, si llega a descubrirme, no sé lo que me hubiese podido hacer. —Hizo una pausa—. Y luego he quedado con el sargento para convencerle de que eras inocente, de que no matarías una mosca y de que serías incapaz de cargarte a nadie.

Kate la vio encogerse bajo la manta.

—¿Y lo has conseguido?

—Me ha respondido que era difícil creerse algo de eso cuando estuviste manipulando a los arrendatarios de Bernat a sus espaldas para ponerlos en su contra y que cuando uno ve peligrar lo suyo es capaz de cualquier cosa.

Kate hizo una pausa para que Dana se explicase, pero la veterinaria permaneció en silencio.

—¿Y sabes lo que le he contestado? Pues que tú no tenías nada que temer de Bernat, que todo iba bien en la finca y que, si esos rumores de que estás arruinada no fuesen falsos, ¡yo habría sido la primera en saberlo!

Kate había levantado la voz sin ser consciente, y Dana cogió aire y dejó caer los hombros casi de inmediato. Sus ojos miraban al suelo. Kate negó con ironía.

—Y entonces ha sido cuando me lo ha dicho. Y ha disfrutado haciéndolo, créeme, se han divertido mucho dejándome como una gran imbécil. ¡Ah!, porque Miguel también estaba...

Y sin darle tiempo a replicar añadió:

—¿No tienes nada que decir?

Y esa vez tampoco esperó a la respuesta.

—Pues ya te lo diré yo. Resulta que todo el mundo sabe que mi mejor amiga

lleva meses sin pagar la hipoteca y a los proveedores, que Bernat poseía un poder sobre sus tierras y que, con su muerte, la finca Prats ha ganado algo de tiempo. Lo sabía todo el mundo menos yo. Hasta ese maldito poli que no lleva aquí ni dos días. ¿Te dice algo todo eso? ¡Porque al sargento le parece un móvil de lo más convincente...!

Dana la escuchaba gritar en silencio, con las mejillas mojadas. Cuando bajó la cabeza, dos nuevas lágrimas resbalaron hasta caer sobre la manta que mantenía cruzada sobre el pecho.

Kate supo que no iba a hablar. Esa costumbre tan Prats de pasar de puntillas por los enfrentamientos sin rozar siquiera la línea de fuego, esa forma de esconder la cabeza bajo el ala, de pensar que Dios proveerá, la ponían enferma. Se levantó y fue a sentarse en la butaca al lado de la chimenea. Necesitaba estar más erguida, más alejada, y verle la cara.

– Creo que merezco una explicación... antes de irme.

Dana negó con la cabeza y Kate se forzó a no sentir lástima. Su amiga permanecía en esa posición encorvada, casi fetal, que le había visto tantas veces cuando la viuda estaba en las últimas, esa que le hacía desear abrazarla.

Pero esta vez la ofensa era demasiado grande y ocupaba incluso el espacio de la compasión.

Cuando ya no lo esperaba, Dana respondió con un hilo de voz.

– No quería meterte en problemas. Sabía que el caso Bernat se iba a complicar y no quería salpicarte.

– ¡¿Salpicarme?! Pero ¿qué sandeces son ésas?

Kate no podía creer lo que estaba oyendo. Algo la hizo mirar al cuadro de la viuda y negó con la cabeza, como si ella pudiese verla y comprender su terrible enojo. Inspiró y Dana continuó hablando.

– Mira, tú estás muy liada con tus casos. No puedes estar en todas partes. Yo no quiero molestarte. Ya buscaré a alguien que me ayude.

Era eso: le recriminaba no estar al ciento por ciento por ella. Había que joderse. Tener que oír eso cuando aún le sangraban las rodillas de estar tanto tiempo encogida bajo la lona del tractor de Santi... Kate contempló sus pantalones rotos y manchados, las botas sucias, y se sintió vacía y cansada. Se había roto el último vínculo que la mantenía conectada al valle. No tenía necesidad de soportar tanta ofensa ni de ser la última en la lista de nadie. Dana había elegido sus apoyos, y

su lugar lo había ocupado Miguel. Comprensible. Ella estaba lejos, y él, al lado. La contempló. Sentada en el suelo, Dana continuaba ausente. Era irritante que no fuese capaz de reconocer y valorar sus verdaderos apoyos. Miguel la dejaría tirada cuando más lo necesitase, él siempre había hecho lo mismo, y ambas lo sabían.

— Si eso es lo que crees no hay más que hablar. Soy una mala persona porque he desatendido tus asuntos, una mala amiga que no merece ni un voto de confianza. Sólo espero que te des cuenta de lo que estás despreciando. — Kate se puso de pie —. Veo que no me vas a decir nada. Dejarás que me vaya sin ayudarte sólo porque no eres capaz de contármelo.

La veterinaria se encogió sobre sí misma.

— ¿Qué quieres que te diga? — susurró —. Por lo visto, el sargento ya te ha informado de todo.

Dana continuó hablando como para sí misma:

— No tengo ni idea de cómo se ha enterado, pero la verdad es que ya me da igual. Hoy se han llevado los sementales y mañana llevaré el dinero al banco. Lo que no entiendo es que, precisamente a ti, te cueste tanto comprender que quiera resolver mis problemas yo sola...

Kate no podía, la sacaba de quicio que no se enterase de nada.

— Sí, eso lo entendería. Lo que no me cabe en la cabeza es que pienses que los enanitos van a pagar tus deudas una noche de éstas y que, cuando te levantes, todo será de color de rosa. Lo que no entiendo es que no me hayas pedido ayuda cuando estabas en una situación tan comprometida, y lo que menos comprendo es que Miguel sepa todo esto y tampoco me haya dicho nada. Eso sólo puede ser porque tú se lo has pedido. Y, si es así, no sé qué narices pinto yo aquí.

Había alzado de nuevo la voz y Dana había encogido el cuerpo aún más. Parecía que la voz le saliera del estómago.

— No le he pedido nada. Él sólo ha intentado ayudarme, a su manera. Además, no lo sabe todo. Y, para que lo sepas, he sido yo la que no ha aceptado su ofrecimiento porque quiero arreglarlo por mí misma.

— Entonces hazlo. Pero enfréntate de una vez a tus problemas y deja de meterlos en un cajón a ver si desaparecen solos — exigió señalando el escritorio donde se apilaban las cartas del banco.

Dana la miró de frente.

– Comprendo que estés molesta. Pero yo no te digo cómo llevar tu vida, así que haz lo mismo y respétame. Tú tienes mucho lío en Barcelona. Vete y resuelve el caso del hermano de tu jefe. Yo hablaré con algún abogado conocido de la abuela para que me ayude.

Kate resopló antes de que ella hubiese terminado de hablar.

– No tienes ni idea de dónde estás metida – advirtió la letrada –. La policía ha encontrado en tu finca el bastón de Jaime. Si encuentran tus huellas en él, van a ir directos a por ti. Sólo espero que llevases los guantes puestos cuando forcejeasteis.

Por la reacción de Dana a la noticia, Kate comprendió que aquel día no llevaba guantes.

¡Dios!

Sin embargo, la terquedad irracional de la veterinaria sí seguía allí.

– Cuando eso pase, ya veré lo que hago – respondió levantando la mirada como si el rostro de la viuda fuese el de una sibila.

¿Cómo se podía tener tan poca sangre? Kate se llevó las manos a los ojos y se masajeó los párpados.

– Ella no va a venir en tu ayuda esta vez – afirmó señalando el cuadro –, no puede, y lo sabes. Si quieres otro abogado, adelante, lo comprendo. Pero eres idiota y terca como una mula, porque sabes perfectamente que nadie te defendería como yo. Ahora bien, allá tú. Sólo te daré un consejo: mueve el culo, porque tu abuela no te traerá un abogado a la puerta de la finca, ni hará bajar del cielo a un ángel para salvarte, ni te susurrará en sueños dónde está enterrado un tesoro que ponga fin a tus problemas económicos.

Después de eso, ambas guardaron silencio.

– No va a dejarme caer – susurró Dana cabizbaja.

Kate sopló. Aquello era realmente irritante.

– No lo haría si estuviese en su mano, pero no lo está. Madura, Dan, es tu vida y estás echando a perder los pocos apoyos que tienes.

Kate movió la silla y cogió la BlackBerry del bolsillo. Miró la pantalla sin verla y enarcó los labios.

– Tú verás, yo me voy arriba, mañana tengo que preparar la fiesta y luego volver a Barcelona. Pero si durante la noche se te enciende el seso y aceptas que las amigas están para ayudarse, me lo dices a primera hora. Tengo ahorros y no debería

necesitar decirte que son tuyos, hasta el último euro.

Mientras subía la escalera pulsó la ruedecilla de la BlackBerry. El mensaje de Luis con los datos del técnico que le había pedido estaba ahí. Miró la hora, pero era muy tarde y estaba exhausta. Un día demasiado largo tras una noche muy corta y demasiada tensión. Pensó en la casa de Das, y en que al final ni siquiera habían ido a verla. Aunque, de todos modos, la finca Prats necesitaba el dinero, así que su verdadero objetivo —el ático de Barcelona— también debería esperar. Dijese lo que dijese Dana, ella no iba a permitir que perdiese la finca.

Antes de meterse en la cama escribió un último mensaje a Flora. Se imponía con urgencia contar con un buen penalista. Pero al releerlo cambió de parecer. Recibir un mensaje directamente de uno de los socios, sobre todo en domingo, le ponía a uno las pilas. Kate sabía por experiencia que la respuesta a esa llamada sería inmediata. Buscó con la ruedecilla en la agenda de la BlackBerry y seleccionó *enviar un SMS*. Habían pasado cinco años al otro lado de la línea y puede que hubiese llegado el momento de empezar a usar el poder de su nuevo estatus.

Cena del torneo social, Fontanals Golf

El salón principal del restaurante del club de golf estaba engalanado como en las grandes ocasiones. Habían encargado los centros florales de las mesas a la mejor florista de Puigcerdà, los manteles eran de lino, el ajuar de porcelana y las copas de cristal esa noche estaban reservadas al Moët que justificaba el precio del cubierto. La cena social era una de las veladas más esperadas y los tickets llevaban semanas en poder de los asistentes.

Magda Arderiu se acercó al alcalde por detrás y le apretó el brazo con una familiaridad que a Matilde, su esposa, y al resto de los invitados del corro, no les pasó por alto. Sin embargo, la esposa del alcalde parecía dispuesta a que ni siquiera eso le amargase la noche. Esta vez no había dejado nada al azar; y Magda lo sabía y la respetaba por eso. Aunque a Matilde le quedaba mucho por aprender.

El juez y su esposa se retiraron hacia su mesa. Magda los observó alejarse. La esposa del juez vestía el mismo conjunto del año anterior y la blusa también recordaba la moda de otros tiempos. Los vio reunirse con su hijo, su nuera y otros matrimonios. Había que reconocer que la nuera de los Desclòs llevaba en la sangre el glamur de su familia, los Güell. Lo que Magda no se explicaba era que hubiese aceptado vivir en el valle y hubiese dejado de ejercer la abogacía al casarse. Sus ojos estudiaron la actividad de la mesa de los jueces mientras asentía de vez en cuando, por inercia, a los comentarios del alcalde. La nuera de los Desclòs debía de ser la más joven del grupo y, desde luego, usaba una talla imposible. En fin, las vacas sagradas del valle empezaban a dar paso a la siguiente generación, y eso era bueno. Descubrió a Matilde buscando su propio reflejo en la cristalera de la sala y alisándose discretamente la falda larga de moaré negro. Luego, la vio observar sin disimulo sus zapatos morados de serpiente y el drapeado del vestido. Su expresión altiva la enervó. De repente, le dieron ganas de darle una lección, y se acercó más a Vicente para hablar con él.

—Y esa prueba tan concluyente, ¿no puedes decirme de qué se trata? —le preguntó el alcalde.

Magda le sonrió coqueta ignorando con descaro a Matilde.

—No, Vicente, eso es secreto, ya lo sabes. Quédate con lo que te dije; cuando reciba el informe del laboratorio, tendremos al culpable.

—Pues mira, es justo lo que necesitamos, porque la gente empieza a hablar. Y no nos conviene...

—Sobre todo cuando las elecciones están a la vuelta de la esquina —susurró Magda acercándose con complicidad.

—¿Cuándo crees que podremos anunciarlo?

—Te llamaré cuando lo tenga todo atado y nos pondremos de acuerdo para hacerlo juntos.

Vicente asintió y Magda detectó la punzada de angustia en el rostro de Matilde. La mujer del alcalde tiró de él con menos suavidad de la que pretendía y él se volvió sorprendido.

—Vamos, querido, la gente empieza a sentarse.

Vicente le ofreció a la comisaria el brazo que le quedaba libre, y Magda vio en los ojos de Matilde que, a pesar de todos sus esfuerzos, un solo gesto suyo podía amargarle la noche. Las dos mujeres se estudiaron un instante, y al fin Magda rechazó la oferta. Mientras los veía alejarse, la comisaria pensó que el corazón de la alcaldesa consorte debía de latir con rabia. Había hecho bien conteniéndose. De ese modo, su plan funcionaría y el resultado sería letal.

Magda esbozó una sonrisa satisfecha y paseó la mirada por la sala hasta regresar a la espalda de Matilde. Estaba muy por encima de ella, y ambas lo sabían.

Un par de horas atrás había visto salir de la sala a la mujer del alcalde con una sonrisa de triunfo que le desconocía. En cuanto entró y leyó la lista con la disposición de las mesas, Magda comprendió su expresión exultante y casi se dejó tentar y ordenar un cambio que le amargaría la noche a la consorte. Pero en ese momento sus objetivos eran más elevados que un simple juego de damas. Ella buscaba entrar en la división de honor. Su propia sonrisa cuando salió quince minutos más tarde con el objetivo cumplido le recordó la de Matilde. Le había costado cincuenta euros ocupar su sitio en la mesa de Casaus. Y, desde luego, que el alcalde de Pi estrenase viudedad le había venido estupendamente.

Le buscó con la mirada y le localizó charlando en la mesa que iban a compartir. Mientras se acercaba bien erguida sobre sus tacones, con el bolso morado de piel de serpiente en la mano, pensó que el lunes detendrían a la veterinaria y podría centrarse en su estrategia. Ver la reacción de la alcaldesa cuando ese asiento en el CRC fuese suyo sería de lo más reconfortante.

Kate colgó el teléfono. No se sentía satisfecha por lo que acababa de hacer, pero la actitud del técnico no le había dejado alternativa. El propio Paco defendía siempre que la tecla de los niños era implacable. En cuanto su hija de doce años le diese el mensaje, estaba convencida de que aquel individuo comprendería que iban en serio, dejaría de buscar excusas y se pondría a trabajar.

Acabó de arreglarse y bajó a la cocina. A través del ventanal contempló las finas estalactitas de nieve que colgaban de las ramas del sauce. Los recuerdos de los juegos con Dana volvieron nítidos, cuando se turnaban el palo del rastrillo para llegar más alto y hacer caer más nieve, y las entradas en tromba inundaban el suelo del vestíbulo de fango y nieve. Dana siempre era quien tenía el palo durante más tiempo y luego Kate tenía que defenderla delante de la viuda cuando entraba en la casa mojada como un pingüino y lo ponía todo perdido. Había nevado mucho desde entonces y, en esencia, Kate sentía que su función seguía siendo la misma, aunque Dana se empeñase en querer saltar sin red.

Después de un sueño reparador de ocho horas, Kate se sentía como nueva. Ahora sólo tenía que esperar a que el maldito técnico la llamase y le dijese que había acabado el trabajo. Dana ya no estaba. Casi mejor, así podría desayunar tranquila y luego marcharse a casa del abuelo.

La tarde anterior le parecía un sueño oscuro y lejano, sobre todo la parte del Insbrük. Por el momento prefería olvidarlo. En cuanto a la finca Bernat, no deseaba rememorar la experiencia, pero tampoco olvidar lo que había descubierto. Con la BlackBerry en la mano, se apoyó en la baranda de madera y agrupó las fotos que había tomado del quad en un solo archivo. Luego lo mandó al número del sargento.

Nada más entrar en la cocina vio la nota con su nombre pegada a la puerta de la nevera. Típico de Dana: pedir disculpas por escrito y luego en la fiesta

comportarse como si no hubiese pasado nada. Pero esta vez había ido demasiado lejos. Kate abrió el frigorífico para coger un yogur, buscó la caja de los copos suaves de avena y se sirvió dos cucharadas soperas en un bol blanco de cerámica. Mientras vertía el yogur notó la BlackBerry vibrando en el bolsillo y pensó en el andorrano. Alguien que le colgaba el teléfono no merecía que retrasase su desayuno, así que se sentó en uno de los taburetes y siguió removiendo con brío el contenido del bol.

Con la primera cucharada sus ojos volvieron a la puerta de la nevera. Continuó comiendo, pero en seguida se levantó a coger la nota. Un papel blanco doblado con el anagrama de diez letras que usaban desde siempre para ocultar sus nombres y la promesa que se habían hecho: *Daonnan Làn*. Kate se sentó y empezó a leer las cinco líneas.

He estado pensando en lo de ayer. No puedo depender de ti en esto. Tampoco es justo esperar que dejes tus cosas por mí. Será mejor que siga tu consejo y me busque un abogado que se ocupe a conciencia de sacarme de este lío con los Bernat. Esta mañana tengo que acabar unas gestiones. Nos vemos en la fiesta.

¿Se podía ser más idiota? Kate tragó lo que tenía en la boca y le dio un empujón al bol. La porcelana resbaló sobre la mesa hasta que una veta de la madera casi hizo que se volcase y tuvo que pararla con un gesto rápido de la mano. Bien, si eso era lo que quería, no había más que hablar. Soltó la nota sobre la mesa y se dirigió enojada hacia la escalera.

Subió los peldaños de dos en dos y entró en su habitación. La puerta del armario pareció poseída cuando la soltó para dejar la maleta abierta sobre la cama. Por desgracia no podía irse, desaparecer y concederle el tiempo suficiente para que se diese de bruces con un abogaducho de tres al cuarto que la hiciese desesperar hasta tener que volver con el rabo entre las piernas a pedirle ayuda. Porque puede que entonces ya fuese tarde.

La fiesta del abuelo era lo que le impedía desaparecer y darle esa lección. Aunque, de hecho, en la fiesta nada la obligaba a fingir que todo iba bien; ni con ella ni con el metomentodo de Miguel. Introdujo su ropa en la bolsa y se dirigió al baño. Su neceser estaba ya cerrado sobre uno de los estantes de mármol, lo cogió mientras se echaba un vistazo en el espejo. La muy burra no tenía ni idea del problema que iba a caerle encima cuando la policía encontrase sus huellas en el bastón, y encima ahora buscaba a un desconocido para defenderla. Además, ¿cómo se suponía que iba a pagarle? Que ella recordase, la noche anterior en ningún momento había

negado que no tenía dinero. ¡Dios!

En ese instante se acordó de que el penalista del bufete al que había mandado el mensaje la noche anterior no había respirado. Embutió el neceser en la maleta y, cuando la cremallera del compartimento derecho pareció encallarse, la cerró de un tirón. El estuche del Mac y el cargador de la BlackBerry fueron a parar al compartimento izquierdo. Una de dos, concluyó iracunda, o el tipo estaba incomunicado, o mejor que estuviese muerto si no quería tener problemas graves por no responder de inmediato a una socia.

Cerró la cremallera exterior de la maleta y miró el reloj. Las ocho y media. El repartidor de La Múrgula llegaría sobre la una a casa del abuelo y aún había que preparar las mesas. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas para ver qué tiempo hacía. El cielo estaba encapotado, cielo de nieve, pensó. Aunque, si aguantaba hasta las dos, por lo menos la casa no quedaría hecha una pena desde el principio. Repasó mentalmente lo que había encargado para la fiesta. Nada fallaba cuando quien se ocupaba era ella y, por suerte, al final sólo había delegado la compra de hielo. De verdad, esperaba que Miguel no lo olvidara.

Y pensar en él le recordó la noche anterior en el Insbrük y la condescendencia del sargento tras soltarle lo de los problemas de Dana y lo de su móvil para acabar con Bernat. Era la segunda vez que un miembro de su familia la dejaba en evidencia delante de él y, aunque la opinión del sargento no le importaba lo más mínimo, Kate no soportaba que un desconocido se jactase de conocerla y encima se permitiese darle lecciones. En cuanto a lo que había ocurrido cuando la sujetó para sermonearla por haber ido a la finca Bernat..., mejor olvidarse, porque ya había visto qué gustos tenía. Cerró los ojos y respiró hondo. La nota de la cocina merecía respuesta. Una respuesta que Dana encontraría cuando ella ya estuviese en Barcelona, y que la haría reflexionar. Le convenía un buen toque de atención y verse de verdad completamente sola.

Cogió la maleta y salió al rellano. Tanto sus pesquisas como el mal rato en la finca de los Bernat habían resultado inútiles. Puesto que, a raíz del allanamiento, el sargento ni siquiera había prestado atención a las fotos del quad de Santi. Pero ahora ya se las había enviado, así que usarlas estaba en sus manos. Y si no lo hacía peor para él, porque ella sí lo haría en caso de que las cosas llegaran a mayores y al final imputasen a Dana, cosa bastante probable a esas alturas. Y entonces demostraría que los policías del valle eran un atajo de incompetentes. Porque ella no pensaba abandonar a Dana. Y debía prepararse para cuando el abogaducho de tres al cuarto la dejase tirada y ella fuese a pedirle ayuda.

Descendió la escalera y dejó la maleta en la entrada, debajo del perchero. Al descolgar la chaqueta de paño, el ruido metálico de las llaves del A3 le recordó que era la dueña de su propia vida y que no dependía de nadie. Se puso la chaqueta y, con una pinza que acababa de encontrar en uno de los bolsillos, se hizo un moño. Luego se miró a los ojos en el espejo y se irguió sobre sus botas de trescientos euros. Era la dueña de su vida y no necesitaba a nadie. Eran ellos los que la necesitaban todo el tiempo. Y cuando no estuviese allí, entonces se darían cuenta.

En la mesita de madera de la entrada estaban las llaves de Dana y un sobre doblado con un logo. Kate lo examinó de cerca: dos herraduras unidas a ambos lados del perfil de un caballo, todo en un relieve granate. No necesitó abrirlo para saber que contenía el dinero de la venta de los sementales. Ya sabía cómo cobraría el abogado. Lo que no sabía era a cuánto ascendía la deuda de la finca.

Se dirigió a la cocina a buscar la nota para escribir la respuesta en el dorso. Iba a ayudarla a pesar de todo. A pesar de los agravios y la deslealtad, le ofrecería el dinero, pero no iba a ayudarla con el caso hasta que se lo pidiese. Porque ninguna de las dos era ya una niña. Dana debía madurar y ella tenía que dejar de preocuparse tanto como había hecho siempre, dejar de protegerla. Dana necesitaba pegarse el batacazo. Ya volvería. Cogió la nota de la mesa y se dirigió al salón, dispuesta a olvidarse aparentemente del caso Bernat, pero preparándose para cuando Dana la necesitase.

Desde que la viuda había fallecido, Kate tenía por costumbre entrar en la sala principal para saludar o despedirse. Era una señal de respeto, algo que hacía sin pensar, como si eso de algún modo la hiciese seguir allí, disponible para ellas, para recordarles lo que las unía y ayudarlas a ser sensatas cuando sus vidas amenazaban con desmandarse, como en aquel momento.

La sala principal de la casa estaba fría y del fuego de la noche anterior sólo quedaban las cenizas en la chimenea y un ligero aroma a quemado que no conseguía borrar el olor a lavanda que persistía muy sutil, presente sólo para los privilegiados que sabían detectarlo. Kate se acercó a la mesa y buscó un bolígrafo en el cajón de en medio.

Al abrirlo, lo primero que vio fue una lista escrita a mano con la letra de Dana. Extrajo el papel y lo leyó.

Los agravios que los Bernat habían infligido a la finca Prats parecían un juego de niños, una pelea de adolescentes sin importancia. Ninguno de esos episodios podrían utilizarse en un juicio y en la lista no se aportaban pruebas

fehacientes de que los Bernat estuviesen implicados en nada de lo ocurrido. Si pensaba convencer a alguien con aquello, iba lista. Kate inspiró hondo y cuando sus ojos coincidieron con los de la viuda algo la removió por dentro. No puedes dejarla sola. Ésa era la afirmación que se repetía en su mente una y otra vez como una letanía. Sin apartar los ojos del cuadro comprendió que era verdad, y que cuando la acusasen de asesinato no podría limitarse a verlo desde la barrera.

Comenzó a escribir una nota distinta de la que había tenido pensado. Sí que se iba a Barcelona, pero para consultar con el equipo de penalistas del bufete y ofrecerle la mejor defensa. Eso le hizo recordar la llamada que no le habían devuelto y volvió a enfadarse. Buscó de nuevo los ojos de la viuda y creyó descubrir aprobación en ellos. De inmediato, se sintió mejor. Desde luego, no era el momento de preocuparse por el maldito penalista cuando aún tenía que montar las mesas para la comida.

Pero, al bajar de nuevo la vista, sus ojos se clavaron en una tarjeta blanca, con elegantes letras impresas en relieve, que estaba sobre la agenda abierta de Dana. Tenía las esquinas dobladas, no era nueva, pero desde luego conservaba el empaque del titular. Mientras leía la nota de la agenda para el martes siguiente, Kate tragó saliva.

Cinco minutos después, salía de la finca Prats en dirección a casa de su abuelo con las mandíbulas tensas y una línea recta en los labios. Había roto la nota de Dana y la había tirado a la papelera. Ahora su cabeza no podía dejar de dar vueltas a la presencia de precisamente esa tarjeta en la agenda de su mejor amiga. Era una completa idiota por haber creído en ella. Ahora se destapaba cómo se había enterado el fiscal de sus movimientos en Andorra. Por fin comprendía lo que había sucedido. No, si al final el maldito sargento iba a tener razón... Una cita con alguien del clan Bassols no era algo que uno consiguiese en doce horas, las que habían pasado desde su discusión. Seguro que Dana lo tenía todo planeado. Lo que no se explicaba era por qué la había llamado. Al fin y al cabo tenía a Miguel, que al parecer estaba al corriente de todo, y cita con un penalista de primer nivel como Berto Bassols. Ni siquiera ella hubiese conseguido a alguien así. Desde luego, menuda decepción.

Al salir a la carretera general reparó en que había olvidado la maleta en la finca Prats.

Finca Moutarde, Latour-de-Carol

Marcel Moutarde era la octava generación de Moutardes al frente de aquellas tierras en Latour-de-Carol y no estaba dispuesto a que nadie, y mucho menos el holgazán de su nieto, decidiese qué debía hacer con ellas.

Colgó el teléfono y, con un golpe seco, lo dejó sobre la mesa. ¿Y qué si era domingo? El maldito *fainéant* llevaba cuatro años perdiendo el tiempo en la universidad cuando su obligación era estar ahí, cuidando de las tierras que iba a heredar. Por enésima vez maldijo su suerte por tener que legárselas al hijo de otro mientras se colgaba del hombro la bota de vino, bien cargada. Entonces también maldijo a Dios por haberle dado sólo una hija que quiso hacerse maestra, mujer de maestro y madre en exclusiva del holgazán de Bernard. Cogió las botas altas, que dejaba siempre al lado de la chimenea, y se dirigió a la entrada de la casa oteando por la ventana el tiempo que hacía en el exterior.

La tierra necesitaba ser trabajada y el día había amanecido sereno después de casi una semana de lluvias, así que se dejó caer en el banco de la entrada para ponerse las botas a la vez que se recolocaba la dentadura. Luego se subió la cremallera del mono y se puso en pie. Le crujieron las rodillas y, al echarse atrás, también le crujió la espalda. Flexionó las piernas ligeramente, y las notó más sueltas. Bien, llevaba noventa y seis años con ellas y no tenía intención de darles ni un respiro hasta que fuese el definitivo.

Como cada día a primera hora cogió la llave de hierro, abrió la vieja puerta de madera y la empujó esperando el chirrido de las bisagras. Fuera persistía la fina capa de nieve que había dejado la madrugada y Marcel miró al cielo. Nubes de nieve... A ver si por lo menos le dejaban trabajar por la mañana... El chubasquero estaba colgado en la puerta, pero en el cubículo del tractor no lo necesitaría. Además, él estaba criado a la vieja usanza, no como ahora, que cada vez que

bajaban de cero grados el *fainéant* aparecía con un plumón y unos guantes que apenas le dejaban moverse. Gato con guantes no caza ratones, le había dicho en más de una ocasión. Pero el otro hacía oídos sordos, como si no fuese con él. Seguro que ni siquiera entendía lo que le estaba diciendo.

Cada vez que había que preparar los campos, Marie avisaba a su hija Giselle para que el chico fuese a ayudarla. Y eso le exasperaba, porque no había forma de que el chaval hiciese las cosas como debían hacerse, sin discutir cada detalle como si le fuese la vida en ello. Marcel no podía comprender esa manía de cambiarlo todo que le habían inculcado en la capital. ¿Acaso alguien que no había pisado la tierra en su vida sabría cómo hacer las cosas mejor que él, que llevaba ochenta años labrándola, dedicándole todo su tiempo y sacando de ella unas buenas cosechas?

Marcel contempló el tractor con orgullo. Le habían hecho esperar varias semanas para entregárselo de ese color, pero al final lo consiguió sin pagar un euro de más. ¿Acaso no les daba igual un color que otro? Al fin y al cabo, la pintura costaba lo mismo. Y a él el rojo le gustaba. Como los Ferrari de las carreras de Fórmula 1. Y era el único de ese color en todo el valle. Avanzó hacia él satisfecho, haciendo tintinear con chulería las llaves en el bolsillo.

Cuando subía al tractor la oyó llamarle a gritos y rápidamente se descolgó la bota y la lanzó dentro. Vio que había caído de pie y acabó de encaramarse sujetándose al cinturón de seguridad. Le crujieron varias articulaciones y por fin se dejó caer en el asiento negro de escay como un peso muerto. Cada día los hacían más altos. Volvió a recolocarse la dentadura y se agarró al volante con fuerza para erguirse. Pero, antes de que atinase a meter la llave en el contacto, ella ya estaba a los pies del tractor. La ignoró y lo puso en marcha. Notaba sus ojos en la cara como lanzas de fuego, y casi tuvo ganas de sonreír cuando pensó en la mañana de trabajo sin interrupciones, discusiones ni cambios de planes que tenía por delante. Frunció el ceño concentrado en las marchas y, cuando hubo metido la primera, cometió el error de mirarla.

Marie le observaba con el ceño fruncido y los brazos en jarras sobre sus anchas caderas. Marcel resopló pensando en lo diferente que había resultado de su primera mujer. Ésa sí que estaba bien enseñada; no daba jamás una orden, al contrario. Y ahora, a su edad, él ya no quería problemas, así que giró con torpeza la manivela para bajar el cristal.

—No te olvides de que vamos a comer a casa de Giselle —le gritó Marie—. A la una nos espera y quiero que te laves bien y te pongas la ropa que te he dejado sobre la cama. ¿Me has oído? —añadió tras esperar inútilmente una respuesta.

Marcel asintió. Luego le dio al gas y arrancó apretando bien las mandíbulas.

Esa manía de celebrarlo todo que tenían las mujeres le sacaba de quicio. Casi tanto como su obsesión con el agua. A él no le gustaba ni para beber, y mucho menos para lavarse. Unos metros más adelante, levantó ligeramente el pie del acelerador y espió por el retrovisor. Se agachó y buscó la tira de la bota con la mano. Cuando dio con ella, la asió y colgó la bota del retrovisor interior. La dejó colgando a media altura. El agua estropea los caminos, recordaba haberle oído siempre a su padre cuando alguien se la ofrecía, y él siempre le creyó.

El tractor avanzó hacia la era y Marcel se irguió sacando pecho con ayuda del volante. De inmediato notó que sus pulmones se llenaban de aire puro. Al poco, volvió a cerrar la ventanilla. Pensó en su hija y chasqueó la lengua intentando mantener la dentadura en su lugar. Una buena manera de estropearle el día. A la comida anual en casa de la hija se le sumaría, como cada año, el jersey que pasaría a ocupar espacio junto con los otros en la cómoda del cuarto de los abuelos. Qué manera de gastar dinero inútilmente, murmuró poniendo la segunda cuando ya entraba en el camino rocoso de la era.

Marie llevaba varios años empeñada en que él dejase de conducir, sobre todo desde que encontró la carta en la que le comunicaban que a su edad no le renovaban el permiso. Cuando Marie dio con el documento, éste llevaba años en el fondo de la guantera de la C15 que habían comprado al poco del siniestro con el Peugeot rojo.

Casa del ex comisario Salas, Das

La propiedad del ex comisario Salas estaba situada en el kilómetro 22 de la E-9, la carretera de Urús a Alp. La finca colindaba por delante con la carretera y por detrás con la única vía de acceso a las pistas de esquí de La Masella que salía de Das.

Era una casa de dos plantas, con un jardín alrededor sembrado de hierba y una arboleda frondosa de abetos y chopos que mantenía la edificación oculta de miradas indiscretas y siempre rodeada de un halo sombrío. La madera estaba desconchada en algunos puntos, pero la piedra seguía como el primer día. Además, Tato hacía pocas semanas que había estado pintando el frontal estucado de color arena, así que el conjunto ofrecía un aspecto antiguo pero bien conservado.

Kate enfiló el camino principal con el alboroto en el estómago que acostumbraba a acompañarla en los regresos a la casa del abuelo. Pero ni siquiera esa sensación conseguía hacerle olvidar lo que había descubierto en la agenda de Dana. Ahora necesitaba ocuparse de casi un centenar de invitados. Luego ya pensaría en ello.

Los abetos habían amanecido espolvoreados de nieve, igual que los bordes del camino, y también la parte alta de la valla de piedra y del seto que rodeaban la finca. Sus ojos buscaron inevitablemente el agujero oculto de los arbustos. Había vivido allí con sus hermanos casi cinco años y desde la adolescencia conocía todas las formas de entrar en la casa y salir de ella sin que nadie la viera. En aquella casa había transcurrido la peor época de su vida. Abrió la ventanilla del conductor unos centímetros para oír el crujido de las piedrecillas del camino. La diferencia era que ahora ni siquiera tenía a Dana, porque ella también había pasado a formar parte del grupo de los traidores.

Avanzó por el camino sorprendida por el despliegue de letreros con

indicaciones para aparcar. Sólo podía ser cosa de Nina, y la idea de que ya hubiesen llegado la animó de inmediato. Dejó el coche detrás de la *pick-up* de Tato y se encaminó a la casa preguntándose de quién serían los otros dos vehículos.

Al entrar, lo primero que le sorprendió fue la temperatura; por lo menos, veinte grados. Se preguntó quién habría sido el valiente que se había enfrentado al abuelo para conseguir que la casa no fuese un iglú como de costumbre. Oyó voces en la bodega y sacó la BlackBerry del bolso para metérsela en el bolsillo del vaquero. Luego lo colgó en el perchero de la entrada y encima dejó la chaqueta. En la cocina no había nadie y sus ojos se detuvieron en una caja de fresones de un tamaño y color increíbles. La fruta preferida del abuelo, y también la suya. Le tentó la idea de coger uno, pero tendría que moverlos todos para que no se notase y no había tiempo, así que bajó a la bodega con una sensación extraña en la que se mezclaban el apremio por la hora que era y la prisa por acabar con la fiesta y volver a casa.

Los antiguos propietarios de la casa eran cazadores y habían hecho construir en los bajos una nave de casi doscientos metros para usarla como sala de despiece. Al fondo, también tenían una pequeña bodega que el ex comisario había conservado; la consideraba su pequeño tesoro. La estancia contaba con una gran cristalera desde la que se podía contemplar toda la montaña. También había una puerta de salida al jardín en la parte trasera que daba directamente a una pequeña barbacoa, a la que se accedía a través de una escalera de traviesas de madera ancladas en la tierra. Al comprar la casa, el ex comisario había desmontado la sala de despiece y la había convertido en un espacio diáfano donde guardaba las motos antiguas, el material de esquí y, sobre todo, los centenares de libros que atesoraba. Sin embargo, conservó la parte de la bodega original, que sólo cerró con unas puertas de alambre como las de los gallineros. Eso dejaba a la vista las botellas y algunos toneles y barricas antiguos. Cuando Miguel se trasladó por fin a vivir solo, y el ex comisario pudo disponer de la casa, acometió la verdadera transformación de la sala. Encargó la construcción de una chimenea de piedra y una estantería de roble que cubría casi toda la pared. Frente al hogar montó una sala de estar amplia con sofás de pana marrón sobre una confortable alfombra de lana y una zona con una mesa de tres metros para sus aficiones favoritas: la construcción de maquetas y el estudio de los cátaros.

Kate oyó la discusión antes de llegar abajo y, cuando puso el pie en el último escalón, comprendió lo que ocurría. En la sala la situación era tensa. Tato intentaba montar las mesas bajo la dirección del ex comisario y dos de sus amigos de la misma quinta. La paciencia de su hermano había llegado al límite, y en cuanto la

vio aparecer le lanzó una mirada de súplica. Mientras tanto, al fondo de la sala, Nina, con su acostumbrada pose indolente, pasaba un trapo por las copas y cubiertos que iba sacando de la alacena y los dejaba sobre un trapo en el suelo, a falta de que el abuelo y sus colegas decidiesen en qué mesa había que poner el menaje. Kate miró el reloj. Faltaban un par de horas largas para que apareciesen las de La Múrgula con el catering. Bien.

La sala presentaba ese aspecto inacabado de los grandes espacios antes de engalanarlos para una fiesta. Todo estaba desordenado y sólo era cuestión de empezar por un lado e ir montando las mesas. Al ver lo limpios que estaban los vasos y los platos, recordó que aún no había pagado a la señora Elisa y, fijándose en la lentitud de Nina, lamentó no haberle pedido ayuda también para ocuparse de las copas.

Media hora más tarde, las mesas estaban montadas y distribuidas a lo largo de la sala, los manteles verdes con ribetes dorados ya puestos, y Kate acababa de mandar a Nina poner en cada mesa un pequeño centro con ramas de abeto y piñas del jardín. La abogada tomó el relevo con el menaje y distribuyó en la primera mesa los platos, vasos, copas y cubiertos. A todo esto, los amigos del ex comisario comentaban con sarcasmo hasta la más pequeña de sus acciones.

Desde el primer minuto, Kate supo que tenía dos opciones, y en cuanto vio la mirada de irritación en los ojos de Tato también supo que la paz dependía de ella. Le mandó a él colocar las botellas que su abuelo había dejado ante la puerta de la bodega, en las cubas del jardín, para que se mantuviesen frías, y comentó en voz alta que Miguel era el encargado del hielo y que con la hora que era por lo menos debía de haber ido a comprarlo al Polo Norte. Eso provocó las risas de los presentes, con una excepción: la de siempre.

Después de eso, optó por guardar silencio y marcharse a Barcelona en cuanto el abuelo soplase las velas. Recordó con fastidio que su maleta seguía en la finca Prats. No quería pasar a recogerla, pero tampoco pedirle a Dana que se la llevase a la fiesta; no estaba dispuesta a darle facilidades de ningún tipo para que hiciesen las paces. Deseaba verla pasarlo mal cuando se encontrasen, quería ignorarla y castigarla por su deslealtad. Actuar a sus espaldas con los Bassols era algo que jamás hubiese esperado de su mejor amiga.

Al menos, pensar en Dana hizo que dejase de prestar atención a los comentarios incisivos de los amigos de su abuelo. Pero hacia el mediodía empezó a irritarla que, con todo lo que quedaba por hacer, Miguel no hubiese aparecido aún y nadie mencionase nada al respecto. Qué bonito, montar una fiesta y escabullirse de

prepararla... Otra razón más para volver a Barcelona después del pastel y delegar en las descansadas manos de Miguel todo el trabajo que supondría recoger después de la fiesta. Distribuyó las servilletas como si fuesen los pétalos de una flor y colocó bolsas grandes en los recipientes para la basura orgánica, que luego puso en una de las esquinas, alejados de las mesas. Cuando hubo acabado con todo, consultó la hora. Al cabo de quince minutos escasos llegaría el catering y Miguel aún no había aparecido. Si ella hubiese hecho algo así, estarían cayendo rayos y truenos. En ese momento llamaron al timbre. Nina subió la escalera como un ciclón. Un segundo después gritó que había llegado la comida.

El ex comisario y sus amigos desaparecieron escaleras arriba. Kate revisó la sala. Los centros de Nina estaban a tono con el resto de la mesa, pero les faltaba un detalle de color y recordó haber visto algo perfecto en la cocina.

Cuando Kate subió, Miguel se estaba llevando todos los halagos, como de costumbre. Había aparecido con el catering cargado en su coche. Afirmaba que le habían llamado las de La Múrgula para pedirle que recogiese las cajas porque su *pick-up* no quería arrancar. Los amigos del abuelo casi lo corearon. Por si no era suficiente, añadió que llevaba en Alp desde las once, y el abuelo le dirigió a Kate una mirada fría como el hielo. Había que joderse.

A la una y media empezaban a llegar los invitados, así que el abuelo y sus amigos optaron por permanecer arriba mientras sus nietos iban bajando la comida. Kate, tras el primer viaje, empezó a colocar las bandejas en las mesas, comprobando que cada fuente contara con un cubierto para servir y que el orden en el que los invitados accediesen a ellas fuese el correcto. Le pidió a Nina que bajase la caja de la cocina y enriqueció los centros de forma espectacular con el rojo intenso de los magníficos fresones. Luego guardó el resto de la caja en una de las neveras de abajo. Mientras lo hacía, Nina conectó su iPod a los altavoces y *Gettin' Over You*, de David Guetta, empezó a sonar. El ambiente discotequero hizo sonreír a Kate, y Nina empezó a bailar. La abogada pensó que cuando empezasen a bajar los carcamales igual había que acercarse a Puigcerdà a comprar calmantes, y chasqueando los dedos levantó un brazo en dirección a Nina. Ella bajó el volumen un poco y, cuando volvió a mirarla, Kate negó con la cabeza. La joven frunció el ceño, miró hacia la escalera y cambió la canción. *When Love Takes Over* empezó a sonar, y Nina movió el cuerpo espasmódica y exageradamente. Kate le sonrió y empezó a moverse también.

Hasta que notó una mano en el hombro y se dio la vuelta. Miguel la miraba con una sonrisa burlona y enrojeció de golpe.

– No te cortes, lo haces muy bien.

Idiota.

– No sabía que en Barcelona también te dedicabas a esto. Por cierto, cuando el abuelo vea lo que habéis hecho con sus fresones no me gustaría estar cerca.

– Si quieres irte ya sabes dónde está la puerta. No seré yo quien te eche de menos.

– Vamos, ¿no puedes enterrar el hacha por un día?

Kate le miró indignada; tenía ganas de darle un puñetazo en la cara. Pero no lo hizo porque sabía por experiencia que delatarla era lo que a él le haría más feliz cuando el abuelo preguntase qué había sucedido.

– Cada uno es como es. Tú te los camelas a todos y yo me vuelvo a Barcelona.

Miguel frunció el ceño.

– ¿Qué dices? Yo no me camelo a nadie.

– ¿Y esa entrada con la comida? Vamos, Miguel, ¡que no nacimos ayer...!

Él enarcó las cejas fingiendo sorpresa mientras Kate continuaba repartiendo la comida por las mesas.

– Da igual. Por cierto, tenemos que ajustar cuentas.

– De eso... Mira, si no te importa, lo hacemos el mes que viene, porque hasta Navidad no voy a tener el dinero.

Kate le miró perpleja.

– Sí. Como Tato no me contestaba, les he dicho que tú pasarías a pagar la cuenta. Ya tienen tu número.

Kate se encendió.

– A ver si lo entiendo, ¿estás sin blanca y le montas una fiesta al abuelo para cien personas? Pero... ¿es que no tienes cabeza, o sólo eres un impresentable y un gorrón? – gritó.

Miguel le hizo señas para que bajase la voz.

– Bueno, contaba contigo y con Tato, y yo ya os daré lo mío en Navidad.

– Siempre gorroneando para hacerte el espléndido. Desde luego, lo tuyo no es ni siquiera morro, es casi delito. Y encima con teatro, como la escenita de traer la

comida. Vamos, Miguel, eres un sinvergüenza y un interesado.

– Eso no es verdad. Además, ¿qué se supone que gano?

Kate se lo quedó mirando.

– Eres tan tonto que ni siquiera te das cuenta de que aunque no hicieras nada seguirías siendo su preferido.

– Eso es sólo porque no le enfado como tú. ¿Se puede saber en qué estabas pensando cuando pediste la llave de la casa de Das?

Kate le miró perpleja.

– ¿Y tú como sabes eso?... ¡Ah!, claro, olvidaba que eres el nuevo confidente de Dana.

– Tienes un problema, ¿sabes?, y vas a tener más si sigues con lo de la casa.

– Para variar estaría bien que alguien se preocupase de recuperar lo que es nuestro. Esa casa era de los bisabuelos. ¿Es que no te quema por dentro que se esté cayendo a pedazos?

– Yo sólo te digo que no va a gustarle cuando se entere.

– Bueno, no será tan grave que se enfade conmigo una vez más. Teniendo en cuenta lo que ha opinado toda su vida sobre mis decisiones, creo que podré soportarlo.

– Allá tú.

Kate continuó arreglando las mesas y esperó que él se fuese. Pero Miguel tenía otros planes. Cuando se acercó a ella, Kate dio un paso atrás para recuperar la distancia. Él la miró con lástima y ella se apartó un poco.

– En cuanto a lo de Dana, no deberías juzgarla tan a la ligera.

– ¿De qué me estás hablando? Tú no sabes nada.

Kate se quedó callada, consciente de que últimamente era ella la que estaba fuera de juego. Miguel la miró a los ojos esperando que continuase, pero Kate apretó los dientes y bajó la vista en cuanto notó el cosquilleo en la nariz.

– Cuando me llamó lo dejé todo para venir. Como siempre. Y a la primera de cambio resulta que el quid pro quo sólo va en una dirección. Pues como ya te tiene a ti para que le hagas de confidente, yo me vuelvo a casa, que tengo trabajo.

Miguel la seguía observando y ella continuó distribuyendo las fuentes.

—No fue ella quien me dijo que la finca Prats tenía problemas. Me enteré por otros y le costó un mundo reconocérmelo. Y cuando se asustó de veras por la muerte de Bernat fue tu número el que marcó. ¿Eso no cuenta? Siempre habla de ti, siempre estás por delante de todos en su vida, en medio, entre ella y cualquiera que intente acercarse —afirmó con frustración. Pero en seguida cogió una aceituna y antes de metérsela en la boca añadió con ironía —: Y, cuando más te necesita, vas y la cagas.

Kate le miró rabiosa.

—¿Que yo la he cagado? Eso sí que tiene gracia, y lo dice el amigo del sargento que va tan descaradamente a por ella.

—Sí. Justo así. La has cagado yendo de sobrada y listilla, predisponiendo a J. B. en su contra y tomándote el tema como si fuese un juego sin importancia.

—Míralo, siempre dándome lecciones sobre lo que hacer o no hacer. Pero ¿se puede saber qué has hecho tú? ¿Cómo la has ayudado? ¡Ah!, claro, hablaste con tu amigo, el sargento, y ya lo resolviste todo. ¿Cómo no se me había ocurrido? Pero si es tu amigo... —insistió sarcástica.

Miguel la miraba sin saber qué decir. Incluso le pareció ver una sombra de culpabilidad en sus ojos y Kate aprovechó para asestarle un nuevo golpe.

—Pero ¿quién te crees que eres, señor guarda forestal? ¿Vas a decirme también cómo llevar mis casos en el bufete?

En sus ojos empezó a apreciar el cambio de la frustración a la compasión, y eso la desconcertó.

—No, sólo te diré que en este caso la has cagado y que estoy seguro de que en el fondo lo sabes; y que eso te molesta, pero tu absurdo orgullo no te deja reconocerlo ni ante ti misma.

Kate le miró altanera.

—¿Algo más, psicólogo de pacotilla?

El ex comisario bajaba por la escalera con un grupo de invitados y ambos miraron hacia allí. Miguel cruzó una mirada con su abuelo y la cogió del brazo para llevarla al fondo de la sala, cerca de la puerta de la bodega. Kate se deshizo de su mano casi en seguida, pero le siguió hasta allí. Al llegar, él se inclinó hacia ella y Kate dio otro paso atrás hasta que su espalda se pegó al alambre de la puerta de la bodega. Miguel pareció darse cuenta de que la estaba agobiando y se separó un poco, pero se inclinó de nuevo para hablarle en voz baja.

–Que no te haya contado sus problemas económicos es la excusa perfecta para enfadarte y largarte, ¿verdad? Eso sí que sabes hacerlo. Pero escúchame bien: esa actitud permanente de niña mimada y ofendida te va a dejar más sola que la una. Además, piénsalo, Dana daría la vida por ti y tú te estás comportando como una cretina. Desde que la conociste siempre pensé que tú harías lo mismo por ella. No puedo creer que hayas cambiado tanto. Va a ser que el abuelo tenía razón.

–Yo no he predispuesto a tu amigo contra nadie, en comisaría tienen muy claro a por quién van. ¿O es que estáis todos ciegos?

–Puede, pero reconoce que a veces estás mejor callada.

–O bien lejos, ¿no?

Miguel la miró, primero desconcertado y después con su sonrisa burlona.

–Vaaamos, ¿otra vez ofendida?

–Vete a la mierda.

Kate se volvió y descubrió a Nina recogiendo los fresones de los centros. La escalera estaba poblada de invitados que empezaban a bajar y el ex comisario comentaba algo en uno de los grupos que se dispersaban por la sala sin apartar la mirada de su bisnieta. Nina, como si hubiese notado su ira, la miró. Kate se acercó a ella en tres zancadas.

–Pero ¿qué haces? –la increpó.

Su sobrina se detuvo apenas un instante para responderle en un susurro:

–El abuelo quiere que los deje todos donde estaban. Me he comido dos mientras los poníamos y ahora verás cuando se entere...

Kate se volvió, pero Miguel ya no estaba. Buscó a su abuelo con la mirada y no la apartó de él durante unos segundos. Pero era fácil darse cuenta de que la ignoraba adrede. Rodeó la mesa y salió al jardín. El frío le entró en los pulmones y la dejó sin aliento. No tenía ni idea de por qué continuaba allí pudiendo estar lejos. Las palabras de su hermano volvieron a meterse en su cabeza y se sintió desalentada.

¿Puede que tuviese razón?, ¿que ella hubiese metido tanto la pata? Era cierto que Dana la llamó cuando murió Bernat, pero seguro que antes se había puesto en contacto con Berto Bassols para concertar la cita del martes en su agenda. Además, le dolía que no le hubiese hablado del dinero que necesitaba. Ella lo hubiese hecho. Buscó la BlackBerry y marcó su número. A pesar del sol, empezaba a llover. Ya

era hora de aclarar las cosas.

Dana entró en la casa como un vendaval y, en cuanto vio el sobre del dinero encima de la mesita de la entrada, dio gracias a su ángel de la guarda, a la abuela, a Dios y a todos los santos. Era domingo y no se fiaba de hacer un ingreso en el cajero, por eso había decidido guardar el dinero en la caja e ir al banco el lunes. Pero al final se había olvidado. Tal como estaban ya las cosas, sólo faltaba que algo saliese mal y extraviase el sobre. Cuando se volvió para cerrar la puerta reparó en la maleta de Kate, que estaba al lado del perchero, y el desasosiego que había desaparecido al ver el sobre la aplastó de nuevo como una losa.

Dana volvía del árbol. Como cada último domingo de mes había llevado flores a la abuela y había leído en el trozo de tronco que aún quedaban en pie sus anagramas y los símbolos de ambas enlazados para siempre. *Daonnan làn*. Juntas siempre. Mientras lo hacía, supo que aquello era una señal, que tenía que disculparse y hacer las paces con Kate o se marcharía enfadada y ella volvería a sentirse tan sola como en los últimos tiempos. Retrocedió unos pasos deseando que no hubiese entrado en la cocina, pero en la puerta del frigorífico sólo quedaban los imanes, casi tan huérfanos como ella. Estaba segura de que la nota no había ayudado y de que esta vez debería hacer el esfuerzo de disculparse. Planeó contarle en la fiesta lo que sentía cuando estaban enfadadas, cuando la relación entre ellas se enfriaba tanto que le costaba incluso marcar su número. Por lo menos, esa tarde tendría a favor las ganas de Kate de apartarse de su familia durante el jaleo, incluso puede que lograrse hacerla subir hasta su antiguo cuarto para buscar un escenario más favorable. Debía acordarse de coger el regalo del ex comisario antes de salir.

Subió las escaleras de dos en dos y volvió a bajar cinco minutos después vestida con una camisa blanca, el chaleco azul y los Levi's oscuros. Se miró en el espejo de la entrada y se atusó la melena pelirroja. Luego cogió el sobre, entró en el salón y desencajó el cajón central del escritorio. Lo dejó sobre la mesa y metió la

mano para abrir el compartimento secreto y liberar la caja donde pensaba guardar el sobre con el dinero. Mientras ajustaba el cajón de nuevo en la mesa reparó en un papel arrugado que había en el suelo, al lado de la papelera. Lo cogió y lo desplegó.

Era la nota que le había dejado y en la parte de detrás había una respuesta de Kate, aunque estaba incompleta. El texto la desconcertó. El papel estaba arrugado y lo había encontrado tirado en el suelo. Sus ojos se posaron en los de la abuela y detectó desaprobación. Tal vez era el propio sentimiento de culpabilidad por no haber afrontado antes sus problemas bancarios, o el miedo a que el enfado de Kate la alejase de nuevo durante meses, como la última vez. Bajó los ojos y reparó en la página abierta de la agenda. La tarjeta de Alberto Bassols, el compañero de facultad del abuelo Prats al que la abuela había mandado avisar en sus últimos días, estaba sobre la columna del jueves, y en la página de al lado, la anotación de la cita en su bufete de Barcelona para el martes a las once. Con el papel arrugado aún en la mano, Dana comprendió lo que había ocurrido.

Cogió la bolsa con el regalo del ex comisario y salió de la casa con la chaqueta colgando del brazo y el bolso y la nota de Kate en la mano.

Cinco minutos más tarde circulaba por la carretera de Bellver a Prats. No podía dejar de compadecerse de sí misma y se llevó la mano a la boca por instinto. Los esparadrapos sucios seguían allí y la apartó de inmediato. Había olvidado cambiarlos y no podía presentarse en público sin ellos. La primera lágrima resbaló por su mejilla antes de llegar al cruce de Pi.

Al final, él había ganado. Jaime Bernat, incluso después de muerto, parecía controlar su vida. Se había salido con la suya y había conseguido dejarla sola y que incluso Kate la abandonase. Apartó las lágrimas con los dedos y los esparadrapos le rascaron la piel de las mejillas. Eso la hizo sentir miserable y siguió llorando. Ni siquiera cuando el móvil empezó a sonar en su bolso pudo parar. Miró a la carretera y calculó que le daba tiempo de coger el móvil porque el coche rojo que venía de frente parecía ir muy lento. Sin querer, tocó la palanca del limpiacristales con la mano izquierda e intentó dar con el teléfono en el desorden atávico de su bolso. Tras unos segundos eternos intentando encontrarlo a ciegas mientras oía nerviosa la música del tono apoyó el bolso abierto sobre el asiento y miró dentro.

El sol brillaba con la nitidez que tienen las mañanas después de una lluvia de varios días. De hecho, a pesar de la aguanieve que había caído al amanecer, lo iluminaba todo y le impedía seguir la pista de la pequeña luz del móvil para

encontrarlo. Cuando por fin dio con él, el tono aún sonaba y descolgó. Al volver a mirar a la carretera, el corazón se le desbocó y comprendió que ya no podía esquivarlo.

Casa del ex comisario Salas, Das

J. B. cogió la Yankee del 76 para ir a casa de los Salas. Llevaba en un sobre lo que le había pedido el ex comisario, y esperaba que él le prestase el dossier del CRC que le había prometido cuando le llamó por teléfono. Aunque ahora que conocía el móvil de la veterinaria ya no lo necesitaba, le picaba la curiosidad por saber más sobre el lobby del valle.

Cuando llegó a la curva de Das advirtió que el camino de acceso a la casa estaba bordeado de coches a ambos lados y notó el clásico hormigueo en el estómago que le provocaban las reuniones multitudinarias. Por suerte, la mayoría de la gente no le conocería; no había de qué preocuparse. Además, cuantos más fuesen, más desapercibido pasaría. Había venido para felicitar al ex comisario e intercambiar información con él; después, podría irse. Y, mientras le esperase, estaría en compañía de Miguel y de Tato. Entonces ¿a qué se debía esa inquietud en el cuerpo?

Entró en la propiedad y aparcó la moto en un rincón, al lado de otras dos. Cuando bajaba sonó su móvil y, al mirar la pantalla, su pulgar se quedó en el aire. Al final, pulsó la tecla verde.

—Sí...

—...

—Pues no, la verdad es que no. Pero tengo claro que no hay otra que alquilar, ¿eh?

—...

—Claro, nadie mejor que tú. Lo que pasa es que no he podido conseguir el dinero y necesitaría cobrar una fianza para tener líquido.

—...

— Lo comprendo, la verdad es que por eso no te había contestado. Pero dijo tu madre que dentro de un par de semanas estaría listo para entrar. Igual mientras tanto podrías quedarte en su piso e ir arreglando cosas.

— ...

— No, si te entiendo, pero entiéndeme tú a mí también.

— ...

— Claro, ya lo hice y me dijeron que podía pagar en dos plazos, pero aun así me falta algo de dinero, unos mil euros, porque solo me aplazan una parte.

— ...

— ¿Y cuándo lo sabrás?

— ...

— Vale, entonces esperamos al martes y, si no sale, ya veré cómo resuelvo lo del miércoles. Oye, ¿qué tal va todo por ahí?

— ...

— Ya. Una cosa, ¿crees que podríamos mantener el tema de la fianza entre nosotros? No quisiera que tu madre se lo tomase mal.

— ...

— De acuerdo, pues esperaré tu llamada. Mmm..., en serio, gracias, Mari.

— ...

— Cuando quieras.

Colgó y le mandó un SMS con el número de cuenta en el que cobraba la nómina. Luego metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta y los guantes dentro del casco. Depender de los bancos siempre le ponía a uno las cosas cuesta arriba. Suerte que Mari llevaba años fija en el Mercadona porque, viendo el panorama, cualquier otro inquilino le podía dar problemas. Al final, puede que ella fuese la mejor opción.

Bajó de la moto y, de pronto, escuchó el silencio. Era increíble poder oírlo con tanta claridad en una casa llena de gente. De repente, tuvo ganas de quedarse ahí y relajarse un rato mientras nadie le echaba en falta en ningún sitio. Había dormido mal y poco, y de madrugada se había puesto a trabajar en la moto, con Sinatra de fondo, harto de dar vueltas en la cama cuando ya llevaba demasiadas horas pensando en su madre, en la venta de la moto y en el asunto del maldito dinero.

Pero en el silencio de aquel jardín todo eso le parecía muy lejano. Al caer los primeros copos, escondió el sobre en la chaqueta, cogió el paquete con el regalo y se dirigió a la entrada.

Había comido y cenado varias veces en la casa, y siempre era un verdadero placer ir allí. No sólo por el sitio, que era fantástico, sino sobre todo por el lujo de compartir sobremesa con el ex comisario Salas-Santalucía y disfrutar de sus experiencias y sus casos. Por eso no comprendía lo que le rondaba el cuerpo esta vez. Desde la noche anterior tenía el estómago como en las semanas de las pruebas de la academia y no recordaba haber comido nada sospechoso. Cuando llegó a la puerta, la llave estaba puesta y entró sin llamar para no molestar a nadie.

El ruido procedía de la sala. J. B. dudó si dejar en el salón del primer piso el sobre que había traído para el ex comisario, pero con tanta gente en la casa sería mejor no perderlo de vista. Y empezó a descender por la escalera. Al llegar al último peldaño, lo primero que vio fue la cabeza blanca del anfitrión.

El ex comisario, como de costumbre, sobresalía varios centímetros entre los demás asistentes. Llevaba una camisa celeste y los habituales elásticos de rayas que le sujetaban con estilo los pantalones. J. B. echó un vistazo al resto. La edad media de los invitados no bajaba de los sesenta. Vio a Tato con su hija y una mujer joven, de unos veintitantos. Mientras los miraba, Miguel se les unió y él continuó buscando con atención, hasta que la vio entrar por la puerta corredera del jardín con un par de botellas en cada mano. La letrada intentó cerrarla, pero la carga se lo impedía y tuvo que agacharse para dejar las botellas que llevaba en una mano en el suelo y poder entornarla. J. B. tragó saliva. Había que reconocer que tenía una buena diana... Vigiló si alguien le había visto y bajó el último peldaño sin perderla de vista.

La letrada llevaba unos vaqueros oscuros metidos en las botas y un jersey ajustadito de lana gruesa que acababa debajo de la cintura. Cuando se agachó, J. B. había visto la camiseta blanca e imaginó que sería de esas apretadas con tirantes. En ese momento algo le recordó el perfume que su BlackBerry le había dejado en la mano la noche anterior, en el Insbrük, y se preguntó si ella olería igual. Pero no pudo imaginar más, porque Miguel le hacía señas desde el fondo de la sala para que se acercase. Cuando volvió a buscarla, ella le estaba mirando y J. B. la saludó con un gesto que ella no correspondió.

Media hora más tarde, el sargento había llenado el plato y estaba comiendo

de pie junto a Miguel y los suyos mientras ella aparecía y desaparecía intermitentemente. No le había devuelto el saludo. Era por lo del Insbrük, estaba seguro, cosa que la convertía en una rencorosa. Pero un allanamiento era algo muy serio, por no hablar de lo que le podía haber hecho el gigante de Santi si la llega a sorprender escondida en su finca.

De hecho, sólo recordaba que hubiese sido amable el día de la detención de la veterinaria. Le preguntó a Miguel por Dana y él le respondió que había discutido con su hermana, pero que seguramente estaría al caer. J. B. le vio mandar un SMS mientras le oía un consejo: es mejor que no te pille en medio, porque al final ellas siempre hacen las paces y a ti te ponen como un trapo. Siguieron charlando sobre antiguos compañeros de la academia hasta que volvió a verla, hablando en un corro con varias mujeres, al fondo de la sala.

Al poco rato la pilló un par de veces mirándole, y la segunda se dejó observar y hasta se hizo el simpático con la hija de Tato. Cuando volvió a buscarla ya no estaba, y le pareció que las luces habían perdido intensidad. Puede que hubiese llegado la hora de irse y dedicar a la OSSA un par de horas más, pero antes tenía que buscar al ex comisario para charlar con él e intercambiar la información. A lo mejor hasta le echaba un vistazo al informe del CRC esa misma noche, después de su cita con Tania.

Hacia las cuatro todo el mundo estaba tomando ya el café, y el sargento le contaba a Miguel cómo había conocido a Tania cuando notó una mano sobre el hombro. Dio un respingo. El ex comisario le miró sorprendido y él no fue capaz de sostenerle la mirada. Si hubiesen podido leerle la mente, habría quedado como un verdadero gilipollas por pensar que quien le había tocado el hombro era la hermana de Miguel. Miró hacia atrás, pero ella no estaba. Llevaba un buen rato sin verla y, cuando el ex comisario le propuso subir a su despacho para darle el informe, esperó encontrársela por el camino para ver si así se saludaban y había paz. Pero no apareció por ninguna parte.

El despacho del ex comisario era una habitación pentagonal con tres paredes acristaladas. Ocupaba la parte noroeste de la casa. A esa hora de la tarde el sol de noviembre entraba con timidez y, aunque la llenaba de una atmósfera cálida y confortable, se podía respirar la tristeza perenne de las tardes de domingo. Una de las paredes estaba forrada de estantes atiborrados de libros y algunos marcos con fotos familiares, igual que las dos hileras de anaqueles bajo los ventanales. La otra estaba revestida de madera y apenas colgaban un par de cuadros en ella. El

anfitrión le pidió que se sentase en una de las butacas y le ofreció un brandy. J. B. no quiso hacerle un feo y aceptó una copa que no pensaba tocar. Observó la madera de la pared que tenía enfrente y no tardó en darse cuenta de que era un inmenso armario. Seguro que el ex comisario guardaba ahí sus documentos. Mientras pensaba en lo que atesoraba esa pared oyó a su espalda cómo abría la botella y el tintineo del líquido al caer en la copa.

– Sargento.

J. B. se volvió a mirarle.

– No me sirva mucho, señor – pidió.

El ex comisario frunció el ceño y le mostró la copa.

– Me las regalaron cuando cumplí los sesenta. Desde entonces ya ha llovido bastante – constató –. En cuanto a la cantidad, la adecuada es aquella que permite tumbar la copa horizontalmente sin que se derrame. ¿Lo sabía?

J. B. asintió y cogió la que le ofrecía en el momento en el que la hija de Tato abría la puerta.

– Abuelo, se van los cazadores. ¿Sales?

El ex comisario miró a J. B. y él sonrió.

Cuando se quedó solo dejó la copa sobre la mesa y contempló las montañas a través del ventanal. Esperaba que la despedida fuese rápida. Entonces dejó la copa y se fijó en el marco que había sobre la mesa.

Miguel debía de tener unos catorce años y la misma sonrisa que ahora. Sostenía orgulloso bajo el brazo un casco negro forrado de adhesivos. A su lado, reconoció la cara pecosa de Tato, sus ojos achinados y la expresión aguerrida del que es capaz de cualquier estropicio. Él era el que apoyaba la mitad del cuerpo sobre el sillín de la moto, haciendo equilibrios y mirando a la cámara con el desparpajo de los temerarios. Ella sí había cambiado. La niña del peto tejano y los ojos despiertos, con la llave inglesa en la mano y el pelo enmarañado en dos coletas a ambos lados, le pareció una delicia. Los ojos eran los mismos, algo rasgados y de color avellana, pero había en ellos una expresión franca y un brillo de felicidad que ahora habían desaparecido. Ella era la protagonista absoluta de la foto. La seguridad con la que su mano derecha se apoyaba sobre el depósito daba una idea del orgullo con el que había posado, y J. B. se quedó pasmado mirando las cuatro letras bordeadas que tanto adoraba. En ese momento oyó la puerta tras él.

– No sabía que tenían una OSSA – dijo.

El ex comisario asintió.

—Mi hijo tenía varias. De hecho, las coleccionaba y pasaba más tiempo con ellas que con ninguna otra cosa. Y ella —añadió señalando a Kate— era su mejor ayudante. Ahí debía de tener ocho o nueve años. Esa foto la tomó cuando acabaron de restaurar esa 125B del 51.

J. B. estaba alucinando.

—Es una preciosidad. ¿Aún la tiene?

El ex comisario le miró sorprendido.

—Me extraña que Miguel no te hablase de ellas. Están en la parte de atrás del garaje, bajo unas lonas que hice fabricar a medida. Cuando mi hijo murió las guardamos allí y nadie ha vuelto a tocarlas.

No le pasó desapercibido el aplomo con el que el ex comisario se refería a la muerte de su propio hijo.

—La verdad es que no me ha hablado nunca de eso; y es extraño, porque sabe que yo también las colecciono. De hecho, estoy poniendo en marcha un proyecto para restaurar modelos antiguos y venderlos en la Red.

—¿Y has vendido muchas?

J. B. titubeó:

—Bueno, lo cierto es que sólo tengo cuatro y, la verdad, aún no están del todo perfectas, así que no tengo prisa —mintió acordándose del comprador impresentable que le había mandado Errezquia.

El ex comisario sonrió y le mostró la copa como si quisiera brindar. Luego se volvió hacia la pared y la presionó para abrir el plafón de madera.

—O sea, que no has vendido ni una.

—No señor, aún no.

—Ni lo harás —sentenció—. Esas motos crean adicción, son como un miembro de la familia. Créeme, lo sé por experiencia. Ésas —dijo señalando con el dedo hacia afuera— llevan en ese garaje casi veinte años y nadie les ha quitado la funda en todo ese tiempo, pero si se me ocurriese hablar de venderlas se me echarían los tres encima como lobos.

—Si quiere que les eche un vistazo, señor, sólo tiene que decirlo.

—No, gracias, sargento. De hecho, no estamos aquí por las motos.

El ex comisario se pasó los dedos por el flequillo blanco y J. B. pensó que, con su edad, tenía una planta imponente.

—No, señor. El sobre que le di antes con el CD contenía las fotos que me pidió de la botella de brandy. Le agradeceré cualquier ayuda con la bodega.

Él asintió y dejó el sobre al que se refería J. B. sobre la mesa. Al ver su cara de asombro le aclaró:

—Le dije a Nina que lo subiese al despacho.

Entonces corrió el plafón de la pared de madera hacia la izquierda.

Lo primero que llamó la atención del sargento fue la vitrina con las armas. Cuatro escopetas de caza impecables y varias cajas de munición de distinto calibre, todo bajo llave. Al sargento no le pasó inadvertido el leve movimiento de la mano del ex comisario bajo la mesa ni el modo en el que se abrió el archivador de cuatro alturas cuando la retiró. El anfitrión buscó entre las carpetas colgantes, sacó una y se la puso bajo el brazo. Luego volvió a cerrarlo todo y la pared ocultó de nuevo sus tesoros y ofreció otra vez el aspecto anodino de los plafones desnudos de madera. Dejó la carpeta delante de él y J. B. leyó las iniciales: CRC.

—Tengo especial interés en que se resuelva este caso.

J. B. frunció levemente el ceño y el ex comisario asintió.

—Hace dieciocho años ocurrió algo que no pude resolver y que he vuelto a retomar recientemente. Supongo que Miguel tampoco te ha hablado de su padre.

Silva negó con la cabeza. El cambio de tercio le había pillado por sorpresa. Entrar en temas familiares no parecía algo propio del ex comisario. Más bien poseía talante de hombre reservado, y eso le puso sobre aviso.

—El padre de Miguel murió en un accidente. Días antes supe de ciertas incorrecciones que cometió y que intenté ocultar.

J. B. reparó en su honda respiración y en el movimiento ascendente de la nuez.

—No me enorgullezco de ello, la verdad, es la única vez en mi carrera profesional en la que no cumplí escrupulosamente la ley. En lugar de eso, le obligué a dejarlo a cambio de pedir su traslado y no denunciarle. Él me prometió cumplir su parte del trato.

El ex comisario cogió la copa y se acercó al ventanal.

—Pero entonces recibí una amenaza anónima y, ante eso, no me quedaba

otro remedio que actuar contra él. Esa noche fui a su casa y le convencí para que testificase contra los que le habían metido en el negocio. Se negó en redondo, pero poco a poco fue contándome algunas cosas. Cuando supe que se ocupaba de asegurar el paso de cierta carga por la frontera para alguien muy importante, le exigí nombres. Me advirtió que no podía decirme nada por el bien de todos, pero que lo dejaría. Él quería dedicarse a las motos, por lo que le prometí que le ayudaría a reorientar su vida cuando todo saliese a la luz. Al día siguiente, en contra de su voluntad, fuimos a consultar a un abogado de Barcelona. Le contó muy por encima lo que sucedía, y el abogado nos dijo que aunque colaborase era probable que él también fuese a la cárcel por un tiempo. Salí de allí bastante hundido, la verdad. Como sabes, la cárcel no es el mejor lugar para nosotros, pero intenté animarle y le aseguré que con mis contactos tal vez consiguiésemos algún tipo de régimen abierto. No quiso ni escucharme. Me dijo que necesitaba un par de días para dejarlo y que luego se iría. El accidente fue tres días más tarde.

J. B. apartó los ojos de la copa de brandy que Salas-Santalucía le había servido.

El ex comisario se volvió hacia él y le mostró la copa. Pero tampoco bebió. Sólo continuó hablando con la vista en el horizonte.

—Según el informe, simplemente se salió en una curva al volver de La Seu. Y ahí acaba todo.

Se volvió de nuevo y enarcó las cejas. J. B. le sostuvo la mirada. Por primera vez desde que le conocía, detectó el peso invisible sobre sus hombros, y sus setenta y cinco años se hicieron patentes. Pero la intuición le decía a J. B. que el ex comisario no sólo buscaba sincerarse; no era de los que contaban cosas como ésa sin un objetivo. Y el sargento siguió escuchando, en silencio.

—Ese día me llamó desde Francia y yo no le cogí el teléfono. Estaba tan enfadado y decepcionado con su comportamiento que lo ignoré. Cuando volvió a llamar la secretaria me lo pasó sin avisar.

J. B. pensó en Montserrat y en su llamada para que fuese al entierro de Bernat.

—La última vez que hablamos me dijo que no podía dejarlo, que le habían dicho que si lo hacía no caería solo y que para pagar sus deudas había hecho algo terrible, algo que no podría perdonarle. Entonces comprendí que había vuelto a jugar, discutimos y le colgué el teléfono. Ésa fue la última vez que hablé con él.

Tras una breve pausa, continuó:

– Quizá fue por eso por lo que, cuando leí el informe y vi las fotos, no pensé nada. Tan sólo que había sido un accidente.

El ex comisario se dejó caer en la butaca y se echó ligeramente hacia atrás con la copa aún en la mano. Miró a contraluz el licor, como si buscara algo en él, y J. B. se dio cuenta de que casi no se había servido. La propia experiencia le había enseñado que la culpabilidad mezclada con el alcohol era como una losa que le impedía a uno volver a levantarse. Y, por alguna razón, intuyó que el ex comisario también lo sabía.

– El caso es que, después de esa visita al abogado, mi hijo desapareció un par de días. Luego supe que había estado en Francia, pero ya no volví a verle con vida.

El sargento lanzó una mirada a su copa y esperó.

– A los pocos días recibí la llamada de un notario de Darque, un pequeño pueblo costero al norte de Portugal. Resultó que una empresa promotora de allí era la nueva propietaria de la casa de mi hijo. Como prueba, aportaban un documento que exponía que él había perdido la propiedad en una apuesta. Todo era legal, por increíble que pareciera, y absolutamente irrevocable. Entonces comprendí a qué se refería cuando me dijo que había hecho algo terrible. Había dejado a sus hijos en la calle y la versión del suicidio fue tomando fuerza en mi cabeza.

Un rictus cruzó el rostro del ex comisario.

– Nunca fue muy valiente, la verdad – se lamentó.

Y tras un corto silencio se incorporó en la butaca y apoyó los brazos sobre la mesa para continuar.

– A pesar de eso, después del entierro decidí que los que le habían metido en aquello tenían que pagar, y empecé a investigar. Poco después recibí la segunda nota, que alguien había dejado en mi despacho de la comisaría. Me amenazaban con destaparlos todo y acabar con mi carrera. Afirmaban que había pruebas de que yo estaba al corriente de todas sus actividades desde el principio, y por ese motivo, después de algunas noches sin dormir, lo dejé. Sobre todo por ellos – justificó señalando la foto que había sobre la mesa.

– Nuestra familia acaba en esa foto, no tenemos más parientes – añadió apuntando con la copa al marco que J. B. había estado mirando.

El sargento pensó en su madre y en que algunos ni siquiera podían contar con eso. Y entonces se preguntó qué habría sido de la madre de Miguel. Pero el ex

comisario seguía hablando y comprendió que él estaba allí sólo para escuchar.

– Hace algún tiempo, cuando me jubilé, empecé a darle vueltas de nuevo. El anónimo que prendió todo aquello lo envió alguien relacionado con esa carpeta – afirmó señalando el dossier de las tres iniciales.

– ¿Cree que lo de su hijo puede tener algo que ver con la muerte de Bernat?

El ex comisario permaneció en silencio.

– Hace unas semanas, mientras cazaba, oí a alguien hablando por teléfono. Fue una casualidad. Algo fortuito. Yo iba con Miguel y no podíamos ver quién estaba hablando al otro lado del zarzal que separa los terrenos, así que nos quedamos quietos esperando a que se fuesen para seguir a lo nuestro. Entonces reconocí la voz de Jaime Bernat.

El ex comisario le mostró la copa vacía al sargento mientras se levantaba. Él negó con la cabeza y su anfitrión rodeó la mesa hasta el mueble bar. Cuando J. B. se volvió para seguirle con la mirada, reconoció la botella de inmediato.

Tras un primer instante de desconcierto, se convenció de que debía de haber cientos de Ximénez-Spínola iguales en el mundo. Observó cómo el ex comisario se servía otro poco. Permanecía de pie, con un aspecto más que saludable y el bastón apoyado en la mesa. J. B. se preguntó si se estaba volviendo paranoico al valorar esas sospechas absurdas. Setenta y cinco años tampoco eran tanto, pero de inmediato recordó cómo se había cogido a la barandilla para ayudarse a subir la escalera desde la sala. Intentó imaginarle planeándolo todo y le sorprendió la seguridad con la que su propia mente dijo sí a esa posibilidad. Y de pronto no le pareció tan buena idea haber traído las fotos con él, ni haberle pedido ayuda con el caso. Entonces, la paciencia con la que había esperado mientras el ex comisario le contaba la historia de su hijo dio paso a una especie de incomodidad. Justo cuando comprendió que iba a pedirle un favor, un favor que no quería escuchar.

Y por un momento pensó que todo aquello era parte de un plan para acabar pidiéndole que se olvidase del asesinato de Jaime Bernat. Pero el ex comisario continuó.

– Por lo que pude entender de la conversación, alguien no se había ocupado bien de que cierto material llegase a Toulouse. Pero cuando Jaime amenazó a su interlocutor y le oí decir que si caía no lo haría solo, lo entendí todo. Ésa es la frase que llevo veinte años intentando relacionar con algo. Comprenderás que se me revolvió el cuerpo cuando entendí que Bernat estaba detrás de todo aquello.

El ex comisario esperaba su reacción, y J. B. respondió encogiéndose de hombros, enfrascado aún en sus propias cavilaciones. No entendía nada. Cogió la copa y se la acercó a los labios. Pero antes de que tuviese tiempo de beber un trago, su anfitrión sentenció:

—Ésas fueron las mismas palabras que alguien le dijo a mi hijo y las últimas que escuché de su boca. ¿Comprende?

J. B. dejó la copa intacta sobre la mesa. Seguía sin entender de qué iba todo aquello. Se preguntó hasta qué punto estaba Miguel implicado en el asunto. El ex comisario, ajeno a sus elucubraciones, añadió:

—Sólo fue una conversación; de hecho, la mitad de ella. Pero desde entonces sé que ellos están detrás de las actividades de mi hijo y que tuvieron algo que ver en su muerte. Jaime no actuaría solo en algo así.

El sargento esperó en silencio. Intuía las vueltas que daba el comisario a lo que quería pedirle y no fue consciente de que se iba echando hacia atrás hasta que notó cómo su espalda tocaba la butaca. Se irguió e intentó relajar los hombros. Entonces miró el bastón del ex comisario y pensó si Miguel podía ser el ejecutor, o tal vez sólo el mensajero.

—Llevo años investigando las actividades de algunos miembros del consejo. En esa época, Jaime Bernat se hizo con unas tierras en La Seu que le costaron mucho dinero, unas tierras casi en la frontera con Andorra y por las que también pujaron otros miembros del consejo. La información proviene de uno de los subasteros más importantes de la zona. Por lo que sé, las actividades del consejo no se limitaban a la concesión de las licencias y la recalificación de tierras. Pero estoy convencido de que fue Jaime quien amenazó a mi hijo.

A esas alturas, J. B. estaba tan ensimismado en sus propias conclusiones y en lo que significaba que los Salas estuviesen metidos en el caso que ni siquiera oyó las últimas frases. Hasta que el ex comisario se sentó en su butaca y le miró a los ojos.

—Sargento, sólo le pido que continúe con la investigación por mí y yo le ayudaré en lo que pueda.

Cuando por fin comprendió las verdaderas intenciones del ex comisario, J. B. respiró hondo. Necesitó hacerlo varias veces para tranquilizarse y se sintió agradecido, aunque no sabía a quién o a qué lo estaba. Asintió e intentó sonreír.

El que tenía delante sólo era un hombre que pedía ayuda para investigar a los miembros del CRC en relación con la muerte de su hijo, y eso sí podía hacerlo.

Cuando salieron del despacho, algo había cambiado en la forma en la que veía al ex comisario. No podía apartar de su mente la sensación de frustración y sorpresa en el instante de duda y, aunque había prometido ayudarlo a encontrar la relación entre la muerte de su hijo y el CRC, en todo ese asunto había algo que no cuadraba. Por su parte, Salas-Santalucía le había prometido trabajar en la botella y averiguar quién la había enviado.

Al bajar por la escalera se cruzaron con Miguel y con su hermana.

El perfume a su alrededor era el mismo que la noche anterior. J. B. recordó las coletas y su mano de ocho años apoyada con autoridad sobre el depósito de la moto, y le sonrió. Ella pareció extrañarse y frunció el ceño. Rencorosa. Desde luego, quedaba bien poco de aquella pequeñaja graciosa que reparaba motos con su padre.

Carretera de La Seu, km 68

Al final no había cogido el Mercedes porque para ir a La Seu no necesitaba lujos y la *pick-up* era más cómoda, más amplia y tomaba mejor las curvas. Además, un deportivo siempre hacía que la gente intentase identificar al conductor, y él quería pasar desapercibido. Incluso se le ocurrió que quizá el abogado subiese la tarifa si le veía en el cochazo. Santi puso el intermitente y se incorporó a la general.

Los domingos el tráfico iba en sentido contrario, así que seguro que a la vuelta encontraba algún atasco. Eso ya le puso de mal humor y aceleró para meterle presión al BMW X5 andorrano que tenía delante. El arrebato por lo ocurrido en la notaría ya se le iba pasando. De hecho, mientras desayunaba el pan con ajo se le ocurrió que, después de tantos años, ella no querría entrar en disputas con él. Siempre fue una niña buena y eso no tenía por qué haber cambiado. Pero del marido no sabía nada; puede que ése sí fuese un mal bicho. A lo mejor la estaba manipulando. ¿Por qué si no una Bernat iba a dar poderes a un extraño para que actuase en su nombre? Santi bajó la ventanilla y al inspirar notó un dolorcillo en el pecho. Repitió la inspiración, atento al dolor, pero esa vez no notó nada. Tranquilo, a lo mejor se conforman con cuatro duros. Al fin y al cabo la herencia es todo tierra, ¿y para qué quieren ellos tierra sin recalificar a doscientos kilómetros de su casa?

Cerca del cruce con Bellver le adelantaron un coche de policía y dos ambulancias. Seguro que algún forastero se había metido en un lío. Miró la hora. Los borrachos del sábado noche ya estaban en retirada, por lo que debía de ser un rezagado que había alargado la fiesta. Bueno, por él podían pasar todos, iba con tiempo y tampoco sabría qué hacer en La Seu si llegaba demasiado pronto.

Pero al llegar al cruce vio varios coches de la policía. También una ambulancia al lado de un vehículo rojo que estaba destrozado. En el puente del Segre habían afianzado una grúa de las grandes y del brazo pendía lo que quedaba

de un coche, un amasijo de hierros que chorreaba una cascada de agua. Con los ojos clavados en la matrícula, Santi levantó el pie del acelerador. Sus labios se separaron sin poder apartar los ojos mientras volvía a leer los números junto a la doble D. Apenas quedaba rastro de la cabina. Entonces vio cómo un enfermero corría de una ambulancia a la otra transportando una especie de ordenador en las manos. Dudó si parar y miró alrededor de los vehículos, pero no vio lo que buscaba. Sólo había policías, y empezó a notar una especie de bola en la garganta, igual que el día en que llegó a casa, de pequeño, y su padre le dijo que ellas ya no estaban.

Conocía bien la sensación porque le había aprisionado el pecho durante meses. Y ahora otra vez. Se frotó la cara con furia, notando cada uno de los cráteres que le habían dejado la pubertad y la varicela, y empezó a rascarse con violencia la parte baja de la barba. No iba a permitir que la bola volviera a metérsele dentro porque sacarla costaba un mundo. Eso lo sabía de sobra, y con ese pensamiento se forzó a pisar a fondo el acelerador. Pasó de largo el cruce sin mirar atrás, si no la dejaba aposentarse, puede que desapareciese y le dejase tranquilo esta vez.

Entonces se obligó a pensar que tal vez fuese un golpe de suerte, que sus problemas acababan ahí, como su idea del viaje o de tenerla para él solo. Puede que su destino fuese estar así, que hubiese nacido para vivir solo, un rico heredero... atado a la tierra como un maldito árbol. Soltó un taco y sólo una vez, muy fugazmente, miró por el retrovisor.

1981

Las pocas veces que le preguntó por su madre, la respuesta fue siempre la misma: una extraña mueca entre el desprecio y una fingida conmiseración que le dejaba desarmado y sin ganas de insistir. La primera frase casi nunca variaba: «Ya sabes que tu madre no era muy lista...», y el final siempre era el mismo: «... porque tú y yo somos iguales, y la gente como nosotros no necesita a nadie, somos autosuficientes». Pero, a sus trece años, las cartas que había descubierto le otorgaron por primera vez el privilegio de la información y también el poder de decidir qué hacer con ella. Se sentía más alto y fuerte, y, sobre todo, mayor. Decidió guardar el secreto y quedarse, para él solo, lo que sabía por las cartas; ya tendría tiempo de verificar si las conclusiones a las que había llegado eran ciertas. A la tía, tantos años de

salidas nocturnas recorriendo los lugares noctámbulos de la ciudad, y cierta propensión en su genética, le dejaron una herencia asmática que a los cincuenta y cinco empezó a necesitar de un inhalador. La enfermedad fue el principio del declive de su actividad social, y poco a poco espació sus salidas hasta reducirlas a la misa del domingo y al chocolate de los sábados por la tarde en la calle Petritxol. Así fue como ella empezó a pasar mucho más tiempo en el piso mientras él seguía con su rutina perfecta. Sólo en una ocasión la tía le contó algo de interés sobre la familia. Fue el día que ella le habló de la injusta supremacía del poder masculino y de cómo su sobrino, el hermano de su madre, le había enviado cuatro perras para cuidar de ella y de él cuando naciese. Y de que ella se había tenido que conformar con mantenerlos allí sin apenas beneficio porque jamás se habían vuelto a acordar de ellos. Aquel día la tía le dio una llave, la de la habitación del fondo del pasillo en la que él había nacido y que había ocupado su madre los últimos meses de vida. Él la había metido en su bolsillo y había esperado al sábado para usarla. Cuando entró, la habitación estaba oscura, y las persianas bajadas dejaban entrar un poco de luz por las ranuras, cosa que le imprimía un halo de irrealidad. Él subió las persianas y abrió un poco la ventana. En aquel ambiente tan cerrado costaba respirar, pero apenas lo notó. Los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas y la imagen le recordó a la de los muertos, a los que tapaban del mismo modo. Tiró de una sábana y apareció una cómoda igual que la de la tía. Respiró hondo, y empezó a explorar el contenido de los cajones. Ropa, toallas, medias, libros. Los abrió en estricto orden, de arriba abajo y de izquierda a derecha, para no olvidarse nada. Lo fue devolviendo todo a su lugar. El ruido que hizo la puerta del piso al cerrarse le sacó de su estado de concentración y levantó la vista. La luz del día agonizaba ya y el silencio de la casa le caló la mente. Le dolían las piernas de estar tanto rato de pie, sin moverse, y hacía frío. Cerró el último cajón algo decepcionado: nada de aquello le era familiar, nada. Cerró las ventanas y se sintió extraño. Como si alguien hubiese vaciado su vaso justo cuando iba a beber. No había encontrado nada – un olor especial, un tacto familiar – que le conectara con lo que contenía aquel cuarto, con su madre. Había ido haciendo una lista en su mente de lo que quería conservar y fue abriendo los cajones en los que se encontraba cada una de esas cosas. A la hora de la cena salió y volvió a cerrar la puerta con llave. En la mano llevaba un álbum con fotos y la documentación de su madre, un neceser y un par de guantes blancos que olían a violetas.

Casa del ex comisario Salas, Das

Kate colgó por tercera vez el teléfono y buscó a Miguel. Sólo iba a acercarse a la finca para ver qué le pasaba a Dana. Su hermano hablaba por teléfono y colgó en cuanto la vio.

– Dana no ha venido y no me coge el móvil.

– A mí tampoco. Le acabo de dejar otro mensaje. ¿Te dijo que no vendría?

– ¿A mí? No, ¿por qué?

– No sé cuán enfadada la dejaste...

– ¡Serás idiota! Me dejó una nota en la que me decía que nos veríamos aquí.

Miguel sonrió e inmediatamente frunció el ceño.

– Entonces sí que es raro. Mira, voy a la finca a ver lo que ha pasado. Sólo me lo explico si ha ocurrido algo con algún caballo o la han llamado por una urgencia – comentó preocupado.

– O no tiene batería.

Miguel la miró acusador y Kate enarcó las cejas. Esa costumbre suya de soy-el-más-bueno la ponía de los nervios.

– Iré yo – anunció Kate.

– No, mejor quédate y cuando la encuentre te llamo.

– Ni hablar, pero si quieres puedes venir conmigo.

– Alguien tiene que quedarse por si el abuelo necesita algo.

– ¿Y Tato? – propuso Kate.

Ambos le buscaron.

Al fondo de la sala, casi al lado de la bodega, Tato estaba discutiendo con una chica. Miguel la miró.

—Creo que necesita toda la energía para convencer a Martina de que deje a Nina vivir con él.

Kate buscó a su sobrina. Ver discutir a sus padres no debía de ser nada agradable para ella aunque estuviese más que acostumbrada a esos enfrentamientos.

Nina permanecía sentada en una de las butacas con las piernas cruzadas, los auriculares puestos y la atención en la pantalla de su iPod, aunque cada pocos segundos miraba de soslayo hacia donde estaban sus padres como para cerciorarse de que ambos seguían allí. Kate los miró indignada. ¿Acaso no veían el tiempo que estaban desperdiciando y el mal que le hacían?

—Vale, me quedo, pero llámame —cedió pensando en Nina—. Y échale bronca por no avisar. Ah, y cuando volváis trae la maleta que he dejado en la entrada de la casona. Así me podré ir directa al túnel.

Miguel asintió y ambos se dirigieron a la escalera. En lo alto, el ex comisario y el sargento empezaban a bajar. Al llegar a su altura, Miguel se detuvo un instante y le comentó a su abuelo que iba a buscar a Dana. Él asintió y continuó bajando la escalera. Kate se había quedado abajo, de pie, sin saber hacia dónde dirigirse, cuando la BlackBerry vibró en su bolsillo. La sacó pensando en Dana.

El número que aparecía en la pantalla le recordó que en el desayuno no lo había cogido y descolgó sólo para decirle a quien llamaba que esperase un momento. Luego empezó a subir la escalera. Necesitaba un lugar tranquilo, porque el andorrano siempre acababa sacándola de quicio y no quería dar un espectáculo delante de los invitados. Escondió la mano con el teléfono en la espalda y, al cruzarse con el sargento en la escalera, él le sonrió. ¿Qué le pasaba ahora?

Kate entró en el estudio del abuelo, cerró la puerta y carraspeó antes de contestar.

—Sí.

—...

—No me dejaste alternativa.

—...

—Lo sé, pero un trato es un trato.

— ...

— ¿De cuánto estamos hablando?

— ...

— Hazlo y yo me ocuparé de hablar con quien sea necesario. Cuento con que habrás sido discreto...

— ...

— Yo nunca faltó a mi palabra y no espero menos de mis colaboradores.

— ...

— Bien. En cuanto lo tengas te diré cómo hacérmelo llegar. Por cierto, vamos a necesitar también una copia de cómo quedan los listados de movimientos después de la modificación. Y quiero que sea igual que la que reciba el fiscal.

— ...

— Lo sé, pero tampoco lo estaba el dinero para tu contacto. Digamos que estamos en paz.

— ...

— Eso es irrelevante, y créeme: cuanto menos sepas, mejor.

— ...

— De acuerdo.

Después de colgar, Kate se acercó a la ventana y tiró con la mano de la butaca del abuelo para sentarse frente al ventanal. Apoyó los pies sobre el radiador y cogió aire. Pero en seguida necesitó encogerse y descansó los codos en las rodillas. ¿Dónde narices se habría metido? Miró la pantalla y volvió a marcar el número de Dana. Nada. Dudó si llamar a Miguel, pero lo más probable era que ni siquiera hubiese llegado a Santa Eugènia.

Fuera había cesado la aguanieve y bajo el sol tenue de noviembre las gotas de agua brillaban como diamantes sobre el césped del jardín. Kate pensó que era difícil ver algo así donde ella vivía. Visualizó la terraza del piso de Barcelona y se avergonzó de que no hubiese nada de verde en ella. Ahora que le daría el dinero a Dana tendría que olvidarse de comprar el ático, pero se prometió a sí misma que pondría unos parterres y los llenaría de plantas verdes.

Detectó movimiento y miró hacia el jardín. Allí estaba Martina, la madre de Nina, discutiendo con Tato. Le tentó abrir la ventana para gritarles que dejaran de

escondese tras esas discusiones absurdas. Llevaban quince años peleándose por cualquier cosa con tal de no afrontar su relación. Imaginó a Nina observándolos desde el sofá, escondida tras su iPod. Miedo a las relaciones: ése era el problema de Tato.

Kate hizo rodar la butaca con los pies y reconoció el sobre que le había entregado el sargento a su abuelo nada más llegar junto con una bolsa de papel marrón. Entonces ya le había picado la curiosidad. Vigiló la puerta y dudó si debía echar el seguro, pero extendió la mano, lo cogió y levantó la pestaña. No estaba cerrado y dentro había varios papeles y un CD. Se acercó a la puerta y la cerró por dentro. Luego extrajo el contenido.

Fotos de una botella de brandy desde varios ángulos. Una de ellas era en papel de fax con anotaciones a pie de página en azul. Se preguntó si lo habría escrito el sargento y por qué le entregaba esas fotos a su abuelo. Kate había reconocido la botella en seguida. Hacía años que estaba allí. La buscó con la mirada. Era una de las que estaban sobre la bandeja. También había dos copas; una estaba medio llena y la otra casi vacía. El abuelo se servía muy poco y nunca dejaba nada, así que dedujo que el sargento no bebía. Recordó la sin alcohol del Insbrük y la teoría de Paco sobre los abstemios: lo eran por gusto cuando el alcohol no les interesaba, o por necesidad si no debían o no podían beber. Kate dudó de que al sargento no le gustase el alcohol.

Leyó la nota que acompañaba a las fotos mientras su ceño se iba frunciendo. Bernat había muerto envenenado por el contenido disuelto en esa botella, y no sabían su origen. El sargento pedía ayuda al abuelo probablemente para averiguar de dónde había salido. Kate se concentró en las fotos y buscó detalles en cada milímetro de la etiqueta mirándola una y otra vez. Recordó algo y empezó a abrir los cajones del escritorio. En el segundo encontró lo que buscaba. Cogió la BlackBerry y colocó la enorme lupa del abuelo entre el fax y el objetivo. Hizo fotos de todos los documentos y varias del fax aumentado. En este último descubrió el dibujo de parte de un logo. Luego mandó las imágenes por correo a Luis para que buscara en la Red cualquier cosa que pudiese parecerse a ese dibujo.

Al salir, se detuvo y volvió atrás. Cogió la botella de la bandeja y miró en la etiqueta. No había ni rastro del logo.

Se preguntó si el abuelo tendría algo que ocultar, a pesar de que aparentemente era un hombre sobrio y recto que nunca dejaba entrever su opinión si no era con algún propósito, un hombre que no tenía la necesidad de hablar para imponer su voluntad. Kate sabía que durante los años que había estado al frente de

la comisaría había permanecido al margen de los poderes fácticos del valle, pero podía imaginarle perfectamente pergeñando un plan para conseguir un objetivo. De hecho, había varios episodios en su propia vida que daban fe de ese gusto casi obsesivo por el control de las vidas ajenas.

Salió del despacho cavilando sobre si esa repentina búsqueda de complicidad con el sargento no ocultaría algún otro interés.

La puerta de la entrada estaba abierta y se acercó fastidiada a cerrarla. La gente poco cuidadosa con esos detalles no merecería que la invitasen. Entonces miró afuera buscando al culpable y descubrió al abuelo y al sargento en la puerta del cobertizo sobre el que Salas-Santalucía había habilitado tiempo atrás un pequeño apartamento. El ex comisario cerraba con llave y J. B. le hablaba sujetando un casco en la mano. Cuando Kate reconoció el adhesivo en el casco, la rabia empezó a encenderla.

¿Qué narices hacía uno de los cascos de su padre en manos del sargento? Permaneció de pie, esperando a que se acercasen para quitarle lo que no pertenecía a nadie más que a ella. Le sudaban las manos a pesar del frío, y contuvo las ganas de gritarle al abuelo que no podía regalar lo que no era suyo. Cuando llegaron a la escalera, Kate abrió la puerta de par en par, se quedó plantada delante del abuelo y luego miró directamente al casco. Cuando volvió a buscar los ojos del ex comisario, él le sostuvo la mirada y después se volvió hacia el sargento:

– Puede que le esté un poco grande, pero los Salas somos cabezones.

No obstante, el sargento le ofreció el casco a Kate, y ella, sorprendida, avanzó dos pasos para cogerlo.

– Miguel ha llamado desde la finca. Chico le ha dicho que Dana salió hace un par de horas y nadie sabe dónde está. Dice que vayas y esperes allí mientras él la busca.

– ¿Y esto? – interrogó mostrándole el casco.

– Miguel se ha llevado tu coche porque el suyo le da problemas y le he pedido al sargento que te acompañe hasta la finca. Como sólo lleva un casco hemos cogido el de tu padre.

El ex comisario se volvió hacia J. B. y le ofreció la mano.

– Gracias por todo, sargento, en cuanto sepa algo se lo haré saber.

– Señor, tiene mi número anotado en el informe.

Kate ya no podía contenerse e interrumpió la conversación.

– ¡¿Cómo que se ha llevado mi coche?! – Era indignante.

El abuelo la miró severo.

– El suyo no arrancaba y se ha llevado el tuyo. ¿Hay algún problema?

Sí, sí lo había, pero empezaba a estar harta de que cada vez que discutía con alguien de la familia el sargento estuviese presente. Además, Tato podía dejarle el coche, no tenía por qué ir con un desconocido. Y hacía años que no montaba en moto. Pero entonces recordó que, el día de la mudanza, la *pick-up* de Tato estaba hecha una pena.

El abuelo pareció leerle los pensamientos.

– El sargento tiene una OSSA. Pensé que te gustaría. Puede que hasta te deje conducir. ¿Verdad?

Un silencio elocuente y el miedo en los ojos del sargento la hicieron decidirse.

– Voy a por la chaqueta.

Desde la entrada le oyó decir:

– Señor, ¿cree que puedo dejarla? Usted mismo dijo que llevaba años sin tocarlas.

– No se preocupe, no creo que tenga el permiso en regla.

Pero se equivocaba. Se lo había sacado a los dieciséis y lo había renovado por si algún día volvía a sentir la necesidad de montar una moto. Las cosas siempre pasan por algo, decía Kate, y se le ocurrió que ésa podía ser la oportunidad de poner al sargento de su parte. Salió abrochándose la chaqueta, se cruzó el bolso y se probó el casco mientras le decía al abuelo que en cuanto encontrasen a Dana y recuperase el coche se marcharía a Barcelona porque Miguel había quedado en ocuparse de recoger la sala de abajo.

Pasó por alto el evidente descontento de su abuelo y miró desafiante al sargento.

– ¿Vamos?

Él asintió resignado y Kate contuvo la sonrisa. Seguro que le temblaban las piernas sólo de pensar que conduciría ella.

Se dirigieron hacia la moto; lo único que quebraba el silencio era el rumor de las piedras del camino al deslizarse bajo sus pies. Al llegar, Kate se volvió. Como sospechaba, el abuelo había desaparecido. Observó al sargento. Aún podía hacerle sufrir un poco más, lo merecía. Y, cuando vio que ya se había puesto el casco y completamente vencido le ofrecía las llaves, contuvo la sonrisa.

– Mejor conduce tú. No quiero que le pase algo a tu moto y me cueste un dineral.

No le vio la cara, pero oyó con claridad el suspiro de alivio. Antes de ponerse los guantes, el sargento preguntó.

– ¿Guante o bolsillo?

La pilló por sorpresa y denegó la oferta.

– Quédate los guantes. No hagas de Fittipaldi, ya usaré los bolsillos – respondió metiendo las manos en ellos –. ¡Ah!, y me debes una – advirtió.

El sargento asintió.

Bien, le quería de su parte para cuando le recordase las fotos que le había enviado al móvil. Porque al cabo de quince minutos entrarían en la finca Prats y ése sería el momento de cobrarse el favor.

El sargento conducía bien. En las primeras curvas le pareció que no iban sincronizados y Kate se esforzó por ajustarse a sus movimientos, tal como le había enseñado su padre. Cada conductor tiene su manera de conducir y debes aprender a identificarla, decía siempre.

Al incorporarse a la carretera, Kate le rodeó la cintura y estuvo atenta. Pronto se dio cuenta de que un par de segundos antes de la curva él se inclinaba levemente hacia el lado contrario. En el tercer o cuarto giro, ella empezó a hacer lo mismo. A partir de entonces sólo se concentró en la carretera y en las sensaciones que llevaba tanto tiempo sin sentir. Respiraba hondo cuando podía y mantenía el cuerpo en tensión cuando era necesario, pero casi no sentía las manos. Dudó un instante y al final las metió en los bolsillos de la cazadora del sargento. Seguro que estaba sonriendo, pensó, y al recordar el diente se alegró de no poder verlo.

En cada curva notaba cómo él encogía los abdominales, y eso le recordó a su padre. E hizo lo mismo que entonces. Apoyó el cuerpo en su espalda y pensó en lo que habría podido ser de su vida si él no hubiese muerto. Tal vez nunca habría salido del valle y ahora serían los propietarios de un taller. Se le anegaron los ojos y los cerró. Cuando bajó la cabeza notó que él reducía la velocidad.

Estaban entrando en la finca. Kate sacó las manos de sus bolsillos y se irguió. Él tardó unos segundos más en hacerlo. Al fondo, bajo el sauce, estaba aparcado su A3.

Y verlo le recordó que ya pertenecía a otro lugar, y que el trayecto en moto era sólo un guiño del pasado que le hacía sentir Barcelona y el bufete demasiado lejos.

El sargento detuvo la moto y se quitó el casco. Fin del trayecto, le oyó decir. Kate bajó de la OSSA y abrió el capó del coche para dejar el casco en la maleta. Puso el bolso al lado para que no rodase en las curvas y se secó los ojos mientras guardaba el móvil en el bolsillo. Cuando estuvo lista se volvió. Él la estaba mirando y se masajaba el pelo.

— ¿Estás bien? — se interesó.

Kate asintió.

— Sí — se oyó.

— Al final has preferido los bolsillos...

Kate sonrió y le sostuvo la mirada hasta que, como la noche anterior en el Insbrük, los ojos azules del sargento volvieron a dirigirse a sus labios. Esta vez Kate hizo lo mismo, y al instante la imagen de la chica de la bomber plateada cruzó su mente.

— Bueno, es tarde. Gracias por traerme.

El sargento no se movió. Parecía relajado y ahora que él estaba en deuda con ella por no haberle exigido conducir era el momento de aprovecharlo.

— Mira, la verdad es que tengo trabajo en Barcelona... y no puedo quedarme. Así que confío en que ahora que sabes lo del quad de Santi la dejarás en paz.

Él la miró desorientado. Luego sonrió sin despegar los labios. Hasta que alzó una ceja.

— ¿Estás segura de que quieres hablar de ese quad? Si lo hacemos vamos a tener que charlar sobre lo que hacías en una propiedad privada sin invitación...

— Entonces ¿no vas a tener en cuenta lo que sabes?

— Yo no he dicho eso, pero si el bastón tiene las huellas de tu amiga voy a necesitar una explicación muy convincente.

— Se pelearon, forcejearon, él quería pegarle y ella se defendió.

— ¿Y él acabó muerto?

— Eres... muy simple en tus conclusiones, sargento.

Kate intuyó que le había enfadado. Bien, un poco de sangre.

— No voy a entrar al trapo — dijo Silva sonriendo —. Hoy no, es domingo.

— Lo dicho, pésimo. Me pregunto si estás aquí por eso. Un *estupa* en este valle perdido da que pensar...

Los ojos del sargento se clavaron en los suyos y Kate los vio oscurecer de forma peligrosa.

— No te busques problemas conmigo, letrada, no te conviene — le advirtió.

— Lo único que me interesa de ti es que dejes en paz a Dana y hagas de una puñetera vez tu trabajo para que yo pueda irme tranquila.

Kate había levantado la voz. No había forma con el maldito sargento. ¿Es que no se daba cuenta de nada?

Él se ajustó los guantes.

— Lo que me extraña es que doña superabogada sabionda no sepa ya quién le mató.

— ¿Estás ciego?, ¡fue Santi! Tiene el quad y, si el patrimonio que va a heredar no te parece un móvil lo bastante claro, es que no conoces a la gente de por aquí.

Silva miró al cielo.

— Además — añadió Kate —, ambos sabemos que lo que mató a Bernat no fue el atropello ni el bastón. Fue el brandy.

Ahí sí la miró directamente y Kate supo que había acertado.

— ¿Tú cómo sabes eso?

— ¿Vas a negarlo?

— No tengo por qué, ni siquiera tengo que hablar de esto contigo. — Silva negó con la cabeza —. ¡Hay que joderse!

— Sí, hay que joderse, sobre todo porque vas a dejar que se salgan con la suya y acaben con ella, que es justo lo que quería el malnacido de Bernat. Y al final lo habrá conseguido.

— A las pruebas me remito. Y al móvil.

— ¡Y un cuerno! Sólo te remites a las que te interesan. Cómo vas a relacionar

a Dana con la botella, ¿eh? Si ni siquiera eres capaz de averiguar de dónde ha salido...

— ¡Claro, seguro que tú lo sabrías nada más verla!

— ¿Me estás retando? Porque eso se puede interpretar como un permiso para investigar por mi cuenta.

— ¡Pero si haces lo que te da la gana! No veo que hayas necesitado permiso de nadie para meterte en casa de Bernat y sacar esas fotos ilegales.

— Eso es verdad, no lo necesito, pero no voy a correr el riesgo de que me inhabiliten. Ahora ya sabes lo que hay. Dime lo que vas a hacer.

— No te metas en mi terreno y yo no me meteré en el tuyo.

— Entonces te propongo un trato. Si averiguo de dónde salió la botella, la dejarás en paz.

— ¿Y si está implicada?

— Por el amor de Dios, ¡no lo está! Además, hay un mínimo de quince personas más en el valle que ganaban con su muerte tanto como ella. Para empezar, todos los de la lista que te di.

— ¿Cómo sabías lo de la botella?

Kate se encogió de hombros y vio en sus ojos el instante en el que J. B. ató cabos.

— ¿Sabe tu abuelo que tiene a una fisgona ladrona en su propia casa?

— No metas a mi abuelo en esto. Esto es entre tú y yo.

Él enarcó las cejas.

— Vaya, eso es nuevo.

Kate notó cómo empezaba a arderle la cara. Lo tergiversaba todo, igual que Miguel.

— No te confundas, tenemos un trato. Y estoy convencida de que en el fondo tienes dudas sobre si fue Dana, así que haz tu trabajo y busca de una vez al verdadero culpable — respondió, y pulsó el mando del A3 para cerrar el coche.

J. B. sonrió y, dejando claro que la conversación se había acabado, se puso el casco. Aun así, Kate estaba convencida de que en cuanto el origen de la botella exculpase a Dana, conseguiría que la dejarasen en paz. Tampoco le pareció que fuese a denunciarla a ella y, dado que ya había utilizado la lista, parecía dispuesto a usar

sus pesquisas, de modo que sólo tenía que mantener una buena relación con él hasta que todo acabase. Eso no parecía tan difícil, aunque su última sonrisa la había hecho desear desaparecer.

Se forzó a no olvidar que el sargento era una pieza más del caso Bernat, igual que el técnico andorrano lo era en el caso Mendes; peones a los que debía tener de su parte y utilizarlos si quería salir airosa de ambos casos. Nada más.

Y, del mismo modo que con el asunto de Mendes, algo le decía que no se confiase y que, mientras intentaba averiguar quién había mandado el brandy a Jaime Bernat, lo mejor sería prepararse para una probable citación por si al final no quedaba más remedio que llegar ante el juez. La pena era que eso supondría el inicio del procedimiento y el consiguiente escándalo para Dana.

Le había observado ponerse el casco y decidió que allí ya no hacía nada.

— Bueno, ya nos veremos — se despidió.

Cuando iba hacia la casa notó su mirada en la espalda.

— Te pareces a él más de lo que crees — le oyó gritar en el momento de poner la moto en marcha.

Cuando el sargento se alejaba, Kate alcanzó la casa. Sabía perfectamente a quién se refería, pero no era verdad. Ella no quería controlar la vida de todos ni cada uno de sus movimientos. Ni siquiera cuestionaba las decisiones de los demás, como hacía el abuelo, y, sobre todo, jamás se metía en las vidas ajenas. El ventanal de la biblioteca le recordó la anotación en la agenda de Dana y la tarjeta. Negó con un movimiento de cabeza. Ella no la cuestionaba, sólo estaba dolida por su falta de sinceridad y la deslealtad con Bassols. Y puede que también por que no aceptase sus consejos. Pero no intentaba controlarlo todo, sólo evitar que ella sufriera, hacerle la vida más fácil y ocuparse de lo más duro en su lugar.

Entonces, ¿por qué estaba tan dolida, o enfadada, o lo que fuese que la hacía sentir tan mal? Al fin y al cabo, ella misma había sido la primera en decirle a Dana que debería hablar con un penalista. Se había portado como una idiota al ignorar el hecho de que Dana era libre de elegir en quién confiar. Tal vez era bueno que buscase otros apoyos. Ella misma se lo había dicho, ¡acéptalo! Sólo que no esperaba que el nuevo apoyo fuese Miguel...

Aunque si lo pensaba bien no sabía de qué se extrañaba, porque su hermano siempre estaba reclamando atención, y parece ser que ya no le bastaba con la familia. Ahora también quería la de Dana, que siempre había sido la única que no le

hacía más caso a él que a ella. Hasta ahora, claro.

Y eso la molestaba casi tanto como que Dana no le hubiese hablado de sus problemas económicos o que Miguel la hubiese acusado de ser la causa de la mala predisposición del sargento contra ella. Puede que más aún, porque al fin y al cabo eso era algo subjetivo, la opinión de su hermano. Pero quitarle a Dana era otra cosa. Quizá se hubiese comportado como una idiota al subestimar a la policía del valle o la importancia del caso Bernat. Quizá no había actuado con el sargento de una forma absolutamente correcta. Pero todo eso estaba más que justificado si tenían en cuenta el momento profesional que estaba viviendo, con su ascenso y el caso Mendes. Lo que pasaba era que allí todos iban a la suya sin tener en cuenta que ella tenía su propia vida.

El termómetro de la entrada marcaba tres grados. Kate se dirigió a la sala con la chaqueta puesta y encendió el fuego. Por lo menos le dejaría la casa caliente. A saber en qué finca perdida estaba cuidando de alguna vaca... Mientras observaba prender la llama de una pequeña chispa que poco a poco se transformó en una gran hoguera, se le ocurrió que tal vez Dana ya no quisiese su ayuda. Y, en tal caso, puede que no debiera imponérsela. Esa idea la hizo sentir extrañamente liberada durante un instante. Hasta que recordó sus dedos encapuchados, el temblor de las manos y la amenaza que había lanzado Santi, en el cobertizo de los Bernat, de quedarse con toda Santa Eugènia.

Comisaría de Puigcerdà

En el hall de la comisaría, el ambiente tranquilo de las tardes de domingo se había transformado en un hervidero de actividad. Varias parejas de agentes entraban mientras otras salían en un cambio de turno inusualmente movido para un fin de semana sin apenas nieve. Habían pedido la grúa de Berga para poder operar en la zona del siniestro, porque la única de esa envergadura que tenían en el valle estaba haciendo un servicio en La Seu. Según los primeros datos, se trataba de una colisión frontal entre dos turismos. El resultado eran dos fallecidos —un hombre mayor y una mujer más joven— y un herido grave, al que habían trasladado al hospital de Puigcerdà.

A media tarde, Kate ya había dejado la maleta en el coche y se había tomado dos infusiones de menta con limón. Comenzó a anochecer y, a pesar de los mensajes que había enviado, seguía sin noticias de ninguno de los dos. Sólo justificaba su silencio que estuviesen en alguna granja sin cobertura, ayudando a parir a una vaca o a una yegua. O que se hubiesen quedado sin batería, cosa nada extraña en Dana. Mientras tanto, Kate se debatía entre esperarla o marcharse a Barcelona.

Atizó el fuego, le echó otro tronco y se acercó a la ventana. Fuera sólo quedaba encendida la luz interior del A3, como un faro en medio de la oscuridad. Seguro que Dana vería algún tipo de señal en eso, aunque la verdad es que Kate había olvidado apagarla y lo único que esperaba era que el descuido no hubiese agotado la batería. Fue a por el mando a distancia del vehículo, que había dejado en el bolsillo de la chaqueta, abrió la puerta principal y cerró el coche desde allí. *Gimle* la había seguido, e incluso había asomado el hocico a la puerta, pero cuando Kate hizo ademán de cerrarla el golden volvió adentro sin protestar.

El termómetro exterior pasaba de los once bajo cero y, aunque aún no eran las siete, las nubes que ocultaban la luna hacían que pareciese noche cerrada. Las nostálgicas tardes de domingo continuaban siéndolo a ciento cincuenta kilómetros de Barcelona.

El técnico tampoco había respirado. Kate se preguntó si lo del tipo que le ayudaba sería verdad o sólo un modo de aprovecharse de ella y sacar algo más de dinero. De todos modos, lo único que le importaba era que cumpliera con su cometido; Paco estaría conforme en aumentar el presupuesto con tal de resolver el asunto. En el reloj de la sala empezaron a sonar las siete y Kate miró por enésima vez la pantalla de la BlackBerry. Acercó una de las butacas al ventanal bajo la atenta mirada de *Gimle* y apagó la luz de la sala. Miró la chimenea y echó otro tronco.

Luego se sentó arropada con una manta. La casa estaba en penumbra, sólo quedaba encendida la pequeña luz de la mesilla de la entrada. Y, fuera, el coche parecía una sombra solitaria bajo un cielo plomizo de azules y grises como los de su infancia.

Había dejado tres mensajes a Miguel, había llamado varias veces al móvil de Dana, y empezaba a pensar si no se habrían olvidado de ella. Había discutido con Dana, y Miguel siempre iba a la suya, así que a lo mejor estaban ya en casa del abuelo y no se habían acordado de que ella seguía esperando. Esa idea la enfadó. Y, como de costumbre, empezó a dar vueltas a una situación que de forma progresiva y enfermiza fue convirtiendo a Dana y a Miguel en los culpables de todos sus males. Porque a ellos qué les importaba que los demás tuviesen que volver a Barcelona conduciendo de noche, o que estuviesen preocupados ante la ausencia de noticias. Cuando apareciesen por la puerta los pondría buenos. De hecho, lo que se merecían era encontrar la casa vacía. Sí, eso haría, dejar una nota e ir tirando. Al fin y al cabo existían los teléfonos, y no era ella la que debía llamar para disculparse. Dana tenía que dar la cara, y no sólo por no haber ido a la comida ni haber llamado para excusarse. No, también por tener una cita con el capo de los Bassols y no haberla avisado.

Porque esas citas no se conseguían de hoy para mañana. Y ella, mientras tanto, preocupada como una imbécil por lo que le había dicho Miguel, que la culpa de que el sargento no dejase en paz a Dana era suya. Idiota. Pero ¿qué se creían que iba a hacer el bufete Bassols con el sargento? ¿Intentar convencerle? No, probablemente ignorarle y prepararse para acudir ante el juez. Pero ella había querido evitar eso, porque sabía de sobra el mal que algo así podía hacerle al apellido Prats y lo fácil que era que todo se complicase una vez llegados a ese punto.

Y por primera vez se preguntó si Dana tendría algo que ver en la muerte de Jaime Bernat. La había llamado, era cierto, pero también lo era que tenía hora con uno de los penalistas más importantes de la ciudad y la cita era para el martes. Debía de haberla pedido hacía semanas. Incluso antes de la muerte de Bernat. ¿Para qué necesitaba Dana un penalista antes...? A no ser que supiese que iba a necesitarlo. O puede que no contase con ella, pero al ver que la cosa se complicaba decidiese llamarla mientras esperaba la reunión con el verdadero especialista. No creía posible algo así, pero al fin y al cabo tampoco que Miguel pudiese llegar a ser su confidente.

Necesitaba una explicación, pero no estaba dispuesta a volver a Barcelona de madrugada, así que llamó a casa del abuelo.

Al quinto tono, Nina respondió irritada. Le aseguró que no sabía nada, que no había visto a nadie, que el abuelo estaba despidiendo a los últimos invitados y que muchas gracias por dejarle a ella sola el honor de recoger después de la fiesta. Kate preguntó por Tato, y Nina respondió enfadada que «esos» llevaban horas discutiendo fuera y que, la verdad, prefería recoger sola que aguantar sus tonterías. Kate prometió compensarla y ella, más tranquila, que la llamaría si aparecían.

Marcó sin confianza el número de Dana, en un último intento, pensando en que luego se iría. Se levantó y empezó a doblar la manta sobre la butaca. Ya la esperarás solo, advirtió mirando a *Gimle*, yo me voy a casa. Puso el móvil en manos libres y lo dejó sobre la mesa para echar un par de troncos más en la chimenea por si Dana llegaba tarde. Buscó los ojos de la viuda, pero no pudo discernir lo que veía en ellos. El tono del teléfono al otro lado de la línea vacía fue creciendo hasta producir un extraño eco en la sala. Dana había encontrado un nuevo protector y por fin ella podía despreocuparse. Cuando recuperó la BlackBerry dispuesta a marcharse, descolgaron... y respondió la voz de un hombre que no era Miguel.

Carretera de La Seu, km 68

Con las mandíbulas apretadas entró en el vehículo y cerró de un portazo. La cabina de la *pick-up* se le quedaba pequeña y bajó los cristales de las ventanas hasta abajo. Las puntas de sus dedos estaban ya completamente blancas a fuerza de apretar el interruptor y, con el pie izquierdo, clavó el embrague en el chasis con toda la fuerza de la que fue capaz. Incluso se apuntaló contra el respaldo del asiento para hincarlo más. La mano derecha apretaba con fuerza la palanca del cambio y, mientras ponía la primera, Santi imaginó que la trituraba. Con la mano izquierda estrangulaba el volante mientras salía del aparcamiento sin mirar atrás. Al encontrar un semáforo en rojo, paró y volvió a maltratar el embrague. La mano derecha se le fue al mentón y empezó a rascarse, sin pensar en las heridas que tenía bajo la barba por la psoriasis. Cuando saltó el verde salió disparado; la correa del motor, incluso, patinó ligeramente por la fuerza y la velocidad con la que había acelerado sin soltar el embrague.

Y es que no tenía ni idea, el maldito abogado no tenía ni idea. Si hubiese sabido lo que iba a decirle se hubiese ahorrado el viaje a La Seu. Malditos inútiles. Y él también había sido un imbécil por llamarle. Pero si ya le había dado un baño a su padre cuando lo de la viuda. ¿En qué coño estaba pensando cuando le llamó? Había sido un idiota al hacerlo. Le había preguntado si la tía tenía a alguien. ¿Qué coño iba a tener si llevaba cuarenta años muerta? Él, él era el único Bernat y no entendía por qué les costaba tanto hacer el cambio de nombre de una puñetera vez. Además, ¿quién iba a ocuparse de arrendar la propiedad si no lo hacía él? Y, más aún, ¿quién iba a meterse en lo que hiciese un Bernat con sus tierras?

Pues no. Según la ley, el poder había vencido con la muerte de su padre y ahora eran los propietarios los que tenían el derecho de hacerse con la otra parte, y eso era difícil de entender. Hasta que el abogado le explicó que era la veterinaria la que tenía derechos sobre sus tierras hasta que éstas tuviesen un nuevo propietario.

Y cuando le preguntó que cómo iba ella a comprar las tierras si ni siquiera podía pagar las suyas, él le respondió que eso no era cosa suya, que él había pedido hora para hacer una consulta y que sólo podía advertirle que debía buscar el testamento de la propietaria de los terrenos y demostrar que no tenía herederos directos vivos o la señora Prats podría ejercer su derecho. El testamento señalará al heredero de esas tierras y le dará, sólo a él, el poder para hacerse con las otras. En este momento, la propiedad está descabezada. Ésas fueron sus últimas palabras.

Todo eran problemas. ¿Cómo iba a saber él dónde estaba el maldito testamento? Mientras despotricaba del abogado y de su mala suerte se preguntó dónde estaría la llave del baúl en el que el viejo guardaba los contratos de arrendamiento. Tendría que mirar en su dormitorio a ver si la encontraba y esa sola idea hizo que sus uñas volvieran a volar hasta el mentón.

Y a dos curvas del cruce del puente volvió a notarla. La maldita bola había vuelto para acabar de amargarle el día. Tragó con rabia, carraspeó varias veces a sabiendas de que nada iba a quitarle ya esa sensación, y al llegar al cruce espionó a la derecha para ver lo que quedaba del accidente. El corazón le empezó a latir más rápido y cuando fue consciente soltó una blasfemia en voz alta.

En el puente no había ni rastro de las ambulancias. Sólo quedaban dos coches de la policía y unos operarios que retiraban la grúa. Con lo que le había explicado el abogado, el accidente quizá había sido una suerte, porque ¿quién iba a saber cómo podía reaccionar ella viendo que las tornas habían cambiado tanto a su favor? Por suerte, la finca iba de mal en peor, de eso ya se habían ocupado, y no tenía visos de mejorar, y menos aún desde que los proveedores conocían su situación económica y sabían que no había dinero para cobrar.

Y si había sobrevivido, cosa difícil viendo lo que quedaba del coche, tendría que estar atento por si se le subían los humos y entonces algo habría que hacer.

Pero eso, lejos de levantarle el ánimo, le hizo sentir más solo. Además, buscar los papeles de la tía le ponía de muy mal humor. Seguro que había algún motivo por el que el viejo no había podido apropiarse de esas tierras. Si era así, todo se estaba complicando demasiado.

Hospital de Puigcerdà

Jorge Marós colgó el teléfono y se quedó mirando a su colega con actitud perpleja.

—Es increíble lo maleducada que puede llegar a ser la gente —exclamó.

El otro asintió en silencio.

—No es fácil de encajar —se oyó una voz— que no quieran decirte nada cuando tienes un ser querido en el hospital y no sabes lo que le ha pasado. Ponte en su lugar.

Lía, la hermana menor del director del hospital de Puigcerdà, el cirujano traumatólogo Jorge Marós, acababa de hacer una de las cosas que más sacaban de quicio a su hermano; entrar en una conversación sin que la invitaran. Él se lo hizo saber con la mirada. Ella, por respuesta, cogió la bandeja con las medicaciones de la segunda planta que acababa de preparar y le dio la espalda con más salero del necesario.

—Recuerda dejar ese móvil con sus efectos, no vaya a perderse y tengas que vértelas con el maleducado al que acabas de poner de los nervios —le aconsejó al salir.

Los dos hombres se miraron y Marós echó el móvil en la bolsa de plástico con la etiqueta.

—Para lo que le va a servir.

—Vamos, hombre, hemos visto cosas peores.

—Los párpados son un puzzle, las córneas están muy dañadas y tal vez haya que recomponerle la cara. Eso sin contar con los daños neurológicos que aún no podemos concretar.

– Ese optimismo tuyo...

– Míralo como quieras, pero la cosa es así.

– ¿Sigue en coma?

Marós asintió mientras leía un documento con el bolígrafo entre los labios.

– Entonces, cuando despierte veremos más cosas.

– Si lo hace, sí.

– ¿Vas a ver el partido?

– No, tengo guardia –comentó Marós mientras introducía unos documentos en su maletín.

– ¿Y el portátil?

Marós negó con la cabeza.

– Quiero aprovechar para preparar la ponencia. Además, tengo papeleo para parar un tren.

– Eres mi ídolo, tío. Bueno, me voy. Nos vemos el martes. Si hay algo me llamas.

Marós negó con la vista puesta en el documento de entrada.

– No creo que te necesite, están los nuevos y a ésta no le bajará la inflamación hasta dentro de unas semanas. La luna delantera le ha destrozado la cara. –Y mirando el informe añadió–: Por cierto, ¿tú no tienes uno de esos Wrangler?

– Ni lo mientes, tío, ni lo mientes.

Hospital de Puigcerdà

Un familiar directo. ¿Acaso había alguien más directo que ella? Salió disparada del salón con la BlackBerry en la mano, cogió la chaqueta del perchero y cerró de golpe. Cinco minutos más tarde, el A3 se incorporaba a la N-260 en dirección a Puigcerdà. Había recorrido el trayecto hasta allí maldiciendo la absurda confidencialidad que argumentaban al teléfono para ciertas cosas. La ponía enferma que obtener respuestas dependiese del humor del maldito funcionario. Eso sin olvidarse del descaro con el que, a veces, se distribuía sin control de ningún tipo la información privada.

Intentó mantenerse serena, pero la culpa por haber pensado tan mal de Dana la mortificaba como un pecado inconfesado. Mientras circulaba hacia Puigcerdà, con el cielo ya casi negro, empezaron a anegársele los ojos. No era momento de llantos. Ya imaginaba la cara de Dana si la veía llegar con aspecto lloroso. Ella, que siempre era la fuerte, no podía flaquear en un momento así. Además, seguro que no era grave. Pero, entonces, ¿por qué no había respondido ella misma? Pues porque en los hospitales nada más entrar ya te quitan el móvil, tonta.

Las luces del cruce de Ger la sacaron de sus cavilaciones y, de pronto, reparó en que ni siquiera había preguntado por Miguel. Puede que él también estuviese allí. Eso la hizo relajarse un instante, hasta que fue consciente de que nadie la había avisado. Tal vez no podían, y esa idea le aceleró las pulsaciones. El tipo del teléfono podía haberle dicho algo más, seguro. Averiguaría quién había respondido con el móvil de Dana y se ocuparía de que no pudiese volver a hacerlo. Ese incompetente, aparte de no aclararle nada, había empleado un tono que hacía sospechar lo peor, y ahora no podía dejar de pensar en que había ocurrido algo grave.

Por fin llegó a la rotonda del jugador de hockey y torció a la izquierda para entrar en la ciudad. Apenas podía soportar el dolor en el estómago y entonces fue

consciente de que había hecho todo el trayecto desde la finca con el estómago encogido. Intentó relajar los abdominales, pero así también le dolían, y los mantuvo tensos mientras subía por la avenida Catalunya hasta llegar a la rotonda del casino Ceretà. La rodeó mientras dudaba si entrar directamente en el parking, pero vio que un poco más adelante un coche salía de una zona azul y se clavó con impertinencia tras él con el intermitente alerta. Así, cuando tuviese que llevarla a casa, estaría cerca y no tendrían que andar mucho. Se le ocurrió que ese hueco para aparcar era una buena señal.

Dos minutos más tarde Kate entraba en urgencias erguida, con las manos húmedas y clavando los tacones. No iba a dejar que ningún funcionario endiosado le diese largas por los lazos de sangre. Se plantó delante del pequeño mostrador de urgencias y miró a la chica como a un testigo de la oposición.

– Me han dicho que Dana Prats está en este hospital.

La joven con bata blanca asintió sin mirarla y se concentró en la pantalla del ordenador.

Kate escuchó el tecleo seco de sus dedos buscando información mientras notaba cómo el borde metálico del mostrador se le incrustaba en las palmas de las manos. Presionó aún más fuerte. El dolor la mantenía conectada, alerta a la respuesta de la recepcionista. Cabreada con el mundo. En un momento dado oyó a alguien hablando detrás de ella y recordó que no estaban solas. Que no se le acercasen a decirle nada, o lo lamentarían. A partir de ese instante fue consciente de las miradas que dirigían a su espalda las personas sentadas en la sala. Al entrar había visto a bastante gente, pero no podía decir cuántos eran ni de qué edad o sexo. En realidad, ni siquiera había pensado en si había una cola a la que ponerse. En seguida empezó a impacientarse.

– Dana Prats – repitió con sequedad.

La chica levantó la vista y Kate le sostuvo la mirada.

– Sí, está aquí. ¿Y usted es...?

– Su hermana. ¿Puedo verla?

La expresión de la joven cambió radicalmente. Kate la vio coger aire y tratar de sonreírle con esa conmisericordia que suele preceder a las malas noticias. Eso le aceleró el pulso.

– Si se sienta, avisaré al doctor para que salga a informarla.

– Quiero saber qué le ha pasado.

– Creo que ha tenido un accidente. Siéntese y el doctor saldrá en seguida.

La joven descolgó el teléfono y pulsó una tecla.

– Doctor Marós, la hermana de Dana Prats está aquí. ¿Puede bajar un momento?

Kate se la quedó mirando en silencio con la mente en blanco mientras la recepcionista la evitaba. Malo, muy malo.

– Siéntese, ahora baja el director.

Nadie iba a moverla de donde estaba. Ni hablar. No hasta enterarse de lo que pasaba y ver a Dana. Y desde luego ella no era como esa panda de alelados a los que tenían sentados en aquella sala desde ni se sabía cuándo.

La recepcionista le lanzó una mirada intimidatoria que casi la hizo reír. No tenía ni idea de con quién se estaba midiendo. Entonces se acordó de Miguel y volvió a preguntar.

Tras volver a consultar el ordenador, la joven la informó de nuevo:

– No tenemos a nadie con ese nombre, lo siento.

Kate se dirigió a la puerta de entrada mientras buscaba la BlackBerry en el bolsillo de la chaqueta. La cogió y la mantuvo en la mano mirando la pantalla. Ni rastro de Miguel. Tenía que avisarle de que Dana estaba en el hospital, pero cuando fue a marcar dudó. Mejor esperaría a hablar con el doctor, pues tampoco sabría qué decirle. Estudió de nuevo a la chica del mostrador. Ahora atendía a una pareja de andinos que llevaban un bebé de meses en brazos. Aquello podía eternizarse y Kate no estaba dispuesta a dejar que eso pasase. Miró la hora. Casi eran las ocho y fuera ya era completamente de noche. Comprendió que no iba a poder irse a Barcelona. Bueno, después de que le dieran el alta la llevaría a casa y se iría por la mañana a Barcelona. En la finca, los bolivianos que la ayudaban en la hípica podían ocuparse de ella y Chico seguro que echaría una mano.

De repente, la palabra accidente acudió a su cabeza como una aparición. La recepcionista lo había dicho, un accidente. Kate notó la camiseta pegada a la espalda y se acercó a la puerta de la sala de espera. Pero no podía esperar ni un minuto más, así que, cuando la pareja que estaba ante el mostrador fue a sentarse, ella se acercó de nuevo.

– ¿Va a tardar mucho? Porque no tengo toda la noche...

La chica la miró como si hubiese dicho algo impropio y Kate empezó a sulfurarse.

– Ya le he dicho que el doctor Marós está avisado. Tiene que esperar a que...

Kate dio un puñetazo sobre el pequeño mostrador y salió de la sala sin despedirse. Había dicho Marós, ¿no? Bien, pues ya daría con él por su cuenta.

Salió al hall del hospital y esperó sujetando la puerta de uno de los ascensores a que dos camilleros entrasen a una anciana que iba en silla de ruedas. Mientras lo hacía cruzó la mirada con uno de ellos, que le sonrió. Eso le dio una idea.

– Estoy buscando al doctor Marós. ¿Sabéis dónde puedo encontrarlo?

El que la había mirado le respondió:

– Hace una media hora que salió de quirófano. Debe de estar en la sala de descanso o en la UCI.

– O en el despacho de dirección –apuntó su compañero–. Pida en recepción que le avisen.

– Ya, pero es que quería darle una sorpresa.

Los chicos intercambiaron una mirada y ella les sonrió.

– Suba, es en la primera. Si no le encuentra en la sala de doble puerta, vaya al despacho de dirección, en la cuarta.

Dos minutos después, Kate llamaba con los nudillos a la puerta de la sala de médicos. Lo peor que podía pasar era que la echasen de allí, o puede que tuviese suerte y el doctor comprendiese la situación. En ese instante vibró la BlackBerry y Kate se quedó mirando la pantalla. Paco podía esperar, el resto del mundo también, hasta que ella hubiese visto a Dana.

Cuando puso la mano en la puerta, aún con la vista en la pantalla, alguien abrió y Kate se encontró con unos ojos verde esmeralda bajo un ceño fruncido.

– Sí...

Los suyos bajaron hasta la placa niquelada que rezaba Dr. Marós, y disparó.

– Doctor, me han dicho que usted me informaría sobre Dana Prats.

Cinco minutos más tarde, Kate permanecía sentada en la sala de médicos de la primera planta. Delante de ella estaba Jorge Marós. El doctor le describía la situación de Dana sin subterfugios. De forma mecánica, Kate tomaba aliento cada poco intentando asimilar lo que le estaba contando. Cuando el doctor acabó de describir el cuadro, ella se puso de pie, le dio las gracias y salió sin oír el último ¿está bien?

Cuando cerró la puerta por fuera y se encontró en el pasillo no recordaba por dónde había venido, hasta que vio la luz de los ascensores. Antes de llegar a ellos se metió en la escalera y empezó a bajar. No quería estar en un espacio cerrado. Tampoco abandonar el hospital y dejarla allí, aunque no pudiese verla. Llegó a la planta baja y se quedó quieta al pie de la escalera. No sabía qué hacer ni adónde ir. Pero, en cuanto las náuseas aparecieron, su cuerpo decidió por ella y apenas tuvo tiempo de llegar a la calle.

Vomitó en la entrada del hospital, sujetándose a la pared de piedra con una mano e intentando no manchar el cuello de la chaqueta con la otra. Semiagachada, pensó en Quasimodo. Y, cuando acabaron las arcadas, las lágrimas se mezclaban con la saliva, los mocos y el intenso deseo de retroceder en el tiempo. Buscó un pañuelo en el bolso y, con un gesto categórico, sin ni siquiera mirarlos, echó a los dos camilleros que se acercaban a socorrerla. Se sonó e intentó respirar hondo. Pero el ácido de la vomitona le había quemado la garganta y no podía. Tosió un par de veces y escupió otras tantas, hasta que pudo empezar a respirar bocanadas cortas. Cuando se vio capaz de caminar, se alejó del hospital en dirección al coche con la vista fija en el suelo. Ahora lamentaba no haberlo metido en el parking para poder ocultarse en él. Nada a su alrededor parecía real. Se secó los ojos y se sonó una vez más al cruzar la plaza. Luego levantó la vista hacia el último piso de los edificios que tenía delante para evitar las lágrimas, pero los ojos se le anegaban una y otra vez sin poder detenerlos.

Ni tan sólo cuando estuvo dentro del coche, fue consciente del trayecto que había hecho desde el hospital hasta allí. Sólo pensaba en dejar el vehículo en el parking, a salvo. Encerrada dentro, metió la llave en el contacto, pero el pulso le temblaba tanto que no tardó en comprender que necesitaba calmarse para poder conducir. Vale, piensa, Kate, piensa.

Habían operado de urgencia a Dana para extraer los cristales que se le habían incrustado en la cara y las manos al atravesar la luna delantera del coche. Padeecía un traumatismo craneal severo y estaba fuertemente sedada. Permanecía en quirófano, pero iban a trasladarla al box de semicríticos de la planta baja. Allí

tampoco podría recibir visitas. Aparentemente, no habían detectado hemorragias internas ni lesiones en órganos vitales, pero tenía un par de huesos rotos de los que el cirujano traumatólogo ya se había ocupado y no podían hacer nada más hasta ver su evolución. Tampoco sabían con seguridad qué daños sufriría en los ojos. Había que esperar a que la inflamación remitiese para apreciar el alcance real de las lesiones en las córneas, pero lo que habían visto en el quirófano no auguraba nada bueno. A pesar de ello, contaban con la posibilidad del trasplante. Nada bueno, ésas fueron las palabras que resonaban en su cabeza. Y ese recuerdo volvió a anegarle los ojos cuando se dio cuenta de que sólo había una persona en el mundo con la que quería hablar, y era Dana.

Necesitaba pedirle perdón y abrazarla. Decirle lo imbécil que había sido, lo egoísta y lo mala persona que se sentía. Se le ocurrió que Miguel aún debía de estar buscándola. Tenía que llamarle. Sacó la BlackBerry del bolsillo y marcó el número. Cuando él descolgó trató de hablar, pero algo estaba atrapado en su garganta y fue incapaz de articular palabra, sólo extraños sonidos que provocaban cada vez más preocupación en la voz del otro lado de la línea. Al fin pudo articular un par de frases que él pareció comprender y le oyó colgar.

Pensó si debía llamar a alguien más, pero solo se le ocurría ella. Sólo podía pensar en Dana. Era la única voz que quería oír, la única persona a la que quería ver. Cerró los ojos y al instante se encontró hablando con Dios, ese al que había olvidado desde siempre, ese con el que ahora intentaba negociar la vida de Dana a cambio de cualquier cosa, su trabajo, su propia salud, todo menos perderla así. Le suplicó que las dejara hacer las paces, poder abrazarla y pedirle perdón por haber sido tan engreída y estúpida, por no haberla llamado ni haber estado a su lado ese último año, por no haberla protegido suficiente del maldito Bernat o incluso de sí misma. Había actuado mal, lo sabía, y sólo pedía una oportunidad para no volver a fallar. Recurrió a la viuda, y le pidió ayuda también. Evocó su retrato con la esperanza de encontrar en sus ojos algo que la tranquilizase, pero fue inútil. Todo lo era.

Pero de repente, pensar en Santi e imaginarlo tranquilo en su casa mientras Dana se sujetaba a la vida por un hilo convirtió su congoja en una rabia que le quemaba el estómago.

Y decidió que nada iba a quedar así, no mientras ella estuviese allí. No pensaba irse a ninguna parte hasta recuperarla. Además, no recordaba haberle pedido nunca nada a Dios; el saldo debía de estar muy a su favor.

Se secó las lágrimas y se irguió concentrada en inspirar profundamente.

Escondarse en el coche no servía de nada, así que lo puso en marcha y entró en el parking. No sabía cuántos días iba a permanecer allí pero, por el momento, todo el tiempo que fuese necesario lo pasaría sentada en una silla hasta que la dejaran verla.

Ya fuera del aparcamiento miró a la izquierda para cruzar la calle. Se acercaba una *pick-up* como la de Dana y, al ver la matrícula, el corazón le dio un vuelco. Miró al conductor y Miguel le pidió con la mano que le esperase. Kate se quedó donde estaba, quieta en la puerta del parking, sin pensar en nada excepto en que Miguel había llegado. Miraba absorta el escaparate de la librería de enfrente del aparcamiento. La dueña dibujaba con un espray de nieve el marco de una ventana inmensa con divisiones rectangulares que simulaban cristales, y al fondo de la tienda un árbol de Navidad demasiado verde esperaba su turno.

La Navidad anterior había estado envuelta en la tristeza por la pérdida de la abuela de Dana. Kate había subido el 24 por la tarde y el 27 había regresado al bufete para trabajar en uno de los famosos casos de Paco. Luego había vuelto al valle la primera semana de enero para la lectura del testamento, momento en el que había discutido con Dana por lo del abuelo. Desde entonces no habían vuelto a hablar hasta la invitación de Dana, que ella había rechazado en verano. Todo eso le llenaba la boca de un sabor amargo imposible de ignorar. Se había portado como una egoísta porque, después de habérselo pedido, podía haber subido y pasado unos días más con ella. Y luego, tanto tiempo sin dar señales de vida... Era imperdonable. Y, ahora, esto. Los ojos volvían a anegársele en el momento en el que notó que alguien le tocaba el codo. Cuando se volvió, Miguel le pasó el brazo sobre los hombros y ella se dejó abrazar un instante.

—Vamos, creo que ahora nos dejarán verla.

Kate le miró extrañada.

—El abuelo ha llamado al hospital. Será cuestión de minutos.

Se descubrió asintiendo sin saber por qué. En realidad, estaba sorprendida y, casi de inmediato, molesta.

De camino al hospital, mientras Miguel le contaba que el abuelo había contactado con un viejo conocido de la dirección del centro, notaba una irritación creciente por no haber conseguido ella que la dejaran ver a Dana. Entonces reparó en que ni siquiera se lo había pedido al doctor Marós. Los contactos del abuelo y su capacidad de resolverlo todo sin inmutarse la ponían enferma, aunque en este caso la beneficiase.

Cinco minutos después, ambos la contemplaban en silencio a través del cristal de la puerta de semicríticos. Kate estaba más tranquila ahora que la había visto; por lo menos respiraba sola. Había imaginado un manajo de tubos por todas partes y, sí, los había, pero ninguno en la boca, y eso la hacía sentirse optimista. A pesar de los vendajes que convertían a Dana en una momia de cintura para arriba, empezó a notar el estómago menos crispado.

Pero al mirar a su hermano comprendió que a él le ocurría todo lo contrario. Probablemente, sin saberlo, el doctor Marós y su crudeza habían sido la mejor preparación. Miguel tenía el mismo color de piel que cuando de pequeño se pasaba una semana en la cama por la fiebre, y mantenía una mano temblorosa en el marco del cristal que los separaba de Dana. Estaba inclinado hacia adelante con los ojos clavados en ella. Kate reparó en cómo sus dedos estaban blancos de apretar y sin saber por qué le imaginó destrozando la pared de un puñetazo. Pero no ocurrió nada de eso. Le observó de perfil. Miguel contenía las emociones mientras su nuez subía y bajaba. Luego, le vio enarcar los labios de una forma extraña hasta que abrió la boca.

— ¿No tienes otra cosa que mirar?

Kate apartó la vista y buscó a Dana.

— Yo ya había hablado con el doctor y no la veo tan mal. Lo que te pasa es que te ha pillado desprevenido.

Miguel le lanzó una mirada que no pudo descifrar y apoyó la espalda en el cristal. Cerró los ojos. Kate estaba confusa por verle así. Pero pronto reapareció el Miguel de siempre.

— Bueno, no podemos hacer nada — resolvió —. Vámonos a casa.

— Pero ¿qué dices? Yo me quedo.

— ¿Y vas a pasar una o diez noches en una silla de hospital? ¿No has visto cómo está? Y eso suponiendo que no te echen antes...

— Nadie va a echarme y no quiero dejarla sola.

— ¿Sola? Pero si está lleno de enfermeras... Está mucho más sola en la finca.

Kate sintió que se retorció por dentro.

— Y allí sí que la he dejado. Quieres decir eso, ¿no? — replicó picajosa.

— No te sulfures, no hablaba con segundas. Sólo digo que vengas a casa, si

no quieres estar sola en la finca o en casa del abuelo...

Ninguno de los dos había advertido que el doctor Marós los observaba desde la puerta de la sala. Se había quitado la bata blanca. En su lugar vestía un jersey oscuro del que asomaba una camisa de cuadros celeste y unos pantalones negros. Kate le sonrió fugazmente con los labios. Cuando llegó hasta ellos le sorprendió de nuevo la intensidad del verde de sus ojos.

– Miguel, éste es el doctor Marós. Él ha sido quien me ha informado antes.

Miguel le ofreció la mano y tras un instante de duda, Marós se la estrechó.

– Le hemos asignado una de las habitaciones de la segunda planta. Si todo va como esperamos, podremos trasladarla en las próximas cuarenta y ocho horas.
– Y mirando a Kate propuso –: Si quiere puede quedarse, la habitación es doble, pero está desocupada.

Kate asintió agradecida.

– Abajo tenemos sus cosas. Si bajan conmigo se las daré.

– ¿Cuándo estará bien del todo? – preguntó Miguel.

– Es difícil saberlo. Además, es probable que algunas de sus lesiones deban tratarlas en Barcelona. De hecho, ya he hablado con un ex compañero del Traumatológico del Valle de Hebrón y, si no fuese por la petición expresa de su abuelo, la hubiese trasladado de inmediato. Pero por el momento vamos a tratarla aquí y dentro de unos días veremos cómo evoluciona. Hasta que la inflamación remita no podremos decir más sobre las secuelas que le podrían quedar.

– Pero... ¿sería mejor el traslado? – preguntó Kate con la mente en las manipulaciones del abuelo.

El doctor se encogió de hombros.

– Hemos hecho lo necesario. Por el momento, ni en lo que hemos visto ni en los resultados de las pruebas se ha detectado nada que se pueda tratar. Habrá que esperar a que no surjan complicaciones y a que remita la inflamación. Eso es lo que se puede hacer en cualquier hospital. Como le he dicho al ex comisario, por mí no hay problema en dejarla aquí e ir viendo su evolución. Lamento no poder ser más preciso. Mañana sabremos más.

Miguel la estudiaba mientras Kate se enfurecía en silencio por lo rápido que había sido el abuelo esta vez. Mantener a Dana en el valle, aun a costa de su salud, era su modo de obligarla a quedarse, porque él sabía que no la dejaría sola. Kate

respiró hondo con la mirada en Marós. ¿Cómo podía un profesional dejarse mangonear así por un septuagenario que no tenía ni idea de medicina? De repente le costó contenerse y no preguntarle a gritos dónde estaban su criterio médico y su profesionalidad. Pero la mano de Miguel en el brazo la hizo reaccionar. A priori, tener a Dana en Barcelona era lo mejor. Ella podría trabajar, incluso acercarse al bufete algún momento, y Dana estaría en las mejores instalaciones y con el mejor tratamiento. Sin embargo, en el fondo Kate sabía que el escenario real sería diferente, que Dana acabaría pasando sola casi todo el día, lejos del valle y de la finca que tanto amaba, mientras ella se escapaba al bufete. Para Dana era mejor permanecer en su tierra, con sus amigos. Chico estaría ahí. Miró a Miguel y desvió la mirada hacia Dana justo cuando Marós empezaba a andar. Kate y Miguel le siguieron hasta la planta baja.

Quince minutos después, Kate entraba en la 202 seguida de Miguel. En el ascensor se habían enterado de que lo de la habitación era algo poco usual, y la mirada de Miguel le dejó claro que aquello también era cosa del abuelo. En realidad, a Kate nada podía extrañarle ya de sus tejemanejes, aunque eso no los hacía menos irritantes. Dejó el bolso sobre la cama y el de Dana al lado. Se sentó y contuvo el impulso de mirar dentro, apenas un momento.

Lo primero que vio fue una bola de papel arrugada. La sacó y no necesitó alisarla demasiado para saber de qué se trataba. Su propia letra en un lado del papel, y la de Dana en el otro. Parecía haber transcurrido una vida desde que había descolgado esa nota de la nevera durante el desayuno. La dobló y volvió a dejarla en el bolso. Se acercó a la ventana y cuando descorría la cortina oyó que Miguel se movía.

— Bueno, yo me voy. Vendré mañana antes de ir a trabajar. Si me necesitas antes, llámame.

Kate intuyó que su hermano se le acercaba por detrás y notó el pellizco en el hombro. Tuvo ganas de darse la vuelta y pedirle un abrazo, como en el aparcamiento, pero se sentía demasiado culpable por haber pensado tan mal de ellos mientras los esperaba en la casona Prats, así que se contuvo. En lugar de eso, asintió con la mirada fija en la torre de la plaza. Cuando oyó el golpe de la puerta cerró los ojos y dejó caer las lágrimas.

Nadie entró ni llamó a la puerta y Kate se fue calmando poco a poco. Desde la ventana de la habitación veía la torre de la plaza mayor, iluminada en colores

vivos que cambiaban cada pocos minutos. Se le ocurrió que durante el día sería un cuarto soleado. Se volvió y examinó la habitación. Era muy austera, pero estaba sola, cosa que se agradecía. Tenía que prepararse para pasar varios días allí, puede que incluso algunas semanas. Tocó las sábanas y pensó en la alergia y en los productos con los que desinfectaban la ropa blanca del hospital. Sería un milagro sobrevivir a eso. Decidió que le pediría a Miguel un juego de cama y, en cuanto Dana estuviese mejor, podría bajar a Barcelona algunos días. Al pensar en la ciudad, recordó la llamada de Paco que había ignorado y descorrió las cortinas por completo pensando en cómo iba a decirle que permanecería en el valle unos días más. El reloj de la torre marcaba casi las once. Era tarde, y no le apetecía enfrentarse a él, así que decidió que le mandaría un mensaje a primera hora.

Puso sobre la cama la maleta que Miguel le había traído del coche y la abrió buscando con la mirada dónde instalar el Mac. Ignoró los ruidos de sus tripas y, cuando hubo guardado la ropa y sus cosas en el armario, dejó los bolsos sobre el alféizar.

La finca no podría funcionar sin Dana, y ella no tenía ni idea de lo que había que hacer. Abrió nuevamente el bolso de su amiga y sacó su móvil. Buscó en la agenda de direcciones por la M de Masó y luego en la C, pero no encontró lo que deseaba. Seguro que en las últimas llamadas había alguna suya, así que miró la lista. Pero el ceño se le frunció de inmediato. Mantuvo el pulgar en el aire, a dos centímetros de las teclas, tratando de asimilar lo que acababa de descubrir mientras sus ojos seguían clavados en el número de la última llamada entrante que Dana había respondido hacia las tres de la tarde, y en la que el teléfono había permanecido descolgado durante horas... El suyo.

Levantó la cabeza y su mirada se perdió en la oscuridad del cielo. La certeza de lo que acababa de averiguar cayó sobre ella como una losa y permaneció inmóvil intentando asimilarlo. No había dudas sobre lo que había ocurrido, incluso podía imaginarla buscando el móvil con la otra mano al volante. Entonces oyó la música del tono de la BlackBerry y dejó caer el teléfono de Dana en el bolso.

Al ver la pantalla carraspeó antes de responder.

—Sí...

—...

—Bueno, se ha retrasado porque los auditores estuvieron allí, pero confío en que se resuelva en seguida. De hecho, hablé con él ayer y estoy esperando su llamada de un momento a otro.

— ...

— De eso quería hablarte. Iba a mandar un correo ahora mismo. Estoy en el hospital.

— ...

— No, es Dana. Ha tenido un accidente y está en la UCI. Su coche ha caído por un puente y...

— ...

— No, no hay nadie, voy a quedarme yo.

— ...

— Lo sé, pero no puedo dejarla como está, no hasta que recupere la conciencia y vea que evoluciona bien.

— ...

— No te preocupes, no fallará. Además, si el juez desestima las pruebas es probable que ni siquiera le necesitemos.

— ...

— Ya te he dicho que tengo que quedarme. Serán sólo unos días, puede que dos o tres.

— ...

— No estoy segura de entenderte. Paco, es como mi hermana y te estoy hablando de dos o tres días. El jueves puedo estar ahí.

— ...

— Eso no va a ser posible.

— ...

— Entonces no creo que tengamos nada más que hablar, y lamento que lo veas así porque...

¡Clic!

— Paco... ¿Paco?

La segunda vez en menos de una semana que la dejaban colgada al teléfono... Pero ¿qué clase de persona la trataría así en un momento como éste? El caso de su hermano le estaba desquiciando. Ni siquiera le había permitido acabar de exponerle la situación. De repente, la BlackBerry le pesaba en la mano y la dejó

sobre la repisa de la ventana. No le sorprendía el tono de Paco, porque le había visto usarlo en el despacho con algunos de sus compañeros, pero jamás con ella. Claro que el hecho de que ella no tuviera más vida que el bufete tendría algo que ver... Igual que los fines de semana entregada a los casos, o que nunca se hubiera cogido vacaciones. Además, conocía el mal perder de Paco cuando no se acataban sus órdenes de inmediato, pero no pensaba que fuese a mostrarse tan terco ante una situación tan grave.

Se sentó en la butaca con la BlackBerry en la mano, como si aquel artefacto fuese su único contacto con el mundo, algo que no podía perder. Y, cuando recordó el móvil de Dana, la verdadera causa del accidente le secó la boca.

Cerró los ojos y el cuerpo de Dana envuelto en vendas sobre la cama del box ocupó por completo su mente... hasta que visualizó la cara de Paco. El rictus que dibujaban sus labios cuando se torcían sus expectativas apareció en el rostro de su jefe como una advertencia: no juegues, Kate... Y la arrogancia en su mirada la enervó.

Puede que hubiese llegado el momento de reordenar su lista de prioridades.

Se despertó al amanecer con las cervicales doloridas por haber dormido en la butaca de la habitación. No sabía a qué hora había caído ni cuánto llevaba dormida, pero notaba palpitaciones en las sienes y un intenso dolor iba extendiéndose por su cabeza como una niebla densa. Al instante recordó el accidente de Dana, y lo que había descubierto en su móvil, y el conocido sabor amargo que siempre sentía cuando se planteaba la posibilidad de perder un caso le llenó la boca. Sin embargo, ahora no estaba ante una suposición, sino ante el peso de un secreto inconfesable.

Se levantó y fue hacia el baño con las palabras de Paco en la mente. Miró la pantalla de la BlackBerry. No quería amargarse ni pensar en el bufete hasta poder hablar con Dana. Pero tampoco podía evitar el vértigo que la atenazaba cuando las cosas se torcían con él y notaba esa sensación creciente de desamparo que siempre la empujaba a buscar cualquier atajo para recuperar la buena sintonía. Sólo que esta vez era diferente, esta vez era personal, y no iba a ceder, porque tenía razón y porque él se estaba comportando como un cretino.

Salió del lavabo y, sin lavarse la cara, fue directa a la planta baja para ver a Dana, convencida de que tan temprano no se cruzaría con nadie. En cuanto la vio, la sensación de que le habían quitado algunos cables fue inmediata. Kate miró alrededor y al momento apareció una enfermera al lado de su cama. Se miraron y Kate tocó el cristal con los nudillos y le hizo señas para que fuese hacia la puerta.

–Buenos días. Perdona. Vengo a ver a Dana Prats –dijo señalando su cama–. Parece que está mejor, ¿no?

La enfermera sonrió.

–No deberías estar aquí, ¿lo sabes?

–El doctor Marós nos dio permiso ayer para venir a verla. Y me ha parecido

que le habéis quitado algunos cables – insistió.

Sus miradas coincidieron, y la enfermera sonrió. Tenía unos ojos grandes y serenos, del color de las castañas, y Kate notó cómo observaban directamente sus reacciones. Siguió sonriendo, a pesar de odiar que la analizaran, y le sostuvo la mirada con la sensación de estar viviendo un instante extraño en el que el tiempo se había suspendido. Hasta que la chica amplió su sonrisa y respondió:

– Aún no se ha despertado, pero, como las constantes están bien, le hemos dejado lo imprescindible. Creo que hoy la subirán a planta.

Kate asintió, aturdida por la intensidad de sus ojos.

– De todos modos, yo no te he dicho nada. El doctor Marós es muy maniático con esas cosas. Me caería una buena si supiese que te he adelantado la noticia.

– Entonces no he oído nada. Pero gracias.

La enfermera sonrió.

– ¿Te quedarás con ella?

Kate asintió, maravillada de lo joven que era. Mientras se fijaba en los hoyuelos de sus mejillas se preguntó si le habría dado tiempo a terminar sus estudios.

– Soy Lía. Si necesitáis algo, búscame.

– Gracias. ¿Puedo quedarme un poco más?

Lía miró a ambos lados del pasillo y al reloj de pared del fondo de la sala.

– Si quieres entrar tienes dos minutos – le susurró abriendo un poco la puerta, que sujetaba con el pie –. Después sal o nos reñirán.

Kate asintió y entró con decisión en la sala. Pero sus pasos fueron perdiendo fuerza a medida que se acercaba a la cama de Dana. Verla desde el cristal, a varios metros, no era lo mismo que estar ahí, tan cerca. La observó en silencio. El corazón le latía muy de prisa, como esperando que en cualquier momento Dana abriese los ojos y le dijese que todo había sido por su culpa. Con esos pensamientos le extrañó no sentir ganas de llorar y esperó algún movimiento de Dana. Pero no lo hubo. Buscó a su alrededor, Lía había desaparecido. Entonces acercó su mano a la de Dana y la rozó con los nudillos. Luego la cogió con los dedos. La temperatura de la sala era cálida, pero la mano de Dana estaba fría, y su piel, reseca. Ya no llevaba los esparadrapos y lo que quedaba de sus uñas presentaba el aspecto entumecido y

blancuzco de la piel asfixiada por la humedad. Kate apartó la vista. Con el corazón encogido le apretó la mano. Pero tampoco hubo respuesta. Volvió a intentarlo, y al notar algo en el hombro dio un respingo.

—Lo... lo siento, no había nadie — se excusó con torpeza.

El doctor Marós le hizo una seña para que saliera. Al llegar al pasillo, Kate se dio la vuelta y él la miró implacable.

—Lo siento, no volverá a pasar.

—Yo la he dejado entrar — la interrumpió la voz de Lía, desde la puerta de la habitación vecina. Sujetaba una bandeja sembrada de vasitos de plástico—. No había nadie y como ya la vamos a trasladar me dio pena. La vi tan temprano mirando en la pecera...

Marós metió las manos en los bolsillos, atento a la enfermera.

—No voy a discutir contigo, pero un día de éstos te vas a meter en un lío y no podré sacarte.

—Vamos, Jorge, sólo la he dejado entrar un minuto. Y nadie la ha visto. No creo que le haya contagiado ningún virus. Si te vas a quedar más tranquilo hazle pruebas para ver si tiene algo infeccioso, y listos.

Lía le había guiñado el ojo a Kate, que los observaba en silencio, sorprendida por el desparpajo de su reacción a las amenazas del doctor. Además, le había llamado por el nombre de pila en un tono demasiado personal para una relación estrictamente laboral. En ese instante, el doctor, que debía de rozar los cuarenta, le pareció casi un pederasta por salir con la pequeña Lía.

Él la miró y Kate se dio cuenta de que intentaba no perder los nervios y de que lo pagaría con ella.

—Ayer les dejé subir excepcionalmente. Espero que a partir de ahora sepa contener el impulso de entrar en sitios que le están vetados. No es tan difícil, créame. Dentro de un par de horas bajaré a la habitación a informarles de su estado. Ahora, si me permite, tengo que hablar con la enfermera.

Kate le sostuvo la mirada.

—Contengo perfectamente mis impulsos, créame, y no era mi intención causar problemas a nadie — aclaró con los ojos puestos en la joven enfermera—. Sólo he bajado para ver cómo seguía, no quiero que despierte sola porque la conozco y, si no recuerda el accidente, verse en un hospital la abrumaría.

Marós la miró como si Kate no fuese capaz de entender nada.

—No despertará de repente, está fuertemente sedada y acabamos de empezar a reducir la analgesia para ver cómo reacciona. Es un proceso lento. En cuanto a usted, le hemos dado una habitación, pero no acceso a las zonas del hospital reservadas al personal. Además, ya quedé con el ex comisario Salas-Santalucía en que cuando tuviésemos resultados subiría a informarles.

Kate miró a Lía. Ella le sonrió y le indicó con un gesto que se fuese, que estaría bien. Luego se dirigió a la escalera, pero descendió tres peldaños y se detuvo a escuchar.

—Estoy harto de tus tonterías. La próxima vez que me faltes al respeto delante de alguien me ocuparé de que te trasladen. No sé cómo me dejé convencer para tenerte aquí conmigo, pero no voy a permitir que te saltes las normas o me ningunes delante de nadie, y menos de extraños.

—Vaya, sólo te pones así cuando te molesta de verdad... —respondió Lía pensativa—. A mí también me gusta. —Y, ante la mirada sorprendida del doctor, advirtió—: A ver si esta vez no metes la pata con ese aire de doctor estirado. Sé amable e invítala a salir. Me parece que también es de esas a las que les cuesta bajar la guardia. En fin, me voy a casa dentro de quince minutos. Mamá querrá saber si vienes a comer.

—No.

—De acuerdo, pues. Que tengas un buen día, director.

Desde donde estaba, Kate oyó sus pasos y se pegó a la pared en un gesto absurdo, puesto que cualquiera que pasase podía verla, y contuvo la respiración mientras el doctor Marós caminaba muy erguido hacia el ascensor.

Regresó a la habitación y se duchó. Cuando se estaba enjuagando recordó que no tenía secador. Seguro que en el hospital no había, y pedirselo a las enfermeras le parecía poco serio. Lía tal vez pudiese ayudarla, pero quizá ya se habría marchado. Pensó un instante en la relación entre ellos dos y sonrió. Relaciones fraternales, una pesadilla. Se secó con la toalla y se desenredó el pelo. Un minuto más tarde ya empezaron a aparecer las odiosas ondulaciones. Inspeccionó atentamente la piel de sus brazos. Los eccemas habían remitido bastante y al menos ya no sentía el incómodo escozor que notaba últimamente después de ducharse. Miró en el armario y se decidió por la única falda y el jersey gris de cuello vuelto que había llevado en la fiesta del abuelo. Debajo se puso una camiseta limpia. Iba a quedarse todo el día en el hospital, así que mejor la falda y un jersey, ya que podría

quitárselo si empezaba a hacer demasiado calor. Se puso las botas y mientras acababa de arreglarse oyó varias veces cómo su estómago se quejaba. Recordó la infusión en la casona, la tarde anterior en la finca. Por lo menos había perdido medio kilo entre el día anterior y la noche. Metió el estómago hasta el fondo y se miró en el espejo, de perfil y luego de frente. Podía ser peor, aunque sin ir al gimnasio para mantenerse debería comer menos. Dana, yendo de un lado a otro con los caballos y de una finca a otra sin parar, siempre mantenía la línea. Eso le hizo recordar la finca y buscó el móvil de la veterinaria para llamar a la única persona a quien ella se la confiaría.

Al primer tono, Chico respondió.

— ...

—Hola, soy Kate. ¿Te has enterado?

— ...

—En semicríticos. Puede que hoy la suban a planta. Te llamo para pedirte que te ocupes de la finca. Yo no sé lo que hay que hacer y ella confía en ti.

— ...

—Sigue sedada, no nos han contado mucho. En cuanto la bajen a planta te mandaré un *whats*. Utilizaré mi móvil, que éste se está quedando sin batería.

— ...

—¡Ah!, perfecto, así lo cargamos.

— ...

—De acuerdo. Si necesitas cualquier cosa, avísame. Te hago una perdida para que te grabes mi número.

— ...

—Muy bien.

Kate volvió a dejar el móvil de Dana en el bolso de la veterinaria. Chico y ella usaban el mismo modelo de teléfono y él se había ofrecido a traer un cargador al hospital. Un detalle. Mientras cavilaba sobre la relación de Dana con el hijo de los Masó, Kate descubrió un sobre dentro del bolso de ella y lo cogió. Era pequeño, de papel marrón, de esos en los que solía meterse el dinero de las horas extras, sin nombre ni nada anotado. Pesaba bastante, pero al moverlo no emitió el clásico tintineo de las monedas. Retiró la pestaña y volcó el contenido en la palma de la mano.

Reconoció la llave de inmediato. Y recordó las advertencias de Miguel en la fiesta sobre visitar Cal Noi. También la sensación de rabia cuando la había tomado del brazo para llevarla a hablar a un rincón apartado. Le había sentado igual de mal que cuando lo hacía el abuelo, y esa actitud no había provocado sino un aumento de sus deseos por ver la casa, incluso por comprarla, y recuperar en lo posible el patrimonio familiar, tal como le había insinuado a Miguel.

Contempló la llave. Había pasado tantos buenos momentos en aquella casa, en el cobertizo... Cerró la mano y la apretó con fuerza, como si así la llave no pudiese escapársele. En cualquier caso, ya no podría ser. Por lo menos hasta que Dana se recuperase y pudiese devolverle el dinero era inútil planteárselo, y hasta entonces podían pasar meses, tal vez años. Eso le recordó las cuentas de la finca. Consciente de que desconocía su estado real, decidió escaparse a la casona en cuanto pudiese para estudiarlas.

Miró a su alrededor dispuesta a convertir la habitación en su cuartel general. Cuando empezó a mover la mesa, y la silla, Cal Noi volvió a ocupar sus pensamientos. ¿Quién sería el actual propietario? Mientras estudiaba la llave, decidió que cuando todo acabase, y pudiera recuperar su vida, lo averiguaría.

Comisaría de Puigcerdà

En el hall de la comisaría aún continuaba la resaca por el accidente del día anterior. Montserrat había oído que la patrulla de Desclòs había sido la primera en responder al aviso y al verle entrar le llamó con la mano.

— Arnau, ¿qué se sabe?

Él se irguió y se ajustó la solapa del uniforme mientras se acercaba al mostrador.

— Parece ser que la veterinaria se equivocó de carril — soltó chistoso.

Montserrat se removió incómoda en su asiento e intentó llevar el timón de la conversación.

— He oído que está muy grave.

— Bueno, yo no me preocuparía. Mala hierba nunca muere, ¿no?

— Va, no seas así.

— ¿Que no? Las mujeres no estáis programadas para conducir, os distraéis con un suspiro. Seguro que estaba en la luna cuando se empotró contra el francés.

— ¿Quién era el otro?

— El de Latour-de-Carol, aquel que se quedó con las tierras de Pidal.

— ¿Moutarde?

Arnau asintió.

— Pero si ese hombre tiene por lo menos cien años... Debía de conducir la mujer... — afirmó Montserrat como para sí misma.

— No, no, él era quien iba al volante. La veterinaria invadió el carril contrario

y se los cargó a los dos.

– ¿Estáis seguros de eso?

– Los de la científica aseguraban que sí. Yo estuve allí con ellos durante la inspección ocular hasta que se marcharon. Supongo que el informe tardará un par de semanas.

– Qué pena... Creo que la hija se quedó viuda hace poco. Es la directora de la escuela de música.

Arnau se encogió de hombros e inmediatamente frunció el ceño.

– Pues el hombre tenía muchas tierras... Ya veremos cómo se las va a ingeniar una maestra para llevar una finca tan grandiosa...

Montserrat chasqueó la lengua.

– A la pobre le llueve sobre mojado.

– Bueno, que venda la tierra y será rica.

– Me refería a la veterinaria...

Arnau dibujó una mueca con los labios, como si apenarse por la veterinaria fuese perder el tiempo.

– Santa Eugènia no es lugar para una mujer sola. Debió venderle las tierras a Bernat hace años. Las cosas siempre regresan a su lugar.

En aquel momento de la conversación, la puerta de la comisaría se abrió y entró el sargento Silva hablando por el móvil con cara de pocos amigos.

Comisaría de Puigcerdà

A las ocho menos veinte se metió en su despacho con el café, el informe del ex comisario Salas-Santalucía bajo el brazo derecho y Tania cabreada al otro extremo de la línea. Hacía un frío de dos pares y ni siquiera la taza de café ardiendo que se había tomado en El Edén conseguía calentarle el cuerpo. Aunque no se podía decir lo mismo de la bronca que le estaba echando la leona... El expreso doble que llevaba en la mano era el segundo del día y al primer sorbo, con la distracción del teléfono y la entrada en comisaría, ya le había chamuscado la lengua. Y ahora la tenía como el esparto. J. B. cerró la puerta por dentro, dejó el informe y el café asesino sobre la mesa, y colgó la chaqueta en el perchero.

Se disculpó varias veces y escuchó sus justificadas quejas por haberla dejado esperando la noche anterior. Cada vez estaba más convencido de que no sería con ella con quien rompería sus tres reglas sagradas. Había que reconocer que era la segunda vez que se olvidaba de ella, y que la primera se lo había tomado muy bien, tal vez demasiado, pero tener esa espada de Damocles acechándole siempre no era para él. Habían salido dos veces, sí, y lo había pasado bien, cierto. Quedaría con Tania otro par más y, después, ella y sus reivindicaciones serían historia. Así que cuando ya colgaban, ella le propuso quedar y, cuando él se resistió diciendo que tenía mucho trabajo, ella prometió que esa cena en su casa no la iba a olvidar. Y él... no pudo negarse.

J. B. quería dedicar el día a poner orden y repasó sus objetivos: revisar los resultados del laboratorio, volver a llamar a la bodega para presionar, y examinar el croquis de las marcas de ruedas de la escena que había hecho el caporal para compararlo con las fotos de la científica. Todo era importante, pero la botella era lo principal. Y aunque el ex comisario se había comprometido a averiguar su origen, J. B. no tenía claro hasta qué punto podría ayudarle. Ahora que las ventas por Internet estaban tan en boga, no tenía ni idea de por dónde empezar hasta que supiese por

qué canal se había comercializado o de qué tienda procedía.

Además, faltaba revisar el informe sobre el CRC, estudiar la posible implicación de alguno de sus miembros en la muerte de Bernat y, de paso, encontrar algún detalle en sus páginas que los relacionase con la muerte del padre de Miguel. Retiró la tapa del vaso y removió el contenido. Cuando dejó de humear, abrió el dossier del ex comisario, al tiempo que el primer sorbo le recalentaba la lengua rasposa.

Diez minutos más tarde sonó el teléfono.

– Arnau acaba de dejarme unos papeles para ti y se ha ido a La Seu por algo relacionado con el accidente. Yo tengo que salir, así que los dejo en tu casilla.

Y Montserrat colgó sin esperar respuesta.

J. B. miró la hora. No podía tratarse del bastón, porque en el laboratorio normalmente necesitaban más tiempo. En cualquier caso, nadie debía tener acceso a esos informes hasta que él investigase otros frentes, como el quad de Santi o el CRC. Necesitaba hablar con Montserrat y advertirle que nadie debía verlos.

Un par de horas más tarde, cuando ya había leído casi la mitad del informe que le había pasado el ex comisario, J. B. hizo una pausa. Extendió los brazos para desentumecer la musculatura y giró la butaca para echar un vistazo por la ventana. La cumbre del Puigmal seguía blanca. J. B. se preguntó cuánto tiempo necesitaría el sol para derretir toda esa nieve y recordó lo que había comentado Miguel en la fiesta sobre la temporada de esquí, el único período en el que afloraba vida en muchas de las urbanizaciones fantasma que sembraban el valle. Sus ojos repararon en el sobre de Desclòs que había recogido de su taquilla.

El sobre contenía el documento sobre el consejo que J. B. le había pedido. Según él, oficialmente el CRC lo formaban un grupo de propietarios que se ocupaba de regular las operaciones de compra y venta de terrenos en el valle. En sus estatutos constaba que los miembros eran elegidos por los ayuntamientos, pero no era difícil advertir que los nombres no habían variado desde hacía décadas y que los apellidos seguían siendo los mismos casi desde su fundación. Quedaba claro que su principal función era asegurarse de que la propiedad de las tierras del valle estaba en manos de los autóctonos y alejarlas de los especuladores. Lo que no quedaba tan claro era qué los legitimaba para decidir si las compras o ventas eran convenientes, y en cualquier caso, para quién lo eran. También parecían estar relacionados con las recalificaciones de tierras, una atribución que legalmente

correspondía al departamento de gestión del suelo de cada ayuntamiento y que debía ceñirse al plan de urbanismo dictado por la Generalitat.

J. B. cerró el portafolios y se acercó a la ventana.

El aparcamiento estaba completo, aunque no en la zona de las motos. Ver la suya le recordó el trayecto con la hermana de Miguel. Sonrió al pensar que al final ella había metido las manos en sus bolsillos. Bien. Se le ocurrió que era como si hubiese dos personas en ella: la abogada inflexible y la niña de la foto, que de vez en cuando aparecía con su luz salvaje y la cercanía de un colega. Había que reconocer que sabía ir de paquete, pues cuando empezó a apretar en las curvas para comprobar si sólo sabía mandar, se había pegado a él como una profesional. Eso sí, al pisar el suelo había vuelto a la carga defendiendo a la veterinaria...

Se preguntó si estaría al corriente de lo que le había contado el ex comisario sobre su padre, de la supuesta relación de Bernat con su muerte. No era probable, y dio por hecho que tampoco sería capaz de encontrar al remitente de la botella, tal como había prometido. Bueno, por lo menos no podría quejarse de que él le hubiese puesto impedimentos, aunque decirle que la dejaba hacer mientras no se metiese en su terreno había sido arriesgado. Había que reconocer que la lista de enfermos que tomaban digoxina que le había proporcionado le ahorraría la visita a la farmacia. Llamó a la farmacéutica para anular la reunión y, mientras esperaba, abrió el cajón para ver la lista de la letrada. Seguro que ya estaba en Barcelona, con la toga puesta y machacando a algún infeliz. J. B. colgó tras dejar un escueto mensaje. Debía de ser un espectáculo verla en acción y, desde luego, era mejor tenerla a favor que en contra, igual que sucedía con el ex comisario. El teléfono sonó y evaporó esos pensamientos.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

Alguien llamó a la puerta y, antes de volverse, Kate introdujo la llave en el sobre. Era Miguel, que la sujetaba para que entrase el abuelo. Kate le oía hablar con alguien en el pasillo.

– ¿Qué tal has pasado la noche? – se interesó Miguel.

– Bien. He subido a verla esta mañana y me han dejado entrar.

Le pareció que la expresión de sorpresa de su hermano no era más que envidia. Se sintió mejor.

– Bueno, ¿y cómo está? – preguntó Miguel apoyándose en la mesa.

Kate recordó la confidencialidad con la que Lía le había hablado del traslado de Dana.

– Pues creo que algo mejor. El doctor me ha dicho que vendría a informarnos.

Miguel asintió.

Tras él, el cabello blanco del abuelo se movió, y el doctor Marós entró en la habitación. Kate se dio cuenta al instante de que el doctor la evitaba. Cuando comenzó a hablar, Jorge Marós dejó constancia de que su intención era centrarse en informar a los hombres de la familia. Kate se adelantó para colocarse a su lado. No iba a dejar que la apartasen de aquello, que se fuese mentalizando el doctor de que la amiga de Dana era ella, y no su abuelo o Miguel.

Pero, a pesar de eso, Marós continuó dirigiéndose casi en exclusiva al abuelo.

– Durante el día la subiremos... No creo que despierte hasta bien entrada la noche, o incluso mañana. Es todo muy reciente y no podemos saber qué secuelas van a quedarle. Por el momento puedo decirles que tiene los ojos muy dañados y

que hasta que recupere la conciencia no sabremos más. No es probable una lesión medular de importancia, aunque es pronto para decirlo. Por lo demás, calculen un mínimo de dos semanas. Luego necesitará cirugía ocular en un buen centro especializado –concluyó.

– ¿Cirugía ocular? – preguntó Miguel.

– Le hemos cosido los párpados, pero la córnea está dañada. Lo más común en estos casos es reconstruir el párpado cuando haya remitido la inflamación, pero luego aseguraría que habrá que trasplantar las córneas. Están muy deterioradas y le pueden quedar lesiones oculares permanentes. Pero tendrá que valorarlo el oftalmólogo.

– ¿Qué quiere decir? – se oyó preguntar Kate.

Jorge Marós la miró de soslayo y luego volvió a dirigirse al abuelo y a Miguel.

– No podemos saber si recuperará la visión. En cualquier caso, será una visión limitada y carente de nitidez.

Kate observó que Miguel contenía la respiración y el abuelo miraba hacia el suelo moviendo rítmicamente el bastón con una mano mientras mantenía la otra en el bolsillo.

Permanecieron todos en silencio, en uno de esos momentos extraños en los que las palabras no sirven, y Kate fue consciente de que alguien tendría que decirle a Dana que por el momento estaba ciega.

El abuelo fue el primero en reaccionar, dio las gracias al doctor y le mandó saludos para su padre, lo cual dio por finalizada la reunión. Mientras empezaban a anegársele los ojos, Kate notó sobre ella la mirada de reojo del médico. Se volvió y fue hasta la ventana. En el momento en el que las lágrimas le mojaron la cara, una *pick-up* oscura con las llantas completamente embarradas cruzaba la plaza en dirección al parking. Kate la miró sin ver.

El abuelo salió al pasillo. Y Miguel se le acercó por detrás para darle un pellizco en el hombro.

– Me voy a trabajar. Volveré sobre las ocho a ver si ya la han subido. Supongo que te quedas. Estarás bien, ¿no?

Kate asintió con la vista fija en la plaza y las mejillas tirantes. Hasta que el clic de la puerta al cerrarse la envolvió en silencio y brotaron un par de nuevas lágrimas. Las apartó con los dedos y buscó con decisión un clínex en el bolso. No

soportaba compadecerse de sí misma porque eso no la conducía a ninguna parte, sólo la hacía más débil. Ese pensamiento la animó de inmediato. Llevar las riendas, atacar en vez de huir, ése era su lema, su naturaleza, y no iba a dejar que nada cambiara eso.

En toda su vida no había perdido un caso, y éste no iba a ser el primero. Buscaría al mejor especialista en ese tipo de lesiones, donde fuera que estuviese, y, como siempre pronosticaba la viuda, saldrían juntas de ésta. Con ese propósito en la mente se secó las mejillas y recuperó la BlackBerry del bolsillo para abrir el correo. En cuanto a la muerte de Jaime Bernat, tampoco iba a dejar que culpasen a Dana. Ahora ya no podría asistir a la cita con Berto Bassols, así que el caso era suyo.

Notó el creciente ánimo de los momentos posteriores a una decisión importante. Escribió un mensaje, de un tirón y con mayúsculas, y lo envió. Ya estaba bien de tonterías. Acababa de darle a su adjunto dos horas para averiguar el origen de la maldita botella de brandy. Ni un minuto más.

Comisaría de Puigcerdà

J. B. descolgó el teléfono.

– Sí...

– Magda quiere saber qué tenéis sobre el bastón. Me ha dicho que quiere ver el informe en cuanto se reciba.

– Montserrat, ¿tienes mucha gente por ahí?

– Pues no, ¿por?

J. B. colgó el teléfono y salió del despacho. Se acercó al mostrador de la secretaria, dejó el informe encima y apoyó los brazos en él con las manos cruzadas. La miró buscando complicidad.

Ella sonrió mientras apilaba unas carpetas.

– Guarda eso para la rubia, sargento.

Él sonrió.

– Quiero pedirte un favorcillo.

– A ver... – respondió la secretaria con una ceja en alto.

– Necesito que me pases todo lo que te llegue del laboratorio sin dar parte.

Ella le miró sin comprender, y él añadió:

– Sobre todo, a la comisaria y a Descòs.

– Ningún problema, pero yo no habré sido.

– Tienes mi palabra – respondió J. B. señalándose el pecho con los dedos índice y corazón.

Ella sonrió.

– Bien. De todas formas, el caporal ya está bastante entretenido con el accidente.

J. B. se sorprendió de que hubiesen asignado el caporal a otro caso sin avisarle a él. Pero casi de inmediato el mosqueo se convirtió en alivio.

– Pues déjalo que se entretenga.

– Pero a ti sí que te veo muy tranquilo con la que está cayendo...

J. B. iba a preguntarle a qué se refería cuando sonó el teléfono y ella respondió. Esperó a que colgase, pero la conversación se alargaba, así que señaló el informe mirando a Montserrat para que se lo diese a Magda y volvió al despacho.

El extenso informe del ex comisario sobre el CRC permanecía abierto sobre la mesa. J. B. respiró hondo y se sentó. El del caporal era como un folleto sin interés. No había nada en él que apuntase, ni siquiera levemente, a lo que todo el mundo sabía sobre las actividades reales del consejo. Abrió el correo y mandó un mensaje a los de la científica para que le enviaran a él el informe del bastón. Entonces vio que tenía un aviso de Correos que le informaba nuevamente de que ya podía recoger el material para la OSSA. J. B. chasqueó la lengua. Ahora carecía de liquidez; tendrían que esperar. Comenzó a redactar una respuesta en la que aseguraba que estaba de viaje y que regresaba a primeros de mes, pero, al releer el texto, en vez de pulsar *enviar* le dio a *borrar*.

Maldito dinero...

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

Kate recolocó el escaso mobiliario para instalar su despacho en la habitación 202. Cuando llamaron a la puerta era casi mediodía y llevaba horas conectada consultando las mejores clínicas oftalmológicas para el tratamiento de lesiones por traumatismo. Era consciente de que estaría dando palos de ciego hasta que el diagnóstico fuese más preciso. Pero también de que, hasta que tuviese información sobre la botella de brandy, sería incapaz de concentrarse en cualquier otra cosa. Desde su asiento frente al Mac vio que la puerta se abría y entraban los pies de la cama en la que traían a Dana.

Contuvo la respiración para ver si se había despertado, pero no detectó movimiento ni signos de conciencia.

La enfermera, una sesentona alta y escuálida, la saludó con una mueca tensa. Dejó la cama de Dana y, con gesto de disgusto, sacó la otra al pasillo. Llevaba el pelo encanecido recogido en una coleta baja y tirante que no dejaba un mechón fuera de lugar. Kate la observó revisar de forma mecánica las constantes de Dana. Mientras lo hacía, la enfermera la informó en un tono neutro de que el doctor pasaría antes de comer. Kate miró la hora: aún podía tardar mucho. Siguió observando cómo la enfermera alisaba la sábana y la remetía bajo el colchón sin una arruga, tan tirante como el recogido de su pelo, pensó. Luego, salió sin despedirse. Kate pensaba en Lía cuando la BlackBerry emitió un aviso.

El mensaje de Luis era impecable: la botella había partido de una *boutique* de Andorra que sólo comerciaba con series limitadas y unidades numeradas. Mi vida, pendiente del país vecino, se dijo Kate. Luis quería saber qué debía hacer con la información y le adjuntaba el código de serie de la botella, los datos de la bodega de origen y el contacto de la *boutique*. Bien por él. Le respondió con un buen trabajo y dudó un instante antes de mandar el texto. Si Paco los retiraba del caso de su

hermano, cosa poco probable, necesitaba que Luis limpiase el expediente de algunas cosas para que ciertos documentos no llegasen a manos de sus competidores en el bufete. Al fin, cursó la respuesta, decidida a no avanzar acontecimientos y a ocuparse de cada cosa en su momento.

Acercó una silla a la cama de Dana y se sentó a su lado mientras marcaba el número de la tienda. Casi quince minutos más tarde, y tras varias mentiras inofensivas, colgó satisfecha. Había averiguado un detalle interesante para el trato que tenía con el sargento.

—A la hora de comer llamaré al sargento y te dejarán en paz —susurró acercándose a Dana.

Kate le cogió la mano preguntándose si tardaría mucho en despertar. Cuando Dana empezase a recordar y hubiese que explicarle que había perdido la vista, comenzarían los problemas. Kate esperaba con angustia el momento en que tuviese que contárselo. Y, por sus pesquisas en Google, la recuperación que le esperaba a Dana iba a ser lenta y dolorosa.

Cerró los ojos y se concentró en la mano que sujetaba. Deseó con todas sus fuerzas que sus lesiones sanasen, e intentó con obstinación olvidar que había sido su llamada la última que había atendido Dana. Respiró hondo repitiéndose como una letanía que no era culpa suya y que ella bien podía haber ignorado la llamada. Pero su corazón acelerado no la engañaba, ni el aplastante peso invisible sobre los hombros. Porque ¿cómo se suponía que iba a poder soportarlo si al final no conseguía ayudarla? Empezó a acalorarse. Una sensación de asfixia le subió por el brazo hasta el pecho y le hizo apartar la mano de la de Dana. Se puso de pie. ¿Había sido una señal? ¿Una demostración inequívoca de su rechazo? Allí, de pie junto a la cama, la observó intentando detectar algún movimiento, algo que indicase que estaba consciente y que de verdad la aborrecía hasta el punto de no poder soportar su contacto. Por enésima vez en las últimas horas se le anegaron los ojos. Sólo conocía a una persona que pudiese hacer de intermediaria entre ellas y le pidió que las ayudase a superarlo desde donde estuviese, como había hecho siempre.

Y, metida como estaba en sus cábalas, no atendió a los golpes en la puerta ni a los pasos, hasta que le tuvo detrás y oyó claramente el carraspeo.

El doctor Marós permanecía al pie de la cama y fingió no advertir que ella se secaba la cara con la palma de la mano. Avanzó como si estuviese solo y revisó las pantallas con atención y en silencio.

Kate sabía que la había visto llorar, y que estaba disimulando. Y aunque le

molestaba tener tan poca intimidad agradeció el detalle y se avergonzó de lo que había pensado de él por la mañana mientras escuchaba su conversación con Lía escondida en la escalera.

Le observó trabajar. Sus manos eran delgadas y fuertes, con el dorso liso como el de un niño. Llevaba la bata abrochada, el pelo con un corte clásico y, aunque parecía concentrado, le vio tocar varias veces el mismo botón de la pantalla.

Kate respiró hondo. Mientras Dana durmiese tenía la misión de luchar por las dos, de ocuparse de defender sus intereses. Por el momento, lo primero era avisar de que la habían subido a planta.

Mandó un SMS a su hermano para que informase al abuelo y otro a Chico para que pudiese grabar su número. Cuando acabó, el doctor le tomaba el pulso a Dana por tercera vez y la irrupción del ex comisario en la habitación evitó la conversación que ambos habían ido posponiendo, en una especie de acuerdo tácito de no invasión del espacio del otro. Miguel entró tras el abuelo.

Kate alzó la BlackBerry y se la mostró a su hermano. Él asintió levantando su móvil.

Los tres hombres se saludaron, y el doctor estaba a punto de hablar cuando el abuelo alzó la mano. Se hizo el silencio y con una seña los mandó salir a todos. Miguel cerró la puerta de la 202 y el abuelo asintió para que el doctor continuase.

No se habían producido cambios importantes durante la mañana. La reducción paulatina de analgésicos a la que la estaban sometiendo provocaría que despertase en las siguientes doce o catorce horas, pero deberían seguir con medicación fuerte para que Dana pudiese convivir con el dolor. Les recalcó que había roto la luna delantera del vehículo al chocar con la cara y que lo que más les preocupaba era la evolución del traumatismo craneoencefálico. Mientras le escuchaba, Kate recordó la última llamada en el móvil de Dana y se sintió la peor persona del mundo. Habría anulado esa llamada si hubiese podido retroceder en el tiempo, habría dado cualquier cosa por no haberla hecho... O, tal vez, simplemente por no saberlo.

Al marcharse, el doctor Marós los dejó silenciosos, sumidos cada uno en sus propias cavilaciones. El abuelo y Miguel entraron en la habitación y Kate permaneció fuera, con la mirada fija en la ventana del final del pasillo, buscando una luz que la sacase de aquella espiral de pesimismo en la que estaba entrando. Y, entonces, él apareció como una visión.

Sus miradas coincidieron, pero Santi siguió avanzando. Al instante, ella notó

la pared en la espalda. La imagen del hacha clavada en el suelo acudió a su mente y empezó a temblar. En aquel pasillo estrecho de luces blancas fluorescentes, Santi Bernat parecía un gigante o el cíclope de una historia de terror. Caminaba ligeramente erguido, pero sus hombros caían a ambos lados de la cabeza, adelantándose inclinados como si pretendiesen llegar antes. En el mismo instante en el que le vio reducir la velocidad, Kate se dio cuenta de que Miguel asomaba la cabeza a su lado y de que Santi llevaba la mano vendada. Le miró a los ojos, tan grises y fríos como los de su padre, y detectó un instante de duda en ellos justo cuando oyó que se abría del todo la puerta de la habitación. Su abuelo salió al pasillo y Santi aminoró el paso.

¿Cómo se atrevía a ir allí, después de mentir a la policía y dejar a Dana sin coartada? ¿Se podía ser más cínico? Kate, animada por la presencia de los suyos, avanzó un paso dispuesta a encararse con él, pero en seguida notó la mano del abuelo en el brazo. El ex comisario dio un paso adelante y Santi los miró con sorna.

—He venido a curarme — dijo mostrando la mano vendada —. ¿Qué tal le va a la veterinaria?

—No creo que sea asunto tuyo. No sé a qué has venido, pero los mentirosos no son bienvenidos — anunció Kate con rabia.

Santi la observó con interés y luego sonrió burlón.

—No sé a qué te refieres. No veo a ningún mentiroso por aquí — respondió fingiendo buscar a su alrededor —, pero puede que ahí dentro sí haya una — añadió señalando la puerta de la 202.

Kate se liberó de la mano de su abuelo y, si Miguel no lo hubiese impedido, se habría lanzado a abofetearle. Santi dio un paso atrás mientras Miguel la sujetaba con fuerza. Ella miró desafiante a su hermano y Miguel frunció el ceño para hacerla comprender. De acuerdo, pelearse con Santi no serviría de nada. Incluso podía hacerle más daño de otra forma. Miró a Miguel sin pestañear y, cuando él la soltó, Kate clavó los ojos en los de Santi.

—No creas que vas a salir de ésta tan fácilmente. Esa sonrisa sólo oculta el miedo —escupió—, puro miedo, porque estás solo y porque sabes que no voy a parar hasta poner al descubierto todos y cada uno de los chanchullos de tu padre. Sé que tú acabaste con él; así que prepárate, porque también voy a demostrarlo.

Santi soltó una carcajada.

—No puedes demostrar algo que no es verdad. No se puede. ¿A que no,

comisario? – preguntó sin apartar los ojos de ella – . Bueno, tengo que irme. Saluda a tu amiga de mi parte y dile que, cuando quiera vender, sólo tiene que llamarme.

Kate iba a responderle cuando la mano de su abuelo volvió a sujetarle el brazo. Esta vez tiró de ella y la contuvo. Santi los saludó y se marchó por donde había llegado.

Kate se volvió hacia Miguel.

– Te diré algo. Si me entero de que ése está implicado en el accidente, acabaré con él y echaré sus restos en la mina de Tartera.

Se volvió hacia el abuelo. Quería advertirle que ésa era la última vez que se metía en sus asuntos, pero lo que vio la dejó muda. El ex comisario miraba fijamente el lugar por donde Santi había salido con una expresión de odio que Kate desconocía... y dio un paso atrás para apartarse de él.

Plaza Santa María, Puigcerdà

Cuando alcanzó la calle le dolían los carrillos de tanto forzar la sonrisa. Caminó hacia el aparcamiento con el corazón acelerado. Todo se estaba poniendo muy feo. Y la nieta del ex comisario parecía con ganas de buscarle problemas. Aunque seguro que se le pasaría, porque a los que vivían fuera del valle el interés por las cosas de allí les duraba poco. Saludó al hijo de Casaus, que salía del banco, pero continuó andando. No tenía ganas de charla. Al final ni siquiera había podido averiguar si tendría que hacer algo o la veterinaria ya estaba bastante grave. Por lo menos, eso le daba más tiempo para resolver el asunto de la tía. Y lo necesitaba, porque en el cuarto del viejo no había encontrado ni rastro de la llave del baúl y había tenido que abrirlo con el hacha. Pero tampoco allí había ni rastro de los papeles de la tía; las tierras de Santa Eugènia seguían siendo un problema. Sacó la cartera del bolsillo, introdujo el ticket del aparcamiento y las monedas en el parquímetro, y recogió el comprobante.

En el trayecto hasta el coche, mientras caminaba con la cabeza baja, alguien le tocó el brazo.

— ¡Bernat!

Pep Comet era uno de los asiduos a las partidas de los martes en el casino de Alp. Habían coincidido en la escuela hasta que Santi abandonó los estudios y desde que había dejado el instituto, antes de acabar, como casi todos los del grupo, Comet trabajaba en la carpintería de su padre.

— Comet... — saludó apoyando las palabras con un asentimiento.

— ¿Qué, tío? ¿Cómo va?

— Bien, he venido a arreglar papeles, ya sabes.

Pep asintió con afectación.

– Bueno, mañana te esperamos...

Santi dudó.

– No sé, ya veremos.

Un claxon los interrumpió. La mujer de Comet le hacía señas para que se diese prisa. Él se encogió de hombros y le palmeó el brazo.

– Venga, hombre, el luto es para las mujeres.

Santi dibujó una mueca.

– Mañana –le ordenó Pep apuntándole con el dedo en alto–, y ya pediremos algo para cenar.

Santi subió al coche y dejó el ticket en el salpicadero. Todos le apoyaban. Arrancó, metió la primera y aceleró. En cuanto salió a la claridad del exterior respiró hondo. Se detuvo para ceder el paso a una mujer y vio al yerno del gestor saliendo del pub con dos tipos. Eso le hizo pensar en el notario. Maldita sea, ni siquiera eso parecía resolverse, y el dinero se le estaba acabando. Sintió el impulso de parar y preguntarle, pero no quería testigos; ya le llamaría desde casa. Y al del banco también, porque la petición de la legítima era una complicación que no le permitía tocar el dinero aunque fuese suyo. Por suerte, todo el mundo le conocía, y sabían que antes o después sería el dueño de todo. No sería difícil llegar a un acuerdo con el del banco. A un Bernat le fiarían.

Salió de Puigcerdà y cogió la N-260 hacia Bellver. No podía dejar de pensar en lo que había ocurrido en el pasillo del hospital. No era bueno que la nieta del ex comisario fuera por ahí acusándole de haber matado a su padre, aunque nadie fuese a creerla. No, no lo era. De momento, haría esas dos llamadas.

1986

La noche anterior a su decimoctavo cumpleaños habían discutido por primera vez. La mañana siguiente, cuando él se marchó a clase la tía ya estaba levantada, e incluso le soltó un buenos días que él ignoró. A la hora de la comida se sentó a la mesa rompiendo la rutina

establecida de dejarle comer solo mientras ella mordisqueaba cualquier vegetal, entrando y saliendo de la cocina. Ese día, por el contrario, había servido un plato de judías verdes para cada uno y otro de pollo al horno con limón sólo para él. Incluso había sacado los viejos moldes de aluminio e hizo unos flanes. Cuando acabaron, él comentó que le habían otorgado la mención de honor en ciencias y ella le obsequió con el habitual gesto tibio de aprobación. Ese día le dispensó de recoger los platos y pudo irse a su cuarto para seguir estudiando. Pero, hacia las seis, ya empezó a oírla trajinando al otro lado de la puerta. Hubo pasos y movimiento de persianas. La oyó arrastrar sillas y pararse varias veces tras la puerta de su habitación para luego seguir hacia el comedor. A las ocho menos cuarto oyó dos golpes en su puerta que acabaron de irritarle. Tanto movimiento le había impedido concentrarse en toda la tarde y eso suponía un retraso absurdo en el plan de estudio. Estuvo tentado de decirle que le dejase tranquilo, que no quería jugar, y que lo que deseaba era quedarse encerrado con los libros. Pero ella jamás perdonaba la partida. Entonces decidió que sería corta, de apenas diez minutos, y que luego volvería a su habitación. Cuando llegó al comedor, la tía le esperaba en su butaca, delante de la mesa camilla, preparada con el ajedrez. Pensó de nuevo en los diez minutos y se sentó. Ella tiró del tablero y dejó al descubierto un sobre de papel marrón. Es tu regalo de cumpleaños, dijo. Él lo cogió. Las yemas de sus dedos notaron el relieve del canutillo del papel satinado. Parecía vacío. Lo abrió, metió los dedos y tiró del contenido. Era la primera vez que le daba un billete. Cuando vio el color le tentó lanzárselo a la cara por miserable. Pero, en lugar de eso, volvió a meterlo en el sobre y lo dejó de nuevo bajo el tablero, con un seco abren blancas. Ella tardó un instante antes de mover un peón y empezó la partida. En el tercer movimiento se dio cuenta de que estaba buscando algo, pero evitó mirarla. Estaba harto de sus absurdas triquiñuelas para alargar insufriblemente las partidas, de sus fingidas respiraciones profundas y de sus estúpidos ahogos cuando la cosa se ponía en su contra. Además, después de la discusión de la noche anterior, ahora sabía que no podría escapar, que nunca le dejaría marchar y que pretendía tenerle siempre a su lado como a un esclavo. Después de mantenerte durante toda tu vida a cambio de nada, no permitiré que me dejes sola ahora que estoy vieja y enferma. No había salida, sin dinero no podría escapar hasta licenciarse. Lo había estado pensando toda la noche y no había otra. Después de eso, el día también le había parecido muy largo. Y, encima, ahora le había hecho perder la concentración de la tarde con sus estúpidos ruiditos. No iba a dejar que también le fastidiase la siguiente noche con sus tonterías. Se propuso no escucharla. La oía respirar cada vez con más dificultad, pero siguió ignorándola, con la vista clavada en el tablero. Ella movía pieza cada vez que él pulsaba con irritación el reloj de ajedrez sin mirarla. Su respiración se hizo más acusada y, cuando ella se puso las manos en el pecho, él la miró indignado, sin poder sospechar que durante el resto de su vida recordaría con nitidez las imágenes que iba a presenciar a continuación. Sus intentos nerviosos por exprimir el inhalador agotado pulsándolo repetidamente delante de la boca, la orden apremiante de que él le buscara el de recambio, el desconcierto en sus ojos y la irritación ante su pasividad, el sonido ronco de la

petición de auxilio y sus huesudas manos sujetándose a los bordes de la mesa como garras para intentar ponerse en pie... Al fin, su mirada altiva en el instante de comprender que él no iba a moverse. Luego, el golpe al caer como un saco. Diez años después de aquello sólo necesitaba cerrar los ojos para verla, con su blusa de seda y la chaqueta de punto encima, con sus pulseras doradas y el cuerpo enroscado sobre el suelo como una culebra seca. Casi podía sentir el olor intenso y asfixiante de su perfume y ver su inseparable inhalador vacío volcado sobre el tablero de ajedrez. Sin embargo, era incapaz de acordarse de sus pensamientos mientras ocurría todo. Después, recordaba haberse maravillado de que hubiese sido tan fácil.

Cuando la pantalla de su móvil se iluminó, J. B. le estaba dando el tercer mordisco al bocadillo de beicon con queso fundido que acababan de traerle de El Edén, y no le apetecía soltarlo. Como se trataba de un número oculto, y no tenía ganas de hablar con operadores de telefonía o gente que daba malas noticias, estuvo tentado de no descolgar. Sin embargo, al final conectó el manos libres y siguió masticando.

— Sí...

— Ya sé quién envió tu botella de brandy.

J. B. intentó tragar lo que tenía en la boca para responder, pero la comida se coló por el conducto equivocado. Se atragantó. Empezó a toser y soltó el bocadillo sobre la mesa mientras cogía la botella de agua como si le fuese la vida. Se acaloró por el esfuerzo de la tos y bebió para despejar la garganta hasta que consiguió tragar varias veces y pudo carraspear.

— ¿Sigues ahí...?

J. B. asintió notando aún los restos de comida en la garganta. Carraspeó de nuevo.

— ¡Sí! — respondió irritado.

— Como te decía, ya sé de dónde salió la botella. Tengo el DNI de la persona que ordenó el envío.

— ...

— ¿Sigues ahí?

— Que sí, joder!

— Bueno, pues hay algo curioso. El mismo tipo efectuó dos envíos: a Jaime

Bernat y a un tal Manuel Herrero.

— ...

— ¿Hola?

— Oye, has interrumpido mi desayuno, así que acaba con lo que tengas y no me vayas preguntando.

— Eres un borde.

J. B. carraspeó.

— Ya, bueno, ¿y qué?

— Empiezo a dudar de que cumplas con tu parte del trato cuando te dé los datos.

— Yo siempre cumplo. Hazme el favor y ve al grano — pidió carraspeando de nuevo, con los ojos en el beicon y el queso fundido que se enfriaban por momentos.

— De acuerdo, pero sólo si me dejas ir contigo.

— ¿Conmigo? ¿Adónde?

J. B. volvió a beber agua del botellín.

— A visitar a los Herrero para interrogarlos sobre el envío del 22 de diciembre pasado. Yo también quiero estar ahí para asegurarme de que entiendes que Dana no tuvo nada que ver.

— Mira, deja de imaginar que estás en una peli norteamericana y dame ese número de DNI. Antes de mover un dedo tengo que comprobarlo todo.

— Entonces iré yo sola. No voy a esperar a que tu sistema de verificación pase por todos los controles del cuerpo y nos den las uvas.

— Si rompes el trato, estarás interfiriendo en una investigación criminal y tendré que dar parte. Tú verás.

— Vale — respondió conciliadora —, mira, no quiero discutir. Dame tu dirección y te paso la información. Pero en cuanto hayas hablado con los Herrero iré por mi cuenta, no quiero que lo lées todo.

El silencio al otro lado de la línea acabó en un suspiro.

— ¿Cómo te has enterado?

— Un golpe de suerte.

— Canta.

– Quien regaló ese brandy a Bernat es un sibarita. La *boutique* de espirituosos de donde salió es una de las más prestigiosas de Andorra y, por suerte, tienen un sistema de trabajo muy meticoloso. Tuve que decir que era la hija de Bernat para que me contasen lo que quería saber. En fin, cuando hayas ido avísame.

– Vale, pero tú no hagas nada.

– Te doy hasta mañana, no necesitas más.

Desde luego, la letrada se creía alguien importante.

– Por cierto, ¿sabes si el coche de Santi estuvo implicado en el accidente?

– ¿Qué accidente?

Kate respondió con un largo silencio.

– Yo no estoy en tráfico. ¿Qué pasa? – insistió irritado.

– No me lo puedo creer.

– ¡Eh!, yo no tengo por qué...

Clic.

– Pero ¿qué coño...?

J. B. salió del despacho con un portazo. Montserrat no estaba en su mostrador y se dirigió a la sala de las mesas de los caporales. Se plantó al lado de Desclòs. El caporal le había visto entrar y J. B. notó cómo se removía en la silla viéndole avanzar hacia él.

– ¿Ésta es la documentación del accidente? – preguntó señalando un dossier abierto sobre la mesa.

El caporal se echó ligeramente hacia atrás, pero en su rostro apareció un gesto sarcástico.

– Sí, sólo falta el informe del atestado, pero parece que la veterinaria va a tener más problemas que la muerte de Bernat.

J. B. le miró sin comprender y Desclòs continuó:

– Es la única superviviente. He oído decir que a lo mejor esas hierbas que trajina la han hecho inmortal – comentó alzando la voz para que el resto le coreasen con risas. Y alguno lo hizo, brevemente, hasta que J. B. levantó la vista en señal de advertencia.

El sargento leyó por encima la primera página mientras los surcos entre las

cejas se le hundían cada vez más. Luego cerró la carpeta, la tiró sobre la mesa y clavó los ojos en el caporal. El cuerpo le pedía una vez más molerlo a hostias y la tensión que apreciaba en su rostro aún le daba más motivos. Pero no podía hacerlo, y de repente se acercó a un palmo de su cara. Desclòs se echó hacia atrás, y casi volcó su silla al chocar contra la papelera. J. B. dio media vuelta y salió por donde había entrado.

Pero dos segundos más tarde volvió a abrir la puerta de la sala para ordenarle al caporal que pidiese una nueva orden de registro de la finca Bernat. Esta vez quería encontrar el quad de Santi. Su expresión de pasmo le reconfortó el ánimo. El maldito cabrón ya no sonreía tanto.

De nuevo en su despacho, vio que había recibido un SMS con un DNI, un montón de números y letras más, y el nombre de una empresa. Esta vez el teléfono desde el que lo enviaban no estaba camuflado, y J. B. lo grabó en su libreta de direcciones. Dudó un instante con qué nombre guardarlo y escribió *Salas, abogada*. Sin embargo, lo pensó mejor y cambió la última palabra por una K. Lo volvió a grabar e introdujo el número del DNI en la base de datos. Eso tardaría un poco. El bocadillo seguía sobre su mesa, pero el queso ya estaba frío. Lo cogió y se lo acercó a la nariz, ni siquiera el aroma intenso del beicon seguía allí. Lo envolvió en el papel de aluminio y lo encestó en la papelera. Luego abrió de nuevo el informe sobre el CRC del ex comisario y empezó a leer por donde lo había dejado.

Pero no podía concentrarse. Estudió de nuevo en la pantalla del móvil los números del mensaje y los copió en el borde de una de las hojas garabateadas que tenía sobre la mesa. Y en seguida comprendió: tras el DNI estaba la fecha de la compra, unas cifras que parecían corresponder al lote y la botella, el número de expedición del envío y el precio. Buscó en Google el nombre de la empresa y apareció en la pantalla la web de un comercio selecto de espirituosos en la avenida Meritxell de Andorra. J. B. estudió la página y anotó los datos. Un comercio de ese nivel seguro que tenía cámaras por todo el local, y puede que alguna de las cintas mostrase al propietario del DNI que había efectuado la compra y ordenado el envío.

Aquello sí era un buen trabajo, y le permitía deducir que una misma persona había hecho dos envíos, ya que relacionaba a los Bernat con ese tal Herrero, de Mosoll. Buscó la dirección de los Herrero y, antes de salir, marcó el número de Miguel.

— ...

– Bien. Oye, acabo de enterarme del accidente de la veterinaria. ¿Cómo está?

– ...

Mientras escuchaba las malas noticias, J. B. puso el manos libres y empezó a desenvolver un Solano.

– No pinta bien, la verdad... En fin, no me llamabas sólo por eso, ¿verdad?

– Tu hermana me ha enviado una información y nos hemos echado unas risas.

– Ya, unas risas, ¿eh? Entonces no era ella, tío.

J. B. asintió en silencio.

– Quería saber si el coche de Santi estaba implicado en el accidente. ¿Sabes a qué venía todo eso?

– Bueno, ya la conoces, es terca como una mula y está convencida de que Santi se cargó a su padre. Hoy le ha amenazado en el hospital con demostrarlo. Supongo que te habrá llamado por eso. Dicen que es buena en lo suyo...

– Y desborda simpatía.

– Los Salas lo llevamos de serie.

– Por cierto, ¿dónde estás?

– Saliendo del hospital. Han trasladado a Dana de planta y mi hermana se ha instalado con ella.

– ¿Se va a quedar? – Inmediatamente se arrepintió de haber hecho la pregunta en voz alta.

– Claro, hombre, Dana es como una hermana. No tiene a nadie más.

– Ya, oye, tío, espero que tu veterinaria se mejore. ¿Para cuánto tiene?

– No lo sé. Además, tampoco nos han dicho cómo va a quedar. Lleva toda la cabeza vendada...

– Lo siento, macho. Si necesitas algo, unos dardos, unas cervezas, lo que sea, llámame.

– Te llamo.

– Ya sabes.

Cuando J. B. colgó llamaban a la puerta y Montserrat entró para dejarle encima de la mesa un gran sobre con el logo de la policía científica.

– Espero que no te estés metiendo en un lío...

J. B. chasqueó la lengua.

– ¿Aún no te has dado cuenta de que soy un tipo prudente?

– Ya. – Y, señalando el sobre, enfatizó –: Yo no sé nada.

J. B. asintió y entonces se le ocurrió algo.

– Montserrat, ¿qué sabes sobre los Herrero?

Ella pareció pensativa.

– ¿Los de Mosoll?

– Sí, la finca está allí.

– Son dos hermanos. Manuel e Isabel. Ella iba con mi suegra a hacer labores al centro de las damas de hogar, la agrupación de mujeres de Bellver. Creo que se le daba muy bien el punto de cruz. Son andaluces, de una familia influyente de Sevilla. Creo que están los dos solteros. A él no le conozco, pero mi suegra cuenta maravillas de ella. ¿Por qué te interesan?

– Tengo curiosidad por algo que he leído. ¿Sabes si conocían a los Bernat?

– En Mosoll sólo hay seis casas. ¿A ti qué te parece?

J. B. asintió con una mueca. Ella prosiguió.

– Cuando se afincaron aquí, hace bastantes años, creo que tuvieron algún enfrentamiento con Bernat por las tierras del pantano. Pero no estoy segura. Si quieres saber más, tendrás que hablar con mi suegra. Recuerda mejor las cosas que pasaron en los años cincuenta que lo que ha desayunado esta mañana. Bueno, si no quieres nada más...

– ¿Has dicho Manuel Herrero?

– Sí. Y ella, Isabel.

J. B. asintió agradecido y Montserrat cerró la puerta por fuera mientras él cogía el sobre. Si lo abría, pensó que le predispondría, y la letrada ya había dejado entrever que las huellas de la veterinaria podían estar ahí a causa del supuesto forcejeo con Bernat. Además, en cuanto llegase a manos de Magda no tardaría ni dos minutos en cursar la petición al juez con tal de acusar a alguien, aunque ese alguien estuviese hospitalizado. J. B. abrió el primer cajón del escritorio, metió el sobre dentro y, para comprobar sus sospechas, leyó la lista de personas que mantenían disputas legales con Jaime Bernat. Luego lo cerró. En la pantalla del

móvil seguía el mensaje de la letrada. No se podía negar que había hecho un buen trabajo, y J. B. se preguntó cuánto habrían tardado ellos en averiguar esa información por los cauces convencionales. Pensó en el caporal, su supuesto ayudante, y en la diferencia cuando la investigación contaba con dos mentes pensantes. ¿Cómo habría conseguido la letrada que la bodega le proporcionase el nombre del cliente? Desde luego había que reconocerle que se lo curraba bien.

Buscó la S de Salas en la libreta de direcciones y llamó. Tenía la mano húmeda.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

Pero ¿cómo podía vivir tan empanado? Desde luego, no era normal, aquello no-era-normal. A esas alturas, nueve de cada diez habitantes del valle estaban al tanto del accidente y de quiénes se habían visto implicados. Incluso el diagnóstico de Dana sería ya la comidilla en todas las tiendas. Y él ni siquiera se había enterado. Eso lo decía todo del tipo que tenía a Dana en sus manos. Daba igual quién hubiese mandado el brandy. Ella no había sido, y eso haría que él tuviese que dejarla en paz, como habían pactado.

Pero también podía ser que el sargento la hubiese engañado, que nunca hubiese tenido intención de cumplir con su parte del trato. Al fin y al cabo, cuántas veces ella misma había hecho promesas sin intención de cumplirlas... Además, dejar en paz a Dana quizá no dependiese sólo de él, porque la comisaria parecía de esas que siempre decían la última palabra. Aun así, la pista de la botella les ayudaría a dar con el verdadero asesino de Jaime y, si lo hacían de prisa, Dana quedaría fuera del caso. Lo importante era evitar que la imputasen, porque eso relacionaría su apellido con un asunto penal de por vida. Cuando Kate oyó el ruido, la BlackBerry llevaba un rato vibrando sobre la mesa. La había silenciado para no molestar a Dana y estaba sobre la mesita, lejos de la cama.

Al ver quién era salió al pasillo.

—Sí...

—¿Dónde narices estás? ¡Es mediodía! —La BlackBerry tenía el manos libres conectado y Kate intentó deshabilitarlo mientras oía a Luis—. No te puedes imaginar lo que acaba de pasar. Llego del juzgado y me encuentro con una nota del mismísimo Mendes para que prepare el expediente del caso del hermanísimo porque Marina va a pasar a recogerlo. ¡Marina! Estoy anonadado, apenas puedo respirar. Mira, ahora mismo no me siento los dedos de las manos. Espero que estés

ahí por alguna razón de vida o muerte, porque yo no...

– Luis, ¡para!

Luis se calló de golpe.

– Un momento, estoy intentando quitar el manos libres. No pasa nada. Sólo quiero que hagas una cosa: cierra la puerta del despacho y limpia el dossier de cualquier rastro del asunto de Andorra. No puede quedar nada de él. Luego llévale los documentos a Marina. No pasa nada.

Kate miró alrededor. Estaba sola en el pasillo del hospital, pero trató de quitar el manos libres varias veces sin éxito. Al final se impacientó y bajó el volumen.

– Entonces ¿nos quitan el caso? ¿Lo dejamos nosotros? Dime qué pasa porque casi me da un infarto cuando he leído la orden y no creo que me merezca este...

– Luis, ¡basta! Sólo tienes que saber que Marcos llevará el caso hasta que yo vuelva.

– Claro, sólo... Buena manera de ponerme en mi lugar, jefa.

Kate respiró hondo y adoptó un tono más conciliador.

– Estoy en el hospital con Dana. Ayer tuvo un accidente y está completamente sedada. Me quedaré como mínimo esta semana y te iré llamando con lo que haya.

Le imaginó mordiéndose los labios, como siempre que metía la pata.

– Soy un impresentable, ¿no?

– No, sólo estás preocupado por algo que ya no depende de ti. Debí haberte llamado después de acordarlo con Paco, pero, como comprenderás, tuve mucho lío.

– No, no, no te preocupes por mí. No sé ni cómo he podido pensar que no lo sabías, soy idiota. Y Dana, ¿cómo está?

– Aún no se ha despertado. Puede que le queden lesiones permanentes.

Kate notó que se le anudaba la garganta y carraspeó:

– Bueno, te dejo, que viene el médico.

– Llámame con lo que necesites. Y cuídate, jefa.

– No te olvides de limpiar el dossier. Asegúrate de revisar todos los folios.

Ya te llamaré.

Kate se aseguró de haber colgado y cerró con fuerza los ojos. Había olvidado preguntarle algo, pero necesitaba dejar pasar unos segundos. Esperó un poco y volvió a llamarle.

– Lo que sea, jefa, soy un idiota...

Kate sonrió.

– ¿Se sabe ya algo sobre lo que tenía que desestimar el juez?

– ¿Te refieres a la lista que le dimos a Paco?

– Sí.

– Pues me temo que nuestras expectativas no se van a cumplir. Según lo que me ha llegado del juzgado, no han desestimado nada. Pero el listado oficial aún no ha salido. Y descuida, que esa lista de Paco también se queda en mi mesa.

– Gracias.

– Siempre a tu servicio, jefa.

Al colgar, Kate vio una llamada perdida del sargento, la ignoró y leyó un SMS que acababa de recibir del mismo número. El mensaje rezaba que J. B. estaría a las 13.45 delante del casino de Puigcerdà para ir a la finca de los Herrero y que, si quería ir, fuese puntual y se mentalizase de que tendría que estar calladita.

Kate sonrió, miró la hora y escribió la respuesta. Aún sonreía cuando se la envió. A continuación le mandó un *whatsapp* a Miguel para pedirle que la relevase en el hospital y luego marcó el número del bufete y el de la extensión de Marina.

– Despacho del abogado Farrés.

– Hola, Marina.

El manos libres permanente empezaba a ser un incordio. Kate miró al pasillo y bajó aún más el volumen. Marina permanecía en silencio.

– Veo que no estás muy habladora; seré breve, pues. Dentro de un rato Luis te traerá el expediente de Mario Mendes. Quiero que me informes de las decisiones, avances y cambios que afecten al caso.

– Me parece que te has confundido de extensión. Tu adjunto está en la..., ay, se me ha olvidado, ¡qué pena...!

– Estás bien con Marcos, ¿verdad? Pues para seguir estándolo vas a hacer exactamente lo que te he pedido.

— ¿Y si no?

— Sabrá hasta qué punto tu lealtad está con él. Me incomodaría tener que hablarle de nuestra conversación del día de mi ascenso, pero si no me dejas alternativa...

— No me asustas, no puedes convencerle ni demostrarlo.

— No me hará falta intervenir personalmente, sólo recibirá la grabación. No creo que siga contando contigo cuando sepa lo que estabas dispuesta a hacer para ocupar el puesto de Luis.

Al otro lado de la línea, Marina permaneció en silencio.

— ¿Con esto estaremos en paz?

— Es probable.

— Entonces dime cómo quieres que lo haga.

— Cada noche me mandas un correo con lo que haya.

— ¿Un correo? ¡Ni hablar! No me fío de ti, Salas.

— También quiero estar al tanto de cualquier decisión que tome el juez sobre la desestimación de pruebas. Me da igual cómo me llegue la información. Hoy supongo que sólo tendréis tiempo de ponerlos al día, empezaremos mañana. Disfruta del caso, querida.

Magda colgó el teléfono con un golpe y miró el reloj. La una y media y ya no había ni rastro del sargento. Nunca estaba cuando se le requería. Era evidente que le faltaba disciplina y que no sabía mostrar respeto a su superior, a quien se empeñaba en ningunear desde que había llegado. Y esta vez ni siquiera Montserrat sabía dónde se había metido. Ahora que, con lo que acababa de decirle a la secretaria, seguro que la llamaba en cuanto llegase, y entonces le pondría en su sitio de una vez por todas.

Faltaban dos días para la cena del campeonato social del miércoles y Magda no quería tener que repetirle a Vicente que el caso Bernat aún no estaba resuelto. Si el bastón que había encontrado Descòs tenía huellas de la veterinaria —y eso era más que probable porque lo había encontrado en su finca—, estaba hecho. Al fin y al cabo, que la chica estuviese en el hospital no era relevante, como tampoco que no pudiese declarar. Casi mejor. Dejar pasar un tiempcito haría que la noticia cuajase y luego todo se daría por hecho. El caso era dar una respuesta en breve, y cuando volviese en sí el proceso ya seguiría su curso. Relajó los hombros moviéndolos hacia atrás y luego hacia adelante. Necesitaba un buen masaje y le habían hablado maravillas de la nueva masajista del club. Además, quería ver si los comentarios que había oído en el vestuario sobre su físico le hacían justicia.

Tras dos golpes en la puerta, Montserrat entró con la prensa quincenal. La dejó sobre la mesa y salió sin abrir la boca. Su aviso para el sargento la había dejado tesa. Bien, de eso se trataba. Magda se apoyó en el respaldo y desdobló el periódico. En seguida localizó lo que buscaba.

En ocasiones, una buena foto en blanco y negro era mucho mejor que una mala en color. En la segunda página del *Regió7*, el periódico más leído en el valle, aparecía un artículo sobre Jaime Bernat, con imagen incluida. Tal como se había

hablado con el director, sólo publicarían de él información biográfica, nada sobre las circunstancias de su muerte. A cambio, cuando el caso estuviese resuelto, ella les ofrecería detalles jugosos para sus lectores.

Magda había recibido el artículo hacía un par de días y ya le había dado el visto bueno. Por eso, en lugar de releerlo se centró en las fotos. Por la de Jaime pasó de refilón. En ella Bernat debía de tener unos cincuenta años. Magda pensó que no había cambiado tanto y le pareció increíble que estuviese muerto.

Entonces observó la foto del entierro con los ojos entornados. En el centro sobresalía ella, con el traje de chaqueta ribeteada, al lado de Vicente y algunos miembros de su consistorio. El juez Desclòs destacaba en otro corro con los alcaldes de Pi y de Bellver, ambos con silla en el CRC, y otros miembros destacados de la comunidad. Ella era la única mujer en la foto y, evidentemente, dejaba el pabellón muy alto. En el lado izquierdo salía Santi conversando con dos hombres de su edad y con el caporal Desclòs. Verle allí le produjo cierta irritación, pero no se podía obviar quién era su padre, ni su relación con Santi. Y, por increíble que pareciese, ésas eran su cuna y su lugar en el orden social del valle. Magda estudió a Santi y se preguntó si habría tenido algo que ver en la muerte de su padre. En fin, de todos modos las pruebas y los testigos apuntaban a la veterinaria.

Alejó un poco el periódico y entornó los ojos. Era una foto pésima, con tan poca definición que ni se podía sospechar el color real de sus espectaculares zapatos. Magda recordó las gafas que guardaba en el cajón del escritorio, pero rechazó la idea. En realidad, aún no las necesitaba. Había decidido encargárselas para descansar la vista cuando fue a buscar las de sol y le había dado por probarse algunos modelos de Gucci. Buscó de nuevo sus zapatos en la foto y entrecerró los ojos. No les hacía justicia. Se echó para atrás en la butaca, apoyó los pies en el último cajón entreabierto y dobló el periódico. Volvió a mirar la foto. Los lujosos zapatos le habían recordado la cita del día siguiente con Hans y sus pensamientos ya estaban lejos.

Plaza Santa María, Puigcerdà

Parado en la plaza del casino de Puigcerdà, J. B. miraba con atención la pantalla del móvil arrepintiéndose de haber enviado el mensaje a la letrada. Tenía huevos que, además de cargar con ella, tuviese que esperarla un cuarto de hora. Sopló y volvió a leer el SMS. Si era de esas a las que un cuarto de hora no les parecía nada, podía ir preparándose. Miró la hora en el móvil y lo leyó de nuevo. De esperarla, nada. Dentro de quince minutos salía la moto, con paquete o sin él. Quince minutos, y ni uno más. Aparcó en la zona habilitada y dudó si llevarse el casco que le había prestado el caporal Marcos, el único agente extranjero de la comisaría y uno de los pocos que también iban a trabajar en moto. Al final los ató los dos, miró la hora y se dirigió a la sucursal del banco en la que cobraba la nómina. Mari no le había vuelto a llamar y, aunque estaba seguro de que con su empleo en el súper le concederían el préstamo, J. B. sospechaba que el dinero llegaría tarde porque sólo faltaban dos días para ingresar a su madre y no tenía otra forma de reunir la pasta, a no ser que ocurriese un milagro.

La oficina estaba vacía y a punto de cerrar. J. B. se acercó al mostrador y sacó el DNI. Cinco minutos después salía con la sensación de hacerlo por la puerta grande. Tenía una transferencia de 1.200 euros de María del Carmen de la Hoz, Mari, en su cuenta. Le había costado no soltar un taco en medio de la silenciosa sucursal cuando comprendió que se trataba de la fianza. Pensó en Correos, en el paquete con las piezas para la OSSA y en si le daba tiempo de recogerlo antes de que llegase la letrada. Pero en cuanto la vio de pie, al lado de la moto, se olvidó del paquete.

A pesar de las enormes gafas de sol, la hermana de Miguel parecía mucho más joven con esa melena ondulada en lugar de la peluca lisa de Barbie que llevaba siempre. Se había puesto una falda negra y la cazadora oscura del día del funeral. J. B. miró a su alrededor. Había poca gente, pero seguro que radio macuto tendría

informada a Montserrat de que había montado en su moto a la nieta del ex comisario. Sonrió.

Aceleró el paso al cruzar la rotonda y llegó hasta la moto con el ceño fruncido. Miró la hora delante de ella.

– Veo que eres puntual.

– ¿No pretenderás que vaya en moto así? – respondió ella señalando la falda.

J. B. se encogió de hombros y empezó a ponerse el casco.

– Pues... ya te contaré cómo ha ido.

– Ni hablar, tengo el coche en el parking. Vamos en el mío y luego te traigo. De todos modos, tengo que volver al hospital.

J. B. dudó y, al instante, ella tomó el mando y él comprendió su error.

– Vamos – ordenó empezando a andar –, y no dejes los cascos ahí si no quieres que te los quiten.

J. B. miró a su alrededor. El móvil le vibraba en el bolsillo, lo sacó y miró la pantalla. Era Tania. La letrada estaba llegando a la esquina del cine. Rechazó la llamada, desató los cascos y fue tras ella.

Finca de los Herrero, Mosoll

La finca de los Herrero era la primera en Mosoll entrando desde la N-152. Se trataba de una casa de piedra, cuadrada y espaciosa, de tres plantas, sólida y serena, con la inusual característica de tener todas las ventanas adornadas con maceteros que rebosaban ciclámenes rojos y blancos. Kate sonrió al verla. Le sorprendía que la casa en la que iban a entrar fuese la casa de las flores que Dana y ella habían admirado siempre. De pequeñas les encantaban y, cuando salían de excursión a caballo, se detenían a comer en los bancos del pequeño claro que separaba justo esa casa del resto del pueblo. Bajo la tenue sonrisa del sol de noviembre, el edificio le recordaba aún más a las enormes casas suizas que habían visto el verano en el que viajaron en InterRail, cuando acabaron primero de carrera y recorrieron solas media Europa. Fue Dana la que comentó cómo se parecían a la de Mosoll, la única del valle con flores en las ventanas todo el año.

Kate aparcó el coche al borde de la carretera y entraron en la finca. Caminaban en silencio. El sargento abrió la puertecilla de la verja y le cedió el paso. Todo permaneció en calma hasta que la puerta se cerró y golpeó el marco de hierro forjado. Entonces oyeron una voz procedente de la parte trasera de la casa. Se miraron y el sargento anunció:

—Somos de la policía.

No hubo respuesta ni movimientos perceptibles y siguieron avanzando hasta la esquina que daba a la trasera. Kate se quitó las gafas de sol. Sentía la necesidad de mostrar respeto por aquellas personas que cuidaban del entorno con tanto esmero. Los restos de un huerto al aire libre separaban la casa del impecable invernadero, donde se movía una figura pequeña que se agachaba y se levantaba como si estuviese plantando algo. Todo tenía un aspecto pulcro y ordenado. Incluso, el huerto estaba rodeado por una pequeña valla de madera bien barnizada,

como si con eso pretendiesen restituirle el protagonismo que el invierno le había arrebatado. Alrededor del edificio se extendían un par de metros de piedrecillas blancas hasta el césped de color mortecino a causa del frío. No se distinguía ni una tabla desconchada y el invernadero era un esqueleto de madera completa e impecablemente forrado con un plástico blanco y grueso que dejaba traslucir las formas del interior. Igual que una gran casita de muñecas sin ventanas. Kate nunca había visto la parte trasera de la finca y le pareció que estaba en perfecta armonía con el patio delantero.

Cuando se acercaban al invernadero, la silueta que habían visto moverse se asomó a la puerta. Apareció ante ellos una mujer pequeña con los ojos muy azules y el pelo, casi blanco, recogido en un moño bajo. Llevaba un delantal de cuadritos azules y blancos desgastado pero perfectamente planchado.

Kate pensó que Isabel Herrero era una de esas mujeres a las que uno no necesitaba acercarse para saber que olía a limpio. Sus ojos claros los miraban con una mezcla de curiosidad y desconfianza que hicieron que Kate permaneciese en silencio.

– ¿Isabel Herrero? – preguntó J. B.

Ella asintió y frunció el ceño, cosa que provocó un tsunami en las infinitas arrugas de su frente.

– Venimos a verles por el caso Bernat. ¿Está su hermano?

Negó con la cabeza.

– Está en Berga, volverá tarde. Pero nosotros no tenemos nada que ver con esa gente – sentenció despectiva.

– Sabemos que su hermano Manuel tuvo problemas con Jaime Bernat por las tierras del pantano.

Kate le miró sorprendida. ¿Cómo sabía el sargento esos detalles de la vida de los Herrero si apenas hacía una hora que le había informado de los envíos? Seguro que era un farol.

Pero Isabel pareció molestarse.

– Manuel compró esas tierras hace muchos años, y son suyas. No veo qué mal puede haber en eso; uno compra, paga y el terreno es suyo. Eso es así en todas partes, ¿no?

Isabel había ido subiendo el tono y Kate se preguntó cuánto tardaría el

sargento en ponerla en su lugar. Pero él continuó hablando con calma.

—No nos interesa saber cómo consiguió su hermano esas tierras. Lo que tratamos de resolver es la muerte de Jaime Bernat.

—¿Y qué puede tener que ver en eso Manuel? —Ahora su expresión era de perplejidad.

—Las pruebas muestran que su vecino murió envenenado.

Isabel enarcó las cejas, incrédula.

—¿Y piensan que ha sido Manuel?

J. B. negó con un gesto.

—No, en absoluto. Hemos venido para investigar un envío que recibieron ustedes hace unos meses.

A Isabel le cambió la cara, pero el sargento continuó.

—Se trata de una caja con dos botellas de brandy.

Al instante, la mujer levantó altiva la cabeza y clavó sus ojos claros en el sargento.

—Si lo que quiere decir es si la hemos recibido, sí, es verdad. Y sigue aquí, porque el hombre que la trajo no quiso volver a llevársela. La tengo escondida en el cobertizo de las gallinas.

—¿Podemos verla?

—¿Verla? Llévensela y no vuelvan por aquí. Hay que ser muy mala persona para mandarle algo a Manuel en su nombre cuarenta años después. Estoy segura de que fue él, no conozco a nadie tan mezquino. Menos mal que estaba sola cuando trajeron el paquete, porque si llega a verlo Manuel no sé lo que hubiese podido pasar. Después de tantos años no sé a qué viene esa clase de broma pesada.

Isabel negó de nuevo y siguió hablando:

—Desde luego, era un malaje. Y que Dios me perdone, pero si lo han matado, me alegro. En esta casa nos alegramos de que alguien con un par acabara con él. Ese hombre era una mala persona y murió como se merecía. Ya lo decía mi madre: el que a hierro mata...

Y tras una leve pausa añadió:

—Hasta su mujer tuvo que irse. ¿Por qué creen que se llevó a la niña? Y al otro porque no pudo, la pobre. Ustedes son muy jóvenes, pero tendrían que haber

visto cómo tenía al chaval cuando ella se marchó. Daba una lástima... No le había dado yo huevos a escondidas y bocadillos que le dejaba en el banco de piedra... –reconoció señalando hacia el pueblo—. Pero al final se volvió como él. Todo lo malo se pega. Ese viejo usurero y roñoso se merecía morir donde lo encontraron, en un estercolero, porque eso es lo que era: un puerco.

Isabel había entrado en una espiral de irritación a medida que los argumentos contra Bernat salían de su boca. Ahora, los miraba a ambos encendida, con gesto de estar esperando una respuesta. Kate intentó procesar todo lo que acababa de oír, lo de la mujer de Bernat, lo de la niña y lo del pequeño, que debía de ser Santi. Pero el sargento estaba interesado en otra cosa.

– Isabel, ¿dice que fue el propio Jaime quien les mandó el brandy?

– ¿Quién si no podía quererle tanto mal a Manuel? Él, que el pobre no ha hecho daño a nadie en su vida...

– ¿Podemos ver la caja?

Isabel se metió las manos en los bolsillos del delantal y les hizo señas para que la siguiesen. Al fondo del patio había un cobertizo de madera de unos seis o siete metros cuadrados. La mujer se dirigió hacia allí y justo antes de llegar les indicó que esperasen. En cuanto entró, los cacareos aumentaron.

El sargento esperó sin perder de vista el cobertizo. Kate permanecía un paso por detrás y le observaba de soslayo. La conocida melodía de *El padrino* empezó a sonar y él miró la pantalla. Descolgó. La primera letra del tatuaje asomaba por encima de su camisa, una letra gris y potente sobre una piel oscura y suave. Y, mientras Kate se fijaba en ese detalle, él emitió un escueto luego te llamo, colgó y se volvió hacia ella.

Kate frunció el ceño molesta por la interrupción y sus ojos se encontraron.

– ¿Cómo sabías que tenía problemas con Bernat?

El sargento levantó una ceja.

– Manuel Herrero es el sexto nombre en una de las listas que me diste. Creía que los abogados tenían mucha memoria...

Cuando iba a contestarle oyeron a Isabel trasteando la puerta de alambre del cobertizo con una caja y J. B. se acercó para ayudarla. Cogió la caja con suavidad, como si fuese algo muy valioso. Kate no pudo evitar la sensación de *déjà vu* al verle usar las manos. Había algo desconcertante en los movimientos del sargento.

–Ni siquiera la he abierto. No sé lo que hay dentro. Si encuentran algo podrido no me culpen...

–Necesito que me firme un consentimiento. ¿Le parece bien que pase mañana?

Isabel se frotó las manos e hizo amago de volver a meterlas en los bolsillos, pero se las volvió a frotar.

–No, ya me acerco yo el sábado, que voy al mercado de Puigcerdà. Iré a las nueve, antes de hacer la compra. Si Manuel se enterase de esto, le haría más mal que bien.

–¿Quiere que la abramos por si hay algo que le interesa, una tarjeta o algo así? –propuso Kate.

Había visto asomar la esquina de un sobre cuando la caja había cambiado de manos y temió que él no le dejase ver lo que ponía. Notó la mirada indignada que el sargento le lanzaba, pero se centró en la reacción de Isabel. La mujer pareció dudar un instante, pero luego negó con la cabeza.

–No, sólo puede ser algo con mala intención y no necesito volver a pasar un mal rato. Ya pasé bastante escondiéndosela a Manuel. Llévensela –zanjó mirando al sargento.

–Bien, pues la espero en comisaría el sábado por la mañana.

J. B. apenas aguardó su respuesta y dio media vuelta sin perder tiempo.

Kate le seguía un paso por detrás pensando en la tarjeta. Al fin y al cabo, si estaban allí era gracias a ella; no podía negarse a dejársela leer. De pronto recordó que se había marchado del hospital sin recibir la confirmación de que Miguel iba a relevarla y se le humedeció la espalda. Buscó la BlackBerry y marcó su número.

– ...

– ¿Dónde estás?

– ...

– ¿Es que no lees los *whats*? Te he mandado uno para que fueses al hospital y ahora lleva una hora sola. ¡Eres un irresponsable!

– ...

– Me pongo como me da la gana, y tú lo que tienes que hacer es mirar el móvil y contestar, ¡idiota! – Y colgó.

J. B. esperaba al lado del maletero del coche con la caja en brazos. Kate evitó mirarle. Seguro que estaba sonriendo, el muy imbécil; todos son iguales, pensó. Subieron al coche en silencio y se dirigieron a Puigcerdà. Al entrar en la recta, Kate se dio cuenta de su error y levantó ligeramente el pie del acelerador. Él la miró. Estaba tan enfadada con Miguel que no le había pedido a Silva que abriese la caja para sacar la tarjeta. Y sabía que al llegar a Puigcerdà el sargento tendría la excusa perfecta para esquivarla. Cuando estaba a punto de hablar empezó a sonar de nuevo la melodía de *El padrino* y él miró su móvil. Pero no descolgó. Kate le vio dudar con la vista fija en la pantalla. El tono no cesó hasta que el sargento volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

— Bueno, habrá que analizar si este brandy también está emponzoñado. Si está limpio, sabremos que Santi fue el único que tuvo acceso a la botella de su padre — apuntó Kate.

El sargento negó con exasperación.

— Estás obsesionada — la acusó—. Ése no tiene lo que hay que tener para cargarse a su padre.

J. B. recordó la disertación del tipo de la bodega.

— Además, es imposible que un tipo como él eligiese un brandy tan selecto. Un producto así sólo lo mandas con intención de agasajar al destinatario y, la verdad, me extraña que no se oculte algo más en ese envío.

— Tú no le viste el día del almacén. Te aseguro que es bien capaz.

Sonó el móvil de Kate, y ella tiró del bolso. J. B. la observaba, pero ella le ignoró mientras mantenía una mano en el volante y la otra revolviéndolo todo en busca de la BlackBerry. Cuando la encontró, descolgó y pidió que esperaran un momento. Luego puso el intermitente y detuvo el coche en el arcén.

— No te muevas — le ordenó a Silva antes de abrir la puerta.

J. B. pulsó el botón para bajar la luna de la ventanilla.

Kate hablaba a unos metros del coche.

— Espero que sea la única copia con esos movimientos.

— ...

— Pues eso es un cabo suelto, y nosotros no trabajamos así. Consigue esas copias y mándamelas o no habrás cumplido tu parte del trato. Y ya te advertí sobre las consecuencias...

— ...

— Ya está resuelto. Lo tendrás cuando verifique el contenido de las copias. Tú preocúpate de tu trabajo, lo estás retrasando todo.

Kate entró de nuevo en el coche. Estaba helada: no volvería a ponerse falda por lo menos hasta mayo. Dejó la BlackBerry en el salpicadero, arrancó, puso el intermitente y se incorporó a la nacional mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Luego respiró hondo; el maldito andorrano siempre la alteraba.

— ¿De qué iba todo eso? — preguntó el sargento subiendo su ventanilla.

Lo que le faltaba, tener que darle explicaciones.

— Si te lo cuento, tendría que matarte.

Él arqueó los labios y la miró de reojo.

— Algún día, ese pico de oro te va a meter en un lío.

— Ya. Según tú, es mejor quedarse quietecito a ver si las cosas se resuelven solas. ¡Y sube la ventanilla de una vez!

Kate intuyó que Silva negaba con la cabeza y le oyó respirar hondo. Le tenía frito, pero él se lo buscaba preguntando lo que no era de su incumbencia. Además, ¿quién había puesto a Dana en el punto de mira?... Eso bien merecía un recordatorio de vez en cuando.

— ¿Qué tal se encuentra la veterinaria?

— Igual.

— Tu hermano dice que está en coma y que no se sabe cómo quedará.

Kate le miró de soslayo. El sargento estaba consultando el móvil con el ceño fruncido. Cuando lo guardó se quedó pensativo y estuvieron un par de minutos en silencio, hasta que ella soltó:

— Los médicos también se equivocan.

— Puede, pero los peores diagnósticos son jodidos porque suelen cumplirse.

— Éste no, conseguiré que se recupere aunque tenga que llevármela a Tombuctú.

— De ahí no se vuelve, ¿sabes?

Kate le miró sorprendida. ¿El sargento y Paul Auster?

— Los accidentes pasan, nadie tiene la culpa.

Ya, eso era lo que él se creía..., pero no era cierto. En este caso había una culpable con nombre y apellidos.

– Eso es mentira, siempre hay un culpable.

Sus ojos empezaban a anegarse, pero consiguió contenerse. Él la estudió un instante y luego volvió la vista al frente.

– Entonces seguro que también ha sido cosa de Santi – afirmó convencido.

Kate sonrió.

– Eres idiota. Cuando descubras que fue él tendrás que pedirme disculpas.

J. B. dudó un instante.

– O nos jugamos una cena que acabarás pagando tú...

Estuvo tentada de pedirle que definiese el concepto de cena, porque si era cuestión de unas bravas y una Moritz en el Insbrük, como solían hacer los amigos de Miguel, ya se buscaría a otra. Pero decidió no seguir por ahí.

– Por cierto, ¿ya sabe tu abuelo cómo conseguiste las fotos de la botella?

Kate frunció fugazmente el ceño. ¿A qué venía eso ahora?

– No veo la necesidad de que se entere, pero si quieres compartir esa información con él, estás autorizado. No hay problema.

Mientras se erguía de nuevo en su asiento pensando en quién era aquel tipo para meterse en su vida, le oyó chasquear la lengua.

– No quiero desacreditarte. El hombre está muy orgulloso de su nieta y no voy a ser yo quien le quite la venda de los ojos.

– No sufras, podrá soportarlo, y yo también. Llevo toda la vida siendo la oveja negra, y lo que le digas no cambiará nada. No necesito su aprobación, llevo siglos cuidando de mí misma.

– Claro, pero con un pelotón de Salas velando por ti.

Kate lo miró con frialdad y él apartó la vista.

– Cuidado sargento, estás en un campo de minas – advirtió irritada.

J. B. no respondió, pero ella ya se había calentado.

– Antes de que te la lleves quiero leer la nota de la caja.

Kate buscó de nuevo sus ojos y cuando coincidieron vio cómo su nuez se movía. Él tardó un segundo en responder.

– ¿Qué nota?

Kate cambió de marcha un poco antes de llegar a la rotonda y tuvo que tocar el freno.

– Ya lo sabes – respondió molesta.

– Ufff, no sé yo si te vas a meter en más líos...

– ¿Crees que me importa tu opinión? He cumplido mi parte del trato; ahora, cumple tú la tuya.

El silencio resonó después de su vehemente respuesta y Kate casi podía masticar sus propias dudas sobre la coherencia de lo que acababa de pedir. Aun así, añadió:

– Es un trato. Supongo que tienes palabra.

La melodía de Nino Rota salvó al sargento de tener que contestar. Kate le observó de soslayo y vio que miraba la pantalla dudando si responder o no.

– Cógelo y prometo no abrir la ventanilla – concedió con una sonrisa burlona.

– Ni hablar, puede esperar.

– Si sigues ignorando sus llamadas, te va a dejar.

Él la miró perplejo, como si acabase de descubrir el arca de la Alianza, y Kate sonrió.

Entró en el parking y buscó un lugar apartado para dejar el coche. Lo hizo de espaldas a la pared, dejando espacio para poder abrir la caja y ver la tarjeta, pero el sargento la distrajo de nuevo.

– He hojeado el informe del accidente. El otro conductor era un hombre de noventa y tantos años, lo más probable es que fuese culpa suya.

– Eso no lo sabes – respondió Kate.

Pero cuando Dana despertase sí lo sabrían, y sólo con pensarlo notaba las náuseas.

Diez minutos más tarde, Kate había dejado al sargento en la plaza y salía de la tienda de comidas preparadas maquinando cómo averiguaría quién era M. Bernat, la persona que firmaba la tarjeta de la caja de los Herrero. Al final, había podido fotografiar la nota con la BlackBerry, y se preguntaba a quién podría

preguntarle por ella cuando se encontró al doctor Marós, que justo en ese momento entraba en el hospital.

A la luz del día, sus ojos eran de un verde intenso que sobrecogía. Kate le saludó, constatando por primera vez lo guapo que era, y metió la bolsa con la ensalada que acababa de comprarse en el bolso mientras él le devolvía el saludo en silencio. El traumatólogo se detuvo para cederle el paso y subieron juntos en el ascensor. Él pulsó el número dos sin preguntar.

Llevaba unas deportivas de lujo y vaqueros oscuros bajo una Belstaff negra tipo Barbour de la que asomaba el cuello celeste de una camisa. Iba impecable, y no apartaba la mirada de la pantalla de su Iphone. Kate se preguntó si el doctor se habría comprado esa chaqueta para lo que estaba pensada: ir en moto. Pero no llevaba guantes ni casco, ni tenía aspecto de que le gustase el riesgo, así que no era probable. Si había un motero en su familia, Lía daba mejor el perfil. Advirtió que él contenía la respiración y le oyó carraspear un par de veces antes de llegar a la segunda planta.

Cuando el ascensor se detuvo, él se apartó para dejarle paso y la despidió con un fugaz hasta luego. Al salir, Kate se volvió un segundo y le vio pulsar el botón del primer piso con la mirada fija en el teléfono.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

La habitación de Dana permanecía en penumbra y en silencio. Kate subió la persiana un par de palmos y miró hacia la cama. Seguía como la había dejado y no había rastro ni de Miguel ni del abuelo. Como para fiarse... Cuando ya empezaba a despotricar mentalmente de ambos, oyó la cisterna.

El abuelo salió del baño y fue a sentarse en la butaca. Luego le preguntó si había comido.

—Me he comprado algo. La verdad, creía que encontraría a Miguel. Si quieres ve a comer y ya me quedo yo.

El ex comisario negó con la cabeza. A Kate le rugían las tripas. El reloj marcaba las cinco de la tarde y no había probado nada desde el café con leche de la mañana. Pero prefería no abrir la ensalada delante de él porque eso daría lugar a una de sus miradas de desaprobación y no quería empezar a irritarse antes de averiguar lo que necesitaba saber. Acercó una de las sillas a la butaca, pero en lugar de sentarse a su lado fue hasta la ventana y lo hizo en el alféizar.

—¿Conoces a los Herrero?

Él frunció el ceño.

—¿Los de Mosoll?

Kate asintió.

—Manuel y su hermana. Él es de esos que no hablan por no molestar, pero ella las canta claras, una mujer de mucho carácter —concluyó.

—¿Y qué relación tienen con Jaime Bernat?

El ex comisario frunció el ceño.

—Que yo sepa, ninguna, aparte de la lucha por las tierras del pantano. Pero

de eso ya hace mucho tiempo y tuvo más que ver con su padre.

– ¿Qué pasó?

Kate vio la duda en los ojos de su abuelo y temió que le preguntase para qué quería saberlo. Si lo hacía no sabría qué responder, porque no quería que supiese que había ido a visitarlos con el sargento. Eso haría aparecer una de sus miradas de desaprobación, seguida de algún comentario disuasorio que la pondría de malas, y además acabaría con la posibilidad de averiguar lo que quería. Pero, por una vez, el abuelo simplemente contestó.

– Manuel era el segundo hijo de un notario importante de Sevilla. Se instaló en el valle en los sesenta para hacerse cargo de unas tierras que había heredado su padre de un pariente francés, creo. Cuando llegó, compró unos terrenos colindantes al pantano y a la finca Bernat. Él no lo sabía, pero el viejo Bernat, el padre de Jaime, llevaba años intentando comprárselas al propietario. Cuando Manuel llegó con el dinero, el tipo se las vendió y al viejo Bernat se le quedó cara de pavo. A partir de entonces le hizo la vida imposible con denuncias constantes: cualquier incidente acababa en el juzgado. Pero Manuel es un buen hombre, serio y trabajador, y nunca busca problemas.

– ¿Y la hermana?

– Isabel llegó al valle algo más tarde. No sé por qué la mandaron venir, pero ahí sigue. Supongo que le gustó el sitio.

– ¿Y no se han casado? De joven debía de ser guapa.

El abuelo la miró extrañado y Kate se arrepintió de inmediato de ser tan bocazas.

– ¿Cuándo la has visto?

Kate permaneció muda un instante.

– Bueno, su casa es la única que tiene flores todo el año, es fácil fijarse en ella.

El ex comisario asintió.

– Que yo sepa, están solteros. Ya sabes cómo es la gente de por aquí, sólo les gustan los autóctonos.

Kate recordó el remitente de la caja que Isabel les había dado.

– Y M. Bernat, ¿sabes quién es?

Él enarcó las cejas.

–Supongo que te refieres a la hermana de Jaime, Marian. Recuerdo que la mandaron a Barcelona con su tía porque tenía problemas de salud. En aquella época era normal ir a vivir cerca del mar cuando se padecía asma u otras enfermedades respiratorias. Se marchó muy joven. Creo que se llevaba un par de años con Jaime.

El ex comisario se la quedó mirando y asintió en silencio.

–Supongo que no vas a decirme lo que buscas...

Kate miró a Dana, consciente de que su abuelo esperaba una respuesta. Y, por una vez, permanecer callada tuvo su premio.

–Si quieres saber más de los Bernat, pregúntale al cura. Creo que era el único amigo de Jaime que le duró toda la vida.

Kate enarcó una ceja.

–Sería porque no había tierras de por medio... –comentó sarcástica.

El abuelo ignoró el comentario y movió el bastón para levantarse.

–Me voy. No te metas en líos y dile a Miguel que estaré en casa.

Y señalando a Dana añadió:

–Y llamadme si hay novedades.

Al abrir la puerta se topó con Chico Masó y se saludaron.

–Hola, he venido a verla un momento y a traer esto –anunció mostrando un cargador Nokia.

Kate se levantó y el ex comisario le hizo un gesto impaciente al joven para que entrase de una vez. Luego cerró la puerta por fuera.

Cuando estuvieron solos, Chico se quedó mirando impresionado a Dana.

–¿Quieres que cargue su móvil? –propuso Kate señalando la mano en la que él apretaba el cargador.

Chico asintió y acercó una silla a la cama.

Kate entró en el lavabo y enchufó el móvil de Dana. Cuando se iluminó la pantalla recordó la última llamada y pulsó la tecla para cerciorarse. No hubiese hecho falta, porque sabía perfectamente lo que había ocurrido. Pero cabía la posibilidad de que ella, al despertar, no recordase nada y siempre sería mejor

vivirlo en secreto que bajo las miradas de acusación de los demás. Dudó por un momento y, con los ojos clavados en el número y el corazón acelerado, clicó un par de veces para borrar el registro.

Ya estaba hecho.

Vació la cisterna del retrete y salió del baño. Chico permanecía sentado al lado de la cama, con las manos sobre las rodillas, y no parecía tener intención de levantarse. Bien, no había mejor candidato para cuidar de Dana. Kate miró la hora y se decidió.

— ¿Te importaría quedarte con ella un rato? Tengo que hacer unas gestiones. Volveré dentro de media hora.

— Vale, pero ¿te importa que vaya antes a buscar algo de comer?

Kate recordó la ensalada que tenía en el bolso y lamentó no haber elegido la de pasta. Sacó la bolsa y se la ofreció.

— Toma, es verde, lo siento.

Él la miró agradecido.

— Ningún problema. Cuando vuelvas tráeme un buen bocadillo de jamón y estaremos en paz.

— No se te ocurra dejarla sola. — Él la miró ofendido—. Vale, no he dicho nada... Ahora vuelvo.

Comisaría de Puigcerdà

Al entrar en comisaría, a J. B. le extrañó no ver a Montserrat en su mesa y que el hall estuviese desierto. Llevaba en brazos la caja de los Herrero y miró la hora en el reloj de pared. Eran apenas las cinco y fuera anocheecía. Había tardado bastante desde el centro hasta la comisaría con la caja entre las piernas, pero no había querido que ella le llevara hasta allí porque sabía que no era bueno que alguien le viese bajando pruebas del coche de la nieta del ex comisario.

Recordó el mensaje que había recibido al volver de la finca de los Herrero. Montserrat le advertía de que Magda le estaba buscando y le pedía que la llamase de forma urgente desde dondequiera que estuviese. Sabía que ignorar esa orden había sido una estupidez, pero no quiso hablar con la jefa delante de la hermana de Miguel. Además, aún no quería darle el sobre de la científica, y tampoco mentir, así que lo mejor era seguir ilocalizable hasta tener más datos.

Dio unos pasos y miró hacia la puerta del despacho de Magda. Ella estaba reunida con alguien; puede que incluso se hubiese olvidado de él. Así que aceleró el paso y entró en su despacho, dejó la caja sobre la mesa, metió la punta del abrecartas en la rendija y abrió la tapa. Dos botellas de Ximénez-Spínola. Isabel Herrero no las había tocado, así que no esperaba que hubiese huellas relevantes. Marcó el número de centralita con la esperanza de que Montserrat ya estuviese en su mesa y clavó los ojos en la pantalla del ordenador. Abrió el correo que había recibido de la central. El DNI sobre el que había pedido información correspondía a doña María Antonia Bernat, nacida en 1948 en Mosoll y fallecida en 1966 en Barcelona. Aún intentaba comprender esos datos cuando la voz de Montserrat le provocó un respingo.

—Sargento...

—Hola... No te he visto cuando he entrado.

– Estaba con la jefa. Si fuese tú, iría a su despacho antes de que vuelva a llamarte. Esta tarde ha preguntado dos veces por ti y no he sabido decirle dónde estabas. Ah, y quería hablar con los de laboratorio...

– ¿Y?

– No podré retrasarlo mucho más...

– Gracias, Montserrat. Yo también tengo unas pruebas para ellos y unos formularios que darte para que los firme Isabel Herrero cuando pase por aquí el sábado.

– ¿Ya has ido a verlos? Pensé que querías hablar antes con mi suegra. La he llamado...

– Lo siento, al final he decidido no esperar. El caso es que si ahora voy a por las bolsas seguro que me encuentro con la jefa y no quiero hablar con ella hasta que lo tenga todo más atado.

– Y necesitas que alguien te las traiga.

– Te deberé una...

Montserrat murmuró algo parecido a que no sería la primera vez. J. B. oyó el golpe del auricular contra la mesa y el silencio. Permaneció al teléfono mientras daba vueltas a los nuevos datos. Si eran correctos, alguien con acceso a ese documento había tratado de despistarle. Estudió los nombres anotados en la pizarra. No tenía ni idea de quién era María Antonia Bernat, pero por edad sólo podía ser prima o hermana de Jaime. Y únicamente había dos personas con derecho a tener en su poder ese carnet. J. B. buscaba en la libreta de direcciones de su móvil el teléfono de Santi cuando Montserrat entró abriendo la puerta de golpe. Con las bolsas en la mano se quedó mirando la caja abierta sobre la mesa.

– ¿Eso es lo que vas a mandar? – preguntó con sarcasmo mirando la caja.

J. B. asintió mientras ella le miraba impaciente.

– Para eso necesitas una caja, hombre – anunció irritada.

El sargento se encogió de hombros. ¿Qué narices le pasaba a la buena de Montserrat? Las notas de *Brucia la terra* le apartaron de sus pensamientos, miró la pantalla del móvil y volvió a dejarlo sobre la mesa evitando a la secretaria. No quería ver su cara de desaprobación por no descolgar, pero era la cuarta llamada de Tania esa mañana y, la verdad, empezaba a cargarle. J. B. echó la silla para atrás y se levantó. De repente, prefería a la comisaria antes que dar explicaciones sobre su

vida a una Montserrat cabreada con el mundo. Cogió las bolsas de la mano de la secretaria y bajó al almacén.

Diez minutos después, J. B. estaba de regreso en su despacho. Mantuvo la vista fija en la pantalla del ordenador mientras esperaba la confirmación de los datos del DNI que había vuelto a pedir a la central. Su móvil anunció un mensaje entrante y lo leyó.

Cuando acabó de responder el cuestionario de Tania sobre sus alergias o preferencias culinarias y el menú que más le apetecía de los que proponía en su mensaje, J. B. se concentró en la pizarra. Anotó el nombre de María Antonia Bernat al lado del de Santi y marcó la extensión de Descòs. Pero no hubo respuesta y J. B. miró la hora. Las seis, y fuera parecía noche cerrada. De repente recordó las piezas que ya podía recoger en Correos y la moto que le esperaba en el taller. Se acercó a la ventana. El viento espoleaba las hojas de los árboles y los peatones avanzaban encogidos. J. B. deseó que el termostato del edificio que tenía alquilado no hubiese saltado durante el día y encontrar el altillo caliente. Por la mañana, al salir, había dejado la luz exterior abierta para no encontrarse de nuevo con el visitante desconocido que le espiaba cada noche, camuflado entre los arbustos. Deseó borrar la cena en casa de Tania, pero la verdad era que tenía hambre. A mediodía la llamada de la letrada, siempre tan oportuna, le había fastidiado el bocadillo de beicon con queso de El Edén. Con la vista clavada en el aparcamiento, J. B. buscó el móvil y le mandó un mensaje: María Antonia Bernat (1948 - 1966). Mientras lo escribía recordó cómo la letrada había esquivado su propuesta para jugarse una comida cuando volvían de la visita a los Herrero. Definitivamente, la cena en casa de Tania no era un mal plan y, si acababa pronto, incluso podía pasar un rato en el taller antes de acostarse. Pero pensar en la cena, y en el postre que vendría luego, se le hacía cuesta arriba. La verdad, no estaba de humor para juegos ni para conversaciones banales de adolescente. Aún recordaba la bronca de la mañana y lo que de verdad le apetecía era la tortilla de patatas de El Edén y trabajar en la moto hasta la madrugada. Cogió el móvil y escribió un mensaje a Tania. Mejor cualquier otra noche. Dejó el aparato y, con la mirada en la gran caja que seguía sobre la mesa, lista para mandarla al laboratorio por la mañana, se sentó dispuesto a planear sus siguientes pasos en la investigación. Pero entonces recordó que la valija hacia Barcelona salía sobre esa hora. Cogió la caja y salió rápidamente al hall. Montserrat estaba cerrando los envíos y en cuanto le vio la cara ella misma le dijo que lo pondría en urgentes. J. B. regresó al despacho y se dejó caer en la silla. De nuevo, la pizarra llamó su atención.

Realmente era poco probable que la veterinaria hubiese tenido acceso a ese documento. J. B. marcó el número de Santi para averiguar quién era exactamente María Antonia Bernat, luego pediría a la tienda de espirituosos las cintas del día del envío. Mientras esperaba, estudió la pizarra preguntándose si la letrada tendría razón. Si era así, no quería estar presente cuando lo supiera.

Rectoría, iglesia de Puigcerdà

Tardó tres minutos en cruzar la plaza y sólo cinco más hasta la rectoría. Los dos termómetros que había visto por el camino no subían de los siete grados negativos y, a pesar de llevar botas, Kate avanzaba con la sensación de tener las piernas congeladas. Lo hacía sin mirar a nadie, no quería saludos o cruzarse con alguien que le preguntase por Dana, y a mitad de trayecto tuvo la sensación de que, si se lo proponía, sus pies avanzarían sin llegar a tocar el suelo.

Cuando llegó a la rectoría llamó al timbre y entró sin esperar respuesta. Aún era la misma puerta y seguía con el mismo abrefácil que había cuando los martes asistía con Dana a la catequesis, después del cole. Sonrió y llamó a la puerta interior con los nudillos mientras se estiraba la falda.

Oyó una tos ronca.

– Sí...

– Padre Anselmo, soy Catalina, la nieta del ex comisario Salas. ¿Puedo hablar con usted un momento?

No tenía ni idea de por qué había dicho lo que acababa de oír, pero funcionó y el cura respondió de inmediato.

– Dame un minuto, ahora salgo.

Kate se acercó a la pared. Seguía forrada de láminas con dibujos de los niños de la catequesis, sembrados de pesebres con el niño Jesús. Pero eran mucho más sofisticados que los de su época. Entonces, la única a la que le gustaba elaborar *collages* era a Dana, quien, para desconcierto de las catequistas y envidia del resto de los niños, pegaba en las cartulinas todo lo que encontraba y conseguía resultados espectaculares.

El sacerdote abrió la puerta y le ofreció la mano y una sonrisa demasiado

amplia. Aún quedaban restos de migas en la pechera negra de su sotana y un par de manchurroneos. Al acercarse, el olor a vino azotó a Kate como una bofetada. Ciertas cosas nunca cambian, pensó con una punzada de nostalgia que se forzó a ignorar.

—Padre Anselmo, necesito saber algo y me han dicho que sólo usted puede ayudarme.

Él se encogió de hombros y Kate tuvo la sensación de que el abultado abdomen del cura se elevaba unos centímetros.

—Pasa y sentémonos. No sé en qué podría ayudarte.

—Verá, necesito saber todo lo que pueda contarme sobre Marian Bernat.

Él se volvió sorprendido. Casi de inmediato bajó la vista hasta las manos, y empezó lentamente a frotárselas. Kate intuyó que no convenía dejarle meditar demasiado.

—Pensará que lo que le pido no tiene ni pies ni cabeza, pero deme un voto de confianza y dentro de unos días le contaré por qué necesito lo que le pido. Es por una buena causa...

El capellán tosió de nuevo y su abdomen se movió como la tapa de una tetera hirviendo.

—Marian era la hermana de Jaime —dijo—, una niña muy buena. En paz descansen los dos.

El viejo párroco bajó la mirada al suelo y se alisó la sotana sin fuerzas.

—Cuando empezó a encontrarse mal —continuó—, su padre la mandó a Barcelona con su tía Rosalía, para protegerla. La gente es cruel con esas cosas... Era una niña muy buena. Aún recuerdo aquel viaje en tren...

Se le habían humedecido los ojos.

—Yo la acompañé, ¿sabes?, con Jaime. Se pasó todo el viaje llorando, abrazada a la maleta como si fuese lo único que poseía en el mundo.

El cura hizo una pausa y Kate le vio tragar saliva. Eso la hizo temer que detuviese la historia y le alentó.

—Pero ¿por qué la mandaron a Barcelona si no quería?

Don Anselmo la miró con los ojos vidriosos y los labios apretados.

—Porque estaba... enferma.

El sacerdote volvía a detener la vista en algún punto del suelo con actitud de

haber dicho cuanto tenía que decir. De repente Kate comprendió su problema.

– ¿Quién era el padre?

Don Anselmo alzó la cabeza, sorprendido, y ella le sostuvo la mirada. Entonces, él cruzó las manos sobre el regazo y negó con la cabeza.

– No deberías remover el pasado. Las historias de familia son privadas.

Pero Kate no iba a darse por vencida.

– ¿Y ella no volvió?

– No pudo.

– ¿Por qué?

– Porque murió al poco de llegar a Barcelona.

Kate frunció el ceño. Eso era imposible... Según la caja de los Herrero, Marian Bernat había estado en Andorra hacía tan sólo unos meses.

– Padre, ¿está seguro de eso?

Don Anselmo la miró desconcertado.

– Naturalmente. Rosalía me llamó porque tenía problemas para enterrarla y tuve que interceder en el obispado. – Y mirándola a los ojos añadió –: Yo mismo oficié su entierro.

El sacerdote volvió a bajar la vista y habló para sí mismo.

– Era muy buena, demasiado. Una buena niña.

– ¿Y cuándo dice que murió?

– Pues poco después de llegar a Barcelona. La ciudad no le sentó bien.

– Entonces, ¿está enterrada en Das?

Él negó con la cabeza.

– No lo entiendo. ¿Por qué no la trajeron de vuelta?

El padre Anselmo la miró como si dudase de sus intenciones, y Kate temió de nuevo que dejase de hablar.

– En fin, eso ya da igual. – Kate debía cambiar de tema para continuar la conversación –. Pero, dígame, ¿qué edad tenía?

El párroco parecía contar y era fácil darse cuenta de los esfuerzos que hacía para poner los números en orden. Al fin, asintió.

– Cuando se fue, creo que acababa de cumplir los dieciocho. Era muy buena, demasiado. El señor se lleva a los mejores, ¿verdad, hija? –lamentó con resignación.

A Kate se le encogió el corazón e intentó apartar a su padre de sus pensamientos.

– Entonces, ¿estaba con una tía suya?

La expresión del cura sufrió una ligera transformación antes de responder.

– Con Rosalía, la hermana de su padre.

– ¿Y estaba casada?

Él negó con la cabeza.

– No, vivía en un piso sola, en la calle Aribau, delante de la pastelería La Coma. Trabajaba en Tabacos de Filipinas como secretaria de uno de los dueños.

El párroco permaneció en silencio.

– Y Marian fue a vivir con ella...

Él asintió.

– Entonces, el piso era de la tía...

Volvió a asentir. El cura se estaba quedando dormido y Kate aceleró.

– ¿Y qué edad tendría?

Él la miró perplejo.

– El día dos hará veintidós años que murió.

– Lo lamento... ¿Era muy mayor?

La benevolencia iluminó la expresión del clérigo.

– Nos llevaba diez años, pero jamás lo pareció. Era una mujer con mucha clase. Parecía la hermana de Jaime en vez de la tía. El valle se le quedó pequeño –lamentó con resignación.

– ¿Y qué fue del piso?

Don Anselmo se encogió de hombros, y Kate percibió que él empezaba a preguntarse de veras a qué venía tanta curiosidad.

– No comprendo por qué te interesa todo esto.

– Por nada. En cuanto pueda sacar algo en claro vendré a contárselo.

Kate se puso en pie y le tendió la mano. Él adelantó la suya. Era una mano flácida y desigual, la de un hombre vencido, pensó mientras le ofrecía su mejor sonrisa.

—Muchas gracias, padre Anselmo.

Él asintió con el ceño fruncido y la miró con desconfianza. Era fácil percibir sus dudas sobre las intenciones que podían haberla empujado a pedir esa información. Como también lo era ver en sus ojos el temor a haber hablado de más. Su consejo lo confirmó.

—Sé discreta con lo que acabas de saber. No sé si he hecho bien confiándote esa información. Si Jaime supiese lo que te acabo de contar...

Ella asintió.

—No se preocupe, lo usaré bien.

Después de unos minutos con el padre Anselmo en la densa atmósfera de la rectoría, el aire frío de la calle le pareció purificador. Kate respiró hondo hasta que el aire helado dejó de dolerle al entrar por la garganta. El termómetro rozaba los nueve bajo cero y las luces de las calles brillaban con la intensidad de llevar encendidas largo rato. Noviembre estaba resultando especialmente frío. Su estómago le recordó que necesitaba comprar comida y aligeró el paso preguntándose cómo se le había ocurrido ponerse una falda. De repente se alegró de volver al hospital con Dana. Volvió a respirar profundamente varias veces mientras avanzaba pensando en la sospecha que acababa de constatar: que Jaime Bernat los tenía subyugados a todos... incluso después de muerto.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

Algo cálido y húmedo le rozaba la cara. Estaba sumida en un estado de semiinconsciencia en el que apenas notaba su cuerpo, aunque sabía que estaba tumbada porque no notaba peso en los pies y tenía la cabeza apoyada. Intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban demasiado y notaba algo áspero al intentar mover el ojo de izquierda a derecha. No había dolor, tampoco frío o calor, ni siquiera olores que pudiese identificar. Volvió a dejarse vencer por la inconsciencia. Pero, entonces, algo suave le rozó de nuevo la mejilla y quiso esforzarse por saber. Intentó abrir la boca pero no pudo, como tampoco fue capaz de mover las manos. Cansada, volvió a abandonarse al sueño.

Cuando volvió a ser consciente, algo le presionaba la mano. No estaba sola. Alguien la sujetaba fuerte y notó que tenía los ojos cubiertos por algo blando. Intentó abrir la boca, pero sus músculos no respondían a las órdenes. ¿Estaba muerta? Esa idea la despertó. Debía buscar a la abuela. De repente, empezó a notar cómo se acaloraba, pero no fue capaz de mover un músculo. Los sentidos. Debía centrarse en los sentidos. O puede que sus músculos no obedeciesen porque ya no los tenía... Entonces, ¿qué era?, ¿en qué se había convertido? ¿En un espíritu?

De nuevo notó esa humedad cálida en la mejilla. Era ella, puede que ella estuviese intentando despertarla en el más allá. Háblame, dime algo, abuela. Dime lo que debo hacer. Y de pronto oyó el susurro. La voz que le hablaba era la que calentaba de forma intermitente la cara, la parte de la cara que estaba al descubierto.

—Tengo que irme, lo siento, volveré mañana. Te hablaré cada día hasta que despiertes. La finca va bien, yo me ocupo. Descansa. Mañana volveré.

Entonces fue cuando lo notó. El contacto cálido, húmedo y blando que se hundía en su mejilla para dejarla luego al descubierto. ¿Quién era?

Entonces, no estaba muerta...

Esa idea la hundió en el desánimo. Nada de lo que la acechaba, ninguno de sus problemas, había desaparecido. No había escapado y ni siquiera sabía dónde estaba.

Lo último que recordaba era la casona, el despacho, lo que había escondido en la mesa. Ya no tenía los sementales. Sólo quedaba de ellos un sobre escondido en la mesa. Notó el hormigueo, preludio de las lágrimas, y cientos de agujas que le perforaban los ojos. Cálmate. Pero el banco, el proveedor del forraje, todos sus problemas seguían allí. El dolor en los ojos era insoportable y quiso moverse, pero no lo consiguió. Intentó volver a la inconsciencia, abandonarse y flotar en la nube, pero ya no pudo. La certeza de lo que acababa de perder la mantuvo consciente, cada vez más consciente.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando volvió a notar que alguien le cogía la mano. De nuevo la misma voz, un susurro cada vez más claro, un sonido cada vez más nítido. Le pareció que conseguía tragar saliva. Pero no podía estar segura de nada...

—Yo te protegeré. No dejaré que se te acerque. Y nadie sabrá que volviste a la era, de noche. No me importa lo que buscases, tu secreto está a salvo conmigo.

Entonces comprendió la terrible realidad: era Chico.

Y eso la hacía permanecer allí, atrapada en la vida, con sus deudas, sin sus caballos. De pronto, su mente empezó a caminar más de prisa y cambió de objetivo. Pensó en Kate: ella no estaba. Una presión extraña y persistente en el pecho al pensar en ella le hizo recordar la discusión. Tampoco contaba con eso. Puede que si se esforzaba consiguiese morir. Desaparecer. Intentó cerrar los ojos con fuerza y concentrarse en ello, pero el escozor era insoportable.

Eso no es propio de una Prats.

Visualizó a la abuela.

Nosotras luchamos, hasta el final.

¿Y acaso no es esto el final? ¿Es que no te das cuenta de que ya no hay nada por lo que luchar? ¿Qué se supone que voy a hacer cuando el banco o los Bernat se queden con la finca? Eso no debe pasar. Ya, pero resulta que tengo el hacha sobre el cogote desde hace meses y ya no puedo más. Como una niña mimada, así es como te estás comportando, Dana. Y no vas a morirte, estás lejos de eso, espabila.

Intentó moverse, pero su cuerpo era un bloque de hormigón y contuvo el impulso de llorar. Entonces probó a presionar la mano que sujetaba la suya, se

esforzó y se concentró en ello para que él notase que estaba allí. Luego esperó atenta una reacción. Nada. Lo intentó varias veces, muchas, siempre esperando una señal, algo, lo que fuese. Hasta que el cansancio la venció. Otra vez.

Plaza Santa María, Puigcerdà

¡Joder!, ya era mala suerte haberse encontrado precisamente con él... Santi cruzaba la plaza en dirección al parking. Avanzaba con decisión, como si el mundo debiese saber que iba a tomar medidas por lo que acababa de ocurrir.

Había visto salir al ex comisario y poco después a la nieta, así que pensó que ése era el momento. Pero, por lo visto, no pensaban dejarla sola ni un minuto. Y él quería saber cómo estaban las cosas. En realidad, lo único que quería era enterarse de si estaba tan mal, pues en tal caso, no habría de qué preocuparse. Pero si no estaba grave había que tomar una determinación antes de que abandonase el hospital, porque una vez que estuviese en la finca todo sería más complicado. Además, estaba seguro de que, en cuanto se le hubiese pasado el calentón del momento, la abogada volvería a su trabajo y él podría resolver qué hacer. En el fondo no podía quejarse. Con ella en el hospital la finca empeoraría, y eso favorecía sus intereses.

Pero pensar en Chico le calentó la sangre. El maldito Masó estaba hasta en la sopa, y eso podía ser un problema.

Pulsó el mando con demasiada fuerza y las luces de la *pick-up* pestañearon. Abrió la puerta y, antes de subir, sujetó el ticket con los labios y sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón para coger la tarjeta. Entró, lo dejó todo en el salpicadero y pegó un portazo. Al verle salir de la habitación había intentado disimular y pasar de largo con la coartada del vendaje. Pero lo que había dicho sonaba tan falso como la excusa de un crío... Santi maldijo al recordarlo y puso la primera con rabia. Notar claramente en sus ojos que no le había engañado le puso casi tan furioso como verle dar la vuelta y volver a entrar en la habitación, retándole a seguirle, a meterse en la cueva de los lobos. El muy cabrón le conocía demasiado bien, y también conocía sus intenciones.

Santi pasó la tarjeta por la máquina y volvió a guardarla en la cartera en el momento en el que se abría la valla de la rampa. Puso la segunda y arrancó tan rápido que dejó una nube oscura tras él. Había llovido mucho desde que él y Chico jugaban juntos en la finca de los Masó.

Fue hasta que pasó aquello con la gallina de su madre y ella le echó de allí. Desde entonces no había vuelto. Primero por vergüenza, luego por rabia, al final por miedo a que una mujer volviese a echarle de sus propias tierras. Por primera vez en su vida alguien pareció no respetar quién era su padre y él no se atrevió a replicar por miedo al bastón. Luego, durante años estuvo convencido de que era un maldito cobarde y nunca se atrevió a hablar con nadie de lo que había pasado. Hasta que un día su padre le enseñó que para vengarse había que saber esperar y decidió que, cuando él fuese el amo, les quitaría a los Masó las tierras que su padre les tenía arrendadas. Así fue como se quedó sin compañero de juegos. Pero le daba igual, pues su padre tampoco le dejaba demasiado tiempo para distracciones y no le iba a echar en falta. Además, Chico era muy pequeño para comprender que la muerte de una gallina no era el fin del mundo y que él tenía razón cuando afirmaba que esos bichos eran capaces de andar decapitados durante un buen rato. De hecho, aquélla no era la primera gallina que Santi mataba, porque su padre le había advertido de que uno sólo podía apostar cuando estaba seguro de ganar.

Al llegar a la gasolinera detuvo el coche y le hizo una señal al encargado para que le abriese el contador. Mientras la manguera manaba gasóleo notó una vibración en el bolsillo y cogió el móvil.

— ...

— ¡Sí!

— ...

— No sé de quién me habla.

— ...

— No tengo ni idea. Oiga, aún no me han devuelto las cosas del viejo, ¿y va a darme la vara por no sé qué parienta...?

— ...

Santi colgó la manguera y se encaminó hacia la garita con el teléfono en la oreja. El cobrador, un latinoamericano de ojos pequeños y espaldas anchas, le indicaba que colgase y le señalaba con vehemencia un letrero en el que ponía que

estaba prohibido utilizar el móvil. Santi seguía sudando, estrangulando el teléfono con la mano y pensando en el modo de desviar la conversación y evitar a la tía.

—No, escúcheme usted, mañana quiero las cosas de mi padre o las recuperaré por mis propios medios. Y ahora tengo que colgar, que estoy en una gasolinera.

Sólo faltaba el maldito sargento interrogándole sobre la tía. ¿Cómo se habían enterado? Maldita sea, ¿es que nada podía salir bien?

Comisaría de Puigcerdà

Su arrogancia y la displicencia con la que respondía a sus preguntas le hacían sentir frustrado en cuanto colgaba el teléfono. Sin embargo, esta vez había notado algo diferente en su voz. Santi se había puesto nervioso. Incluso le había sacado de sus casillas sin esfuerzo, y la intuición le decía que ocultaba algo. Además, estaba claro que aún no sabía nada del segundo registro que iban a efectuar en su finca y eso sólo podía ser porque el maldito caporal se había pasado su orden por el forro. Descolgó y marcó el número de Desclòs. Esperó con la mirada en el tirador de madera del primer cajón de la mesa.

Empezaba a pensar en serio si la letrada tendría razón y el cachorro Bernat era su hombre. Desde luego, efectividad para seguir la pista del brandy no le había faltado... Trabajar con alguien competente, aunque fuese tan lunática y arrogante, era todo un cambio. El caporal no respondió al teléfono, y J. B. colgó molesto. Por la mañana le pondría las pilas. En ese momento el cuerpo sólo le pedía salir de comisaría sin que nadie le viera.

Miró la hora en la pantalla del ordenador. Faltaban veinte minutos para el cambio de turno; era el momento. Se levantó y cuando descolgaba la cazadora sonó el teléfono. Le dio un vuelco el corazón; seguro que era la comisaría para exigirle el informe sobre el bastón. Mierda... Cogió aire y descolgó en el momento en el que se abría la puerta del despacho.

—Sólo quería avisarte pero has sido muy lento —susurró la voz de Montserrat al otro lado de la línea.

Tania entró y el aroma de Eau de Rochas inundó la habitación como una nube de promesas. Caminó hasta la mesa sin mirarle, dejó el bolso y se sentó en ella de un salto, con los pies colgando y la mirada perdida en el aparcamiento. La minifalda dejaba al descubierto tres cuartas partes de los muslos, justo hasta donde

empezaban las medias. J. B. carraspeó. Estaba claro que venía buscando explicaciones y esas cosas requerían rapidez. Sólo que tampoco tenía excusa; simplemente quería estar solo. Observó cómo Tania cogía el móvil, que él había dejado sobre la mesa para ponerse la chaqueta, y se ponía a toquetear las teclas. Pocas cosas le ponían más nervioso que ver a alguien mangoneando lo suyo, pero no era momento de reproches porque Tania seguía en el mapa. Permanecieron unos segundos en silencio mientras ella jugueteaba con su móvil y él, sin perderlo de vista, pensaba en si le daría tiempo a pasar por Correos y recoger los recambios de la moto. Miró la hora, cogió la silla, la arrastró y se sentó delante de sus piernas. Luego subió la vista buscando sus ojos mientras ella seguía toqueteando el teléfono sin prisas. J. B. esperó unos segundos, pero no quería jugar, ni aguantar tonterías, ni oír cómo le pedían explicaciones, ni tener que darlas. Mierda. Volvió a mirar el reloj y le quitó el móvil con suavidad. Ella lo soltó, hizo una mueca y le miró.

—Creo que me voy —dijo Tania con chulería.

Bajó de la mesa de un salto y a J. B. la intensa oleada de Rochas le dio ganas de sujetarla y pegarle un buen revolcón. Uno rápido. El deseo le cruzó el cuerpo como un relámpago. Ella debajo, él encima, la nariz entre sus pechos, turgentes, las manos sujetando sus caderas y un par de empujones certeros, con la ropa puesta, sólo para soltar el lastre... Pero dejó pasar el momento y ella no se volvió al salir.

Cinco minutos después, J. B. estacionaba la moto delante de la oficina de Correos y tuvo que emplearse a fondo para que la funcionaria, una mujer pequeña y escuálida con el pelo corto y la mirada huidiza, le dejase entrar. Mientras su compañero le entregaba el paquete, ella permaneció de pie, con su anodino uniforme amarillo y azul, zarandeando de forma irritante las llaves de la puerta. Al salir, J. B. la saludó. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que uno de sus ojos iba por libre. Intentó no recrearse en ello y siguió andando hasta la moto sin poder apartar de su mente la imagen del ojo tuerto. Apoyó la mochila en la moto y sacó las piezas de la caja de cartón para meterlas dentro del sillín. En ese momento, se apagaron las luces de Correos. Había que joderse... Las malditas farolas acababan de encenderse y apenas veía la cremallera de la bolsa. Buscó un contenedor para tirar la caja. Cerca de Correos era lógico que hubiese uno, pero fue incapaz de encontrarlo y, cuando iba a dejar los restos del cartón en una esquina oscura, oyó un ruido. La funcionaria flaca permanecía de pie, delante de la puertecilla lateral de Correos, observándole en silencio. La penumbra de la callejuela le daba en una parte de la cara y en la otra empezaba a destacar como un huevo duro el blanco del

ojo tuerto. Ahí se le quedó clavada la mirada hasta que la melodía de *El padrino* le rescató. J. B. buscó el móvil con los restos de la caja aún en la mano y descolgó.

—Sí...

—...

—Perfecto, eso puede ahorrarme una bronca o por lo menos media. Venga, quedamos allí y nos tomamos algo. Yo invito.

—...

—Cinco minutos.

—...

Mientras hablaba con Gloria vigiló la sombra de la funcionaria, que serpenteaba calle arriba. Las luces de las farolas ya se habían calentado y al colgar todo le pareció menos tétrico.

Aun así, no quiso dejar la moto en la callejuela oscura y subió arrastrándola para dejarla delante mismo del Insbrük. Aparcó y saludó a la forense, que se acercaba por el paseo Diez de Abril. Se colgó la mochila. El informe anexo al de tóxicos que le proporcionaba Gloria —en el que se identificaba el tipo de digoxina y la concentración que había en la botella de brandy de los Bernat— mantendría a «la doña» a raya por lo menos otras doce horas. Cuando se volvió para recibir a Gloria descubrió a la letrada saliendo del edificio que había al lado de la iglesia. No tenía pinta de asistir a misa. Además, se alejaba como si estuviese a punto de perder un tren. J. B. la siguió con la mirada hasta que notó la mano de Gloria en el brazo. Le sonrió y lanzó otro vistazo a la letrada. A saber lo que se traía entre manos...

– Claro, Vicente, cuenta con ello.

– ...

– Hasta mañana.

El comportamiento del maldito sargento pasaba ya de castaño oscuro. Cuando le tuviese delante se le iba a caer el pelo. Ya no iba a esperar más, porque llevaba demasiado tiempo dándole largas al alcalde y no podía presentarse en la cena del miércoles con las manos vacías. Cerró los ojos y cogió aire. En realidad, no le necesitaba. ¿Cuándo había precisado ella la ayuda de alguien para conseguir información? Magda descolgó el teléfono.

– ¿Ha llegado ya el informe del laboratorio que te pedí, el del bastón de Jaime Bernat?

– ...

– Bien, ponme con ellos.

– ...

– Entonces, en cuanto acabes. Pero a y media tengo que salir y lo quiero resuelto. Date prisa.

Cuando colgó el teléfono miró la hora. Había quedado a las diez en el hotelito y ya eran más de las ocho, pero quería pasar por casa para ducharse y ponerse algo sexy bajo la ropa. Repasó mentalmente sus últimas adquisiciones de Lise Charmel y se decidió por el body negro con las cintas de satén doradas. Una chuchería entera daba menos juego, pero le sentaría mejor después de las cenas y comidas de los últimos días. Quedaba pendiente decidir si se pondría liguero. Sabía que a Hans le gustaba especialmente el de las gomas de Swarovsky. De hecho, aún

recordaba su expresión cuando lo había visto por primera vez. Se estremeció al pensar en cómo se lo había quitado y, cuando empezó a notar el efecto entre las piernas, se forzó a centrar su atención en algo menos goloso. Y sin desearlo, sin una razón, la veterinaria acudió a su mente y Magda volvió a marcar el número de centralita.

Dada la situación, estar en coma era lo mejor que podía pasarle. A ella y a todos. Además, Desclòs le había dicho que al cabo de un par de días tendrían el atestado del accidente y se sabría quién cargaba con el muerto; con los dos, de hecho. Ciertamente, puede que no despertar del coma fuese lo mejor para ella. Desde luego, para el caso sí lo era.

1998

Disfrutó del tacto áspero del periódico que tenía doblado entre sus manos. Las miró y recorrió con los ojos el dibujo del relieve de las venas que sobresalían. En la izquierda eran más tercas, persistían incluso cuando apretaba el periódico, a pesar de que sentía la piel tensándose sobre ellas. Era la misma sensación de bienestar que le recordaba a algo de su niñez. Tal vez la misma que cuando el siamés que rascaba los cristales de su ventana mientras estudiaba acabó de vaciar la leche del bol que le había preparado y, en ese preciso instante, supo que no volvería a oír aquel molesto ruido tras los cristales. El carro de la comida apareció rodando a su derecha y una azafata muy joven le obsequió con una sonrisa de catálogo. Siempre le parecían modelos, con sus zapatos de tacón y sus faldas impecables. Tenían siempre ese porte altivo e impersonal que tanto le recordaba a la tía. Con una corta sonrisa asintió a la pregunta muda de la joven, metió el periódico en el respaldo del asiento delantero y bajó el soporte, al tiempo que ella colocaba la bandeja con la comida. Entonces le sirvió el zumo y él negó con la cabeza cuando le ofreció el café. Todo un ritual. Cuando le recogieron la comida se recostó y cerró los ojos. Había sido un buen viaje, había podido completar lo que había venido a hacer y volvía con esa sensación de libertad que le daba acabar con algo pendiente. Recuperó el periódico que había dejado en el bolsillo del asiento delantero y lo abrió de nuevo por la página de sucesos. Una mala reseña, pensó. Incompleta. Y, mientras releía la noticia que había esperado durante días, no supo si alegrarse por la suprema incompetencia del periodista que firmaba el artículo. Tal vez fuese lo mejor. «El cuerpo mutilado de un

ilustre notario ha sido hallado en un parque de la ciudad junto a su perro. La policía todavía no ha podido encontrar las manos del fallecido, que le fueron seccionadas antes del fallecimiento. La investigación continúa abierta y la familia bonificará cualquier pista fiable que pueda ayudar a encontrar al culpable.» Un trabajo perfecto, pensó. Sin embargo, aunque sabía que sólo una persona en el mundo podía hacerlo, le molestó que el artículo no describiese el modo en que había muerto: el dolor insoportable que le había hecho perder la conciencia de forma intermitente y que había acabado matándole; las veces en las que, a pesar de estar consciente, fue incapaz de moverse; los gritos que no pudo expulsar de su garganta reseca; y la sensación de impotencia que debió de sentir cuando, paralizado, como lo había estado él por sus ojos, presenció la amputación de sus propios miembros. Dog, igual que entonces, actuó como testigo mudo. Los altavoces anunciaron el aterrizaje en veinte minutos. Echó un vistazo a su reloj y frunció el ceño al calcular si el viejo perro se habría acabado ya su «postre sorpresa». Los carpianos y las falanges iban a darle mucho que roer antes de entrar en el sueño eterno.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

Camino del hospital, Kate no paraba de dar vueltas a una sola cosa: ¿quién tenía acceso a los documentos personales cuando alguien fallecía? Lo más lógico era que fuese la familia, pero Marian sólo tuvo cerca a su tía Rosalía. Puede que ella hubiese conservado los documentos en lugar de mandárselos a Jaime, ya que, por lo que había deducido de la conversación con el clérigo, ella y su sobrino no estaban demasiado unidos. De cualquier modo, al fallecer Rosalía, los documentos de ambas debieron de haber vuelto de algún modo a la familia. De lo que Kate estaba segura era de que no podían haber caído en manos de cualquiera, y de que si Santi los tenía no iba a admitirlo ni a dárselos, a no ser que ella pudiese demostrar que alguien se los había entregado. Necesitaba averiguar qué había ocurrido con ese piso de la calle Aribau y quién se había hecho cargo de las pertenencias de las Bernat. Decidió que, después de darse una buena ducha, dedicaría la noche a descubrirlo.

Por otra parte, la memoria selectiva del padre Anselmo era un detalle interesante. Recordar la fecha exacta de la muerte de alguien veintidós años después no era habitual, como tampoco la reverencia con la que el párroco hablaba de la tía de su mejor amigo. Y aunque eso no era relevante, sí lo era el modo en el que conocer esa información podía beneficiarla con la investigación, en caso de necesitar más información de don Anselmo.

Cuando llegó a la entrada del hospital, sus ojos buscaron de forma inconsciente la mancha de su vomitona en la esquina de la puerta. Apenas habían pasado veinticuatro horas de su llegada al hospital y del crudo informe diagnóstico del doctor Marós, y parecían días. Estudió la fachada iluminada del antiguo convento en el que ahora se ubicaba el hospital de Puigcerdà, convencida de que el doctor ojosverdes seguía trabajando en algún despacho del edificio. Entonces recordó la comida y el bocadillo que le debía a Chico. Además, al final ella tampoco

había comido. Se desvió a la izquierda, hacia la calle Mayor, y el aroma que emanaba la bocadillería le humedeció la boca.

Cinco minutos después, Kate cruzaba la puerta de entrada del hospital buscando el rastro del señor doctor Marós. Habían pasado veinticuatro horas del accidente y quería saber por qué Dana aún no se había despertado. Además, le intrigaba que el doctor siempre la evitase y decidió que la próxima vez que se cruzasen se aseguraría de que la mirase a los ojos al hablarle. Eso le recordó a Lía y cómo él la había reñido la primera vez en semicríticos. El insondable misterio de las diferencias entre hermanos, un hecho. Pero no hubo ni rastro del doctor en el trayecto hasta la 202.

Al salir del ascensor la BlackBerry sonó y Kate se dio cuenta de que por unas horas se había olvidado por completo del trabajo. No podía tratarse de Marina porque apenas habrían tenido tiempo de ponerse al día. A no ser que tuviesen noticias del juzgado... Sacó el móvil y leyó el mensaje del sargento con los datos de Marian. Eso le dejaba claro una vez más que siempre era mucho mejor trabajar sola. Por lo pronto, al cabo de unas horas sabría adónde habían ido a parar las cosas de las Bernat y, por tanto, quién había podido usar el DNI de Marian.

Al entrar en la habitación encontró a Chico donde le había dejado.

—No me puedo creer que no te hayas movido —admitió animosa. Y mirando a Dana preguntó —: ¿Algún cambio?

Chico negó con la cabeza y Kate intuyó en su mirada que había malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Tardabas tanto que he salido a buscar algo para comer y me he encontrado con Santi en el pasillo.

—¿Otra vez? Al final voy a tener que pedir una orden.

—Harías bien —afirmó—. Creo que venía hacia aquí, pero al verme ha dado media vuelta. La verdad, no me fío de que no vaya a volver.

—No entiendo qué busca...

—Nada bueno. Ten cuidado y no la dejéis sola. Yo me ocuparé de la finca, pero tú no te muevas de aquí.

—¿Por qué no te trasladas a la casona? Esto va para largo... De la hípica ya se

hacen cargo los bolivianos, pero la casa no debería estar vacía.

Chico asintió.

– De acuerdo. ¿Seguro que no le importará? – dijo mirando hacia la cama.

Kate le apoyó la mano en el hombro un instante.

– No sé lo que haríamos sin tu ayuda. No sólo no le importará, sino que estoy segura de que cuando despierte estará encantada.

– ¿Te han dicho cuándo?

Kate negó con la cabeza y él se giró hacia la ventana. Cuando volvió a mirarle notó un brillo revelador en sus ojos y Kate se dirigió al otro lado de la cama para no incomodarle. Dos golpes en la puerta rompieron el silencio, y ambos se volvieron a la vez.

– Esto parece un velatorio y, que yo sepa, nadie va a morir.

Ella miró a su hermano. Ése era Tato: un elefante en una cacharrería.

– Tío, ¿qué haces tú por aquí? – le preguntó a Chico.

– Voy a ocuparme de la finca mientras... – respondió señalando a Dana.

– Me parece muy bien. Bueno, ¿y qué tal ha ido el día? – preguntó sentándose en la cama y escondiendo la mano de Dana bajo la suya.

Kate percibió la rigidez con la que Chico había recibido el gesto desenvuelto de su hermano y cómo controlaba cada uno de sus movimientos, igual que un guepardo listo para saltar sobre su rival. Sólo que Tato trataba a Dana como lo habría hecho con ella. Obviamente, para Chico eso no era tan evidente.

Y entonces, con los ojos clavados en las manos de su hermano, Kate volvió a sentirse incómoda. Desde el accidente, apenas se atrevía a tocar a Dana, consciente de que en cuanto despertase y recordase lo que había pasado probablemente la odiaría para siempre. Todos lo harían, y que su amiga no recordase nada era lo único que podía salvarla. En cuanto diese con el doctor Marós le preguntaría sobre esa posibilidad. Tato continuaba sujetando con fuerza la mano de Dana y mirando las durezas y rasguños de su piel. Kate cerró las suyas reafirmando en su idea de lo mucho que las manos decían de las personas.

Al poco, Tato se levantó.

– Bueno, yo me voy. No puedo hacer nada y tampoco os veo muy conversadores. Me he pasado el día trabajando en una casa de Lles y mañana tengo

que estar allí a las ocho para poner las puertas. —Y, mirando a Chico, añadió—: ¿Bajas?

Él asintió sin demasiado convencimiento. Kate entró en el lavabo y le dio el cargador del móvil cuando ambos salían por la puerta.

Era increíble que una ducha de hospital pudiese ser tan reconfortante. Kate acercó la mesa a la cama y se sentó en una silla, al lado de Dana. Abrió el Mac y entró en Google Earth. Antes de acabar con el bocadillo ya tenía localizado el edificio de la pastelería La Coma y dos posibles direcciones para el piso de las Bernat en la calle Aribau. Abrió el correo y vio uno de un tal San Pedro que le reenviaba Marina. En la pantalla apareció una copia de la nota del juzgado con la lista definitiva de pruebas recusadas: no incluía ninguna de sus peticiones. Mientras la leía pensó que san Judas era un nombre más apropiado para Marina, que Paco se iba a poner bueno, y que esta vez no iba a estar ella presente para aplacar su rabia con propuestas inteligentes. A ver cómo se apañaban, porque Marcos, con su propia batalla interna entre el ego y el pavor a los desplantes públicos del jefe, estaba lejos de dar el perfil al que Paco estaba acostumbrado.

Se preguntó cuándo tendría noticias del andorrano. Lo cierto era que, desde que había hablado con Marina para sentar las bases de su relación durante el caso, no había pensado en el bufete en todo el día. La única duda que le quedaba era si el tipo habría hecho el trabajo de forma limpia, sin dejar cabos sueltos. Pero ahora no era tiempo de eso, ahora lo que necesitaba era hablar con Tina Reig, su contacto en el registro de la propiedad, y averiguar la historia del piso de las Bernat.

Comisaría de Puigcerdà

Entrar en comisaría, en sus dominios, siempre la mantenía alerta. Magda solía mirar a ambos lados hasta cerciorarse de que el respeto, casi el temor, asomaba en la mirada de sus subalternos. Pero esa mañana, consciente de que le esperaba un día complicado, sólo se fijó en la silla vacía de la secretaria y en la luz apagada del despacho del sargento Silva.

Ya había abierto los ojos pensando en la cena con el alcalde. Por suerte tenía todo el día para aclarar lo del bastón y, si era necesario, tiraría de sus contactos en la central y haría las gestiones ella misma. Esa idea le produjo cierta desazón. Debería cuidar más esos contactos, porque si bien ahora estaba en el fin del mundo, pronto la reclamarían en la civilización. Y lo cierto era que, ocupada con las gestiones para entrar en la élite social del valle, no estaba teniendo en cuenta lo que necesitaría en su siguiente destino. También tenía pendiente su asunto con Hans, que resolvería por la tarde, cuando tuviese preparada la carnaza para la cena con el alcalde.

Entró en el despacho y marcó el número de centralita. No había visto a la secretaria en su puesto, pero ella siempre era puntual. Si estaba en el lavabo o en la máquina de café, se daría prisa al oír el tono acelerado de su teléfono. Además, seguro que había corrido la voz de que acababa de llegar. Como debía ser.

Al tercer tono, Montserrat respondió.

— ...

— ¿Ha llegado Silva?

— ...

— En cuanto entre por la puerta le quiero en mi despacho. Llámale al móvil y dile que venga directamente y que le estoy esperando.

Las ocho menos cinco. Magda se acercó al ventanal y miró al aparcamiento.

Algunos agentes se apresuraban al ver la luz de su despacho encendida. Buena señal, pero ninguno era el maldito Silva. Empezaba a lloviznar bajo el cielo encapotado cuando Magda vio al caporal Desclòs saliendo del coche. Entrecerró los ojos, se sentó en la butaca y pulsó el interfono.

– Un americano, y dile a Desclòs que venga a mi despacho.

Dos minutos más tarde, el caporal entraba en el despacho de Magda con un vaso de café largo. Lo dejó sobre la mesa y se quedó de pie, esperando.

Magda se dio cuenta de que estaba nervioso. Cruzó las manos sobre la mesa y se irguió.

– ¿Ya ha llegado el informe preliminar del accidente?

Él negó con la cabeza.

– Dijeron dos o tres días. Pero todo apunta a que la veterinaria se salió del carril.

Magda asintió.

– Quiero que dedique todo el día a perseguir ese informe. Haga lo que sea necesario, pero lo quiero sobre mi mesa antes de las seis de la tarde. ¿Entendido?

El caporal asintió y Magda le indicó con la mano que podía irse. Él carraspeó y ella le miró impaciente.

– El sargento me ha pedido un segundo registro de la finca de los Bernat para buscar un quad. No me ha parecido oportuno hacer nada hasta comentárselo. Si me dice...

Magda levantó la mano para hacerle callar. Desautorizar a Silva no era el problema, sino seguir por ahí, buscándoles las cosquillas a los miembros del CRC precisamente ahora, cuando estaba trabajando para entrar en el consejo. Claro que la amenaza de registro bien podía jugar a su favor si llegaba a los oídos convenientes que ella la había impedido. Debía reflexionar sobre todo eso y librarse de Desclòs para poder concentrarse.

– Bien, hablaré con el sargento. Antes de dar un paso como ése quiero conocer sus razones para querer molestar otra vez al hijo de Bernat. Ahora póngase con el preinforme del accidente.

Desclòs seguía sin moverse. ¿Es que se había propuesto darle el día?

– ¿Algo más, caporal? – inquirió impaciente.

– El sargento también me pidió un informe sobre el CRC...

– ¿Y...? – preguntó impaciente.

El caporal la estaba poniendo de los nervios.

– Bueno, pues que le di un dossier que me proporcionó uno de los miembros, pero no sé si un agente como él..., que acaba de llegar y no sabemos cuánto tiempo se va a quedar..., debería...

Magda se irguió en la butaca y empezó a apilar los portafolios que tenía sobre la mesa.

– Bueno, haremos lo siguiente: yo hablaré con el sargento y, si lo creo conveniente, me ocuparé del segundo registro de la finca Bernat. En cuanto al CRC, a partir de ahora comuníqueme todo lo que le pida el sargento y no haga nada sin mi visto bueno. Esto será algo entre usted y yo. ¿Comprende?

El caporal asintió y salió del despacho conteniendo una sonrisa. Magda sabía que acababa de darle una alegría. Más tarde le comentaría la conveniencia de mencionar a su padre que ella había impedido el segundo registro en la finca de los Bernat. Si algo sabía todo el mundo era que la primera regla para que lo aceptaran en un club era velar por los intereses de sus miembros.

Al menos Desclòs resultaba disciplinado y era una conexión directa con el CRC muy fácil de usar. Ahora sólo necesitaba aclarar lo del bastón. Si no podía resolverlo, por lo menos el preinforme del accidente podía darle juego para la cena con el alcalde. Esos encuentros sociales resultaban un verdadero dolor de cabeza cuando uno no llevaba hechos los deberes. Y eso sólo le sucedía cuando dejaba las cosas en manos de incompetentes. Por suerte, nada resultaba un problema para una mujer de recursos.

Y eso era lo que le había pedido Hans, recursos para su nuevo negocio. Ella había intentado contener la sonrisa para no herirle, pero no le imaginaba gestionando un negocio como el que quería montar. Y, en realidad, era un fastidio que le hubiese propuesto ser socia, aunque fuese sólo capitalista, porque tanto si le decía que sí como si le decía que no, la despreocupada y libre relación que mantenían acabaría deteriorándose. En fin, las cosas tendían a complicarse, eso no era nuevo. Ahora sólo le quedaba decidir qué camino tomar.

Tras pedir permiso, el sargento entró con la cazadora puesta en el despacho de Magda. Por lo menos, esta vez había acudido sin pasar de todo, como solía.

– Siéntese.

Silva asintió y retiró la silla para sentarse. Era evidente que esperaba una bronca, pero decidió sorprenderle.

– Tengo entendido que ha pedido un segundo registro en la finca de los Bernat.

Como sospechaba, acababa de darle una estocada. Magda se lo veía en la cara, pero el sargento se recompuso en seguida y le sostuvo la mirada con aplomo. Eso la incomodó.

– Supongo que a estas alturas tiene claro que no va a llevarnos a nada nuevo... Lo que puede cerrar el caso es el informe dactilar del bastón, eso sí es importante, pero usted parece no tener prisa.

– Comisaria, no tengo prisa por imputar a nadie sin estar seguro. Ciertamente, varias pruebas apuntan a la veterinaria, pero tengo algunas dudas que aún no puedo documentar y creo que dentro de unas horas podré despejarlas. Además, tenemos la certeza de que Santi tiene un quad y que el día del primer registro no estaba ahí. Me gustaría encontrarlo y mandar sus neumáticos al laboratorio.

Magda carraspeó molesta. ¿A qué venía ahora todo eso del quad? Es más, ¿a quién le importaba un maldito quad que podía poner en peligro cosas más importantes para todo el mundo? No conocía nada peor que un tipo perseverante que ignoraba por dónde iba la corriente...

– ¿Sabe algo del informe del bastón?

Él negó tajante.

– No voy a darle más tiempo. Quiero el informe sobre mi mesa antes de las seis, ni un minuto después. Y no me importa si tiene que ir personalmente a recogerlo. Si le ponen alguna pega, llámeme de inmediato.

– Estoy siguiendo la pista de la persona que envió el brandy a Jaime Bernat.

Magda se lo quedó mirando. Empezaba a irritarle la obstinación del sargento. Si esperaba que lo tuviera en cuenta, iba listo. Ya se imaginaba diciéndole a Vicente que seguían la pista del brandy. ¿Cómo se suponía que iba a encajar eso con su última afirmación de tener el caso prácticamente resuelto?

Le miró directamente a los ojos.

– En cuanto tengamos el informe del bastón decidiré qué hacer con el

registro – zanjó.

Cuando Silva cerró la puerta, Magda se dejó caer en el respaldo. Cada reunión con aquel tipo le dejaba un sabor extraño en la boca, algo parecido a la irritada impotencia que sentía cuando su hijo Álex argumentaba demasiado bien las razones por las que la había desobedecido. Miró el reloj. Apenas había estado hablando con él cinco minutos y le habían parecido horas... Abrió el sobre de sacarina dispuesta a echarlo entero en el café, pero cambió de opinión: necesitaba azúcar. Lo tiró a la papelera y abrió el azucarillo. Mientras removía el café con el palito de plástico transparente concluyó que un segundo registro sólo complicaría la investigación. Había que evitarlo a toda costa, porque la veterinaria, al fin y al cabo, ya era la culpable a ojos de todos. Y eso resolvía el caso. Tomó un sorbo del café y su sabor amargo le llenó la boca y las fosas nasales de energía. No esperaba al sargento; ni tan sólo se había confirmado que fuese un espía de la central o que intentase hacer fracasar su entrada en el CRC. Cuando terminase el bendito americano se ocuparía ella misma de conseguir el informe.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

A las ocho de la mañana, Kate colgó el teléfono y, aún con el bolígrafo en la mano, repasó las notas que había ido tomando durante su conversación con Tina. Rosalía Bernat era la antigua propietaria de un piso en la segunda planta de uno de los edificios que le había indicado por teléfono. A su muerte, el piso fue vendido a los actuales propietarios. La notaría Alcántara se encargó de los trámites. Kate entornó los ojos: las casualidades de la vida la dejaban pasmada. Lili Alcántara era de su promoción, la pequeña de una familia de ilustres notarios, y llevaba el negocio con dos de sus hermanos mayores. A eso se le llamaba buena suerte. Buscó en la agenda su dirección de correo electrónico para pedirle ayuda, pero cambió de opinión y la llamó.

— ...

—Hola, Lili, soy Kate, ¿Qué tal todo?

— ...

—No me lo puedo creer. Muchas gracias. Pero ¿cómo te has enterado?

— ...

—Son unos cotillas. Bueno, yo te llamaba por otra cosa.

— ...

—Necesito tu ayuda para localizar a alguien. De hecho, necesito información sobre una venta de un piso que tramitasteis vosotros.

— ...

—De febrero de 1984.

— ...

– Ya, pero ¿puedes hablar con ella y pedírselo?

– ...

– Mejor, ya recuerdo a tu hermana. Su clase magistral en tercero me pareció mágica.

– ...

– Sí, pero necesito esa información con urgencia. ¿No podrías ocuparte tú?

– ...

– No, es un tema personal. Ya te contaré cuando cenemos juntas.

– ...

– Supongo que dentro de un par de semanas. Cuando esté en Barcelona te llamo y quedamos.

– ...

– ¡Muchísima! De hecho, hasta que reciba la información estaré de brazos cruzados...

– ...

– Perfecto, un correo. Muchas gracias, Lili.

– ...

Cuando colgó el teléfono lo hizo convencida de que Lili se ocuparía en seguida de lo que acababa de pedirle. Su colaboración bien valía una cena, aunque tuviese que soportar sus cansinos discursos sobre la macrobiótica durante toda la velada. Kate miró hacia la cama. Dana seguía inconsciente y, en cierto modo, eso la hacía sentir aliviada. La mañana anterior Marós había dicho que reducirían los analgésicos y recuperaría la conciencia progresivamente, que estuviesen tranquilos. Pero ya había pasado un día. Kate miró a su alrededor y a los fluorescentes del techo. La habitación mantenía desde primera hora una luz apesadumbrada que le apagaba el ánimo. Subió la persiana y retiró las cortinas, pero el cielo del valle había despertado con la luz grisácea que precedía a la nieve y la habitación continuaba tristonera. Acabó de vestirse, vaqueros y una camisa blanca de algodón que le ayudaría a soportar los veinticinco grados de la habitación. Volvió a observar a Dana. En realidad, que siguiese sedada tenía sus ventajas. Porque ella necesitaba tiempo para acabar de atar cabos antes de que despertase y empezase a recordar. En fin, ahora sólo podía esperar las noticias de Lili.

En la plaza Santa María, colgados de la torre, dos técnicos sujetaban en los aros fijos los adornos luminosos de Navidad. Parecía increíble que hubiese pasado un año ya del caso Pifarrer, que los mantuvo concentrados en el bufete casi todas las fiestas del 2010. Éstas iban a ser las segundas Navidades seguidas con sabor a tristeza, a pérdida y a soledad. Se preguntó qué harían si Dana perdía la vista definitivamente y se sintió sin fuerzas. Dadas las circunstancias, no era viable celebrar las fiestas en la finca como el año anterior. Con Dana impedida, y los sementales tan lejos, la Navidad sería un valle de lágrimas. Decidió revisar la BlackBerry. En la pantalla había tres llamadas perdidas. Antes de descolgar frunció el ceño. Se había olvidado del caso Mendes por completo.

Comisaría de Puigcerdà

Al salir del despacho de Magda, J. B. se dirigió al suyo maldiciendo al caporal. El cuerpo le pedía descargar el puño en su cara de cuervo por haberle cantado a la comisaria lo del segundo registro de la finca Bernat, pero el sentido común le susurraba con insistencia que se contuviese. La culpa era suya por no contener las ganas de joder a Desclòs.

–Sargento, tengo algo para ti –le llamó Montserrat, y sacó un sobre de debajo del mostrador.

Al ver sus iniciales en letra manuscrita, J. B. frunció el ceño.

–Es del ex comisario Salas. Lo ha traído su nieto, el carpintero.

–¿Tato?

Ella asintió y J. B. se dirigió al despacho con el sobre bajo el brazo.

Encendió el ordenador y abrió el sobre. Contenía un folio con información que ya conocía: el origen de la botella en una *boutique* de espirituosos de Andorra. Sin embargo, no decía nada del DNI. La nieta contaba con colaboradores mejores y más rápidos... Aun así, ¿en veinticuatro horas y sin medios? No estaba mal para un comisario de más de setenta años, nada mal.

Se quitó la cazadora, la colgó en el respaldo y se dejó caer en la butaca.

Vio que tenía varios correos pendientes de abrir. El primero era de los analistas del laboratorio, que concluían que la botella de los Herrero estaba limpia, ni rastro de digoxina. J. B. se preguntó cómo habían podido responder tan rápido y se le ocurrió que sólo podía ser cosa de Montserrat. En cualquier caso, la única botella emponzoñada era la de Jaime Bernat y eso volvía a situar el foco sobre Santi.

El segundo era la confirmación de los datos de la titular del DNI. Era

prácticamente imposible que el documento oficial de una Bernat fallecida en Barcelona hacía cuarenta años hubiese ido a parar a manos de la veterinaria. Sin embargo, sí a las de algún familiar, lo que situaba a Santi y a su hermana, los únicos Bernat, de nuevo en la foto. Abrió el cajón y buscó bajo las copias de los informes para la comisaria el que había impreso con los datos de la hermana de Santi. Había algo oscuro en los Bernat. Todo el mundo coincidía en dejarlos bien, pero siempre con la boca pequeña. Excepto Descòs, que no entendía de sutilezas y vivía anclado a servilismos y grandezas del pasado.

Intentó recordar los encuentros con Santi y cayó en que había un detalle que no habían investigado. En el segundo encuentro, la tarde del funeral, había mencionado que la veterinaria pretendía poner en su contra a los arrendatarios por haberles cedido tierras en nombre de otra persona. Puede que esa persona fuese alguien que quería mantenerse al margen, en la sombra. Además, Gilbert, el tipo de la lista de la letrada con el que había hablado, había incidido en los chanchullos que se traía Jaime con las tierras y los contratos. Puede que ese propietario en la sombra hubiese averiguado los tejemanejes de Jaime y se hubiese tomado la justicia por su mano. Necesitaría un listado de las tierras que Bernat tenía arrendadas y comprobar cuáles no eran de su propiedad. Se levantó para anotar esa tarea en la pizarra. También incluyó a los Herrero y dibujó un interrogante en la conexión que podía unir a ambas familias. Subrayó el nombre de María Antonia Bernat y anotó en una esquina un recordatorio para averiguar quién se había hecho cargo de sus cosas a su muerte.

¿Y el quad? Según la letrada, se encontraba en la misma finca Bernat. J. B. lo apuntó debajo del nombre de Santi. Era poco probable que él hubiese atropellado a su padre. Y, si lo había hecho, después de saber cómo le había tratado no iba a ser él quien le juzgase por acabar con tal energúmeno. Pero seguía convencido de que el gigante no era de los que tenían huevos para eso. Y lo que había estudiado en el informe del ex comisario Salas-Santalucía sobre el CRC, por el momento, tampoco arrojaba luz sobre disputas entre sus miembros. Decidió que necesitaba un Solano.

Cuando iba a abrir el primer cajón para coger uno, recordó que allí se encontraba el informe que estaba ocultando a Magda y no llegó a tocar el tirador. Se levantó y buscó en el bolsillo de la cazadora.

El siguiente correo era de la tienda de espirituosos. Silva les había pedido que le mandasen la cinta de la cámara del día del envío. Las exigencias del dueño le pusieron de malas y estuvo a punto de responder con una amenaza, pero se contuvo. Decidió pedirle a la policía andorrana que intercediese por él y, mientras

les enviaba un e-mail, se preguntó por qué para la letrada todo era tan fácil.

Justo entonces su móvil se iluminó sobre la mesa y le sorprendió la cara picarona de Tania mirándole. Cerró los ojos y respiró hondo. Era la última vez que le dejaba mangonear el teléfono. Cogió el aparato y colgó. ¡Joder, que ya no tenían quince años!

Montserrat le llamó por el fijo para decirle que acababa de llegar el informe preliminar del accidente y que Desclòs acababa de entrar en el despacho de la comisaria.

– ¿Sabes algo? –le preguntó J. B.

– Parece que la veterinaria se salió de la carretera y que la van a acusar de homicidio involuntario. Ya es mala suerte, la pobre...

J. B. colgó el auricular y se apoyó en el respaldo del asiento; por lo menos, mientras estuviese en coma no se iba a enterar. De repente, tuvo la necesidad de decírselo a alguien. Miguel no era buena idea. Antes de dejar hecho polvo a un colega prefería que fuese definitivo. Pero la letrada..., ella sí debía saberlo. Al fin y al cabo era su abogada. Cogió el móvil y mientras buscaba su número recibió un *whatsapp*: era de Tania, con una foto de la OSSA Triciclo de dos plazas en color azulón sobre un ¿cenamos?

J. B. miró la moto y mantuvo el móvil en la mano. Había que reconocer que se lo curraba. Cerró el mensaje sin responderle y buscó de nuevo el número de la letrada. Cuando iba a marcar volvió a sonar el teléfono del despacho.

– Magda está que trina y quiere verte inmediatamente. No quiero ser agorera, pero creo que se ha enterado de lo del informe.

La voz de Montserrat sonaba preocupada. Ni siquiera eran las diez y la doña ya le estaba agobiando. ¿No había dicho a las seis? Decidió que no iba a dejar que le jodiera el día.

– OK, voy para allá.

J. B. cogió la copia del informe de tóxicos que le había entregado Gloria la noche anterior y el de las huellas del bastón. Estaba dispuesto a esquivar a la comisaria tanto como pudiese. A la vuelta ya se pondría en contacto con la letrada por lo del accidente.

De camino al despacho de Magda le pidió ayuda a Montserrat para recopilar más datos sobre María Antonia Bernat y las propiedades de la familia. Ella arrancó uno de los papeles del bloc de notas y escribió una dirección en él.

—Ahí encontrarás a la hermana de mi suegra. Es de Das y lo sabe todo. Ahora la llamo y le digo que irás para allá.

—Te debo una —respondió J. B., y dejó en el mostrador los dos sobres que llevaba—. Guárdame esto hasta que te llame. Volveré antes de las seis.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

—Sí...

—...

—Vale, tranquilízate y habla más despacio.

—...

—¡Luis!, no te pongas histérico, que no hay para tanto. Cuando vuelva me ocuparé de todo.

—...

—¡Deja de decir sandeces y escúchame cuando hablo! No nos importa nada de todo eso. A finales de semana intentaré escaparme un día, pero lo veo difícil. Dana aún no se ha despertado y quiero estar con ella cuando lo haga. Sólo es martes, y si no pudiese ir a Barcelona hasta la semana que viene tampoco se hundiría el mundo, así que no te pongas nervioso, no pasa nada. Faltan dos semanas para el juicio y lo del despacho no es importante, lo resolveremos cuando vuelva. Lo que sí necesito es que mantengas la calma y estés atento a todo lo que pasa. Necesito que te enteres de cómo va Marcos con el caso.

—...

—Lo sé, y eso nos sitúa como la única baza para desmontar la acusación. Por el momento nos mantendremos atentos. Hoy espero noticias de Andorra —anunció maldiciendo al técnico.

—...

—Lo sé desde ayer, recibí copia de la lista y ya sé que al final el juez no ha recusado nada. Paco debe de estar que trina.

—...

–Tengo mis propios contactos. Pero lo que me parece increíble es que desconfíes sólo porque no estoy ahí.

– ...

–Lo sé, pero usa la imaginación y tus habilidades. ¿Sabes si han mantenido algún contacto con el fiscal?

– ...

–Exacto, eso es lo que quiero. Mantenme informada. Ah, y sigue con lo de los Moyano...

– ...

–En cualquier momento puede haber cambios, pero también es posible que tarden algunos días, y tampoco sabemos cómo va a estar cuando despierte.

– ...

–De acuerdo.

Antes de colgar ya tenía la mente en Paco. Era un verdadero cretino. Bajar sus cosas al antiguo despacho era una acción infantil y absurda, además de ruin. El nombramiento era un hecho desde el instante en el que se lo había comunicado y lo había publicado en la intranet del bufete. Además, los demás socios no permitirían que se echase atrás. Por mucho que fuese el socio principal, no le dejarían actuar por impulso, como un niño consentido. Alguien debía ponerle en su lugar y, sinceramente, si se confirmaba lo del técnico ella misma estaría en disposición de hacerlo. Buscó un número en la libreta de direcciones y marcó.

Cinco minutos más tarde colgaba con una sonrisa en la cara. Por fin había algo de luz en aquel maldito caso. El primero que le vino a la cabeza fue el estirado de Bassols, con su moreno de esquiador y esa postura de chico listo e imbatible. Acababa de dejarle en la cuneta. Estuvo tentada de mandarle un mensajito con un críptico estás fuera para devolverle el favor de la última vez, pero se contuvo. Ahora lo que necesitaba era alguien que pudiese quedarse con Dana el miércoles por la mañana mientras ella se acercaba a La Seu a por el soporte con los archivos que iban a librar a Mario de la cárcel. Pero a quien le tenía más ganas era al jefe. Buscó el número y marcó mientras observaba al técnico del alumbrado municipal, que acababa de enderezar una enorme bandeja de estrellas de luces blancas y la sujetaba en la pared de la torre de la plaza.

Paco tardaba en responder y Kate fue consciente de que, mientras esperaba, su corazón iba acelerándose y su seguridad decreciendo. Puede que estuviese reunido, y esa idea la tranquilizó, hasta que le oyó descolgar, y el tono tajante y despectivo de su respuesta la sublevó.

— ...

— Te llamo para decirte que voy a quedarme unos días más.

— ...

— Supongo que habrán vaciado mi nuevo despacho para pintar...

— ...

— Vamos, Paco, llevo demasiado tiempo trabajando para ti como para que ahora me vengas con niñerías como ésa.

— ...

El muy cretino sólo se preocupaba de lo suyo. Pues no iba a darle una alegría, por lo menos aún no.

— El tipo está atrancado y, la verdad, no sé si puedo hacer algo ahora que estoy fuera del caso.

— ...

— ¿Influencias como la del juez Márquez...?

— ...

Kate se iba encendiendo.

— Tal vez no sea la única que haya subestimado a alguien, ni la única que haya tomado malas decisiones últimamente. Cuando vuelva...

— ...

— No creo que puedas tomar ese tipo de decisiones unilateralmente. Lamento tener que recordarte que mi condición de socia lo cambia todo.

— ...

— En tal caso jugaremos en equipos distintos y lo lamento porque...

Clic.

Muy propio de Paco, colgar para no oír lo que no le interesaba. Kate pulsó la tecla roja de la BlackBerry y abrió el correo. No paró de leer hasta el último punto. La buena de Lili se merecía elegir restaurante.

Comisaría de Puigcerdà

J. B. aparcó la moto y se dirigió al edificio. La parienta de Montserrat no le había dado nada con el peso suficiente como para detener a la comisaria, y a esas alturas probablemente Santi estaría al tanto de que buscaban su quad y lo habría puesto a buen recaudo. Cuando entró en comisaría la expresión de Montserrat le secó la boca. Silva señaló el despacho de la jefa y ella asintió, sin rastro de la sonrisa con la que acostumbraba a recibirle. Él se encaminó al despacho de Magda y, antes de cruzar la puerta que separaba el hall de las dependencias restringidas a los miembros del cuerpo, volvió atrás y cogió los sobres que Montserrat le ofrecía. El reloj del hall marcaba las seis. J. B. dio dos golpes a la puerta del despacho de la comisaria.

— Adelante.

Magda estaba sentada ante una mesa llena de papeles y pilas de carpetas. Sujetaba un rotulador rojo en la mano derecha y su mirada destilaba una rabia contenida.

— ¿Se puede saber dónde estaba cuando le he mandado llamar esta mañana?

— La comisaria se sorprendió de la estridencia de su propia voz.

Delante, de pie, el sargento se encogía de hombros. Ésa era la prueba de que no respetaba su autoridad. Eso le costaría el traslado en cuanto tuviese un hueco para escribir la carta. Le observó adelantarse un paso y dejar sobre la mesa el sobre que le habían dicho los de la científica que llevaba dos días en su comisaría. No tenía ni idea de cómo se habría traspapelado algo que ella, la comisaria en persona, estaba esperando. Desde luego, eso no iba a quedar así.

Cogió el sobre y le sorprendió que estuviese cerrado. Evitó mirar al sargento y se sintió observada mientras lo abría. Perfecto, eso era lo que esperaba de sus subordinados, silencio y disciplina. Extrajo el informe y cuando comenzó a leer

notó que él contenía la respiración. Bien, ese miedo a su poder era lo que debía imperar entre sus subalternos. Puede que aún pudiera meterle en vereda. Pero tendría que dejarlo para el día siguiente, porque primero debía cumplir con su papel en la cena del alcalde, ponerle al corriente del caso, ocupar el lugar que le correspondía y, si se terciaba, también disfrutar mortificando a la alcaldesa consorte.

Le costó contener la sonrisa mientras volvía a introducir el informe en el sobre. Luego miró con frialdad al sargento, que le pareció algo intimidado.

–Mañana hablaremos –dijo, y cogió el cuaderno donde anotaba los números de teléfono oficiales.

Oyó el carraspeo y levantó la vista.

–Mañana tengo un permiso por un asunto personal.

–Entonces el jueves, a primera hora.

Le vio asentir y salir. Era de los pocos a los que no necesitaba decirle que cerrase por fuera. Lástima que le hubiesen malcriado en sus anteriores puestos, porque tenía potencial. Bajo sus órdenes lo hubiese tenido, seguro.

Ya sola, marcó el número del secretario del juzgado. Dos minutos después, colgó y se recostó en la butaca. Le dolía el cuerpo, quizá estaba incubando algo. Además, llevaba todo el día estresada por culpa del maldito informe y sus cervicales empezaban a pagarlo. Miró el reloj. Faltaban dos horas para la cena, y quería darse un buen baño y relajarse, pero todavía ni había pasado por el supermercado para dejarle a Álex algo decente en la nevera. Hacía dos noches que cenaba pizza y se sentía mala madre. Decidió que de camino pasaría por La Múrgula y le compraría esa tortilla de patata que tanto le gustaba. Aunque dentro de un par de años le mandaría a alguna universidad y seguro que entonces se alimentaría de pizzas a todas horas. Claro que entonces ya no sería culpa suya... Apartó esos pensamientos y volvió a calcular el tiempo. Faltaba bastante para las ocho, pero no lo suficiente para regalarse un masaje antes de la cena. Y eso le recordó a Hans y la decisión que aún no había tomado.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

Cuando acabó de leer el correo de Lili, Kate estaba de pie frente a la ventana. Cerró los ojos y ató cabos a toda velocidad. Ahora sabía que Marian había dado a luz a su hijo antes de morir y que le había inscrito en el registro como Manel Bernat. Y, aunque no tenía la certeza de quién era el padre, que el apellido fuese Bernat podía ser una pista. Lo que más frustración le producía era haberse podido equivocar con Santi. Estaba tan segura de que era el asesino que le costaba aceptar que otra persona hubiese podido acabar con Jaime Bernat.

Según Marta Alcántara, la hermana de Lili —que había gestionado en persona el asunto de la herencia y la venta del piso—, el heredero de los bienes de Rosalía Bernat tenía dieciocho años cuando vendió el piso de su tía abuela sin haber llegado a ponerlo a su nombre. Por suerte, se trataba de uno de los primeros casos en los que Marta había intervenido al incorporarse a la notaría, así que lo recordaba bien. El joven Manel había donado a las hermanitas de la caridad todo lo que había en el piso porque se marchaba a estudiar al extranjero. En el dossier constaba que no habían podido volver a contactar con él.

Cuando lo tuvo todo claro, Kate llamó a las hermanitas de la caridad. Por suerte logró mantener a la madre superiora al teléfono hasta que pudo convencerla de que la información que le pedía era vital para exculpar a un inocente. Al fin la oyó pedir que le trajesen los libros del 85. Kate iba de un lado a otro de la habitación con la BlackBerry pegada a la oreja mientras la hermana le explicaba que los documentos que se encontraban en los muebles o en la ropa de los donativos solían mandarse a la familia del titular. Cuando la oyó hablar con otra persona, Kate se pegó la BlackBerry aún más a la oreja y subió el volumen del teléfono. Por fin encontraron el documento en el que había quedado registrada la donación de Manel Bernat y la superiora empezó a leer la nota. En ella constaba un listado de muebles, ropa y una caja con documentación. Kate le preguntó si podía recoger esa

caja, y la hermana le respondió que ese tipo de documentos sólo podían dárselos a un familiar directo. De inmediato pensó en Santi, el único que quedaba, pero luego recordó a su hermana. Inés Bernat también podía haber tenido acceso a ella. Buscaría a esa mujer. Entonces, la voz de la superiora la sorprendió con la noticia de que en esa época una de las hermanas era del valle, concretamente de Urtx, y que le habían enviado la documentación al párroco de Puigcerdà para que la hiciese llegar a la familia.

Kate agradeció la información y colgó. Seguro que el padre Anselmo había entregado la documentación a los Bernat, de modo que Santi volvía a ser el primero de la lista. Intentó relajarse. Le dolía la cabeza. Pasó las yemas de los dedos por los párpados cerrados y respiró hondo un par de veces. Al fin, se dejó caer en la silla y miró a Dana. Cada vez estaba más cerca de desenmascarar a Santi. De repente, tuvo ganas de contarle lo que acababa de saber. Pero quería averiguar más, no podía estarse quieta. Necesitaba que don Anselmo le confirmase que le había entregado la documentación a los Bernat. Pero no podía dejar a Dana sola, no hasta que despertase. Tampoco quería llamar a nadie ni contar por qué necesitaba salir. Apoyó el codo en la cama y contuvo el impulso de cogerle la mano. No lo haría hasta haber resuelto el caso, cuando Dana ya no fuese sospechosa de la muerte de Jaime Bernat y pudiese estar orgullosa del trabajo que había hecho ella para conseguirlo. La BlackBerry vibró sobre la mesa y Kate miró la pantalla. Por una vez se alegraba de que fuese él.

–Hola, ¿dónde estás? –preguntó apresurada.

–En Correos, hoy libro. ¿Has desayunado?

Kate contuvo el impulso de hacer algún comentario irónico sobre los horarios de los forestales.

–No, no he querido dejarla sola y ninguno de vosotros ha venido a sustituirme.

–Ya no recordaba tu simpatía mañanera. Bueno, estoy ahí dentro de diez minutos.

–Vale, date prisa.

Miguel entró al poco, como había prometido, pero lo hizo seguido del doctor. No quería parecer desagradecida, ni que el doctor pensase que no le importaba lo que iba a decirles, pero tenía prisa por llegar a la rectoría. Además, su

hermano no iba a quedarse mucho rato, nunca lo hacía, y ella necesitaba hablar con don Anselmo y luego mandar un SMS al sargento para que se ocupasen de encontrar ese documento en casa de los Bernat, en el coche de Santi o donde fuese. Pero el doctor venía dispuesto a examinar a Dana y parecía agradecer la compañía. Aunque, como de costumbre, sólo se dirigía a Miguel. Kate quería preguntarle cuándo iba a despertar, si podían bajarle la medicación para acelerar el proceso y, sobre todo, si recordaría lo que había ocurrido. Pero no quería esperar, así que cuando empezaron a hablar de hockey, vio la ocasión.

— Bueno, vuelvo dentro de una hora. Cuento con que te quedas —le dijo a Miguel.

Su hermano miró el reloj. Marós parecía concentrado en la pantalla, pero Kate intuyó que su atención estaba mucho de estar en el monitor.

— Vale, una hora — aceptó.

Dos minutos después, Kate salía por la puerta del hospital en dirección a la rectoría.

Comisaría de Puigcerdà

Entró en el despacho con un café en la mano y lo dejó sobre la mesa.

Lo había visto en sus ojos, igual que antes en los de su antiguo jefe. Ahora temía que su insumisión le costase el traslado cuando ya empezaba a acostumbrarse al valle. ¡Joderrr! Y, además, acababa de darse cuenta de que tenía que sacar el dinero para pagar la residencia, o tendría que hacerlo al día siguiente en Barcelona, antes de ir a buscar a su madre. Después de haber alquilado el piso a Mari, ya no le quedaba ni siquiera un lugar donde caerse muerto en su propia ciudad. Sólo esperaba no tener que irse sin resolver el caso.

En cuanto a la comisaria, puede que él se hubiese pasado de la raya al no ir a su despacho, pero lo había hecho porque esperaba obtener más información de la parienta de Montserrat y conseguir argumentos sólidos en contra de Santi. Ahora lamentaba no haber preparado una excusa. Claro que tampoco había pensado que fuesen a pedírsela, así que, cuando tuvo que responder a sus preguntas, decidió dar el paso y soltar el sobre de la científica sobre la mesa.

A partir de entonces todo había ido como temía. Cuando ella lo había abierto y había empezado a leerlo supo que no había vuelta atrás para la veterinaria. Sin ser consciente había contenido la respiración pensando en lo que aquello representaría para Dana Prats. No parecía estar relacionada con el envenenamiento de Bernat, pero la comisaria quería cerrar el caso y, si él no era capaz de demostrar lo contrario, el verdadero culpable quedaría impune. Y eso le llevó a pensar en la reacción de la letrada cuando se enterase. Se iba a enfurecer, y a él lo pondría de vuelta y media.

Buscó el móvil y marcó el número de Santi. No hubo respuesta. Y puede que no la hubiese si seguía llamándole desde su teléfono, porque seguro que lo había grabado con su nombre. Puso el manos libres y removió el café sin demasiadas

esperanzas de que descolgase.

Pero, en el último intento, Santi le respondió.

– ¿Ya tenéis el bastón?

– De momento no vamos a poder devolvérselo.

– ¿Y me llamas para eso?

– No, le llamo para que me cuente la relación entre su familia y los Herrero.

– ¿Quiénes?

– Los Herrero, Manuel Herrero y su hermana Isabel. Son vecinos suyos, ¿no?

– ¿Quieres decir el andaluz? Pues no tenemos nada que ver. Ni siquiera es nuestro arrendatario.

– Ya. Y María Antonia, ¿recuerda quién es?

Santi permaneció un instante en silencio.

– Estoy ocupado y no sé a qué viene remover los muertos de mi familia. ¿Es que no tienen trabajo en la policía? Porque yo puedo emplear a unos cuantos para recoger estiércol... Si ve a alguno que se aburre, mándemelo.

Contente, macho, contente. J. B. entornó los ojos.

– Vamos a necesitar un listado de las tierras que arriendan para otros.

– ¿Qué tierras?

– Las tierras cuyos arrendatarios tenían en contra por culpa de la veterinaria. Necesitamos un listado y el nombre de los propietarios.

El silencio al otro lado de la línea le hizo temer que Santi colgase.

– ¿Cree que podrá tenerlo para esta tarde?

– Qué va, no lo creo.

– Vaya, pensaba que sería poca cosa. De hecho, todo el mundo cree que la mayoría de esas tierras son de su propiedad. No me imaginaba que los Bernat sólo subarrendaban...

– ¡Eh!, no se acelere. Las tierras son todas mías.

– Entonces mentía cuando me habló de la veterinaria y los arrendatarios que pretendía poner en su contra...

J. B. le oyó chasquear y esbozó una sonrisa.

– Yo no miento. Sólo hay unas pocas que no son de mi propiedad, pero lo serán muy pronto.

– ¿Y quién es su propietario ahora?

– Oiga, ¿no necesita una orden?

– La tendré dentro de unas horas.

– De acuerdo, pues ya me llamará.

Y colgó.

J. B. volvió a marcar el número y Santi descolgó a la primera.

– ¡¿Qué?!

– Santi, ¿tiene un quad?

– Sí, ¿por qué?

– Se lo recogeremos mañana.

– Pues lo veo difícil, porque lo tiene el mecánico.

– ¿Dónde?

– ¿Dónde va a ser? En su taller. Lleva allí tres semanas esperando unos recambios.

– En ese caso necesitaremos el teléfono para confirmarlo.

– ¿Es que no se fía?

– Claro, pero tenemos que confirmarlo. ¿Me da el número?

– Creo que para eso también necesita una orden. Así que vaya juntándolas y cuando las tenga todas ya me avisará.

J. B. colgó el móvil, se levantó y en el último momento logró contenerse y no estampar el teléfono contra la pared. Cogió la chaqueta. Necesitaba airearse. Salió al aparcamiento y se dirigió a la moto, pero estaba demasiado cabreado y tenía demasiada hambre como para coger la carretera, así que cambió de dirección y fue hacia El Edén. Al poco pensó en Tania. No quería verla. No quería ver a nadie. Lo que necesitaba era pensar, joder! Y sacar la frustración y la impotencia que le había dejado en el cuerpo la conversación con Santi. Magda no querría autorizarle a pedir esas órdenes y si lo hacía por su cuenta estaría de vuelta en Cornellà al día siguiente. Volvió sobre sus pasos y se dirigió a la moto. Bien pensado, no había

nada mejor para calmarse y pensar. Sacó las llaves, se puso el casco y cinco minutos después entraba en Francia para desfogarse en las curvas que llevaban hacia Pas de la Casa.

La hermana de la suegra de Montserrat le había contado a J. B. detalles que avergonzarían a cualquiera. A pesar de tratarse sólo de rumores, no había que despreciarlos, pues, como sabía todo el mundo, cuando el río sonaba... Sobre todo en los pueblos, donde todos vivían atentos a lo que sucedía tras la puerta del vecino.

Según la mujer, la hermana de Jaime, María Antonia o Marian, se marchó del valle. En aquella época, las malas lenguas contaban que había pasado algo gordo en la familia. Unos decían que era una enfermedad, y otros, que se trataba de un embarazo y que el viejo Bernat había tenido que mandar a su hija con algún pariente. Con los años se supo que ella había muerto, pero poco más. Y cuando la mujer de Jaime se fue a Barcelona con su hija empezaron de nuevo los rumores sobre los Bernat y las mujeres de la familia.

Redujo la velocidad al empezar el puerto y siguió subiendo, curva a curva, decidido a llegar al final del mundo. La pregunta más obvia que le venía a la mente era si Jaime Bernat habría dejado embarazada a su hermana y, en tal caso, dónde estaba ese hijo. Lógicamente, nadie del valle le facilitaría ninguna pista sobre eso, así que tendría que averiguarlo por su cuenta. Eso le recordó a la letrada, seguro que ella podía enterarse de todo. Sólo tenía que sacarle el tema y echaría solita a andar.

Puede que debiera llamarla, o pasarse por el hospital para comentarle los avances del accidente y soltar, de pasada, lo de la hermana de Jaime Bernat. Sí, puede que fuese lo mejor. Aunque uno nunca sabía cómo iban a recibirle y después de la mañana que llevaba no estaba para desplantes, la verdad.

Rectoría, iglesia de Puigcerdà

Kate encontró al clérigo leyendo en el despacho de la planta baja, donde expedían los certificados de bautismo y matrimonio. Al verla, el párroco se pasó la palma de la mano por la boca y frunció levemente el ceño.

— Padre Anselmo, ¿tiene un minuto?

— A la una tengo que oficiar misa — dijo lanzando una mirada al reloj de pared mientras cambiaba de posición en la silla.

— Verá, he hablado con las hermanas de la caridad de Barcelona y me han dicho que le mandaron a usted una caja con documentación de Rosalía Bernat para que se la hiciese llegar a la familia.

Él asintió. Al ver que ella permanecía en silencio la miró.

— Se la llevé a Jaime.

Entonces era cierto: la documentación de Marian estaba en casa de los Bernat. Bien, ahora sólo había que encontrarla, y eso era tarea del sargento. Se preguntó si el párroco admitiría lo mismo ante un miembro de la ley cuando supiera que esa declaración perjudicaba a un Bernat. No lo tenía claro, pero ahora ya sabía que el documento de identidad de Marian estaba en poder de Santi.

Kate sintió cierta desazón, como cuando ganaba un caso importante en el bufete y el cliente desaparecía de su vida. Lo extraño era que esta vez debería haber estado contenta, y no se sentía así ni de lejos. En fin, eso la dejaba al margen del caso Bernat, y también a Dana. Estaba todo dicho.

Pero el padre Anselmo no era de los que guardaban secretos con facilidad y, con la mirada clavada en algún punto perdido de la mesa, siguió hablando, más para sí mismo que para ella.

– Me dijo que no la quería – susurró antes de mirarla.

Kate no comprendió lo que eso significaba. Por suerte, el sacerdote no había acabado.

– Le dije que había fotos y documentos importantes y él me respondió que no quería nada de ellas en la finca, que los documentos que necesitaba ya los tenía y que lo quemase todo.

Kate le observó encogerse mientras el sacerdote parecía recordar la conversación con su amigo de la infancia. El párroco entornó los ojos con una expresión de absoluta desolación que le hizo recordar la fecha de la muerte de Rosalía. De súbito, lo comprendió todo.

– Pero usted no pudo hacerlo, ¿verdad?

Sus ojos ascendieron lentamente hasta posarse en los de Kate sin fuerza. Ella continuó:

– No podía quemar sus fotos, sus papeles, lo que quedaba de ella...

Él bajó la vista y negó con la cabeza. Hacía rato que había dejado el libro sobre la mesa y ahora se miraba las manos. Entonces suspiró y Kate le vio arrastrar la silla hacia atrás para levantarse, volverse y abrir uno de los compartimentos del mueble que había junto a la pared. El padre Anselmo cogió con las dos manos una caja pequeña y la dejó con suavidad sobre la mesa.

Kate clavó los ojos en ella.

Había visto muchas de esas cajas metálicas con el eterno paisaje del puente de Camprodón rodeado por el marco color ocre que usaba la abuela para guardar los hilos de costura o el dinero de la semana. En casa del abuelo había varias.

– Sólo la necesito esta noche, mañana se la devolveré – se oyó decir.

Él asintió resignado, como si supiese que no era de su propiedad, sino algo precioso que había custodiado durante años y que en cualquier momento alguien podía reclamarle.

Cuando el cura le ofreció la caja, Kate recordó cómo había actuado el sargento en casa de los Herrero y también la cogió con respeto, como si se tratase de algo delicado. La introdujo en el bolso y se despidió.

El frío de la calle entró en sus fosas nasales como un jeringazo y la hizo toser. Fue como volver del pasado, oxigenarse y revivir. La caja le quemaba en el bolso, pero era tarde y llevaba dos días comiendo muy mal. Miró la hora e intentó respirar

hondo, pero el aire helado aún le dolía al entrar por la nariz. Había pasado más de media hora en la rectoría y Miguel no era de los que tenían paciencia. Estaba convencida de que si no le avisaba la iba a dejar sola en cuanto le entrasen las prisas. Sacó la BlackBerry del bolsillo, le mandó un *whatsapp* para decirle que se retrasaría quince minutos y entró en el Café y Té del paseo Diez de Abril con la sensación de tenerlo todo atado y bien atado.

El local estaba casi vacío y la camarera la miró con desgana. Dios, qué irritación... Con la de gente que estaba en la calle rezando por un trabajo, esa indolencia era insultante... Se acercó a la barra, dispuesta a no dejarle pasar ni una, y le pidió una taza de chocolate. En el expositor quedaba una bandeja con un donut, dos croissants secos y un par de pequeños bocadillos de los que asomaba un queso reseco y aceitoso. Kate pidió uno de tortilla, y fue a sentarse en una de las mesas del fondo sin esperar la respuesta. Mientras aguardaba, cedió a la tentación y puso la caja de galletas sobre la mesa. La cafetera soltó un bufido y Kate se volvió molesta.

Pero la caja brillaba sobre la mesa como un tesoro y volvió a quedar atrapada en ella de inmediato. Después de tantos años, el papel estampado seguía casi intacto. Kate acarició los relieves con las manos, dispuesta a no ceder a la fuerte tentación de abrirla. No quería perderse nada de lo que había dentro y para eso tenía que estar en la habitación, tranquila y sin interrupciones. Una de esas emblemáticas cajas metálicas, en las que distribuían galletas artesanas hacía casi un siglo, era el lugar secreto donde había visto a su propia abuela guardar el dinero de la compra. Aunque de eso ya hacía mucho tiempo.

La chica se acercó con la bandeja y Kate, ensimismada en la caja, no tuvo tiempo de impedir que una bayeta de color musgo esparciese a su alrededor un intenso olor a lejía. La camarera ignoró su mirada asesina y dejó sobre la mesa mojada el plato con la taza y el bocadillo envuelto en plata. Antes de que se volviese, Kate empezó a trasladarlo todo a la mesa de al lado.

Del envoltorio asomaba una servilleta de papel aceitosa que le recordó a don Anselmo. El cura era muy cuco... La primera vez que había hablado de las Bernat se había callado lo de la caja, pero sin poder ocultar su evidente interés por esa familia. Kate chasqueó la lengua. Pero ¿quién podía culpar a un hombre por querer guardar los pocos recuerdos que conservaba de su amor platónico? Ella no, por supuesto. Se llenó la boca con un gran sorbo de chocolate y lo mantuvo ahí un instante. Cuando tragó, se le había quedado en el paladar un sabor intenso y caliente que le reconfortaba el cuerpo y el espíritu. La última vez que lo había hecho estaba con Dana y la viuda, en la finca, jugando a ver quién podía retener el sabroso líquido

más tiempo sin tragar. Y ahora, sola. Volvió a guardar la caja en el bolso y decidió que esa noche, en el hospital, compartiría su contenido con Dana como si pudiese oírla.

Al entrar en la habitación no había ni rastro de Miguel. En su lugar, estaba Lía Marós, sentada al lado de la cama. La joven se volvió y sonrió con sus grandes ojos de cervatillo. Kate se preguntó cómo podía habersele ocurrido que tuviese un lío con el director.

—No sé cómo te ha convencido, pero es un jeta.

—No le ha hecho falta —dijo Lía sonriendo—. Tenía libre media hora y he pasado a verla. Pero ahora ya empezaba a preocuparme.

—Muchas gracias —respondió Kate dejando el bolso y la chaqueta sobre la otra cama—. Ahora ya no tengo que moverme.

—No sois hermanas, ¿verdad?

Kate negó.

—Pero no podría quererla más aunque lo fuésemos.

Lía sonrió.

—Eso está bien. Yo sólo tengo un hermano —dijo señalando con la cabeza hacia la puerta—, y es un palo.

—Yo tengo dos, y son dos palos. —Ambas rieron—. Pero no podemos cambiarlo, habrá que conformarse.

—Por lo menos, el tuyo es simpático.

Kate puso los ojos en blanco y Lía rió.

—Ay, aléjate de los simpáticos... En el caso de Miguel, la simpatía esconde un morro que se lo pisa.

—No será para tanto —respondió la enfermera tras recoger el paquete de clínex y la botella vacía de suero—. Los hermanos siempre nos parecen peor de lo que son.

—Porque el resto del mundo no los conoce tan bien como nosotras.

—Ni los ha sufrido.

—Cierto. —Y señalando a la cama preguntó—: Despertará, ¿verdad?

La joven enfermera sonrió.

– Es sólo cuestión de tiempo, tranquila.

– ¿Podemos hacer algo?

Ella negó con la cabeza.

– No, únicamente estar ahí para cuando su cerebro deje de autosanarse y esté listo para despertar. Entonces te necesitará. Bueno, me voy abajo.

– Gracias por quedarte con ella. Seguro que le hubiese gustado oír eso de la autosanación del cerebro – dijo señalando a Dana.

Lía le dedicó una última sonrisa y desapareció tras la puerta.

Dos minutos más tarde, Kate estaba sentada al lado de la cama con la caja metálica en el regazo. Respiró hondo y notó las manos húmedas al intentar abrirla.

Cuando lo hizo, se sorprendió de que estuviera tan llena. Realmente no había pensado en lo que encontraría dentro. Empezó a sacar los documentos y fue dejándolos sobre la cama, encima de Dana.

El primer documento era un certificado de defunción a nombre de Rosalía Bernat que especificaba como causa de su muerte una insuficiencia respiratoria producida por un ataque agudo de asma. También estaba el certificado de nacimiento de Manel Bernat, algunos recibos de la luz y del gas, unos extractos del banco a nombre de Rosalía y un pliegue de medio centenar de cartas atadas con una cinta blanca de satén.

Lo primero que le llamó la atención fue el certificado de defunción de María Antonia Bernat. Según el párroco, Marian se había suicidado a los dieciocho años. Ésa era la causa más probable por la que el padre Anselmo habría tenido que ir a officiar el entierro a Barcelona. Kate siguió sacando documentos de la caja, hasta que llegó al fondo y encontró las fotos.

Había varias en las que salía una mujer alta y delgada con la pose afectada de las modelos de la época. En el dorso, escritas con pluma, rezaban las iniciales R. B. En otra, la misma mujer estaba al lado de una chica joven de pelo claro y ojos grandes que sonreía con timidez. Kate supo que era Marian Bernat por el color y la forma de sus ojos. Eran los ojos de los Bernat... pero sin su frialdad. La caja también contenía tres fotos de un niño – de recién nacido, con unos tres años y con ocho o nueve – que también poseía los ojos claros de los Bernat, pero sin el hoyuelo en el

mentón. En la última, sus ojos ya recordaban a los de su madre. De repente, se dio cuenta de que no había ni rastro de los DNI ni de otros documentos legales.

Kate miró el pliego de cartas y se alegró de tener toda la noche por delante. Probablemente era Manel Bernat quien guardaba el documento de su madre, y tal vez quien lo había usado, pero no parecía haber tenido relación con sus parientes del valle, así que no seguía ninguna lógica que hubiese matado a Jaime. Kate cogió el pliegue de cartas y, al sostenerlo, le sorprendió el peso. Puede que en ellas se recogiese el misterio del suicidio de Marian. O, tal vez, otros secretos inconfesables de la familia. Se preguntó quién sería el padre del hijo de Marian. Repentinamente pensó en Jaime Bernat y volvió a guardar todos los papeles en la caja, separó las fotos de Rosalía para ponerlas encima de todo y dejó las cartas sobre la cama. Fuera, el cielo crepuscular se había llenado de nubarrones negros. Kate sonrió. Casi lo prefería. Conectó el pequeño fluorescente de la cabecera de la cama y volvió a apagarlo. Intuía que las cartas desvelarían secretos y no quería que una luz tan blanca e impersonal fuese testigo del momento. Abrió el Mac, ajustó la intensidad de la luz para poder leer a su amparo y, con la caja metálica sobre el regazo, tiró de un extremo de la cinta de satén.

A las once de la noche tenía los ojos hinchados y llorosos. El engaño y la traición de los que había sido objeto Marian por parte de Jaime y de su tía Rosalía eran atroces. Casi tanto como el hambre de tierra de los Bernat y sus artimañas, incluso entre los de su propia sangre, para hacerse con más. Esas cartas mostraban un desprecio cruel por Marian y por el origen andaluz del padre de su hijo, Manuel Herrero. Además, la vileza con la que emponzoñaron su relación y las maquinaciones por quedarse todo lo suyo retrataban meridianamente a Jaime. Kate dobló la última carta de Manuel y al cerrar los ojos le resbaló una lágrima por la mejilla. Ahora comprendía la obsesión de Isabel Herrero por esconder a su hermano la tarjeta del brandy. Y también el porqué de un brandy tan selecto, el envío era el modo en el que Manel tomaba contacto por primera vez con un padre al que no conocía. Un acto de reverencia, un detalle, su modo de decir «estoy aquí». Pensó en Marian y en Manuel, y en que perder de repente un amor como el suyo era algo difícil de imaginar, pero saber cómo había sido, y por qué, era aún más devastador.

El único nexo entre ambas familias era el hijo de Marian, Manel, y no sería ella la que le juzgase por acabar con el mal bicho de su tío. Se le ocurrió que si no fuese por Dana, por librarla de estar en el punto de mira, tal vez hubiese devuelto la

caja con todo su contenido al padre Anselmo. Pero, dadas las circunstancias, eso no era posible; el escenario no lo permitía. ¿Sabría Manuel que tenía un hijo de Marian?

Kate sintió una repentina conmiseración por Manuel Herrero, por Isabel, con su immaculado delantal, y por Manel, el hijo de Marian. Se preguntó cómo sería físicamente y si con cuarenta años poseería en la mirada la calidez de los Herrero o la frialdad de los Bernat. Desvió la vista hacia la cama de Dana. Seguía sin moverse y no pudo evitar pensar en el daño que les había hecho Jaime Bernat a ella y a la viuda. Le cogió la mano con suavidad. Tenía miedo de que ella la rechazase, y también ganas de hablarle de las cartas y de lo que había descubierto sobre el hijo de Manuel y Marian, el probable asesino de Jaime Bernat. Pero las palabras se quedaron en intenciones y permaneció en silencio, convencida de que debía intentar provocar el menor daño posible. Tal vez hubiese un modo de exculpar a Dana sin tener que señalarle a él... Nadie merecía un castigo por librar al mundo de alguien como Jaime Bernat.

Miró la mano de Dana entre las suyas. Ni siquiera un movimiento, nada. Y la soltó.

Bajó la pantalla del Mac y se dio cuenta de que la BlackBerry había quedado todo el tiempo oculta tras ella. La luz roja titilaba y la cogió para consultar los mensajes. Dos correos, uno de San Pedro reenviado por Marina y el otro del técnico andorrano.

Marina la informaba de que la Fiscalía les había entregado la lista con los testigos y le pasaba una copia escaneada. Kate leyó los nombres y frunció el ceño. No había demasiadas sorpresas, excepto por uno de ellos, que no le sonaba de nada. Le respondió con una nota sobre la conveniencia de preguntar a Mario por esa mujer y luego mandó un mensaje a Luis en el que le pedía que investigase ese nombre y su vínculo con Mario por si éste les mentía. El correo del técnico, tal como habían acordado por teléfono, sólo incluía una dirección y una hora para reunirse al día siguiente en La Seu. No le gustaba la idea de verse con él, pero en un encuentro cara a cara conseguiría más información de aquel tipo que mediante cualquier mensaje o llamada que pudiesen cruzar. Respondidos los correos, se sintió satisfecha, estaba todo controlado. Puso el despertador de la BlackBerry y se tumbó en la cama. No podía dejar de pensar en si debía contarle a Isabel Herrero lo que había descubierto, para que ella decidiese lo que quería hacer con la información. Por fin, se durmió imaginando lo que debía de tener en la cabeza un hombre con la historia familiar de Manel Bernat.

En la mesa redonda, al fondo del bar, en el viejo casino de Alp, siete cabezas se volvieron a la vez cuando Santi Bernat apareció en la puerta. Hasta entonces la conversación se había centrado en el accidente acaecido el domingo anterior en el puente de la carretera de Bellver, cerca de Baltarga. La mayoría coincidía en que era una cosa cantada, algo de esperar teniendo en cuenta la afición a la bota del viejo Moutarde y que el hombre rozaba los cien. Algunos incluso opinaron que, a esas edades, nadie debería tener permiso de conducir. Mientras, Arnau Desclòs esperaba el mejor momento para intervenir. Llevaba toda la velada pensando en lo que iba a anunciar, barajando varias posibilidades sin decidirse. Cuando alguien comentó las ocasiones en las que el viejo Marcel había recibido quejas de sus vecinos por haber arado sus tierras al no percatarse de que su tractor había traspasado los límites de sus propios campos, todos rieron. Era una anécdota que definía perfectamente a Moutarde. Arnau, cansado de esperar, decidió que había llegado el momento y les aseguró que según el informe la infractora había sido la veterinaria. La afirmación los dejó a todos pensativos. Y siguieron jugando en silencio hasta que Morell aseveró que alguien tenía que ser el cabeza de turco. Todos asentían menos Desclòs, que no había entendido bien el significado de la afirmación de Morell. Cuando se disponía a preguntar, la puerta del bar se abrió para dejar paso a Santi Bernat y los gritos ahogaron las intenciones del caporal.

A partir de ese momento, todos se dedicaron a adular al joven Bernat. Le felicitaban por su nuevo estatus y le decían que, ahora que tenía una casa tan grande para él solo, debía buscarse una mujer. Bromeaban sobre si tendría frío estando tan solo en la finca y planearon una visita a la casita roja el siguiente fin de semana para ponerle en forma.

Mientras tanto, Arnau se consumía viendo pasar el tiempo sin que nadie le preguntase por sus pesquisas. Con tanta expectación como había levantado la

semana anterior, no comprendía que ninguno le preguntase por el caso. Decidió que el desinterés sólo podía deberse a la presencia de Santi. Y cuando empezaban a cenar se le ocurrió mencionar que, gracias a sus contactos, había conseguido detener el segundo registro de la finca Bernat. Los siete pares de ojos se mantuvieron atentos a la respuesta de Santi. Todos masticaban en silencio. Alguno pidió más cerveza y Santi comentó, como si nada, que el sargento le había llamado esa tarde y que él le había mandado a tomar viento. Todos, menos Arnau, le rieron la gracia.

2011

Mantiene los ojos cerrados unos instantes más disfrutando del mejor momento del día. La oye respirar de forma regular y se concentra en su propio ritmo mientras repasa mentalmente la agenda de la jornada. Hoy empezará a las siete quince en el quirófano cinco con el doctor Gómez y su equipo. Tira del edredón hacia arriba hasta que no queda ni un pliegue y esconde los brazos bajo ese mar de perfección. Los nota pegados a ambos lados del cuerpo y respira hondamente. A su lado, ella duerme tranquila, en un sueño que él ha inducido con un fin. Sólo tiene que esperar unos meses a que todo acabe para volver a su piso, a su vida. Ya han caído tres, ahora tendrá que esperar un tiempo prudencial para poder avanzar otro paso hacia su objetivo. Abre bien los ojos y, en la penumbra de la madrugada, imagina formas en el techo. Ella lo prefirió gris, como tus ojos de hielo, dijo, y él accedió, porque no le importaba. Se le ocurre que en el fondo ha tenido suerte. No era fácil pensar que su objetivo sería alguien tan perjudicado como él mismo. Al principio no conocía exactamente las causas que la habían llevado a Barcelona con su madre, pero era fácil imaginarlas. Gira parcialmente la cabeza y la observa. Es bonita. La primera vez que la vio estaba sola, desayunando en la cafetería del hospital una magdalena con pepitas de chocolate y una tila. En aquel momento ya sabía de ella todo lo que describe un informe psiquiátrico sobre el paciente; el inicio, las crisis, los repuntes y las recaídas, todo. Las anotaciones sobre su historia familiar, las que más interés tenían para él, empezaban en el 88. Sólo referencias a su relación con la familia de la madre y descripciones sobre las largas depresiones de ésta, los gestos compasivos de sus tíos en las reuniones familiares y el desprecio en las miradas de sus primos por su aspecto diferente y el acento del valle, tan característico. Antes de eso, nada. Por el nombre y apellidos era ella, pero en su historia médica no había ningún dato de antes de

los ocho años. De todos modos, en aquel momento a él le daba igual. Al fin y al cabo sólo estarían casados unos meses, tal vez un año. Lo estrictamente necesario. Ella se mueve a su lado, entre sueños, y la seda de su camison resbala sobre la piel y deja uno de los senos casi al descubierto. Los ojos de él siguen el movimiento hasta que ella encuentra la postura, suspira y vuelve a respirar regularmente. Entonces acaricia su piel con la mirada, lo máximo que le permite el acuerdo tácito que mantienen. Se pregunta por primera vez si es del todo necesario... Pero sabe que no debe ni puede permitirse cabos sueltos en su plan perfecto. Y, sin embargo, le pesa desprenderse de una compañía que no pide nada. Pero sabe de sobra que la justicia que busca desde los trece años exige el sacrificio. Se oye el clic del despertador, que siempre le avisa antes de que empiece el festival de la alarma y le permite comenzar en silencio su particular ritual de cada mañana. Extiende el brazo y pulsa el botón metálico del aparato. Como todos los días seguirá mirándola unos minutos más. Luego vendrán la ducha, los dientes, el afeitado, todos los utensilios en perfecto orden dentro del armario, cada uno en su lugar, listos para que él los elija y los use. Es martes de la segunda semana del mes: camisa blanca, pantalón arena, jersey marino y el aroma de Armani Sport.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

Desde luego, se merecía esos ojos hinchados por cotilla. Tras salir de la ducha, Kate se secó con la toalla del hospital y se estudió en el espejo. Hacía varios días que la piel había dejado de molestarla, las ronchas casi habían desaparecido y no le picaba ni siquiera después de secarse. Se acercó la toalla húmeda a la cara y el olor del algodón la trasladó al hotel Arts. Su vida últimamente parecía estar llena de contrastes inesperados. Sobre la repisa de plástico estaba el pequeño neceser que había traído para el fin de semana. Lo miró y luego fijó la vista en el espejo. Dos semanas en el valle y ya no llevaba ni secador... Se quedó mirando la imagen que le devolvía el espejo. El pelo se le ondulaba cada día más, y si no ponía remedio pronto volvería a parecer la adolescente rebelde de los noventa y empezaría a oír Catalinas por la calle. Pero preocuparse sin hacer nada era absurdo. Necesitaba volver a la finca a por un secador y recuperar su aspecto. Parecía increíble que sólo llevara tres días en el hospital. Ese entrar y salir del edificio, la incertidumbre de lo que ocurriría con Dana, las emociones, el ambiente cerrado y la temperatura asfixiante de la habitación hacían que el tiempo se diluyese y que todas las horas, y los días, se mezclasen en una especie de sucesión de escenas con su propia medida del tiempo.

Por suerte, la finca estaba en buenas manos. Se preguntó si Chico se habría instalado ya en la casona y empezó a vestirse. Las últimas bragas limpias... Necesitaba lavar la ropa con urgencia o ir de compras. Miró el dosificador de jabón y chasqueó de nuevo la lengua. Antes muerta que convertir el lavabo de la habitación en uno de esos tendederos en los que cualquier visita contempla la ropa interior secándose en la barra de la ducha... Acabó de vestirse y dudó si volver a recogerse el pelo en una coleta, pero al final lo sujetó con una pinza. Se extendió la crema hidratante y una base de color. Lo metió todo en el estuche y cerró la cremallera. Sobre la repisa del lavabo también estaban la BlackBerry, conectada al

cargador, y el móvil de Dana, que Kate rehuyó. Cuando despertase, tarde o temprano se acordaría. Y entonces vio que la pantalla de su teléfono se iluminaba.

—Sí...

—...

—Claro, estamos charlando desde las siete.

—...

—No, hombre, no. Por cierto, tengo que ir a la finca un par de horas. ¿Cuándo te va bien relevarme?

—...

—Pues que no lleguéis muy tarde. ¿Te ha dicho el abuelo si se quedará toda la mañana?

—...

—Con eso tengo bastante. Si puedo irme pronto, a mediodía estaré de vuelta.

—...

—Ni hablar, y no vuelvas a aprovecharte de las enfermeras. Ayer Lía casi llega tarde al turno. Tienes mucha cara...

—...

—Ya, pero desde ayer está avisada, así que no gastes energías.

—...

—Sólo verdades.

—...

—Ya te gustaría. Venga, no tardéis.

Salió a la habitación y miró hacia la cama sin demasiada esperanza. Bueno, por lo menos sabía que despertaría; lo había dicho Lía y se fiaba de ella. Se acercó a la ventana y buscó el amanecer oculto tras nubarrones oscuros como el hollín. Algunas ventanas de los edificios de la plaza brillaban como luceros en la oscuridad. El invierno estaba a punto de llegar. Kate pensó en la finca Prats, en Dana y en cómo iba a ser capaz de apañárselas sola. En cómo iban a cambiar sus vidas por una llamada inoportuna... Casi las ocho. Necesitaba llamar a Luis, seguro que el friki de los ordenadores con el que había salido podía ayudarles a encontrar a Manel Bernat. Tim, ése era su nombre. Marcó el número del móvil de Luis y esperó

de pie con la vista fija en la tira de luces blancas que colgaba de la torre. Escuchó el mensaje de la operadora y colgó. Se habría equivocado. Buscó en la libreta de direcciones y marcó de nuevo, con idéntico resultado. Pero ¿qué narices? Miró la hora en la pantalla y llamó a la centralita del bufete.

Cuando colgó dos minutos más tarde, estaba furiosa. Buscó el teléfono particular de Luis y llamó. Mientras esperaba notó cómo se le llenaba la boca de un sabor amargo. No se lo podía creer.

— ...

— Pero ¿se puede saber qué has hecho?

— ...

— ¿Sólo por eso? ¿Sin más explicaciones?

— ...

Kate respiró hondo.

— De acuerdo, sólo será temporal, así que ponte las pilas. Necesito que averigües todo lo que puedas sobre Manel Bernat. Cuelgo y te mando una foto suya, pero de momento te paso la fecha de nacimiento.

— ...

— Pues espabila, el mundo no se acaba en el bufete. De momento llama a ese amigo tuyo, Tim, y dale los datos.

— ...

— No me vengas con tonterías, que no estoy para bromas. El despido es temporal, cuando vuelva lo resolveremos. Y no vayas de llorona, que no te pega nada.

— ...

— Pues créetelo, eso es lo que he dicho.

— ...

— Eso quería, a ver si espabilas.

— ...

— Pues arréglatelas con él. Si hace falta pídele disculpas, que algo harías para que quedaseis tan mal.

— ...

—Lo siento, cuando cortes con el próximo, intenta quedar como amigos. Y no te entretengas, dentro de un par de horas necesito algo.

— ...

— ¡No quiero volver a oír sandeces! Ni estás en el paro ni te he dejado tirado. Sigues trabajando para mí, así que no te columpies. Cuando vuelva me ocuparé de que esto no sea más que una anécdota. Y ahora ponte manos a la obra, que sólo cuentas con un par de horas.

— ...

—Por cierto, te mando una dirección en La Seu. Quiero que estés allí a la hora que especifica el e-mail. Nos vemos luego.

Cuando colgó respiró hondo varias veces hasta que consiguió hacerlo sin temblar. Despedir a Luis era lo más estúpido que le había visto hacer a Paco. Le ingresarían la indemnización en la cuenta corriente al cabo de dos semanas y ni siquiera le habían dejado entrar en el despacho. Eso era ruin y rastrero, además de mezquino. No le había preguntado por los documentos que había apartado del dossier del caso, no era necesario, pues ambos sabían que éstos estaban ahora al alcance de cualquiera. Se preguntó si correría la misma suerte cuando volviese a Barcelona. ¿Cómo podía haber cambiado tanto su vida en menos de dos semanas? Se tapó la cara con las manos y cerró los ojos, dispuesta a llorar un poco para liberar la tensión. Pero no había lágrimas, ni el más mínimo asomo de tristeza. Kate, concéntrate en lo que sientes, vamos. ¿Tienes ganas de volver atrás? Imposible, antes necesitas saber más de Manel Bernat, quién es y qué hace, y después ver cómo despierta ella y si podrá valerse por sí misma. No puedes volver sin resolver todo esto. El bufete está en tercer lugar. ¿Estás segura de que eso es así, de que no te estás dejando llevar por la intensidad de las cartas o por el miedo a que Dana te culpe del accidente? ¿Habla el sentido común o el estupor en el que te mantienen los últimos acontecimientos? Piensa, Kate, vamos, piensa.

—Siempre has sido una mandona.

Kate tragó saliva con la vista fija en las luces de la torre y se dio la vuelta. Sus ojos buscaron los de Dana. Había olvidado que los tenía cubiertos por un vendaje, pero ella no se había movido. Se preguntó si la habría engañado la imaginación y se acercó a la cama. Esta vez sí le cogió la mano y en seguida notó la presión de sus dedos.

Se dejó caer en la silla y volvió a apretársela.

– Dan...

– Mmmm...

– ¿Estás bien?

Con los ojos anegados la vio enarcar levemente las cejas y asentir.

– Mmm...

Entonces sus labios se abrieron para soltar un ¿qué día es? que la dejó perpleja.

– Miércoles.

Dana frunció el ceño. Y Kate notó que estaba incómoda e intentaba moverse.

– ¿Qué pasa? ¿Necesitas algo?

Tras una pausa Dana asintió.

– El banco, tienes que ir al banco. Hay un sobre... en el cajón secreto... del escritorio. Llévalo... al banco.

– Vale. Tú tranquila, en cuanto lleguen Miguel y el abuelo, iré.

Todo su cuerpo pareció relajarse. Kate le apretó la mano, pero ya no hubo respuesta.

Por primera vez fue consciente de la fragilidad de Dana, del esfuerzo que requeriría el camino y de cuánto les quedaba para volver a la normalidad. Dos golpes en la puerta disiparon sus pensamientos. Ahora debía ir a la finca y al banco mientras su abuelo se quedaba con Dana. Acababa de ver el efecto estresante que causaba en su cuerpo pensar en el dinero, y no quería verla sufrir más de lo que ya tendría que hacerlo por las secuelas del accidente. Se dio la vuelta, dispuesta a pedirle al abuelo que se quedase hasta que ella volviese, pero quien entró fue Chico.

– Hola, he venido sólo un momento a traerte esta carta. Ha llegado certificada y me ha parecido que podía ser importante.

Kate le escuchaba sin oír. Acababa de escuchar la voz de Dana y nada era más importante. Ni siquiera lo pensó.

– Me ha pedido que vaya al banco.

Él se la quedó mirando sin comprender. Kate enarcó las cejas y Chico abrió los ojos como platos.

Kate sonrió.

—Sí, se ha despertado un instante y me ha dicho que era mandona y que fuese al banco.

—¿Puedo? —preguntó señalando la cama mientras le ofrecía el sobre.

Kate cogió la carta y amplió la sonrisa.

—Claro, hombre.

Pero en cuanto vio el membrete del juzgado supo que eran malas noticias. Su ritmo cardíaco se aceleró mientras la abría y cuando sus ojos recorrieron el texto del requerimiento empezó a notar cómo se le encogía el estómago hasta que se le cerró por completo. La imagen del sargento le quemaba las tripas. El muy cínico lo había hecho, a pesar de todas las pruebas que le había dado. ¿Cómo se podía ser tan hipócrita? Había fingido ir de amiguete para luego clavarle el puñal. ¿Y la comisaria? Ésa pronto se iba a tragar la citación. Pensó en el hijo de Marian y lamentó tener que ir a por él, pero si había que elegir nadie valía más que Dana. Y, dadas las circunstancias, ya no le quedaba otra. Miró a la cama. Dana acababa de mover la mano y se le ocurrió algo. Se acercó a Chico y le hizo un gesto para que guardara silencio. Entonces le susurró a Dana al oído:

—Necesito tiempo para resolver algo, tienes que seguir durmiendo unas horas más. Nadie debe saber que estás despierta o estaremos metidas en un lío muy gordo. —Y añadió mirando a los ojos de Chico—: Dan, si me has entendido mueve la cabeza.

Ambos la miraron expectantes y el movimiento no se hizo esperar.

—De acuerdo, sigue durmiendo hasta que yo vuelva. Y, Chico, tú no te muevas hasta que lleguen Miguel o el abuelo. Y ya sabes, chitón.

Él volvió a asentir.

Tres minutos después, Kate salía del hospital con la BlackBerry pegada a la oreja y una caja metálica en el bolso, dispuesta a ponerle de vuelta y media.

Había dormido mal. Lo que iba a hacer no le gustaba y cada vez que pensaba en ello le daban ganas de desaparecer y no volver nunca más. Pero no había otra, a las diez le esperaban para meter a su madre en la cárcel de viejos y ya no podía echar marcha atrás, sólo avergonzarse de ser el peor hijo del mundo. Se aseguró de llevar la cartera y empezó a ponerse nervioso por no tener ya el dinero en metálico. Sólo esperaba que la sucursal de la esquina se lo pudiese abonar en efectivo y no verse obligado a aguantar la mirada reprobatoria de doña Rosa mientras buscaban otra oficina con su madre y las maletas en el taxi.

Cuando tuvo el casco puesto notó la vibración del móvil en el bolsillo y cerró los ojos resignado. Seguro que a «la doña» se le había ocurrido algo para complicarle la mañana. Miró la pantalla y cuando vio quién era descolgó y se golpeó con el móvil en el casco. Imbécil... Luego dijo un momento y conectó el manos libres mientras se quitaba el casco.

—Sí...

—¿Se puede saber a qué juegas?

—¿¡Eh!?, no sé de qué me hablas.

—Eres un impresentable. ¿Era necesario hablar con el juez estando como está? ¿Sabiendo que no puede declarar? ¿Qué ganabas, puntos con la pelirroja? No tienes vergüenza ni dignidad, y que sepas que voy a ir a por vosotros y voy a llegar al fondo de todo. Y, créeme, se os va a caer el pelo. ¡Sois un atajo de ineptos y de incompetentes!

—¡Oye!, no ha sido culpa mía, ¡y córtate un poco! Que ya empiezo a estar hasta los huevos de que me calienten la cabeza. Llevo dos días escondiendo el maldito informe, pero hay veces en las que tienes que acabar salvando el culo.

J. B. se arrepintió de inmediato de lo que acababa de decir.

–Será el tuyo, ¿no? Nunca imaginé que fueses tan rastrero como para hacer algo así. Te creía más honrado, más profesional, no me imaginaba que fueras capaz de seguir adelante a pesar de saber que ella no tiene nada que ver con su muerte. ¿Qué tal se vive sabiendo que todo esto es culpa de tu incapacidad?

–No tienes ni idea de qué estás hablando. Y ten cuidado con lo que dices, la paciencia tiene un límite y te la estás jugando.

–¿Qué es lo que me estoy jugando? ¿Que vengas a detenerme? ¿Con qué cargos? ¡Ah!, claro, olvidaba que no los necesitas. Vamos, hombre, tengo razón, tú lo sabes, y también que lo que has hecho no tiene vuelta atrás. A ver cómo duermes con eso.

J. B. cogió aire. Lo peor era que a la jodida no le faltaba razón.

–Mira, la veterinaria no está acusada de nada. Además, no sé qué te preocupa tanto. Tampoco puede declarar...

El silencio de Kate la delató y J. B. ató cabos en seguida.

–No me jodas... ¿Ya puede?

–No, aún no –respondió furiosa.

Pero la siguió un silencio.

–Entonces tenemos tiempo para seguir investigando. Mientras todo siga igual no hay problema.

–Pero ¿cómo puedes ser tan necio? Has dejado que la impliquen, despertará de un momento a otro y el resto de su vida constará en los archivos informáticos del juzgado como imputada en un caso criminal. ¿O es que pensabas que tu mala praxis no tendría consecuencias, o que ella no iba a despertar nunca?

J. B. esperó un instante.

–Entonces, ¿ya lo ha hecho?

–Yo no he dicho eso. Pero, cuando eso pase, ¿qué se supone que tendrá que hacer?

–Pues... tendrá que enfrentarse a lo que haya hecho.

Kate replicó:

–Tengo pruebas de quién lo hizo y de cuáles eran sus razones, y no voy a dejar que esto continúe. Iré a ver al juez.

– ¿Qué pruebas son éstas?

– Unos documentos que demuestran que el hijo de Marian Bernat está vivo y que tuvo acceso a su DNI, además de razones de muchísimo peso para querer acabar con su tío.

Kate decidió que no implicaría al párroco.

– ¿Qué pruebas? ¿De dónde las has sacado? ¿Sabes que son parte de un caso criminal y que es ilegal retenerlas? ¿Y sabes que acabas de volver a colarme un marrón al contármelo? Joder, tendría que denunciarte ahora mismo... ¡No!, debería haberlo hecho cuando entraste en la finca de los Bernat. Eres un peligro y estás loca. Mira, lleva esas pruebas de inmediato a comisaría y reza para que nadie te detenga de camino a mi despacho, o va a ser a ti a quien se le caiga el pelo. Joder, eres como una mala migraña, tía. Dentro de cinco minutos estoy ahí, no te muevas de mi despacho.

J. B. colgó y llamó de inmediato a Montserrat.

La secretaria respondió a la primera.

– Montserrat, dentro de cinco minutos llegará la nieta del ex comisario y necesito que la metas en mi despacho sin que la vea nadie. ¿Puedes?

– ...

– Sólo esta vez. Por favor. Si la pilla alguien, estamos metidos en un lío.

– ...

– Sí, pero iré más tarde. Ahora aviso a la señora Rosa.

– ...

– Gracias, ya voy.

J. B. colgó y llamó a la señora Rosa. Mientras escuchaba el tono decidió que sería mejor soltárselo de una tirada. Le sudaban las manos y tenía el corazón a punto de salirse por la boca. Desde luego, la letrada había nacido para dar por el saco. Cuando la señora Rosa descolgó, J. B. se lo soltó de carrerilla.

– Rosa, no voy a poder ir hasta el mediodía. Lo siento, tengo una urgencia que no puedo saltarme.

Ella hizo una pausa.

– El paleta entra mañana y ahora llamaré a las teresitas, pero después de las cuatro no permiten entradas. Tú verás.

— Antes de las cuatro, seguro que llego. Cuando salga le aviso para que se preparen.

— No te retrases. ¿Ya tienes el dinero?

— En el bolsillo de la chaqueta — mintió.

— Pues no la pierdas de vista, no vaya a ser que tengamos algún percance. Venga, hasta luego.

No le daba tiempo a ir al banco, pero después tendría que hacerlo sin falta porque al llegar a Barcelona estarían todos cerrados. Cuando arrancaba la moto pensó en Miguel y en cómo iba a tomarse el ex comisario las investigaciones ilegales de su nieta si salían a la luz. Si Magda se enteraba, seguro que la denunciaría, y eso implicaba su inhabilitación inmediata.

Paró de nuevo la moto y marcó su número.

— ...

— Bien, tío, pero tu hermana va a tener problemas y quería avisarte por si quieres tomar medidas o hablar con tu abuelo.

— ...

— Ha estado investigando por su cuenta y tiene pruebas del caso Bernat. Le he dicho que las llevase a comisaría y está en mi despacho, pero cuando salgan a la luz es posible que quien se las haya proporcionado tenga que testificar, así que pregúntale al ex comisario qué se puede hacer, porque yo puedo decir que eran mías, pero con la comisaria eso no va a colar.

— ...

— Ya, tío, pero es tu hermana y me siento responsable.

— ...

— OK, nos vemos allí, pero llegaré tarde, tengo que bajar a Barcelona.

— ...

— Vale, hasta luego.

Comisaría de Puigcerdà

Por lo menos se había desahogado. Ahora, si jugaba bien sus cartas, aún podía conseguir que se retractasen y archivases definitivamente la causa. Lo había visto alguna vez, pocas, pero no era imposible. Apretó con fuerza la caja que llevaba en el bolso, y entró en el aparcamiento con la tarjeta del parking en la mano.

Sacar el coche le salió por un ojo de la cara. Visto lo visto y con la que estaba cayendo en el bufete, y en la finca, tendría que plantearse no desperdiciar los más de veinte euros que cada día le costaba el parking. Bajó por la rotonda y entró en el aparcamiento de la comisaría. Kate notaba el corazón acelerado, la última vez que había estado allí fue para recoger a Dana después de aquel interrogatorio que ya debía haberla puesto sobre aviso. Qué idiota había sido confiándose. Aparcó el A3 en una de las plazas para visitantes y revisó la BlackBerry antes de salir. Luis había cumplido, le confirmaba que estaría en La Seu a la hora prevista y le mandaba un correo en el que la advertía de que Tim tenía los datos pero quería hablar con ella antes de ponerse a trabajar. Kate repitió el número en voz alta para memorizarlo y marcó.

Se entendieron a la primera y colgó convencida de que Tim no necesitaría más de un par de horas para averiguarlo todo de Manel Bernat. Por unos instantes recuperó la sensación de control a la que estaba acostumbrada antes de recibir la llamada de Dana la semana anterior. Bajó del coche, se puso la chaqueta y al colgarse el bolso en el hombro notó en las costillas el borde de la caja. Sin quitarse la chaqueta volvió a entrar en el coche y cerró la puerta. Comprobó con un vistazo que estaba sola en el aparcamiento, que nadie la observaba, y extrajo la caja. Luego la abrió.

Puso los retratos de Rosalía, Marian y Manel, que estaban encima de todo, sobre la caja y las fotografió una a una con la BlackBerry. Luego vació uno de los

sobres, metió dentro las fotos de Rosalía y lo guardó en la guantera.

Cuando entró en la comisaría, Montserrat la recibió algo nerviosa. Seguro que el sargento había llamado para avisarla de que parase el golpe. De acuerdo, pero eso no les ahorraría el marrón que iba a montarles, en cuanto todo saliese a la luz, por haber imputado a una inocente.

Montserrat le abrió la puerta de acceso a los despachos cuando la pantalla de la BlackBerry se iluminó. Kate levantó un dedo para pedirle un segundo a la secretaria y salió fuera a contestar.

–Hola, ¿va todo bien?

–...

–No me lo puedo creer. Bueno, dile que a la hora que venga estaré ahí para pagarle. No es momento de cambiar de proveedores. ¿Sabes cuánto se le adeuda?

–...

–Ah, de acuerdo. De todos modos, tengo que pasar por la finca y luego ir al banco, así que no habrá ningún problema. Chico..., ¿de veras necesitamos ese forraje?

–...

–Entonces dile que estaré ahí a las once, que no venga antes ni después porque me habré ido y no cobrará. Tampoco vamos a ponérselo tan fácil.

–...

–No te he comentado nada, pero gracias. Lamento que tengas que lidiar con esto, pero por ahora es lo que hay. Mañana intentaré poner al día las cuentas de la finca para que no vuelva a ocurrir.

–...

–Vale, nos vemos allí.

Cuando colgó, Kate necesitó respirar hondo varias veces antes de volver a marcar. Era el peor momento para vender, pero esperaba que el dinero de las acciones bastase para poner la finca al día y no tener que andar apagando incendios, como parecía que había estado haciendo Dana. Se dio la vuelta y entró en el edificio.

Montserrat la recibió como una polilla a la luz. Le hizo una seña para que la siguiese, pero, de improviso, una de las puertas se abrió para dejar paso a la

madrastra del castillo. Por lo menos ésa fue la impresión que tuvo Kate cuando vio la melena roja de la comisaria en el marco de la puerta.

– Abogada, la he visto llegar y me va de perlas porque quería hablar con usted. Pase a mi despacho, quiero comentarle algo sobre el accidente de su amiga.

– Sólo he venido a entregarle unos documentos al sargento Silva, no puedo entretenerme.

– Montserrat, ¿no está hoy Silva en Barcelona?

Montserrat asintió para negarlo un instante después. Kate la miraba sin comprender.

– Me ha llamado para decirme que ahora venía. Creo que irá por la tarde.

– Pues entonces le esperaremos juntas, yo también quiero verle.

Kate miró a Montserrat y entró en el despacho de la comisaria.

Comisaría de Puigcerdà

– ¿Qué tal sigue su amiga, la veterinaria?

La comisaria le indicó con un gesto que se sentase, pero Kate permaneció de pie.

– Estaría mejor si no fuesen a por ella con tanta inquina. De todos modos, pronto la dejarán en paz.

Magda obvió la respuesta y se retiró el pelo con el anular y el meñique. Abrió con afectación el portafolios que tenía delante y clavó sus ojos en los de Kate.

– Quería hablarle del accidente, del informe preliminar que nos ha llegado. Parece que Dana Prats tendrá que responder por la muerte de los dos ocupantes del otro vehículo.

Kate sonrió con sarcasmo. La tira del bolso le resbalaba en la mano.

– No sé cómo no le da vergüenza...

– ¿Cómo dice?

– Ser tan poco profesional. Anteponer sus intereses a la verdad. Es vergonzoso.

La comisaria sonrió.

– Comprendo su irritación, créame, y también la impotencia y la frustración que debe de sentir por no poder hacer nada. Todos tenemos amigos por los que enarbolar la bandera de la inocencia. Pero esta vez, hágame caso, lo tiene perdido.

Kate la vio erguirse en la butaca y mirarla con arrogancia.

– Acépteme un consejo: céntrese en cuidarla y deje de removerlo todo. Tengo entendido que no va a quedar muy bien después del accidente.

Magda la observó apretar la tira del bolso. La cara de la abogada era una máscara. Bien, a eso iba. La comisaria pensó en su siguiente frase y empleó un tono de afectación.

– Todo esto me parece una lástima. Pero la verdad es que los hechos son los que son y las pruebas apuntan al mismo objetivo. Todo está bastante claro – resolvió encogiéndose de hombros.

Kate la miraba directamente. Magda se preguntó si conseguiría verla perder los estribos. La respuesta no se hizo esperar. La abogada entornó los ojos y le soltó con rabia:

– ¿Por qué miente? ¿Se siente mejor, más importante? Me pregunto a quién quiere engañar... Usted sabe tan bien como yo que Dana no tuvo nada que ver con la muerte de Jaime Bernat y, para serle sincera, no me explico ese interés desmedido en implicarla. Cualquiera podría pensar que existen razones ocultas tras esa insistencia...

Estaba empezando a molestarla y no iba a dejar que siguiese por ahí. En un segundo la echaría del despacho, pero no sin saber por qué había ido a ver al sargento.

– Comprendo su decepción, y que busque culpables, pero las pruebas son las pruebas.

– Hay otras pruebas que crean una duda más que razonable sobre su implicación, motivos que apuntan que el verdugo de Jaime fue otra persona y que van a hacerles quedar como unos completos incompetentes.

– ¿Y qué pruebas son esas?

– Cuando llegue el momento lo sabrá.

– Espero por su bien que no esté actuando al margen de la ley.

– ¿Qué le hace pensar eso?

– El sargento. La ha citado en su despacho.

– ¿Y?

– Bueno, es evidente que usted no es su tipo. Me inclino a pensar que se llevan algo entre manos sobre el caso...

Magda se irguió en la butaca sin perder de vista a su interlocutora. Lo que acababa de decirle la había sorprendido, era evidente, pero ¿por qué? ¿Tal vez la abogada esperaba que el sargento pudiese hacer algo? Qué lástima, habría que

aclararle quién mandaba en la comisaría.

—No pierda el tiempo, él no va a hacer nada que yo no haya aprobado primero. Aquí nadie decide sin mi beneplácito.

Tras dos golpes, J. B. apareció por la puerta.

—Comisaria, la letrada había quedado conmigo. —Y mirando a Kate añadió—: Cuando quieras.

No iba a ponérselo tan fácil.

—Señorita Salas —dijo Magda—, si llega a mis oídos que está usted interviniendo en un caso criminal o que posee pruebas de él me veré obligada a informar al juez, y ya sabe lo que esas irregularidades representarían para su carrera.

Kate dio un paso adelante y apoyó las manos en el respaldo de la silla. Magda la miró sin comprender y el sargento carraspeó desde la puerta.

La comisaria la escuchó decir:

—Voy a hacerle una propuesta... que estoy convencida de que no querrá que trascienda —dijo Kate lanzando una mirada fugaz hacia la puerta.

Magda le sostuvo la mirada. Interesante. Y se apartó el pelo con el anular y el meñique.

—Sargento, espere en su despacho. En cuanto terminemos, la abogada Salas irá para allá.

J. B. miró a Kate esperando que se volviera hacia él, pero ella seguía mirando a la comisaria y no se volvió ni siquiera cuando le oyó cerrar la puerta.

Magda se apoyó en el respaldo de la butaca dispuesta a escuchar.

—Sé quién mató a Jaime Bernat. Le entregaré todas las pruebas en cuanto se retracte de la petición de imputación de Dana que le ha hecho al juez. Luego podrá disfrutar de haber resuelto el caso y nosotras nos iremos a casa.

—¿Y qué pruebas son esas? —preguntó la comisaria con sarcasmo.

Kate se mantuvo en silencio y Magda entornó los ojos antes de añadir:

—No lo entiende, ¿verdad? El caso está resuelto si yo no decido lo contrario, y para eso tiene que darme algo más.

—Manel Bernat, el hijo de la hermana de Jaime. Él es el asesino, la persona que le mató por haber inducido a su madre al suicidio y haberse quedado con sus

tierras y con el dinero de su herencia. Encuéntrele y habrá resuelto el caso.

– ¿Y cómo sabe usted eso? ¿O es que me está pidiendo un acto de fe?

– No, sólo le pido que le localice y le interrogue.

– ¿Por qué debería hacerlo?

– Porque, de lo contrario, va a quedar como una completa inepta cuando se descubra la verdad en el juicio. Yo sólo quiero evitar que Dana se vea inculpada, no me interesa salir en la foto. Tiene en su mano hacerlo usted misma o arriesgarse a que todo salga a la luz sin su pleno control.

Magda dudó mientras Kate le sostenía la mirada. La abogada parecía ir en serio. De acuerdo, por probar no se perdía nada.

– Muy bien, le buscaremos y si tiene razón hablaré con el juez.

– La citación es para dentro de dos días. Y al paso que van sus hombres, pueden encontrar al tipo en Navidad. No le daré ninguna información hasta que se retracte ante el juez.

– Entonces me ahorra un trabajo.

– Bien, usted decide.

Kate se volvió, pero antes de tocar el pomo de la puerta oyó el clic y la voz de Magda:

– Montserrat, haga venir al sargento.

Kate abrió la puerta y encontró a J. B. tras ella. Él la evitó y miró directamente a Magda.

– Sargento, póngase de acuerdo con la abogada Salas y localice a... ¿Cómo era?

Kate dudó un instante. Y Magda continuó:

– Tiene mi palabra de que si está en lo cierto haré lo que me ha pedido.

– Manel Bernat – continuó Kate.

Magda miró al sargento.

– ... Manel Bernat. Dele prioridad absoluta.

Cuando cerraron la puerta por fuera, y por fin se quedó sola, el despacho le pareció un remanso de paz. Puede que todo aquello fuese un farol, pero la nieta del

ex comisario no parecía de las que hablaban en balde. Y el sargento había estado inusualmente disciplinado. Extraño. En fin, de un modo u otro habría resuelto el caso en apenas una semana larga. Lo único que le preocupaba ahora eran las dos llamadas perdidas que tenía de Hans.

C-16, dirección Barcelona

¿Y eso de que iban a encontrar al tipo por Navidad? ¡Había que tener mala leche! Además, aunque a él no le importaba lo que pensase la comisaria, el caso era que ella no lo sabía, y con todo le había hecho quedar como un inútil delante de la jefa sin prever las consecuencias.

¿Y las amenazas? Tienes veinticuatro horas para encontrarle. Pero ¿quién coño se había creído que era? Al salir del túnel, J. B. aceleró hasta que casi despegó la rueda del asfalto y siguió cavilando.

Por lo menos le había dejado la caja con las pruebas de lo que decía. Es un Bernat, el primo hermano de Santi; no puede ser tan difícil. Eso creía él también. Así pues, por la mañana se pondría a ello. O quizá era mejor pasar por la central, donde Millás le echaría un cable con la búsqueda del tal Manel. Incluso, podía hacerlo antes de recoger a su madre. De repente, recordó el dinero y redujo la velocidad inconscientemente. ¡Mierda!, se había olvidado por completo. Llegó al final de la bajada del túnel del Cadí y echó un vistazo al reloj: las doce. Si posponía su paso por la central, pillaría a Millás comiendo, y ése era de los que no perdonaban. Así que iría a la central nada más llegar a Barcelona.

Pero cuando pasó por el desvío de Berga puso el intermitente. Necesitaba encontrar una sucursal. Sí, y de paso podía llamar a la señora Rosa para que pidiese el taxi para las tres. Tenía que localizar a aquel tipo cuanto antes e interrogarlo.

Sin embargo, acto seguido cayó en la cuenta de que, en realidad, no tenía ni idea de lo que debía preguntarle. Oiga, perdone, don Manel, ¿por casualidad mató usted a su tío Jaime? Estaba tan cabreado por lo que le había oído decirle a la comisaria sobre él y su trabajo que ni tan sólo la había dejado explicarse. Maldita niñata. No volvería a preocuparse por ella ni que fuese la hermana del mismísimo rey de España. Había que joderse. Y eso que se la había llevado a casa de los

Herrero e incluso le había hablado de detalles de la investigación que no había compartido con nadie. Miguel se iba a partir de risa si se enteraba de lo imbécil que era. Porque ya le había advertido sobre su hermana, la letrada del pitiminí, muy fina pero con muy mala hostia.

El banco que buscaba apareció al volver una esquina y puso el intermitente. Dejó la moto delante, en la zona de carga y descarga, y entró en la oficina pensando en la cantidad que necesitaba sacar.

Mientras metía el sobre con el dinero en el bolsillo de la chaqueta se irguió y, cuando la espalda le crujió como la pinza de una langosta, J. B. dibujó una sonrisa. La chica del mostrador también lo hizo, fingía ordenar los papeles apilados en dos columnas sobre el mostrador. Era morena, de ojos pequeños y labios finos. Aunque no era de esas a las que uno repasaba por la calle, la noventa y cinco la llevaba muy bien puesta. J. B. esperó un instante simulando colocarse bien el sobre en el bolsillo y, cuando ella levantó la vista, le clavó los ojos y le hizo un guiño. Al llegar a la puerta se volvió. Ella seguía ordenando papeles, roja como un tomate, y sin mirarle se echó el pelo hacia atrás con timidez. Ese gesto le recordó de nuevo a la letrada.

Las últimas veces que la había visto no parecía tan estirada, pero, como se suele decir, la cabra tira al monte y al final había resultado de las que apuñalaban por la espalda, dejándole como un inútil delante de la comisaria. Confiarse como un imbécil, eso había hecho. Joder, si sabía que los abogados eran unos cabrones, pues ellas peor, hombre... Aunque había que reconocer que el pelo suelto le quedaba mejor, no como lo llevaba al principio, con aquella especie de peluca lisa de Barbie. J. B. negó con el gesto. Ese movimiento al apartar el pelo estaba calculado para marear la perdiz y, en verdad, seguro que era de las que se ponían tiesas como un palo de escoba cuando tenían un tío delante. Salió de Berga. Al incorporarse a la autovía apretó las mandíbulas y dejó volar la muñeca. ¿Quién iba a pararle?

Carretera de Puigcerdà a La Seu

Hasta que hubo pasado el puente de Martinet no empezó a tranquilizarse. El maldito accidente era la gota que colmaba el vaso. Incluso suponiendo que lograra resolver el problema de visión de Dana, debería estar pendiente del juicio del accidente durante meses.

Y tampoco podía olvidarse de la mirada de desprecio que le había lanzado el sargento. Pero ¿no se suponía que había buen rollo? Al fin y al cabo, ¿quién había traicionado a quién? Como de costumbre, un hombre no tenía ni idea de cuándo metía la pata. Claro que, de un amigo de Miguel, ¿qué podía esperar?

Ni siquiera la había dejado que se explicase cuando nombró a Manel Bernat. Nada más salir al hall había cogido la caja con los documentos que le ofrecía y se había metido en uno de los despachos. El muy imbécil la había dejado con la palabra en la boca después de haber hecho todo el trabajo por él. Ni siquiera tuvo la decencia de mirarla cuando le advirtió lo de las veinticuatro horas. Con el doctor Marós rondando a Dana y las enfermeras entrando en la habitación y saliendo constantemente de ella, no tardaría mucho en correr la noticia de que Dana había despertado. Y entonces sí tendrían un problema, porque la citación era para el viernes y si estaba consciente tendría que declarar como imputada en un caso penal. Kate quería impedirlo y, si no conseguía que lo hiciese la policía, ella misma pediría que archivase la causa. Aunque para eso tendría que esperar y ya sería tarde. En cuanto a eliminar los archivos informáticos del juzgado en los que quedaba constancia de la relación de Dana con un caso penal... bueno, nada era imposible. Esa idea la hizo pensar en Paco, en lo que había aprendido en el bufete. El negocio más rentable en esta empresa son los favores, solía decir. Kate se desabrochó el botón del pantalón y respiró hondo al volver a poner la mano en el volante. Pero lo que le preocupaba eran los intereses...

Y, por si no fuera poco, ahora habría que preocuparse por el accidente. Cómo podían tener tan mala suerte... También podía haberse despeñado ella sola por el puente y no complicarlo todo con dos muertos más. Ponga un muerto en su vida, o tres. De no estar tan furiosa con la situación y sentirse tan culpable, aquello le hubiera parecido un chiste. Y Paco, ¿es que después de tanto tiempo no la conocía? ¿Cómo podía ser tan cretino como para pensar que iba a dejarle tirado con el caso? La poderosa mirada de Paco se coló en su mente. Hombres. Seguro que cuando la miraba estaba pensando en su propio ombligo... Pero ni tan sólo esa idea la hizo sonreír.

Al llegar a La Seu aparcó en el paseo del Parque y buscó en el navegador la dirección en la que había quedado con el técnico andorrano. Luis llegaría al cabo de veinte minutos y se llevaría los registros para entregárselos a Paco. Kate sacó una de sus tarjetas del billeteero para escribir la nota y desenroscó el tapón de la pluma, contenta de poder usarla una vez más. Había sido el primer regalo de Paco cuando entró en el bufete, y unos días después la había utilizado para sorprenderle al firmar con una tinta verde, oscura como las hojas de un abeto y completamente distinta a las del resto de sus colegas. Recordaba con añoranza esos días en los que sólo conocía de él su faceta de abogado mítico con una vida personal interesante y críptica. Miró el papel en blanco y la asaltaron las ganas de decírselo en persona, o de estar en su despacho para verle la cara cuando abriese el sobre que aseguraba la libertad de Mario y con el que ella confirmaba su compromiso con él y con el bufete, a pesar de todo. En ese instante se dio cuenta de lo frágil que se sentía en su nuevo puesto y de lo poco que se valoraba a sí misma, a pesar de todos sus triunfos. Bajó la vista y se encontró con la hoja en blanco.

Debía ser directa y lo bastante incisiva como para hacerle reaccionar. Cerró los ojos. Notaba el papel grueso y fino de la tarjeta bajo las yemas de sus dedos y el tacto frío de la pluma en la mano. Empezó a pensar en lo que aún le quedaba por hacer antes de ir al hospital y escribió.

Cinco palabras más tarde, Kate caminaba con decisión hacia la cita con la salvación de Mario.

No le quedó más remedio que comer con Luis y emplearse a fondo para animarle. Incluso a sabiendas de que no le daría tiempo de pasar por el banco antes de ir a la finca para revisar las cuentas, ni tampoco de hacer el ingreso que Dana le había encargado, decidió que se debía a sí misma acabar bien lo de Mario y mandó un *whats* a Chico para que retrasase al día siguiente la cita con el proveedor del

forraje. Hacia las tres, de vuelta a Puigcerdà, recordar la imagen vencida de su adjunto aún la enervaba. Le había pasado el listado de movimientos antiguos que incriminaban a Mario y el nuevo estado de movimientos. Por la mañana, Luis debía personarse en el bufete y entregárselo directamente a Paco, en mano. Además, le había pedido que esperase mientras lo leía para poder contarle su reacción.

Luis recibió el encargo sin alegría. Estaba afectado por el despido y era fácil notar que no confiaba en que ella pudiese cambiar la decisión del bufete. Eso la puso de mal humor y le advirtió que necesitaba a alguien más implicado a su lado. Solo cuando le preguntó por lo que había averiguado sobre la mujer desconocida de la lista del fiscal pareció ponerse las pilas. Los cotilleos siempre se las ponían.

Como temió Kate en un primer momento, se trataba de un asunto de faldas. La protagonista era una prostituta ucraniana de apenas dieciocho años que durante el juicio indudablemente sacaría a la luz la parte más sórdida de la personalidad de Mario. Ninguno lo comentó, pero en las pausas de la conversación latía la preocupación por si el hermanísimo habría esperado a la mayoría de edad de ella y, sobre todo, por si habría sido lo bastante discreto sobre sus negocios. De quien Luis no sabía nada era de Tim, y a ella tampoco la había llamado. Al final le contó cómo quería que le entregara los extractos a Paco y le pidió que, aprovechando la entrada en el bufete, rescatara los dossiers que podían comprometerles de su despacho.

Ahora, de vuelta a Puigcerdà, Kate tenía la sensación de estar de nuevo ante un gigante, agotada después de haber vencido al primero. Porque, a pesar de haber arreglado el asunto de las transacciones, lo que pudiese destapar esa nueva actriz en el escenario del caso Mendes era algo desconocido que los dejaba nuevamente expuestos.

Asilo de las teresitas, Barcelona

No había detectado ni un instante de lucidez en sus ojos. Antes de entrar en las teresitas ya le quemaban las tripas, como si tuviese dentro un maldito volcán. La habían llevado a la habitación y la habían colocado como si fuera una planta en la butaca, delante de la ventana. Luego, dejó a la señora Rosa poniéndole las zapatillas mientras él iba a pagar. Para el cargo de las mensualidades les facilitó la cuenta en la que cobraba la nómina, la misma que le había dado a Mari para el ingreso del alquiler. Después, sólo habría que esperar a que todo fuese cuadrando cada mes. La operación de meter a su madre en la cárcel no duró más de hora y media, hasta que doña Rosa le dijo que oscurecería pronto y que era mejor que se fuera para que no tuviera que conducir a oscuras.

Ni siquiera al despedirse de ella pareció reconocerle. J. B. se agachó a su lado, le cogió la mano y le besó el pómulo. Sus labios encontraron una piel suave, frágil, y cálida. Eso le reconfortó; por lo menos, en la cárcel no hacía frío. Le susurró un adiós mamá y cuando fue a soltarle la mano ella la retuvo un instante. Esa sensación le aprisionó el corazón. Su mano, flaca y huesuda, sujetaba la suya con una fuerza inesperada y, en ese instante, no supo qué hacer y buscó con la mirada a doña Rosa.

La mujer estaba leyendo una revista del corazón. Entonces J. B. se armó de valor y buscó los ojos de su madre. En su mirada acuosa le pareció intuir su propia imagen de perro asustado y cobarde, un perro callejero al que ella había acogido como suyo y que ahora le devolvía el favor encerrándola como a una criminal. Los ojos empezaron a anegársele y, cuando bajó la vista hasta las manos que ambos mantenían unidas, ella le dio dos apretones seguidos, como cuando era pequeño y su padre le reñía. Era un gesto privado entre los dos que le daba confianza y que llevaban años sin compartir. Le dio otro beso y dos más, y cuando quiso susurrarle que iría a visitarla cada semana las palabras se atraparon en su garganta.

A las cinco salió de las teresitas. Empezaba a anochecer y Barcelona estaba en penumbra por el lento arrancar de las bombillas anticrisis de bajo consumo. Caminó a buen paso hasta el aparcamiento de motos, delante de casa de su madre, donde había dejado la suya. No pensaba olvidarse de ella ni una semana, pasase lo que pasase y muriesen los Bernats que muriesen. Era una promesa que no iba a romper, nunca. Esa firmeza le infundía una falsa animosidad que en el fondo no le engañaba en absoluto. Estaba roto por dejarla allí, pero no había otra, y lo único que podía hacer para no sentirse peor era mantener esa promesa.

Se montó en la moto y, justo antes de ponerse el casco, la cara de Tania iluminó la pantalla del móvil. Descolgó y se acercó el aparato en la oreja.

— ¿Qué hay?

— ...

— Nada, estoy bien.

— ...

— En Barcelona, delante del piso de mi madre.

— ...

— He quedado en el Insbrük con Miguel para echar una partida.

— ...

— Vale, nos vemos allí.

— ...

Sonrió mientras escuchaba la oferta de la cena casera, y sonrió.

— Y necesitas a alguien que la vacíe de Moritz. Una casualidad interesante...

— ...

— Supongo que no le importará. Salgo ahora de Barcelona. ¿Dónde quedamos?

— ...

— ¿Y me abrirás la puerta como en las pelis?

— ...

— Siempre me porto bien, ya lo sabes.

— ...

— Pfff, algo indecente, mejor negro. Ya bajarás la calefacción cuando llegue.

— ...

Soltó una carcajada.

— Siempre.

Puede que eso fuese lo que necesitaba. No pensar, sólo un par de desahogos y unas horas de sueño. Decidió que no iba a dejar pasar ni una sola semana, que el sábado bajaría a verla y se quedaría en la cárcel toda la mañana. Cuando volvía a ponerse el casco notó la vibración en el bolsillo y sacó el móvil para responder al comisario Millás.

Habitación 202, hospital de Puigcerdà

Desde que había llegado de La Seu, estuvo viendo dormitar a Dana intermitentemente durante toda la tarde, y al final cayó rendida cerca de las doce. Ni siquiera habían podido mantener una conversación, porque cada poco rato Dana desconectaba y ella se quedaba hablando con el vacío y sintiéndose más sola que la una. Le había ocultado su encuentro con Luis y que no había ido al banco. Tampoco pasaría nada si iba al día siguiente, y pensaba hacerlo por la mañana, así que para qué preocuparla. Sobre las cinco de la madrugada la despertó el aviso de un correo entrante en la BlackBerry y echó un vistazo a la pantalla.

Tim sostenía que el único Manel Bernat que había estado empadronado en la calle Aribau durante esa época desaparecía literalmente del mapa a finales del 84. Luego, ni rastro. A continuación había anotado un número de cuenta para que le ingresase el importe que habían acordado. Kate se despertó de golpe. Era muy imbécil si pensaba que con eso se iba a conformar. O le enseñaba el certificado de defunción, o si quería ver un euro tendría que seguir investigando hasta determinar dónde estaban en ese momento los huesos del hijo de Marian.

Kate escribió la respuesta en caliente, pero por suerte la releyó antes de mandarla. Cuando lo hizo, borró casi todo lo que había escrito y empezó con una pregunta. ¿Para qué le mandaba una información incompleta? Ella le había pedido que localizase a alguien y no que le dijese cuándo se le perdía la pista por completo. Además, ¿por qué quería cobrar? ¿Por un informe a medias? ¿Acaso se pagaba un menú sin plato principal? Concluía lamentando que Luis hubiese apostado tanto por él y lo poco útil que estaba resultando su colaboración.

La respuesta no se hizo esperar. Tim, como todos los hackers, tenía una altísima opinión de sí mismo y de su capacidad, muy por encima de la del resto de los mortales, de modo que le dijo que le dedicaría al asunto un par de horas más y

que la llamaría con nuevas noticias.

Cuando cerró el correo miró hacia la cama. Dana continuaba sin moverse. El mundo avanzaba a toda velocidad y el que se detenía a tomar aliento quedaba rezagado. A eso parecía estar destinada Dana... pero allí estaba ella para impedirlo.

Bajo la ducha caliente, su cabeza no dejaba de pensar en los cambios que se habían producido durante el día. Si había suerte y el sargento daba con Manel Bernat, tendrían un problema menos. Pensó en todas las cosas que debía hacer: recoger el dinero en la finca, ir al banco a por el suyo e ingresarlo todo para que pudiesen cargar los recibos que hubiesen devuelto. A las once había que pagar al proveedor de los piensos, y después aún le faltaría averiguar a cuánto ascendía la deuda pendiente con el banco y echar un vistazo a las cuentas. Se secó el pelo y en cinco minutos escasos estuvo lista. Luego se vistió. Mientras se ponía la chaqueta respiró hondo. Miguel había quedado que iría al hospital hacia las ocho, y aún faltaban horas. Además, si salía en seguida no encontraría a nadie por la carretera y podría estar de vuelta con toda la documentación de la finca al cabo de un par de horas.

Dana parecía estar bien. Su pecho subía y bajaba con un ritmo pausado que la hacía parecer una versión vendada de la Bella Durmiente. Kate se sentó en la silla, le cogió la mano y se agachó para hablarle al oído.

—Dan, me voy a la finca. Miguel llegará en un rato y a las doce vendrá Nina a relevarle hasta que yo vuelva. Sigue así hasta que pueda resolver algunas cosas. Ya queda poco.

Ya se separaba de ella cuando vio moverse sus labios.

—Se acaba...

Kate se acercó más para entender lo que le decía.

—El plazo... Habla con el director... Páralo... Páralo... todo.

—Dan, ¿qué tengo que parar? No te entiendo.

A la veterinaria le costaba hablar y Kate se acercó aún más a sus labios.

—Madre mía... se la van a quedar...

—¿Qué se van a quedar?

—La finca.

Kate se quedó helada.

– Dan, ¿la van a embargar?

La cabeza vendada de Dana asintió.

Mierda. ¡Con ella siempre llegaba tarde!

– ¿Cuándo vence el plazo?

– El veintiocho.

– ¡¿Ayer?!

Kate cogió aliento intentando asimilar lo que acababa de oír. Giró sobre sí misma buscando el bolso. Los bancos aún no habían abierto y si hacía la transferencia desde su oficina de Barcelona tal vez pudiesen jugar con la fecha. Se levantó con la BlackBerry en la mano y marcó el número de su director de cuenta para dejarle un mensaje, pero él respondió al instante.

Dos minutos después se ponía el abrigo mientras le ordenaba a Dana que no se preocupase, que intentaría resolver el problema como fuese. Cogió el bolso y, cuando se dio la vuelta para salir, descubrió a Lía de pie, con una expresión extraña en la cara y dos vasos de café humeante.

La enfermera la había visto hablando con Dana. Kate la miró a los ojos, buscando pistas sobre sus intenciones, y Lía abrió los suyos tanto como pudo, justo antes de soltar un se ha despertado que la dejó desarmada. Kate ni siquiera tuvo que preguntarse si podía confiar en ella.

– Lía, lleva horas despierta, desde ayer, pero nadie puede saberlo hasta que hayamos resuelto ciertos asuntos. Intentaré que sea hoy. ¿Podrás guardar el secreto?

La joven no podía apartar los ojos de Dana, pero asintió de inmediato.

– Bien, ¿esto es para mí? – pidió señalando uno de los cafés.

Lía asintió de nuevo.

– De acuerdo, gracias, te debo una – aseguró cogiendo uno de los vasos –. Me voy al banco y a la finca, pero Miguel está de camino. Cuento con tu silencio – añadió apretándole ligeramente el brazo antes de desaparecer.

El valle había amanecido a varios grados bajo cero y Kate se maldijo por haber dejado el coche en una de las calles poco transitadas que daban al lago. Ahora

tendría que limpiar el hielo de la luna delantera y no sabía si en el A3 llevaba rasqueta. Todo estaba oscuro y las calles se encontraban casi desiertas, así que podía oír perfectamente el sonido de sus propios pasos sobre la nieve. En la finca tenía sus viejos descansos, le recordaron el día de la fiesta, cuando pensaba volver a Barcelona y seguir con su vida. ¡Qué lejos le parecía todo aquello! Pero ni siquiera había transcurrido una semana desde su discusión con Dana. Y las barbaridades que pensó de todos. Ahora sabía que no podían responder, y eso le recordó el accidente. Se preguntó qué haría ahora, cuando Dana despertase completamente y supiese que no podía ver. La recorrió un escalofrío y se subió el cuello de la chaqueta hasta la nariz.

Esta vez estaba atada al valle de nuevo, pero con sogas de culpa y responsabilidad. Todo a la vez, nada tangible pero más real que una orden del juez. ¿Qué se supone que vas a hacer ahora con tu vida, Kate? ¿Dejarla sola? ¿Ciega y sin recursos? Empezó a sentir náuseas. Se forzó a aspirar por las fosas nasales y a concentrarse en el dolor del aire helado para olvidar el maldito estómago. Pero sólo consiguió que la tos rompiera el silencio helado de la calle. Y por fin llegó al coche.

Tuvo que esperar casi cinco minutos a que saliese el aire caliente. Mientras tanto cerró los ojos y se concentró en hacer desaparecer la sensación de tener los huesos calados. El sabor del expreso de Lía le llenaba la boca y el espíritu de sensaciones positivas. La nariz empezó a gotearle y estiró el cuerpo para abrir la guantera, donde guardaba los pañuelos de papel. Pero lo primero que encontró fue el sobre con las fotos que había guardado. A esa hora seguro que el padre Anselmo ya estaba en marcha; le había hecho una promesa, y tenía que cumplirla. Recorrió el trayecto hasta la rectoría; le castañeaban los dientes y pensó sin querer en esas dentaduras de juguete que, cuando les das cuerda, avanzan sobre una mesa como si estuviesen vivas.

El párroco tardó varios minutos en abrir la puerta. Kate le sonrió temblando y le ofreció el sobre. Él frunció el ceño y dudó un instante antes de abrirlo. Mientras tanto, Kate tiritaba de pie en la entrada con el coche en marcha. Cuando don Anselmo vio el contenido y la miró con los ojos entornados, Kate le dijo que el resto de la caja se había quedado en comisaría. Él volvió a mirar las fotos. Su nuez subió y bajó un par de veces con dificultad y toda la papada se movió como una ola. Cuando levantó la vista, Kate supo que la palabra no saldría de su garganta. Vio cómo se le humedecían los ojos y presintió que si no se iba en seguida los suyos acabarían igual. Dibujó una sonrisa fugaz para que él comprendiese que no necesitaba decirlo y dio media vuelta hacia el coche.

Durante el trayecto a Bellver, donde estaba la oficina bancaria que llevaba los asuntos de Dana, no pudo sacarse de la cabeza la historia del padre Anselmo y Rosalía Bernat. Bajo el manto de las apariencias, del día a día del valle, de las tierras, las casas y sus gentes, había historias intensas y entrañables que descubrir. Un mundo oculto con un pasado que condicionaba tremendamente las relaciones presentes y futuras y que escapaba a la mayoría de la gente. De repente, no detestó tanto la idea de pertenecer al valle. La historia de don Anselmo, aunque fuese triste por lo imposible, le había despertado el sentimiento de pertenencia y la había hecho reflexionar sobre cuántas decepciones y fracasos, cuántos errores y arrepentimientos, escondían aquellas tierras.

Al llegar a Bellver, Kate aparcó el coche delante de la sucursal bancaria. La cajera era muy joven y no se manejaba demasiado bien con los impresos, lo cual era un golpe de suerte. Kate inició una breve pero interesante conversación con Olga, que era de Olot y acababa de llegar a Bellver para cubrir una baja maternal. Era su tercer día y estaba sola, pues el director había salido. Kate le sonrió con simpatía mientras le pedía las cartas de la finca Prats y un extracto de la situación de las cuotas de la hipoteca. Cuando entró el director, casi veinte minutos más tarde, Kate ya sabía a cuánto ascendía el total de cuotas impagadas y el capital pendiente del préstamo, y tenía en su poder los últimos extractos de la cuenta de la finca Prats. Sin embargo, Olga no podía hacer la transferencia de fondos de su cuenta a la de la finca. Por alguna razón, el dinero de la venta de las acciones aún no constaba en el saldo y Kate tuvo que marcar el número de su agente en Barcelona.

Casi una hora más tarde, entraba en la finca con el corazón acelerado y el ceño fruncido. El director, en cuanto había comprendido quién era y lo que pretendía hacer, se había empeñado en ponerle trabas a todo. Afirmaba que el embargo no tenía vuelta atrás, ni siquiera cubriendo las cuotas pendientes. Después de hablar con su contacto en la central, Kate por fin había conseguido que transfiriesen el dinero, aunque había tenido que emplearse a fondo para conseguirlo. Pagó parte de las cuotas atrasadas, pero en el banco le advirtieron que de momento no podían detener el desahucio. Al salir, ya en la calle, el director de su sucursal en Barcelona le había prometido mediar en su favor con el jefe de zona y el departamento de contenciosos para detener el embargo.

Aun así, el escozor en el estómago que había empezado con la discusión en el banco continuaba torturándola. Sus fondos no cubrían toda la deuda de la finca, y

acababa de dejar su cuenta como el desierto de Gobi. Le quedaban dos mil euros. Repasó mentalmente el extracto de la Visa que iban a cargarle, el alquiler y los gastos de agua, luz y gas, la cuota del gimnasio... Sólo esperaba que Paco no hubiese retenido su nómina con cualquier excusa. Aunque, después del despido de Luis, se podía esperar cualquier cosa de él.

Miró la hora en la pantalla de la BlackBerry. Si todo salía como había planeado, el descubierto sólo duraría unos días. Esperaría a ver la reacción de Paco cuando Luis le entregase los extractos de su hermano y, si su situación laboral no quedaba resuelta, volvería a llamar al director del banco. Aun así necesitaba transmitir confianza para que resolviesen el asunto del embargo a su favor. Porque confesar un descubierto daría pie a que su solvencia quedase en entredicho y, si el desahucio seguía adelante, el traspaso del dinero habría sido inútil y habría perdido todos sus ahorros para nada.

Cuando entró en la casa de Dana, el familiar olor a lavanda la atrajo hacia el salón. La casona estaba fría y todo seguía en su lugar. No había ni rastro de Chico. Puede que al saber que Dana estaba consciente hubiese decidido no mudarse. Era una lástima que él no tuviese dinero para asociarse con Dana y ayudarla... Tal vez al final acabasen juntos y él cuidase de ella para siempre. En fin, novelas aparte, había que centrarse en las cuentas, porque estaba segura de que su amiga llevaba meses sin ocuparse más que de los caballos y los números campaban a su aire.

Subió a su habitación a ponerse los descansos nuevos y al entrar los ojos se clavaron en el panel del caso, que había dejado enrollado sobre el escritorio. Se había olvidado por completo de él. Buscó los descansos y se los puso; luego, desenrolló la cartulina.

Faltaban las fotos de los Bernat de Barcelona. Cogió el panel y bajó a la sala para imprimir las que había grabado en la BlackBerry y completarlo.

La sala principal mantenía la atmósfera lúgubre de los lugares cerrados en los que la antigüedad de los muebles y los cortinajes impone su ley. Encendió las lámparas y miró a su alrededor buscando el mejor lugar para colgar el panel. Bajo el cuadro de la viuda estaba la chimenea. Pensó que sería buena idea poner el panel debajo del cuadro para poder ver ambas cosas a la vez, porque seguro que la viuda conseguiría ayudarla de algún modo. Colocó la parte alta de la cartulina sobre la repisa y utilizó a modo de pisapapeles dos marcos de plata con fotos de Dana y su familia. Luego soltó poco a poco la cartulina para ver si quedaba bien sujeta.

En media hora lo tuvo acabado, con las fotos de Rosalía y de Marian.

También añadió una foto de Manel en la que debía de tener unos nueve años. La historia de amor imposible entre Marian y Manuel era de una tristeza casi dolorosa. Y Manuel..., enterarse de que tenía un hijo casi en la vejez... De repente, sintió la necesidad de poner fotos de Manuel e Isabel en el panel. Ellos también formaban parte del clan Bernat. Seguramente, Jaime se removería en su tumba sólo de pensar que la historia oculta de la familia podía salir a la luz, pero no había modo de resolver el caso sin que eso sucediese. Además, estaba convencida de que eso no sería lo peor. Sobre todo después de lo que le había visto hacer y decir a Santi en su granero por lo de la legítima de su hermana. Kate no quería imaginarse su reacción cuando alguien le notificase que parte de sus amadas tierras eran propiedad de otra persona, su desconocido primo hermano Manel.

Levantó la mirada y sus ojos se clavaron en los de la viuda. Necesitaban encontrar al hijo de Marian. A esas alturas ya eran tres las personas que sabían que Dana estaba consciente, lo que suponía que el peligro crecía exponencialmente a cada minuto que pasaba. Además, en cuanto se corriese la voz no habría excusa: tendría que declarar ante el juez.

Vamos, ayúdenos un poco, susurró Kate en voz alta mirando al cuadro. Antes de acabar la frase notó la vibración de la BlackBerry en el bolsillo.

— Sí... — respondió mirando al panel.

— ...

— Todo eso ya me lo has dicho esta mañana. Si no tienes nada más, no sé para qué me llamas.

— ...

Kate escuchaba las explicaciones de Tim sobre sus pesquisas cuando una idea le pasó fugazmente por la cabeza. Soltó un momento, separó el móvil de la oreja y entornó los ojos mirando las dos fotos alternativamente. Un baile de letras, un bendito anagrama, una mirada poco común y, de pronto, el presentimiento, una intuición tan fuerte como cuando el caballo arrancaba al galope. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

— Tim, busca la biografía de Leman Tabern. ¡Todo lo que encuentres! Y ponte en contacto conmigo en cuanto hayas averiguado algo.

— ...

— No te prometo nada, pero si tengo razón sabré agradecértelo.

— ...

—De acuerdo, pero no tardes más.

El cuerpo le temblaba. Instintivamente se volvió hacia la ventana, pero seguía cerrada. Buscó el número del sargento y llamó. No quería apartar la mirada del panel ni de las dos fotos que le habían abierto los ojos. No estaba loca ni era una ilusión, los dos se parecían, y mucho, pero habría sido imposible darse cuenta sin ver las fotos juntas. Esos ojos... Un escalofrío le recorrió la espalda, pero lo que la hacía temblar no era la temperatura, sino la sensación de haber dado con algo que podía convertir el asesinato de Jaime Bernat en una historia casi surrealista.

Comisaría de Puigcerdà

Había que reconocer que Miguel tenía razón, que en el valle hacía mucho frío, lo cual le recordó que la noche anterior le había dejado esperando en el Insbrük. Si fuese una tía ya la tendría montada. Aparcó la moto en una de las plazas y entró en comisaría sin quitarse los guantes.

Tras el mostrador, Montserrat ordenaba montones de papeles mientras gruñía unas palabras en voz baja, para sí misma. J. B. se acercó y apoyó el antebrazo en el mostrador.

— ¿Te has enterado de los recortes? —le espetó.

— Buenos días a ti también —le respondió guasón.

Ella le miró indignada.

— ¿Sabes que puede que no nos paguen la extra? A los de sanidad, encima, les han retenido el IRPF de la extra que no-han-cobrado. No sé tú, pero yo tengo cuatro niños, cuatro escolares a mi cargo, y necesito cada euro que me pagan.

J. B. pensó en la parte que le quedaba pendiente en las teresitas.

— Seguro que es sólo un rumor. No cojas el capote antes de ver el toro.

Ella le miró indignada.

— Pero es que al toro ya le veo los cuernos y hasta el rabo. ¿Cómo se supone que voy a pasar las Navidades? No es época de rentas y no tengo otros ingresos.

J. B. había oído en alguna parte que Montserrat era viuda y se sacaba un sobresueldo haciendo la declaración de la renta a la mitad de los jubilados del valle.

— Lo siento, yo tampoco voy demasiado boyante. Aún tengo que pagar parte de la entrada de la residencia de mi madre.

La secretaria se mordió un labio y le miró compungida.

—Lo siento, ni siquiera te he preguntado. ¿Cómo te fue? ¿Se quedó bien?

—No lo sé, la verdad. Pero le prometí que iría a verla cada semana.

—Eso la habrá reconfortado. Lo peor es no tener la esperanza de que vengan a verte. Son enfermedades difíciles de atender en casa... Siempre he pensado que es importante que los abuelos no tengan la sensación de que la familia los ha abandonado, porque esa tristeza es lo que acaba con ellos. Suerte que te tiene a ti.

J. B. enarcó los labios pensativo. No estaba él tan seguro de que eso fuese una suerte, pero iba a convertirlo por lo menos en una ilusión recurrente mientras ella pudiese acordarse. Además, él quería su apretón de manos semanal.

—Bueno, ¿quieres un café?

Montserrat pareció dudar y al final negó con la cabeza.

La maldita crisis estaba empezando a llegar a las familias de clase media y, si el nuevo gobierno no tomaba medidas pronto, la gente lo iba a pasar muy mal. J. B. decidió traerle el capuchino a Montserrat cada vez que fuese a por un café.

A la vuelta, cuando dejó el vaso sobre la mesa, la secretaria le miró entornando los ojos.

—Si tuviese un hijo treintañero, querría que fueses tú. —J. B. sonrió—. Pero sin tantos tatuajes. No sé cómo tu madre te dejó estamparte de esta manera.

—Fue en las FCAI y no pude preguntárselo.

Montserrat negó mientras estaba a punto de tomar un sorbo.

—No te habría dejado.

—No estoy yo tan seguro, siempre me dejaba hacer todo lo que quería...

—Y así has salido, un consentido. Bueno, vete, que cuando estás aquí no doy ni golpe —le ordenó riendo tras el segundo sorbo.

—¡Vaaale!

—Por cierto, ¿qué pasó ayer con la nieta del ex comisario? La dejaste con la palabra en la boca.

J. B. resopló y dejó el café sobre el mostrador.

—Es que me saca del sitio. Ayer me tuvo toda la tarde en la central, buscando a un tío que debe de estar muerto, porque no aparece por ninguna parte.

Hasta creo que se lo ha inventado para dar por el saco al personal. A mí, por lo menos, me jodió la noche.

– No parece de ese tipo, se la ve muy seria.

– Y con mucha mala leche. Me puso a parir delante de «la doña» y se largó tan campante. Si no fuese la hermana de un amigo, te juro que le habría soltado alguna, pero no quiero líos y el ex comisario también se portó muy bien conmigo cuando llegué.

Montserrat frunció el ceño.

– Él me consiguió la casa – respondió J. B. sacando el móvil y mirando la pantalla iluminada.

»Joder, le han debido de pitar los oídos – anunció enarcando las cejas.

Esperó varios segundos y descolgó justo cuando entraba en su despacho.

– Sí...

– Me he equivocado. No vas a encontrar a Manel Bernat; tienes que buscar a Leman Tabern.

– Ya, ¿y no te vale con Lady Gaga?

– Mira, comprendo que estés enfadado, pero acabo de darme cuenta ahora. Tengo una corazonada.

– Mira, ha sido un buen intento para desviar la atención y que dejemos en paz a la veterinaria. La jefa te creyó y has conseguido que me pase la noche en vela buscando al tal Manel, que ahora resulta que es el tipo equivocado. Y encima pretendes que dedique la mañana a una corazonada... Venga, hazme un favor y olvídate. Si me ves por la calle no me saludes, no hace falta. No quiero ser borde porque tu familia se ha portado bien conmigo y respeto a tu abuelo y todo eso, pero borra mi número y olvídate de que existo, ¿vale? Y yo prometo hacer lo mismo.

– Te dejaré en paz cuando hayas resuelto el caso y Dana esté al margen. Además, seguro que ni siquiera lo encuentras. ¿O me equivoco? Venga, estamos muy cerca, no te arrugues ahora.

– ¿Que no me qué? Mira, voy a colgar.

– Vale, vale, no cuelgues, si no me crees quedamos en algún sitio y te lo enseño.

– Cuelgo.

– Volveré a llamar hasta que consiga que me escuches. ¿O prefieres que hable con la comisaria?

– Pfff, mira, no te mando a la mierda porque tengo tantas ganas de que esto acabe como tú.

A pesar de todo, el nombre le sonaba. Cerró los ojos y entonces recordó; sí, era uno de los de la pizarra.

– Leman Tabern es el marido de la hija.

– ¡Exacto!

– Pero si es inglés... ¿Por qué iba a cargarse a su suegro español si no se conocían? Ya le investigamos y el tipo no necesita cargarse a nadie, está forrado.

– No es inglés, es español, pero no puedo avanzar más. Sólo una pregunta: ¿qué investigasteis de él?

– Lo normal: trabajo, finanzas, relaciones, hijos que no tiene. Yo qué sé.

– ¿Origen?

– Es inglés. No he hablado con la Interpol si es lo que estás preguntando, y no voy a hacer el ridículo interesándome por un tipo normal, cirujano, de esos que se hacen ricos con la privada y no tienen ni una puñetera multa de tráfico.

– ¿Y eso no te parece raro?

– ¡Joder! ¿Qué es lo que me tiene que parecer raro?

– Que sea tan perfecto. Busca más.

– Ya, bueno, que te vaya bien, ¿eh?

– Juan...

Otra vez, maldita sea...

J. B. colgó y soltó el móvil sobre la mesa del despacho, como si quemase. Estaba claro que aprovechaba cualquier cosa para conseguir lo que quería. No era extraño que ganase todos los casos. ¿Escrúpulos? ¿Qué coño era eso? ¡Joder!

Volvió a coger el móvil y revisó los *whatsapp*. Tania no daba señales de vida desde el último mensaje, el de las tres de la madrugada: demasiado tarde, la cena se ha enfriado y voy en pijama. J. B. pensó con rabia en la letrada mientras recordaba el viaje de vuelta de Barcelona la noche anterior, imaginando todo el camino a Tania esperándole con el body sexi y la cama caliente. Y lo que pasó cuando llegó de madrugada por culpa del maldito Manel Bernat, a quien ni siquiera había

encontrado, y Tania, harta de esperar, le había mandado a casa con un SMS. Maldita letrada.

La pantalla volvió a iluminarse y cuando vio quién era dudó si responder estando tan cabreado.

— Sí...

— ...

— Se me complicó la noche, tío.

— ...

— Cuando acabe, perfecto. ¿Y son buenos esos franceses?

— ...

— Pues no estoy de humor. Mejor nos vemos esta noche.

— ...

— No... Es por tu hermana, macho.

— ...

— No me tires de la lengua...

— ...

— ¡Me dan ganas de molerla a hostias! Venga, ya lo he dicho.

— ...

— Ya, pero tú puedes hacer lo que quieras, es tu hermana, pero a mí me saca de quicio.

— ...

— No sé, pero a ver si se larga pronto.

— ...

— Pues que ayer, cuando vino a traerme las pruebas, habló con la comisaria y no veas la que montaron.

J. B. recordó lo mal que le había dejado la letrada ante su jefa y un sabor amargo en la boca le hizo tragar saliva.

— ...

Mientras escuchaba a Miguel pensó que se había olvidado por completo de la caja de galletas.

– Lo que tu digas, pero no puedo con ella.

– ...

– Vale, nos vemos allí. ¿A qué hora es la partida?

– ...

– OK.

Volvió a dejar el móvil y cogió la caja de galletas. Se sentó y la miró fijamente.

Cinco minutos más tarde la mesa estaba sembrada de certificados y fotos y el sargento desplegaba la primera carta.

Al volver de los establos, Kate se dejó caer en el Chester y buscó apoyo en los ojos de la viuda. El retrato le devolvía una mirada serena, ajena a todos los problemas que amenazaban su propiedad y a su nieta. Por lo menos, el asunto del proveedor del forraje estaba resuelto, y Chico le había asegurado que los demás no darían problemas. Faltaban pocas semanas para la Navidad y se suponía que para entonces Dana ya tendría el alta y estaría en casa, aunque probablemente ciega. ¿Cómo iban a superar eso? Kate cerró los ojos, se frotó los párpados con las yemas de los dedos y luego los enterró en la melena, que llevaba suelta. Echó la cabeza hacia adelante, entre las rodillas, y se esponjó el pelo con la mente en blanco hasta que la imagen de Paco apareció para llevarse su paz y traer de vuelta el ardor a la boca de su estómago.

Luis no había dado señales de vida y ya era casi mediodía. Cabía la posibilidad de que sus expectativas no se cumplieren y de que la respuesta de Paco no fuese la que había previsto. O que ni siquiera hubiese recibido a Luis. O que sencillamente aprovecharse las pruebas y después la despidiera en cuanto pisase el bufete. Cerró los ojos. Respirar hondo sólo le costó las dos primeras veces; luego empezó a llenar sus pulmones a un ritmo lento pero constante, intentando no pensar en nada. Pero el miedo no la dejaba. Tres semanas atrás, despedirla le habría costado dinero. Pero ahora que era socia, la votación del consejo podía dejarla fuera sin ningún tipo de indemnización. La posibilidad de tener que irse sin nada la dejaba sin fuerzas. Volvió a enterrar los dedos en el pelo y se masajeó la cabeza con suavidad, hasta que reparó en que se había olvidado de quién estaría con Dana. Miró la hora. Le tocaba a Nina, pero tenía que relevarla para que pudiese comer antes de volver al instituto a las tres y media. Se levantó y empezó a meter todos los extractos y facturas del primer cajón en un viejo maletín que estaba apoyado bajo la mesa.

Mientras guardaba los papeles, se iluminó la pantalla de la BlackBerry y el corazón se le disparó al ver quién la llamaba.

—Sí...

—...

—Dime cómo ha ido.

—...

Mientras escuchaba a Luis le costó contener la sonrisa.

—Nada especial. Algo que últimamente el jefe parecía haber olvidado. ¿Tienes los papeles de los que hablamos?

—...

—Perfecto. Y, en cuanto a lo de Mario, es mejor que continúe en manos de Marcos. A pesar de haber resuelto el asunto de Andorra, a Mario le están creciendo los enanos con lo de la amiguita. Además, Bassols es mucho fiscal y no parece que el caso vaya a tener un final feliz. Por cierto, ¿en qué planta tienes la mesa?

—...

—Claro que me alegro, pero no veo que tenga tanta importancia. Y te agradezco lo que le has dicho, pero no quiero que le des ningún mensaje de mi parte.

—...

Típico de Paco, buscar intermediarios para suavizar las cosas. Pero esta vez se lo había hecho pasar demasiado mal y no le iba a salir tan barato.

—Lo sé, pero si quiere saber qué planes tengo puede llamarme al móvil.

—...

—Exacto, si vuelve a preguntarte dile que tengo el móvil encendido las veinticuatro horas. No, espera, dile que a las ocho de la tarde lo apago.

—...

—Yo también, aunque por el momento no sé ni cuándo podré volver. Ha despertado, pero aún tengo que pensar en lo que vamos a hacer cuando le den el alta. Te llamaré cuando lo decida.

—...

—Perfecto.

Acabó de llenar el maletín y lanzó una mirada al cuadro para despedirse, pero cuando cogió la BlackBerry para guardársela en el bolsillo notó de nuevo la vibración.

— Sí...

— ...

— Entonces, ¿no tienen nada que ver? — preguntó apoyándose sobre la mesa del escritorio.

Era la peor noticia que le podían dar.

— ...

— Bueno, pues mándame la información.

— ...

— También, pero no te pases, que tampoco has sido la panacea.

— ...

— Me parece justo, pero que sepas que él también estaba buscando una excusa para retomar el contacto. Entonces, ¿seguro que no tienen nada en común? Habría apostado por ello.

— ...

— ¡Repítelo eso!

— ...

Kate permaneció en silencio con la vista fija en el panel que colgaba de la chimenea. Era una locura.

— Así que parece que hagan relevos...

— ...

— No, no, es sólo que por fin acabas de ganarte el sueldo.

Cuando colgó sabía que lo había conseguido. Ahora sólo quedaba llamar al sargento y decirle lo que quería a cambio de entregarle el caso en bandeja. Cogió el maletín y lanzó un beso al cuadro para despedirse.

Comisaría de Puigcerdà

Cuando la vio aparcar el coche, J. B. ya llevaba rato apoyado en la mesa, esperando. La letrada bajó del A3 y tras avanzar unos metros cerró con el mando sin mover una pestaña, como si no fuese con ella. J. B. sonrió.

La tarde anterior no le había cogido el teléfono porque estaba más que harto de que le dijese todo el tiempo lo que tenía que hacer y, además, seguía concentrado atando cabos con el contenido de las cartas. Cuando Montserrat le llamó para decirle que la jefa quería la documentación de la caja en su mesa, supo que la letrada había hablado directamente con Magda. Sobre las siete, cuando salía hacia el Insbrük para echar la partida con los franceses que le había propuesto Miguel, la vio entrar en comisaría, tiesa y con paso decidido, como si el mundo le debiese algo. Le pareció que entraba en el despacho de Magda y pensó que ya se apañarían entre ellas. Pero antes de empezar la partida recibió una llamada de la jefa. Le informó de que la orden de detención de Manel Bernat, alias *Leman Tabern*, estaba sobre su mesa y que en cuanto llegara de efectuar la detención en Barcelona le quería ver en su despacho.

Pasó todo el viaje a Barcelona convencido de que, dadas las circunstancias, eso sólo podía significar su vuelta a Cornellà. La efectividad de la letrada y su propia gilipollez habían conseguido que su superiora se hartase de él y le devolviese a casita. Bueno, la comisaría de Puigcerdà tampoco era un chollo, aunque hiciese sólo unas horas que le había dicho a Millás que estaba bien y que todo iba sobre ruedas en el valle. A ver cómo iba a explicarle ahora que le mandaban de vuelta... La parte positiva era que estaría cerca de su madre, aunque si pensaba detenidamente en ello tampoco le parecía tan buena idea. La parte negativa era que empezaba a gustarle el valle, que hubiera poca gente por la calle, el frío que ya no le calaba los huesos a todas horas, las noches estrelladas del valle, la soledad del altillo sobre el taller y las partidas que siempre ganaba con Miguel en el

Insbrük.

Ahora, llevaba un buen rato sin el runrún que había mareado toda la noche su estómago. De hecho, en cuanto había salido del despacho de la comisaria se olvidó de sus cavilaciones nocturnas y empezó a verlo todo más claro. Se puso en pie, dio dos pasos hasta la ventana y volvió a la mesa.

En el aparcamiento ya no había ni rastro de la letrada y esperó el aviso de Montserrat. Pero no lo hubo. Tampoco golpes en la puerta. Desde la entrada hasta su despacho el recorrido duraba unos segundos, así que no había ido para allá directamente. Empezó a preocuparse y decidió salir a recibirla.

En cuanto abrió la puerta la vio. Estaba de pie en el hall, esperando a que Montserrat acabase de hablar por teléfono. Cuando sus ojos se cruzaron notó la boca seca. Se dio la vuelta y en el trayecto hasta la mesa del despacho para coger el documento que Magda le había dado para ella empezaron a sudarle las manos. C cogió el sobre y salió al vestíbulo.

Kate Salas le esperaba de pie, cerca de la puerta de salida. Llevaba el pelo suelto como las últimas veces, unas botas altas con los pantalones por dentro y unos tacones de miedo. Seguía tiesa como siempre, pero llevaba el bolso cruzado como las adolescentes y su eterna BlackBerry plateada en la mano. Se preguntó qué le habría dicho a Magda para que la reunión en la que supuestamente tenían que despedirle hubiese resultado la primera reunión seria con la comisaria desde que había llegado al valle.

J. B. llegó a su lado y le ofreció el sobre. Ella lo cogió en seguida, con un gracias sin segundas. Y él decidió armarse de valor.

– Bueno, parece que ya se ha acabado.

Kate asintió.

– ¿Le habéis detenido?

J. B. asintió y se metió las manos en los bolsillos del vaquero.

– ¿Cómo te diste cuenta?

– Por las fotos y el anagrama. Leman Tabern es un anagrama de Manel Bernat. Ya sabes, mismas letras en distinto orden.

– ¡Qué imbécil!

– Bueno, supongo que de algún modo quería mantener los lazos con su verdadera identidad.

J. B. la estudió un instante, admirado, y frotó las palmas húmedas de las manos contra el forro interior de los bolsillos. Si no decía algo, la letrada desaparecería.

— ¿Qué tal está la veterinaria?

— Si todo va bien, dentro de un año y con varias cirugías puede que recupere bastante la visión.

— Buenas noticias.

Kate volvió a asentir y metió el sobre en el bolso.

— Bueno, tengo que irme.

De repente, J. B. quiso disculparse.

— Siento lo de ayer, estuve un poco borde, pero es que me pillaste en mal momento.

Kate sonrió un instante y cerró la cremallera del bolso.

— Olvídalo. — Y mirándole a los ojos añadió —: Bueno, que te vaya bien, sargento.

Él asintió. Y ella se dirigió a la puerta. No podía dejarla ir sin preguntárselo. Dio dos pasos y le tocó el brazo. Ella se volvió. Tan cerca, parecía más alta.

— Por cierto, ¿qué le dijiste? — preguntó señalando con la cabeza al despacho de Magda.

Kate sonrió.

— Que fue idea tuya.

J. B. frunció el ceño. Y ella abrió esos impresionantes ojos avellana.

— ¿Idea mía? ¿El qué? — repuso el sargento.

— Pues entregarle el caso resuelto para que se lleve la gloria.

Silva bajó la cabeza un instante y volvió a buscar sus ojos.

— ¿Soy un imbécil?

Kate sonrió.

— No, un miedica. Ya nos veremos, sargento.

J. B. le abrió la puerta y la observó caminar hacia el coche. Cuando soltó la puerta oyó un chasquido a su espalda y la voz de Montserrat:

– Me pregunto cuándo dejarás de perder el tiempo con la rubia.

AGRADECIMIENTOS

LOS agradecimientos del autor al finalizar un libro no son sino la muestra de que toda obra requiere de la participación de muchas personas para llegar a las manos del lector.

En mi caso la deuda impagable es con el equipo de colaboradores desinteresados que me asesoran, a los que me gusta llamar *mi tribu*, y que encabezan con especial solvencia Rosa Cortés en el área lingüístico-semántica, y Ferran Viladevall, en las cuestiones de coherencia y riqueza argumental. Sin contar con vosotros el intenso placer de escribir e inventar historias no sería el mismo.

A mis primeros lectores; Alejandra, Lidia, Encarna, Carlos, Ana, Eduard, Victoria y Dolors, gracias por ánimos y las felicitaciones, pero sobre todo gracias por las listas de pequeñas incoherencias, las preguntas sorprendidas y los errores en el redactado de las marcas que usa la protagonista. Cuento con vosotros para la próxima aventura.

A la forense Gloria de la Fuente, amiga entrañable a la que he molestado a horas intempestivas con el temor permanente, y sin duda inspirador, de estar interrumpiéndola en una autopsia... A Montserrat Barberá mi farmacéutica de referencia, por la Digoxina. Y a los doctores Nacho Toscas y Gorka Martínez por sus siempre interesantes explicaciones.

Al caporal Lluís Gomá al sargento Ignasi Farré los Mossos d'Esquadra, por su paciencia, amabilidad y buen talante. Espero de corazón que sepan disculpar mis libres adaptaciones de la realidad que ellos me describieron. Esto es ficción...

A los abogados Lourdes Ortuño Enric Estruch, por su colaboración los temas legales que me son tan ajenos. En cualquiera de sus campos asumo las inexactitudes que haya podido cometer, la mayoría de ellas surgieron de la necesidad de adaptar la realidad a los intereses y el *timing* de las tramas.

Lógicamente en la Cerdanya son innumerables las personas que han contribuido a la historia. Sin embargo hay una familia en especial a la que le estoy muy agradecida por sus interesantes aportaciones, siempre acompañadas de una paciencia infinita y buen talante. Me refiero a Mingo y a Montserrat, los propietarios de la finca de turismo rural y centro hípico Els Torrens, en Santa

Eugenia, y a Eva, especialmente por atender *online* todas mis dudas sobre caballos.

No quiero dejar pasar la oportunidad de mencionar a la escuela de escritura del Ateneu Barcelonés donde he aprendido lo que pueda saber ahora de este oficio de escritor que tanto me gusta, a mis profesores y a los compañeros con los que he compartido el camino. Ha sido estupendo.

Y este libro no estaría en tus manos sin alguien a quien ni siquiera conozco; la persona que leyó el manuscrito en la editorial e hizo un informe extraordinariamente positivo de la historia y sus protagonistas. Quienquiera que seas te mando un abrazo, siempre estaré en deuda contigo.

Mil gracias a la editora Marcela Serras por confiar en la historia desde el principio. Es un privilegio inmenso empezar esta nueva andadura profesional de la mano de la Editorial Planeta. Y por ello también mi agradecimiento a todos los profesionales que han intervenido en el proceso, y especialmente a Javi Moreno por sus inteligentes sugerencias y por aceptar de buen grado mi atávica resistencia a los cambios. Seguro que no he sido tu proyecto más fácil como editor.

En lo personal ...

Al grupo de amigos de la *Jet Set*, por celebrar hasta los más pequeños acontecimientos en esas cenas en las que nos saltan lágrimas de tanto reírnos, que no se acaben nunca.

A las chicas de *Letras & Carmñin*, por las reuniones en las que comentamos libros ante una mesa bien surtida, ponemos al mundo patas arriba y decidimos en qué nueva historia vamos a sumergirnos. Son un placer y un privilegio tanto vuestra amistad como estar ahí.

Por último quiero agradecerles a mis tres chicos, Enric, Marc y Quique, que me llenen la vida de alegría y emociones, de un orgullo íntimo e inmenso, de nuevos retos y proyectos para el futuro... y de un confort inestimable en todos los aspectos importantes de la vida. Sin vosotros sólo sería una ermitaña juntando palabras en una casita de madera.

Y a mi madre, aunque le dé tanto miedo todo esto.

Ojos de hielo

Carolina Solé

© del diseño de la portada, Departamento Planeta, 2013

© de la imagen de la portada, P. Hierro

© Carolina Solé, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662 - 664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 9788408059219